

en ruta

ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOGRAFÍA
DEL TRÁFICO SUR ANDINO

en ruta

ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOGRAFÍA DEL TRÁFICO SUR ANDINO

Lautaro Núñez A. y Axel E. Nielsen
editores



ENCUENTRO
Grupo Editor

Título: en ruta ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOGRAFÍA
DEL TRÁFICO SUR ANDINO
Editores: Lautaro Núñez A. y Axel E. Nielsen

Autores:

Lorena Arancibia
José Berenguer R.
Luis Briones M.
Iván Cáceres R.
Patricio de Souza H.
Tom Dillehay
Raquel Gil Montero
Álvaro R. Martel,
Lautaro Núñez
Marinka Núñez Srýtr
Axel E. Nielsen

Gonzalo Pimentel G.
M. Mercedes Podestà
Anahí Ré
Charles Rees H.
Claudia Rivera Casanovas
Guadalupe Romero Villanueva
Walter Sánchez C.
Cecilia Sanhueza T.
Calogero M. Santoro
Daniela Valenzuela R.

Núñez Atencio, Lautaro

En ruta : arqueología, historia y etnografía del tráfico surandino / Lautaro
Núñez Atencio y Axel E. Nielsen ; edición literaria a cargo de Lautaro Núñez
Atencio y Axel E. Nielsen. - 1a ed. - Córdoba : Encuentro Grupo Editor, 2011.
250 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-987-1432-74-5

1. Arqueología . I. Axel E. Nielsen II. Núñez Atencio, Lautaro , ed. lit. III.
Axel E. Nielsen, ed. lit. IV. Título
CDD 930

© 2011 Encuentro Grupo Editor

1° Edición.

Impreso en Argentina

ISBN: 978-987-1432-74-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia sin autorización
previa.



www.editorialbrujas.com.ar publicaciones@editorialbrujas.com.ar

Tel/fax: (0351) 4606044 / 4691616- Pasaje España 1485 Córdoba - Argentina.

ÍNDICE

1. Caminante, sí hay camino: Reflexiones sobre el tráfico sur andino, por <i>Lautaro Núñez y Axel E. Nielsen</i>	11
2. Viajeros costeros y caravaneros. Dos estrategias de movilidad en el Período Formativo del desierto de Atacama, Chile, por <i>Gonzalo Pimentel G., Charles Rees H., Patricio de Souza H. y Lorena Arancibia</i>	43
3. El tráfico de caravanas entre Lípez y Atacama visto desde la Cordillera Occidental, por <i>Axel E. Nielsen</i>	83
4. El espacio ritual pastoril y caravanero. Una aproximación desde el arte rupestre de Valle Encantado (Salta, Argentina), por <i>Álvaro R. Martel</i>	111
5. Redes viales prehispánicas e interacción en la región de Cinti, sur de Bolivia, por <i>Claudia Rivera Casanovas</i>	151
6. Redes viales y entramados relacionales entre los valles, la puna y los yungas de Cochabamba, por <i>Walter Sánchez C.</i>	177
7. Arte rupestre, tráfico e interacción social: cuatro modalidades en el ámbito exorreico de los Valles Occidentales, Norte de Chile (Períodos Intermedio Tardío y Tardío, ca. 1000-1535 d.C.), por <i>Daniela Valenzuela R., Calogero M. Santoro y Luis Briones M.</i>	199
8. Diagonales incaicas, interacción interregional y dominación en el altiplano de Tarapacá, Norte de Chile, por <i>José Berenguer R., Cecilia Sanbuesa T. e Iván Cáceres R.</i>	247

9. Los pastores frente a la minería colonial temprana: LÍpez en el siglo XVII, por <i>Raquel Gil Montero</i>	285
10. Atacama y LÍpez. Breve historia de una ruta: escenarios históricos, estrategias indígenas y ritualidad andina, por <i>Cecilia Sanhueza T.</i>	313
11. Visibilizando lo invisible. Grabados históricos como marcadores idiosincráticos en Ischigualasto, por <i>M. Mercedes Podestá, Anabí Ré y Guadalupe Romero Villanueva</i>	341
12. Rutas, viajes y convidos: territorialidad peineña en las cuencas de Atacama y Punta Negra, por <i>Marinka Núñez Srytr</i>	373
13. Direcciones futuras para la arqueología del pastoreo y el tráfico caravanero sur andino, por <i>Tom Dillehay</i>	399

AUTORES

Lorena Arancibia, Santiago, Chile.

José Berenguer R., Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile.

Luis Briones M., Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Iván Cáceres R., Tagua Consultores, Paine, Chile.

Patricio de Souza H., Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

Tom Dillehay, Department of Anthropology, Vanderbilt University, Nashville, EEUU.

Raquel Gil Montero, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET-UNT), Tucumán, Argentina.

Álvaro R. Martel, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET-UNT), Tucumán, Argentina.

Lautaro Núñez, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

Marinka Núñez Srýtr, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

Axel E. Nielsen, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina.

Gonzalo Pimentel G., Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo,

Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

M. Mercedes Podestá, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina.

Anahí Ré, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina.

Charles Rees H., Santiago, Chile.

Claudia Rivera Casanovas, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia.

Guadalupe Romero Villanueva, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina.

Walter Sánchez C., Instituto de Investigaciones Antropológicas-Museo Arqueológico, Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba, Bolivia.

Cecilia Sanhueza T., Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

Calogero M. Santoro, Instituto de Alta Investigación, Universidad de Tarapacá - Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto, Arica, Chile.

Daniela Valenzuela R., Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

CAMINANTE, SÍ HAY CAMINOS: REFLEXIONES SOBRE EL TRÁFICO SUR ANDINO

Lautaro Núñez¹

Axel E. Nielsen²

Desde las primeras propuestas sobre el tráfico de recursos complementarios en la vertiente occidental de los Andes centro-sur destacamos la importancia de la movilidad entre asentamientos-ejes en la historia del área. Esta movilidad, concebida entonces en términos de desplazamientos giratorios, involucraba la circulación de bienes entre nodos distantes y resultaba en una frecuente asociación de vías, rasgos ceremoniales, sitios de apoyo logístico y arte rupestre (Núñez y Dillehay 1979; Dillehay y Núñez 1988). A partir de aquellos estudios pioneros se han sucedido numerosos aportes, en su mayoría referidos en la bibliografía de este libro.

Recordamos que la primera ponencia que explicitaba la relación entre rutas, campamentos transitorios y geoglifos fue presentada en el Primer Simposio de Arte Rupestre americano, celebrado en Huánuco (Perú) por el año 1967 (Núñez 1967). En ese evento se expusieron las recientes investigaciones de Henry Llothe, dedicadas a esclarecer el rol de los ritos rupestres prehistóricos identificados en aleros distribuidos a lo largo de las rutas transdesérticas del Sahara, que atravesaban la meseta argelina de Tassili, conceptualizados bajo el término de “arte caravanero”. En esa oportunidad el primer autor de estos comentarios fue sorprendido por la similitud con los contextos centro-sur andinos, que también mostraban la asociación entre recuas de llamas de carga con que intentábamos interpretar el tráfico de bienes prehispánico y arte rupestre. Esto es, parecía haber una ritualización semejante de las operaciones de intercambio entre asentamientos separados por grandes extensiones estériles, a través de rutas redundantes, con estaciones intermedias. Al compartir nuestras experiencias paralelas en dos ámbitos desérticos extremos, el término “caravana” fue en esa oportunidad plenamente asumido. De hecho, observábamos una íntima relación

¹ Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile. E-mail: lautaro.nunez@hotmail.com

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Argentina. E-mail: axelnielsen@gmail.com

entre agentes especializados en el manejo de caravanas de camellos por un lado y camélidos andinos por el otro, en espacios escasamente poblados, controlados por el trazado de rutas de larga distancia.

En el VII Congreso de Arqueología Chilena celebrado en Talca en el año 1977 ocurrió otra reunión espontánea. Esta vez fue entre el primer autor y su colega Tom Dillehay, quien venía del Perú, donde acababa de valorar el importante rol de los movimientos de gentes, recuas y recursos como un factor clave para el entendimiento de los procesos de interacción entre ambientes ecológicos diferenciados desde la perspectiva de los Andes centrales. En esa oportunidad el concepto de “caravanas” también se tornó dominante, por cuanto la movilidad y el traslado de bienes domésticos y ritualísticos aparecían consistentemente representados en el marco de la sociedad andina, con referentes que se sostenían desde la arqueología, la etnografía y la etnohistoria. Nuestras reflexiones en torno a una “movilidad giratoria” abrían horizontes más amplios que las explicaciones difusionistas y expansivas de entonces, que poblaban la literatura de “contactos” o “influencias” culturales. En efecto, aquella propuesta (Núñez y Dillehay 1979) aportó un estímulo para la ampliación de las investigaciones sobre la naturaleza del tráfico interregional en distintos rincones del área Centro-Sur Andina, como lo ejemplifica la publicación de varias compilaciones de trabajos basadas en talleres o simposios dedicados a este tema (Albeck 1994; Berenguer y Pimentel 2010; Lechtman 2006; Nielsen *et al.* 2007; Núñez y Tarragó 1997).

De este modo, el modelo caravanero comenzó a aplicarse entre ratificaciones y rectificaciones, abriendo un campo de investigación inédito sobre el movimiento de personas, animales y objetos. Si al hablar de caravanas pensamos en grupos de llameros movilizandando recursos entre espacios social y ecológicamente contrastados del mundo andino, el concepto en principio puede abarcar formas de circulación diversas en términos de distancia, organización, bienes transportados, tipos de intercambio, relaciones sociales, instituciones y personas implicadas, etc. Por ello, en las hipótesis originales se planteó que la interacción caravanera debió haber operado de diversos modos a lo largo del tiempo, aunque todos ellos compartieran un ideario común: la complementariedad de recursos entre espacios y poblaciones diferenciadas. Creemos que los trabajos de las últimas décadas han validado la noción general de un desarrollo secuencial de este patrón de interacción con apoyo de camélidos en un proceso de especialización creciente.

El modelo caravanero puso de relieve la importancia que revestían los desiertos y cordilleras interpuestos entre los bolsones fértiles que albergaron las poblaciones más densas y permanentes a lo largo de la historia centro-sur andina. Esos espacios, aparentemente “vacíos”, fueron los principales escenarios de los antiguos viajes y debían albergar innumerables rastros arqueológicos de ellos. Los geoglifos y el arte rupestre caravanero (Aschero 2000; Núñez 1976, 1985; Yacobaccio 1979) o el Camino del Inca y sus sitios de enlace, eran sólo los elementos más visibles de un reservorio de evidencias que podía ser crucial

para entender la diversidad de prácticas responsables por la circulación de bienes, con caravanas o sin ellas. Explorar este *corpus*, sin embargo, planteaba desafíos metodológicos nuevos, ya que no existía una “arqueología del tránsito” a la que apelar, menos aún una tradición de estudio de sistemas viales informales (*sensu* Trombold 1991).

En este sentido, fueron importantes las investigaciones sistemáticas y a largo plazo en localidades que, apartadas de las principales áreas de asentamiento agrícola y sedentario, concentraban gran cantidad de testimonios arqueológicos directamente generados por el tráfico caravanero interregional, como Santa Bárbara en el Alto Loa (Berenguer 1994, 2004). Allí era posible examinar en detalle cómo se articulaban entre sí los distintos componentes de lo que podríamos llamar el “sistema vial caravanero” –las vías, las estructuras de ofrenda, las señales, el arte rupestre y las *paskanas*– e indagar sobre la relación entre contingentes en tránsito y pastores locales.

Evidentemente, el tráfico caravanero aún vigente en varias partes de los Andes bolivianos y peruanos a fines del siglo XX, también ofrecía una oportunidad favorable para indagar sobre la organización de los viajes con llamas y su materialidad. Ésta fue la puerta de entrada a la arqueología del tráfico del segundo autor de estas páginas, quien a comienzos de los '90 realizó un estudio de este tipo entre los llameros de Sud López, en el altiplano sur de Bolivia (Nielsen 1997, 1997/1998). Ciertamente, había por entonces información muy valiosa sobre el tema en la literatura etnográfica del pastoreo andino (v.g., Cipolletti 1984; Custred 1974; Flores Ochoa 1968, 1977), incluyendo trabajos dedicados específicamente a los viajes con caravanas (Lecoq 1987; West 1981). Sin embargo, faltaba encarar el problema etnoarqueológicamente, atendiendo a los procesos que podían dar cuenta de las consecuencias materiales a largo plazo de esas prácticas y sus posibilidades para investigar el tráfico pretérito. Pudimos verificar la utilidad de este enfoque cuando una breve prospección en la Región Lacustre Altoandina –un internodo por excelencia– puso en evidencia decenas de sitios de ofrenda y campamentos caravaneros asociados al tráfico entre el altiplano y el desierto de Atacama, desde el Formativo hasta épocas recientes (Nielsen *et al.* 1999).

Así fue tomando forma una “arqueología internodal”³ (Berenguer 2004; Nielsen 2006), capaz de aportar datos diferentes pero complementarios a los que tradicionalmente proporcionaron los contextos funerarios y de habitación en los nodos. Creemos que la integración de ambas vertientes de información ofrece grandes posibilidades para entender la variabilidad espacial y temporal en los modos de circulación de personas y bienes que la “movilidad giratoria” esbozara en su momento. En los últimos años, esta línea de trabajo se ha visto enriquecida en forma sostenida por aportes de numerosos investigadores que se han acercado

³ Indudablemente, los estudios de la red vial Inca son un sólido antecedente de este enfoque, aunque por razones de espacio no podemos analizarlos aquí. Pensamos, sin embargo, que la perspectiva sobre los sistemas viales desarrollada bajo el impulso del modelo caravanero puede enriquecer significativamente la investigación de redes camineras formales como el qhapaqñan.

a la materialidad del tráfico, no sólo desde la arqueología, sino también desde otras disciplinas como la bioantropología, la historia y la etnografía (Cases *et al.* 2008; Cruz 2006; Göbel 1998; Korstanje 1998; Martel 2010; Núñez *et al.* 2003; Pimentel 2009; Pimentel *et al.* 2007; Sanhueza 2005; Sepúlveda *et al.* 2005; Vitry 2002, entre otros).

Volviendo a la secuencia de patrones de interacción caravanera propuesta inicialmente, podemos asegurar actualmente que ya existían camélidos de carga involucrados en relaciones de tráfico interregional –a lo largo de ciertas rutas al menos– durante eventos formativos tempranos y arcaicos tardíos. Así lo demuestran los estudios sobre osteología de camélidos, la arqueología de los sitios de tránsito y la presencia de bienes intrusivos o foráneos en comunidades sedentarias (Cartajena *et al.* en prensa; Nielsen 2006:41; Núñez *et al.* 2007). Fue por entonces que se iniciaron los viajes a larga distancia de personas acompañadas por llamos cargueros, marcando el comienzo de un proceso histórico cuya complejidad recién comienza a ser develada. Los datos disponibles, sin embargo, llevan a pensar que el manejo especializado de caravanas de llamas por parte de grupos emplazados en ambientes pastoriles y con capacidad de generar y/o transportar excedentes, recién experimentó una eclosión entre las comunidades post formativas de los períodos Tiwanaku a Inca, según la región.

Los grupos que viajaban habitualmente con caravanas han sido referidos bajo otros términos provenientes de la etnografía, como troperos, arrieros, llameros, traficantes, *rescatiris*, fleteros y andarines, mientras que la recua de llamas cargueras se denomina habitualmente “tropa”. Los diccionarios de las lenguas andinas recopilados durante la temprana colonia, reflejan efectivamente que las caravanas viajaban continuamente, atravesando espacios estériles extensos (*puruma-wasara* [Torres 1616]), invocando ritualmente la protección de las *wak’as*. Según esta fuente, los troperos empleaban hasta 12 modalidades diferentes en la preparación de cargas (*qqepi*); evidentemente, se trataba de una sofisticada cultura del traslado de bienes que, además de las propias operaciones de intercambio, contemplaba la entrega del *camarini* o pago destinado a recibir tratos de protección (González Holguín 1989 [1608]), una práctica recurrente entre las caravanas aymaras que articulaban los valles y oasis occidentales tarapaqueños hasta mediados del siglo XX.

Al trabajar con modelos no sólo es preciso considerar lo que afirman, sino también definir sus límites de aplicación. Por ello, un aspecto importante de los aportes recientes reside en mostrar cómo la lógica de la complementariedad impulsó también otros modos de circulación que no incluyeron a la caravana de llamas. En algunos casos porque los espacios comprometidos no ofrecían condiciones favorables para la crianza y mantención de camélidos. Las cargas, consecuentemente, recaían sobre los humanos, como ocurre especialmente entre los cálidos y estériles ambientes del litoral desértico (Pimentel *et al.* este volumen). Estos traslados representan una modalidad de tráfico especializado diferente al caravanero, basada en grupos de “cargadores” cuya organización y

funcionamiento también debió variar desde el Arcaico Tardío hasta el contacto inca. Hay evidencias, por ejemplo, del uso de “capachos”, implementos de carga elaborados con leños y fibra vegetal que se suspendían con fajas tejidas desde la frente. Estos artefactos han sido localizados en contextos funerarios a partir del Formativo en los oasis y el propio litoral desértico, p.ej., en la boca del Loa (Núñez y Santoro en prensa). Continuaron utilizándose en tiempos coloniales para la carga de minerales en el litoral de Paposo (D’Orbigny 1844) y –confeccionados en cuero de lobos marinos– en las minas argentíferas como Huantajaya, al interior de la costa de Iquique. Por otra parte, “portacargas escalerados” usados como los capachos, han sido encontrados en contextos funerarios de traficantes que unían el litoral desértico y los oasis interiores tarapaqueños, a través de la conexión Soronal-Pica (Núñez, 1962).

Pero aun en las tierras altas, donde prosperaban las caravanas llameras, éstas coexistieron con otras formas de tráfico. En las alturas de la cordillera Occidental, por ejemplo, sabemos que grupos de tareas procedentes de distintas regiones y en posesión de bienes de intercambio, se encontraban periódicamente mientras recolectaban obsidiana y huevos de flamenco o mientras cazaban, generando situaciones propicias para el intercambio. Este modo de circulación, que el segundo autor ha denominado “tráfico incorporado” (Nielsen 2006) por subsumirse en programas de actividad regidos por otras demandas, no sólo convivió con la caravana a partir del período Formativo, sino que probablemente la precedió por varios milenios. Claramente, tiene sus raíces en la movilidad de los cazadores arcaicos, quienes recorrían estacionalmente el perfil altitudinal de la vertiente occidental andina (Núñez y Santoro 1988), enlazando tal vez circuitos análogos de otros grupos que operaban en el altiplano-puna y su flanco oriental. Así, las investigaciones no sólo van confirmando la existencia de cambios temporales en los patrones de interacción caravanera, sino que también muestran su convivencia desde épocas tempranas con otros modos de circulación, caracterizados por lógicas y condiciones diferenciadas.

Mirando retrospectivamente, entonces, vemos que la arqueología del tráfico ha experimentado un crecimiento sostenido durante los últimos años, sumando la labor creativa de numerosos investigadores(as) que, desde sus experiencias en situaciones locales concretas, han desarrollado herramientas teóricas y metodológicas novedosas. Como resultado, comienza a desplegarse frente a nuestros ojos una historia de gentes, tropas y bienes en movimiento cuya complejidad excede largamente lo que podía imaginarse hace cuatro décadas. No es difícil advertir que estamos en presencia de una forma original de construir colectivamente un marco heurístico o paradigma que, sin perder de vista la importancia de los enfoques comparativos y la generalización, busca dar cuenta de las particularidades de los procesos sociales centro-sur andinos, distanciándose de retóricas teóricas ajenas a la reflexión local y a sus cuerpos factuales.

Bajo esta convicción surgió el proyecto del presente volumen, para el que invitamos a colegas que desde distintos lugares, disciplinas y marcos

conceptuales están trabajando en estos temas. Los artículos aquí publicados, sometidos a evaluación externa y revisión, ilustran la diversidad de líneas de evidencia, intereses, enfoques e interpretaciones que caracterizan actualmente las investigaciones sobre el tráfico en el sur andino. Todos ellos abordan propuestas vinculadas a las prácticas de desplazamiento y circulación a través de los vastos despoblados que, desde el pasado prehispánico hasta hoy, caracterizan a nuestros paisajes culturales, aparentemente segmentados, aunque envueltos en una malla continua y persistente de relaciones mutualísticas.

El artículo de los colegas Gonzalo Pimentel, Charles Rees, Patricio de Souza y Lorena Arancibia, “Viajeros costeros y caravaneros. Dos estrategias de movilidad en el Período Formativo del desierto de Atacama, Chile”, nos remite a entender las diferencias entre viajeros costeros y caravaneros, apelando para ello al registro de desplazamientos transversales ocurridos durante el Período Formativo en la costa del desierto de Atacama. Identifican un espacio internodal de absoluta aridez, en donde la excepcional visibilidad de los rastros del tráfico define dos patrones de movilidad vinculados al intercambio: uno costero, que asciende hacia el interior, otro propiamente caravanero, que desciende al litoral desde los oasis prepuneños. A partir de una tipología de rutas y contextos superficiales y excavados, en espacios sin reocupaciones posteriores, los autores pueden establecer conexiones viales con distintos ámbitos, que unían el litoral con los asentamientos interiores a través de la depresión intermedia carente de recursos.

Llama la atención la conexión por el Toco donde las huellas prospectadas en un caso se asocian a un traficante fallecido, provisto de aquellos bienes que revelan la articulación entre el litoral y el oasis cercano de Quillagua: maíz, algarrobo, pescado y anzuelo. Debe tenerse en cuenta que el oasis de Quillagua, con densos recursos agrarios y forestales –especialmente madera, tan importante en la costa– estaba escasamente ocupado durante el Período Formativo, por lo que es probable que se haya comportado como un valle costero. Estamos pensando que, así como la quebrada de Tiliviche –inconexa pero cercana al litoral desértico– fue ocupada por los costeños de Pisagua, el oasis de Quillagua también pudo ser explotado intensamente por agrupaciones del litoral. Estos eventos ocurrieron desde las etapas arcaicas y formativas, protagonizados por aquellos que se inhumaban con pieles de pelícanos, registrados en un cementerio alterado, junto a los postes de la banda sur de la quebrada. Esta relación costa-valle que es tan visible entre los costeños de Camarones y Arica en relación a los ríos que allí desaguan, sucedió aquí entre las poblaciones localizadas aproximadamente desde Tocopilla a la boca del Loa, quienes accedían al valle de Quillagua tras una jornada en ruta para explotar los recursos locales e intercambiar sus bienes trasladados. Así, esta investigación abre excelentes expectativas para entender si, durante el Formativo, el gran oasis de Quillagua dio lugar a un patrón de doble residencia o motivó una coexistencia entre locales y costeños en un espacio de encuentro, cuya escala forestal pudo permitir ocupaciones francamente multiétnicas. La posibilidad

de identificar aquí un “puerto de tráfico” podría abrir un debate sumamente interesante ya que, sin duda, será importante discutir en el futuro las diferencias entre el traslado de grupos desde la costa al interior, en sociedades de complejidad discreta, y el modelo costero sur peruano del valle de Chincha (Rostworowski 1989), centrado en una vía comercial con caravanas de mercaderes especializados en el tráfico hacia las tierras altas.

Los contextos superficiales y de excavación de *paskanas* analizados por los autores (v.g., en la conexión Tocopilla) no solamente aportan datos sobre los alimentos trasladados, sino además, sobre caracoles marcadores de estatus y tiestos cerámicos que los vinculan con tradiciones circumpuneñas. De este modo, la presencia de coprolitos de llamas en este caso afirma conexiones caravaneras de mayor distancia. Si las fechas logradas se llegan a asociar a los geoglifos y “cajitas” cercanas, esto sería de extraordinaria importancia para situar esa estilística y sus rituales en el Período Formativo.

En general, estos traslados tanto de agrupaciones de cargadores como de caravaneros, al establecer conexiones entre el litoral desértico y el oasis de Quillagua, seguramente hasta el Loa Medio, abren nuevas ventanas para la comprensión de los grupos y bienes movilizados por las rutas que atraviesan el desierto. Así lo constatan a través de varias trayectorias asociadas con cinco sitios datados por ^{14}C que podrían vincularse con los eventos formativos tempranos, bien representados en la fase Tilocalar de la cuenca de Atacama. Ésta, precisamente, se caracteriza por la confección de delgadas láminas de oro, tal como los autores lo señalan. Así abren un nuevo panorama que muestra interacciones de larga distancia que nos exigen entender si estas poblaciones formativas responden a una misma matriz cultural o abarcan a costeños y alteños con orígenes diferenciados. ¿Se trataría de un modo “proto-caravanero” que ocupa temporalmente la costa –a juzgar por la presencia de coprolitos– y que coexiste con otra modalidad local o costeña que interactúa sin caravanas en el Loa Inferior y posiblemente el Medio? Si las sendas múltiples son efectivamente de caravanas ¿dónde están sus cabeceras? ¿En la cuenca del Loa, en Atacama o en ambas? Puesto que los senderos peatonales serían de los costeños, sin llamas, ¿solamente accederían hasta el oasis de Quillagua? Si el uso de geoglifos se corresponde con los caravaneros que descienden por el Loa ¿qué relación pueden representar estos grupos con las poblaciones tarapaqueñas al norte del Loa donde este componente simbólico es dominante? ¿Serán caravaneros tarapaqueños?

La adecuada metodología de las excavaciones ha permitido valorar datos hasta ahora inéditos, como rituales de *ch'alla* de partículas de mineral de cobre que establecen una plena correspondencia entre los ceremoniales de las tierras altas y las rutas costeñas, enfatizando que las caravanas que descienden y ascienden comparten una matriz ideológica y bienes de uso frecuente, como los contenedores cerámicos. Por su parte, resulta importante la documentación ofrecida sobre los cargadores que suben y desechan escasa cerámica –recordemos que en el litoral

los contenedores son más orgánicos que alfareros— y aprovechan la materia lítica que es escasa en este sector de la costa. En tal sentido, los autores confirman que son los costeños quienes suben, ya que el individuo inhumado presenta la patología de los buceadores y se asocia a tejidos de lana muy reparados a raíz de su limitado acceso a esa materia prima. Estos grupos serían independientes de los caravaneros que descienden con sus recuas, que manejan estrategias más diversificadas al controlar espacios mayores.

Otra discusión que surge de este trabajo guarda relación con el trasfondo social de los grupos que bajan a la costa portando bienes de prestigio: ¿responden al control de élites del interior o pertenecen a sociedades más igualitarias, que establecen controles colectivos sobre los recursos? De un modo u otro, tanto para los costeños como para los alteños, el oasis de Quillagua es fundamental para mantener desplazamientos periódicos, con ocupaciones temporales que no necesariamente deberían ser estacionales, por cuanto los frutos de algarrobo en ese bosque de gran escala, se desprenden en el verano y se encuentran disponibles durante todo el año.

Este estudio nos enfrenta a preguntas importantes: ¿quiénes son los viajeros o agrupaciones de cargadores y quiénes son los caravaneros?, ¿cuáles son sus asentamientos-ejes o nodos, sus sistemas viales, qué identidades los diferencian y qué vías son de uso exclusivo? Si aceptamos que aquellos asentamientos-ejes de la fase Tilocalar mantenían conexiones desde el sureste de San Pedro de Atacama hasta los ámbitos selváticos y el litoral desértico aledaño, con manejo de cebil (Núñez *et al.* 2007), ¿cuán complejo pudo ser el tráfico formativo?

En el siguiente trabajo, “El tráfico de caravanas entre Lípez y Atacama visto desde la Cordillera Occidental”, Axel Nielsen explora formas alternativas de abordar la macromorfología de las redes viales informales generadas por el desplazamiento de caravanas. Poniendo énfasis en los sitios de descanso transitorio como un componente recurrente de estas redes, discute algunas clases de información que podría brindar su estudio en relación a la cronología de las rutas, los destinos que vinculaban y los grupos responsables del tráfico. Estas posibilidades son ilustradas a través del análisis de muestras cerámicas recuperadas en más de un centenar de paraderos registrados en la Cordillera Occidental, asociados a los principales “corredores internodales” entre los valles y oasis prepuneños de Atacama y el altiplano de Lípez. Su análisis muestra que todas estas rutas estuvieron activas desde época formativa y que, durante los siglos previos a la conquista europea, canalizaban el tráfico de una extensa cuenca que abarcaba nodos distantes, desde el altiplano meridional hasta los valles y quebradas de la vertiente andina oriental. A través de este ejercicio, el autor nos convoca a dialogar sobre nuevas formas de interrogar a los registros viales a distintas escalas y a partir de bases de datos de variable integridad y resolución.

Asumiendo ya que los procesos de circulación comprometen a una multiplicidad de prácticas y actores, el autor propone ir más allá, buscando

modelos que puedan ayudarnos a poner en evidencia las variaciones que debieron existir al interior del propio mundo caravanero. Para diferenciar los distintos grupos de pastores que llevaban adelante tráfico, plantea trabajar con factores que condicionarían las “estrategias de reproducción” de distintos agentes y, por lo tanto, las lógicas que motivarían su participación en los viajes e intercambios. Aunque ensaya sólo uno de estos factores —las posibilidades de diversificación productiva en distintas regiones pastoriles— señala otras variables igualmente significativas que deberíamos explorar en el futuro, incluyendo el género, la productividad y demografía de distintos nodos y la disponibilidad diferencial de otros bienes altamente valorados. Siguiendo esta línea de argumentación, subraya el protagonismo de los pastores especializados de la alta puna en el tráfico caravanero. Esta conclusión señala la importancia de profundizar, desde estas preguntas, las investigaciones en los sectores más hostiles del altiplano sur andino, como el piedemonte de la cordillera de Lípez o la puna de Susques, donde deberían estar las evidencias arqueológicas necesarias para contrastar esta hipótesis.

En su artículo “El espacio ritual pastoril y caravanero. Una aproximación desde el arte rupestre de Valle Encantado (Salta, Argentina)” Álvaro Martel nos introduce al problema de comprender, a través de las manifestaciones de arte rupestre, cómo fue ocupado un espacio ritual pastoril y caravanero del Período de Desarrollos Regionales o Intermedio Tardío. Se trata de especificar el carácter de las ceremonias allí realizadas desde una perspectiva que combina la producción y significación del arte rupestre. En la localidad de valle Encantado (Salta), identifica varios aleros donde registra una secuencia estilística con significativas variaciones, enmarcada entre los 900 y 1430 años d.C. Con un argumento de apoyo etnográfico y etnoarqueológico, sostiene que en este lugar se efectuaron rogativas orientadas a la fertilidad y la protección de los rebaños, así como a la propiciación de los viajes de intercambio. Algunas ceremonias pastoriles actuales, como la señalada del ganado, resultan muy inspiradoras al elaborar su interpretación.

El objetivo central del trabajo es separar los componentes pastoriles de los propiamente caravaneros en esta localidad de altura. Así aborda, desde su caso de estudio, uno de los temas más atrayentes del tráfico andino, a saber, los modos de coexistencia entre ambas formas de movilidad y, específicamente, las relaciones establecidas entre pastores locales y pastores en tránsito en lugares apartados de las grandes *llactas* o cabeceras étnicas de la época. ¿Cómo interactuaron estos grupos, con preocupaciones y cosmovisiones probablemente afines, pero pertenecientes a distintos colectivos sociales? ¿cómo negociaron el uso de los recursos locales, los altares, los codiciados bienes de intercambio? Para acercarse a estos temas, busca separar los indicadores que revelan el desplazamiento de rebaños trashumantes de aquellos vinculados a movimientos de más larga distancia, relacionados al tráfico de caravanas.

La representación de enfrentamientos entre arqueros y otros íconos emblemáticos podría estar marcando simbólicamente la sacralización de estas peñas de gran visibilidad como un lugar clave en el paisaje social regional. Clave no por poseer recursos cuantiosos que disputar, sino porque esta ínsula donde se concentran recursos altamente codiciados para el pastoreo local, es también un lugar de paso obligado entre el valle de Lerma y los valles Calchaquíes. Bajo esta perspectiva, y a partir de un arte rupestre que conjuga escenas de carácter mítico, animales reverenciados en los Andes como el cóndor, recuas de llamas cargadas y hombres-escudos, logra reconstituir acciones centradas tanto en la cría de rebaños como en la circulación de bienes. Se busca la protección divina para ambas actividades, la ganadería y el viaje, apelando a ritos análogos a los observados entre las caravanas llameras de Sud Lípez, con sus mesas y *kowakos*, pero también a los posiblemente realizados en los “coveros” y “mesas” del templete formativo de Tulán, al sureste de San Pedro de Atacama, esto es, apelando a lógicas pastoriles de larga tradición.

De este modo, propone persuasivamente que se trata de un punto donde convergen pastores locales y caravaneros en ruta, que explotarían en forma coetánea los recursos de toda índole que aloja el valle Encantado, aunque con objetivos diferentes. Durante los Desarrollos Regionales, pastores y caravaneros erigieron aquí estancias y *jaranas*, respectivamente, pero también levantaron sus altares y realizaron una y otra vez sus ceremonias, creando así una gran estación intermedia compatible con el concepto de “*jarana* de ocupación prolongada”, donde viajeros y recuas podían descansar por algunos días, componer las cargas y ofrecer sus pagos a las deidades protectoras del camino. La importancia de estas prácticas para la logística del tráfico seguramente contribuyó a perpetuar al valle Encantado como un punto de tránsito obligado hasta tiempos históricos, cuando algunas sendas diaguitas todavía alcanzaban el lugar.

El autor muestra que, tal como sucede etnográficamente, las antiguas caravanas articularon en sus desplazamientos desde Salta lugares distantes. De acuerdo a las evidencias cerámicas presentadas, las caravanas que transitaron por aquí conectaron los asentamientos tardíos de la quebrada del Toro, en el borde oriental de la puna. Estas evidencias, sumadas a la presencia de obsidiana de la fuente de Ona, en la puna meridional de Antofalla, indicarían un acceso hacia ámbitos de larga distancia, próximos ya a la vertiente occidental de los Andes circumpuneños. Es por ello que subraya la importancia que tuvo en este mismo período el tráfico caravanero en los espacios trasandinos limítrofes, constatado a través de rutas, apachetas y muros y cajas asociados a “rutas de tráfico” donde suelen situarse también similares expresiones del arte rupestre. En este contexto, los íconos de caravanas, como los hombres-escudos, se presentan como marcadores macro regionales que a la larga podrían iluminar la complejidad de un sistema vial de gran escala (Aschero 2000). Estudios como el que comentamos serán fundamentales para construir en el futuro una cartografía macro-regional de las

redes viales preincaicas, que den cuenta de las relaciones entre rutas, paraderos de distinta jerarquía, marcadores rupestres, nodos y bienes circulando en diversas cuencas de tráfico, así como sus transformaciones en el tiempo.

Le corresponde a Claudia Rivera en su trabajo “Redes viales prehispánicas e interacción en la región de Cinti, sur de Bolivia” clarificar la importancia de las redes viales prehispánicas de la región del Cinti, en los valles del sur de Bolivia. Se trata de un análisis regional, donde las rutas y los asentamientos trazan una red caravanera de intercambios y alianzas entre grupos distantes, que nos remiten al movimiento de bienes entre las tierras altas y el Chaco, a través de corredores de tráfico que recuerdan similares patrones de desplazamientos por lugares de paso obligado en otros ámbitos del mundo andino. Su estudio muestra, a través de prospecciones y reconocimientos satelitales, redes de interacción que operarían a distintas escalas, con rutas que conectan Cinti con espacios al oriente y occidente, incluyendo el piedemonte chaqueño, valles y el altiplano meridional, con seguras proyecciones a la vertiente del Pacífico. Su tipología exploratoria de la diversidad vial, que toma en cuenta las escalas y la eventual asociación al arte rupestre en espacios internodales, replicaría una tendencia que ya ha sido observada en otros territorios. Son particularmente importantes las conexiones entre los asentamientos principales y aquellos complementarios que constituyen un *hinterland* caminero tramado para las operaciones de intercambio.

Resulta significativa la identificación de apachetas a ambos lados de los caminos, testimonio de acciones rituales muy comunes en las tierras altas y en la vertiente occidental del centro-sur andino, generalmente asociadas a rutas verdaderamente interregionales. Asimismo, se subraya la presencia de petroglifos, pictografías, abrigos naturales y refugios que, junto a los caminos, se transforman en marcadores tanto territoriales como identitarios. La presencia de diseños de caravanas de camélidos con sus respectivas guías que, como señalamos anteriormente, son recurrentes en otras regiones del sur andino, indican que las operaciones de intercambio y traslado de bienes fueron labores relevantes con anterioridad a la expansión inca. En este sentido, la cartografía que presenta la autora, de un complejo trazado de rutas interregionales, merece ser contextualizada en el futuro a través de la investigación de los sitios asociados.

El artículo de Walter Sánchez “Redes viales y entramados relacionales entre los Valles, la Puna y los Yungas de Cochabamba” muestra evidencias preincaicas de circuitos de tráfico que enlazaban los ricos valles de Cochabamba con la puna y los yungas cercanos, circuitos que probablemente ya fueron importantes durante la hegemonía de Tiwanaku, precedidos tal vez por contactos durante el Formativo. Efectivamente, sabemos que desde esta última época se presentan allí, en contextos funerarios, materiales alóctonos significativos provenientes de lugares muy alejados.

Este trabajo propone vínculos estrechos entre ritualidad y política, con bienes prestigiosos que se desplazaban por caminos preexistentes al incario y

que posteriormente fueron controlados directamente por el *Tawantinsuyu*. El intento de correlacionar fuentes lingüísticas para esbozar una tipología del uso de las rutas y todo lo que esto involucró en términos de intercambio de ideas, productos, tecnologías y unidades de medida, es un aporte importante desde los diccionarios aymaras. Habría sido interesante integrar otros diccionarios andinos tempranos para conocer más detalles, particularmente sobre el uso y tipología de los senderos al interior de lo que se advierte como una compleja cultura de tráfico que los llameros crearon en torno a sus desplazamientos. Desde una visión arqueológica, las fuentes lingüísticas y etnográficas son especialmente importantes para comprender mejor las interacciones entre las tierras altas y los asentamientos yungueños y chaqueños, por cuanto hay cada vez más datos que demuestran que, hasta hace pocas décadas, las caravanas se introducían en los valles cálidos del oriente, no sólo en busca de coca, sino de un repertorio de bienes más diverso. La presencia frecuente de elementos procedentes de selvas y yungas en contextos prehispánicos del altiplano central y los valles occidentales, como coca, guairuros, chonta, guacamayos completos y sus plumas, entre otros, dan cuenta de conexiones preincaicas de larga distancia aún poco documentadas arqueológicamente en las tierras bajas del oriente.

El Camino Real o del Inca que describe el autor representa una red compleja, con tramos principales y variantes, incluyendo caminos de verano e invierno, tal como comienza a observarse en otros lugares de los Andes. Así, por ejemplo, la penetración inca por el norte de Chile hacia el sur presenta dos ejes de desplazamiento, uno por las tierras altas al pie de los Andes que según relatos étnicos no es muy apto en el invierno, y otro que toca la guirnalda de oasis cercanos al Pacífico, cuyas rutas, transitables todo el año, unen los asentamientos de las tierras bajas desde Arica hasta Quillagua. Queda así planteada para futuras investigaciones la relación entre estacionalidad y uso de rutas.

El autor revisa las evidencias arqueológicas, estableciendo los atributos de diversas clases de caminos y detallando los componentes incaicos, apoyándose para ello en testimonios etnográficos del movimiento llamero en las yungas y su asociación con los vínculos de parentesco. Esta es una conexión política muy importante, que también hemos observado entre los caravaneros que acceden hasta la mitad del siglo XX a los oasis tarapaqueños y atacameños, y que requiere un rescate etnográfico urgente.

A partir de todos estos antecedentes, este artículo da cuenta de un tráfico muy intenso, que pone de relieve la importancia de las tierras bajas para todo el sistema de circulación de bienes e ideas. En este sentido, el autor está en lo correcto al criticar esa visión altiplánica que define a los valles cálidos orientales y los yungas asociados como una zona de frontera, privilegiando los vínculos entre centro y periferia sobre las interacciones entre los Andes y la selva. Concordamos con él cuando sostiene que la interacción con las yungas se inserta en un tráfico interregional de mayor alcance, porque existían allí poblaciones receptoras con

bienes altamente valorados que justificarían su circulación a gran distancia, aún cuando todavía carecemos de datos arqueológicos para respaldarlo. Más allá del modelo vertical de Murra, que enfatiza el acceso de alteños hacia los cocalos, las tierras bajas debieron participar de una red de interacciones tanto verticales como horizontales, desde un rol mucho más activo que el que suele asignársele. Al concluir este estudio nos preguntamos cómo interactuaría el tráfico llamero que penetraba en las tierras bajas con las comunidades locales y sus propios modos de circulación.

El colectivo de autores Daniela Valenzuela, Calogero Santoro y Luis Briones ha escrito sobre “Arte rupestre, tráfico e interacción social: cuatro modalidades en el ámbito exorreico de los Valles Occidentales, norte de Chile (Períodos Intermedio Tardío y Tardío, *ca.* 1000-1535 d.C.)”. Destacando la importancia del tráfico caravanero durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío en los valles de Arica, advierten una mayor variabilidad explicativa en torno al modelo que sustenta una intrínseca relación entre el arte rupestre y el tráfico de bienes a través de rutas cuya redundancia en los valles occidentales junto al Pacífico es muy notoria. Los autores se centran en cuatro casos localizados en el valle de Lluta, donde diversos circuitos viales darían cuenta de grupos desplazándose desde las tierras altas tras la conexión con comunidades de los valles bajos costeros. Sin duda que es un tráfico de larga distancia que culmina durante el Desarrollo Regional con hitos marcados en puntos de paso obligado, donde se pernocta y realizan ritos.

Bajo consideraciones teóricas y conceptuales, distinguen categorías de tráfico de menor a mayor complejidad, desde el tránsito sin camélidos hasta las prácticas caravaneras. Se destaca muy bien a la sociedad local (cultura Arica), que admite contactos foráneos, pero desde una matriz política autónoma. Esto la distingue del complejo Pica-Tarapacá, desarrollado inmediatamente al sur, que por la misma época se muestra inmerso en intensas operaciones de intercambio, a juzgar por la recurrente asociación entre rutas y geoglifos. Allí la población local cohabitaría con componentes étnicos foráneos, apoyados por un activo tráfico de larga distancia con fronteras abiertas y fuertes alianzas políticas. La ausencia de ríos en estas latitudes intensificó el uso de rutas internodales por pampas estériles. Esto explica que Pica se haya convertido en un oasis multiétnico, donde la población de esta época se inhuma con su cerámica monocroma representativa, junto a jarros San Miguel llegados desde Arica por rutas longitudinales, además de objetos altiplánicos descendidos por caminos transversales. Por esto, los autores hacen bien al destacar que el flujo de bienes que observan, de origen precordillerano y altiplánico, se introduce a los valles bajos de Arica con geoglifos y a través de un tráfico especializado. Para este efecto, reconocen la presencia de bienes alóctonos que deberían provenir de estas operaciones de intercambio, aunque bien saben que las poblaciones locales podrían obtenerlos también a través de prácticas de verticalidad, entre otras.

Señalan que en los contextos arqueológicos ariqueños no son comunes los implementos del complejo caravanero: ganchos de atalaje, cencerros, llamas cargueras, etc. Incluso notan la carencia de llamas en general, admitiendo que la lana y los animales mismos provenían de las tierras altas. Efectivamente, la presencia en estos valles bajos de pocas estructuras con coprolitos de camélidos en complejos habitacionales, sería compatible con la mantención de recuas transitorias para consumo ritual, una crianza a pequeña escala, de cautiverio. Precisamente, recordamos que las fuentes etnohistóricas mencionan que, durante el tráfico de azogue, las llamas cargueras se mantenían algo retiradas del litoral, descendiendo y ascendiendo en corto tiempo para evitar las patologías que se desarrollaban en los valles cálidos junto al océano. Esto quiere decir que, tal como lo señalan los autores, el flujo caravanero estaba a cargo de pastores, y que definitivamente Lluta, como los oasis tarapaqueños, no eran los puntos de partida de este tráfico. Sería interesante, sin embargo, saber más sobre el rol de los grandes costales registrados en estos oasis y usados en la carga de llamas. ¿Habrán servido quizás como unidades de medida en las operaciones de intercambio? De ser así, estos sacos podrían ser comunes en las tierras bajas para la preparación de las cargas de retorno, estandarizándose su uso en ambos extremos de los circuitos. Observan también que las *paskanas* no son muy comunes en los valles bajos, a pesar de que los recursos y los refugios están disponibles a lo largo de los mismos. En base a todo lo anterior, los autores argumentan con éxito que sus evidencias reflejan tráfico caravanero, incluyendo las escenas rupestres con caravanas, muy comunes en espacios sacralizados de los valles bajos que todavía eran utilizados por el tráfico colonial.

Los análisis de los casos descritos son consistentes. Por un lado, un circuito con geoglifos sustentado en caravanas de larga distancia, en donde el estilo Lluta representa a llamas cargadas, entre otros motivos, localizados en espacios vacíos o internodales, con alta visibilidad para los que bajan, marcando rutas con símbolos de identidad que son aceptados por la sociedad local. El segundo caso corresponde a un tráfico local del sector *chaupiyunga*, situado a la entrada y salida del valle, que establece conexiones subsidiarias hacia espacios más distantes. La presencia icónica de caravanas con guías que caracterizan a otros sitios del sur peruano, enfatiza un intenso tráfico desde los espacios serrano-altiplánicos, que demandaba ritos grabados en espacios protectores, donde los autores han detectado cerámica de las tierras altas. Se trata de lugares de contacto entre etnias diferentes, entre locales y foráneos, espacios de encuentro que, sin tratarse necesariamente de sociedades segmentadas, desde nuestro punto de vista, se constituyen en “puntos de articulación” (Nielsen 1997/1998: 167). Aquí, junto a espacios fértiles y sitios asociados a operaciones de descarga y carga, las caravanas realizaban intercambios y se abastecían de productos para el retorno. Esta convivencia de grupos, según los autores, daría cuenta de la diversidad de estilos, bien constatada en el caso de Rosario, en cuya cercanía hay contextos exóticos de plumas, obsidiana, coca,

pescados y semillas tropicales que ratifican la naturaleza de estos contactos. El cuarto caso también se vincula con ritos rupestres y la elección de un lugar sagrado en torno a las rutas caravaneras. En Cruce de Molino identificaron bloques con petroglifos y diseños de caravanas junto a senderos que bajan de la sierra. Allí la participación de grupos locales sería mínima, ya que predominan los íconos caravaneros con diseños de *tumis*, que responderían a grupos diferenciados con una amplia distribución espacial.

De acuerdo a los autores, los movimientos caravaneros inferidos se involucrarían con el modelo de verticalidad pero, principalmente, con intercambios interétnicos conducidos desde las tierras altas. Se trata de lugares convergentes en donde tradicionalmente se establecerían estas interacciones, que el primer autor de este comentario ha llamado “ferias de intercambio” y el segundo “puntos de articulación” –según la escala de las transacciones– reflejados aquí en áreas de carga y descarga y sectores de almacenamiento. En el primer caso llegarían hasta la costa, donde la riqueza es mayor y junto al intercambio tendrían posibilidades de abastecerse directamente de recursos. En el valle, en cambio, los intercambios comprometerían bienes más preciados, tal como se observa en el tercer caso. En el segundo caso, los autores advierten evidencias multiculturales, que combinan componentes locales y de tierras altas, estableciéndose los contactos allí donde habitan las poblaciones del propio valle y no en las periferias, por lo que resulta coherente su propuesta de que existían vínculos de parentesco político entre las partes.

De esta lectura se desprende la importancia que adquirió el ambiente agromarítimo para “anclar” estos circuitos de tráfico especializado de orientación transversal. Cuando las evidencias no muestran geoglifos, sino grabados locales, se establecerían ritos con componentes locales y externos. La presencia dominante de geoglifos marca una diferencia con respecto a la Circumpuna donde, efectivamente, el complejo caravanero fue local y especializado pero sin geoglifos, quizás porque su espacio de interacción no incluyó tan intensamente las tierras bajas. Cuando esto ocurrió, utilizaron principalmente las rutas fronterizas del Loa Medio e Inferior, donde los componentes caravaneros insertos en el complejo Pica-Tarapacá, desde nuestra visión, extendieron la ritualidad de los geoglifos para interactuar con las poblaciones de Atacama en el ámbito del Loa Medio (Calama/Chiuchiu) y la costa, donde los geoglifos muestran su última concentración meridional.

Los autores señalan que en los valles occidentales la sociedad era más segmentada y abierta a las operaciones del tráfico; al no poseer un manejo de camélidos, sus rutas debieron ser más intensivamente transitadas. Esto se reconoce con mayor fuerza en la despoblada depresión intermedia al sur del Camarones. Allí desaguan los ríos endorreicos bajo una esterilidad sólo interrumpida por paños de bosques de *Prosopis* (Pampa del Tamarugal), sin asentamientos humanos estables, salvo ocupaciones temporarias en desagües de “avenidas” como Pampa

lluga. En estos espacios abiertos y sin prácticas agrícolas estables se intensifican las redes de tráfico con geoglifos, encabezados por la alta distribución de apachetas en los ambientes precordilleranos. Esto explica que en el espacio Pica-Tarapacá las rutas y geoglifos reflejen la misma modalidad de Arica, por cuanto coexisten interacciones de diversos orígenes, incluyendo los valles ariqueños y las tierras altas.

Una pregunta que dejamos pendiente es ¿qué relación existe entre la organización de una sociedad y su permeabilidad al tráfico de larga distancia? No estamos tan seguros de que una población con espacios ocupados “insularmente” deba poseer un régimen sociopolítico no jerarquizado y políticamente subalterno o dependiente. De acuerdo a la información etnohistórica temprana en todos los valles occidentales, incluyendo los endorreicos del complejo Pica-Tarapacá, existían señoríos bien delimitados con autoridades étnicas prestigiosas, cuya lingüística era compartida desde sus oasis prepuneños hasta la costa, de tal manera que las operaciones caravaneras de contraparte se sostenían en organizaciones sociopolíticas más complejas de lo esperado, que mantenían su hegemonía entre sus valles y el litoral aledaño. Como se ve, éste es un estudio de suma importancia que, efectivamente, invita a nuevas reflexiones para el entendimiento del manejo político de la territorialidad, su identidad asociada y los vínculos con la infiltración social pactada a lo largo del movimiento caravanero, reflejado en ritos rupestres locales y afuerinos, asumidos colectivamente, asociados a rutas con respuestas diferenciadas entre el ámbito ariqueño-tarapaqueño y las modalidades diferenciadas de las cuencas del Loa y Atacama.

¿Dónde se centraron verdaderamente las cabeceras serranas y altiplánicas, desde dónde se desplazan las caravanas hacia el occidente con la iconografía de los geoglifos? ¿Cuál es la arqueología de esas cabeceras? Se trata de acotar mejor los espacios y la temporalidad de las interacciones en las tierras bajas. Sin duda que las excavaciones futuras en torno a esta arqueología de rutas podrán esclarecer lo que los escritos tempranos han indicado, por ejemplo, la presencia de colonias étnicas y la naturaleza del tráfico en relación al patrón de intercambio y/o colonizador. Hace varios años que un proyecto en el valle de Codpa no logró esclarecer la ocupación altiplánica Caranga, definida en documentos históricos en la vertiente occidental, de tal modo que la interdigitación de agrupaciones prehispánicas alteñas en los Valles Occidentales y Circumpuna, desde la identificación arqueológica con contextos datados, sigue siendo un tema pendiente.

Los colegas José Berenguer, Cecilia Sanhueza e Iván Cáceres en su artículo “Diagonales incaicas, interacción interregional y dominación en el altiplano de Tarapacá, Norte de Chile” ratifican el carácter directo de la penetración inca, mientras que identifican y relacionan redes viales y asentamientos con excavaciones de prueba exitosas. En efecto, logran visualizar conexiones entre los valles agrícolas tarapaqueños y el Altiplano Meridional de carácter pecuario, valorizando los ramales transversales que integraban a las tierras altas y bajas, respectivamente.

Aquí se plantea el desarrollo de un camino longitudinal, el cual logísticamente se ha reconocido a lo largo de los despoblados y oasis de piedemonte situados en la cuenca de Atacama y el Loa, y aun parcialmente en el altiplano tarapaqueño, asociado a múltiples evidencias arquitectónicas de este período. Sin embargo, ahora enfatizan la identificación de redes o ramales subsidiarios que descienden hacia el occidente. Paralelamente, abren el debate sobre la importancia del así llamado camino de los “llanos” o “de la costa” que podría incluirse como otra penetración longitudinal norte-sur. Esta cuestión amerita una ampliación de las investigaciones, porque, efectivamente, la ruta que integra los oasis de Arica–Camarones–Ariquilda–Tarapacá–Pica–Guatacondo–Quillagua, nos permite suponer que, al asociarse a cementerios incaicos muy bien representados en estos oasis por las ofrendas de los sombreros tipo fez, demostraría que fue una alternativa usada en todas las épocas del año y pudo reocuparse con el control incaico de los valles bajos occidentales y la costa aledaña. La presencia en estas rutas internodales de cerámica del Desarrollo Regional, tanto de Arica como del complejo Pica-Tarapacá, demuestra que su trazado es anterior a los incas, pero fragmentos inca-regionales admiten la tesis de un uso más tardío de este ramal. Los líderes incas, asociados con la hueste de Valdivia y con Almagro en su retorno, demostraron claramente que esta vía era una alternativa expedita todo el año hasta los tiempos de contacto, con capacidad para la movilización de gentes y recursos en gran escala.

Con respecto a las vías transversales, los autores amplifican notablemente el conocimiento al relacionar a través de tres casos estas conexiones este-oeste, segregando los componentes cerámicos de la población local del complejo Pica-Tarapacá de los del altiplano, como así también lo inca local de lo propiamente cuzqueño. La asociación entre los tiestos del complejo Pica-Tarapacá del Intermedio Tardío y aquellos procedentes de los valles serranos agropecuarios, con el componente Negro sobre Rojo de Camiña-Nama, demuestra que existieron interacciones por redes viales transversales, pero aún sabemos poco sobre cómo operaron estas relaciones de interacción entre las ocupaciones aldeanas de los valles serranos situados al pie de la cordillera, con aquellos asentamientos establecidos en el altiplano meridional del sur boliviano (Michel 2008).

Todavía notamos que faltan elementos para ratificar el modelo colonial temprano que sugiere –desde las pioneras investigaciones de John Murra reactivadas localmente por Cecilia Sanhueza– que poblaciones carangas se habían radicado en Chiapa y Camiña. ¿Cuál es la cerámica Caranga contemporánea del complejo Pica-Tarapacá y Camiña-Nama, naturalmente anterior a la ocupación inca? Estas imbricaciones entre sociedades de valles y oasis prepuneños con poblaciones altiplánicas es un tema atrayente, porque sabemos que existieron, que están las rutas, pero necesitamos más estrategias arqueológicas para dilucidarlo. Los autores están en la razón cuando indican que el asentamiento Tarapacá Viejo, con componentes cuzqueños y locales, se constituyó en un nodo principalísimo

para la conexión vial transversal desde las tierras altas a los valles bajos, en términos del control inca sobre la mina de Huantajaya (cordillera de la Costa) y el litoral aledaño. Esto significa que esta propuesta de transversalidad podría extenderse hasta el borde del Pacífico, en ambientes hiperáridos, donde habría sólo dos modalidades explicativas: o el manejo de la productividad propiamente marítima o la explotación minera. Ambas materias requieren de investigaciones adicionales. Las huellas caravaneras entre el valle de Tarapacá y el mineral inca y colonial de Huantajaya existen y están siendo evaluadas actualmente por un grupo de colegas.

En este estudio se destacan también los nodos de los desplazamientos viales a través de una logística de apoyo con la inclusión de datos toponímicos, lingüísticos y de arte rupestre. En este caso es ejemplar su propuesta de “túnicas militares” que representarían a guardianes de caminos durante el desplazamiento inca. Después de todo, las minas controladas por los incas en las tierras altas como Collahuasi requerían de un dominio directo, y dada la preexistencia de poblaciones locales suficientemente complejas, de donde provenían las mitas y otros recursos tributados, era necesario cierto personal para mantener la subordinación y, de paso, incrementar la visualización del poder con la construcción de plataformas y marcas.

Al demostrar que existen tres sistemas viales que bajan desde el altiplano a los valles tarapaqueños, los autores están implícitamente reconociendo que en las tierras bajas tarapaqueñas existían recursos sustanciales alcanzados a través de estas diagonales. La importancia de las rutas transversales, efectivamente, ya se había observado desde los trabajos pioneros de Agustín Llagostera, y aquellas insertas en la movilidad giratoria, planteadas entre el primer autor y Tom Dillehay. Estos ejes habrían sido reocupados y formatizados para una mayor visibilidad del tráfico incaico. Sin embargo, aquí se abre un debate mayor para saber desde qué centros administrativos incaicos y con qué redes se establece el mapa vial del imperio hacia su ámbito meridional. Estamos hablando del gran esfuerzo pendiente para comprender mejor cómo se compatibilizaron entre sí los centros administrativos del Cuzco y el sur del Perú con aquellos altiplánicos y sus prolongaciones hacia el norte chileno y el Noroeste argentino. Precisamente, la diagonal norte nos remite a la conexión Carangas—valles tarapaqueños, alcanzando el asentamiento inca Tarapacá Viejo, donde efectivamente se negociaron las prácticas de subordinación y tributación con la sociedad local. Entonces, ¿cuál fue la ruta que se comprometió con la recepción de gentes que portaron la cerámica cuzqueña en Tarapacá Viejo? ¿Provenía de la élite altiplánica de Carangas o de otra *marka* similar? ¿Fue a través de conexiones transversales o de los nodos cuzqueños serranos por los ramales longitudinales directos? ¿Fue por centros administrativos y vías que integraron flujos indirectos internodales, incluyendo traspasos alternados asimétricos entre distintos nodos incaicos, a ambos lados de la cordillera? Estas reflexiones son importantes, porque aún no entendemos claramente el mapa

político de la administración incaica y sus adaptaciones a distintas complejidades y concentraciones de riqueza local preexistentes.

Otra diagonal conduce por Coipasa-Huasco-Pica a través de posibles variaciones en los modos de organizar el tráfico interconectado, desde una circulación libre a otra posiblemente vigilada. Como muy bien lo señalan los autores, pudo desarrollarse también un tráfico más espontáneo, oportunidad en que las autoridades étnicas permitían un “dejar hacer” en términos de operaciones locales preexistentes al control inca.

Con respecto a la diagonal sur: Coipasa-Uyuni-Carangas-Aullagas-Pabellón del Inca-Miño-Alto Loa-Lasana, ésta se orienta a obtener recursos minerales del Alto Loa y aquellos propiamente agrarios combinados con importantes recursos cupríferos, y muy posiblemente con conexiones costeras que son investigadas actualmente por Gonzalo Pimentel y el primer autor en las rutas que descienden por el Loa al Pacífico. A través de estas diagonales, tanto los valles tarapaqueños como atacameños quedarían vinculados con un mapa vial trazado desde nodos incaicos altiplánicos. Desde aquí se habría puesto énfasis en puntos de riqueza muy privilegiada, como la productividad minera sustentada por las mitas locales, en donde los autores advierten un control más dominante, esto es, habría una estrategia de control para cada espacio subordinado. Por otro lado, “dejan hacer” a pastores-caravaneros en espacios de movilidad más libre, bajo una política que los autores advierten como versátil y flexible, aunque todo estaba efectivamente bajo la imposición de una estricta ritualidad inca que se impuso sin restricciones en todos los nodos, espacios vacíos y rutas internodales, hasta en las zonas más marginales. Pensamos que, efectivamente, esta relación armónica entre movimientos caravaneros administrados y espontáneos, fue una herencia del tráfico preexistente cuando las élites locales habían marcado una red vial redundante y reconocida por las conexiones multiétnicas que caracterizan los vínculos de complementariedad en los valles tarapaqueños antes y durante el dominio incaico.

El artículo de Raquel Gil Montero “Los pastores frente a la minería colonial temprana: Lípez en el siglo XVII” nos enfrenta a los movimiento masivos de población desencadenados en los Andes a partir de la invasión europea y al papel crucial que desempeñaron los pastores caravaneros en el abastecimiento de los mercados emergentes.

Específicamente se ocupa de los paisajes sociales generados por el establecimiento de explotaciones mineras a gran escala en regiones que nunca antes habían alojado concentraciones urbanas. Pocos centros ejemplifican tan bien esta situación como San Antonio del Nuevo Mundo, una de las minas argentíferas más importantes del siglo XVII, ubicada a 4700 msnm en la región más inhóspita del altiplano, que el segundo autor de estos comentarios ha denominado “sureste de Lípez”. En un ambiente de alta puna como éste, el éxito del proyecto minero-urbano dependió en gran medida del trabajo de los

llameros y su milenaria experiencia en el manejo de caravanas para el traslado de cargas. Estos pastores y sus tropas bajaban los minerales de la mina a los ingenios, proveían el asiento de bienes de consumo básicos como leña, sal, carne o fibra y abastecían a su población de alimentos e insumos traídos desde grandes distancias, como pescado seco del océano Pacífico, maíz y fruta de los valles o coca de los yungas orientales.

Frente a las demandas de mano de obra generadas por la minería, llama la atención la diferente capacidad de resistencia y adaptación de los pastores especializados locales —que un siglo antes Lozano Machuca y Capoché etiquetaran como “uros”, sin gobierno ni asiento conocido— vs. los agropastores de filiación aymara asentados en pueblos hacia el norte de Lípez (jurisdicción de San Cristóbal), cerca del Salar de Uyuni. Los primeros, que carecían de pueblos donde ser “visitados”, se “invisibilizaban” o se presentaban a voluntad para trabajar como fleteros en esta o en otras minas (v.g., Santa Isabel o Esmoruco), mientras que los segundos eran obligados a servir, a pesar de las protestas de sus autoridades étnicas y de los perjuicios que su ausencia provocaba en las tierras de donde eran naturales, donde no quedaban brazos suficientes para levantar las cosechas.

Tanto los trabajadores mineros como los arrieros se trasladaron a menudo con parte de sus familias, creando nuevas formas de doble residencia, donde la gente alternaba entre las barriadas de los enclaves mineros y sus antiguas estancias. En San Antonio, por ejemplo, nos informan del trabajo de las mujeres procesando el mineral en los trapiches. Adivinamos también la labor de otros miembros de estas familias en el necesario pastoreo de las grandes tropas de camélidos que debieron confluír a esta región. Los testimonios de los tributarios brindan algunas pistas al momento de reconstruir el vasto territorio que articularían los desplazamientos requeridos para sustentar estos rebaños, que abarcaba “ciénagas” en Cerrillos, Soniquera y Quetena.

En un escenario de críticos desajustes de las estructuras familiares y comunitarias indígenas, se reconoce que a menudo no hay rupturas entre los emigrados y sus cabeceras de origen, a pesar de migraciones que se prolongan más allá de una generación. Estamos en presencia de movimientos masivos a lo largo de ejes multidireccionales que conectan con Atacama, Potosí, Cochabamba, Carangas, Pacajes y hasta el Cuzco. Es el mundo minero que comienza a atraer, por la fuerza o de modo voluntario a un nuevo estamento de indígenas “forasteros”, categoría que no alude solamente a indígenas huyendo de la mita, como piensan los funcionarios coloniales y las historiografía que recoge su opinión, sino que también enmascara a grupos locales (pastores o agro-pastores) y a una emergente población de migrantes que se desplaza, a veces por generaciones, entre las urbes mineras del sur andino. La autora identifica aquí otros matices que asume la coerción en situaciones coloniales, más allá del uso explícito y directo de la fuerza ¿cómo calificar si no la “libertad” de que gozan estos forasteros que concurren

voluntariamente a trabajar en las minas para hacer frente a las obligaciones tributarias que les han sido impuestas?

En este contexto donde resulta comprensible la respuesta de algunos migrantes cuando los visitantes los interrogan sobre las razones de su desplazamiento. Como lo destaca el trabajo, las urbes mineras ofrecían oportunidades únicas para sobrevivir –y hasta prosperar– en un mundo estructurado desde la dominación, posibilidades que no se encontraban en los territorios étnicos. Aún así, son intrigantes las declaraciones de personas llegadas desde zonas relativamente benignas del altiplano –como Carangas, Paria o Chucuito– que afirman haber venido a las frías alturas de la cordillera de Lipez porque sus tierras eran estériles, sin posibilidades para sembrar o pastos para mantener los ganados. Mas allá de las oportunidades económicas que podían encontrar en la urbe minera ¿no estará emergiendo en estos discursos un universo simbólico donde los metales y los cerros que los crían juegan un papel destacado en la “fertilidad”, en la generación de la vida?

La etnohistoriadora Cecilia Sanhueza nos convoca en su “Atacama y Lipez. Breve historia de una ruta: escenarios históricos, estrategias indígenas y ritualidad andina” a dilucidar, en el contexto circumpuneño y su conexión costera, un contrapunto entre el manejo de los espacios áridos y fértiles y sus necesidades de complementariedad a través de las prácticas de movilidad. Observa desde la arqueología y la etnohistoria el tráfico caravanero que involucró la circulación de bienes y materias primas en circuitos de escala regional. Desde una mirada del siglo XVI, busca entender los cambios, readaptaciones y ajustes de las articulaciones preexistentes, por cuanto el tráfico caravanero se insertó en el escenario mercantil inaugurado por la conquista española. Con este interés, se focaliza en la ruta tradicional entre Atacama y Lipez, evaluando los componentes de continuidad y cambio. Sus datos son muy consistentes para entender la rearticulación del tráfico caravanero durante los siglos XVI y XVII en relación a la apertura de mercados en el altiplano a consecuencia del nuevo manejo de la riqueza argentífera y expansión urbana que trajo consigo principalmente Potosí. El traslado de bienes europeos e indígenas se ejecutó por vías de larga distancia, donde los nuevos nodos mineros del altiplano central y meridional exigieron recuas de gran escala para el transporte de metales, junto a mano de obra obligada y al traslado desde Atacama de algunas cuotas de cobre y, principalmente, de productos costeros, como el pescado seco.

Resulta notable la constatación de caravaneros propiamente atacameños que, subordinados a los encomenderos y asociados con sus pares de Lipez, establecieron vínculos de comercialización a cambio de metal o “pesos ensayados”, operaciones realizadas con los mitayos mineros, quienes recibían maíz, coca, pimienta, chicha, quinua, pescado seco y salado, textiles, entre otras manufacturas y materias primas. De este listado se desprende que junto con los excedentes de los oasis, integraban otros bienes de las tierras altas con conexiones con las yungas y,

por cierto, con el litoral. La documentación presentada ratifica en gran medida las complejas operaciones que provenían de las experiencias anteriores a los incas y de las transformaciones insertas en la ocupación europea. Las caravanas atacameñas, en consecuencia, no surgieron obviamente durante tiempos de la colonia, sino que provenían de una *praxis* regional prehispánica. Es decir, el mapa del tráfico en este espacio era perfectamente conocido y utilizado en su momento clímax durante el Desarrollo Regional, y continúa, como bien lo señala la autora, durante las transacciones mercantiles asociado a las prácticas del intercambio local junto al traslado de cargas de bienes europeos y materiales mineros.

La ruta colonial que unía Cobija con Potosí a través de unos 500 kilómetros se caracteriza por superar tramos estériles y otros con más recursos, en donde hay espacios que, como en Chiuchiu, operaba una de las estaciones más prestigiosas del tráfico. De este artículo se deduce la importancia de integrar las investigaciones en los distintos países sur andinos a fin de cotejar las distintas clases de evidencias, nodales e internodales, tanto arqueológicas como históricas, incluyendo las operaciones administrativas de los tambos intermedios recurrentes en el siglo XIX. Ciertamente, el reconocimiento aquí de la importancia de Chiuchiu como factor logístico de las operaciones de tráfico, nos recuerda que la arqueología tardía de este oasis refleja precisamente la mayor cantidad de bienes vinculados con el equipamiento de las caravanas preincaicas (p.ej., cencerros y ganchos de atalaje).

Otro aporte significativo del tráfico desde Cobija constatado durante el siglo XVI es el desplazamiento con cargas costeñas, sin el empleo de llamas cargueras. Ya comentamos la constatación arqueológica de costeños que cargan productos hacia el interior durante el Formativo, fenómeno que Pimentel y sus asociados verifican claramente en su contribución a este volumen. Estos cargadores costeños pudieron ascender hasta los oasis del Loa (probablemente Quillagua), donde las caravanas de atacameños pernoctaban y organizaban sus cargas. Esta parte del escrito es sustancial para los arqueólogos, porque mostraría que esta práctica, iniciada en el Formativo, continuó vigente hasta la época colonial. Las cargas de estos grupos costeños pudieron intercambiarse en el Loa Inferior, mientras las caravanas bajaban hasta las cumbres de la cordillera de la Costa, con algo de vegetación y ambiente más frío, o hasta la misma costa cálida, antes de retornar hacia las tierras altas. Se advierte que desde el prisma etnohistórico se están ratificando modalidades prehispánicas, que se podrían sumar ya no sólo a intercambios interétnicos, sino a complejas relaciones que la autora reconoce bajo las denominaciones de parentesco y compadrazgo, en términos de reproducción de vínculos culturales y rituales. Se trata de hechos sociales que han sido reiterados en el registro etnográfico de los contactos de caravanas. Desde sus propuestas válidas para el siglo XVI se acepta que los costeños cargaban sus productos hacia el interior; entonces se podría pensar que, siguiendo una modalidad de la costa árida sin valles adosados, las operaciones del intercambio y de entrega de

cargas pudo ocurrir en tiempos prehispánicos e hispano-indígenas en los oasis más cercanos al litoral, como pudo ser Quillagua en este caso. La autora nos estimula a plantear aquí un viejo problema arqueológico que tiene que ver con el tráfico inmediatamente prehispánico en cuanto a la localización de espacios abiertos de mediación y arreglos para las prácticas de intercambio. Se trataría de seleccionar espacios competentes, donde la estabilidad de los recursos favorables (agua, habitabilidad, *wak'as*, población local, entre otros) permitía encuentros interétnicos que implicaban el retorno hacia el litoral o hacia los oasis interiores. ¿Sería este espacio algo similar a lo que en la literatura se llama “puerto de tráfico”, equivalente a un asentamiento neutral, permanente o transitorio, donde convergen rutas multidireccionales para acoger encuentros de larga distancia que integran operaciones de intercambio con el retorno de cargas a las cabeceras de origen?

Para los siglos XVII y XVIII este artículo nos introduce en el crecimiento del aparato circulatorio y las transformaciones del tráfico de arriería y fletes hacia los centros urbanos mineros, a través de la figura de los *rescatiris* que descienden al litoral con textiles y coca, intercambiándolos por cargas de guano y charqui de pescado. Se pone énfasis en el innovador manejo mular entre Atacama, la costa y tierras altas, iniciándose la desvaloración de la caravana de llama, aunque pervivió, como sabemos, hasta la mitad del siglo XX entre el altiplano meridional y los oasis de Atacama.

En esta mirada diacrónica se describen las transformaciones ocurridas en la conexión entre el puerto Lamar (Cobija) y los centros urbanos mineros de las tierras altas, mejorándose los tambos intermedios. Aunque la producción minera fuera variable, la complementación económica y ritual se mantuvo entre los oasis y las tierras altas. La incorporación del manejo de carretas y las vías ferroviarias generaron un nuevo mapa vial asociado a mega-proyectos mineros para la época, superponiéndose nuevas redes que terminaron por debilitar las prácticas de la arriería. A pesar de todo, la autora reconoce que en medio del capitalismo los movimientos llameros siguen funcionando, esta vez con cargas de chinchillas, coca, ollas de greda y ají, que suelen intercambiarse por alcohol y chañar. Esta continuidad de las operaciones tradicionales basadas en el intercambio en plena modernidad, pone de relieve la urgencia de ampliar los estudios etnográficos del tráfico caravanero en la vertiente oriental de los Andes bolivianos, donde aún subsiste aunque en franco proceso de desaparición.

Después de este recorrido se valoran algunos componentes propios del movimiento caravanero a través de sus ritualidades e identidades, poniendo énfasis en una estrategia interdisciplinaria para comprender la problemática del Camino Inca y todo el fenómeno de organización material y ritual que involucró esta política de Estado frente a las redes de circulación. Para este efecto, nos recuerda la variedad de rasgos que existen a lo largo de estos caminos, los patrones de distancia, las redundancias ocupacionales y el lenguaje de los tiestos

cerámicos para entender las relaciones de subordinación y cohabitación con el Tawantinsuyu sin detectar rupturas sustanciales, a pesar de que la arquitectura fue deliberadamente la mayor marca que visibilizó al Estado Inca. La autora demuestra que, junto con el tráfico oficial, hay interacciones que derivan del “dejar hacer”.

Con esta propuesta, marcas, mojones, pirámides, linderos, apachetas y otros rasgos que nos remiten a demarcaciones y rituales vinculados con la apropiación que hacen los incas de las redes preexistentes, ameritan una mirada más fina y cobran importancia para una tipología de rutas. Hay aquí un gran tema de las investigaciones que lleva en curso y que inciden, en algunos casos, con su enfoque interdisciplinario para saber, por ejemplo, si las apachetas se incorporan al universo atacameño en tiempos históricos o no, o aprender más de los relatos etnográficos sobre el significado de estos rasgos, y de los propios caminantes atacameños sobrevivientes. Ciertamente, una última familia del Alto Loa reconocía en su mapa mental hasta la quebrada de Chacarilla, cerca del oasis tarapaqueño de Pica.

A propósito de la arriería mular que acabamos de comentar, resulta bienvenido el aporte de Mercedes Podestá, Anahí Re y Guadalupe Romero “Visibilizando lo invisible. Grabados históricos como marcadores idiosincráticos en Ischigualasto”. Esta es una propuesta muy particular, porque presenta un vasto *corpus* de petroglifos de los siglos XIX y XX, correspondientes al tráfico operado por arrieros “remeseros” que trasladaban vacunos desde el centro de Argentina por la región de San Juan, a través de pasos cordilleranos y desierto, hacia los asentamientos salitreros del norte de Chile. Se han documentado tanto las rutas como los testimonios orales y, principalmente, los bloques grabados datados entre los años 1880 al 1930, cuando el ganado en pie llegaba a los centros urbanos del desierto de Atacama. Se nos muestra un pasaje de arrieros con traslado de bienes (grasa, charqui, jabón y pasas, entre otros), alojándose en refugios y corrales transitorios, preocupados tanto por sus mulas como por las herraduras especiales para los vacunos, cuyos testimonios arqueológicos se registran actualmente en los basurales de mataderos y “camales” próximos a los pueblos salitreros. Sin duda este artículo abre nuevas expectativas para la comprensión de las rutas más recientes y de la epopeya implícita en estos desplazamientos de larga distancia.

Las autoras se detienen en Ischigualasto después de revisar los espacios internodales. Precisamente, en una estación intermedia reconocen la existencia de un paso obligado para la logística de la arriería, que fuera utilizado desde tiempos prehispánicos hasta la arriería contemporánea y que conceptualizan como “corredor de tráfico”. Aquí han identificado un conjunto de restos arqueológicos históricos, correspondientes a recintos de alojamientos, corrales, cruces, herraduras, monedas, huesos, astas y bloques grabados en un ambiente con condiciones favorables en términos de agua y habitabilidad. Hemos observado una situación similar en quebrada de los Arrieros, al suroeste de San Pedro de

Atacama con rutas prehispánicas marcadas con petroglifos, transitadas después por arrieros de vacunos procedentes de Argentina, que grabaron allí sus nombres y fechas. La presencia de gauchos fallecidos en las rutas, tal como ocurre aquí, ha dado lugar en el caso de este artículo a la pervivencia de mitos que tienen que ver con el temor a los espíritus adversos, como el notable caso expuesto del arriero Navarro que de malévolo pasó a crear un espacio maligno. ¿Reflejarán estos casos atavismos del mundo indígena, como el reconocimiento de espacios “cargados”, donde se debe transitar con prontitud o con ciertas prácticas rituales (p.ej., Cruz 2006)? Es pertinente señalar que la bioantropología de caravaneros y cargadores fallecidos en rutas ha comenzado recientemente con mayores expectativas entre Quillagua y la boca del Loa (Cases *et al.* 2008).

La tipología de los grabados es minuciosa y podría ser muy útil para seguir el desplazamiento de estas rutas hacia regiones más alejadas, apuntando hacia la comparación con otras estaciones internodales hasta los asentamientos terminales. Los autores describen las marcas del ganado, algunas iniciales de los “remeseros” y las fechas que fluctúan con más énfasis entre 1870 y 1949, época que coincide con el apogeo del ciclo salitrero. En torno a esta fina relación entre signos rupestres asociados a las rutas del tráfico de arriería de vacunos, han rescatado excelentes mapas mentales que enlazan puntos articuladores o referenciales, que responden a relieves naturales, aguadas, saltos naturales o lugares contruidos. Se trata de puntos de alta visibilidad en términos de cambios topográficos, convergencia de senderos y espacios de *paskan*, que marcan al viajero los pasos obligados, los relieves más convenientes o rutas alejadas del bandidaje o dotadas de mejores recursos.

Esta lectura nos acerca a una cultura experta en la logística del traslado, semejante en esto a la prehispánica. No deja de ser interesante que los arrieros, tal como lo enfatizan las autoras, también necesitan de protección para el traslado normal de sus remesas, evitando las estampidas, por ejemplo. Desde San Pedro de Atacama se sabe que existían rogativas para evitar el llamado “viento blanco” y con ello, por supuesto, culminar el arreo con todos los vacunos vivos. Al establecerse en espacios adecuados para el descanso, las marcas grabadas quizás recordaran la identidad de los arrieros, como una forma de perpetuar su presencia en espacios inhóspitos, de mantener su recuerdo en la épica popular. Sitios como éstos son indispensables por desarrollar una línea de investigación interdisciplinaria y binacional, con el fin de establecer los mapas de los traslados de larga distancia para dar paso a las prospecciones y excavaciones que le entregarán sustancia y contextos a una inédita arqueología de la arriería a través de los Andes.

A través del artículo “Rutas, viajes y convidados: territorialidad peineña en las cuencas de Atacama y Punta Negra”, Marinka Núñez expone una investigación etnográfica centrada en la localidad de Peine y su *hinterland*, en donde analiza la conectividad vial y sus asentamientos dispersos asociados a través de un escenario extra-local muy poco conocido, esto es, entre aparentes despoblados. La noción de territorialidad es vinculada con el manejo de viajes a través de rutas redundantes que

reflejan la apropiación tradicional de espacios insulares, cuya legitimidad se sustenta desde la ritualidad de los habitantes de Peine en términos de pasado y presente. Se trata de la delimitación de un espacio que da lugar al llamado “despoblado” de Atacama, en donde el paisaje geográfico se ha demarcado con referentes físicos y simbólicos, constituyendo un marco ambiental de su identidad, cuyas dimensiones sobrepasan los ámbitos donde habita la actual población, pero cuya pertenencia se mantiene en las memorias. Aquí la presencia de cerros, ríos y “nacimientos” se ha hecho parte sustancial del patrimonio emocional y territorial de los peineños. Tanto en los ritos de los “cantaes” como a través de los “alojamientos” durante los viajes de larga distancia, tras sus actividades económicas tradicionales, se evocan y se reconocen suyos los territorios ancestrales. Por lo mismo, se plantea una amplia extensión geográfica, plena de significantes, con agentes no humanos que constituyen los recursos del reino mineral, vegetal y animal, con particular énfasis en las pertenencias hídricas.

Lejos de concebir la naturaleza como un mero catastro, establece relaciones interpretativas entre la comunidad indígena y sus asociados no humanos que coparticipan con códigos culturales compartidos. Esta asociación ritual y productiva da cuenta de un amplio espacio, incluso trasandino, integrado por medio de rutas troperas que acceden a enclaves productivos que les permiten conciliar sus prácticas sedentarias con otras más dinámicas. Esto integra los movimientos de arriería con transacciones de compra y venta, especialmente con contactos tradicionales establecidos en el Noroeste argentino, que muestran otra vez la importancia de la articulación de operaciones complementarias a través del parentesco político en el ámbito circumpuneño.

El ejercicio de ritos en términos de “pagos” y “convidos” establece un empoderamiento ritual del espacio recibido de sus ancestros, en donde la invocación a las fuentes no humanas y propiamente orográficas permite la inclusión de una alta diversidad ambiental localizada entre la cordillera de Domeyko y de los Andes, desde las vegas del salar hasta las tierras altas. Hay allí un elenco variado de estancias, paraderos, *paskanas* y micro asentamientos que, sabemos, provienen de ocupaciones transversales de origen prehispánico. En consecuencia, se trata de un patrón intermitente de ocupaciones movilizadas por rutas memorizadas, desde donde han decidido utilizar espacios útiles segmentados, debidamente consignados en las bitácoras de sus viajes contemporáneos. Podría decirse que los peineños se desplazan por pasajes obligados, siguiendo el patrón prehispánico, incluyendo los contactos trasandinos a través de Antofagasta de la Sierra, por medio de las prácticas de arriería con sectores tradicionales de salida y llegada, para lo cual disponen de descripciones pormenorizadas de los trayectos utilizados. Estas mismas observaciones se repiten para las rutas Tilomonte-Monturaqui-Socompa, y también para la que une Tilomonte con Salin o hacia el Pular en dirección a Antofagasta de la Sierra, incluyendo la conexión Monturaqui-Aguas Delgadas. En todas estas rutas resultará importante distinguir en el futuro aquéllas

que se asocian a trazados prehispánicos de otras más recientes, a la par que será necesario observar en este inesperado territorio de gran escala las evidencias de distintos modos de vida, donde el pastoreo y la arriería no serían exclusivos.

A través de esta investigación se abre una nueva mirada de una parte importante del despoblado de Atacama que aparece, esta vez, articulado con movimientos de corta y larga distancia a través de prácticas pastoriles y contactos de interacción trasandina. Se está en presencia de un paisaje poblado por componentes no humanos que han sido transformados en actores significantes desde una lógica indígena. En un paisaje de este tipo, los desplazamientos que marcaron la noción de pertenencia demandaron un intenso manejo de símbolos y rituales. Esto permitió marcar el territorio aparentemente vacío e inhóspito con mapas mentales tramados con rutas que salen desde el nodo peineño para articular un archipiélago de micro recursos, pleno de significados, constituyendo un mosaico, en donde la ritualidad anual en el asentamiento-eje, se encarga de hacerlos presentes, de la misma manera como la distribución del arte rupestre de los pastores formativos permitió la demarcación de los espacios sociopolíticos prehispánicos en el mismo ámbito del transecto peineño. Este escrito es un estímulo para adoptar una visión interdisciplinaria al definir un espacio étnico aparentemente invisible y, de paso, aporta elementos para reflexionar sobre un importante tema contemporáneo: ¿cuáles son los territorios que por derecho ancestral les pertenecen a las comunidades indígenas?

Hemos invitado a Tom Dillehay a dar un cierre a este volumen, teniendo en cuenta su activa participación en las investigaciones arqueológicas sudamericanas y su labor pionera en las materias aquí tratadas. Al introducirnos en sus reflexiones, nos reta a considerar las implicancias más generales que reviste la temprana orientación hacia el pastoreo y el tráfico de larga distancia de las poblaciones centro-sur andinas, poniendo en duda paradigmas ampliamente aceptados que ven a la agricultura como condición necesaria para el desarrollo de formaciones sociales complejas. Los tres coincidimos en la importancia de despojarnos de este “síndrome agrícola” —que da por sentado el carácter marginal de las tempranas sociedades pastoriles-cazadoras— para explorar el proceso histórico sur andino en todas sus ramificaciones teóricas y substantivas. En este sentido, su invitación a evaluar la alimentación como creadora de cambios culturales en los Andes, es un buen camino para elevar la cuestión a una escala de discusión global, más allá de la esfera andina, enfatizando el protagonismo de lo que denomina “comunidades primarias de pastores”.

Es preciso señalar que aún sabemos poco sobre la temporalidad de los procesos de domesticación de plantas y animales, sobre los ritmos y los modos en que estas innovaciones se propagaron. Hasta hace poco tiempo nadie habría aceptado que estos procesos pudieron ocurrir al sur de los Andes Centrales. En verdad Tom había intuido primero y comprobado después —en el norte del Perú— que las prácticas arcaicas de caza y recolección continuaron siendo fundamentales

mientras se realizaban los primeros cambios que caracterizarían al período Formativo. Por ello recomienda prestar atención a las relaciones entre grupos de pastores y de cazadores-recolectores ¿cómo se articulan entre sí a través del tiempo? ¿cómo se influyen recíprocamente para generar continuidades y cambios en los procesos?

Estos llamados a repensar los fundamentos de la arqueología sur andina desde la interfase entre Arcaico y Formativo destacan la importancia de las investigaciones en curso al sureste del salar de Atacama. Allí la fase Tilocalar demuestra que, después de los logros arcaicos, se transita a un Formativo temprano basado económicamente en el pastoreo y la caza, donde las actividades hortícolas son menores, pero donde se advierte una notable complejidad ritual plasmada en la construcción de un centro ceremonial entre los 1500 y 1000 años a.C., al margen de un programa agrícola. También se verifica la propuesta de Tom sobre la importancia de las redes sociales entre grupos diversos en estas épocas de grandes transformaciones, al constatarse el movimiento de bienes de estatus desde las yungas y desde el océano Pacífico, por obra de grupos que ya poseían un manejo inicial de animales cargueros. No en vano él también destaca el rol de los centros ceremoniales para las prácticas de intercambio social y ceremonial junto a la “circulación de prestigio”. Por cierto, estos movimientos pudieron introducirse en la diversidad de la faja transversal a los Andes, de selva a costa. No es nuestro ánimo responder las delicadas preguntas de Tom, merecen quedar abiertas por ahora, pero sí sentimos que estamos más cerca de valorar la tríada pastoreo-complejidad-transformaciones formativas en las tierras altas, por lo tanto más alejados de las explicaciones unidireccionales que han dominado buena parte de la arqueología Andina.

San Pedro de Atacama y Buenos Aires, abril de 2011

Agradecimientos

Este libro se financió parcialmente con aportes del proyecto PICT 30051 (Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Argentina) dirigido por A. Nielsen. Agradecemos la labor de los colegas que evaluaron y comentaron los trabajos, así como la valiosa colaboración editorial de Florencia Ávila.

Referencias Citadas

- Albeck, M. E. (Ed.). (1994). *De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Aschero, C. A. (2000). Figuras humanas, camélidos y espacio en la interacción circumpuneña. En M. Podestá y M. de Hoyos (Eds.). *Arte en las Rocas: Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en Argentina*. Pp 15-44. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Berenguer, J. (1994). Asentamientos, caravaneros y tráfico de larga distancia en el Norte de Chile: El caso de Santa Bárbara. En M. E. Albeck (Ed.). *De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 17-50. Tilcara:

- Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Berenguer, J. (2004). *Caravanas, Interacción y Cambio en el Desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Ediciones Sirawi.
- Berenguer, J. y Pimentel, G. (2010). Presentación: Arqueología de los «espacios vacíos»: una aproximación internodal a las relaciones intersociales. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo 2. Pp. 1305-1308. Valdivia.
- Cartajena, I., Lopez, O., Nuñez, L., y Linares C. (en prensa). Lesiones en extremidades inferiores de camélidos: una comparación entre los conjuntos del Arcaico Tardío y el Formativo Temprano en la vertiente occidental de la Puna de Atacama. *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Jujuy.
- Cases, B., C. Rees, G. Pimentel, R. Labarca y D. Leiva (2008). Sugerencias desde un contexto funerario en un “espacio vacío” del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(1), 51-70.
- Cipolletti, M. S. (1984). Llamas y mulas, trueque y venta: el testimonio de un arriero puneño. *Revista Andina* 2(2), 513-538.
- Cruz, P. (2006). Espacios permeables y espacios peligrosos. Consideraciones acerca de *punkus* y *qaqas* en el paisaje altoandino de Potosí, Bolivia. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 11(2), 35-50.
- Custred, G. (1974). Llameros y comercio interregional. En G. Alberti y E. Mayer (Eds.). *Reciprocidad e Intercambio en los Andes Peruanos*. Pp. 252-289. Lima: Instituto de Estudio Peruanos.
- Dillehay, T. D. y Nuñez, L. (1988). Camelids, caravans, and complex societies in the South-Central Andes. In N. J. Saunders and O. de Montmollin (Eds.). *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology*. Pp. 603-633. Oxford: BAR International Series 421.
- D’Orbigny, A. (1844). *Viaje a la América meridional*. Buenos Aires: Biblioteca Indiana.
- Flores Ochoa, J. A. (1968). *Los Pastores de Paratía. Una Introducción a su Estudio*. Serie Antropología Social 10. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Flores Ochoa, J. A. (Ed.). (1977). *Pastores de Puna*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Göbel, B. (1998). Salir de viaje: producción pastoril e intercambio económico en el Noroeste argentino. En S. Dedenbach-Salazar, C. Arellano, E. Köng y H. Prümers (Eds.). *50 Años de Estudios Americanistas en la Universidad de Bonn*. Pp. 867-891. Verlag Anton Saurwein, Markt Schwaben.
- González Holguín, D. [1608] 1989. *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada lengua Quichua o del Inca*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Korstanje, M. A. (1998). El Médano, es un sitio caravanero? Apuntes sobre contextos de tráfico y territorialidad para el Formativo. En M. B. Cremonte (Ed.). *Las Sociedades Locales y Sus Territorios*. Pp. 33-63. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Lechtman, H. (Ed.). (2006) *Esféricas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: Los Andes Sur Centrales*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Institute of Andean Research.
- Lecoq, P. (1987). Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosi, en Bolivie. *Bulletin de l’Institut Français d’Etudes Andines* 16(3-4), 1-38.
- Martel, A. R. 2010 *Arte rupestre de pastores y caravaneros: estudio contextual de las representaciones rupestres durante el período Agroalfarero tardío (900 d.c. - 1480 d.c.) en el Noroeste argentino*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Michel López, M. (2008). *Patrones de Asentamiento Precolombino del Altiplano Boliviano: Lugares Centrales de la Región de Quillacas, Departamento de Oruro, Bolivia*. Tesis doctoral, Uppsala University, Uppsala.
- Nielsen, A. E. (1997). El tráfico caravanero visto desde la jara. *Estudios Atacameños* 14, 339-371.
- Nielsen, A. E. (1997/1998). Tráfico de caravanas en el sur de Bolivia: observaciones

- etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII/XXIII, 139-178.
- Nielsen, A. E. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: Los Andes Sur Centrales*. Pp. 29-62. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Institute of Andean Research.
- Nielsen, A. E., Berenguer, J. y Sanhueza, C. (2006). El *Qhapaqñan* entre Atacama y Lipez. *Intersecciones* 7, 217-234.
- Nielsen, A. E., Rivolta, M., Seldes, V., Vázquez, M. y Mercolli, P. (Eds.). (2007). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Córdoba: Editorial Brujas.
- Nielsen, A. E., Vázquez, M. M., Avalos J. C., y Angiorama, C. I. (1999). Prospecciones Arqueológicas en la Reserva “Eduardo Avaroa” (Sud Lipez, Dpto. Potosí, Bolivia). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIV, 95-124.
- Núñez, L. (1962). Contactos culturales prehispánicos entre la costa y la subcordillera andina. *Boletín de la Universidad de Chile* 31, 42-47.
- Núñez, L. (1967). Nuevas voces y nuevos ámbitos en el arte rupestre americano. *Boletín de la Universidad de Chile* 80-81, 24-26. Santiago de Chile.
- Núñez, L. (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. *Homenaje al Dr. R.P. Gustavo Le Paige S.J.* Pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez A., L. (1985). Petroglifos y tráfico en el desierto chileno. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.). *Estudios de Arte Rupestre. Primeras Jornadas de Arte y Arqueología*. Pp. 243-263. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Núñez, L., C. Agüero, B. Cases y P. de Souza (2003). El campamento minero Chuquicamata-2 y la explotación cuprífera prehispánica en el desierto de Atacama. *Estudios Atacameños* 25, 7-34.
- Núñez, L., P. de Souza, I. Cartajena y C. Carrasco (2007). Quebrada de Tulán: evidencias de interacción circumpuneña durante el formativo temprano en el sureste de la cuenca de Atacama. En A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 287-304. Córdoba: Editorial Brujas.
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1979). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Núñez, L. y C. Santoro (1988). Cazadores de la Puna Seca y Salada del Área Centro-Sur Andina (Norte de Chile). *Estudios Atacameños* 9, 11-60.
- Núñez, L. y C. Santoro (En prensa). El tránsito arcaico-formativo en la Circumpuna y Valles Occidentales del Centro Sur Andino: hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara*.
- Núñez, L. y M. Tarragó (Eds.) (1997). Interacciones socioeconómicas entre el Noroeste argentino y el Norte de Chile en épocas prehispánicas. *Estudios Atacameños* 14.
- Pimentel, G. (2009). Las huacas del tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14(2), 9-38.
- Pimentel, G., I. Montt, J. Blanco y A. Reyes (2007). Infraestructura y prácticas de movilidad en una ruta que conectó el Altiplano Boliviano con San Pedro de Atacama (II Región, Chile). En A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez, P. Mercolli (Eds.). *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*. Pp. 351-382. Córdoba: Editorial Brujas.
- Pimentel, G., C. Rees, P. de Souza y P. Ayala (2010). Estrategias de movilidad del Período Formativo en la Depresión Intermedia, desierto de Atacama. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Vol. 2. Pp. 1353-1364. Sociedad Chilena de Arqueología y Universidad Austral de Chile. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Rostworowski, M. [1977] 1989. *Costa Peruana Prehispánica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Sanhueza, C. (2005). Espacio y tiempo en los límites del mundo. Los Incas en el Despoblado de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10(2), 51-77.
- Sepúlveda, M., Romero, A. y Briones, L. (2005). Tráfico de caravanas, arte rupestre y ritualidad en la Quebrada de Suca (extremo norte de Chile). *Chungará* 37(2), 225-243.
- Torres, D. (1616). *Arte de la Lengua Aymara*. Lima: Francisco del Canto.
- Trombold, C. (1991). An introduction to the study of ancient New World road networks. En C. Trombold (Ed.). *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Pp. 1-9. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vitry, C. (2002). Apachetas y mojones. Marcadores espaciales del paisaje prehispánico. *Revista de la Escuela de Historia* 1 (1), 179-191.
- West, T. (1981). Llama caravans of the Andes. *Natural History* 90(12), 62-73.
- Yacobaccio, H. D. (1979). Arte rupestre y tráfico de caravanas en la Puna de Jujuy. Trabajo presentado a las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino, Universidad del Salvador, Buenos Aires.

VIAJEROS COSTEROS Y CARAVANEROS. DOS ESTRATEGIAS DE MOVILIDAD EN EL PERÍODO FORMATIVO DEL DESIERTO DE ATACAMA, CHILE.¹

Gonzalo Pimentel G.²

Charles Rees H.³

Patricio de Souza H.⁴

Lorena Arancibia⁵

La constatación arqueológica de una larga tradición de interacción interregional en los Andes centro-sur, ha sido interpretada en términos de movilidad mediante una estrategia caravanera. Se suele asumir que el ideal andino de complementariedad ecológica (Murra 1972), recayó en la práctica en las poblaciones pastoriles, quienes han sido considerados hasta hoy los principales integradores de la multiplicidad de poblaciones, recursos y espacios. La imagen que ha prevalecido en arqueología y etnohistoria es la de viajeros con recuas de llamas que desde tierras altas se movían multidireccionalmente, tanto en un sentido transversal como longitudinal, transportando productos entre la puna, los valles y oasis, la costa Pacífica y la vertiente oriental de los Andes (v.g. Berenguer 2004; Browman 1980; Dillehay y Núñez 1988; Murra 1972; Núñez 1984a, 2007; Núñez y Dillehay 1979). Sin duda que la modalidad caravanera jugó un rol clave como estrategia de movilidad destinada a la reproducción de las redes de conexiones intersociales, pero tal como lo anticipa Núñez:

“Lo que se necesita ahora es conocer las distintas modalidades que la sociedad andina aplicó para acceder a recursos complementarios en distintos contextos espaciales, temporales y culturales, porque complementariedad no es un evento sino un proceso” (Núñez 1984a:5).

¹ Proyectos FONDECYT 1090762 y 1070083.

² Universidad Católica del Norte, Chile. gpimentel@ucn.cl

³ reeschar@gmail.com

⁴ Universidad Católica del Norte, Chile. pdesouza@ucn.cl

⁵ arancibialorena@yahoo.com

Para acercarnos a la naturaleza de estos contactos apostamos a una mirada que privilegia los contextos propios de la movilidad internodal (rutas de tráfico), esto es, aquellos espacios donde se desplegaron directamente las estrategias de circulación (v.g. Berenguer 2004; Nielsen 2006; Pimentel *et al.* 2007). Específicamente nos concentraremos en la comprensión de la movilidad interzonal del Período Formativo en el desierto de Atacama (*ca.* 1200 a.C.-500 d.C.). Esta es una etapa en la cual se introducen cambios sustanciales en la economía y organización social, con una mayor intensificación en el uso del espacio regional, aparición de los primeros enclaves de sedentarización, junto a una economía excedentaria, la introducción de nuevas tecnologías (v.g. cerámica, metalurgia) y una ampliación de las redes de interacción interregional (Muñoz 1989; Núñez 1989; Núñez y Dillehay 1979; Núñez *et al.* 2006; Núñez *et al.* 2007).

El presente artículo corresponde a la extensión de una propuesta preliminar presentada en las Actas del XVII Congreso Chileno de Arqueología (Pimentel *et al.* 2010) que, por razones de espacio, en aquella oportunidad no pudimos desarrollar más extensamente. Con el reconocimiento de 12 segmentos viales, sitios, hallazgos y rasgos relacionados (campamentos, sitios ceremoniales, estructuras menores y bienes muebles), analizamos la diversidad de estrategias de movilidad en cuanto a infraestructura implicada, logística, intensidad del tránsito y escala de los contingentes, entre otros aspectos claves para entender la estructuración de la movilidad prehispánica. Las preguntas que orientan nuestra actual investigación se pueden sintetizar así: ¿existieron distintas modalidades de movilidad en tiempos formativos?, ¿cómo se expresaron en términos logísticos, infraestructura, escala de los contingentes y variabilidad de los bienes en movimiento?

El trabajo ha sido organizado en cuatro secciones. En la primera sección sistematizamos algunos de los supuestos arqueológicos que existen sobre la movilidad interregional. Luego describimos las características ambientales y geomorfológicas particulares del área de estudio. Más adelante presentamos los datos recuperados del registro de los segmentos viales, analizando la información de acuerdo a la variabilidad contextual y material. Por último, proponemos una modalidad alternativa de movilidad para el desierto de Atacama, concluyendo que en el Período Formativo se desarrollaron dos estrategias de circulación que se estructuraron a partir de objetivos, intereses y alcances diferenciados.

Algunos supuestos sobre la movilidad interregional en el desierto de Atacama

Se ha señalado, como condición previa al inicio de los viajes caravaneros, la domesticación de la llama (*Lama glama*) en el Arcaico Tardío (*ca.* 2500 a.C.) en los Andes circumpuneños, de manera alternativa e independiente a los Andes Centrales (Cartajena *et al.* 2007 y en prensa; Núñez 1989; Yacobaccio 2001). Asentamientos del área atacameña del período (Tulán-52 y Puripica-1), muestran que estuvieron fuertemente integrados a las redes interregionales de

interacción, con evidencias que testimonian indiscutiblemente las conexiones entre las poblaciones de la cuenca del salar de Atacama, el litoral del Océano Pacífico y el Noroeste argentino (Núñez 1981; Núñez *et al.* 2006; Núñez *et al.* 2007; Yacobaccio 2007).

Aunque esto parece sugerir que la movilidad caravanera pudo estar activa en esta época, lo que se ve apoyado con la identificación de indicadores osteológicos que aluden a la existencia de animales cargueros (Cartajena *et al.* 2007 y en prensa), lo cierto es que hasta ahora no se cuenta con evidencias directas de vías y contextos caravaneros del período que complementen estos datos y nos permitan precisar que la movilidad interregional con recuas de llamas estuvo en funcionamiento en el Arcaico Tardío.

Existe consenso, en cambio, en que durante el Período Formativo los viajes interzonales habrían sido realizados con llamas cargueras (Cartajena 1994; Nielsen 2006; Núñez y Dillehay 1979; Pimentel 2006, 2008). La domesticación de la llama permitió a los pastores, por una parte, contar con un stock permanente de carne, lana y subproductos (v.g. cueros, tendones, huesos) y, por la otra, aumentó considerablemente la capacidad de transporte durante los viajes intra e interregionales. Tal ha sido la importancia de la llama como animal de carga que modelos tan divergentes como la “Verticalidad” (Murra 1972), la “Movilidad Giratoria” (Núñez y Dillehay 1979) y el “Modo Altiplánico” (Browman 1980, 1984), resultan totalmente coincidentes en la idea de que los pastores de tierras altas fueron los principales impulsores y encargados del tráfico a larga distancia en tiempos prehispánicos, ya sea a través de la instalación de colonias o del intercambio. Es lo que Berenguer (2004: 5), sintetiza certeramente como “caravaneo de colonización” siguiendo el esquema de Murra, y “caravaneo de intercambio” de acuerdo al modelo de Browman.

Es con los modelos de “Movilidad Giratoria” de Núñez y Dillehay (1979) y “Modo Altiplánico” de Browman (1980, 1984), que se formaliza la estrategia caravanera como el tipo de movilidad característico en los Andes. La propuesta de Browman (1980, 1984), señala que la integración económica se basó en un amplio tráfico de caravanas de llamas que conectó zonas distantes, desarrollándose alianzas, comercio y redes de intercambio complementarias con otras comunidades. En el modelo de la “Movilidad Giratoria” se considera que las sociedades ganaderas-caravaneras, por su propia naturaleza flexible y móvil, fueron las principales responsables de articular los distintos ambientes y sociedades (Núñez y Dillehay 1979).

Pero mientras que para los Andes Centrales existen evidencias etnohistóricas de una multiplicidad de estrategias de movilidad interregional, que incluyen a grupos costeros que se internaban hacia el interior y que poseían un intenso tráfico marítimo a larga distancia (v.g. sociedad Chíncha, véase Rostworowski 1977a y b), a las poblaciones costeras del desierto de Atacama se les ha identificado con una movilidad longitudinal restringida a lo largo del Litoral (Bittmann

1983, 1984a, 1984b; Núñez 1984b). Vistas así, estas sociedades parece que sólo participaron de la interacción interregional como receptoras de un intercambio orientado desde el interior. Unidades sociales como las costeras, con una economía no productora de recursos, de tipo recolector, pescador y cazador, conformadas por pequeños grupos dispersos, con baja complejidad social y sin animales de carga, han constituido la base argumental para considerar – por oposición– a las poblaciones pastoriles de tierras altas como las promotoras exclusivas del tráfico interregional.

Sin embargo, algunas referencias históricas sugieren que los grupos costeros del desierto de Atacama poseían su propio sistema de movilidad transversal costa-interior. Por ejemplo, Bollaert (1860) describe que hasta un centenar de “changos” del norte de Paposos se internaban con mulas hasta San Pedro de Atacama para intercambiar *charqui* de pescado por coca, harina, vestimenta y otros productos. En la misma línea, Antonio Alcedo y Herrera (1967, citado en Bittmann 1983: 148) dice que los pescadores de Cobija llevaban congrio seco a vender a las provincias inmediatas, a la sierra y otras partes. Por su parte, Arce ([1930] 2004), nos informa sobre el movimiento de “changos” hacia el interior, señalando que grupos costeros subían hasta el sector de Huacate, en el Loa Medio, para aprovisionarse de pigmento rojo. Dice el autor:

“Hasta los changos de la costa, que hablaban su dialecto de una simplicidad tan primitiva, se internaron en las serranías de Huacate, en el actual departamento del Loa, para extraer de la alcaparrosa, la pintura roja que resulta, después de la calcinación, especie de betún con que embadurnaban sus balsas de cuero para protegerlas de la ‘broma’, gusano que destruye las embarcaciones que ellos utilizaban en su original y rutinaria industria de la pesca.” (Arce [1930] 2004: 414).

Si bien son datos sobre los cuales es necesario mantener cierta cautela para tiempos prehispánicos, puesto que existieron importantes cambios en los patrones de movilidad y comercio andino con la entrada de la mercantilización colonial, también es cierto que nos motivan a evaluar estas posibilidades directamente desde los datos arqueológicos, contrastando las distintas estrategias de movilidad de acuerdo a los distintos períodos y espacios involucrados.

Particularidades del análisis de las redes viales en la Depresión Intermedia

En esta porción de los Andes los recursos se encuentran altamente circunscritos, con una importante diversidad de ecosistemas que se estructuran de acuerdo a variables como altitud, presencia de recursos hídricos y pluviosidad. Esta configuración ambiental ha determinado que los asentamientos prehispánicos se encuentren sujetos a áreas muy específicas del territorio (v.g. costa y oasis),

existiendo amplias franjas desocupadas (desierto absoluto), u otras que comprometieron algún tipo de ocupación estacional o esporádica (v.g. lagunas altiplánicas, Panizo). Dichas características alcanzan su máxima expresión en el área atacameña, donde los asentamientos humanos se encuentran muy dispersos, distantes entre 40 y 160 km unos de otros, conformando verdaderas “islas verdes” rodeadas por el desierto más árido del planeta (Figura 1).



Figura 1. Mapa de ubicación de la Región de Antofagasta con las principales localidades mencionadas en el texto.

Ya hemos dicho que el Período Formativo en el área atacameña muestra una mayor intensificación en el uso del territorio con respecto al Arcaico, observándose que la mayoría de los lugares potenciales para la ocupación humana estuvieron habitados. La costa del Pacífico, aunque con escasa presencia de agua dulce, posee la mayor variedad de recursos. Producto de la corriente fría de Humboldt, cuenta con una gran diversidad de especies de peces, mamíferos, moluscos, crustáceos, aves y algas que la configuran como uno de los ecosistemas marinos más ricos

del mundo. Sitios formativos costeros se han reconocido en el sector de Caleta Huelén (Núñez 1971), Cobija (Moragas 1982) y Taltal (Castelleti 2007; Núñez 1984b).

Asociadas al Loa, único río en toda la región que desemboca en el mar después de recorrer más de 400 km, se asentaron poblaciones formativas en su segmento inferior, en la localidad de Quillagua (Agüero *et al.* 2006; Gallardo *et al.* 1993). En el río San Salvador, un afluente que corre paralelo al Loa con el que confluye en el sector de Chacance, se ha identificado una pequeña aldea y un cementerio que fueron ocupados en el Período Formativo Medio (*ca.* 500 a.C.-100 d.C.).⁶

En el Loa Medio, donde existen oasis de mayor extensión, la evidencia humana formativa alcanza una gran intensidad tal como lo delatan los cementerios de Chorrillos y Topater en Calama (González y Westfall 2010; Serracino 1984; Ørmas *et al.* 1995) y en la localidad de ChiuChiu en Chiu Chiu -200, 273 y 274- (Benavente 1992; Pollard 1970, 1978/1979). Por su parte, en la subregión del río Salado destacan los sitios Aldea Turi-2 y Los Morros III (Castro *et al.* 1994; Sinclair 2004), mientras que en el Alto Loa un caso icónico del período es el sitio Taira (Berenguer 1995, 2004).

La cuenca del salar de Atacama reúne las evidencias formativas de mayor monumentalidad en toda la región. Hacia el inicio del período, en quebrada Tulán (extremo meridional del salar de Atacama), se originaron una serie de asentamientos de variada complejidad, dentro de los cuales destaca el sitio Tulán-54, que incluye la presencia de un templete central semi-subterráneo que presenta algunas características análogas a otros centros ceremoniales de los Andes Centro-Sur durante el Período Formativo Temprano (Agüero 2005; Núñez 1994, 1999; Núñez *et al.* 2006). Existió también una importante ocupación en la aldea de Calar (v.g. Llagostera 1988; Orellana 1990), y en la última etapa del período, alrededor del 100 d.C., se produjo una intensificación en la ocupación de la aldea de Tulo (Llagostera *et al.* 1984).

De esta manera, el patrón ocupacional del área atacameña en tiempos formativos ilustra con toda claridad esta idea de nodos muy distanciados entre sí, pero a su vez fuertemente interconectados. El registro de ecofactos procedentes de la costa del Pacífico en sitios del interior y, a la inversa, de bienes del interior en sitios de la costa, nos indica que las relaciones entre ambos tipos de poblaciones eran relativamente fluidas y estables, con lo cual los viajes entre el interior y la costa tuvieron que ser una actividad recurrente en el tiempo.

La Depresión Intermedia constituye aquel espacio de desierto absoluto intermedio y de paso obligado que tuvieron que transitar los viajeros para conectar los oasis del interior con el litoral Pacífico, siendo un área crítica para la ocupación humana. Se trata de una franja longitudinal de unos 40 km de ancho, ubicada entre la cordillera de la Costa y la cordillera del Medio, con escasos puntos con

⁶ La aldea San Salvador ha sido reconocida recientemente en el marco del proyecto Fondecyt 1070083, a cargo del investigador Francisco Gallardo.

recursos hídricos permanentes.⁷ No posee vegetación fuera del río Loa, exhibe una pluviosidad en promedio inferior a un milímetro de precipitación anual, presenta gran sequedad atmosférica, alta radiación solar y fuertes oscilaciones térmicas diarias (IGM 1990). Geomorfológicamente corresponde a un relieve de plano inclinado, con extensas planicies, serranías bajas y algunos cerros islas, siendo el único recurso de interés para las poblaciones prehispánicas los afloramientos de rocas volcánicas silicificadas que sirvieron para la confección de instrumentos líticos.

Este condicionamiento ambiental implica que para tiempos prehispánicos fue un área destinada únicamente a la movilidad interzonal, correspondiendo a lo que hemos denominado un “espacio de exclusividad” de los viajeros (Pimentel 2003). En este sentido, es un espacio que permite acercarnos al viaje, su logística y prácticas de movilidad con mucho mayor nivel de detalle que aquellos lugares de ocupación estable y altamente productivos. Arqueológicamente reconocemos sus senderos, sus campamentos de descanso, estructuras menores, geoglifos y distintas evidencias ceremoniales que, por lo general, poseen una inmejorable conservación y riqueza contextual. Es tal el grado de conservación de esta área del desierto de Atacama, que estudios geológicos señalan que sería el paisaje más antiguo del planeta, con una tasa anual de erosión reducida apenas a 0,0005 mm/año, lo que equivale al nivel de erosión más bajo existente en el mundo (Dunai *et al.* 2005).

Esta real imposibilidad de sostener poblaciones humanas permanentemente ha motivado que haya sido un área generalmente desestimada por la arqueología. Sin embargo, estas características supuestamente negativas son justamente las que le imprimen su alta relevancia para el estudio vial desde una perspectiva internodal, dado que es un tipo de investigación que se inspira más en la calidad y riqueza contextual de los datos que en la cantidad y monumentalidad de los mismos. Primero, no cuenta con los “ruidos” generados por otras actividades como sí sucede en las tierras altas, donde resulta muy difícil distinguir el tránsito interregional de otras labores productivas (v.g. los sistemas de pastoreo local). Segundo, las magníficas condiciones de conservación de las vías y sus rasgos asociados, nos permiten relevar aspectos formales, funcionales y organizacionales que en otro tipo de espacio serían casi imposibles de discernir. Además, al ser senderos actualmente inactivos y ubicados en lugares alejados de los centros poblacionales, las vías, rasgos y estructuras no han sufrido mayores procesos de alteración, mostrando generalmente contextos arqueológicamente “limpios”, a pesar de las importantes transformaciones que se dieron especialmente en los tiempos de la industria del salitre (fines del siglo XIX y principios del XX). Por último, el estrés del largo viaje a través del desierto absoluto debería resultar

⁷ Un ejemplo de lo anterior es la conexión entre la localidad costera de Tocopilla y el oasis de Calama, que implicó recorrer a pie 160 km de desierto (entre 6 y 8 días) con sólo dos puntos con agua (río Loa y aguada de Chug-Chug) ubicados a 70 y 100 km de la costa respectivamente.

en estrategias altamente normadas, por lo que esperaríamos encontrar una gran estandarización en el ejercicio de la movilidad interzonal.

Redes viales prehispánicas en el área El Toco: Senderos y evidencias asociadas

En el área de estudio identificamos 12 segmentos de senderos prehispánicos, 66 sitios con 96 estructuras (Tabla 1), tres geoglifos, un contexto mortuario, estructuras menores de señalización⁸ y múltiples evidencias de bienes muebles sobre los senderos. Los ejes viales, además de los tres ejes sugeridos, se agrupan en cuatro conexiones generales y el paso por tres portezuelos de la cordillera de la Costa. Son conexiones que vincularon el Loa Medio con Tocopilla, Quillagua con Tocopilla, sector El Toco con Punta Paquica y/o Mal Paso y una única vía que se orienta norte-sur (sendero A1), la cual posiblemente conectaba las localidades de Quillagua y Cobija (Figuras 2 y 3).

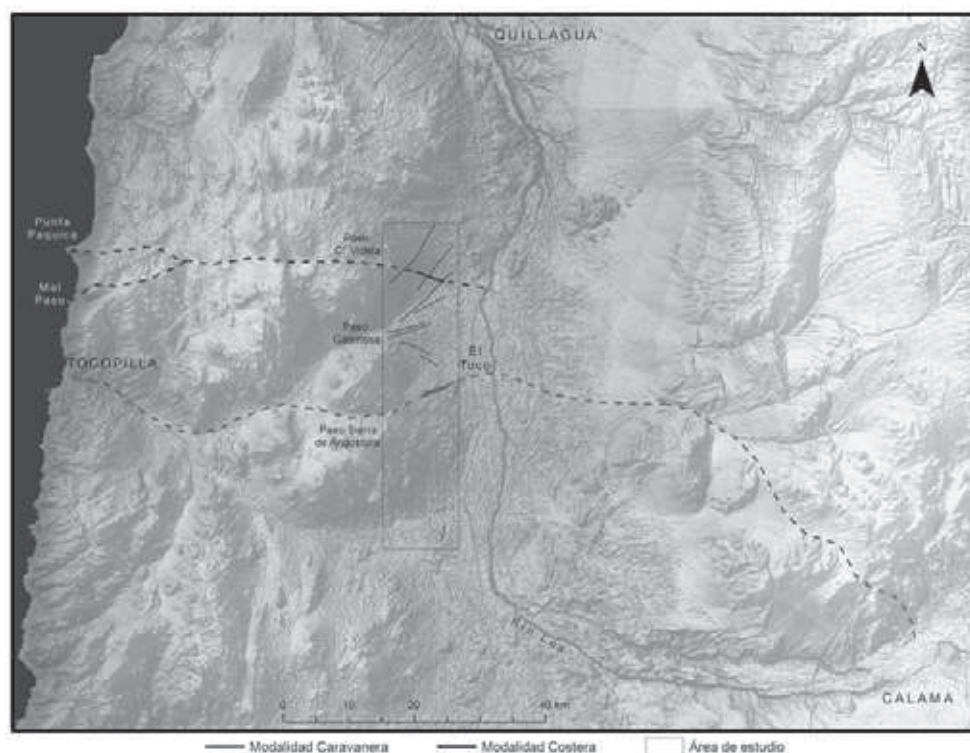


Figura 2. Mapa del área de estudio y representación gráfica de las dos modalidades de circulación propuestas.

⁸ Se entiende por estructuras de señalización a pequeños rasgos arquitectónicos que involucran a pocas piedras superpuestas que fueron construidas con la función de demarcar visualmente el trayecto de las vías. Se homologan a aquellas estructuras conocidas históricamente como “mojones”.

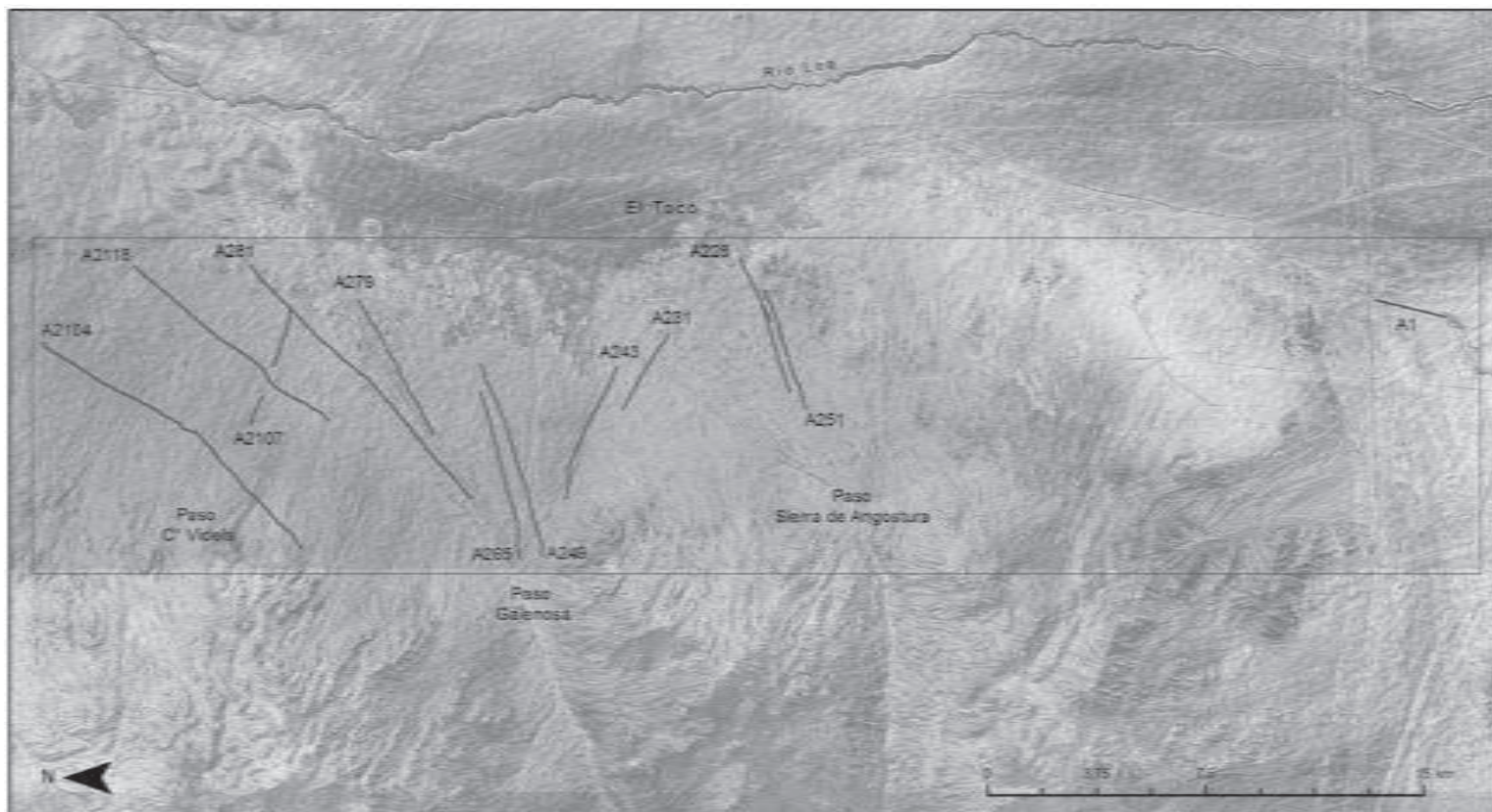


Figura 3. Mapa con el conjunto de segmentos viales investigados en el área El Toco y su relación con los portezuelos de la Cordillera de la Costa.

Tabla 1. Densidad de sitios y estructuras por eje vial.

Vía	Segmentos (Kms)	Nº sitios	Nº Estructuras	Sitios/Km	Estructuras/Km
A2107	3.1	12	21	3.9	6.8
A231	3.1	3	3	1.0	1.0
A243	4.9	3	3	0.6	0.6
A249	2.2	6	6	2.7	2.7
A265	2.5	2	3	0.8	1.2
A279	5.3	4	4	0.8	0.8
A228	4.9	9	15	1.8	3.1
A251	4.4	13	24	2.9	5.4
A2104	8.5	5	6	0.6	0.7
A2118	11.5	1	1	0.1	0.1
A281	11.1	6	10	0.5	0.9

Conexión El Toco (Loa Inferior)-costa Punta Paquica y Mal Paso

Vía A2107. Corresponde a un sendero único y un ancho máximo de 0,52 m (Figura 4). Aquí se registraron 12 campamentos de descanso, una estructura de señalización menor, ocho pequeños apilamientos de piedras, cuatro concentraciones de cerámica, representada por fragmentos de los tipos Loa Café Alisado (en adelante LCA) (n=117) y Los Morros variedad B1 (en adelante LMS-B1) (n=30); cinco núcleos líticos y desechos primarios y secundarios (n=87) sobre sedimentaria de procedencia local; fragmentos de erizo (*Loxechinus albus*) (n=6) y de almeja (*Protothaca thaca* y *Eurhomalea rufa*) (n=9).

Se suma el hallazgo del contexto funerario de un viajero (A299) que fue sepultado a unos 20 m al norte del sendero (Figura 5). Corresponde a un entierro primario extendido, de un individuo de sexo masculino, aproximadamente de 32 años y una altura aproximada de 1,57 m. Se encontraba aún con tejidos blandos en ciertas partes del cuerpo, el cuero cabelludo casi en su totalidad, junto a algunos restos de vello púbico y de uñas en la mano derecha. Su torso estaba cubierto por una túnica de forma rectangular realizada en fibra de camélido y con evidencias de gran cantidad de reparaciones. También contaba con una bolsa anillada de fibra vegetal que contenía restos de pescado, hojas de maíz y una bolsa miniatura realizada en fibra de camélido que traía en su interior un anzuelo de espina de cactácea. Además, se hallaron los restos de un pequeño roedor en estado de momificación del género *phyllotis*, un collar hilado al que se le ató un pequeño mechón de pelo, posiblemente de origen humano, semillas de algarrobo (n=5) y plumas (n=5). Como contenido estomacal se identificó parte de un pescado que al parecer se trataría del mismo ejemplar que traía en la bolsa (Cases *et al.* 2008).

Del textil se obtuvieron dos fechados radiocarbónicos de 1890 ± 40 AP y de 1870 ± 40 AP, correspondiente a un Período Formativo Tardío.



Figura 4. Sendero único (A2107) utilizado por viajeros formativos para conectar desde Punta Paquica y/o Mal Paso en la costa con el Loa Inferior en la Depresión Intermedia. Foto: Keneth Jensen.



Figura 5. Contexto mortuario de viajero formativo de origen costero (A299). Sobre su torso posee una túnica. Foto: Keneth Jensen.

Sitio A71. Consiste en cuatro estructuras aisladas: tres de forma semicircular y una de forma elíptica. Sus aparejos son a ras de piso en dos casos y dos son rústicos. Tres son de hilada simple y una de hilada doble. Se trata de estructuras con dimensiones máximas que varían entre los 2 y 2,9 m y superficies entre 1,5 y 3,8 m² (Figura 6). Las excavaciones realizadas comprendieron un total de 150 m². El depósito cultural, compuesto por un sustrato de limo con gravilla café claro, es muy delgado, con profundidades máximas que normalmente alcanzaban entre 3 y 8 cm, y que excepcionalmente llegaban hasta los 15 cm.

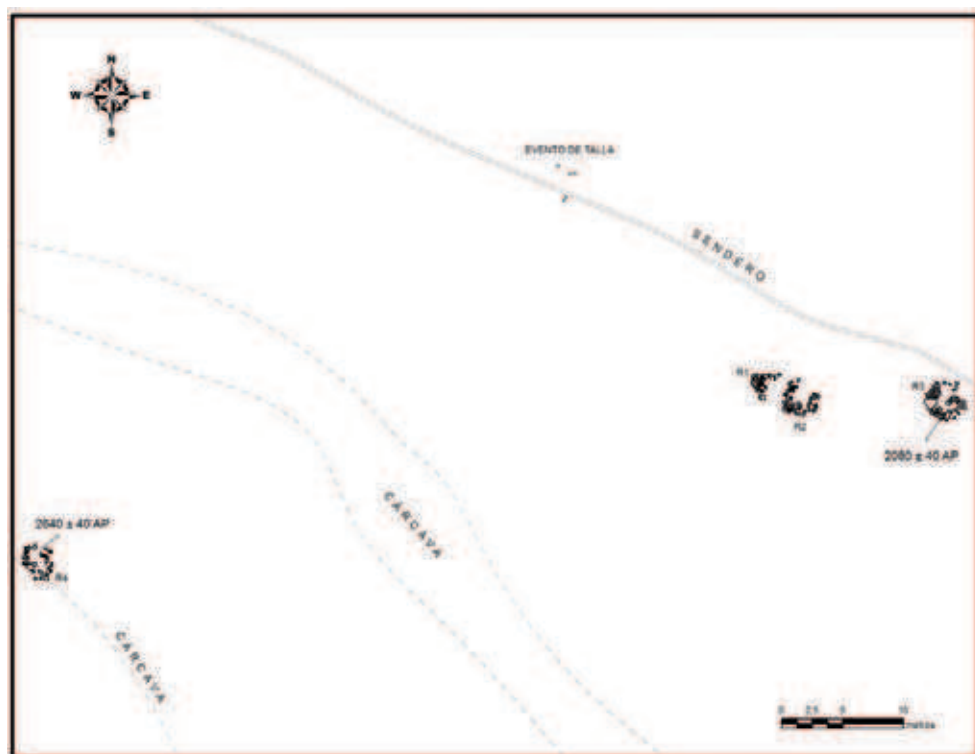


Figura 6. Planimetría del sitio A71 y su asociación con el sendero A2107. Levantamiento: Alex Paredes.

El material lítico recuperado de la excavación está representado por un total de 221 piezas, consistentes principalmente en astillas secundarias en rocas silíceas y, en menor proporción, astillas primarias de andesita, además de núcleos y fragmentos angulares en ambas materias primas y algunas astillas de retoque. Se agregan dos astillas secundarias sobre roca silícea fina que muestran micro-astillamiento por uso sobre biseles abruptos (¿raspadores?), indicando así la utilización de instrumentos líticos al interior del sitio. El material óseo es relativamente escaso y está compuesto por 103 piezas, de las cuales el 72% corresponden a huesos de pescado. De este conjunto fueron identificados un fragmento de esmalte dental y un metapodio distal de camélido sin fusionar, tratándose este último de un

individuo menor a seis meses. El material malacológico está constituido por un total de 45 valvas o fragmentos de valvas, consistentes en chitón (*Chiton sp.*), picoroco (*Balanus sp.*), almeja (*Eurhomalea rufa*), erizo (*Loxechinus albus*), lapa (*Fisurella sp.*) y caracol cónico (*Turritella cingulata*). Los textiles consisten en tres pequeños cordeles, uno confeccionado con fibra de camélido y los otros con fibras vegetales. El material vegetal, por su parte, está compuesto principalmente por carpos y pericarpos de algarrobo ($n=398$), a lo que se agregan algunos trozos de vainas de este mismo taxón ($n=12$), restos leñosos y, significativamente, un tallo y semilla de maíz (*Zea mays*). Es necesario destacar la ausencia dentro de este sitio de fragmentería cerámica, fecas de camélido y mineral de cobre. Fueron obtenidas dos dataciones radiocarbónicas: una de 2080 ± 40 AP (estructura 3) y otra de 2640 ± 40 AP (estructura 4). Esto nos indica que tuvieron una ocupación en el Período Formativo Temprano y Formativo Medio.

Sitio A72. Está compuesto por dos estructuras de formas semicircular y elíptica, ambas de tamaño más bien pequeño (1,7 m de tamaño máximo cada una, 0,9 y 1,3 m² de superficie interior). Son de aparejo a ras de piso e hilada simple. Las excavaciones comprendieron para este caso 6 m². Los depósitos culturales eran delgados (3-10 cm) y estaban constituidos por una matriz de limo graviloso café claro.

Contenían una ínfima frecuencia de material cultural, correspondiente a algunos escasos restos vegetales (leñosos y de tallos), unas pocas espículas de carbón y una lasca de roca silíceas, la que en esencia constituye el único indicador de uso prehispánico del sitio, ya que no se pudieron obtener dataciones radiocarbónicas. De alguna forma, este sitio posiblemente representa la situación de muchos otros campamentos del área, caracterizados por pequeñas estructuras con muy poca inversión de trabajo, y en los cuales la ocupación es poco reiterativa al ser llevada a cabo por grupos humanos pequeños, lo que redundaría en un registro arqueológico exiguo.

Conexión Loa Medio-Tocopilla, vía portezuelo Sierra de Angostura

En esta conexión se registraron dos vías paralelas (senderos A228 y A251) con idénticas trayectorias y distanciadas entre sí por unos 300 m.

Vía A228. Posee entre una y cuatro sendas, con un predominio de tres sendas y un ancho máximo de 2,8 m (Figura 7). Se identificaron nueve campamentos de descanso, una estructura de señalización menor y un geoglifo (Toco 1). Dicho geoglifo está conformado por dos motivos que representan una figura humana de frente y un camélido representado de perfil, ambos con técnica de despeje (Figura 8). De los materiales muebles, se consignó un fragmento cerámico del tipo LCA, restos de moluscos del Pacífico y dos lascas líticas sobre materia prima de procedencia local.



Figura 7. Vía A228. Nótese la presencia de tres sendas múltiples en asociación a campamento de descanso. Imagen representativa de los senderos caravaneros formativos. Foto: Keneth Jensen.



Figura 8. Vista aérea de Geoglifo del Período Formativo (Toco 1). Representación de una figura humana con brazos alzados y un camélido. Este último se encuentra parcialmente destruido por el paso de un vehículo. Foto: Keneth Jensen.

Vía A251. Este eje vial posee entre una y cinco sendas, y un ancho máximo de 6 m. Se identificaron 13 campamentos de descanso, un geoglifo (Toco 2) que corresponde al diseño de una línea sinuosa realizada con técnica de despeje y dos estructuras de señalización menor. De los materiales muebles, se consignaron fragmentos cerámicos (n=141) que corresponden al tipo LCA, un pequeño colgante de mineral de cobre, dos lascas líticas secundarias sobre roca silícea gris de procedencia local y fragmentos malacológicos del taxón *Concholepas concholepas*.

Sitio A30. Está integrado por dos estructuras aisladas de forma semicircular y circular, con tamaños de 1,9 m y 2,7 m de largo máximo y una superficie de 1,4 m² y 2,4 m², ambas de aparejo rústico e hilada simple. Las excavaciones comprendieron un total de 18 m². El depósito cultural resultó estar compuesto por una matriz de limo con gravilla café claro, con profundidades máximas entre 2 y 15 cm. Se recuperaron escasos materiales culturales. El material óseo comprende cinco fragmentos de pescado no identificados. Del material malacológico (n=3), se reconocieron restos de erizo (*Loxechinus albus*) y de un crustáceo no identificado. Destacan las evidencias vegetales con 1.490 carpos y pericarpos de algarrobo, además de algunos restos leñosos. De este sitio se extrajo una datación radiocarbónica de 2100 ± 40 AP, lo que nos indica que el sitio fue ocupado en el Período Formativo Medio.

Sitio A33. Corresponde a siete estructuras de formas circulares y semicirculares, que poseen aparejo a ras de piso (n=5) y rústico (n=2). Tres de ellas forman un conjunto aglomerado y las otras se disponen en forma aislada (Figura 9). Las excavaciones comprendieron un total de 40 m². Los depósitos culturales alcanzaron profundidades máximas de entre 5 y 27 cm y se encontraban compuestos por una matriz de limo con gravilla café claro con intercalaciones más arenosas y otras de limo más puro. Se pudo develar también un claro socavamiento de la superficie interna de las estructuras.

Se recuperó una gran variedad y frecuencia de restos culturales consistentes en material lítico, óseo, malacológico, cerámico, vegetal y textil, a lo que se agrega el registro de fibras animales (pelos), plumas, mineral de cobre, fecas de camélido y restos de carbón. El material cerámico está compuesto por 27 fragmentos correspondientes al tipo LCA. Los materiales líticos son comparativamente poco abundantes. Se componen de 39 piezas recuperadas de excavación y 32 de recolección superficial, consistentes principalmente en núcleos y astillas silíceas primarias y, en segundo lugar, astillas secundarias en materias primas silíceas. Dentro de estas últimas, se identificaron dos piezas con microastillamiento por uso sobre un bisel abrupto (¿raspador?), indicando así que en el sitio existió el uso de instrumentos y no sólo talla de material lítico.



Figura 9. Vista aérea del sitio formativo medio A33 y su relación con sendero. Foto: Keneth Jensen.

Los restos óseos se componen de 921 piezas, de las cuales la gran mayoría son de pescado ($n=681$), identificándose por lo menos seis especies, entre las que destacan el jurel (*Trachurus symmetricus*) y la pintacha (*Cheilodactylus variegatus*). Los mamíferos ($n=184$) corresponden a roedores y camélidos. El material malacológico es abundante ($n=227$) y muy diverso, incluyendo choro (*Choromitylus chorus*), chitones (*Chiton* sp.), locos (*Concholepas concholepas*), almejas (*Eurhomalea rufa*), erizos (*Loxechinus albus*), lapas (*Fisurella* sp.), caracoles morados (*Tegula atra*), picorocos (*Balanus* sp.), caracoles cónicos (*Turritella cingulata*), caracoles redondos (*Prisogaster niger*) y *Oliva peruviana*. También se recuperaron crustáceos no identificados. El material textil está representado por ocho pequeños cordeles confeccionados con fibras de camélido ($n=5$), y en menor medida con fibra vegetal y pelo humano. Del material vegetal se identificaron 4.347 carpos y pericarpos de algarrobo (*Prosopis* sp.), algunos fragmentos de vainas de este mismo taxón ($n=57$), restos leñosos y un fragmento de calabaza (*Lagenaria* sp.). Además, se registró una espina de cactácea con el extremo distal expuesto al fuego para su endurecimiento, lo que sugiere su uso como instrumento (¿aguja?). Se documentaron algunos vellones de fibras de camélido, plumas de aves no identificadas y numerosas fecas de camélido. También hay que destacar el registro de varios fragmentos de mineral de cobre ($n=12$) y una cuenta de collar en este mismo material. Cabe mencionar la existencia de áreas de combustión, lo que complementa la imagen de un sitio con amplias actividades de carácter habitacional.

De este sitio se obtuvieron seis fechados radiocarbónicos, lográndose dataciones de 2060 ± 40 AP (estructura 2), 1820 ± 40 AP (principio de ocupación estructura 3), 1780 ± 40 AP (final de ocupación estructura 3), 2110 ± 40 AP (estructura 4), 1970 ± 40 AP (principio de ocupación estructura 5) y 1750 ± 40 AP (final de ocupación estructura 5) (Figura 10). Este conjunto de dataciones nos informa que el sitio tuvo una ocupación en el Período Formativo Medio.

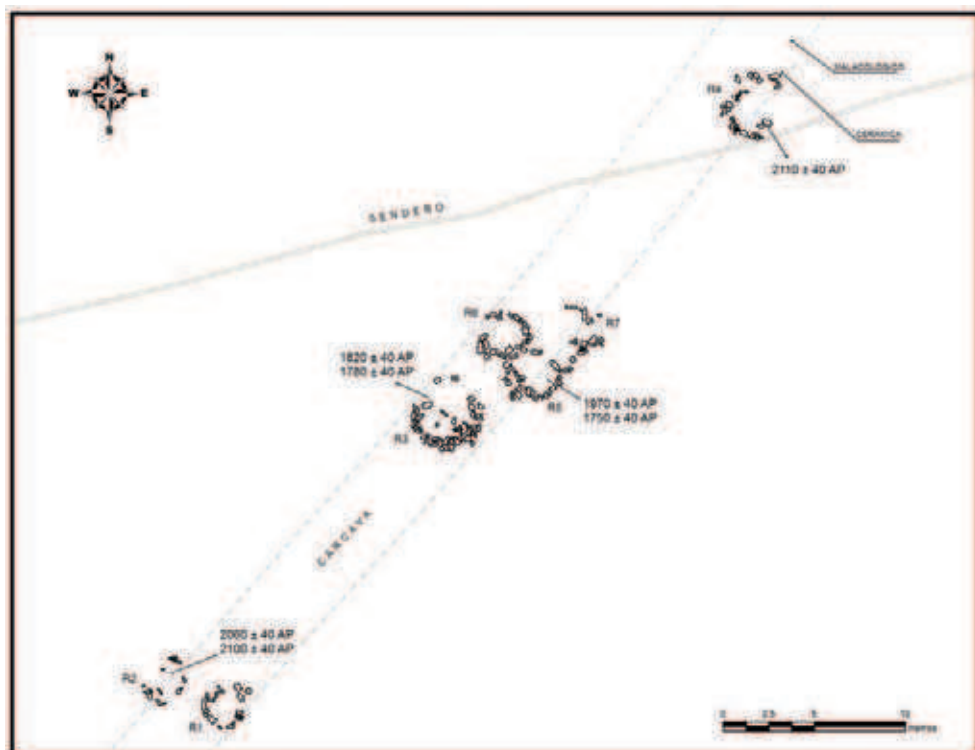


Figura 10. Planimetría del sitio A33. Obsérvese las dataciones radiocarbónicas obtenidas en los distintos recintos que dan cuenta de distintos eventos ocupacionales dentro del Período Formativo Medio. Levantamiento: Alex Paredes.

Sitio A20. A partir de su posición y alineamiento con otros sitios, postulamos que éste formó parte de la conexión entre el Loa Medio y Tocopilla, vía el portezuelo Sierra de Angostura. Se compone de un conjunto de tres estructuras aisladas, ubicadas sobre un lomaje, con plantas de forma semicircular y elíptica. Poseen aparejo a ras de piso y rústico, muros de hilada simple y dimensiones bastante pequeñas que van de los 95 a los 200 cm, y con superficies entre los 0,4 y 1 m². En la superficie del sitio sólo se observaron algunos desechos líticos en sílice. Fueron excavados 15 m², evidenciando un depósito cultural compuesto por una matriz de limo con gravilla, cuyas profundidades máximas fluctuaron entre 3 y 12 cm. Los materiales culturales recuperados corresponden exclusivamente a material lítico (n=42), consistente principalmente en astillas primarias y secundarias y algunos

núcleos, provenientes de dos nódulos de materia prima silícea. El emplazamiento sobre la cumbre de un lomaje, la morfología y tamaño de las estructuras, junto a la ausencia de restos de carácter más claramente habitacional (v.g. alimenticios, combustión o instrumentales), nos indican que el sitio respondería a arreglos de carácter ceremonial, con la inclusión de actividades de talla lítica como parte de las prácticas involucradas, aunque con una clara ausencia de otros indicadores propios de los contextos rituales.

Sitio A22. Al igual que el caso anterior, este sitio muestra un consistente alineamiento con los geoglifos de Soronal⁹, ubicados en un mismo eje hacia el este del río Loa y con los geoglifos de Morro Ojeda¹⁰, en el borde poniente del paso Sierra de Angostura. Ello nos permite sugerir que correspondió a otro eje vial, paralelo a los anteriores, más allá de que no fue posible identificar la presencia de los senderos mismos. El sitio cuenta con un geoglifo que representa un camélido naturalista realizado con técnica mixta tanto por despeje y adición, y con cinco concentraciones de pequeños amontonamientos de piedras en su interior. Se asocia a estructuras de alojamiento, cuatro alineamientos de piedras a ras de piso, “cajitas” y *challas* de mineral de cobre. Se realizó un pequeño sondeo al interior de la estructura, obteniéndose fecas de camélido, talla lítica sobre roca silícea local, junto a fragmentos cerámicos de los tipos Sequitor (en adelante SEQ), Quillagua-Tarapacá Café Amarillento (en adelante QTCA) y LCA. A juzgar por esta alfarería, corresponde a un sitio que fue ocupado en el Período Formativo Tardío. Cabe precisar que es el único caso identificado en toda el área donde se observan tanto actividades de carácter habitacional (estructuras de alojamiento) como ceremoniales (geoglifos, alineamientos simples de piedra, “cajitas” y *challas* de mineral de cobre), compartiéndose de esta manera ambas funciones en un mismo sitio.

Sitio A26. Este sitio tampoco se ubica cercano a ninguno de los segmentos viales identificados, aunque aquí nuevamente vemos que su posición y alineamiento en relación a otros sitios, permiten postular que formó parte de la conexión entre el Loa Medio y Tocopilla, vía el portezuelo Sierra de Angostura. Está conformado por dos estructuras aisladas emplazadas en el lecho de una cárcava, con plantas de forma circular y lineal, de aparejo rústico e hilada simple. Poseen dimensiones máximas de 1,4 m y 2,7 m y una superficie aproximada de 2,6 m².

Las excavaciones comprendieron un total de 20 m². El depósito cultural se compone de una matriz de limo con gravilla, con intercalaciones más arenosas, cuya profundidad máxima fluctúa entre los 5 cm y los 28 cm. Se registraron materiales culturales sólo en la estructura circular, con presencia de material de cronología histórica dentro de los primeros 3-12 cm. Bajo esta profundidad, se

⁹ Una breve descripción de este sitio se encuentra en Briones y Castellón (2005).

¹⁰ Sitio descrito en Montt y Pimentel (2007).

encuentran materiales únicamente prehispánicos como un fragmento cerámico del tipo LCA, lítico, además de malacológico, óseo, vegetal, textil, plumas y un par de fragmentos de mineral de cobre. Los materiales líticos (n=24) están constituidos por astillas primarias y, en menor medida, secundarias. El material malacológico (n=33) es variado y está compuesto por fragmentos de valvas de chitón (*Chiton* sp), picoroco (*Balanus* sp), loco (*Concholepas concholepas*), almeja (*Protothaca thaca*), erizo (*Loxechinus albus*), lapa (*Fissurella* sp.) y caracol morado (*Tegula atra*). El material óseo (n=212), por su parte, indica una predominancia de restos de pescado, reconociéndose dos especies de peces (jurel, *Trachurus symmetricus*; y vieja, *Graus nigra*), con frecuencias menores de restos de aves y de mamíferos no identificados. También destaca la presencia de carbones y huesos quemados, indicando la existencia de actividades de preparación y consumo de alimentos. El material textil está representado por un cordel y un trozo pequeño de un tejido plano, ambos en fibra vegetal. Los restos vegetales, por su parte, consisten en abundantes (~500) carpos y pericarpos de algarrobo (*Prosopis* sp.), además de un par de vainas y variados restos leñosos. De este sitio se obtuvieron dos fechas radiocarbónicas las cuales dieron como resultado, respectivamente, 2060 ± 40 AP y 1990 ± 40 AP, señalando una ocupación correspondiente al Período Formativo Medio.

Conexión Loa Medio-Tocopilla, vía Portezuelo Galenosa

En dirección al portezuelo Galenosa se registraron cinco vías (A231, A243, A249, A265 y A279). Dos senderos (A231 y A243) corresponden a ejes paralelos con idéntica trayectoria, distanciados unos 600 m entre ellos. Un poco más al norte de ambos ejes se registraron otros dos ejes paralelos con una trayectoria más directa desde el este hacia el portezuelo de Galenosa (A249 y A265).

Vía A231. Posee una sola senda y un ancho máximo de 0,8 m. Se identificaron tres campamentos de descanso de planta semicircular y circular, en una de las cuales se recolectaron 28 fragmentos cerámicos del tipo LCA y dos lascas líticas sobre materia prima silíceo local. A partir de las evidencias cerámicas podemos reconocer una ocupación de la vía en el Período Formativo.

Vía A243. Este eje vial posee entre una y tres sendas, con un predominio de un sendero único y un ancho máximo de 0,65 m. Se consignaron dos pequeñas estructuras emplazadas sobre un pequeño lomaje, las que dado su reducido tamaño y su emplazamiento parecen corresponder a otras orientadas a algún tipo de práctica ceremonial. Si bien no se identificaron materiales ni en las estructuras ni en relación a la vía, la modalidad constructiva permitiría asumir una data prehispánica.

Vía A249. Posee entre una y tres sendas, con un predominio de tres sendas y

un ancho máximo de 8 m. Se identificó solamente una estructura de descanso, no registrándose materiales asociados ni en la estructura ni en relación a la vía. No obstante, hacia el este de la vía existe una consistente linealidad con cinco estructuras de descanso que tampoco mostraron material en superficie y con un restringido evento lítico (A64) de seis lascas sobre materia prima silícea fina de color blanco. De acuerdo a la morfología de las estructuras, fundamentalmente semicircular, y a las evidencias de talla lítica, nos permitimos postular una cronología prehispánica.

Vía A265. Este eje vial posee entre una y cinco sendas, con un predominio de cuatro sendas y un ancho máximo de 9 m. Se identificó una sola estructura de descanso, reconociéndose cinco lascas líticas de procedencia local. Hacia el este muestra una consistente linealidad con dos eventos líticos que permiten su inclusión dentro del segmento vial. Estas escasas evidencias permiten postular que la vía tuvo algún uso en tiempos prehispánicos.

Vía A279. Este eje vial posee entre una y tres sendas, con un predominio de un sendero único y un ancho máximo de 3,1 m. Se identificaron cuatro campamentos de descanso, con plantas de forma semicircular y circular, además de una pequeña estructura de señalización. Lamentablemente, en ninguna de dichas estructuras se registraron materiales en superficie, pero a partir de su morfología podemos suponer igualmente un uso prehispánico.

Conexión Quillagua-Tocopilla, vía Portezuelo de Galenosa

En este trayecto general se identificaron tres ejes viales con idéntica orientación que corren paralelos y claramente diferenciados entre sí (A281, A2104 y A2118). Mientras las vías A2104 y A2118, ubicadas más al poniente, corresponden a ejes diagonales más directos entre Tocopilla y Quillagua, el caso del sendero A281 privilegia la orientación en relación a hitos que sobresalen del paisaje como los cerros islas, estructurándose a partir de estos elementos y no desde un punto de vista del eje de conexión más corto.

Vía A281. Este eje vial posee entre tres y nueve sendas, con un predominio de seis sendas y un ancho máximo de 16,3 m. Se identificaron seis campamentos de descanso que poseen plantas de forma semicircular y circular, además de una pequeña estructura de señalización. De los materiales asociados, se consignaron 163 fragmentos cerámicos del tipo QTCA en uno de los campamentos de descanso. A esto se suma una lasca lítica sobre roca de procedencia local registrada en otra de las estructuras de descanso. De acuerdo a la presencia de este tipo cerámico se trataría de una vía con algún tipo de uso en el Período Formativo Tardío.

Vía A2104. Posee entre una y tres sendas, con un predominio de un sendero único y un ancho máximo de 2,55 m. Se identificaron cinco campamentos de descanso con planta de forma semicircular, consignándose solamente escaso material lítico sobre materia prima local en uno de los sitios, siendo esto último y el patrón semicircular de las estructuras las únicas evidencias que nos sugieren una cronología prehispánica.

Vía A2118. Este eje vial posee entre una y 10 sendas, con un predominio de siete sendas y un ancho máximo de 15,7 m. Se identificó un solo campamento de descanso, registrándose escaso material lítico sobre rocas silíceas de procedencia local, además de siete estructuras de señalización simple, el hallazgo de una lasca lítica sobre materia prima local, fragmentos de leña, madera carbonizada, restos de un cánido y de *charqui* de pescado en una estructura de señalización. Éste es uno de los ejes donde las evidencias históricas son más abundantes, aunque la presencia de una estructura de alojamiento de forma semicircular y la presencia de material lítico, sugieren la existencia de algún grado de uso de la vía en tiempos prehispánicos.

Conexión Quillagua-Colupito-Cobija

Vía A1. Éste es el único caso que mostró una orientación longitudinal y del cual no pudimos precisar su trayectoria en ambos sentidos al encontrarse en un área muy alterada por las ocupaciones salitreras históricas. La única referencia con la que contamos para sugerir su conexión es una cartografía inglesa (Bline 1879) donde se traza una conexión entre Quillagua y Cobija, vía Colupito y que coincidiría con el rumbo de la vía A1. En este segmento se reconocieron entre una y 10 sendas paralelas, con un ancho máximo de 8,7 m. Se identificaron 72 eventos de talla lítica sobre materia prima de procedencia local, que sumaron un total de 1.725 desechos líticos.¹¹ Dichos eventos se encontraron ubicados sobre y a ambos lados de la vía, en evidente correspondencia con ella, lo que nos indicaría algún grado de uso de la vía por parte de poblaciones prehispánicas.

Resumiendo, podemos apreciar que los senderos y sitios aquí analizados nos mostraron, con menor o mayor grado de certeza, un uso de estas vías en tiempos prehispánicos para el tránsito entre la costa y el interior. Tal como se sintetiza en la Tabla 2, en un nivel bajo de precisión cronológica, se encuentran dos vías (A243 y A279) que mostraron solamente estructuras de descanso con plantas predominantemente semicirculares, pero sin ningún tipo de materiales diagnósticos, por lo que se sugiere su cronología prehispánica únicamente a partir de la morfología de dichas estructuras. En un nivel intermedio incluimos la presencia de talla lítica y de estructuras de alojamiento semicirculares como lo muestran los senderos A249, A265, A2104 y A2118. Una excepción a esto es el caso de la vía A1,

¹¹ Para una caracterización de estos materiales, véase Blanco *et al.* (2009).

la cual no cuenta con estructuras pero sí con abundantes eventos líticos. En tanto, en un nivel de precisión mayor contamos con seis casos (A228, A251, A231, A281, A2107 A22) que mostraron contextos claramente prehispánicos con estructuras de alojamiento, talla lítica, geoglifos asociados (vías A228, A251 y A22), un contexto funerario (vía A2107) y evidencias diagnósticas de cerámica representada por los tipos LCA, LMS-B1, QTCA y SEQ, que nos remiten exclusivamente al Período Formativo. Esto último se encuentra ampliamente corroborado por las dataciones radiocarbónicas realizadas en cinco sitios.

Tabla 2. Principales evidencias prehispánicas de acuerdo a cada eje vial investigado.

Vía	Portezuelo	Conexión	Principales evidencias arqueológicas				
			Camp. de Descanso	Geoglifos	Tipos Cerámicos	M. Lítico	Ctx. funerario
A228	Sierra de Angostura	Loa Medio-Tocopilla	X	X	LCA	X	
A251	Sierra de Angostura	Loa Medio-Tocopilla	X	X	LCA	X	
A231	Paso Galenosa	Loa Medio-Tocopilla	X		LCA	X	
A243	Paso Galenosa	Loa Medio-Tocopilla	X				
A249	Paso Galenosa	Loa Medio-Tocopilla	X			X	
A265	Paso Galenosa	Loa Medio-Tocopilla	X			X	
A279	Paso Galenosa	Loa Medio-Tocopilla	X				
A281	Paso Galenosa	Quillagua-Tocopilla	X		QTCA	X	
A2104	Paso Galenosa	Quillagua-Tocopilla	X			X	
A2118	Paso Galenosa	Quillagua-Tocopilla	X			X	
A2107	Paso Cerros de Videla	Toco, Loa Inferior –Costa Punta Paquica y/o Mal Paso	X		LCA LMS-B1	X	X
A1		Quillagua-Colupito-Cobija				X	
A22	Sierra de Angostura	Loa Medio-Tocopilla	X	X	LCA QTCA SEQ	X	

Los datos cronométricos disponibles a través de 13 dataciones radiocarbónicas, permiten afirmar que el área de estudio fue utilizada como espacio de movilidad

prehispánica al menos desde el Formativo Temprano (*ca.* 800 a.C.), continuando su uso hasta el Formativo Medio (*ca.* 300 d.C.). Pero fue especialmente entre los 100 a.C. y los 300 d.C. cuando se dio la mayor intensidad de uso de este espacio, el cual parece haberse intensificado aún más entre los 100 y 300 d.C. (Tabla 3). Después de esta última fecha, el área aparentemente pierde su interés como espacio para el tránsito de las poblaciones prehispánicas, considerando la total ausencia de evidencias diagnósticas que aludan a otros períodos prehispánicos.

Tabla 3. Dataciones realizadas en AMS para el área El Toco.

Sitio	Código	Material	Años ¹⁴ C AP	Cal 2 σ (95.4 %)
A30-R2	Beta 218954	carpo algarrobo	2100 $\pm$ 40	200 a 30 AC
A33-R2	Beta 218955	carpo algarrobo	2060 $\pm$ 40	180 AC a 30 DC
A33-R3	Beta 218956	carbón	1820 $\pm$ 40	100 a 260 DC
A33-R3	Beta 218957	carpo algarrobo	1780 $\pm$ 40	130 a 370 DC
A33-R4	Beta 218959	carpo algarrobo	2110 $\pm$ 40	340 a 320 AC
A33-R5	Beta 218962	carpo algarrobo	1970 $\pm$ 40	50 AC a 110 DC
A33-R5	Beta 218961	carpo algarrobo	1750 $\pm$ 40	220 a 400 DC
A71	Beta 218963	madera	2640 $\pm$ 40	840 a 790 AC
A71	Beta 218960	madera	2080 $\pm$ 40	190 AC a 10 DC
A26	Beta 218953	carbón	1990 $\pm$ 40	60 AC a 90 DC
A26	Beta 218952	madera	2060 $\pm$ 40	180 AC a 30 DC
A299	Beta 218965	textil	1890 $\pm$ 40	40 a 230 DC
A299	Beta 218966	textil	1870 $\pm$ 40	50 a 240 DC

Modalidad costera y modalidad caravanera

Sobre la base de los datos aquí expuestos postulamos que en el Período Formativo existió una variabilidad de estrategias de movilidad en las conexiones con la costa y el interior, cuya diversidad sintetizamos en dos modalidades de circulación que llegaron a funcionar en cierto momento de manera sincrónica. Nos referimos, por una parte, a una “Modalidad Caravanera” que da cuenta de viajeros de los oasis del interior transitando con recuas de llamas hacia la costa y la cual se expresa con mayor claridad en la vía A251 y en los sitios A33, A30 y A22. Por otra parte, una “Modalidad Costera” que hace referencia a un tipo de movilidad peatonal llevada a cabo por poblaciones costeras que se internaban hacia el interior sin el apoyo de animales de carga, la cual se ve respaldada por la vía A2107, los sitios A71, A72 y el contexto mortuario A299.

Nuestra proposición se sustenta en un conjunto politético de indicadores arqueológicos que incluye: a) las características formales de los senderos, b) la presencia/ausencia de materiales diagnósticos y c) determinadas tendencias tecnológicas y funcionales que se distribuyen de manera coherente y consistente

entre ambas modalidades.

Con respecto al primer aspecto, distinguimos dos tipos de senderos prehispánicos que son representativos de cada una de estas modalidades. El primer tipo corresponde a aquellas vías de sendas múltiples, estrechas, sinuosas y superpuestas, que atribuimos a la movilidad caravanera. Dado que ha sido reconocido que las recuas de llamas se mueven en grupos compactos, en constante entrecruzamiento entre ellas y con un transitar altamente sinuoso, el movimiento de llamas sobre un mismo eje de manera reiterativa va a producir senderos con estas características (Berenguer 2004:276; Pimentel 2008). Este patrón de senderos en la actualidad es especialmente visible en aquellas zonas de pastores de llamas en tierras altas, pero gracias a las privilegiadas condiciones de conservación de la pampa desértica todavía en nuestros días podemos reconocer las sendas de los viajeros formativos. Dichas características las encontramos en la mayoría de los senderos analizados, pero con especial claridad en el caso de las vías A251 y A281. El otro tipo de vía identificada corresponde a un sendero único, observándose sobre la superficie la marca continua de una sola senda. Atribuimos este patrón de vía a la movilidad costera peatonal, lo que es coherente con la noción de grupos costeros transitando en un eje altitudinal sin el apoyo de animales de carga. Los datos muestran que solamente las vías A2107 y A231 poseen en todo el trayecto recorrido un único sendero.

Los datos más consistentes para distinguir entre ambos tipos de movilidad, sin embargo, provienen de las excavaciones de los campamentos de alojamiento (Tabla 4). Un indicador distintivo de ambas modalidades es la presencia diferencial de fecas de camélido. La constatación de este elemento en los sitios A33, A30 (vía A251) y en el sitio A22, da cuenta de la presencia de caravanas de llamas, dado que se encuentran típicamente asociadas a este tipo de tráfico (v.g. Núñez *et al.* 2003). Por su parte, su total ausencia en los sitios A71 y A72 (vía A2107), nos permitiría asumir que es explicativa de una modalidad distinta a la caravanera.

Un dato que refuerza esta diferenciación es el registro en el sitio caravanero A33 de un fragmento proximal de una segunda falange posterior de camélido con evidencias de *lipping* en el reborde inferior de la carilla articular, exostosis y *pitting* en los sectores laterales y mediales de ésta; enfermedades que se asocian con llamas domésticas y fundamentalmente cargueras (Labarca 2007). Si a esto sumamos la asociación de geoglifos y la presencia de mineral de cobre solamente en contextos caravaneros y su completa ausencia en la vía costera, se sigue que tanto el movimiento de mineral de cobre como la representación de geoglifos fueron prácticas más exclusivas de los grupos caravaneros formativos.

Tabla 4. Principales evidencias materiales recuperadas en sitios excavados.

Sitio	Cerámica	Talla Lítica	Óseo	Malacológico	Algarrobo	Fecas camélido	Textil	Mineral de cobre	Carbón	Otros Materiales
A20		X								
A26	X	X	X	X	X		X	X	X	
A30		X	X	X	X	X			X	
A33	X	X	X	X	X	X	X	X	X	plumas, pelos de camélido, aguja de cactácea, cuenta, calabaza
A71		X	X	X	X		X		X	plumas, maíz
A72									X	

Otro contraste de interés entre los sitios más representativos de ambas modalidades se relaciona con la presencia de cerámica en el sitio caravanero A33 y su total ausencia en el sitio costero A71. Al respecto hay que acotar que, si bien dentro del sendero costero (A2107) sí hay restos de cerámica en la superficie, no deja de ser sintomático que precisamente en el sitio de mayor magnitud dentro de esta conexión no se encuentre ni un solo fragmento. Esto sería explicable porque los bienes alfareros fueron producidos fundamentalmente en los oasis del interior, determinando que sean artefactos relativamente escasos en los sitios costeros.

En términos tecnológicos, podemos constatar un mayor énfasis en la talla lítica detectado en el sitio costero A71 y en la vía A2107 por sobre los sitios caravaneros A33, A30 y la vía A251. Ello debe ser interpretado como una estrategia de aprovisionamiento que alude fundamentalmente a poblaciones costeras, dado que el litoral Pacífico no cuenta con materias primas de gran calidad, a diferencia de lo que sucede con las tierras altas, donde existen paisajes líticos ricos y diversos, con lo cual no tendría mayor sentido la explotación intensiva de este tipo de recursos como parte de sus travesías hacia la costa. Lo anterior es más claro si consideramos que el poco material lítico presente en el sitio caravanero A33 es fundamentalmente primario sobre materias primas gruesas que corresponden al desbaste de nódulos en forma oportunística con el fin de resolver problemas circunstanciales. En el sitio costero A71, en cambio, existe un importante énfasis en el desbaste secundario, lo cual sugiere la preparación de matrices bifaciales para ser llevadas a los campamentos de la costa.

Tabla 5. Síntesis de los principales indicadores materiales y aspectos organizacionales diferenciales que estructuraron la movilidad costera y caravanera para el Período Formativo en el Desierto de Atacama.

	Categorías	MODALIDAD COSTERA	MODALIDAD CARAVANERA
COMPONENTES MATERIALES	Características viales	Sendero único	Senderos múltiples, sinuosos y superpuestos
	Campamentos	Una estructura de alojamiento	Una a dos estructuras de alojamiento
	Talla lítica	Mayor evidencia de talla lítica	Menor evidencia de talla lítica
	Cadena productiva	Reducción de núcleos y preparación de matrices bifaciales para ser transportadas	Reducción de núcleos para obtención de instrumental de uso oportunístico; reavivado de instrumental formal en rocas finas alóctonas.
	Materias Primas locales	Aprovisionamiento logístico de materias primas	Aprovisionamiento oportunístico de materias primas
	Tipos de contenedores	Menor presencia cerámica (tipos LCA, LMS-B1)	Mayor presencia cerámica (tipos LCA, QTCA, SEQ)
			Calabaza
	Recursos comestibles	Alta diversidad interzonal; mayor énfasis en productos costeros	Alta diversidad interzonal; mayor equilibrio interzonal
	Geoglifos	Ausencia	Presencia
	Fecas de camélido	Ausencia	Alta presencia
COMPONENTES ORGANIZACIONALES	Mineral de Cobre	Ausencia	Presencia
	Infraestructura	Mínima inversión	Levemente mayor inversión
	Escala de los contingentes	Baja (2 a 3 individuos?)	Levemente mayores (3 a 9 individuos?)
	Alcance Espacial	Movilidad restringida (~70 km)	Movilidad ampliada (>100 km)
	Intensidad del tránsito	Baja intensidad	Alta intensidad y redundancia
	Objetivo principal	Aprovisionamiento logístico	Intercambio Intersocietal

Pero sobre todo es el contexto funerario (A299) de un individuo que claramente fue usuario del sendero único A2107, y que fallece en dicha travesía, lo que nos brinda los elementos más definitorios para diferenciar una modalidad costera. A partir de sus condiciones bio-antropológicas se ha detectado que el individuo presentaba exostosis auditiva, otitis y sinusitis, enfermedades más comúnmente reconocidas en poblaciones costeras, producto de la mayor exposición a cambios de presión y temperatura, como es propio de las actividades de buceo y recolección de mariscos. Otra situación es la gran cantidad de reparaciones que posee la túnica

que portaba (n=79), lo que sugiere que fue adquirida vía intercambio, ya que no habría tenido ni el conocimiento para fabricarla ni un acceso directo a tejedores (Cases *et al.* 2008). Por otra parte, el único instrumento que lleva consigo, un anzuelo de espina de cactácea (Figura 11), permite completar el cuadro que nos lleva a concluir que su vida estaba orientada a la explotación marítima y que, en consecuencia, la vía tuvo un tránsito por parte de poblaciones provenientes de asentamientos de la costa.



Figura 11. Anzuelo de espina de cactácea encontrado al interior de bolsa en miniatura procedente del contexto mortuorio de un viajero costero (A299). Foto: Keneth Jensen.

De esta manera, hemos postulado que ambas modalidades se pueden distinguir arqueológicamente a partir de un conjunto de indicadores materiales que se distribuyen diferencialmente de manera coherente. La presencia de senderos múltiples, fecas de camélido y mineral de cobre en los campamentos de descanso, geoglifos asociados y evidencias mínimas de aprovisionamiento lítico, son los principales aspectos que nos permiten determinar la existencia de una movilidad caravanera en la Depresión Intermedia. En tanto, la identificación de un sendero único, ausencia de fecas de camélidos y mineral de cobre en los campamentos, mayor aprovechamiento de las materias primas líticas locales y la identificación de un sujeto con patologías e instrumentos de origen costero, son los elementos más definitorios que nos llevan a reconocer la presencia de una movilidad costera que se internaba al desierto. Esta última, es una situación que

por primera vez ha sido identificada en los Andes Centro-Sur, dando cuenta así de una mayor diversidad de estrategias de movilidad, lo que conduce a ampliar la mirada más allá de la incuestionable modalidad caravanera.

Asumiendo entonces la existencia de ambas modalidades de movilidad para el Período Formativo, nos interesa ahora discutir las características de cada una ellas en cuanto a la infraestructura y logística del viaje, escala de los contingentes, alcance espacial, intensidad de la movilidad y los objetivos principales de estas estrategias diferenciales.

Infraestructura y logística de los viajes

En cuanto al nivel de infraestructura incorporado por los viajeros formativos podemos establecer que para ambas modalidades éste fue mínimo, a juzgar por la ausencia de arreglos viales y una baja inversión arquitectónica de los campamentos de descanso, con estructuras de factura expeditiva, muros a ras de piso e hilada simple, con sitios que en su mayor concentración no sobrepasaron los siete recintos, pero que en su mayoría corresponden a estructuras aisladas de un recinto.

En este sentido, cabe precisar que aquellos sitios que muestran varias estructuras no fueron ocupadas simultáneamente en un mismo lapso temporal, siendo una imagen más acorde la de sitios que se fueron ampliando con nuevos recintos a medida que se fueron reocupando en el tiempo. Para los campamentos caravaneros, una situación que da cuenta de lo anterior es el sitio A33. Gracias a las dataciones radiocarbónicas, sabemos que en dicho campamento caravanero las primeras estructuras en construirse fueron la E2 y E4, alrededor del 2100 ± 40 AP, luego se agrega la E5 aproximadamente en el 1970 ± 40 AP, la cual continúa siendo ocupada hasta alrededor del 1750 ± 40 AP. Mientras aún no se abandona el recinto anterior se construye por el 1820 ± 40 AP la E3, existiendo aquí una posible ocupación compartida con la E5 y coincidiendo prácticamente en su abandono definitivo aproximadamente en el 1780 ± 40 AP. Otro patrón caravanero lo delata el caso del sitio A26, el cual posee una sola estructura, siendo construida y ocupada intermitentemente en un breve lapso entre el 2060 ± 40 AP y 1990 ± 40 AP. En cambio, en el sitio costero A71 se puede observar un primer momento ocupacional en la E4 alrededor del 2640 ± 40 AP, siendo construida muy posteriormente la E3, aproximadamente hacia el 2080 ± 40 AP, cuando ya habían transcurrido más de 500 años desde el evento anterior. La noción que sería más ajustada entonces para la modalidad costera del Período Formativo Temprano y Tardío es la de sitios con un solo recinto.

A partir de las medidas de las estructuras habitacionales vemos que los recintos de la modalidad costera poseen dimensiones menores (hasta 290 cm de largo), en cambio, en la modalidad caravanera se construyeron los de mayor superficie (hasta 380 cm de largo en E3 y E4, sitio A33), con lo cual podemos destacar que los sitios representativos de la modalidad caravanera comprometieron una mayor

inversión arquitectónica.

En cuanto a los recursos destinados a la logística del viaje se puede determinar que los viajeros de ambas modalidades se abastecieron de recursos procedentes tanto del interior (p.e., algarrobo, maíz) como del Litoral (v.g. pescado), aunque en proporciones distintas. Así, en los sitios de la modalidad costera se identifican restos de pescado que pertenecen a jurel (*Trachurus symmetricus*) y a la familia *Labriosomidae* (sitio A299), además de algarrobo, maíz y camélido, representado este último por un metapodio sin fusionar, lo cual corresponde a una unidad de bajo rendimiento que proviene de un individuo menor a seis meses (Labarca 2007) que, de acuerdo al contexto, podría inferirse que es un guanaco capturado en las inmediaciones de la cordillera de la Costa.

En cambio, los sitios de la modalidad caravanera muestran tanto mayor cantidad como variedad de especies consumidas. Se identificó una importante diversidad ictiológica representada por seis especies y una familia (*Trachurus symmetricus*, *Graus nigra*, *Cheilodactylus variegatus*, *Prolatilus juglares*, *Ethimidum maculatum*, *Sebastes capensis* y familia *Labriosomidae*) que debieron ser consumidos como *charqui*; un evidente mayor consumo de algarrobo (se contabilizaron sobre 6.000 ejemplares); fragmentos óseos de camélidos, pequeños roedores (*Phyllotis sp.*) y aves que aparentemente también fueron parte de la alimentación de los viajeros. La presencia de llama (*Lama glama*) nos sugiere que pudo integrarse como *charqui* o bien destinarse algunos ejemplares como “carne en pie”, aunque también se pudo dar la muerte natural de algunas llamas y con ello su posterior consumo. Hay que señalar que no hemos integrado los moluscos dentro de los productos alimenticios, ya que no sería prudente pensar que fueron parte del consumo por razones de conservación, sobre todo considerando que se encontraron a lo menos a dos días de jornada de viaje desde la costa. Si estamos en lo correcto, al parecer se trató de un tráfico exclusivo de conchas para fines ceremoniales y/o artesanales, tal como se aprecia, por ejemplo, en contextos formativos de la quebrada de Tulán (Núñez *et al.* 2006).

Otro aspecto imprescindible de la logística de movilidad en el desierto absoluto es el traslado de leña y agua. El primero queda atestiguado por la presencia de algunos restos leñosos encontrados en los campamentos que debieron ser extraídos desde el Loa y que involucra a ambas modalidades. Para el traslado de agua se habrían ocupado contenedores cerámicos y de calabaza por parte de los viajeros caravaneros, tal como se registra en el sitio más representativo de esta modalidad. Las descripciones históricas señalan que junto a cerámica y calabaza, se utilizaban también odres de camélidos y lobo marino¹². Hasta ahora no se han

¹² Por ejemplo, señala Vivar: “Acostúmbrase llevar el agua en estos despoblados en calabazos, donde los hay. Y en estos valles acostumbran los naturales llevar el agua en estas vasijas, en unos odres de cuero hechos en esta forma: que de que matan algún carnero, le desuellan las piernas de la rodilla arriba hasta la ingle, y átanle, y otros lo cocen y pélanle no muy bien, y el pecho adentro hínchale de agua, y por quitar el mal sabor del agua, échanle harina de maíz tostado. Cabe en un odrecillo de éstos un azumbre [corresponde a unos 2 litros] o dos de agua, y aquella agua beben y no la tienen en poco [...] Pero también diré de otros odres o zaques que se

hallado evidencias del uso de este sistema en el Período Formativo, pero dada su simpleza de confección y alta eficiencia, no es descartable que haya sido uno de los mecanismos más usados para el traslado de agua u otros líquidos por parte de los viajeros y especialmente por parte de los grupos costeros.

En lo que respecta a los bienes alfareros hemos podido identificar que por estos senderos se movieron los tipos LCA, LMS-B1, QTCA y SEQ. A partir de las formas reconocibles se pudo observar que el tipo mayormente representado (LCA) corresponde a contenedores de líquido. Algunos de ellos podrían ser de gran tamaño, para lo cual se supondría un traslado con llamas cargueras. También se reconoce una olla con restos de hollín, un posible vaso y escudilla del tipo LMS-B1, indicando que la alfarería cumplió distintas funciones de carácter habitacional para los viajeros y no sólo restringida al almacenamiento de agua.

En suma, hemos identificado que ambas modalidades comparten algunas características tanto en términos infraestructurales como en la logística de los desplazamientos. Poseen una baja inversión arquitectónica en los campamentos de descanso y consumen, en general, los mismos tipos de recursos. Sin embargo, podemos establecer que la modalidad caravanera contempló una mayor inversión de trabajo, con recintos de mayor superficie construida, junto a una mayor gama y volumen de recursos interzonales destinados a la dieta de los viajeros caravaneros.

Escala de los contingentes, alcance espacial e intensidad de la movilidad

Ante todo hay que concordar que para ambos tipos de modalidades la escala de los contingentes es realmente baja, lo cual se puede apreciar en las reducidas dimensiones de las estructuras y en la poca densidad material de los sitios. Sin embargo, igualmente las evidencias sugieren la existencia de contingentes mayores para aquellos grupos provenientes del interior.

Reconociendo que definir el número específico de individuos que ocupa un determinado sitio siempre ha sido una tarea compleja en arqueología, creemos que, basándonos en las dimensiones de las estructuras habitacionales y su capacidad de carga arquitectónica, podemos lograr una aproximación tentativa sobre la escala de los grupos que componían los distintos tipos de viajes. En este sentido, si consideramos dentro de la modalidad costera como medida máxima de carga aquellas estructuras de mayores dimensiones (sitio A71, E2 y E3 con 3,3 m² respectivamente), se podría asumir que esta superficie permitiría alojar como máximo hasta tres personas, lo cual podría ser una medida de la composición del grupo costero que se movía hacia el interior. Sería difícil pensar que pudieran internarse individuos solos, aunque sabemos que el individuo que fallece caminando no anda solo, ya que quien(es) lo acompaña(n) se encarga(n) de su entierro, aunque éste haya sido realizado de manera expeditiva.

Aplicando el mismo razonamiento a las mayores estructuras de la modalidad

usan, que son hechos de los vientres de los lobos marinos, muy lavados de lo acostumbrado, pero no limpios del olor del lobo extrañamente perverso, porque huele a carne y a pescado manido" (Vivar 1988: 55-56).

caravanera (sitio A33, E3 y E4 con 4,8 m² respectivamente), podemos suponer que cada una de ellas permitiría alojar hasta cuatro personas. También se podría llegar a pensar, si asumiéramos que las E3 y E5 fueron ocupadas al mismo tiempo alrededor del 1820 AP (las cuales involucran una superficie total de 9,5 m²), que la dotación de una caravana formativa fue de unos nueve individuos. Aunque lo anterior no pareciera ser la situación más común, nos brinda una idea máxima sobre la escala mayor de los contingentes caravaneros en el desierto de Atacama durante el período. Por otra parte, vemos que sitios caravaneros como A30 (con superficie total de 3,8 m²) y A26 (superficie total de 2,7 m²) permitirían alojar entre tres y dos personas respectivamente, siendo esto quizás una imagen más ajustada de lo que fueron, en el otro extremo, las caravanas más pequeñas en tiempos formativos. De esta manera, podemos apreciar que la modalidad caravanera formativa estaría integrada alrededor del 2100 AP por grupos de baja escala, existiendo posteriormente hacia el 1820 AP un aumento en el número de los contingentes caravaneros, lo cual nos permite definir que los contingentes móviles originarios de los oasis del interior no sólo promovieron una mayor inversión infraestructural sino también estuvieron integrados por un número mayor de individuos con respecto a la modalidad costera.

Con respecto al alcance espacial de ambas modalidades, postulamos que la modalidad costera transversal tuvo una movilidad espacialmente restringida, que hemos limitado por ahora hasta las inmediaciones del río Loa en la Depresión Intermedia, donde se obtuvieron recursos líticos y vegetales que no se encuentran en el Litoral. Por su parte, la estrategia caravanera da cuenta de una movilidad ampliada que involucró la mayor parte del perfil altitudinal. Así, mientras la modalidad costera implicó internarse hasta unos 70 km del Litoral, la modalidad caravanera conectaba a lo menos 160 km desde Calama o hasta 250 km si las caravanas provenían del oasis de San Pedro de Atacama.

Pero tal como la estrategia caravanera involucró un mayor alcance espacial, podemos también establecer que tuvo una mayor intensidad y redundancia en el tránsito transversal con respecto a la modalidad costera. Las evidencias caravaneras se encuentran en la mayor parte de las vías aquí analizadas, con mayor densidad de sitios y ocupaciones más potentes. En cambio, la presencia de un tránsito costero la encontramos en una sola vía, con baja frecuencia de sitios y ocupaciones más exiguas, todo lo cual nos configura más claramente esta intensidad diferencial entre ambas estrategias de movilidad.

Origen nodal de los usuarios y objetivos de los viajes formativos

Otros aspectos a discutir son, en primer lugar, el origen nodal de los usuarios de las vías, ya que hasta ahora hemos hecho referencia de manera general a grupos caravaneros o costeros, pero sin mayor precisión sobre sus lugares de origen. En segundo lugar, planteamos que todas estas diferencias contextuales entre ambas modalidades dan cuenta de objetivos e intereses diferenciados sobre los fines

últimos de estos largos viajes.

A partir de la trayectoria de la vía que fue utilizada por poblaciones costeras, podemos suponer que dicho eje proviene del sector de Punta Paquica y/o Mal Paso, al norte de Tocopilla. En el sector de Mal Paso hemos reconocido un extenso sitio que posee estructuras semisubterráneas de forma circular, que nos recuerda el patrón constructivo del asentamiento Caleta Huelén-42.¹³ La identificación de cerámica en el sitio sugiere que el yacimiento fue ocupado en tiempos agroalfareros. Por otra parte, un poco más al norte de este asentamiento, en Punta Paquica, se ha reconocido un amplio cementerio (Latcham 1938), pero no contamos con información que nos permita precisar la cronología del sitio. En consecuencia, por ahora, nos basamos en la direccionalidad del sendero hacia y desde dichos sectores para sugerir el origen nodal de los usuarios del eje vial costero.

Una situación distinta es la de los ejes viales que provienen de las localidades del interior. Aquí podemos identificar la presencia de senderos que fueron utilizados directamente por poblaciones procedentes de la localidad de Quillagua en sus conexiones hacia la costa. Esta es una localidad con una larga tradición ocupacional prehispánica que se remonta a lo menos a tiempos formativos (Agüero *et al.* 2006), donde además se reconocen yacimientos sincrónicos a los identificados por nosotros en el área El Toco. Los otros casos que conectan hacia el Loa Medio nos dejan abierta la posibilidad de que los viajeros puedan provenir de cualquiera de las áreas prepuneñas, ya sea de la cuenca del salar de Atacama, de la subregión del río Salado, Chiu-Chiu, Calama o incluso de todas ellas.

En relación a los objetivos específicos de la movilidad costera, retomamos aquí la propuesta de Binford (1980), quien define para las sociedades cazadoras recolectoras dos extremos de estrategias de movilidad: “residencial” y “logística”. Mientras la primera involucra una movilidad de todos los miembros del grupo que se trasladan a un campamento residencial nuevo, la segunda contempla solamente a un segmento de la banda que se desplaza con el objeto de aprovisionarse de determinados recursos y retornar después al campamento base con dichos recursos. A partir de nuestros datos observamos que no hay evidencias directas de la existencia de un tipo de movilidad residencial, dadas las notables diferencias entre los asentamientos más estables de la costa y aquellos campamentos de la zona desértica interior, claramente más efímeros. En cambio, proponemos que la modalidad costera tuvo como objetivo principal el aprovisionamiento logístico de ciertas materias primas que no se encuentran en el Litoral costero, lo que motivó el acceso directo hasta la Depresión Intermedia con el fin de procurarse de rocas de buena calidad para la talla lítica y de recursos vegetales tales como algarrobo u otras especies presentes en el río Loa.

La concentración de campamentos de descanso que se reconocen en el área de estudio demuestra que fue un lugar formal de pernocte, una parada obligatoria para los viajeros que transitaban entre la costa y el interior. Si consideramos que

¹³ Sitio del Período Arcaico Tardío que se ubica en la desembocadura del río Loa (véase Núñez *et al.* 1975).

una jornada de viaje supondría una travesía no mayor a 30 km por jornada y que la distancia entre dicha área y la costa es de 70 km lineales, esto nos indicaría un radio de acción logística que se ajusta plenamente a la propuesta de Binford (1980). Cabe acotar que este modelo ha sido utilizado principalmente para la comprensión de la movilidad de las bandas de cazadores recolectores, y en menor grado se ha aplicado en sociedades pastoriles; por ejemplo, en el desierto de Kalahari (Hitchcock y Bartram 1998), en Kazakhstan (Chang 2006) y en contextos transicionales entre cazadores y pastores de los Andes centrales de Perú (Aldenderfer 2002). De este modo, no es de extrañar que lo identifiquemos en sociedades costeras del Pacífico, las que mantuvieron un modo de producción de caza-recolección-pesca, aun después del término del Período Arcaico.

En cuanto a la modalidad caravanera, hay que precisar que dado que no hay recursos de interés para las poblaciones del interior en la Depresión Intermedia, el fin último de estos viajes debió ser la conexión de nodo a nodo entre los oasis del interior y los centros poblacionales costeros, con el objeto de realizar intercambios de bienes complementarios o de alto valor simbólico. Esto no descarta la posibilidad de que los grupos caravaneros hayan realizado extracciones de ciertas materias primas necesarias para la mantención del viaje (v.g. lítico), o incluso para insertarlas luego dentro de los bienes de intercambio (v.g. mineral de cobre). En efecto, seguramente los fragmentos de mineral de cobre hallados en los contextos caravaneros fueron extraídos al pasar las caravanas por el Cordón del Cobre (cordillera del Medio), una de las cordilleras que concentra las mayores reservas de este mineral en el planeta. Se trata de un tipo de patrón extractivo que ha sido observado arqueológicamente con toda claridad en sitios identificados en la mina Radomiro Tomic (sitio Chu-2), donde se reconoce una explotación de este mineral por parte de viajeros caravaneros (Núñez *et al.* 2003). En este sentido, esta diferenciación de modalidades es totalmente coherente con la síntesis interpretativa propuesta por Nielsen (2006) cuando define dos tipos de ocupaciones que se darían en los internodos: “extractivas” y de “tránsito”.

Esta noción de movilidad recoge los modelos de Núñez y Dillehay (1979) y Browman (1980, 1984), en cuanto a la idea de que la movilidad caravanera interregional estuvo dirigida fundamentalmente al intercambio de bienes e ideología. Estos autores ponen mayor énfasis en el intercambio de bienes suntuarios, de acuerdo a las nociones de la “economía de bienes de prestigio”, sosteniéndose que el tráfico debió ser una actividad altamente regulada y controlada por los jefes locales. En este punto, nos parecen más ajustados los recientes planteamientos de Nielsen (2007), quien considera que las autoridades locales difícilmente pudieron controlar la movilidad e intercambio interregional. Postula el autor que más que sociedades muy jerarquizadas, elitistas y desiguales, nos encontraríamos ante sociedades corporativas con sistemas sociales inclusivos, un control colectivo de los recursos y bajo nivel de desigualdad.

En síntesis, nuestra propuesta considera la existencia de distinciones

significativas entre ambas modalidades para tiempos formativos, que son plausibles de observar y discriminar a partir de los datos arqueológicos. Sostenemos que dan cuenta de objetivos, intensidades, alcance espacial y escala de los contingentes diferenciales. Mientras, los costeros accedían al interior con el objetivo principal de aprovisionarse directamente de determinados recursos ausentes o de baja calidad en el Litoral bajo una modalidad logística, con grupos reducidos y de alcance espacial restringido. Por su parte, la modalidad caravanera tenía como objetivo final activar las relaciones de intercambio con las poblaciones del Litoral, mediante una escala espacial ampliada o de largo alcance y con grupos humanos más numerosos (Tabla 5). Entre ambos extremos es de suponer que se dieran distintas situaciones intermedias (v.g. intercambio en áreas internodales, acceso directo de grupos costeros hasta los nodos del interior, aprovisionamiento directo de recursos del Litoral por parte de grupos del interior, entre otros) que, aunque no son descartables, son de difícil resolución arqueológica, con lo cual hemos privilegiado una primera mirada más general y estructural, que requerirá mayor profundización con nuevas investigaciones internodales en escalas más amplias.

Reflexión final

Para finalizar queremos esbozar algunas hipótesis sobre la estructuración del tráfico promovido desde las localidades del interior en el ámbito regional y circumpuneño, especialmente en lo que respecta al reconocimiento de las relaciones intersociales a partir de las redes viales. Cabe enfatizar que la movilidad caravanera no estuvo fijada y formalizada a un determinado eje vial para un uso generalizado o compartido intersocietalmente. Algunos ejes relativamente sincrónicos, con idéntica orientación, incluso distanciados entre sí por unos cientos de metros y cada uno con su propio sistema de campamentos de alojamiento, nos ilustran que en tiempos formativos en esta porción de la circumpuna habría existido cierta intencionalidad por parte de los contingentes caravaneros de distinguir y transitar por sus propios senderos. Lo anterior nos sugiere que los procesos identitarios y de diferenciación intergrupar se habrían manifestado en la conformación de las redes viales formativas, quizás como una manera de reforzar y cohesionar la identidad del propio grupo, así como de distinguirse frente a otras unidades sociales contemporáneas.

Podemos relacionar esta interpretación con aquel relato etnográfico recogido por V. Cereceda en el altiplano de Isluga, que señala que los senderos fueron efectivamente expresiones de diferenciación intersocietal y, en este caso, de diferenciación étnica:

“[L]os soqos [en lengua chipaya: vientos muy fríos que soplan desde el oeste] pasan por pequeños senderos, “por esos caminitos por los cuales sabíamos antes ir a la costa”. En el amplio macizo cordillerano, sin embargo, y en los descensos hacia los valles, *cada grupo tiene su propia huella, utilizada una y mil veces.*

Así, los aymaras de Isluga dicen, reconociendo los rastros: “*esos son caminos de los chipayas*”. Los soqos siguen, pues, las rutas étnicas, definiéndose como una entidad chipaya...” (Citado en Martínez 1998: 151, nuestro énfasis).

Sin embargo, más que expresión de distinciones étnicas, creemos que los ejes viales analizados en este trabajo responden a una movilidad ejercida por las distintas localidades prepuneñas y de los oasis de la región atacameña, donde cada localidad pudo tener su propio y distintivo sistema de movilidad multidireccional, con un acceso directo y diferencial a la costa. Podríamos hipotetizar entonces que las relaciones de interacción e intercambio con las poblaciones costeras, más que centralizadas y controladas por un grupo específico del interior, fueron manejadas de manera autónoma por las distintas unidades locales. De esta manera, tendríamos una conformación sociopolítica estructurada desde lo local y sin espacio aún para la integración política regional.

Desestimando igualmente que estas redes viales hayan sido utilizadas por poblaciones provenientes de la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, a juzgar por la total ausencia de bienes procedentes de aquellas regiones, vislumbramos que fueron las poblaciones de los oasis atacameños quienes abastecieron de productos del Pacífico a aquellas sociedades transandinas con las que tuvieron históricamente contactos. En definitiva, más que un intercambio directo entre ambos extremos, todo parece indicar que para tiempos formativos fueron los grupos prepuneños de la vertiente occidental los intermediarios privilegiados entre la costa y allende los Andes.

Agradecimientos

Nuestros agradecimientos a Patricia Ayala, José Blanco, Bárbara Cases, Rafael Labarca, Daniela Leiva y Claudia Silva, quienes realizaron los análisis cerámicos, líticos, textiles, óseos, bio-antropológicos y botánicos, respectivamente. A Mariana Ugarte por la elaboración de los mapas y por acompañarnos en las travesías por el desierto, junto a Wilfredo Faúndes y Rodrigo Lorca. A Alonso Barros quien nos facilitó la referencia del mapa de Bline. A Lautaro Núñez por las múltiples conversaciones sobre los viajeros andinos. A Francisco Gallardo, los evaluadores anónimos y especialmente a Axel Nielsen por sus enriquecedores comentarios al artículo, que nos permitieron mejorarlo sustancialmente. Obviamente la responsabilidad de todo lo dicho aquí recae únicamente en nosotros.

Referencias citadas

- Agüero, C. (2005). Aproximación al asentamiento humano temprano en los oasis de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 30, 29-60.
- Agüero, C., M. Uribe, P. Ayala, C. Carrasco y B. Cases (2006). El Período Formativo desde Quillagua, Loa Inferior (norte de Chile). En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas en los Andes Sur Centrales*. Pp. 73-125. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Institute of Andean Research.
- Aldenderfer, M. (2002). Explaining changes in settlement dynamics across transformations

- of modes of production: From hunting to herding in the South-Central Andes. En B. Fitzhugh y J. Habu (Eds). *Beyond Foraging and Collecting. Evolutionary Change in Hunter-Gatherer Settlement Systems*. Pp. 387-412. New York: Kluwer Academic.
- Arce, I. [1930] (2004). *Narraciones Históricas de Antofagasta*. Antofagasta: Corporación Pro Antofagasta.
- Benavente, A. (1992). Chiu-Chiu 200: una comunidad pastora Temprana en la Provincia del Loa (II Región). En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Pp. 75-94. La Serena.
- Berenguer, J. (1995). El arte rupestre de Taira en el contexto de los problemas de la arqueología atacameña. *Chungará* 27(1), 7-43.
- Berenguer, J. (2004). *Tráfico de Caravanas, Interacción Interregional y Cambio Cultural en la Prehistoria Tardía del Desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Ediciones Sirawi.
- Binford, L. (1980). Willow smoke and dogs tails: Hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity* 45(1), 1-17.
- Bittman, B. 1983. Cobija: Panorama etnohistórico en relación a los informes del Dr. José Agustín de Arze. *Chungara* 10, 147-153.
- Bittman, B. (1984a). Interrelaciones étnicas establecidas a lo largo de la costa del norte de Chile y sur del Perú en el contexto de la Colonia: Los camanchacas. *Estudios Atacameños* 7, 443-454.
- Bittman, B. (1984b). El programa Cobija: Investigaciones antropológico- multidisciplinarias en la costa centro-sur andina; notas etnohistóricas. En S. Masuda (Ed.). *Contribuciones a los Estudios de los Andes Centrales*. Pp. 101-149. Tokio: Universidad de Tokio.
- Blanco, J., M. de la Maza y C. Rees (2009). Cazadores recolectores costeros y el aprovisionamiento de recursos líticos. Perspectivas interpretativas de los eventos de talla en el desierto absoluto. Ms.
- Blinc, J. (1879). Boundary-lines of Chili and Bolivia. *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography. New Monthly Series*. Vol 4 (12), 785-786.
- Bollaert, W. (1860). *Antiquarian, Ethnological and other Researches in New Granada, Ecuador, Perú and Chile, with Observations of the Pre-incarial, Incarial and other Monuments of Peruvian Nations*. Londres: Trubner.
- Briones, L. y Castellón, C. (2005). *Catastro de geoglifos. Provincia de Tocopilla, Región de Antofagasta*. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Browman, D. L. (1980). Tiwanaku expansion and Altiplano economic patterns. *Estudios Arqueológicos* 5, 107-120.
- Browman, D.L. (1984). Tiwanaku: Development of interzonal trade and economic expansion in the altiplano. En D. Browman, R.L. Burger y M. Rivera (Eds.). *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes*. Oxford: BAR International Series 194, 143-160.
- Cartajena, I. (1994). Determinación de restos óseos de camélidos en dos yacimientos del Loa Medio (II Región). *Estudios Atacameños* 11, 25-52.
- Cartajena, I., L. Núñez y M. Grosjean (2007). Camelid domestication in the western slope of the Puna de Atacama, Northern Chile. *Anthropozoologica* 42(2), 155-173.
- Cartajena, I., Lopez, O., Núñez, L., y Linares C. (en prensa). Lesiones en extremidades inferiores de camélidos: una comparación entre los conjuntos del Arcaico Tardío y el Formativo Temprano en la vertiente occidental de la Puna de Atacama. *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Jujuy.
- Cases, B., C. Rees, G. Pimentel, R. Labarca y D. Leiva (2008). Sugerencias desde un contexto funerario en un “espacio vacío” del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(1), 51-70.
- Castelleti, J. (2007). *Patrón de Asentamiento y Uso de Recursos a través de la secuencia ocupacional Prehispana en la Costa de Taltal*. Tesis de Magíster en Antropología, Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá.

- Castro, V., C. Aldunate, J. Berenguer, L. Cornejo, C. Sinclair y V. Varela (1994). Relaciones entre el Noroeste Argentino y el Norte de Chile: El sitio 02-Tu-002, Vegas de Turi. En M. E. Albeck (Ed.). *De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 215-236. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Chang, C. (2006). The grass is greener on the other side: A study of pastoral mobility on the Eurasian steppe of southeastern Kazakhstan. En F. Sellet, R. Greaves y P.L. Yu (Eds.). *Archaeology and Ethnoarchaeology of Mobility*. Pp.184-200. Gainesville: The University Press of Florida.
- Dillehay, T. y L. Núñez (1988). Camelids, caravans, and complex societies in the south-central Andes. En N. J. Saunders y V. de Montmollin (Eds.). *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology*. Oxford: BAR International Series 421, 603-633.
- Dunai, T., G. González y J. Juez-Larré (2005). Oligocene–Miocene age of aridity in the Atacama Desert revealed by exposure dating of erosion-sensitive landforms. *Geology* 33(4), 321-324.
- Gallardo, F., L. Cornejo, R. Sánchez, B. Cases, A. Román y A. Deza (1993). Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 23, 125-138.
- González, C. y K. Westfall (2010). Cementerio Regimiento Chorrillos de Calama: testimonios funerarios formativos en el Loa Medio, Región de Antofagasta. *Actas del XVII Congreso de Arqueología Chilena* (Vol. 1). Pp. 95-105. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Hitchcock, R. y L. Bartram (1998). Social boundaries, technical systems, and the use of space and technology in the Kalahari. En M. Stark (Ed.). *The Archaeology of Social Boundaries*. Pp.12-49. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- IGM. (1990). *Geografía II Región de Antofagasta*. Colección Geografía de Chile. Santiago de Chile: Instituto Geográfico Militar.
- Labarca, R. (2007). Pescados por camélidos: la evidencia arqueofaunística de los contextos asociados a huellas prehispánicas en el sector de María Elena (II región, Chile). Consultora Prammar. Ms.
- Latcham, R. (1938). *Arqueología de la región atacameña*. Santiago de Chile: Prensas de la Universidad de Chile.
- Llagostera, A. (1988). Informe sobre investigaciones arqueológicas en Calar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 8.
- Llagostera, A., A. M. Barón y L. Bravo (1984). Investigaciones arqueológicas en Tulo-1. *Estudios Atacameños* 7, 133-151.
- Martínez, J. L. (1998). *Pueblos del Chañar y el Algarrobo: Los Atacamas en el Siglo XVII*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Montt, I. y G. Pimentel (2007). Nuevos geoglifos en la Depresión Intermedia de la Región de Antofagasta, Norte Grande de Chile. Consultora Prammar. Ms.
- Moragas, C. (1982). Túmulos funerarios en la costa sur de Tocopilla (Cobija), II Región. *Chungara* 9, 152-173.
- Muñoz, I. (1989). El Período Formativo en el Norte Grande (1000 a.C. a 500 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.). *Culturas de Chile. Prehistoria de Chile desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*. Pp. 107-128. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Murra, J. V. (1972). El “control vertical” de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En J. V. Murra (Ed.). *Visita de la Provincia de León de Huanuco en 1562. Inigo Ortiz de Zúñiga, Visitador*. Vol. 2. Pp. 429-476. Huánuco: Universidad Hermilio Valdizán.
- Nielsen, A. E. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas en los Andes Sur Centrales*.

- Pp. 29-62. Lima: IEP – IAR.
- Nielsen, A. E. (2007). Bajo el hechizo de los emblemas: Políticas corporativas y tráfico interregional en los Andes Circumpuneños. En A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez y P. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 393-412. Córdoba: Editorial Brujas.
- Núñez, L. (1971). Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa, en el norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112, 3-25.
- Núñez, L. (1981). Asentamientos de cazadores recolectores tardíos en la Puna de Atacama: Hacia el sedentarismo. *Chungara* 8, 137-168.
- Núñez, L. (1984a). *Tráfico de complementariedad de recursos entre las tierras altas y el pacífico en el área centro sur andina*. Tesis Doctoral, Universidad de Tokio, Tokio.
- Núñez, L. (1984b). Secuencia de asentamientos prehistóricos del área de Taltal. *Futuro* 8, 28-76.
- Núñez, L. (1989). Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria (5000 a.C. a 900 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.). *Prehistoria de Chile desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Pp. 81-106. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Núñez, L. (1994). Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama: Las evidencias del sitio Tulán-54. En M. E. Albeck (Ed.). *De Costa a Sselva: Intercambio y Producción en los Andes Centro-Sur*. Pp. 85-115. Tilcara: Instituto Interdisciplinario de Tilcara.
- Núñez, L. (1999). Fase Tilocalar: Nuevas evidencias formativas en la Puna de Atacama (Norte de Chile). En *Formativo Sudamericano*. Pp. 227-242. Washington: Smithsonian Institution.
- Núñez, L. (2007). Reflexiones sobre el tráfico de caravanas y complementariedad circunpuneña. En V. Williams, B. Ventura, A. B. M. Callegari y H. D. Yacobaccio (Eds.). *Sociedades precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro – Sur*. Pp. 33-58. Buenos Aires.
- Núñez, L., C. Agüero, B. Cases y P. de Souza (2003). El campamento minero Chuquicamata-2 y la explotación cuprífera prehispánica en el desierto de Atacama. *Estudios Atacameños* 25, 7-34.
- Núñez, L., I. Cartajena, C. Carrasco, P. de Souza y M. Grosjean (2006). Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32, 93-117.
- Núñez, L., P. de Souza, I. Cartajena y C. Carrasco (2007). Quebrada de Tulán: evidencias de interacción circunpuneña durante el formativo temprano en el sureste de la cuenca de Atacama. En A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 287-304. Córdoba: Editorial Brujas.
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1979). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Núñez, L., V. Zlatar y P. Núñez (1975). Caleta Huelén-42: una aldea temprana en el Norte de Chile. (Nota preliminar). *Revista Hombre y Cultura* 2(5), 67-103. Universidad de Panamá.
- Orellana, M. (1990). Calar: Una aldea temprana del norte de Chile. *Creces* 3(11), 23-28.
- Pimentel, G. (2003). Identidades, caravaneros y geoglifos en el Norte Grande de Chile. Una aproximación teórico-metodológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 35/36, 67-80.
- Pimentel, G. (2006). *Arqueología Vial. El caso de una Ruta de Interacción entre el Altiplano Meridional y San Pedro de Atacama*. Tesis de Magister en Antropología, Universidad Católica del

- Norte y Universidad de Tarapacá.
- Pimentel, G. (2008). Evidencias formativas en una vía interregional con conexiones entre San Pedro de Atacama y el Altiplano de Lipez. *Estudios Atacameños* 35, 7-33.
- Pimentel, G., I. Montt, J. Blanco y A. Reyes (2007). Infraestructura y prácticas de movilidad en una ruta que conectó el Altiplano Boliviano con San Pedro de Atacama (II Región, Chile). En A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez, P. Mercolli (Eds.). *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*. Pp. 351-382. Córdoba: Editorial Brujas.
- Pimentel, G., C. Rees, P. de Souza y P. Ayala (2010). Estrategias de movilidad del Período Formativo en la Depresión Intermedia, desierto de Atacama. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Vol. 2. Pp. 1353-1364. Sociedad Chilena de Arqueología y Universidad Austral de Chile. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Pollard, G. (1970). *The cultural ecology of ceramic stage settlement in Atacama desert*. Ph.D. Dissertation, Columbia University. Ann Arbor: University Microfilms.
- Pollard, G. (1978-79). El complejo cerámico Vega Alta del Río Loa Medio (Antofagasta, Chile). *Norte Grande* 6, 95-113.
- Rostworowski, M. (1977a). Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. En M. Rostworowski (Ed.). *Etnia y Sociedad: Costa Peruana Prehispánica*. Pp. 97-140. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rostworowski, M. (1977b). Pescadores, artesanos y mercaderes costeros en el Perú prehispánico. En M. Rostworowski (Ed.). *Etnia y Sociedad: Costa Peruana Prehispánica*. Pp. 211-271. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Serracino, G. (1984). Topater: colonia Tiwanaku en Calama. *Serie Monumentos Arqueológicos* 040/384. Calama.
- Sinclair, C. (2004). Prehistoria del Período Formativo en la cuenca alta del río Salado (Región del Loa Superior: Un estado de la cuestión. *Chungara* Vol. especial, 619-639.
- Thomas, C., A. Benavente, I. Cartajena y G. Serracino (1995). Topater, un cementerio temprano: una aproximación simbólica. *Hombre y Desierto* 9, 159-170.
- Vivar, G. De. (1988). *Crónica de la relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Madrid: Edición de A. Barral Gómez. Crónicas de América, Historia 16.
- Yacobaccio, H. (2001). Cazadores complejos y domesticación de camélidos. En G. Mengoni, D. Olivera y H. Yacobaccio (Eds.). *El Uso de los Camélidos a través del Tiempo*. Pp.261-282. Buenos Aires: Ediciones del Tridente.
- Yacobaccio, H. (2007). Población, intercambio y el origen de la complejidad social en cazadores recolectores Surandinos. En A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez y P. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 277-286. Córdoba: Editorial Brujas.

EL TRÁFICO DE CARAVANAS ENTRE LÍPEZ Y ATACAMA VISTO DESDE LA CORDILLERA OCCIDENTAL

Axel E. Nielsen¹

Sabemos que a lo largo del Período Arcaico los cazadores establecieron las primeras rutas de tránsito interregional del sur andino. Este sistema vial inicial, con sus sendas, lugares de descanso y marcas en el paisaje, fue creciendo orgánicamente, al ritmo de los cambios en la vida social, sumando al tráfico las llamas cargueras primero, luego los europeos y sus animales y, eventualmente, los vehículos con ruedas. A lo largo de este proceso hubo sólo dos episodios de planificación y construcción de caminos a gran escala, el primero implementado por el Tawantinsuyu entre los siglos XV y XVI, el segundo por los Estados Nacionales a partir del siglo XIX (Sanhueza este volumen). ¿Cómo abordar el estudio de esta red –en gran medida informal– y sus relaciones con la historia de los pueblos que la recorrieron en distintas épocas?

La pregunta apunta a lo que Trombold (1991) denomina perspectiva “macromorfológica” para el estudio de los sistemas viales, que se ocupa de su configuración espacial y de sus cambios en el tiempo (v.g., los puntos que conectan, su función y jerarquía, las distintas clases de tráfico asociados a cada tramo, etc.). Para emprender un análisis de este tipo, el autor considera necesario conocer todos los segmentos del sistema vial en el área de estudio (o la mayoría de ellos), establecer la contemporaneidad de cada vía con los puntos que comunica y contar con un conocimiento amplio de la arqueología de los nodos asociados (Trombold 1991: 5-6). Sin embargo, al trabajar a escalas interregionales y con sistemas mayoritariamente informales como el que nos ocupa, no parece posible que estos requisitos puedan ser alcanzados. Nuestro objetivo en este trabajo es, entonces, ensayar algunas formas de indagar sobre la macromorfológica de las redes viales prehispánicas del sur andino a partir de datos más limitados o fragmentarios.

En un artículo anterior (Nielsen 1997a) sostuvimos que los lugares de descanso de viajeros –denominados *jaranas* entre los llameros quechua-hablantes del altiplano sur boliviano– tenían gran potencial para una investigación de este tipo. Aquí continuamos este argumento, sirviéndonos para ello de un conjunto

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL), Argentina. axelnielsen@gmail.com

de sitios de descanso registrados a lo largo de la cordillera Occidental, sobre las principales rutas que comunican el desierto de Atacama con el altiplano de Lípez. Poniendo énfasis en el análisis de los conjuntos cerámicos de superficie, discutimos algunas posibilidades que ofrecen estos sitios para identificar tendencias temporales y espaciales “de grano grueso” en la configuración del tráfico caravanero o para investigar quiénes pudieron estar involucrados en dicha actividad.

Dedicamos la primera parte del trabajo a detallar las decisiones metodológicas tomadas, ya que, en la etapa exploratoria en que nos encontramos actualmente en el campo de la arqueología internodal, creemos importante dialogar sobre los mejores caminos a seguir para abordar distintas preguntas. Con este espíritu, comenzamos por presentar el modo en que actualmente conceptualizamos el espacio sur andino a los efectos de reflexionar sobre las prácticas de interacción, seguimos con la descripción de la prospección y la muestra de sitios registrada y, para finalizar, explicitamos los criterios seguidos para analizar la muestra cerámica. La segunda parte del trabajo presenta algunos resultados, necesariamente preliminares, obtenidos en relación a interrogantes sobre las tendencias temporales y espaciales del tráfico caravanero en la zona y sobre la identidad de sus actores.

Antes de comenzar, conviene aclarar el significado que damos a ciertos términos. Al hablar de *circulación* nos referimos tanto al movimiento de cosas (personas, objetos, animales) a través del espacio (*tráfico* o *tránsito*) como a su traspaso entre unidades sociales (también llamado *intercambio*). Así, al estudiar la circulación, no sólo nos interesa qué, cómo, por dónde y hacia dónde fue transportado, sino también la naturaleza de las transacciones y los agentes involucrados. Denominamos *modo de circulación* a un conjunto de prácticas regulares y funcionalmente integradas que permiten la circulación entre unidades sociales discretas y *sistema de circulación* a la totalidad de modos de circulación vigentes en una población o unidad social, de cualquier modo en que sea definida.² Al hablar de *red* o *sistema vial*, no sólo aludimos a las vías (senderos, caminos) sino también a los sitios, estructuras y rasgos directamente vinculados al tránsito. En escalas interregionales, estos sistemas habitualmente incluyen, además de las propias vías, sitios de descanso (v.g., campamentos para pernoctar como los aquí tratados, alojamientos, postas), marcas o señales (mojones, arte rupestre) y componentes claramente religiosos (v.g., sitios de ofrenda, restos de funerales en viaje).

² En otra oportunidad planteamos conceptos similares como modo y sistema de “interacción” (Nielsen 2006: 33). Preferimos ahora definir y usar el término “circulación” por ser menos ambiguo.

Materiales y Métodos

La perspectiva geográfica

Nuestra investigación se sitúa en la porción del sur andino ubicada entre los 20° y 24° de latitud sur, un área dividida actualmente entre los territorios de Bolivia, Chile y Argentina (Figura 1) que en adelante llamaremos la “Triple Frontera”.³ Dos características propias de la Triple Frontera –y de los Andes del Sur en general– cobran especial relevancia al analizar la circulación interregional. La primera se refiere a la circunscripción de los espacios productivos a consecuencia de la aridez reinante y de factores locales como la altitud, la topografía, el substrato geológico, los suelos o las fuentes de agua disponibles. Este conjunto de factores hace que las oportunidades efectivas para la producción agrícola y/o pastoril según el caso se concentren en áreas reducidas, v.g.: oasis de prepuna, fondos de valle, quebradas protegidas, humedales.

Dicho patrón ha resultado, a lo largo de toda la era prehispánica, en una distribución muy desigual de la población y sus actividades, con zonas de habitación permanente relativamente pequeñas y aisladas, separadas por áreas de asentamiento muy disperso o temporario y grandes espacios desiertos o apenas ocupados. En el sur andino esta característica ambiental acentúa, desde el substrato físico-biológico si se quiere, la “nodalidad” propia de la vida social (Soja 1989: 149); en la larga duración, se traduce en un sostenido contraste entre localidades productoras y consumidoras de bienes por un lado y vastas áreas de tránsito por el otro. En esta escala y bajo los interrogantes que nos guían, conceptualizamos a los primeros como *nodos* y a los segundos como *internodos*.⁴

La segunda característica, relacionada con el modo en que el relieve yuxtapone los “pisos ecológicos” en distintos sectores del perfil este-oeste del macizo andino, genera diferencias en la combinación de ecozonas accesibles en cada nodo. Esto resulta en regiones que contrastan por las oportunidades que ofrecen para el asentamiento humano y para el desarrollo de sistemas productivos diversificados. Si cruzamos estas dos variables –potencial para la concentración poblacional permanente y para la diversificación productiva– podemos reconocer seis tipos de regiones, capaces de sustentar (ver Tabla 1 y Figura 1):

(I) Poblaciones concentradas con

(a) agricultura de especies mesotérmicas (maíz) y micro-térmicas (tubérculos,

³ Éste es un recorte espacial arbitrario al que no pretendemos dar un valor substantivo o heurístico general.

⁴ Evidentemente, la dicotomía nodo-internodo tiene un valor puramente heurístico y la pertinencia de aplicarla a lugares, personas o actividades específicas depende de la escala de análisis y los interrogantes. En una escala más detallada, v.g., intrarregional, cada una de estas “regiones” se descompone en un mosaico de “parches” densamente ocupados, separados por internodos (fajas improductivas, interfluvios, serranías) que a su vez son atravesados por el tráfico de corta o media distancia.

quinoa) más pastoreo de llamas, como sucede en los valles u oasis pre-puneños en ambos flancos del macizo andino, como el río Grande de San Juan o el Loa Medio-Superior;

(b) agricultura de especies micro-térmicas más pastoreo, representados aquí por el eje de grandes cuencas altiplánicas, desde el lago Poopó, por Uyuni (Intersalar, norte de Lípez) hasta Guayatayoc; o

(c) agricultura diversificada (macro-, meso- y micro-térmicas) con escaso pastoreo o sin él, ejemplificada por los Valles Orientales⁵ que ingresan al piedemonte boscoso;

(II) Poblaciones dispersas con economías especializadas de base

(a) pastoril en las altas punas desde el sureste de Lípez hasta la puna noroccidental de Susques, o

(b) marítima sobre el litoral del océano Pacífico;

(III) Sin población permanente, improductivas, como las lagunas Altoandinas o el desierto absoluto, más allá de Atacama.

Al encarar el estudio de la circulación en esta escala, entonces, diferenciamos a las regiones de los grupos I y II, que concebimos como “nodos”, de las del grupo III o “internodos”. Los primeros albergaron poblaciones emisoras y receptoras de bienes de intercambio, como lo atestigua el hallazgo de objetos foráneos en todos ellos. En las regiones más intensamente investigadas (v.g. Tarapacá, Loa Medio-Superior, oasis de Atacama, quebrada de Humahuaca), estos elementos se presentan en contextos de todas las épocas, lo que ratifica al tráfico de larga distancia como una práctica de gran profundidad temporal entre sus habitantes, aunque los bienes, las rutas, los destinos y los modos de circulación indudablemente hayan ido cambiando.

Por su parte, el desierto absoluto, interpuesto entre los oasis y quebradas de Atacama y la costa oceánica (Pimentel *et al.*, este volumen), o las alturas de la cordillera Occidental (donde nos ubicamos), nunca fueron habitados en forma permanente, sino que sirvieron como áreas de tránsito y, ocasionalmente, de extracción de bienes para el consumo propio o el intercambio. Para acercarnos a la experiencia que conlleva transitar con tropas por estos internodos, cedemos la palabra al veterano caravanero don Calixto Llampá, quien se refería al tránsito desde Lagunillas, en las nacientes del río Grande de San Juan, hasta San Pedro de Atacama del siguiente modo:

⁵ Para simplificar la argumentación, hemos agrupado algunas regiones que en otro contexto merecerían separarse, p.ej., los Valles Orientales (Tarija, Santa Victoria, Nazareno, Iruya, Valles de Jujuy) o los que denominamos “Valles de Sur Potosí” (Yura, Cotagaita, Cinti). Como nuestro foco se encuentra en la etapa agropastoril, privilegiamos en la clasificación el potencial de cada región para la agricultura y la cría de camélidos. Lo anterior no significa que estos potenciales hayan sido siempre desarrollados efectivamente, como ocurrió en algunos Valles Orientales, donde se mantuvo una intensa explotación de los recursos silvestres.

Tabla 1. Las regiones de la Triple Frontera sur andina y sus pisos ecológicos.

		regiones (oeste-este)							
		Costa Océanica	Desierto de Atacama	Loa M/S; Oasis de Atacama	Lagunas Altoandinas	SE de Lipez; Puna NW	Intersalar; N de Lipez; Guayatatoc	valles de Sur Potosí; RG de S Juan; Humahuaca	Valles Orientales
pisos ecológicos (bajo-alto)	cumbres			X	X	X	X	X	
	puna alta			X	X	X	X	X	
	valles altos, puna baja			X				X	X
	valles intermedios			X				X	X
	valles bajos		X						X
	costa	X							
tipos de regiones		IIb	III	Ia	III	IIa	Ib	Ia	Ic

Notas: El pastoreo de camélidos se desarrolla en el rango altitudinal entre líneas dobles, principalmente. Regiones con sombreado oscuro (I) permiten agricultura y, por lo tanto, poblaciones relativamente densas y aglomeradas; regiones con sombreado claro (II) no admiten agricultura por lo que sólo sustentan poblaciones dispersas; regiones sin sombreadar (III) no sustentan instalaciones humanas permanentes.

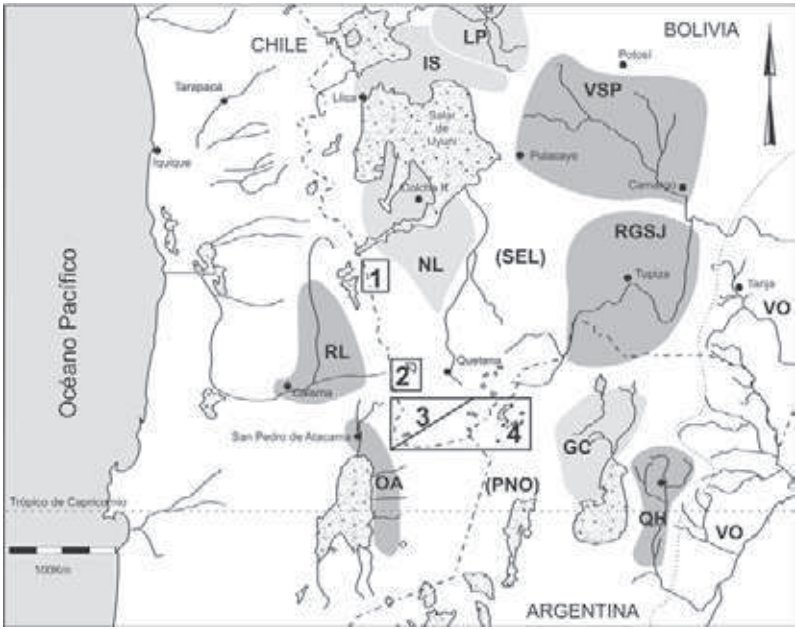


Figura 1. Regiones nodales de la Triple Frontera sur andina y corredores internodales investigados.

“...es mucho sacrificio. Muy desierto el lugar... Hay que llevar en parte agua, hay que llevar la leña, de todo... No hay ni un crestiano por ahí... Y hay que andar con todas las cosas provistas, que no falte nada, porque si nos falta una cosa, no hay de dónde sacar...” (Cipoletti 1984: 517).

Nuestro interés fundamental al emprender el estudio era la circulación entre los nodos atacameños –los oasis de Atacama (OA) y el Loa Medio-Superior (RL)– y altiplánicos –norte de Lípez (NL) y sureste de Lípez (SEL)– y, por intermedio de estos últimos, otras regiones más alejadas, como los valles de Sur Potosí (VSP), el río Grande de San Juan (RGSJ), la cuenca de Miraflores-Guayatayoc (GC) o la quebrada de Humahuaca (QH). Por ello, centramos nuestra labor en la región lacustre Altoandina, donde deberían alojarse los rastros de dicho tráfico.

Corredores internodales y sitios de descanso transitorios

Con el objetivo de registrar una muestra representativa de los sitios de descanso transitorio generados a lo largo de las principales rutas transversales a la cordillera Occidental, entre los 20° y 24° de latitud sur, realizamos prospecciones en cuatro “corredores internodales”. Con esta expresión nos referimos a sectores acotados de las áreas internodales que, por diversos factores (v.g. topografía, disponibilidad de recursos para los viajeros, interposición entre nodos, ver Nielsen 2006: 36-37), seguramente fueron intensa y reiteradamente transitados a lo largo del tiempo. Por ello, cabe esperar que allí los distintos componentes del sistema vial –sitios de descanso incluidos– hayan sido lo suficientemente reocupados como para cobrar visibilidad arqueológica (Figura 2). En suma, se trata de áreas de estudio definidas por una combinación de criterios arbitrarios –en tanto unidades de prospección– pero también geográficos, porque los recursos que ofrecen hacen probable que posean las clases de evidencia que nos interesan para la investigación del tránsito.

En este caso, elegimos zonas de altura (entre 4250 y 5100 msnm) ubicadas contra los principales pasos montañosos que marcan la frontera actual entre Bolivia y Chile y que poseen fuentes de agua (lagunas, vegas, vertientes), donde prosperan las únicas concentraciones de pastos existentes en esa árida región. Esto llevaría a las antiguas caravanas de paso a buscar en su cercanía lugares abrigados para descansar al final de la jornada, antes o después de cruzar los altos portezuelos. Los límites del área de muestreo dentro de cada corredor se establecieron de forma arbitraria pero amplia, superando los 30 km sobre el probable eje de tránsito. Teniendo en cuenta que las tropas llamerías actuales se detienen a pernoctar cada 15-20 km, esperábamos de este modo abarcar por lo menos un lugar de descanso asociado a las rutas que atravesaban cada corredor en distintas épocas.



Figura 2. Vista del corredor Verde-Vilama. En el fondo se divisan Laguna Verde y el volcán Licancabur, en primer plano, junto a la vega, el paradero de “Aguas Calientes de Toconao”.

De norte a sur, los corredores investigados fueron denominados Ramaditas, Colorada, Chalviri y Verde-Vilama. A continuación detallamos los sectores prospectados en cada caso y los nodos que probablemente comunican.

1. *Ramaditas*. Trabajamos sobre una serie de lagunas (Ramaditas, Honda, Chiar Kkota, Hedionda, Cañapa) que se distribuyen con rumbo SO-NE, desde los pasos de Ascotán y Portezuelo del Inca (Hitos LXX y LXXI) hasta las nacientes del río Pukara, donde comienza el ambiente de puna seca (ca. 35 km lineales). La prolongación de estas rutas hacia la vertiente chilena conducirían por el salar de Ascotán hacia el Alto Loa allá por Santa Bárbara, o continuando al sureste hacia la subregión del Salado. Hacia el altiplano, por el río Pucara se ingresa al norte de Lípez por la zona de Chiguana-Colcha K o, desde Laguna Cañapa hacia el este, por Tapaquilcha hacia el valle de Alota (Sanhueza, este volumen).

2. *Colorada*. El sector investigado abarca la cuenca de la laguna homónima, a la que se accede por el oeste desde los pasos de Linzor y Tocorpuri (Hitos LXXVI y LXXVII respectivamente), hasta el paraje de Punta Negra, que limita la cuenca de Laguna Colorada por el noreste (ca. 40 km lineales). Desde aquí se desciende hacia Mallku-Soniquera, los primeros bolsones con potencial agrícola del norte de Lípez. Si, en cambio, uno continúa directamente al oeste del corredor, se ingresa al Loa Superior por diferentes sectores de la cuenca del Salado o, si uno avanza hacia el suroeste, llega a San Pedro de Atacama por Machuca (Pimentel 2008). Por el este, la ruta desembocaría en los vastos humedales de Quetena, ya

en la región sureste de Lípez.

3. *Chalviri*. Iniciamos nuestros reconocimientos en el paso de Chaxa (Hito LXXX), siguiendo por el norte de Laguna Verde, a través de Pampa Jara (rebautizada “Pampa de Dalí” para el turismo), bordeando el salar de Chalviri hasta Khollpa Laguna (ca. 60 km lineales). Desde aquí se “baja” con rumbo noreste a Quetena, hacia donde claramente conduce este corredor en el flanco altiplánico. Por el oeste, en cambio, comunica directamente a San Pedro de Atacama.

4. *Verde-Vilama*. Trabajamos dos sectores que provisoriamente combinamos en un “corredor”, pero que en el futuro, con mayores datos, convendría tratar en forma independiente, ya que los rastros del tráfico varían entre ellos. El primero (sector boliviano) va desde el Hito Cajón, por Abra del Toro Muerto a Laguna Blanca (ca. 35 km), donde se ubica la gran fuente de obsidiana conocida en la literatura como “Zapaleri” (Yacobaccio *et al.* 2004). Cerca de esta laguna también se encuentra también el paradero de “Guayaqui”, a sólo tres jornadas de San Pedro de Atacama, sobre la ruta que recorría desde Lagunillas don Calixto Llampá, el veterano llamero, según testimonio de Cipoletti (1984: 518). El segundo sector abarcó las cuencas de las lagunas Vilama y Polulos, en territorio argentino (ca. 25 km). Hacia el oeste de este corredor las rutas se distribuyen hacia distintos oasis de la cuenca del salar de Atacama, mientras que hacia el este conducen hacia la cuenca alta del río Grande de San Juan (Cusi-Cusi) o, más al sur, hacia los oasis de la región de Guayatayoc (v.g. Doncellas, Casabindo).

Así definidas, las áreas de muestreo resultaban demasiado extensas para su cobertura sistemática y total, por lo que decidimos recorrerlas asiduamente con ayuda de vehículos, prospectando intensivamente los alrededores de los humedales y geoformas que pudieran servir como reparos contra los intensos vientos que azotan la región, v.g., afloramientos rocosos, bloques erráticos y rincones protegidos. En los tres corredores meridionales, realizamos este trabajo con la guía de caravaneros veteranos de Cusi-Cusi y Quetena Chico.

A través de estos reconocimientos, en los cuatro corredores detectamos 117 sitios de descanso transitorio, paraderos informales análogos a lo que etnográficamente se denomina *jarana* en Bolivia o *paskana* en Chile, distribuidos por los cuatro corredores según el siguiente detalle: Ramaditas 26, Colorada 47, Chalviri 16 y Verde-Vilama 28. En el entorno frío y ventoso de las lagunas altoandinas estos sitios se presentan como concentraciones de desechos invariablemente asociadas a reparos naturales y/o a construcciones expeditivas de pirca seca, en parte usadas al mismo efecto (Figura 3). Las últimas incluyen parapetos y pequeños refugios para albergar a los viajeros (Figura 4), además de corrales y estructuras en U destinadas a facilitar el manejo de los cargueros (Figura 5). En varios casos, incorporan también otros rasgos, como arte rupestre (Figura 6), oquedades artificiales (*sensu* Pimentel 2009 o “sepulcros” en Nielsen 1997a: 362, Figura 7) y emplantillados de piedra

circulares (1-2 m de diámetro), cuya función desconocemos pero que suponemos estrechamente ligada a la religiosidad de los viajes.

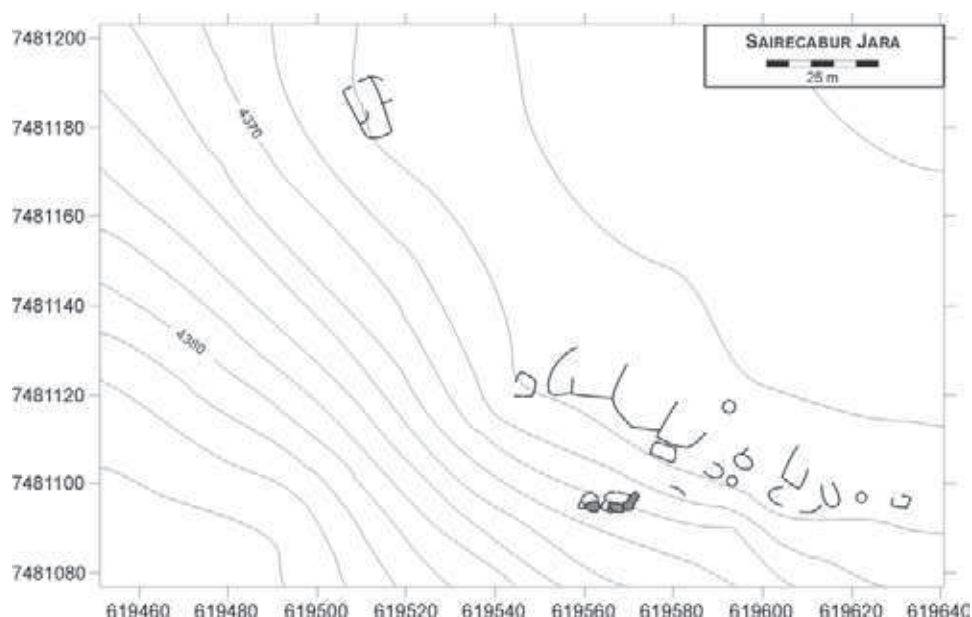


Figura 3. Sairecabur Jara, un sitio de descanso del Período Tardío en el corredor Chalviri



Figura 4. Parapeto para proteger el fogón del viento, cerca de Laguna Hedionda, asociado a cerámica tardía del grupo Mallku/Hedionda.



Figura 5. Estructura en U en Ojo de Silala, asociada a cerámicas de los tres períodos considerados y todavía en uso.

a)





Figura 6. a) Antiguo sitio de descanso con parapetos apoyados contra un bloque de ignimbrita y b) grandes llamas grabadas en la cara opuesta de la misma roca (Salar del Rincón, Salta).



Figura 7. Sitio de ofrenda (“sepulcro”) en el abra de Vallecito, próxima al Cerro Zapaleri, en plena Región Lacustre Altoandina.⁶

⁶ Lo que suponemos una oquedad original, ha sido excavada en este caso por un ex-vecino de Quetena que, según dicen, estableció un próspero negocio en Tupiza con lo obtenido por la venta del tesoro encontrado en este “tapado”.

La muestra cerámica y su análisis

Todos los sitios fueron objeto de recolecciones superficiales indiscriminadas, segregando muestras por sectores cuando la extensión del sitio y la densidad del material lo aconsejaban. Las colecciones así obtenidas revelan variaciones significativas entre corredores, entre sitios del mismo corredor e incluso al interior de un mismo sitio. Si tomamos como referencia la alfarería cronológicamente “diagnóstica”, resulta claro que mientras que algunos paraderos fueron ocupados reiteradamente durante un lapso acotado en términos arqueológicos –un único “período”– otros fueron utilizados en forma más o menos continua durante milenios. Asimismo, en algunas muestras se mezclan alfarerías que, a partir de criterios estilísticos, parecen provenir de varios de los nodos mencionados, mientras que otras sólo poseen materiales de una o dos regiones adyacentes.

Evidentemente estas impresiones se ven limitadas por nuestro conocimiento de las alfarerías regionales y su cronología. Esta limitación pesa, ante todo, sobre los fragmentos alisados, de textura gruesa y sin detalles morfológicos diagnósticos que, invariablemente, constituyen la gran mayoría de los tiestos que componen las muestras. Sabemos que estas cerámicas pudieron haber sido manufacturadas en cualquiera de los nodos de la Triple Frontera, o más lejos aún, durante cualquier período de los últimos tres milenios. Frente a esta posibilidad, resulta evidente que por ahora no contamos con elementos suficientes como para discriminar estos materiales por período y región a partir de su pasta o tecnología exclusivamente, particularmente en una muestra de esta diversidad.

Más factible, en cambio, es clasificar los fragmentos que exhiben atributos de pasta, superficie o forma fácilmente reconocibles y que, en el estado actual de nuestro conocimiento, resultan diagnósticos de ciertos períodos y regiones. Tal es el caso de las inclusiones distintivas de la cerámica del grupo Los Morros (Sinclair 2004) o las pastas finas y compactas del estilo Yavi-Chicha, los delgados cuellos de botella San Pedro Negro Pulido o las asas ornitomorfos de los platos incaicos o las superficies pulidas, pintadas, revestidas o con diseños pintados o realizados por desplazamiento de pasta que distinguen a numerosos estilos regionales. Este ejercicio tiene sus propias limitaciones; v.g., los tiestos “diagnósticos” representan menos del 10% de las muestras en todos los corredores y su adscripción en base a atributos “gruesos” como los enumerados conlleva sus propias incertidumbres, v.g. ¿fueron todas las piezas confeccionadas en la región donde su estilo prevalece o algunas son copias hechas en otro lugar? Otro problema es que desconocemos cómo es la alfarería característica de ciertas épocas y lugares. Tal es el caso, por ejemplo, del Período Temprano de la quebrada de Humahuaca o el Período Medio de la puna de Jujuy y del norte de Lípez. Para colmo, los materiales “diagnósticos” –en los términos anteriormente especificados– que sí conocemos, representan una proporción variable de sus conjuntos de origen; así, para el Período Tardío, los materiales del grupo “Mallku” no superan el 5-10% de los fragmentos en los

asentamientos residenciales del norte de LÍpez, mientras que los característicos tiestos pintados y de excelente manufactura que distinguen a la cerámica Yavi-Chicha, constituyen alrededor del 40% de los tiestos en las instalaciones del río Grande de San Juan (Ávila 2011).

A pesar de todas estas limitaciones, consideramos que un análisis exploratorio sobre esta “fracción diagnóstica” puede revelar, al menos provisoriamente, tendencias generales pero significativas sobre la cronología o la configuración espacial del tráfico. En este caso, la muestra analizada se compone de un total de 2.388 fragmentos diagnósticos repartidos del siguiente modo: Ramaditas 970, Colorada 679, Chalcviri 303 y Verde-Vilama 436. Por lo dicho anteriormente, debemos ser particularmente precavidos al momento de interpretar cuantitativamente la composición de esta muestra, buscando sobre todo tendencias relativas y evidentes, contrastes de proporción dentro de un corredor o diferencias marcadas entre corredores para un mismo período. Por ello, buscamos ser conservadores al definir las unidades y los modos de cuantificarlas.

En primer lugar, no utilizamos al fragmento como unidad de análisis, sino al componente de sitio (cantidad de ocupaciones atribuibles a un período) o al componente alfarero (cantidad de sitios donde está presente un componente cerámico regional), según el caso. Nuestra escala temporal sólo reconoce, conservadoramente, tres períodos con los siguientes rangos cronológicos aproximados: Temprano (1000 a.C.–500 d.C.), Medio (500–1200 d.C.) y Tardío (1200–1550 d.C.). En cuanto a los componentes alfareros regionales, la resolución de nuestra taxonomía depende de la época. Como en este ejercicio sólo discutimos las tendencias espaciales tardías, momento para el que contamos con mayor conocimiento de los repertorios cerámicos, nuestra diferenciación espacial se corresponde aproximadamente con las regiones nodales esquemáticamente representadas en la Figura 1 –a excepción de: (1) los nodos del Loa Medio-Superior y los oasis de Atacama, que en esta época comparten el mismo componente alfarero “Loa/San Pedro” (Uribe 1997: 258) y (2) los nodos pastoriles especializados (regiones tipo IIa en Tabla 1), para los que no hemos podido determinar alfarería diagnóstica alguna. La Tabla 2 resume los principales grupos atribuidos a cada región y época.

Según este procedimiento, si en la muestra de un sitio encontramos –por ejemplo– un fragmento Los Morros, 10 Aiquina y 25 Yavi-Chicha, computamos un componente temprano,⁷ un Loa/San Pedro tardío y un Río Grande de San Juan tardío para ese corredor. Posteriormente, estos conteos se transformaron en porcentajes por corredor, de componentes de sitio por período al explorar las tendencias temporales en la red o de componentes alfareros regionales al indagar sobre su configuración espacial en un momento determinado. De este modo, tratamos de reducir las distorsiones cuantitativas derivadas de, por ejemplo, las

⁷ Dado el limitado conocimiento que existe sobre las cerámicas tempranas de distintas regiones, preferimos no diferenciar componentes alfareros regionales para este período.

proporciones disímiles de materiales diagnósticos en cada componente alfarero, las contingencias que rigen el descarte de cerámica en viaje o nuestros propios sesgos durante la recolección y el análisis. A su vez, al tomar al corredor más que al sitio como unidad de muestreo, acotamos los “ruidos” derivados de la existencia de sitios con muestras pequeñas, sin necesidad de eliminarlos del análisis.

Tabla 2. Principales grupos cerámicos diagnósticos de cada región por período.

Región	Temprano	Medio	Tardío
Loa Medio/ Superior	Morros - Séquitur ...		Dupont-Aiquina, Rojo Revestido
Oasis de Atacama	Morros-Séquitur	S Pedro NP	
Norte de Lípez	Incisos Los Morros?	¿?	Mallku
RG de San Juan		Calahoyo	Yavi
Valles de Sur Potosí		Yura/Huruquilla	
Intersalar		Puqui	Taltape
Lago Poopó			Chilpe/Carangas
Q de Humahuaca	S Francisco?	Alfarcito-Isla	Humahuaca
Otras	S Francisco	Tiwanaku	Casabindo

Nota: A los componentes tardíos de cada región es preciso agregar las alfarerías de filiación inka (estilos imperiales y provinciales). Por razones de espacio, se omite el detalle de subgrupos con rangos cronológicos más acotados (p.ej., estilo Cinti, propio del Período Medio en los Valles de Sur Potosí [Rivera C. 2006:188-189]).

Para evaluar hasta qué punto estas decisiones afectan las tendencias que nos interesan, elaboramos las Figura 8 y 9, basadas en la cerámica diagnóstica de los 47 sitios de descanso registrados en el corredor Colorada. En ellas se muestra la frecuencia de ocupaciones de cada período (Figura 8) y, dentro del tardío, de materiales provenientes de distintas regiones (Figura 9), comparando dos indicadores, a saber, el porcentaje de fragmentos y el porcentaje de componentes. Como puede observarse, las tendencias obtenidas por ambas vías son similares, aunque el uso de componentes (de sitio o alfareros) “suaviza” las diferencias que acusan los porcentajes de tiestos. Estos resultados ratifican la conveniencia de trabajar con componentes como unidades de análisis, en función de nuestro propósito de usar los procedimientos de cuantificación más conservadores y de atender solamente a las tendencias más evidentes.

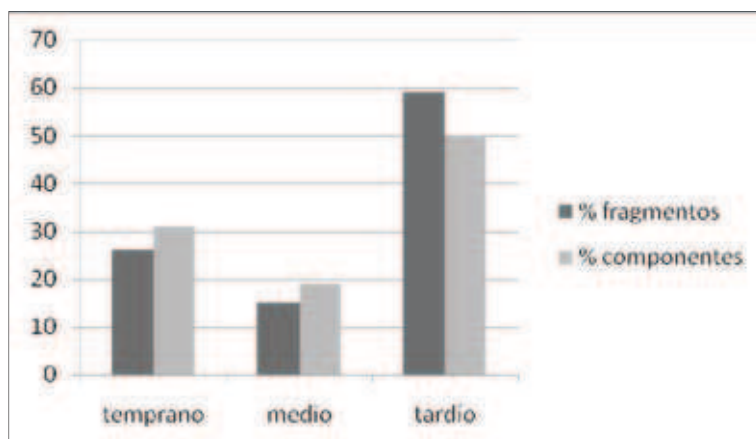


Figura 8. Incidencia de ocupaciones de cada período en 47 sitios de descanso del corredor Colorada cuantificadas en base a fragmentos diagnósticos y a componentes de sitio.

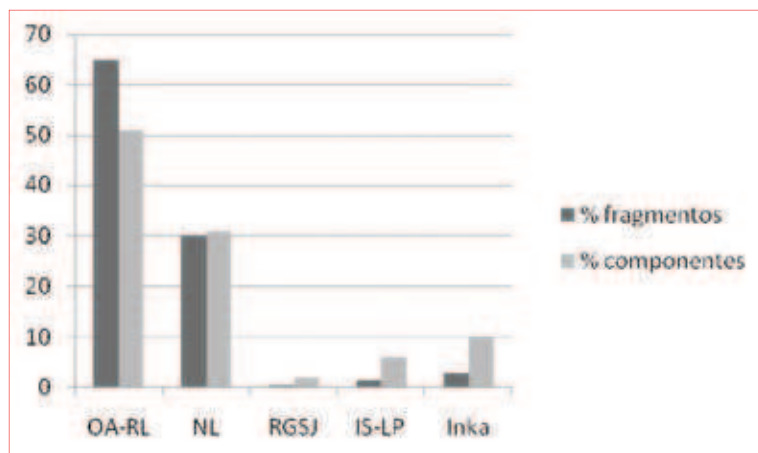


Figura 9. Incidencia de materiales procedentes de distintos nodos en 47 sitios de descanso con ocupaciones tardías del corredor Colorada, cuantificados en base a fragmentos diagnósticos y a componentes alfareros.

Antes de concluir esta sección es importante hacer explícita una pregunta fundamental para la interpretación de estas tendencias: ¿cómo llegaron estos tientos hasta los campamentos donde fueron desechados? Hay dos respuestas a esta pregunta. En primer lugar, pudieron haber sido parte de la carga destinada originalmente al intercambio, pero fracturada accidentalmente durante las operaciones diarias de carga y descarga de la tropa. Probablemente, gran parte de las muestras tengan este origen, considerando que en los nodos que poseen un registro más detallado –como San Pedro de Atacama gracias a los numerosos contextos funerarios documentados– la alfarería es uno de los bienes alóctonos más frecuentes en todas las épocas (Llagostera 1996; Tarragó 1994). La segunda posibilidad es que las vasijas

hayan sido parte del equipo de los propios viajeros, empleadas en la preparación y consumo cotidiano de alimentos durante la travesía.

En ambos casos las piezas pudieron haber sido confeccionadas por alfareros del mismo grupo que los conductores de las caravanas o haber sido adquiridas por ellos en otras comunidades articuladas a lo largo de sus circuitos de intercambio. Como testimonio de esta segunda posibilidad, recordemos que los llameros del sureste de Lípez adquieren toda la cerámica que utilizan –por lo tanto, lo que era su vajilla de viaje antes de la popularización de los contenedores de metal y plástico– de comunidades de olleros de la quebrada de Talina –región del río Grande de San Juan– que visitan anualmente para “cambalachear” durante sus viajes caravaneros hacia el valle de Tarija (Nielsen 2001). En el primer escenario, las procedencias de las cerámicas servirían como marcadores de las regiones de origen de las tropas, mientras que en el segundo, sería más apropiado interpretarlas sólo como indicio de la extensión de las cuencas de tráfico asociadas a cada sitio o corredor. Volveremos sobre estas alternativas y sus derivaciones al discutir la identidad de los arrieros.

Resultados

Tendencias temporales

Como lo demuestra la Tabla 3, los cuatro corredores estuvieron activos desde el Período Temprano. Esta conclusión se ve avalada por la regular presencia de cerámica Los Morros, Séquitor Gris Pulido e incisa temprana en todos los corredores. Este resultado es también consistente con una fecha radiocarbónica obtenida de la base de un sondeo en Corrales de Huayllajara, sobre el corredor “Colorada”, que revela su ocupación hacia comienzos del primer milenio antes de nuestra era (Nielsen 2006: 41).

Tabla 3. Sitios de descanso y componentes analizados por corredor y período.

corredor internodal	componentes por período			total componentes	total sitios
	Temprano	Medio	Tardío		
1. Ramaditas	7	2	26	35	26
2. Colorada	26	16	42	84	47
3. Chalviri	3	12	14	29	16
4. Verde-Vilama	11	4	21	36	28
totales	47	34	103	184	117

Al comparar los cuatro corredores, en términos de la incidencia en cada uno de las ocupaciones de distintos períodos (Figura 10), saltan a la vista algunas tendencias. En primer lugar, los corredores Colorada y Verde-Vilama son los que muestran mayor actividad temprana, con más del 30% de sus componentes de sitio correspondientes a esta época. Desde el oeste, deben estar confluyendo al corredor Colorada las rutas procedentes de los nodos tempranos de los oasis de Atacama (Pimentel 2008) y del Loa Medio y Superior (Sinclair 2004). La arqueología temprana de Lipez nos es prácticamente desconocida aún, por lo que no sabemos cuáles fueron los destinos de estas rutas hacia el norte y este, aunque el amplio repertorio de alfarerías alóctonas de esta época en sitios del desierto de Atacama (Castro *et al.* 1994; Tarragó 1994) sugiere su vinculación a un vasto espacio que alcanzaría las subáreas Altiplano Meridional y Valluna. Las rutas tempranas que atraviesan el corredor Verde-Vilama, en cambio, conducirían desde los oasis de Atacama hacia el río Grande de San Juan y la cuenca de Guayatayoc, donde desafortunadamente existen pocos sitios documentados para este momento (v.g., Fernández Distel 1998).

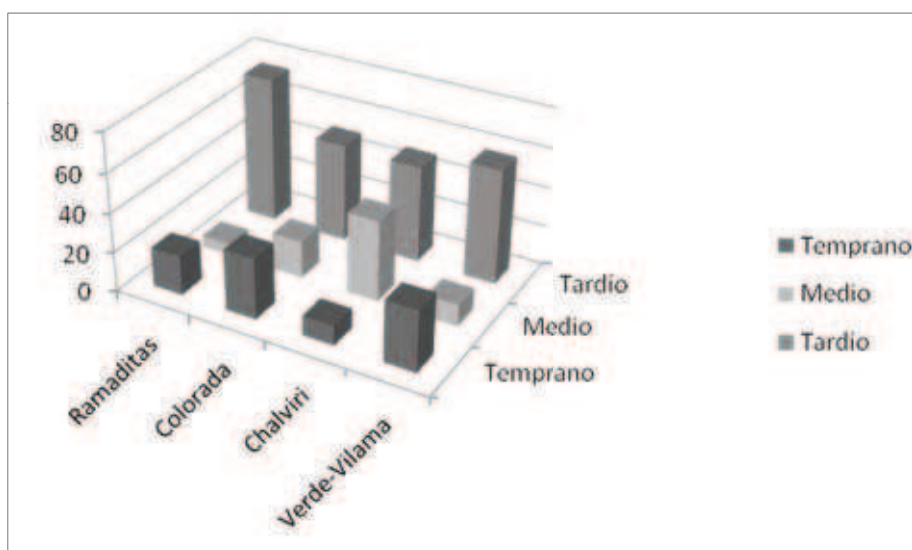


Figura 10. Porcentajes de componentes de cada período por corredor.

Pasando al Período Medio, llama la atención la dinámica que cobra el corredor Chalviri (41% de sus componentes de sitio) seguido por el corredor Colorada (19%). El material más representado en ambos casos pertenece al grupo Yura/Huruquilla (v.g. Yura geométrico y poligonal, Cinti), seguido por el estilo San Pedro Negro Pulido. Este resultado no es sorprendente si se considera que ambos corredores se encuentran sobre el derrotero más directo que uno puede imaginar entre los oasis de Atacama y los valles de Sur Potosí, atravesando el altiplano por la región sureste de Lipez, entre el río Grande de Lipez y la cordillera de Lipez

(ver Figura 1).

En los dos corredores mencionados los grupos alfareros que siguen en popularidad son Puqui (Intersalar y lago Poopó), Isla (quebrada de Humahuaca) y Tiwanaku (¿Circumtiticaca? ¿Cochabamba?). Si relacionamos la presencia de este último grupo (tres componentes en Colorada), con los conocidos hallazgos de ergología Tiwanaku en las tumbas de San Pedro y, recientemente, en Pulacayo (Berenguer 2000; Cruz 2009), donde además se asocia con textiles de estilo atacameño (Agüero 2007), cabe concluir que estos corredores están canalizando gran parte del tráfico de bienes Tiwanaku entre los valles de Sur Potosí y San Pedro, atravesando por más de 200 km lineales el espacio pastoril del sureste de Lípez.

Antes de dejar el Período Medio, vale la pena destacar la presencia de alfarería Yura y Tiwanaku sobre el corredor Verde-Vilama. Si este dato se ve ratificado al ampliar las investigaciones, podría estar marcando la continuidad del flujo de bienes recién propuesto, desde San Pedro hacia los nodos de río Grande de San Juan (v.g. Calahoyo), Guayatayoc (Doncellas) y quebrada de Humahuaca, donde también se han registrado algunos objetos de filiación Tiwanaku (Tarragó 2006) o, en general, de esta época (Fernández 1978).

Finalmente, se advierte un tránsito muy activo a través de los cuatro corredores en momentos tardíos. Este resultado respalda la noción de que, a partir del inicio del segundo milenio de nuestra era, el tráfico interregional tuvo gran intensidad en la Triple Frontera. La alta frecuencia de fragmentos tardíos en la muestra (56 % del total de componentes) y el mayor conocimiento que existe sobre los estilos alfareros de esta época abren la posibilidad de analizar en más detalle la procedencia de la cerámica recuperada y, por lo tanto, de explorar aspectos espaciales de la circulación.

Configuración espacial del tráfico tardío

Anteriormente propusimos que la cerámica regionalmente diagnóstica encontrada en los sitios de descanso podía ofrecer una aproximación a la “cuenca de tráfico” asociada a cada corredor internodal. Para ilustrar esta posibilidad confeccionamos la Tabla 4, donde se consignan los porcentajes de sitios conteniendo cada componente alfarero tardío por corredor.

La elevada proporción de sitios con el componente Loa/San Pedro en todos los corredores no es sorprendente teniendo en cuenta que, sin excepción, conducen a los nodos del desierto de Atacama hacia al poniente. Más interesante es el comportamiento inverso que muestran las cerámicas Yavi-Chicha y Mallku; las primeras aumentan su frecuencia de norte a sur, mientras que las segundas disminuyen en esta misma dirección. Esta tendencia, que marca la mayor vinculación de los corredores Ramaditas y Colorada con el norte de Lípez y de Chaltviri y Verde-Vilama con el río Grande de San Juan, ya se anunciaba en una primera muestra de alfarería de campamentos caravaneros (Nielsen 1997a:

358) y es consistente con la mayor distancia que separa los nodos del norte de LÍpez de los oasis de Atacama. La alfarería Yavi-Chicha, tan frecuente en estos últimos, llega desde el río Grande de San Juan principalmente por el corredor Verde-Vilama, donde contribuye el 39% de los componentes alfareros. Por estas rutas están arribando también los materiales Casabindo (región de Guayatatayoc), que seguramente están sub-representados en nuestra clasificación debido a la baja frecuencia que poseen las piezas “diagnósticas” –en el sentido dado a este término anteriormente– en este componente alfarero. El corredor Chalcviri, en cambio, continúa encauzando materiales más lejanos y diversos, como Yura/Huruquilla tardío, Taltape y Chilpe, un punto sobre el que volveremos en la próxima sección.

Tabla 4. Porcentajes de sitios con componentes alfareros regionalmente diagnósticos por corredor (Período Tardío-Inka, ca. 1000/1200-1550 d.C.).

Nodos (componente o grupos cerámicos diagnósticos)	OA – RL (Loa/ San Pedro)	RGSJ (Yavi)	GC (Casabindo)	NL (Mallku)	VSP (Yura, Huruquilla)	IS – LP (Taltape, Chilpe)	Inka (imperial, provinciales)	Total %	N
1. Ramaditas	31	4	-	49	4	4	8	100	49
2. Colorada	51	2	-	31	-	6	10	100	70
3. Chalcviri	31	15	-	21	6	18	9	100	34
4. Verde-Vilama	35	39	4	7	-	2	13	100	46

Es interesante destacar la consistente presencia de cerámica de filiación Inca en todos los corredores, aun cuando sólo Ramaditas y Verde-Vilama alojen ramales del *qhapaqñan* (Nielsen *et al.* 2006). Este resultado admite dos interpretaciones no excluyentes. Primero, que el Tawantinsuyu haya formalizado mediante la construcción de caminos y albergues ciertas rutas no significa que hayan dejado de usarse otras, que pudieron continuar operando con la infraestructura informal desarrollada durante siglos de tránsito. Aunque es posible que ciertos contingentes hayan estado obligados a transitar sólo por los caminos “oficiales”, probablemente los incas –e indudablemente las poblaciones locales– continuaron utilizando la red vial preexistente cuando se ajustaba mejor a sus necesidades. Otra posibilidad es interpretar los artefactos de filiación incaica en los corredores Colorada y Chalcviri como testimonios de un tráfico “extra-oficial”, más o menos tolerado por el Tawantinsuyu. Después de todo, si los estados nacionales actuales no consiguen controlar cabalmente la circulación a través de la “triple frontera”,

a pesar de los considerables recursos movilizados en pos de este objetivo ¿es razonable pensar que el Inca o los dirigentes étnicos locales sí pudieron hacerlo?

¿Quiénes eran los “caravaneros”?

Seguramente las caravanas antiguas, como las actuales, fueron conducidas por pastores, lo que no excluye la posibilidad de que otros individuos los hayan acompañado ocasionalmente. Ahora bien ¿de dónde eran esos pastores? Una forma de responder esta pregunta es con referencia a sus regiones de origen y a la relativa dependencia de los contactos extra-regionales que esto implica. Si, como lo señalamos anteriormente, la cría de llamas en estas latitudes se desarrolla fundamentalmente por encima de los 3000 msnm, los pastores caravaneros podrían venir de tres tipos de regiones según la sistematización propuesta al comienzo (Tabla 1, Figura 1):

(Ia) valles y oasis prepuneños, a ambos lados del macizo andino, que ofrecen la mayor diversidad de recursos;

(Ib) bolsones fértiles del altiplano, que permiten combinar la cría de ganado con el cultivo de tubérculos y quinoa, pero no proveen importantes recursos de zonas más bajas (v.g., maíz, algarrobo, chañar, calabaza, coca);

(IIa) la puna alta, donde la cría de llamas es la única opción productiva.

Por cierto, esta tipología es sólo un modelo que busca poner de relieve ciertas diferencias estructurales que consideramos relevantes en este contexto. Como tal, no pretende describir la lógica de grupos específicos ni significa que el tráfico haya sido impulsado por necesidades de subsistencia principalmente. Significa sí que al explorar la variabilidad propia del modo de circulación caravanero, es importante considerar que en él participaban pastores sujetos a condiciones estructurales y, por lo tanto, “lógicas de reproducción” diferentes (Giddens 1984: 185-190). Esas variaciones debieron llevarlos a implementar estrategias de articulación distintas, que podrían verse reflejadas en la dinámica del tráfico.

Retomando la tipología de regiones planteada al comienzo, los viajes de caravanas podrían estar a cargo de pastores con distintos grados de dependencia del tráfico interregional. En un extremo, se encontrarían los pastores de valles y oasis pre-puneños (oasis de Atacama, río Grande de San Juan), con pleno acceso a recursos diversificados en su tierra. En el otro, se ubicarían los pastores especializados de puna alta (sureste de Lípez, puna noroccidental) que, de no estar afiliados a organizaciones corporativas con cabeceras en la prepuna o en bolsones altiplánicos con agricultura, serían altamente dependientes del intercambio con grupos de otras regiones. En este punto, conviene recordar que Murra (1965:188), argumentando en favor de la verticalidad como “ideal panandino”, descartó la existencia de estos últimos en la era prehispánica, lo que resultó en la exclusión

del pastoreo andino de las discusiones comparativas sobre el nomadismo pastoril en el resto del mundo (v.g. Khazanov 1994: 68). Igualmente cierto es, sin embargo, que en las últimas décadas ha quedado demostrado que las poblaciones pastoriles especializadas autónomas, articuladas con el mundo agrícola mediante transacciones interétnicas, existen en distintos rincones de la alta puna (v.g. Flores Ochoa 1968) y seguramente existieron en épocas prehispánicas (Berenguer 2004: 39; Nielsen 2009; Yacobaccio *et al.* 1997/1998).

La conocida carta de Lozano Machuca ([1581] 1992) sobre “los Lipes”, de hecho, hace referencia a pastores de los tres tipos propuestos participando activamente del tráfico caravanero en la Triple Frontera. Además de los atacamas –que menciona principalmente en referencia a su relación con la costa– describe dos poblaciones diferentes en el altiplano sur (ver Nielsen 1997b). Una de ellas, que denomina “lipes” y considera de filiación aymara, es “gente rica de ganados de la tierra y que cogen y siembran y *tienen contrataciones y rescates en esta villa de Potosí, Tarapacá y Atacama*” (Lozano Machuca [1581] 1992: 31, nuestro énfasis). Las referencias toponímicas que brinda no dejan dudas respecto a la ubicación de estos caravaneros en el nodo agropastoril del norte de Lipez, más precisamente, en la cuenca de Chiguana y la margen meridional del salar de Uyuni. La otra población, a la que primero se refiere como “indios uros” y luego como “otros indios”, comprende “gente pobre que no siembran ni cogen y se sustentan de caza de guanacos y vicuñas y de pescado y de raíces que hay en ciénagas”. Esta descripción, propia del estereotipo “uru”, es matizada más adelante cuando afirma que “no son de paz ni de guerra, y entran en Potosí con nombre de indios Lipes y Atacamas, *con ganados y otras cosas de venta y rescate*” (nuestro énfasis). Dos topónimos que referencian la ubicación de estos pastores/cazadores son “Pololo” y “Escala”, ambos situados en el sureste de Lipez, al pie de la cordillera homónima. El autor también menciona que estos grupos “confinan con los indios de guerra de Omaguacas y Casabinbo”, lo que podría extender el área que les atribuye hasta la “puna noroccidental”, aguas arriba del Urosmayo o “río de los uros”.⁸

Con estas posibilidades en mente, volvamos a los corredores internodales y a la pregunta que encabeza este apartado. Como ya notamos, es difícil identificar a los caravaneros a partir de la cerámica de las rutas, primero, porque no podemos equiparar la procedencia de la alfarería con el origen de los pastores que la desecharon y, segundo, porque la mayoría de los artefactos usados y traficados por estos grupos –sobre todo los más dependientes del tráfico– probablemente fueron obtenidos de otras comunidades por intercambio. Ignoramos qué tan lejos de sus lugares de origen transitaban las antiguas caravanas, pero la orientación de los corredores y las regiones que efectivamente conectan podrían ayudar a limitar las respuestas posibles. Supongamos, como hipótesis de trabajo, que cada grupo de pastores tenía mayor protagonismo en las rutas más cercanas. Si las variantes

⁸ Agradezco a María Ester Albeck la referencia a la antigua denominación del actual Oros mayo.

estructurales entre pastores que venimos planteando efectivamente favorecieron estrategias de articulación interregional distintas para cada tipo, podríamos esperar que esto resultara en diferencias entre sectores de la red en cuanto a la dinámica del tráfico, un fenómeno que sí podría reflejarse en la composición de las muestras alfareras o de otros bienes.

La Figura 11, donde se ilustran las proporciones de cerámicas tardías de distintas regiones por corredor (Tabla 4, excluyendo el componente Inca), ayuda a visualizar esta posibilidad. En primer lugar, salta a la vista –además de la ubicuidad del componente Loa/San Pedro– la alta frecuencia del componente Mallku en Ramaditas y Colorada, y del componente Yavi-Chicha en Verde-Vilama, lo que sugiere la idea de dos “esferas de tráfico” mencionada en el acápite anterior. La septentrional comprometería fundamentalmente a caravanas del desierto de Atacama y del norte de Lípez, mientras que en la meridional confluirían, principalmente, las tropas atacameñas con otras llegadas del río Grande de San Juan y Guayatayoc.

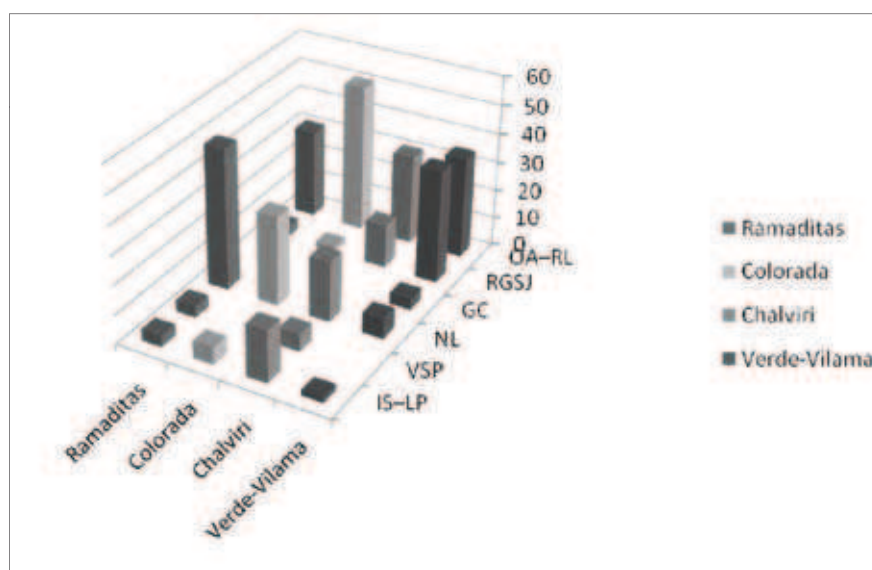


Figura 11. Porcentajes de sitios con componentes alfareros tardíos regionalmente diagnósticos por corredor (basado en Tabla 4).

Pero lo que nos interesa destacar de este gráfico es la diversidad presente en Chalviri, donde se encuentran consistentemente representados, no sólo cerámicas Mallku y Yavi-Chicha, sino también materiales más lejanos, que nos remiten a los valles de Sur Potosí, la región Intersalar y el lago Poopó. Recordemos que yendo hacia el noreste, este corredor desemboca tras unas cinco jornadas de marcha a Quetena, desde donde la ruta continuaría por más de 10 jornadas –200 km lineales– por las estepas y humedales del sureste de Lípez hasta alcanzar las

cabeceras de los valles de Sur Potosí o del río Grande de San Juan. Sin descartar la presencia que puedan haber tenido las caravanas prepuneñas en este tránsito, es difícil imaginarlo sin adivinar el protagonismo de esos “otros indios” (*sensu* Lozano Machuca [1581] 1992), los pastores especializados de la alta puna. Su marcada dependencia del “mundo de afuera” (Khazanov 1994), dotaría a esta ruta de un singular dinamismo y alcance. Estas características ya se anuncian en el Período Medio, cuando Chalviri y en menor grado Colorada parecen ser los principales canales del tráfico entre San Pedro y los valles Yura, y perduran durante el Tawantinsuyu, a pesar de la ausencia de caminos formalizados.

Conclusiones

Hasta aquí hemos discutido algunas formas de explorar la macromorfología de los sistemas viales informales y la organización del tráfico asociado, poniendo énfasis en el estudio de los lugares de descanso. Para concluir este ejercicio, subrayamos entre los puntos tratados los que consideramos más relevantes para una arqueología de la circulación.

En primer lugar, queremos enfatizar la importancia de los sitios de descanso transitorio para el estudio de las redes viales. Esto es particularmente cierto en el caso de los sistemas informales, cuyo desarrollo espontáneo y oportunista hace que las vías mismas sean en realidad incontables y muy difíciles de reconocer fuera de ambientes de extremo desierto (v.g. Beck 1991; Berenguer 2004, Cap. 6). Aunque en zonas con cobertura vegetal densa los sitios de descanso también sean difíciles de identificar, en ambientes áridos o con recursos altamente circunscriptos, como los que caracterizan a muchos internodos sur andinos, cobran considerable visibilidad arqueológica. De los componentes de los sistemas viales que enumeramos al comienzo, estos sitios son los que concentran mayor cantidad y variedad de desechos, lo que abre múltiples posibilidades para la investigación, como lo ejemplifican los trabajos recientes en el desierto de Atacama (Cases *et al.* 2008; Núñez *et al.* 2003; Pimentel 2009; Pimentel *et al.* este volumen).

A lo largo de estas páginas, sin embargo, hemos planteado la posibilidad de investigar estos paraderos también a una escala mayor, a través de muestras numerosas, distribuidas sobre grandes extensiones. Aunque este enfoque comprometa los detalles en favor de la generalidad, permite reconocer tendencias “de grano grueso” que pueden acercarnos efectivamente al tipo de procesos que privilegia el enfoque macromorfológico. De hecho, el interjuego entre hipótesis y modelos generados por esta vía y la contrastación de sus implicancias a nivel micromorfológico mediante detallados estudios a nivel de sitio, puede ser una forma especialmente eficaz de avanzar en el estudio del tráfico.

Evidentemente, trabajar a esta escala plantea sus propias dificultades, algunas de ellas ya mencionadas en el apartado metodológico. Para aprovechar todo su

potencial necesitamos, por ejemplo, refinar nuestras taxonomías cerámicas y consensuarlas, precisar las coordenadas espaciales y temporales de cada tipo o atributo, incorporar otros ítems que son frecuentes en estos sitios y admiten otros tipos de análisis (restos líticos, óseos, botánicos) y explorar formas de cuantificar adecuadas a diversos tipos de preguntas. Valga esta enumeración como recordatorio del carácter provisorio que tienen las conclusiones substantivas a las que podemos haber arribado a lo largo de este ejercicio. No queremos dejar de destacar también algunas ventajas que tiene este tipo de dato al encarar ciertos interrogantes. Los atributos cronológicamente diagnósticos registrados sobre grandes muestras, por ejemplo, pueden ser indicadores más robustos para establecer patrones temporales en la red de tráfico que las dataciones radiocarbónicas solamente, particularmente al trabajar con sitios que —a partir del primer examen superficial— sabemos que han sido utilizados durante milenios, como muchos de los analizados para este trabajo.

En otra oportunidad enfatizamos que, al dirigir la atención a los modos de tráfico y a las personas involucradas, el enfoque internodal es particularmente apropiado para los estudios de interacción inspirados por las teorías de la práctica y la agencia (Nielsen 2006). En esta ocasión hemos buscado avanzar en este rumbo al interrogarnos por la identidad de los pastores/caravaneros. Por cierto, la definición de identidades apela siempre a múltiples variables; al investigar los sistemas de circulación, sin embargo, hemos propuesto privilegiar aquellos factores que, cabe pensar, actuaron como principios estructurales, afectando las estrategias de articulación de distintos grupos. Por razones de espacio, ensayamos sólo uno de estos factores, a saber, la dependencia relativa del tráfico que tendrían pastores de distintas regiones, teniendo en cuenta su potencial para la diversificación productiva local. Lo primero que nos interesa destacar de este ejercicio es la importancia de pensar que, tanto el caravaneo como otros modos de circulación (v.g. el transporte con cargadores humanos, el tráfico incorporado y sus variantes), fueron seguramente heterogéneos y variaron con el tiempo, involucrando estrategias diferentes de acuerdo a la “lógica de reproducción” de sus artífices.

Un análisis de los agentes del tráfico entendido en estos términos, sin embargo, demandará tener en cuenta otras variables, entre las que quisiéramos destacar cuatro. Primero, los marcos institucionales en que estaban inmersos los responsables de la circulación de bienes ¿actuaban desde unidades domésticas autónomas unidas por vínculos de reciprocidad, como los llameros actuales, o en representación de organizaciones corporativas con liderazgo étnico y redistribución, como sucedía entre muchos grupos documentados etnohistóricamente? Otra variable a considerar es el género; teniendo en cuenta que etnográficamente los viajes con caravanas son una actividad masculina —sin que eso excluya la ocasional participación de mujeres— sería lícito pensar que otros modos de circulación (v.g., ciertas variantes de tráfico incorporado) pudieron estar

asociados al mundo femenino. La productividad absoluta de distintas regiones es otro factor a considerar, ya que incide además en la demografía y, por lo tanto, en las posibilidades de cada grupo para diversificarse, redistribuir o controlar enclaves alejados. Finalmente, debemos tener en cuenta el acceso que tuvo cada población a otros bienes altamente valorados, como los minerales metalíferos y recursos marítimos presentes en o cerca del desierto de Atacama, o las plantas alucinógenas y la fauna tropical próximas a los valles prepuneños de la vertiente andina oriental.

Para finalizar, queremos recalcar la importancia de tener en cuenta una clase particular de actores al discutir el tráfico surandino y su trasfondo social: los pastores especializados. Las dudas planteadas sobre su existencia en tiempos prehispánicos y las dificultades para rastrearlos arqueológica y documentalmente, han llevado a ignorar o subestimar las posibles consecuencias de su accionar. Recordemos, sin embargo, que la etnografía muestra que fueron ellos quienes más tenazmente preservaron la tradición de los viajes de caravanas en las últimas décadas y que la arqueología de la transición arcaico-formativa (Núñez *et al.* 2006; Dillehay este volumen) sugiere que grupos semejantes de pastores/cazadores fueron quienes la iniciaron hace más de tres milenios. Quizás sólo por esto, cuando pensamos en fenómenos de interacción complejos y a gran escala, como los asociados al Período Medio o al Tawantinsuyu, deberíamos en principio conceder a estos pastores apenas visibles tanta agencia, tanto poder, como el que atribuimos a los altos dignatarios del Cuzco o Tiwanaku, o a sus presuntos subordinados entre las élites locales.

Agradecimientos

Una parte significativa de los trabajos de campo en que se basa este artículo fue financiada por el National Geographic Society (Grant # 7552-03, *Precolumbian Interregional Interaction in the Circumpuna Andes: An Inter-nodal Approach*). Agradecemos la colaboración de nuestros guías de Quetena (muchos de ellos guardaparques de la Reserva Nacional de Fauna Andina “Eduardo Avaroa”) y de Cusi Cusi. Las investigaciones fueron realizadas en el marco de un convenio entre el Proyecto Arqueológico Altiplano Sur y el Viceministerio de Culturas de Bolivia, contando con los permisos correspondientes del Servicio Nacional de Áreas Protegidas.

Referencias Citadas

- Agüero, C. (2007). Los textiles de Pulacayo y las relaciones entre Tiwanaku y San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1), 85-98.
- Ávila, F. (2011). *El Efecto de lo Bello. Valores Estéticos y Práctica Social. El Estilo Alfarero Yavi-Chicha, Siglos XI a XVI*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Beck, C. M. (1991). Cross-cutting relationships: The relative dating of ancient roads on the north coast of Peru. En D. Trombold (Ed.). *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Pp. 66-79. Cambridge: Cambridge University Press.
- Berenguer, J. (2000) *Tiwanaku. Señores del Lago Sagrado*. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.

- Berenguer, J. (2004). *Tráfico de Caravanas, Interacción Interregional y Cambio Cultural en la Prehistoria Tardía del Desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Ediciones Sirawi.
- Cases, B., C. Rees, G. Pimentel, R. Labarca y D. Leiva (2008). Sugerencias desde un contexto funerario en un “espacio vacío” del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(1), 51-70.
- Castro, V., C. Aldunate, J. Berenguer, L. Cornejo, C. Sinclair y V. Varela (1994). Relaciones entre el Noroeste Argentino y el Norte de Chile: El sitio 02-Tu-002, Vegas de Turi. En M. E. Albeck (Ed.). *De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 215-236. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Cipolletti, M. S. (1984). Llamas y mulas, trueque y venta: el testimonio de un arriero puneño. *Revista Andina* 2(2), 513-538.
- Cruz, P. (2009). Tumbas, metalurgia y complejidad social en un páramo del Altiplano surandino. *Revista Andina* 49, 71-103.
- Fernández, J. (1978). Los chichas, los lipes y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-boliviana. *Estudios Atacameños* 6, 19-35.
- Fernández Distel, A. (1998). *Arqueología del Formativo en la Puna Jujeña 1800 a.C. al 650 d.C.* Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- Flores Ochoa, J. A. (1968). *Los Pastores de Paratía. Una Introducción a su Estudio*. Serie Antropología Social 10. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Oxford: Polity Press.
- Khazanov, A. M. (1994). *Nomads and the Outside World*. 2da Edición. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Lozano Machuca, J. ([1581] 1992). Carta del Factor de Potosí, Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú, en donde describe la Provincia de los Lipes. *Estudios Atacameños* 10, 30-34.
- Llagostera, A. (1996). San Pedro de Atacama: nodo de complementariedad reticular. En X. Albó, M. I. Arratía, J. Hidalgo, L. Núñez, A. Llagostera, M. I. Remy y B. Revesz (Eds.). *La Integración Sur Andina Cinco Siglos Después*. Pp. 17-42. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”.
- Murra, J. V. (1965). Herds and Herders in the Inca State. en A. Leeds and A. P. Vayda (Eds.). *Man, Culture, and Animals*. Pp. 185-215. Washington: American Association for the Advancement of Science.
- Nielsen, A. E. (1997a). El tráfico caravanero visto desde la jara. *Estudios Atacameños* 14, 339-371.
- Nielsen, A. E. (1997b). Aproximaciones arqueológicas y etnohistóricas a la diversidad cultural tardía en el Altiplano de Lipez. *Contribución Arqueológica Nro. 5: Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. I. Pp. 95-129. Copiapó.
- Nielsen, A. E. (2001). Ethnoarchaeological perspectives on caravan trade in the South-Central Andes. en L. Kuznar (Ed.). *Ethnoarchaeology of Andean South America: Contributions to Archaeological Method and Theory*. Pp.163-201. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Nielsen, A. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en los Andes Sur Centrales*. Pp. 29-62. Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Institute of Andean Research.
- Nielsen, A. E. (2009). Pastoralism and the non-pastoral world in the Late Precolumbian history of the Southern Andes (AD 1000-1535). *Nomadic Peoples* 13(2), 17-35.

- Nielsen, A. E., J. Berenguer y C. Sanhueza (2006). El Qhapaqñan entre Atacama y Lípez. *Intersecciones en Antropología* 7, 217-234.
- Núñez, L., C. Agüero, B. Cases y P. de Souza (2003). El campamento minero Chuquicamata-2 y la explotación cuprífera prehispánica en el desierto de Atacama. *Estudios Atacameños* 25, 7-34.
- Núñez, L., I. Cartajena, C. Carrasco, P. de Souza y M. Grosjean (2006). Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32, 93-117.
- Pimentel, G. (2008). Evidencias Formativas en una vía interregional con conexiones entre San Pedro de Atacama y el Altiplano de Lípez. *Estudios Atacameños* 35, 7-33.
- Pimentel, G. (2009). Las huacas del tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14(2), 9-38.
- Sinclair, C. (2004). Prehistoria del Período Formativo en la cuenca alta del río Salado (Región del Loa Superior: Un estado de la cuestión. *Chungara* Vol. especial, 619-639.
- Soja, E. W. (1989). *Postmodern Geographies*. London: Verso.
- Tarragó, M. (1994). Intercambio entre Atacama y el Borde de Puna. En M. E. Albeck (Ed.) *De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 199-209. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Tarragó, M. (2006). Espacios surandinos y la circulación de bienes en época de Tiwanaku. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en los Andes Sur Centrales*. Pp. 331-369. Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Institute of Andean Research.
- Trombold, C. D. (1991). An introduction to the study of ancient New World road networks. En D. Trombold (Ed.). *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*. Pp. 1-9. Cambridge: Cambridge University Press.
- Uribe, M. (1997). La alfarería de Caspana en relación a la prehistoria tardía de la subárea circumpuneña. *Estudios Atacameños* 14, 243-262.
- Yacobaccio, H. D., P. Escola, F. Pereyra, M. Lazzari y M. Glascock (2004). Quest for ancient routes: obsidian research sourcing in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31, 193-204.
- Yacobaccio, H. D., C. Madero, M. Malmierca y M. Reigadas (1997/1998). Caza, domesticación y pastoreo de camélidos en la Puna argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXIII, 389-418.

EL ESPACIO RITUAL PASTORIL Y CARAVANERO. UNA APROXIMACIÓN DESDE EL ARTE RUPESTRE DE VALLE ENCANTADO (SALTA, ARGENTINA)

Álvaro R. Martel¹

Introducción

La evidencia arqueológica más conspicua del valle Encantado es, sin dudas, su arte rupestre. De hecho, los primeros datos sobre la ocupación prehispánica en el valle destacan la presencia de pictografías de camélidos en hileras y “hombres escudo” en diversos abrigos rocosos, muchas veces asociados a pircas y corrales, en los que es frecuente el hallazgo de fragmentos cerámicos, puntas de proyectil líticas y restos óseos (Díaz 1983a; Navamuel de Figueroa 1977). A su vez, sobre la base de criterios estilísticos, Díaz (1983b) adscribió las representaciones rupestres del valle Encantado a los períodos de Desarrollos Regionales e Inca.

Desde aquellos primeros informes, esencialmente descriptivos, nunca se realizaron investigaciones arqueológicas sistemáticas que den cuenta de las posibles relaciones entre tales materiales y algún tipo de práctica socioeconómica. En este trabajo, planteamos que el arte rupestre del valle Encantado, en tanto producto de una práctica ritual, ofrece una vía de estudio para la identificación de sistemas socioculturales vinculados a la práctica del pastoreo y el caravanero.

Para tal fin, se consideraron diversas líneas de evidencia cuyo análisis integrado permitió una aproximación a la diferenciación buscada. En primer lugar, partimos de una contextualización ambiental, geográfica e histórica del valle Encantado, desde la cual fue posible definir el potencial del mismo como espacio de pastoreo y sus ventajas como punto de articulación de vías naturales de comunicación entre zonas con oferta diferencial de recursos. De tal forma, y apoyados en información arqueológica y etnográfica sobre grupos pastoriles andinos, generamos una serie de expectativas generales respecto del tipo de contextos y materiales potencialmente identificables.

El registro arqueológico del valle Encantado comprende un conjunto de evidencia que, exceptuando algunas representaciones rupestres, puede asociarse

¹ ISES–CONICET. Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán. Argentina. alvaromartel@arnet.com.ar

principalmente a ocupaciones pastoriles no permanentes. Así, restos de corrales y antiguos puestos se distribuyen entre los afloramientos de areniscas que dominan el fondo del valle, en algunos casos asociados a aleros con pinturas rupestres donde predominan representaciones de llamas agrupadas o con sus crías al pie, figuras antropomorfas en diversas actitudes y escenas donde intervienen cóndores, llamas y hombres. A estos materiales y rasgos se suman otros que nos permiten observar al valle Encantado como un escenario donde se desarrollaron otras actividades. La presencia de cerámica y materias primas no locales, como así también la concentración de motivos de caravanas de llamas en un punto específico del espacio, nos alertaba sobre la posibilidad de que caravaneros en tránsito, hayan aprovechado las ventajas –materiales y simbólicas– que el valle ofrecía, a nivel de las estrategias de desplazamiento que implica el tráfico de caravanas.

En esta situación de superposición de espacios de acción, con contextos arqueológicos poco diferenciados, el análisis estilístico/temático del arte rupestre y sus características de emplazamiento, resultó una herramienta metodológica adecuada para identificar repertorios iconográficos que operaron como diacríticos de pastores y caravaneros.

Marco de Referencia

Nuestro trabajo parte, más que desde una premisa, de un hecho: los agentes sociales involucrados en la práctica caravanera forman parte de grupos cuya economía de base es el pastoreo (Nielsen 1997). Como bien lo expresa Medinaceli (2005), este hecho, en los Andes Centrales y Centro-Sur, fue definido desde estudios antropológicos, etnográficos, etnohistóricos e históricos realizados en comunidades pastoriles y/o de pastores con agricultura; sin embargo la arqueología ha aportado, desde modelos teóricos y evidencia material, una significativa cantidad de información que refuerza la hipótesis de que tal situación se habría dado ya en momentos prehispánicos, unos mil años después de la domesticación de los camélidos (Aschero 1996; Gallardo y Yacobaccio 2005; Núñez 1994; entre otros).

Estudios etnográficos, realizados en distintas partes del globo (Browman 1974; Castro Lucic 2000; Göbel 2002; Gupta 1991; Khazanov 1984; entre otros), han hecho explícitas las principales características que definen a las sociedades pastoriles de regiones áridas. De estas, destacamos las que se vinculan directamente con el propósito de nuestro trabajo: el carácter extensivo y vertical del uso del espacio en relación al mantenimiento de los rebaños (pastoreo trashumante); los viajes de intercambio, como estrategia para lograr la complementación económica (tráfico de caravanas) y las prácticas rituales asociadas a tales actividades.

Esta elección no es arbitraria. Cada uno de estos aspectos de la vida de los pastores, son susceptibles de ser identificados en el registro arqueológico. Por

ejemplo, para la puna meridional argentina, distintos estudios arqueológicos sobre la temática pastoril (Escola 2002; López Campeny 2006; Olivera 1992) permitieron la identificación de un sistema de asentamientos, conformado por distintos tipos de sitios (bases residenciales, puestos temporarios y puestos de caza/pastoreo), que articulan espacios a diferentes alturas con buena disponibilidad de recursos para el pastoreo y cultivos a baja escala. Este particular uso vertical del espacio y sus recursos, mediante la instalación de unidades habitacionales con características propias para cada sector, ya habría estado en pleno funcionamiento en un momento anterior al 2000 AP (Olivera 1992). A esto podemos agregar el registro de una importante producción de arte rupestre que se asocia directamente a los espacios productivos y domésticos, donde la representación de motivos de camélidos y antropomorfos, conforman los temas más recurrentes dentro del repertorio iconográfico de estos grupos pastoriles prehispánicos (Aschero 1996 y 2000; Martel 2006; Podestá y Olivera 2006; Podestá *et al.* 1991; Olivera y Podestá 1993; entre otros).

Respecto al caravanero es preciso aclarar que no vamos a abordar aquí el problema de la interacción prehispánica, si no, más bien, nuestro interés recae en el análisis de ciertos espacios vinculados al movimiento de una caravana. Tal como lo registraran distintos investigadores, en diversas comunidades pastoriles del área andina, desde el momento en que se inician los preparativos para un viaje, la unidad doméstica del pastor y su familia (base residencial), pasa a ser el escenario de actividades menos cotidianas, vinculadas tanto a los arreglos necesarios del equipo del caravanero y sus animales, como así también, al desarrollo de ritos y ceremonias específicos (Lecoq y Fidel 2000; Nielsen 1997-1998; Paz Flores 2000). Esta superposición, a escala doméstica, entre lo pastoril y lo caravanero, puede alcanzar otros espacios en la medida que el arriero y sus animales se trasladan a lo largo de una ruta; como, por ejemplo, cuando se aprovechan los puestos temporarios de los pastores como lugar de pernocte de los caravaneros (*jara* o *paskana*). Además de la base residencial (punto de carga), las rutas y las *jaras*, existen otros escenarios que forman parte del derrotero de los viajeros; los puntos de articulación (ferias o comunidades), los sitios de producción/extracción y los sitios rituales especializados, completan la lista (Nielsen 1997). Esta última categoría de sitios, es la que será analizada con mayor detalle en este trabajo.

Los estudios etnográficos realizados en comunidades pastoriles del área centro-sur andina, han registrado las características materiales, espaciales y conductuales, de los distintos rituales pastoriles y caravaneros (Arnold *et al.* 1998; Flores Ochoa 1988; Flores Ochoa y Kobayashi 2000; Lecoq 1987; van Kessel y Llanque Chana 2004; entre otros). Nielsen (1997-1998), por su parte, a partir de un estudio etnoarqueológico, precisa las expectativas arqueológicas que permitirían definir un sitio ritual caravanero, tanto en sus aspectos materiales como en el de su emplazamiento.

En el plano arqueológico, un singular número de tecnofacturas fueron interpretadas como la evidencia material de prácticas rituales de este tipo. En relación al caravaneo, las expresiones más notables, casi siempre asociadas a rutas de tráfico, comprenderían: ciertas modalidades del arte rupestre (representación de llamas alineadas -con o sin carga, con o sin antropomorfo guía- y representación de elementos exóticos al medio local), las apachetas, los sitios de muros y cajas, las ofrendas de minerales de cobre y de fragmentos de toba volcánica en pasos montañosos (Berenguer 1994, 2004; Nielsen 1997; Núñez 1976, 1985).² Por su parte, el arte rupestre asociado a contextos pastoriles y/o agropastoriles (representación de camélidos aislados o en grupos -rebaños-, asociación camélido-ave, camélido-felino y/o camélido-antropomorfo, camélido con cría al pie, etc.), representa la evidencia más elocuente de una práctica que involucra, no sólo un potencial comportamiento ritual, sino también, la expresión material de los referentes simbólicos e ideológicos de una parte significativa de la cosmovisión de aquellos grupos (Aschero 1999; Aschero *et al.* 2006; Berenguer 1996; Gallardo 2004; Martel 2009b y 2010).

Es en el marco de estas propuestas y modelos que exponemos el caso del valle Encantado (Dto. San Carlos, Salta), un pequeño bolsón ubicado sobre los 3000 msnm, en las cumbres que separan al valle Calchaquí norte del valle de Lerma. La evidencia arqueológica en el ámbito del valle, presenta características particulares que nos llevan a pensar en una modalidad de ocupación no permanente y vinculada principalmente a prácticas pastoriles y caravaneras. Esta hipótesis será contrastada a la luz de las diferentes materialidades registradas, sin embargo profundizaremos en el análisis del arte rupestre ya que en su producción se plasmarían las diferencias técnicas, formales y estilísticas que nos permitirán dirimir su relación con las prácticas socioeconómicas mencionadas. A su vez, asumimos aquí el importante rol del arte rupestre como uno de los medios más conspicuos en la construcción social del paisaje, haciendo explícitas las diferentes formas en que un espacio y sus recursos son organizados a través de la experiencia de los distintos actores.

El marco ambiental

El valle Encantado³ se encuentra en el borde este de la porción austral de la Cordillera Oriental, situado a 3100 msnm en las cumbres que dividen al valle de Lerma del valle Calchaquí norte (Figura 1). Flanqueado, al oeste, por la sierra del Zapallar y, al este, por la sierra del Candado, este pequeño valle, de aproximadamente 3 km de largo en sentido N-S y poco menos de 1 km de ancho promedio, presenta un clima templado húmedo que, antes de la conformación

² La bibliografía sobre esta temática es abundante, por lo que las citas escogidas responden a los trabajos que, en cierta forma, sentaron las líneas argumentales que estimularon el desarrollo posterior de investigaciones sobre la ritualidad caravanera prehispánica.

³ Actualmente dentro de la jurisdicción del Parque Nacional Los Cardones.

del parque nacional, favoreció durante muchas décadas el desarrollo de prácticas ganaderas.

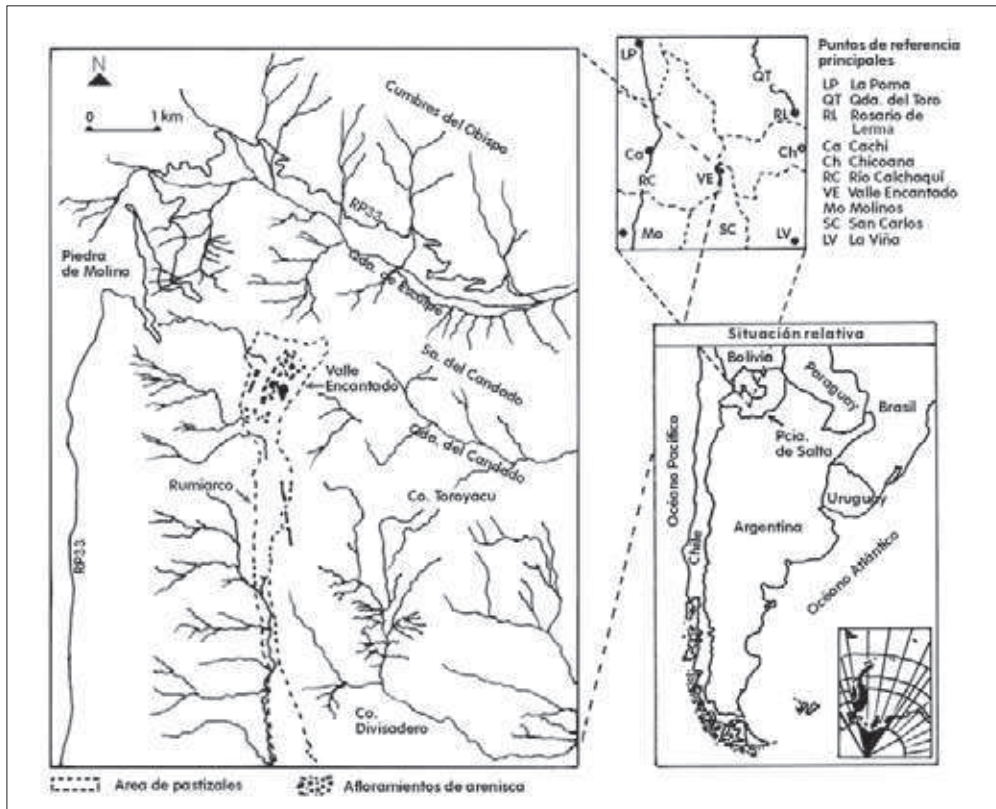


Figura 1. Mapa de ubicación del Valle Encantado.

Con temperaturas máxima y mínima promedio de 25°C y 10°C, respectivamente, y una precipitación anual próxima a los 500 mm, concentrados en los meses estivales (Ruiz Huidobro 1960), el valle Encantado presenta las características fitogeográficas de “pastizal de neblina” (Grau y Brown 2000) o “pradera de montaña” (Cabrera 1976). Las altas cumbres que circunscriben al valle, representan la barrera natural para las nubes cargadas de humedad que provienen del este, lo que permite que pasturas naturales estén disponibles durante todo el año, como así también varias especies arbustivas aptas para leña. Por su parte, la concentración de precipitaciones entre los meses de noviembre y febrero, genera pequeñas y someras lagunas que actúan como reservorios de agua hasta bien entrada la estación seca (invierno). Estas características, se combinan con una buena oferta de abrigos rocosos naturales (aleros y pequeñas cuevas), producto de la erosión eólica e hídrica sobre afloramientos de areniscas terciarias presentes en el sector norte del valle (Figura 2).



Figura 2. Vista general. Sector Norte del Valle Encantado.

Más allá de la disponibilidad de los recursos mencionados, la particular situación geográfica del valle Encantado, le confiere una serie de cualidades que reafirman su carácter de lugar estratégico. En primer lugar, se trata de un punto de inflexión entre zonas de ambientes contrastantes, con recursos diferentes y potencialmente complementarios. Segundo, presenta un fácil acceso a la cabecera de la quebrada de Escoipe, la cual se encuentra limitada por la sierra del Candado, al sur, y los faldeos suroccidentales del cerro Malcante (5030 msnm) hacia el norte. Esta es la más importante vía de comunicación natural entre los mencionados valles de Lerma y Calchaquí norte. Por su parte, el Malcante, la elevación de mayor prominencia en un radio de 50 km, acapara la visual norte desde el valle Encantado. Por último, el valle en cuestión, se emplaza en un sector de la sierra donde se encuentran los pasos más transitables, como el de Piedra de Molino (3360 msnm), por donde pasa la actual Ruta Provincial 33, que conecta los pueblos de Chicoana (1260 msnm), en la desembocadura de la quebrada de Escoipe, con el de Cachi (2400 msnm), en la margen oeste del río Calchaquí.

Si consideramos ambas localidades como los extremos de una virtual transecta, con sentido este-oeste y transversal al cordón montañoso, la misma tendría una extensión de poco más de 60 km, y el valle Encantado representaría su punto medio. El primer tramo de esta transecta, aproximadamente 32 km en línea recta, salva una diferencia altitudinal de 2000 m, atravesando los ambientes de Yungas, Prepuna y Pastizal. El segundo tramo es descendente y de menor

pendiente; en la misma distancia, la diferencia de altitud es de sólo 1000 m y atraviesa los ambientes de Prepuna y Monte.

Caminos y sendas. La quebrada de Escoipe a través del tiempo

El valle Encantado se encuentra emplazado en un espacio donde numerosos caminos y sendas confluyen, se intersectan y dividen para seguir destino hacia diversos puntos geográficos que, en la mayoría de los casos, presentan asentamientos prehispánicos. Hacia el sur, el valle se estrecha dando lugar a la quebrada de Rumiarco; vía natural de comunicación entre el valle Encantado y las localidades vallistas de Isonza y Amblayo. Hacia el este, descendiendo por la quebrada de Cachiyuyal, se accede al sector sur del valle de Lerma, alcanzando el paraje de Ampascachi, los pueblos de La Viña, Guachipas y el extremo norte de la quebrada de Las Conchas, vía de acceso natural hacia el valle Calchaquí sur. Hacia el oeste, cruzando la sierra del Zapallar, la actual ruta provincial 33 retoma una antigua senda que, en el sector de Tintin, se superpone a un tramo de camino inca. Como lo hace la actual ruta, esta antigua senda permitía el acceso a las localidades de Payogasta, Cachi y Molinos, entre las más importantes. Por último, hacia el norte, singularizado con una apacheta, se encuentra el acceso a la mencionada quebrada de Escoipe, para la cual se dispone de mayor información arqueológica, etnohistórica e histórica.

Las referencias sobre la relevancia de la quebrada de Escoipe como vía de comunicación desde momentos prehispánicos, tal como lo expusiera Vitry (2004), han quedado plasmadas en numerosos documentos históricos y han sido analizadas en diversas investigaciones etnohistóricas. En el trabajo citado, el autor presenta un documento del año 1803 donde se mencionan dos de los caminos que descienden por la quebrada; uno de ellos conocido como “camino de los diaguitas” y el otro, “camino del Inga”. Por su parte, ya en momentos de la conquista, esta quebrada fue la vía utilizada por Diego de Almagro en 1536 para ingresar a los valles Calchaquíes y, desde allí, continuar su rumbo hacia Chile (Toscano 1898 en Vitry *op. cit.*).

La mayoría de las referencias toponímicas históricas hacen alusión a la presencia inca en el área de la quebrada de Escoipe, lo cual ha sido confirmado desde diversos estudios arqueológicos. La mención de un camino “diaguita”, sin embargo, hace suponer la presencia de grupos étnicos locales coexistiendo con el inca, o bien de grupos diaguitas no locales, asociados a la presencia incaica. De hecho, a partir de documentos históricos, el área de la quebrada ha sido vinculada a grupos locales conocidos como *pulares* o *escoypes* (Lorandi y Boixadós 1987). Más allá de esto, la información arqueológica de la quebrada es escasa, respondiendo en general a rasgos (principalmente caminos) y materiales de filiación inca (Mulvany y Soria 1998; Vitry 2004). Esto hace pensar que la quebrada habría funcionado siempre como un lugar de paso y no como un sector para asentamientos habitacionales de mayor envergadura.

Podemos decir que la única evidencia arqueológica de la cual se podría inferir una mayor profundidad temporal involucra a los sitios con representaciones rupestres que, por ahora, han sido reportados desde los sectores intermedios hacia la parte alta de la quebrada, asociados a áreas con buenos recursos para pastoreo como así también a los pasos naturales entre ambientes distintos (Vitry 2003).

El valle Encantado como espacio pastoril/caravanero

La presencia y abundancia de pasturas silvestres, agua, leña y reparos naturales, como también la ubicación estratégica en relación a probadas rutas y sendas prehispánicas e históricas, nos permiten generar la siguiente hipótesis: el valle Encantado comprende un espacio de uso bimodal, vinculado tanto a actividades pastoriles (pastoreo estacional) como caravaneras (estadía temporal de caravanas en tránsito).

Desde la información etnoarqueológica sobre el uso del espacio por parte de grupos pastoriles sur andinos (Göbel 2002; Yacobaccio *et al.* 1998), pensamos que la buena oferta de recursos –pastos, agua, leña– durante la estación seca y la disponibilidad de reparos efectivos, tanto en el valle Encantado como en el contiguo valle de Rumiarco, habrían presentado condiciones óptimas para la instalación de puestos temporarios de pastoreo. En este sentido, es esperable el registro de sitios con una arquitectura simple con una mediana inversión de energía en su construcción, vinculada a recintos habitacionales pequeños y/o corrales, como así también, depósitos estratificados con residuos *de facto* producto de la preparación y consumo de alimentos (macrorestos vegetales y fauna, fogones, cerámica, lítico, etc.), reparación de equipo (sogas, mantas, herramientas, etc.) y registro de posibles contextos rituales (ofrendas, arte rupestre, etc.).

Por su parte, teniendo en cuenta los escenarios que define Nielsen (1997) para los sistemas de asentamiento de los caravaneros actuales de Sud Lípez (*jaranas*, rutas, puntos de articulación, puntos de carga y sitios rituales), pensamos que algunos de estos serían potencialmente identificables en el ámbito del valle. Las *jaranas* revisten vital importancia en los viajes de los caravaneros, en ellas se realizan distintas actividades que tienen que ver con el cuidado de los animales, la protección de las cargas y el cuidado personal (descanso, alimentación, reparación del equipo, etc.). Existen dos tipos de *jaranas*: la *jara* diaria y la *jarana* de ocupación prolongada. Ambas tienen elementos en común (construcción de reparos simples, fogón, área de carga y descarga, etc.) pero sus diferencias se registran en el marco de las estrategias del caravanero para lograr una reducción de los riesgos que implica un viaje de larga distancia, por ejemplo, la salud de los animales y planeamiento de las rutas a seguir, entre otras variables. Los lugares escogidos para las *jaranas* de ocupación prolongada deben reunir ciertas características tales como buenos forrajes, agua y estar apartados de poblaciones locales. A su vez, son estos lugares los preferidos para desarrollar rituales más complejos, por lo cual se destina un espacio a tal fin.

La similitud de características ambientales requeridas en una jarana de ocupación prolongada y las que encontramos en el valle Encantado, permite suponer su potencial uso como tal: “La principal variable que incide en la redundancia espacial de los campamentos [caravaneros] es la concentración relativa de las condiciones favorables para pernoctar a lo largo de una ruta” (Nielsen 1997: 350). Las expectativas arqueológicas para este tipo de sitios corresponderían a reparos pequeños (muros de pirca) en torno a un espacio central o adosados a bloques rocosos de gran tamaño, residuos de facto y, probablemente, más de un área de combustión producto de ocupaciones acotadas; por último, espacios potencialmente destinados a la realización de prácticas rituales (apachetas, sitios con arte rupestre, ofrendas minerales, etc.).

Sin embargo, en aquellos lugares donde se pueda haber dado una superposición de los espacios de acción y una potencial reutilización de los puestos pastoriles por parte de los caravaneros en tránsito, existe el riesgo de que los contextos originales se encuentren obliterados por efecto de la misma reocupación (Nielsen 1997, 1997-1998, 2003). Tal situación nos alerta sobre la necesidad de trabajar sobre aquellos otros elementos del registro arqueológico que nos puedan permitir llegar a una diferenciación entre lo pastoril y lo caravanero. En este sentido, la identificación arqueológica de contextos rituales representa una vía de análisis sumamente interesante e importante, ya que “las prácticas rituales y la parafernalia e iconografías asociadas pueden asumir un papel destacado como diacríticos sociales, marcando el surgimiento de los caravaneros como un sector social diferenciado dentro de comunidades o unidades étnicas mayores o como grupos étnicos independientes” (Nielsen 1997: 341). Si bien la cita hace alusión específicamente a lo caravanero, sabemos que la relación ritual-iconografía-identidad social, también se manifiesta en la cotidianeidad de los grupos agropastoriles sur andinos actuales (Göbel 2000-2002; van Kessel 1989; van Kessel y Llanque Chana 2004) y, desde la evidencia arqueológica, numerosos trabajos sobre pastores y/o pastores con agricultura han demostrado cómo ciertas materialidades –arte rupestre, funebria, piezas textiles, etc.– podrían estar operando en el sentido de la identificación social de los espacios de acción, organizándolos y legitimando derechos de uso y pertenencia (Aschero 2007; Aschero *et al.* 2006; Gallardo *et al.* 1999; Martel 2006; entre otros).

Estructuras y artefactos

A partir de los trabajos de campo se pudo determinar que la mayor concentración de rasgos –principalmente, arquitectura en piedra– y materiales arqueológicos de superficie, se asocian siempre a los erosionados afloramientos de areniscas y los reparos naturales que éstos ofrecen. Esto no implica la inexistencia de otras evidencias en los espacios a cielo abierto, pero la historia reciente del valle –vinculada al sobrepastoreo de ganado doméstico– y su situación actual –recuperación del estrato herbáceo y arbustivo por tratarse de un área protegida– nos permitió inferir y registrar un número significativo de procesos naturales y

antrópicos que actuaron y actúan en desmedro de la visibilidad arqueológica y de la conservación de los potenciales sitios a cielo abierto.

Volviendo a la evidencia registrada en el sector de los afloramientos de areniscas, pudimos observar que, por lo general, los aleros que permiten mayor resguardo de las precipitaciones y los vientos predominantes, fueron delimitados mediante la construcción muros de pirca seca sobre la línea de goteo del abrigo o un poco hacia afuera de la misma. Es difícil atribuir una función específica a estos recintos que se cierran sobre las paredes rocosas, sin embargo, en algunos casos, la presencia en superficie de molinos, fragmentos cerámicos, desechos líticos y restos óseos, nos lleva a inferir un posible uso como estructuras de habitación (Figura 3). Por otra parte, los afloramientos enmarcan espacios de diversos tamaños cuyos accesos fueron cerrados mediante la construcción de muros o por la acumulación de rocas, configurando recintos que en algunos casos superan los 200 m². Estimamos, desde un análisis morfológico, que estos espacios pudieron haber desempeñado funciones de corral. Dentro de estos posibles corrales, pudimos observar en superficie fragmentos cerámicos, lascas y restos óseos. La cerámica más frecuente corresponde a variedades ordinarias o toscas, aunque también hemos registrado –en menor medida– algunos fragmentos decorados de diversos tipos cerámicos del Período de Desarrollos Regionales del valle Calchaquí Norte (v.g. Negro sobre Rojo y Negro sobre Ante) y la quebrada del Toro (v.g. Engobe Rojo Pulido). El material recuperado en la excavación del talud de uno de los aleros con arte rupestre, Alero La Gruta, no mostró diferencias en cuanto a variedad con lo observado en superficie. El área excavada comprendió 4 m², alcanzando el nivel estéril a los 30 cm de profundidad promedio (Figura 4). La matriz sedimentaria no reveló ninguna diferenciación estratigráfica, natural ni cultural, por lo que se tuvo que recurrir a extracciones artificiales en capas de 10 cm. Los materiales arqueológicos obtenidos están representados principalmente por cerámica, restos óseos y artefactos líticos (Tabla 1).

Tabla 1. Materiales recuperados en excavación.

	Alero La Gruta			
Procedencia	Fragentos Cerámicos	Restos óseos	Artefactos líticos	totales
Superficie	68	15	13	96
Capa 0	67	91	7	165
Capa 1	18	33	2	53
Capa 2	9	42	3	54
Capa 3	6	8	1	15
totales	168	189	26	383



Figura 3. Posible estructura de habitación conformada por alero con muro exterior.

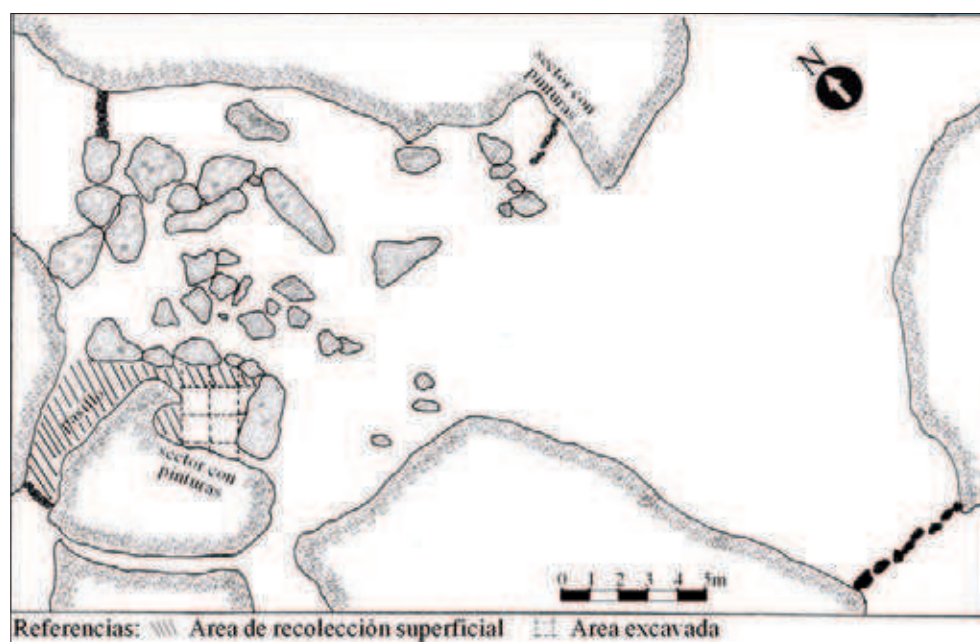


Figura 4. Ubicación de la excavación en Alero La Gruta.

Respecto a los fragmentos cerámicos, la muestra comprendió algunas variedades de “Tosco”, generalmente de mala cocción oxidante, tratamiento de la superficie exterior alisada e interior a veces marleada; antiplástico grueso a mediano con predominancia de cuarzo y algunos minerales micáceos. Varios de estos fragmentos parecen haber formado parte de recipientes expuestos al fuego, debido al hollín adherido en la superficie de los mismos. Los únicos fragmentos que presentan un tratamiento de superficie más elaborado, responden al tipo definido como “Engobe Rojo Pulido”. La superficie exterior presenta un engobe rojo fino y pulido, la cocción es oxidante, pasta compacta y antiplástico mediano a fino de cuarzo y minerales micáceos; por su parte, la superficie interior está alisada y presenta la misma tonalidad naranja de la pasta. Esta cerámica de engobe rojo pulida, fue descrita en sitios tardíos de la quebrada del Toro -Pie de Paño, Tastil, Morohuasi, La Damiana- (Cigliano 1973; De Feo y Ferraiuolo 2007; Meninato 2008; Rañón 1972), y mencionada por De Marrais (2001) para sitios del mismo período en la localidad de La Poma; distantes a unos 80 km y 60 km, respectivamente, en línea recta hacia el N-NO del valle Encantado. El material óseo se presenta muy fragmentado, en tamaños pequeños que por lo general no superan los 3 cm de largo. El grado de conservación de estos restos es variable, en algunos casos se presentan totalmente carbonizados. En excavación sólo pudimos obtener dos fragmentos identificables y dos huesos enteros. Los fragmentos corresponderían a huesos largos y los huesos enteros comprenden una falange y un astrágalo. En principio, todos los casos pertenecerían a camélidos.

El material lítico se compone principalmente de desechos de talla y muy escasos artefactos formatizados. En cuanto a la variedad de materias primas líticas podemos decir que en la muestra están representadas las siguientes: obsidiana, vulcanita, cuarcita, cuarzo, arenisca y metamorfitita. Respecto a la obsidiana, una muestra de los desechos de talla fue sometida a un análisis de activación neutrónica (MURR)⁴ para la identificación de su fuente de origen. De tal forma, se pudo determinar que la obsidiana procedía del yacimiento de Ona, en el departamento Antofagasta de la Sierra, puna de Catamarca, a unos 170 km de distancia en línea recta desde el valle Encantado. Entre los escasos artefactos formatizados registrados, destacamos la recuperación de una punta de proyectil de tamaño pequeño, pedúnculo diferenciado (de bordes convergentes rectos y base recta), limbo triangular, bordes dentados y aletas entrantes. La misma se encuentra confeccionada en una variedad de vulcanita y, por su reducido tamaño (< 3 cm) y bajo peso (0,9 g), se trataría de una punta de flecha (Figura 5). Si bien este tipo de puntas ya está presente en el NOA desde finales del Período Formativo Temprano, su frecuencia aumenta considerablemente hacia el Período de Desarrollos Regionales o Tardío (ca. 900 d.C. – 1430 d.C.).

⁴ La muestra fue analizada por el Dr. Michael Glascock, Laboratorio de Arqueometría del Research Reactor Center, Universidad de Missouri-Columbia.

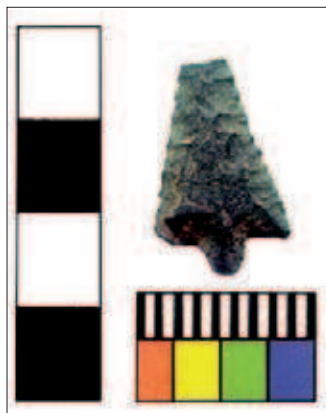


Figura 5. Punta de flecha hallada en superficie en el área excavada.

Las representaciones rupestres

Como venimos mencionando, los erosionados afloramientos de areniscas del fondo del valle han sido los sectores elegidos para la ejecución de las representaciones rupestres. Sin embargo, aún ante una alta disponibilidad de soportes, pudimos observar una tendencia constante en la elección de pequeños aleros y oquedades naturales para la realización de las mismas. Por otra parte, de los 10 sitios que presentan arte rupestre, nueve se encuentran hacia el interior del afloramiento en puntos que no se relacionan con áreas abiertas que puedan ofrecer una circulación libre o un fácil acceso visual a las representaciones. Esta situación de visibilidad diferencial, abre la discusión sobre la existencia de “un arte rupestre público y uno privado” (Schaafsma 1985), lo cual va a cobrar mayor relevancia a medida que vayamos avanzando sobre los contenidos del arte, sus contextos de significación y su rol en la construcción del paisaje.

La asignación cronológica del arte rupestre ha sido realizada a partir del análisis estilístico de las representaciones y su comparación con secuencias estilísticas generadas para el arte rupestre de otras regiones del NOA, específicamente, para puna norte y puna sur. Estos esquemas cronológicos, usados por distintos investigadores para su aplicación a otros sitios del ámbito puneño, quebradeño y vallisto (Fernández 2000; Hernández Llosas 2001a y b; Hernández Llosas y Podestá 1983/1985; Lanza 2000; Meninato 2008; Nielsen *et al.* 2001; Schobinger y Gradín 1985; entre otros), permiten relacionar las representaciones del valle Encantado con el “grupo estilístico C” definido por Aschero (1979) para el sitio Inca Cueva 1, borde oriental de la puna jujeña, y con las “modalidades estilísticas Confluencia y Derrumbes” definidas por el mismo autor para la micro-región de Antofagasta de la Sierra, puna catamarqueña (Aschero 1999). Es decir, la cronología relativa del arte rupestre estudiado se podría asignar a distintos momentos dentro del Período Tardío (*ca.* 900 d.C. a 1430 d.C.). Destacamos

que, para la asignación cronológica, la comparación estilística tuvo en cuenta, principalmente, a las representaciones de camélidos y la figura humana. A partir del 900 d.C., estos motivos particulares, adoptan “ cánones y patrones”⁵ de representación sumamente estandarizados alcanzando una distribución netamente macro-regional, incluyendo las regiones quebradeñas y vallistas del NOA, el área circumpuneña argentino-chilena, hasta las cuencas Loa-Salado en el Norte Grande chileno (Aschero 2000; Martel y Aschero 2007).

Hasta el momento hemos realizado una caracterización general del arte rupestre del valle Encantado. Sin embargo, a los fines de este trabajo, se seleccionaron dos sitios particulares que –por la complejidad, variedad y cantidad de representaciones– nos permiten disponer de numerosos elementos de análisis para la contrastación de nuestra hipótesis sobre un uso bimodal pastoril/caravanero del valle.

Alero Las Caravanas

Este sitio se ubica en la parte sur de los afloramientos de arenisca, frente a un espacio plano, de aproximadamente 1 ha, el cual se encuentra circunscripto por altos farallones de arenisca, quedando sólo el lado sur totalmente abierto. En la pared rocosa que limita el lado este del espacio mencionado, se halla Alero Las Caravanas; el mismo se encuentra a 1,5 m sobre el nivel actual del terreno y comprende una oquedad natural de 4 m de ancho por 1,6 m de altura, con una profundidad máxima de 1 m desde la línea de goteo. Estas características del emplazamiento y la morfología del alero, permiten un fácil acceso visual y físico al mismo, lo cual lo diferencia del resto de los sitios con arte rupestre presentes en el valle Encantado (Figura 6).

En su interior se registraron cinco motivos de caravana⁶ de llamas, donde todas las representaciones fueron realizadas mediante la técnica de pintura. Cada caravana, más allá del número de animales que la integra, presenta características propias que la distingue de las otras. Primero, cada una se pintó a una altura distinta en el soporte y alternando sus direcciones, es decir, algunas se orientan hacia el norte y otras hacia el sur. En segundo lugar, las llamas que conforman cada motivo fueron representadas con un mismo color (blanco o negro) o combinación de dos colores (negro con blanco, rojo con blanco), lo que determina una identidad cromática para cada caravana. Por último, las longitudes de las figuras de llamas en cada motivo, son similares entre sí pero distintas de las

⁵ Siguiendo la propuesta de Aschero (2000: 26), “canon” designa “una norma que es seguida en la representación visual de figuras biomorfas y rasgos a ellas asociados por comparación con un modelo real. Implica elecciones en torno a cómo son representadas las distintas partes de un animal o una figura humana a partir de un ángulo de observación dado y en qué proporciones relativas tales partes son representadas. (...). Los diseños seguidos para los contornos de las partes, su mayor o menor síntesis geométrica, dentro de cada canon, configuran los que denominamos *patrones*”.

⁶ Tomamos el concepto de “motivo de caravana” definido por Yacobaccio (1979).

figuras que componen las otras caravanas (Figura 7). A continuación describimos las características estilísticas de las mismas.



Figura 6. Alero Las Caravanas.

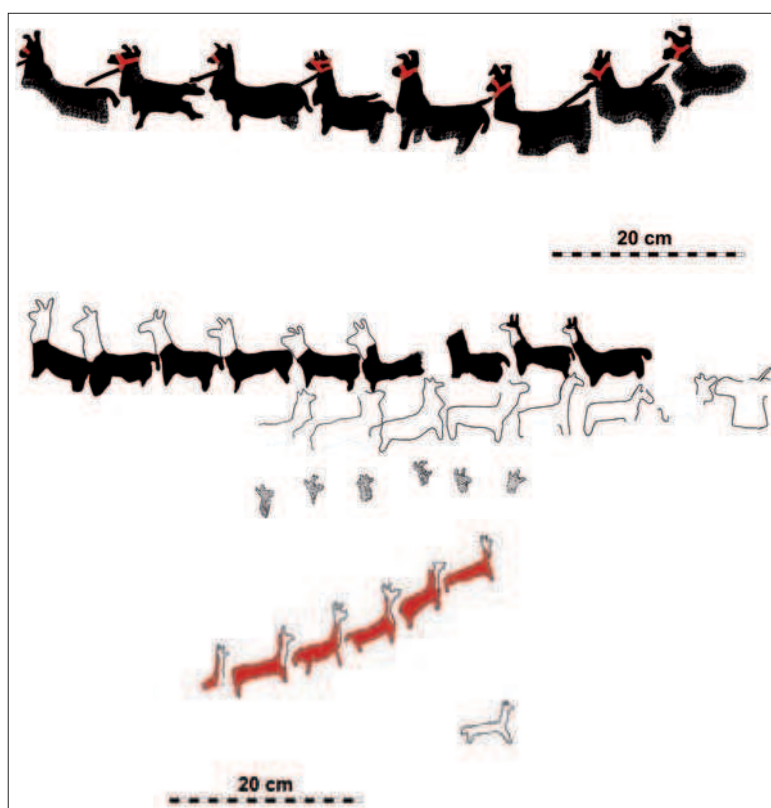


Figura 7. Panel de Alero Las Caravanas.

La “caravana 1”, ubicada en el extremo izquierdo del panel, se compone de ocho representaciones de llamas realizadas en pintura negra con tratamiento plano o de cuerpo lleno. Cada figura presenta dos orejas, cola, dos patas (salvo una con tres patas), pechera terminada en punta y una longitud promedio de 11 cm. Como elemento significativo, se destaca la presencia del bozal en todas ellas. Los bozales están realizados con trazo lineal de color marrón rojizo y las llamas se vinculan unas a otras mediante la representación de una soga en pintura negra de trazo lineal, que va desde el bozal hasta el lomo o la grupa de la llama que se ubica adelante. La caravana presenta orientación hacia la izquierda, coincidiendo con la dirección norte.

La “caravana 2” se ubica en el centro del panel, sobre otros dos motivos del mismo tipo, y está conformada por nueve llamas realizadas en pintura plana negra y blanca. Siete presentan patas y cuerpo negro con cuello y cabeza blancos; las otras dos son negras con parte del cuello y el hocico blancos. En todos los casos fueron representadas en perfil izquierdo, dos orejas, dos patas, cola y vientres acuminados. La longitud promedio para cada representación es de 9 cm.

La “caravana 3”, ubicada inmediatamente por debajo de la caravana 2, está formada por siete llamas blancas –con tratamiento de pintura plana– y encabezadas por una figura de “antropomorfo T” (*sensu* Aschero 2000: 30-33), con posible representación de arma. La caravana se encuentra orientada hacia la derecha y las figuras que la componen fueron representadas con dos patas, dos orejas y pechera. Las longitudes de las figuras de llamas que la componen oscilan entre los 5 y 8 cm.

Si bien el estado de conservación, tanto del soporte como de las representaciones, varía entre regular y malo, la mayoría de los motivos todavía se encuentran visibles. Sin embargo, podemos decir que los agentes de deterioro han actuado de forma diferencial sobre las distintas mezclas pigmentarias, tal como lo registramos en el caso de la “caravana 4”, ubicada debajo de la anterior, de la cual sólo se conservan las cabezas de las llamas. Evidentemente las figuras que conformaban este motivo fueron realizadas en dos colores; blanco, para las cabezas y parte del cuello; y otro, para el cuerpo y las patas, el cual desapareció por completo. El motivo se orienta hacia la derecha y habría estado compuesto por seis llamas que, teniendo en cuenta la morfología de las cabezas y la indicación de las dos orejas en cada una, podemos decir que compartían el mismo patrón de diseño que las llamas de la caravana 1.

Por último, la “caravana 5” se ubica hacia el extremo derecho del panel y, a diferencia de los otros motivos, las seis figuras que la conforman no fueron ejecutadas siguiendo un eje horizontal sino un eje oblicuo, lo que da al motivo la apariencia de un movimiento ascendente. Las llamas se representaron orientadas hacia la derecha, utilizando pintura roja para patas, cuerpo y la parte posterior del cuello; y pintura blanca para la cabeza y la parte anterior del cuello. La longitud promedio de las mismas es de 6,5 cm.

Si bien cada motivo de caravana presenta características gráficas propias (monocromía, bicromía, diferentes orientaciones, uso de distintos ejes de representación, distintas longitudes promedio para las figuras que las componen) o elementos particulares, como los bozales de la caravana 1, el análisis estilístico permite determinar numerosos rasgos comunes al diseño de todas las figuras de llamas que configuran cada motivo:

- representación del cuerpo en perfil estricto definido mediante la presencia de sólo una extremidad delantera y otra trasera.
- cabeza en $\frac{3}{4}$ de perfil a través de la representación de las dos orejas.
- proporción entre largo de cabeza-cuello y cuerpo, variable entre 1:1 y 3:4.
- representación de patas levemente más cortas respecto del modelo real, sin indicación de autopodio.
- diseños con tendencia a la síntesis formal pero conservando algunos rasgos naturalistas (v.g., vientres acuminados o levemente convexos, grupas redondeadas generalmente sobrepasando la línea de la cruz).

Tomando la clasificación de Aschero (2000), para los cánones y patrones de representación de la figura del camélido en el área circumpuneña posterior al 900 d.C., podemos decir que el diseño de las llamas que componen los motivos de caravana responde –en general– al canon H, sin embargo estas no se ajustan a un patrón determinado ya que combinan elementos de los patrones H1 (indicación de las dos orejas), H2a (presencia de pecheras, vientres acuminados) y H2b (patas relativamente cortas, cuerpos anchos). Por su parte, la preferencia de los contornos curvilíneos para determinadas partes como la grupa, vientre y la unión cuello-lomo, alejan a estos diseños de la geometrización rectilínea característica del canon H y los acercan a un tipo de representación algo más naturalista.

Alero La Gruta

Este sitio se encuentra a unos 200 m al norte de Alero Las Caravanas, hacia el interior de los afloramientos de areniscas. En este sector la acción erosiva sobre la roca configuró un sistema de pasillos que comunican espacios de diversas dimensiones y a diferentes alturas, lo cual dificulta la circulación a través de los mismos. Estas características topográficas han llevado a que el trazado de las sendas actuales, que permiten el tránsito de un extremo al otro del valle, siempre tienda a evitar el sector de los afloramientos.

El sitio comprende una porción de terreno más o menos plano, de unos 150 m², delimitado por bloques y farallones de arenisca donde las aberturas entre éstos fueron pircadas con el aparente fin de configurar un espacio cerrado. Sobre la cara este de un bloque rocoso de gran tamaño, el cual delimita en parte este espacio, se emplaza el Alero La Gruta. Este abrigo natural comprende un alero de

reducidas dimensiones (ancho: 3 m; altura: 2,5 m; profundidad máxima desde línea de goteo: 1,20 m), cuyo fondo es el soporte de las pinturas (Figura 8). En el conjunto rupestre prevalecen las representaciones de camélidos y antropomorfos, sobre el resto de los motivos (Gráfico 1).

Gráfico 1. Clasificación morfológica y distribución cuantitativa y porcentual de las representaciones de Alero La Gruta.

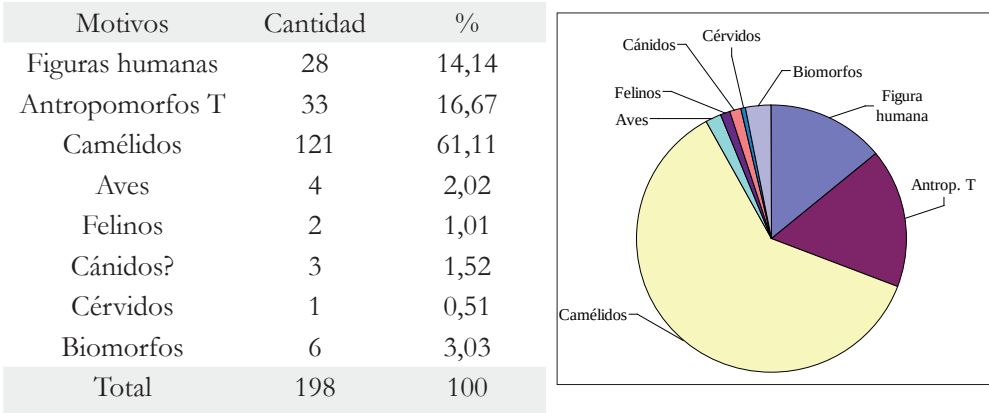


Figura 8. Alero La Gruta.

Respecto a los primeros, teniendo en cuenta las características de sus respectivos patrones de diseño y atributos ornamentales –lomos rectos, proporciones corporales conservadas respecto del modelo original, pecheras,

arreos, etc.— asumimos que en todos los casos la figura del camélido responde a la representación de llama. Éstas se encuentran, por lo general, formando grupos donde algunas de las figuras fueron representadas con sus crías en actitud de mamar; esta característica nos permite proponer la designación de “motivo de rebaño” para referirnos a estas asociaciones particulares que, en algunos casos, puede incluir un motivo antropomorfo connotando la figura del pastor.

Las representaciones antropomorfas, al igual que la de los camélidos, son muy numerosas. Sin embargo, mientras las figuras de llamas han sido representadas siguiendo un solo canon de diseño (canon Ca-H, *sensu* Aschero 2000), las figuras humanas registradas —siguiendo la clasificación del autor citado— responden a dos cánones diferentes; el Hu-G y el Hu-H. Al primero corresponden representaciones en $\frac{3}{4}$ perfil derecho o izquierdo de arqueros con faldellines, adornos cefálicos y tobilleras, arqueros con adornos plumarios dorsales, personajes en actitud de caminar llevando cargas en la espalda, figuras alineadas con adornos cefálicos semicirculares y antropomorfos con las piernas flexionadas.

Las representaciones antropomorfas del canon H responden al patrón H5, tal como fueran definidas por Aschero (2000: 32). Éstas presentan contornos en forma de T (antropomorfos T) y pueden tener tratamiento de pintura plana monocroma, o mostrar diferentes diseños internos en dos colores (dameros, bandas verticales y horizontales, chevrones y puntos). La mayoría aparecen portando algún tipo de arma (¿lanza?) o bastón largo, el cual cruza en forma oblicua desde el hombro hasta el lateral opuesto. Algunos casos pueden presentar atributos antropomorfos como cabeza, rostro y piernas, o adornos cefálicos trapezoidales invertidos.

Otros motivos registrados, pero con una muy baja frecuencia, corresponden a distintos zoomorfos entre los cuales se encuentran cérvidos, felinos, cánidos y aves de gran porte. Estas últimas, siempre asociadas a una figura humana con la que conforman una escena particular, la cual será descripta más adelante.

Desde el análisis estilístico del conjunto de representaciones en Alero La Gruta, no hemos encontrado indicadores que nos puedan sugerir la presencia de ejecuciones anteriores o posteriores al Período Tardío. Sin embargo, la consideración de distintas variables como: color/tonalidad de las mezclas pigmentarias, superposición de motivos, reciclaje (*sensu* Aschero 1988) y diferencias de intensidad tonal de las mezclas, nos permitió definir cuatro conjuntos tonales que estarían en relación a cuatro momentos de ejecución dentro del mismo período. A continuación se presentan los distintos conjuntos tonales, determinando su posición dentro de una serie cronológica relativa específica para este sitio:

Serie A: Conjunto tonal negro. Las representaciones de este conjunto presentan conservación diferencial de la intensidad tonal de la mezcla pigmentaria debido, principalmente, a la distinta exposición a los agentes naturales de deterioro.

Predominan los motivos de camélidos con dos patas representados de pie o echados con sus patas cruzadas (Figura 9), conformando grupos (motivo de rebaño) o aislados, figuras biomorfas y una escena donde dos camélidos enfrentados son sujetados por un antropomorfo ubicado entre ambos. Por último, un conjunto de tres antropomorfos T alineados y otro más aislado, cuyo deterioro no permitió constatar indicación de cabeza y extremidades.

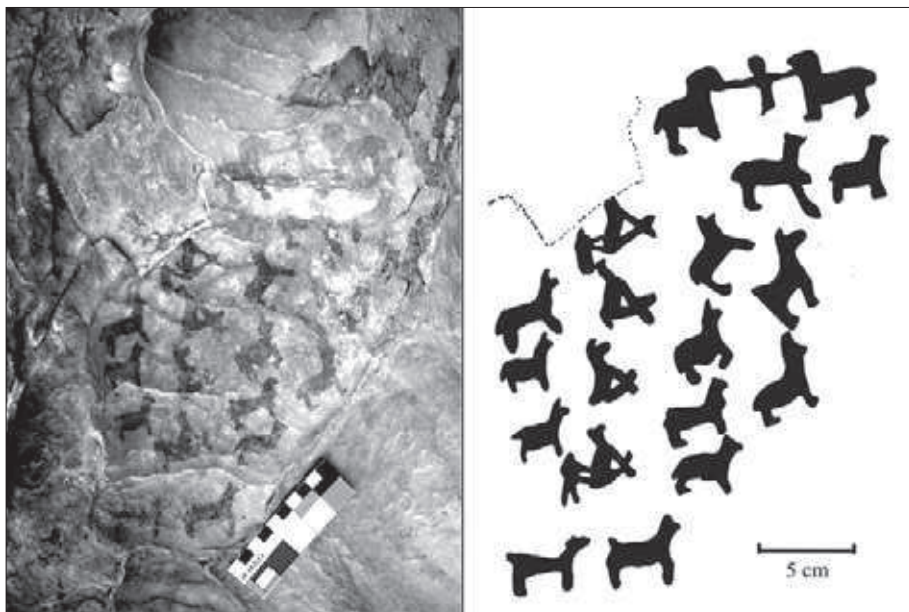


Figura 9. Camélidos Serie A, conjunto tonal negro.

Serie B: Conjunto tonal blanco y negro. Este conjunto es el que se presenta en mayor proporción y está compuesto por representaciones de camélidos de dos patas (Figura 10), figuras de arqueros con tobilleras, adornos cefálicos y faldellín (Figura 11), y antropomorfos T con diseños geométricos internos (Figura 12a). Estos últimos pueden aparecer en alineaciones verticales u horizontales y, en algunos casos, no presentan indicación cefálica o extremidades. Sin embargo, en todas las figuras se pudo registrar la presencia de un arma o bastón largo que cruza al motivo en forma oblicua. Otras figuras antropomorfas, en cuanto a canon de diseño, se presentan en $\frac{3}{4}$ de perfil con piernas semiflexionadas en actitud de caminar, portando cargas sobre la espalda y exhibiendo algún tipo de tocado o turbante (Figura 12b). Las figuras zoomorfas corresponden a felinos (Figura 12c) y aves de gran porte que, por las características de diseño y los atributos resaltados mediante el uso de la bicromía, representarían a los cóndores. Cabe destacar que cada uno de los dos cóndores registrados se encuentra componiendo una escena singular, donde el ave se halla atada de una pata a una estaca y, frente a ella, una figura humana en posición semisedente con las piernas flexionadas y brazos extendidos, sostiene un objeto circular que ofrenda al cóndor. Esta escena

fue denominada “el ofertorio” (Figura 10), y además de las dos registradas en este conjunto tonal, otras dos fueron registradas en la serie C correspondiente al conjunto tonal blanco (Martel 2009a).



Figura 10. Escena del ofertorio asociada a motivo de rebaño (serie B, conjunto tonal blanco y negro).

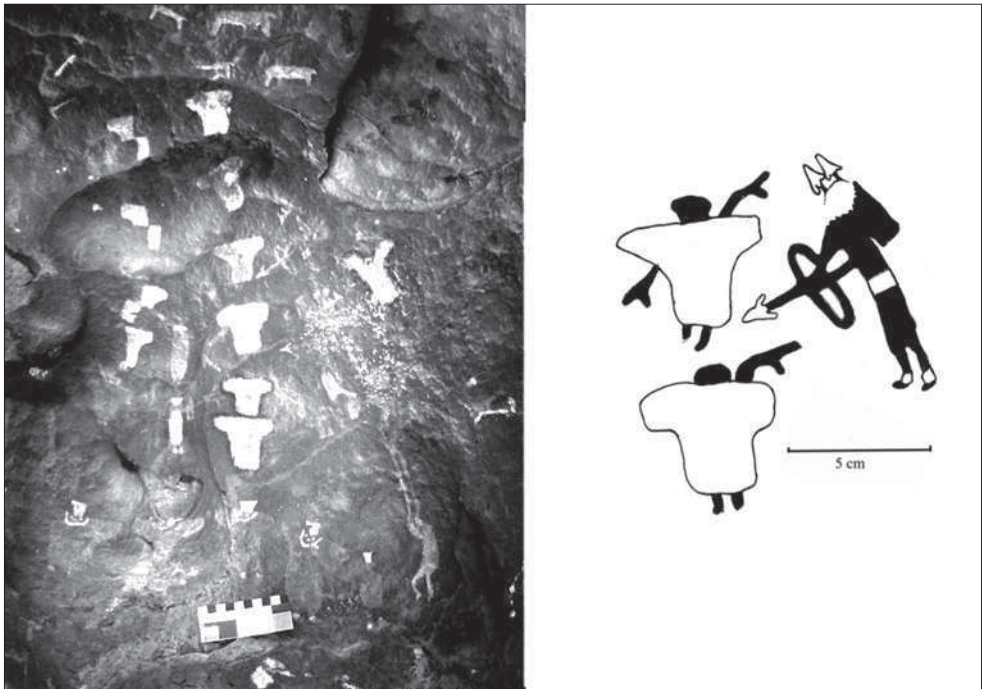


Figura 11. Escena de enfrentamiento, o batalla, entre arqueros y antropomorfos T de la serie B.

La serie B presenta dos grandes temas. Uno de ellos muestra la asociación de las escenas del ofertorio con las representaciones de rebaños de llamas, como elementos interdependientes de una escena mayor. El otro tema, el cual afecta a

la mayor parte de las figuras antropomorfas, alude a la idea de conflicto bélico a través de la representación de una compleja escena de lucha (Figura 11), en la cual es factible la identificación de –al menos– dos bandos claramente diferenciados. Por un lado, dos filas de antropomorfos T alineados verticalmente se intercalan con tres filas de arqueros, donde estos últimos apuntan sus flechas hacia los primeros. A la derecha de la escena descrita, un arquero con carcaj se halla flechando, directamente, a un antropomorfo T armado (Figura 12d). La acción se completa con filas de arqueros y antropomorfos T, ubicados a distintas alturas dentro del panel pero próximos a la escena del enfrentamiento mayor.

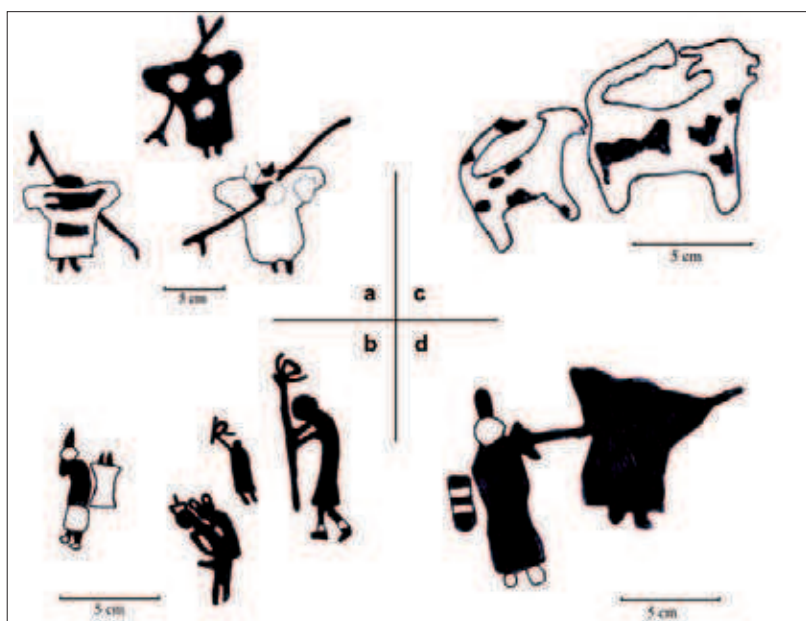


Figura 12. (a) Conjunto de antropomorfos T mostrando variabilidad de diseños internos. (b) Figuras humanas en actitud de marcha. Obsérvese la alta variabilidad de representación dentro de una serie y conjunto tonal. (c) Felinos. (d) Escena de enfrentamiento.

Serie C: Conjunto tonal blanco. Comprende representaciones de llamas de dos patas con y sin pecheras -o enflorados-, que pueden aparecer alineadas o componiendo un motivo de rebaño (Figura 13). En este último caso, también se asocia a una de las dos escenas de ofertorio, registradas para esta serie. A diferencia de la serie anterior, el patrón de diseño de los camélidos se torna más esquemático; sin embargo, algunas representaciones anteriores de llamas bicolores fueron recicladas repintándolas de blanco. Las otras representaciones responden a antropomorfos T donde algunos presentan armas.



Figura 13. Motivo de rebaño, serie C, conjunto tonal blanco.

Por su parte, como ya lo adelantáramos, en este conjunto tonal también se integran las otras dos escenas con cóndores. Comparativamente, podemos decir que las cuatro escenas del ofertorio son iguales en cuanto a los elementos que las componen, es decir, una figura antropomorfa que ofrenda –o acerca– un objeto circular a un ave de gran porte que presenta una de sus patas atadas a una estaca. Por otro lado, al igual que las escenas en blanco y negro, sólo una de ellas se encuentra asociada a un motivo de rebaño (Figura 14). Respecto a las diferencias, podemos decir que éstas se registran en el plano formal y en la presencia/ausencia de determinados atributos y elementos que, más adelante, serán descriptos y discutidos con mayor detalle.

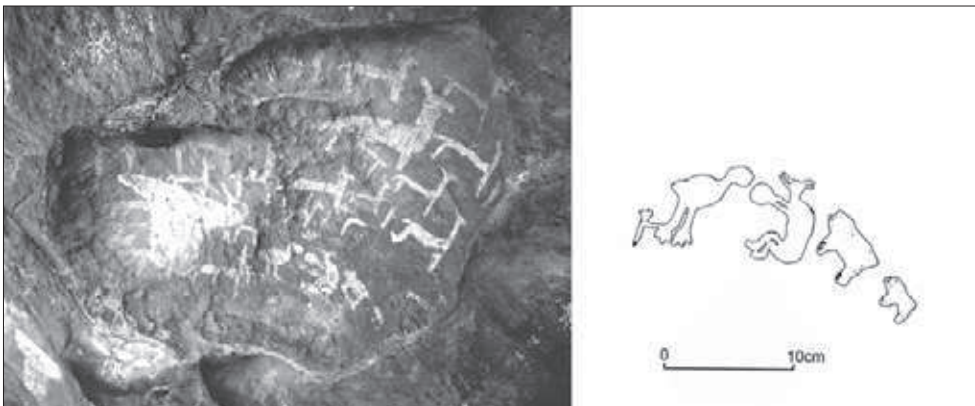


Figura 14. Escena del ofertorio asociada a motivo de rebaño. Se observa la superposición de dos antropomorfos T de la serie D, correspondiente al conjunto tonal rojo.

Serie D: Conjunto tonal rojo. Aparecen superpuestos a los del conjunto anterior (v.g., un antropomorfo T superpuesto a un motivo de rebaño asociado a una de las escenas de ofertorio del conjunto tonal blanco, Figura 14) y como trazos completos que refuerzan el contorno de motivos en blanco (v.g., antropomorfos T blancos con delineación del contorno en rojo, Figura 15). En menor escala, las representaciones en rojo se dan combinadas con negro y blanco. Se realizaron también motivos de antropomorfos T y motivos antropomorfos pequeños -con y sin tocado- de cuerpos alargados, que en algunos casos aparecen en actitud de disparar un arco con flecha. En el caso de estas figuras pequeñas, siempre pintadas en rojo y cuyas longitudes oscilan entre 6 y 8 cm, podemos decir que responden a un canon de diseño diferente a los que se presentan en los conjuntos tonales anteriores.



Figura 15. Antropomorfos T de la Serie B, reciclados mediante delineado de contorno y repintado de las cabezas en rojo. Debido al mal estado de conservación, el brillo, contraste e intensidad de los colores originales fueron modificados para lograr resaltar los detalles mencionados.

Este nuevo canon para la representación de la figura humana, al que denominaremos Hu-I siguiendo el criterio de clasificación de Aschero (2000), cuenta con dos patrones de diseño distintos, a saber:

- “Patrón I1”, responde a representaciones de torso alargado con piernas y brazos cortos. Presentan cabeza sin cuello, de color negro y un ancho que no supera el ancho del torso. Aparecen portando arco y flecha y, en algunos casos, llevan adorno cefálico y tobilleras en color blanco (Figura 16a).

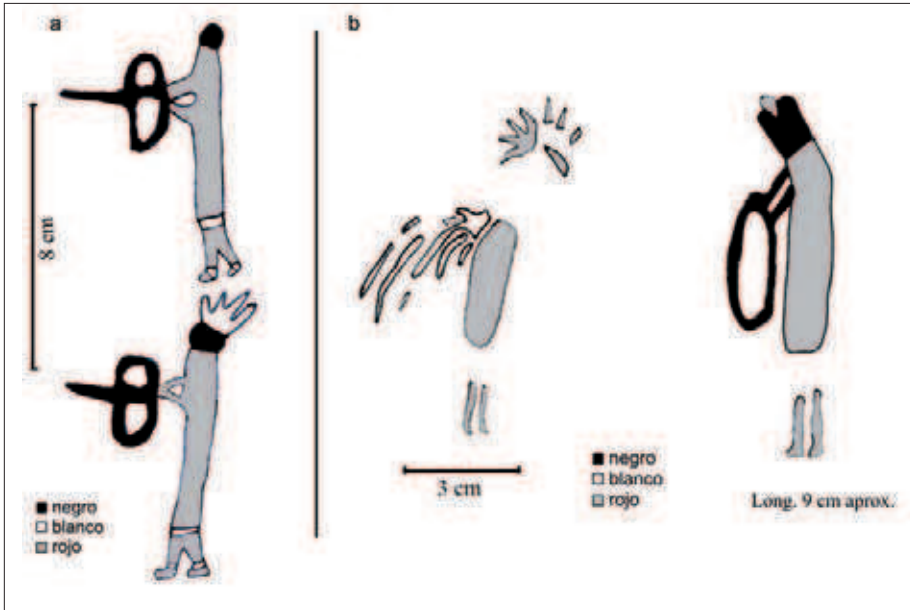


Figura 16. Figuras humanas de la serie D, conjunto tonal rojo.

- “Patrón I2”, se caracterizan por un torso alargado elíptico con piernas y adorno cefálico separados del torso. Es probable que la separación observada entre el torso y las extremidades responda a que los posibles nexos gráficos –falda y cabeza- hayan sido realizados con una mezcla pigmentaria que no se conservó. En algunos casos estas figuras se representaron ataviadas con emplumadura dorsal (Figura 16b).

Por último, cabe destacar que en este conjunto tonal no registramos representaciones de camélidos.

Sincronía, diacronía y continuidad temática en el arte rupestre

Del análisis realizado en el acápite anterior, creemos necesario retomar y explayarnos un poco más sobre tres particularidades del arte rupestre del valle Encantado, que permitirán comprender mejor algunos aspectos vinculados a los contextos de producción del mismo.

En primer lugar, el carácter sincrónico del arte rupestre no refiere a simultaneidad de ejecución, sino que a partir de los análisis estilísticos pudimos determinar un mismo lapso temporal para la producción del conjunto rupestre general, el cual se extendería desde *ca.* 900 d.C. a 1430 d.C., correspondiéndose con el Período de Desarrollos Regionales o Tardío del Noroeste argentino.

En segundo término, que la diacronía en la ejecución de las representaciones se da en relación a distintos momentos dentro del lapso mencionado. Este

argumento, sustentado desde la identificación de distintos conjuntos tonales y el registro de superposición de motivos, donde las diferencias de éstos se dan a nivel de patrones y no de cánones de diseño, nos permite plantear una ocupación del valle por parte de grupos que, en el intervalo considerado, habrían conservado las mismas estrategias de comunicación visual y compartido el mismo repertorio iconográfico, o gran parte de él.

Por último, e íntimamente relacionado con los aspectos diacrónicos del arte rupestre del valle Encantado, destacamos la continuidad de temas representados. El tema

“se basa en la existencia de ciertas asociaciones espaciales de motivos (en términos de clase y no necesariamente de tipos) que ocurren en distintos sectores del soporte de un sitio o bien en distintos sitios de un área de investigación. El tema (Gradín 1978) hace alusión específicamente a estas asociaciones recurrentes, discriminables en distintos espacios. Pero estas asociaciones pueden ocurrir entre motivos originalmente asociados dentro de un mismo conjunto tonal, o bien, entre motivos posteriormente asociados –por proximidad espacial o superposición– a conjuntos preexistentes” (Aschero 1997: 23).

De acuerdo a los registros de los sitios analizados, motivos como los de caravana, de rebaño y los conjuntos de antropomorfos T, y escenas como la del ofertorio y los enfrentamientos entre arqueros y antropomorfos T, conforman temas recurrentes no sólo por la frecuencia con la que aparecen, sino también porque se asocian a los diferentes momentos de ejecución planteados. A su vez, podemos decir que hubo una marcada intención de segregar los espacios para la representación de determinados temas; mientras Alero Las Caravanas concentra las representaciones de éstas, Alero La Gruta presenta el resto de los temas mencionados.

Contextos de producción del arte rupestre

Para definir el contexto de producción del arte rupestre, debemos asumir que tal materialidad comprende “(...) un potencial producto de una determinada práctica socioeconómica, inscripto en el medio cultural y natural en que las actividades que las sustentan se ejercen” (Aschero 2000: 17). En este sentido, la relación entre registro arqueológico, emplazamiento de los sitios y disponibilidad de los recursos en el valle Encantado, nos brinda –al menos– dos situaciones contextuales para la producción de arte rupestre, donde la existencia de una no excluye a la otra.

En primer lugar, todas las estructuras registradas hasta el momento presentan las mismas características; muros de pirca seca adosados a los afloramientos, que configuran pequeños recintos, material arqueológico en superficie que parecería

responder a actividades de preparación y consumo de alimentos (implementos de molienda, fragmentos cerámicos con hollín, restos óseos muy fragmentados y, en algunos casos, carbonizados), como así también al mantenimiento de equipo (microlascas, lascas pequeñas, percutores, puntas de flecha con ápices fracturados). Por su parte, estos recintos pequeños pueden encontrarse asociados directamente –o estar próximos– a los recintos mayores (¿corrales?) que fueron contruidos aprovechando la morfología natural de los afloramientos. Ahora bien, si analizamos la evidencia registrada, teniendo en cuenta la información arqueológica y etnográfica disponible sobre las estrategias de ocupación y uso del espacio por parte de grupos pastoriles andinos, podemos asociar estos sitios con puestos de pastoreo, cuya instalación –favorecida por una buena oferta de abrigos naturales, leña y agua– permitió el aprovechamiento de los recursos forrajeros del valle Encantado y quebradas aledañas (Escoipe, Rumiarco, La Quesera, Maray, etc.).

La segunda situación contextual refiere a la práctica del caravaneo, pero para su justificación será necesario realizar algunas consideraciones previas. En principio, el registro arqueológico del valle Encantado presenta diversas evidencias sobre interacción social de media y larga distancia, por ejemplo, cerámica asignable a estilos tardíos presente en diferentes sitios del valle Calchaquí norte (30 km), La Poma (60 km) y quebrada del Toro (80 km), como así también la obsidiana de Ona (170 km). Por su parte, la mención en documentos históricos de un “camino de los diaguitas” que desciende por la quebrada de Escoipe, señala la existencia de una ruta de interacción entre dos áreas de evidente complementariedad ecológica, el valle Calchaquí norte y el valle de Lerma, donde los sitios considerados en este trabajo, se hallan asociados directamente al paso de montaña más importante y transitable en ese sector de la sierra (paso Piedra de Molino). Sabemos que “evidencia de interacción” no es sinónimo de “evidencia de caravaneo”, pero también somos conscientes de que el caravaneo se constituyó, ya desde momentos formativos, en un mecanismo esencial en la consecución de las interacciones sociales, ya sea para la distribución de excedentes de las producciones locales o para el intercambio de distintos bienes, tecnologías e ideas (Aschero 2000; Briones *et al.* 2005; Núñez 1976, 1985; Núñez y Dillehay 1979; Sepúlveda *et al.* 2005; entre otros). Pensamos, entonces, que parte de las evidencias de interacción registradas en el valle Encantado, respondería al desarrollo de prácticas caravaneras. Por otra parte, estas evidencias se dan en el marco de un espacio con características geográficas y ambientales adecuadas para la instalación de *jaranas* de ocupación prolongada, tal como fueran definidas por Nielsen (1997). Esto es, un lugar que se destaca por una buena oferta de pastos, agua, leña y reparos (aleros y puestos pastoriles), y ubicado en un punto elevado en el límite entre dos zonas ambientales distintas, alejado de áreas pobladas con las que puedan haber entrado en conflicto por el uso ocasional –o recurrente– de los pastizales.

Reconocemos que el registro arqueológico presenta dificultades en cuanto a la

identificación de un contexto pastoril y otro caravanero; principalmente, cuando todo el material considerado como evidencia de interacciones fue recuperado en el interior de las estructuras a las que hemos atribuido un potencial uso como puestos de pastoreo. Sin embargo, tal como se señala en diversos estudios (Berenguer 2004; Nielsen 1997 y 2003; entre otros) esta ambigüedad del registro arqueológico es esperable en aquellos sitios pastoriles (generalmente, los puestos de pastoreo) que puedan haber sido utilizados como refugio temporal de viajeros y/o caravaneros. Así, el resultado de tales superposiciones puede resultar en la modificación de los contextos arqueológicos originales.

Contextos de significación del arte rupestre

Una vez planteados los posibles contextos socioeconómicos en los que se habría dado la producción del arte rupestre en el valle Encantado, debemos preguntarnos en el marco de qué prácticas pastoriles y caravaneras se dieron las motivaciones que llevaron a esos grupos a plasmar en la roca una buena parte de su cosmovisión; nos referiremos, entonces, al “contexto de significación” del arte rupestre. Este concepto definido por Aschero a finales de los ’80 (Aschero 1988), implica la consideración de “los referentes objetivos o imaginarios externos que pudieran haber sido seleccionados para ejecutar o reproducir en determinada producción rupestre, más toda información disponible de fuentes arqueológicas, etnohistóricas o históricas acerca de los posibles significados de un conjunto de representaciones o de ciertos motivos del conjunto” (Aschero 2006: 132).

En este sentido y en relación al objetivo del presente trabajo, tomaremos como base de análisis tres de los cinco temas rupestres identificados en el valle Encantado, constituidos por las representaciones de caravanas, rebaños y las escenas del ofertorio. Cabe mencionar que los otros dos temas, conformados por las alineaciones de antropomorfos T y las escenas de enfrentamiento entre arqueros y antropomorfos T, no formarán parte de nuestro análisis –en este trabajo puntual–, ya que consideramos que tales representaciones responderían a contextos de significación que excederían la problemática pastoril/caravanera, asociándose a situaciones de conflicto social cuyo análisis amerita la elaboración de un estudio particular. Con esto no queremos decir que “otros” hayan sido los autores, es más, el análisis estilístico muestra exactamente lo contrario, al menos, para las series cronológicas A, B y C. Sin embargo, la serie D, presenta diferencias estilísticas sustanciales que hacen suponer la autoría de grupos ajenos al valle Encantado o, por lo menos, con una filiación cultural distinta.

La ritualidad pastoril/caravanera en la perspectiva etnográfica

Diversos estudios etnográficos y antropológicos realizados sobre comunidades agropastoriles, en el ámbito de los Andes Centro-Sur, han destacado la directa

relación entre actividades productivas y prácticas rituales (Arnold *et al.* 1998; Dransart 2002; Fink 2001; Lecoq y Fidel 2000; Murguía Sánchez 2000; Nielsen 1997; entre otros). Esta característica andina, donde toda actividad productiva está acompañada de sus respectivos rituales de producción, ha sido definida con el nombre de “tecnología simbólica” (van den Berg 1989, en van Kessel 1989). Es decir, una “tecnología bidimensional” que comprende no sólo los aspectos económico-técnico-empíricos de la práctica, sino también los aspectos ético-simbólico-religiosos asociados a la misma (van Kessel y Llanque Chana 2004). Teniendo en cuenta estas premisas, asumimos que el arte rupestre del valle Encantado habría comprendido la expresión material de algunas de las prácticas rituales vinculadas a la dimensión simbólica del pastoreo/caravaneo. De esta forma, y considerando los temas rupestres definidos, nuestro interés se dirigió hacia el rol que entidades como el rebaño, el cóndor y las llamas cargueras desempeñan en el imaginario de los pastores actuales, como así también, hacia la forma en que éstas son representadas en las ceremonias donde toman parte.

Entre las diversas ceremonias y rituales pastoriles descriptos para el área andina centro meridional, el rito del marcaje o *señalakuy* (Lecoq y Fidel 2000) y la fiesta del empadre o *jila jikxata* (van Kessel y Llanque Chana 2004), pueden ser considerados como los más importantes en el ciclo productivo/ritual ganadero. Si bien ambos persiguen el mismo objetivo simbólico-religioso, que implica el restablecimiento del diálogo con las divinidades y espíritus tutelares para lograr la revitalización de la energía reproductiva de los animales, la protección del ganado, la abundancia de los recursos (pastos y agua) y el bienestar del pastor y su familia; el objetivo empírico-económico presenta sutiles diferencias. Mientras en el *señalakuy* se realizan el recuento, identificación, sanidad y planeamiento del manejo zootécnico del rebaño mediante la clasificación por sexo y edad reproductiva de los animales, en el *jila jikxata*, el fin principal es el apareamiento de los mismos, aunque también pueden realizarse prácticas veterinarias.

Ambos rituales se realizan entre los meses de diciembre y enero, y pueden tener una duración de tres a cuatro días. La participación en los mismos –como en la mayoría de las ceremonias pastoriles– tiene un carácter netamente familiar, pudiéndose llevar a cabo de forma unifamiliar o en forma conjunta con otras familias que guarden algún grado de parentesco. Por su parte, al tratarse de rituales que tienen como destinatario final al rebaño, éstos presentan muchos puntos comunes, tanto en sus aspectos histriónicos como en el de las divinidades y seres sobrenaturales invocados, sin olvidar que los escenarios donde se desarrollan ambas ceremonias son los mismos.

De estos múltiples elementos comunes, nos interesa destacar los siguientes: la *kancha* o corral, como espacio sagrado y escenario principal; las *illas*, representación de la fuerza vital del rebaño; y por último, las *llawllas*, protectores del rebaño.

La *kancha*, el corral antiguo, se encuentra alejado de la casa del pastor, emplazado en una quebrada o cerro identificado con el *achachila* (espíritu del

antepasado) del lugar. Este corral, donde se lleva a cabo el cruzamiento y el marcaje de los animales, es considerado como un ente con vida, por lo cual recibe numerosas ofrendas con el fin de que sea benigno para la fertilidad y reproducción del ganado. Además, en la *kancha* se halla la mesa ritual del pastor; por lo tanto, este espacio identificado con la labor cotidiana del pastor, es singularizado mediante el desarrollo del ritual, otorgándole así cualidades netamente sagradas.

Las *illas* comprenden piedras naturales -o talladas- que simbolizan a la llama macho, la hembra y sus crías. Éstas, juntas, representan la fuerza vital del ganado -*enqa*- y son las receptoras de diversas rogativas a través de sahumeros, adornos y comidas rituales. Una de las características del *enqa* es que su poder no es permanente, y puede disminuir o incluso desaparecer a lo largo del año, motivo por el cual los pastores deben revitalizarlos durante ceremonias anuales. Las *illas* tienen su ubicación en algún punto cercano a la *kancha*, desde donde pueden vigilar y proteger a su rebaño; a su vez, *illas* más pequeñas se colocan dentro de las bolsas que acompañan las ofrendas mayores en la mesa ritual. Este “doble lítico” del rebaño y poseedor de su energía, es heredado de generación en generación dentro de la familia del pastor.

Por último, las *llawllas*, espíritus protectores del rebaño, también son invocadas, sahumadas y honradas, mediante cantos y bailes, con el fin de revitalizarlas. Las *llawllas* se identifican en la figura de diversos animales silvestres, como por ejemplo, el *titi* (gato andino), el puma y el *chullumpi* (macá plateado), ave típica de las lagunas andinas. Si bien la presencia del felino es considerada dañina, “la relación felino-camélido, tiene la connotación de guardián del ganado contra los zorros, cóndores y otros” (van Kessel y Llanque Chana 2004: 53). Nos interesa destacar que, según la región o comunidad que se trate, la figura del cóndor puede ser considerada también como un espíritu protector y aparecer en el ritual representado en confites de azúcar o invocado directamente junto a otras deidades (Lecoq y Fidel 2000; Murguía Sánchez 2000).

En el plano cosmológico agropastoril andino, pudimos comprobar que el cóndor es un ser que está presente en muchas instancias de la vida espiritual de estas comunidades, y no se asocia estrictamente a alguna de ellas de manera particular. Esta ave es el actor principal en numerosos cuentos y leyendas, como en los que tratan sobre el origen de los productos agrícolas, la construcción de la casa, los matrimonios, etc. Es uno de los espíritus tutelares de la casa y hasta adopta la forma humana en algunos cuentos aymaras que explican las jerarquías sociales y estructuras familiares. A su vez, su existencia es relacionada siempre con los cerros y montañas más altas (*mallkus*), por lo que en algunas comunidades andinas bolivianas (v.g. Avaroa, Charcas y Omasuyos) se le da el nombre de *mallku kuntur* -cóndor jefe, en aymara- alcanzando el rango de deidad relacionada con el “reino del aire”. Se lo asocia a todo lo relacionado con la producción y reproducción de los productos alimenticios, y es considerado también como el hermano del llamo carguero (Arnold *et al.* 1998).

Respecto a los ritos caravaneros, como lo adelantáramos al principio de este trabajo, éstos son efectuados desde el momento previo al inicio del viaje y durante el mismo, en diversos sitios vinculados a los lugares de pernocte y en los puntos que implican el fin de una etapa del viaje y el comienzo de otra, tales como abras y cumbres. Sin embargo, de las ceremonias y rituales descriptos por Nielsen (1997-1998), realizados por los caravaneros de Sud López (Bolivia), el *Kowako* Mayor es el que presenta los elementos de análisis más significativos en función del objetivo de nuestro trabajo.

Siguiendo a Nielsen (*op. cit.* y 1997), la realización de esta ceremonia, por su complejidad, precisaría ciertos requisitos de tiempo y espacio. En el caso registrado por el autor, el *kowako* mayor tuvo lugar cuando se alcanzó el punto medio del recorrido, coincidiendo con una *jarana* de ocupación prolongada; por su parte, el sitio donde se ofició el ritual se encontraba en una cumbre cercana a la *jarana* y presentaba los elementos necesarios para su desarrollo:

“parapeto para proteger a los participantes durante la ceremonia, mesas de piedra (...), un grupo de lajas con formas que recuerdan la silueta de la llama (una caravana en “miniatura”), un fogón y varias hileras de piedras de hasta un metro de alto y varios metros de longitud que representan los “deseos” del arriero en el viaje” (Nielsen 1997: 354).

Cabe destacar que entre los objetos rituales que despliega el caravanero sobre la mesa ritual se encuentran las *illas*, representando también la energía de los animales. Durante la ceremonia se invoca a los *mallkus*, espíritus de las montañas, para que protejan a los animales y a los arrieros y para que el intercambio sea beneficioso. A su vez, los dobles rituales de las llamas (*illas*) y la caravana (hilera de lajas con forma de llama) son ofrendados con sahumerios y adornados con flores de lana.

Resultan sumamente interesantes las diferencias registradas entre los escenarios rituales vinculados a la práctica pastoril y al caravanero. Mientras para los primeros el espacio sagrado principal corresponde al corral, para el caravanero el sitio ritual se asocia más con una orientación cardinal (este) y vinculado a un espacio abierto, preferentemente con acceso visual a las elevaciones más prominentes, los *mallkus*, quienes serán los destinatarios de sus ruegos y ofrendas. Por otra parte, el corral del pastor tiene una connotación social restringida a la familia, mientras que el espacio ritual del caravanero es abierto y compartido; tal característica se hace explícita en el siguiente caso: “Los arrieros que tuvimos oportunidad de acompañar hasta el valle de Tarija en 1995 recorrían aquella ruta por primera vez. Aun así, al arribar a la jarana de Yuraj Cruz (...) donde debían descansar y realizar sus ‘costumbres’, no dudaron en buscar los altares en las colinas circundantes” (Nielsen 1997: 354).

La evidencia etnográfica considerada plantea ciertas regularidades en cuanto al desarrollo de los rituales pastoriles y caravaneros. Tales regularidades, que

involucran a la selección de los espacios sagrados, los elementos que toman parte en la ejecución de los ritos y a las formas en que tales elementos son materializados, serán confrontadas con el registro rupestre del valle Encantado con el fin de discriminar las asociaciones causales de las relaciones aleatorias entre los diversos elementos que lo componen.

Análisis de la evidencia rupestre. Los temas y sus alcances interpretativos

Como ya se ha visto, el concepto de “tema” (*sensu* Aschero 1997) en el estudio de las representaciones rupestres, comprende una herramienta operativa que facilita la identificación y clasificación de determinadas asociaciones de motivos, en una perspectiva temporo-espacial. Sin embargo, el “tema”, tal como fuera definido por Donnan (1975), nos permite trascender el límite analítico clasificatorio y disponer, de esta forma, de un instrumento fundamental en el proceso interpretativo de cualquier representación plástica. La propuesta “temática” de Donnan postula que

“... el tema, en su definición, es el patrón de referencia para la composición de una escena compleja, y como tal, la representa en su versión más amplia posible. El tema cumpliría de este modo el papel del modelo listo para reproducirlo. Los artesanos podían optar por hacerlo fielmente y en toda extensión, o adaptar el tema-modelo a soportes materiales y técnicas utilizadas, lo que eventualmente implicaría un recorte o el énfasis en algunos detalles en desmedro de otros... Se puede inferir de esta propuesta que el tema constituiría una unidad cerrada de narración, el episodio de alguna historia sagrada o la descripción del rito culminante de una fiesta. Los gestos y los atributos de los personajes, los lugares que ocupan, estarían definidos por la tradición oral (mito) o ritual. Para un observador de la época, la figuración completa daría cuenta inmediata del tema referente, mientras que la representación fragmentaria o parcial lo haría a través de la mediación convencional del tema figurativo, presente tanto en la mente del artista, como del usuario del objeto – portador de la imagen” (Makowski Hanula 2001: 176).

En este sentido, podemos decir que existe una lógica narrativa explícita y particular para los sitios de valle Encantado. Las sucesivas representaciones de caravanas, en Alero Las Caravanas, y la repetición de los motivos de rebaño y las escenas del “ofertorio”, en Alero La Gruta, se constituirían en temas figurativos particulares de cada sitio, que remitirían a algún tipo de ceremonia específica asociada a la práctica del caravaneo por un lado, y al pastoreo por el otro. Tal ceremonial, necesariamente periódico, se vería reflejado en la recurrencia de la representación de los mismos motivos y escenas en cada panel, mientras que las diferencias tonales y de patrones de diseño registradas entre representaciones, se pueden explicar “... si se admite para su desarrollo un lapso relativamente mayor que la denominada sincronía de ejecución, ya que no sería tanto el resultado de

una ceremonia unitaria, sino la consecuencia de sucesivas ejercitaciones artísticas enlazadas por motivaciones similares” (Gradín 1978: 126).

Entonces, es lícito pensar que, tal como ocurre en la actualidad con los caravaneros y pastores, las “motivaciones similares” de ambos grupos giran en torno a los elementos que rigen sus respectivos modos de vida. Así, la caravana, el rebaño y los seres que los protegen y otorgan salud y energía, son evocados reiteradamente y materializados a través del arte rupestre. Sin embargo, la lógica narrativa mencionada no sólo está dada por la asociación formal entre los diversos temas rupestres y sus posibles referentes reales (la caravana, el rebaño y el ritual donde pudo haber intervenido el cóndor), sino también por la relación entre el emplazamiento de los sitios donde tales temas fueron representados y el potencial uso de tales espacios. Alero La Gruta se encuentra al interior de un corral y su acceso resulta sumamente difícil por hallarse dentro del sector de los afloramientos de arenisca y apartado de las sendas que recorren el valle. Tal situación de emplazamiento puede ser relacionada con una premeditada restricción en el uso y consumo de la información contenida en el panel. Alero Las Caravanas presenta las características opuestas; se halla en el extremo sureste de los afloramientos, frente a un gran espacio abierto de fácil acceso físico, desde donde se tiene un contacto visual directo con el cerro de mayor altitud en un radio de 50 km, el Malcante (5030 msnm).

Conclusión

Es preciso resaltar que no hemos recurrido a los datos etnográficos con el fin de interpretar el arte rupestre del valle Encantado, sino más bien, hemos buscado generar un marco de referencia en el cual se puedan entender mejor ciertas relaciones del registro arqueológico —que *a priori* se muestran como directas— entre representaciones rupestres, emplazamiento, rasgos y materiales. En relación a esto, podemos decir que en el valle Encantado existen dos tendencias claramente definidas en cuanto a la producción de arte rupestre, tanto a nivel de emplazamientos como de los temas representados. Sintéticamente, tales tendencias se definen como: a) conjuntos de representaciones con predominio de temas pastoriles, ejecutados en aleros pequeños en los espacios interiores de los afloramientos de areniscas, asociados a estructuras de corral y con acceso visual restringido; b) conjuntos de motivos de caravana, en alero sin restricciones de acceso visual y físico, alejado de estructuras de corral o de habitación, emplazado en un espacio abierto, asociado a un punto de inflexión geográfico que marca la articulación de ambientes contrastantes. Ahora bien, estas tendencias deben ser entendidas en el marco de comportamientos rituales específicos que, mediante la producción de arte rupestre, lograron singularizar e identificar socialmente distintos lugares dentro de un espacio que, en principio, podría suponerse homogéneo⁷.

⁷ Sobre las relaciones entre singularidad y comportamiento ritual, ver Kopytoff (1986) y Walker (1995).

Hemos visto, a través del análisis de distintos elementos del paisaje, que el valle Encantado, como espacio caravanero, presenta las características necesarias y fundamentales de una *jarana* de ocupación prolongada. Esto, sumado a la evidencia de materiales arqueológicos de origen distante y a la información histórica que da cuenta de la existencia de rutas y sendas –usadas casi con seguridad desde momentos prehispánicos– que se asocian directamente al área del valle, refuerza la parte caravanera de nuestra hipótesis. De la misma forma, las cualidades ecológicas del valle Encantado y el registro de una arquitectura vinculada al pastoreo, sustentaron la otra mitad de la hipótesis, la que postula un uso pastoril de este espacio. El registro arqueológico, tanto de superficie como de excavación, no permitió segregar totalmente ambas actividades, pero sí lo hizo el análisis y la consideración contextual de la evidencia rupestre y su emplazamiento.

El arte rupestre no sólo muestra un contenido temático afín a las respectivas prácticas socioeconómicas, también se halla emplazado en espacios cuyas características principales, naturales y culturales, son semejantes a las descriptas tanto para los sitios rituales de pastores como aquellos de caravaneros actuales en diversas partes del área Andina Centro-Sur. Podemos decir que en el valle Encantado existe un espacio ritual pastoril y otro caravanero, los cuales concentran gran parte del repertorio iconográfico que los identifica. Dicho de otra forma, en la esfera de una tecnología bidimensional empírico-simbólica, los autores de las representaciones de Alero La Gruta y Alero Las Caravanas seleccionaron de forma coherente e integrada los elementos iconográficos que evocan fragmentos de un discurso ritual específico, vinculado al desarrollo técnico de cada una de las prácticas mencionadas.

Agradecimientos

A los guardaparques Roberto Canelo, Walter Bulacio y Mario Zuretti del PN Los Cardones, y a su intendente Sergio Bikauskas, por el apoyo brindado durante los diversos trabajos de campo. A Carlos Aschero por su ayuda constante en mis investigaciones rupestres. A los editores de este libro que confiaron en mi humilde aporte sobre la temática pastoril caravanera. Sin embargo, todo lo expresado aquí es de mi exclusiva responsabilidad. Los trabajos realizados en el valle Encantado, se llevaron a cabo en el marco de mi investigación de doctorado como Becario CONICET.

Referencias citadas

- Arnold, D. Y., D. Jiménez A., y J. de D. Yapita (1998). *Hacia un Orden Andino de las Cosas*. La Paz: Hisbol / ILCA.
- Aschero, C. A. (1979). Aportes al estudio del arte rupestre de Inca Cueva - 1. (Departamento de Humahuaca, Jujuy). *Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste argentino*. Pp. 419-458. Buenos Aires: Universidad del Salvador.
- Aschero, C. A. (1988). Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales; un encuadre arqueológico. En *Arqueología Contemporánea Argentina. Actualidad y Perspectivas*. Pp. 109-

142. Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- Aschero, C. A. (1996). Arte y arqueología: Una visión desde la puna argentina. *Chungara* 28 (1-2), 175-197.
- Aschero, C. A. (1997). De cómo interactúan emplazamientos, conjuntos y temas. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael XVI* (1/4), 17-28.
- Aschero, C. A. (1999). El arte rupestre del desierto puneño y el Noroeste argentino. En *Arte Rupestre en los Andes de Capricornio*. Pp. 97-135. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Aschero, C. A. (2000). Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En Podestá, M. M. y M. de Hoyos (Eds.). *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en la Argentina*. Pp. 15-44. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL.
- Aschero, C. A. (2006). De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la puna meridional argentina. En D. Fiore y M. Podestá (Eds.). *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre*. Pp. 103-140. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, AINA, WAC.
- Aschero, C. A. (2007). Iconos, huancas y complejidad en la Puna sur argentina. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (Comps.). *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*. Pp. 135-165. Córdoba: Editorial Brujas.
- Aschero, C. A., A. R. Martel y S. M. L. López Campeny (2006). Tramas en la piedra: rectángulos con diseños geométricos en Antofagasta de la Sierra (Puna meridional argentina). En D. Fiore y M. Podestá (Eds.). *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre*. Pp. 141-156. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, AINA, WAC.
- Berenguer, J. (1994). Asentamientos, caravaneros y tráfico de larga distancia en el Norte de Chile: El caso de Santa Bárbara. En M. E. Albeck (Ed.). *De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 17-50. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Berenguer, J. (1996). Identificación de camélidos en el arte rupestre de Taira: ¿Animales silvestres o domésticos? *Chungara* 28 (1-2), 85-114.
- Berenguer, J. (2004) *Caravanas, Interacción y Cambio en el Desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Sirawi Ediciones.
- Briones, L. L. Núñez y V. Standen (2005). Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Chungara* 37 (2), 195-223.
- Browman, D. L. (1974). Pastoral nomadism in the Andes. *Current Anthropology* 15, 188-196.
- Cabrera, A. L. (1976). Regiones Fitogeográficas Argentinas. En *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería* (2ª ed.). Vol. 2, fascículo 1. Buenos Aires: Editorial ACME.
- Castro Lucic, M. (2000). Llameros de puna salada en los Andes del Norte de Chile. En J. Flores Ochoa y Y. Kobayashi (Eds.) *Pastoreo Altoandino. Realidad, sacralidad y posibilidades*. Pp. 85-109. La Paz: Plural Editores.
- Cigliano, E. (1973). *Tastil: Una Ciudad Preincaica Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Cabargon.
- De Feo, M. E. y L. Ferraiuolo (2007) Grabados rupestres en el borde de Puna: sitio La Damiana (Quebrada de Incahuasi, Salta). *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 3, 41-56.
- De Marrais, E. (2001). Arqueología del norte del valle Calchaquí. En E. Berberían y A. Nielsen (Eds.) *Historia Argentina Prehispánica*. Vol. 1, pp. 289-346. Córdoba: Editorial Brujas.
- Díaz, P. P. (1983a). Arte rupestre en Valle Arriba. *Estudios de Arqueología* 3 y 4, 9-25.
- Díaz, P. P. (1983b). Sitios Arqueológicos del Valle Calchaquí. *Estudios de Arqueología* 3 y 4,

- 93-104.
- Donnan, C. (1975). The thematic approach to Moche Iconography. *Journal of Latin American Lore* 1.2, 147-162.
- Dransart, P. (2002) *Earth, Water, Fleece, and Fabric: An Ethnography and Archaeology of Andean Camelid Herding*. London: Routledge.
- Escola, P. (2002). Caza y pastoralismo: un reaseguro para la subsistencia. *Relaciones XXVII*, 233-246.
- Fernández, J. (2000). Algunas expresiones estilísticas del arte rupestre de los Andes de Jujuy. En M. M. Podestá y M. de Hoyos (Eds.) *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en la Argentina*. Pp. 45-61. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL.
- Fink, R. (2001). La cosmología en el dibujo del altar del Quri Kancha según don Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salca Maygua. *Histórica XXV*(1), 9-75.
- Flores Ochoa, J. A. (Ed.). (1988). *Llamichos y Paqocheros: Pastores de Llamas y Alpacas*. Cusco: Editorial UNSAAC.
- Flores Ochoa, J. A. y Y. Kobayashi (Eds.). (2000) *Pastoreo Altoandino. Realidad, Sacralidad y Posibilidades*. La Paz: Plural Editores.
- Gallardo, F. (2004). El arte rupestre como ideología: un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del Río Salado (Desierto de Atacama, Norte de Chile). *Chungara* 36 (1), 427 - 440.
- Gallardo, F., C. Sinclair y C. Silva (1999). Arte rupestre, emplazamiento y paisaje en la cordillera del desierto de Atacama. En *Arte Rupestre en los Andes de Capricornio*. Pp. 57-96. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Gallardo, F. y H. Yacobaccio (2005). Wild or domesticated? Camelids in the rock art of the Early Formative in the Atacama Desert (northern Chile). *Latin American Antiquity* 16(2), 115-130.
- Göbel, B. (2000-2002). Identidades sociales y medio ambiente: la multiplicidad de los significados del espacio en la Puna de Atacama. *Cuadernos del INAPL* 19, 267-296.
- Göbel, B. (2002). La arquitectura del pastoreo: uso del espacio y sistema de asentamientos en la puna de Atacama (Susques). *Estudios atacameños* 23, 53-76.
- Gradín, C. (1978). Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres. *Revista del Museo Provincial (Neuquén)* 1, 120-133.
- Grau, A. y A. D. Brown (2000). Development threats to biodiversity and opportunities for conservation in the mountain ranges of the upper Bermejo river basin, NW Argentina and SW Bolivia. *Ambio* 29(7) 455-450.
- Gupta, A. K. (1991) Pastoral adaptation to risk in dry regions: a framework for analysis. *Studies in History* 7 (2), 325-341.
- Hernández Llosas, M. I. (2001a). Tres momentos, tres contextos, un lugar: Variaciones temporales y contextuales en el arte rupestre de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8, 5-82.
- Hernández Llosas, M. I. (2001b). Arte rupestre del Noroeste argentino: Orígenes y contexto de producción. En E. Berberian y A. Nielsen (Eds.) *Historia Argentina Prehispánica*. Vol. 1. Pp. 389-446. Córdoba: Editorial Brujas.
- Hernandez Llosas, M. I. y M. M. Podestá (1983/1985) Las pinturas rupestres del “Abrigo de los Emplumados” (Departamento de Humahuaca, provincia de Jujuy, Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10, 387-406.
- Khazanov, A. M. (1984). *Nomads and the Outside World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kopytoff, I. (1986). The cultural biography of things: Commoditization as process. In A. Appadurai (Ed.). *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Pp. 64-91. Cambridge: Cambridge University Press.

- Lanza, M. M. (2000). Análisis estilístico del arte rupestre del Valle Calchaquí Norte, Salta. En M. M. Podestá y M. de Hoyos (Eds.). *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en argentina*. Pp. 63-71. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL.
- Lecoq, P. (1987). Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosi, en Bolivie. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* XVI (3-4), 1-38.
- Lecoq, P. y S. Fidel (2000). Algunos aspectos de la vida y de los ritos ganaderos en Ventilla, una comunidad pastoral del sud de Potosí, Bolivia. En J. Flores Ochoa y Y. Kobayashi (Eds.), *Pastoreo altoandino. Realidad, sacralidad y posibilidades*. Pp. 149-187. La Paz: Plural Editores.
- López Campeny, S. M. L. (en prensa). De un hogar en la Puna... historias de idas y vueltas. En M. E. Albeck, C. Scattolin y M. A. Korstanje (Eds.). *El Hábitat Prehispánico. Arqueología de la Arquitectura y de la Construcción del Espacio Organizado*.
- Lorandi, A. M. y R. Boixadós (1987). Etnohistoria de los Valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* XVII-XVIII, 263-425.
- Makowski Hanula, C. (2001). Ritual y narración en la iconografía mochica. *Arqueológicas* 25, 175-203.
- Martel, A. R. (2006). Arte rupestre y espacios productivos en el Formativo: Antofagasta de la Sierra (Puna meridional argentina). En D. Fiore y M. Podestá (Eds.). *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*. Pp. 157-167. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, AINA, WAC.
- Martel, A. R. 2010 *Arte rupestre de pastores y caravaneros: estudio contextual de las representaciones rupestres durante el período Agroalfarero tardío (900 d.c. - 1480 d.c.) en el Noroeste argentino*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Martel, A. R. (en prensa). Pastores, cóndores y ofrendas: la ritualidad pastoril vista desde el arte rupestre del Valle Encantado (dto. San Carlos, Salta). *Estudios. Antropología – Historia*.
- Martel, A. R. (en prensa). Arte rupestre: construcción y significación del espacio en la Puna meridional argentina (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). En M. Sepúlveda, J. Chacama y L. Briones (Eds.). *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de las Américas*. Arica: Universidad de Tarapacá.
- Martel, A. y C. Aschero (2007). Pastores en acción: imposición iconográfica vs. autonomía temática. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mércolli (Comps.). *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*. Pp. 329-349. Córdoba: Editorial Brujas.
- Medinaceli, X. (2005). Los pastores andinos: una propuesta de lectura de su historia. Ensayo bibliográfico de etnografía e historia. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 34 (3), 463-474.
- Meninato, I. (2008). *Arte Rupestre en Tastil. Un Estudio Reinterpretativo*. Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Salta. Salta.
- Mulvany, E. y S. Soria (1998). Sitios y caminos incaicos en los bosques serranos de los andes meridionales. *Tawantinsuyu* 5, 120-126.
- Murguía Sánchez, L. (2000). El espacio sagrado de los pastores aymaras. En J. Flores Ochoa y Y. Kobayashi (Eds.). *Pastoreo altoandino. Realidad, sacralidad y posibilidades*. Pp. 201-211. La Paz: Plural Editores.
- Navamuel de Figueroa, E. L. (1977). Mapa Arqueológico de Salta. *Revista del Museo Arqueológico de Salta* 1.
- Nielsen, A. E. (1997). El tráfico caravanero visto desde la Jara. *Estudios Atacameños* 14, 339-371.
- Nielsen, A. E. (1997-1998). Tráfico de caravanas en el Sur de Bolivia: Observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de*

- Antropología XXII-XXIII*, 139-178.
- Nielsen, A. E. (2003). Por las rutas del Zenta: evidencias directas del tráfico prehispánico entre Humahuaca y las Yungas. En B. Ventura y G. Ortiz (Eds.). *La Mitad Verde del Mundo Andino. Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*. Pp. 261-283. Jujuy: EdiUNJu.
- Nielsen, A., M. Vázquez, P. Mercolli y V. Seldes (2001). Conflicto y arte rupestre. Kollpayoc, provincia de Jujuy. En A. Fernández Distel (Comp.). *Arte Rupestre y Región: Arte rupestre y menhires en el sur de Bolivia, NO de Argentina y norte de Chile*. Pp. 91-108. San Salvador de Jujuy: Anuario del CEIC N° 2. Centro de Estudios Indígenas y Coloniales.
- Núñez, L. (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. *Homenaje al Dr. R.P. Gustavo Le Paige S.J.* Pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez A., L. (1985). Petroglifos y tráfico en el desierto chileno. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.). *Estudios de Arte Rupestre. Primeras Jornadas de Arte y Arqueología*. Pp. 243-263. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Núñez A., L. (1994). Cruzando la cordillera por el norte: señoríos, caravanas y alianzas. En F. Mena Larraín (Ed.). *La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros*. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1979). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Olivera, D. E. (1992). *Tecnología y Estrategias de Adaptación en el Formativo (Agroalfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un Caso de Estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, R.A.)*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Olivera, D. E. y M. M. Podestá (1993). Los recursos del arte: arte rupestre y sistemas de asentamiento- subsistencia formativos en la Puna Meridional Argentina. *Arqueología* 3, 93-126.
- Paz Flores, M. P. (2000) Los llameros de Qochauma y sus viajes a Markapata. En J. Flores Ochoa y Y. Kobayashi (Eds.). *Pastoreo altoandino. Realidad, sacralidad y posibilidades*. Pp. 135-148. La Paz: Plural Editores.
- Podestá, M. M., L. Manzi, A. Horsey y M. P. Falchi (1991) Función e interacción a través del análisis temático en el arte rupestre. En M. M. Podestá, I. Hernández Llosas y S. Renard de Coquet (Eds.). *El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea*. Buenos Aires.
- Podestá, M. M. y D. E. Olivera (2006). El contexto ecológico y económico del arte rupestre en la arqueología de la Puna Meridional Argentina. En P. Dransart (Ed.). *Kay Pacha. Cultivating Earth and Water in the Andes*. Pp. 137-149. BAR International Series 1478. Oxford.
- Raffino, R. (1972). Las sociedades agrícolas del Período Tardío en la Quebrada del Toro y aledaños. *Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie)* N°45, 157-210.
- Ruiz Huidobro, O. J. (1960). Descripción geológica de la Hoja 8e Chicoana (Provincia de Salta). Carta Geológica – Económica de la República Argentina, Escala 1:200.000. *Boletín n° 89 de la Dirección Nacional de Geología y Minería*.
- Schaafsma, P. (1985). Form, content and function: theory and method in North American rock art studies. *Advances in Archaeological Method and Theory* 8, 237–277.
- Schobinger, J. y C. Gradín (1985) *Cazadores de la Patagonia y Agricultores Andinos. Arte Rupestre de la Argentina*. Madrid: Encuentro Ediciones.
- Sepúlveda M., A. Romero Guevara y L. Briones (2005) Tráfico de caravanas, arte rupestre y ritualidad en la Quebrada de Suca (Extremo Norte de Chile). *Chungara* 37(2), 225-243.
- Toscano, J. (1898). *La Región Calchaquina. Páginas de Historia pre y postcolombina y de Arqueología Calchaquina*. Buenos Aires: Imprenta de La voz de la Iglesia.

- van den Berg, H. (1989). *La tierra no da así nomás. Los ritos agrícolas en la religión de los aymaras-cristianos*. Amsterdam: CEDLA.
- van Kessel, J. (1989) Ritual de producción y discurso tecnológico. *Chungara* 23, 73-91.
- van Kessel, J. y A. Llanque Chana (2004) Jila Jikxata: la fiesta del empadre. *Cuadernos de Investigación en Cultura y Tecnología Andina* 7, 23-73.
- Vitry, Ch. (2003). Pinturas rupestres asociadas al camino del Inka en la Quebrada de Escoipe. Salta, Argentina. *Resúmenes de VI Simposio Internacional de Arte rupestre*. San Salvador de Jujuy.
- Vitry, Ch. (2004). Camino de los Diaguitas y del Inga en Escoipe. Intersecciones entre la Historia y la Arqueología. *Revista 3 Escuela de Historia* 3 (3), 259-271.
- Walker, W. H. (1995). Ceremonial Trash? In J. M. Skibo, W. H. Walker y A. E. Nielsen (Eds.). *Expanding Archaeology*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Yacobaccio, H. D. (1979). Arte rupestre y tráfico de caravanas en la Puna de Jujuy: modelo e hipótesis. *Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino*. Buenos Aires: Universidad del Salvador.
- Yacobaccio, H. D., C. M. Madero y M. Malmierca (1998). *Etnoarqueología de Pastores Surandinos*. Buenos Aires: Editores GZC (Grupo Zooarqueología de Camélidos).

REDES VIALES PREHISPÁNICAS E INTERACCIÓN EN LA REGIÓN DE CINTI, SUR DE BOLIVIA

Claudia Rivera Casanovas¹

Introducción

El estudio de las redes viales prehispánicas en los Andes centro-sur ha tenido un desarrollo importante en las últimas décadas. Los trabajos referidos a dichas redes abarcan aspectos vinculados con cuestiones tecnológicas, temporales, interacción interregional, organización sociopolítica, arqueología del paisaje, aspectos simbólicos y rituales, entre otros temas. Sin duda, las investigaciones sobre la red vial incaica o *Qhapaqñan* son las que han predominado debido a la visibilidad que sus caminos presentan hoy en día y a que éstos generalmente se sobreponen y modifican vías de data más antigua.

Las redes viales prehispánicas en Bolivia han sido objeto de estudio particularmente en el altiplano y en sectores de ceja de selva (Avilés 2008; Gutiérrez 2005; Hyslop 1984; Michel 2009; Michel *et al.* 2005; Nielsen *et al.* 2006; Pereira 1982; Sánchez Canedo 2008; Sanjinés 1957; Stothert 1967, entre otros). Por una serie de reconocimientos y descripciones se sabe de la existencia de importantes redes viales en el sur de Bolivia, particularmente en zonas de valles interandinos, que vinculan a éstas tanto con las tierras altas como con regiones más bajas de piedemonte y llanuras (Alconini 2002; Cruz 2007; Lima 2000; Methfessel y Methfessel 1997; Lilo Methfessel comunicación personal 2004; Rivera Casanovas 2004).

A pesar de ello, poco es lo que se conoce a nivel regional sobre las relaciones de estas vías con los patrones de asentamiento regionales, los recursos y los aspectos ideológicos de las sociedades que las construyeron y utilizaron. Como sostiene Pimentel (2004), las redes viales prehispánicas constituyen una importante manifestación tangible para estudiar las distintas formas de interacción pasadas ya que conectan, articulan y comunican a poblaciones y sus ambientes diversos.

Los estudios etnohistóricos, etnográficos y etnoarqueológicos que se han realizado, sobre todo en regiones del altiplano sur de Bolivia, permiten un

¹ Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia. clauri68@yahoo.com

acercamiento a las dinámicas de interacción en el pasado donde estas redes viales constituían ejes fundamentales (v.g. Lecoq 1987; Lecoq y Fidel 2003; Nielsen 1997/1998, 2000, 2006; Sánchez Canedo 2008, entre otros). La interacción interregional se evidencia en la existencia de zonas pobladas que constituyen nodos de articulación, así como en la circulación de materias primas, productos de consumo y bienes exóticos.

El presente artículo es una contribución inicial al estudio de las redes viales dentro de un contexto regional. En las dos últimas décadas se han realizado una serie de investigaciones sistemáticas en la región de Cinti, Chuquisaca, que permiten entender los patrones de asentamiento regionales a través del tiempo y explorar su relación con los sistemas viales prehispánicos. Aquí se presentan nuevos datos sobre las características de los caminos prehispánicos en esta región durante los períodos tardíos, su variabilidad, sus asociaciones a sitios con arte rupestre y su importancia, a nivel general, en la interacción regional e interregional.

La región de estudio

La región de Cinti se localiza en la parte suroeste del departamento de Chuquisaca en lo que hoy son las provincias de Nor y Sud Cinti (Figura 1). Está caracterizada por una geografía en la que áreas montañosas y punas se intercalan o son cortadas por una serie de valles y quebradas que dan lugar a un paisaje generalmente abrupto que, en algunas regiones, se abre formando valles relativamente amplios. En este espacio, los valles de San Lucas y de Cinti corren de norte a sur, delimitados por cadenas montañosas de altura variada y serranías adyacentes, que fisiográficamente conforman áreas de subpuna y valles. La región es importante por su potencial agrícola, sus recursos mineros y su posición intermedia entre las áreas bajas del Chaco y las tierras altas del occidente que la convierten en un paso natural para la interacción entre estas regiones.

El valle de San Lucas tiene diferencias de altura que varían entre 3800 y 3000 msnm, mientras que en el valle de Cinti, 45 km al sur de éste, éstas se hacen más pronunciadas variando entre 3400 y 2300 msnm. Estos contrastes dan lugar a la presencia de distintos microambientes. En ambos valles existe una predominancia de vegetación xerofítica caracterizada por una variedad de cactus y bosques de churqui (*Prosopis ferox*), algarrobo (*Prosopis sp.*) y palqui (*Acacia fedearia*), entre otras especies. En las partes altas, con alturas sobre los 3200 msnm, existen bosques relictos de queñua (*Polylepis sp.*). Las bases de estos valles y sus áreas de piedemonte poseen un importante potencial agrícola debido a la presencia de terrazas aluviales y suelos susceptibles de ser modificados para tales actividades, existiendo formaciones vegetales secundarias producto de la constante intervención humana a través del tiempo (Zaro *et al.* 2008).

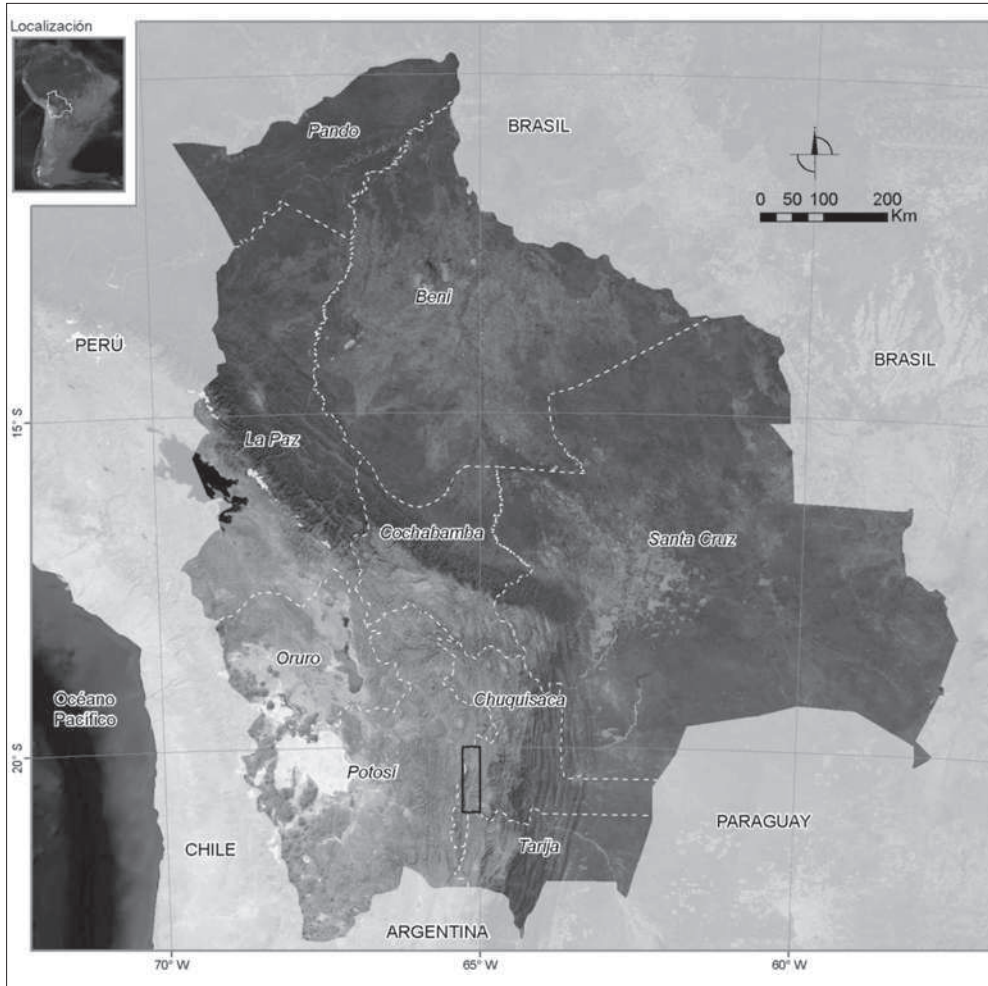


Figura 1. Región de estudio.

Los trabajos de prospección realizados en ambos valles, durante el año 2000 (valle de Cinti) y posteriormente durante el 2006 (valle de San Lucas y Palacio Tambo) (Figura 2) permitieron cubrir un área de casi 420 km² generando un importante cuerpo de datos. Esta información regional ha permitido explorar los procesos de formación de entidades políticas a través del tiempo y las estrategias de grupos de élite para generar las bases de su poder político y su relación con el control de la producción agrícola, artesanal y el intercambio (Rivera Casanovas 2004, 2006, 2008a y b, 2009a).

Para la región de Cinti se ha desarrollado una secuencia cronológica prehispánica de cinco períodos: Precerámico (8000-2000 a.C.), Formativo (2000 a.C. - 400 d.C.), Desarrollos Regionales Tempranos (400-800 d.C.), Desarrollos Regionales Tardíos (800-1430 d.C.) y Tardío (1430-1535 d.C.). A continuación se explora la relación entre redes viales y patrones de asentamiento para los dos últimos períodos de acuerdo a la información disponible.

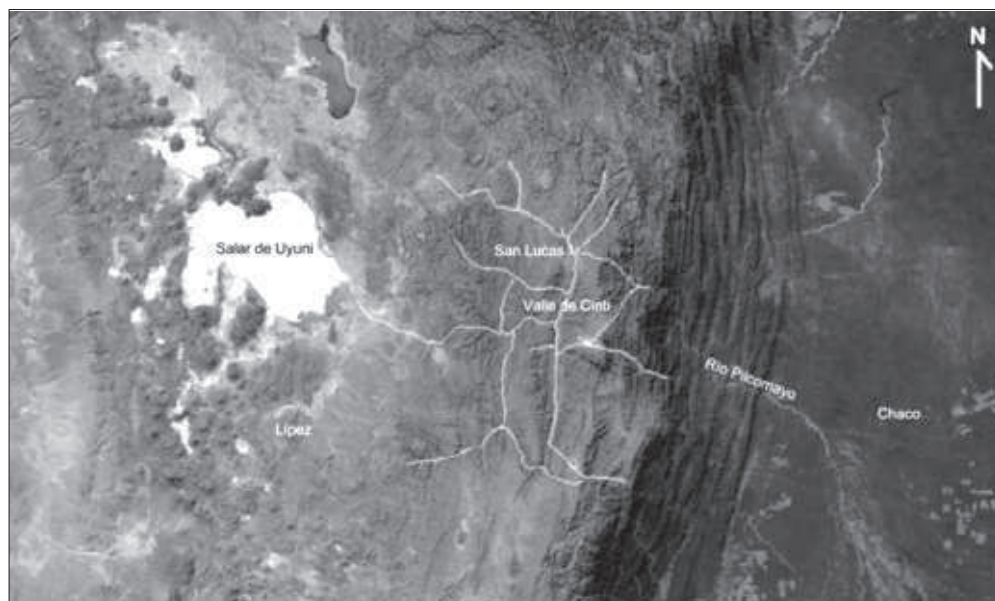


Figura 2. Rutas mayores de articulación entre Cinti y las regiones vecinas.

Tipología de redes viales y escalas de interacción

Los procesos de interacción dentro de la región de Cinti, así como con áreas más distantes, se hacen patentes no sólo por la presencia de materiales foráneos (v.g., cerámica de diferentes estilos, obsidiana cuyas fuentes estarían en la región de Lipez o caracoles de la región chaqueña [Rivera Casanovas 2003]), sino también a partir de marcadores regionales como son las redes viales prehispánicas. Estos caminos, de larga data, conectan en un eje de este a oeste a la región de Cinti con áreas de valles, punas, el piedemonte chaqueño, el altiplano meridional e inclusive la costa del Pacífico. Considerando otro eje de norte a sur, vinculan regiones de punas y valles dentro del ámbito de valles interandinos del centro y sur de Bolivia así como del Noroeste argentino (Figura 2).

Los diferentes estudios realizados en la última década en la región de Cinti (FactumX 2009; Gutiérrez Osinaga 2007; Rivera Casanovas 2000, 2004, 2007, 2008a y b, 2009a) permitieron registrar y documentar de manera general varias de las redes viales prehispánicas existentes en la región. Éstas fueron identificadas durante reconocimientos generales o prospecciones sistemáticas, así como exploraciones con imágenes satelitales, realizándose recorridos de parte de sus tramos, documentación fotográfica y una descripción general de sus características constructivas. Se consideraron rasgos constructivos relevantes como el trazo, el ancho y características de la arquitectura formal existente: empedrado, graderías, canales, muros de protección al viajero, muros de contención o plataformas.

Uno de los mayores problemas es asignar una cronología a estas vías o caminos debido a varios factores, como su utilización continua a través del tiempo, la falta de elementos constructivos formales con marcadores cronológicos claros y

su asociación a sitios multicomponentes. Muchas de estas redes viales han sido reutilizadas en el tiempo y probablemente formalizadas durante la ocupación inca en la región, adquiriendo las características que presentan en la actualidad (Rivera Casanovas 2007). Estas redes viales continuaron en uso durante la colonia y república e incluso hoy en día la carretera principal que une Potosí y Tarija, así como una serie de caminos vecinales en la región han sido construidos sobre grandes tramos de ellas.

A pesar de los problemas mencionados se desarrolló una tipología general de caminos prehispánicos para realizar una aproximación sobre sus características y variaciones constructivas, así como las funciones que cumplían: vinculación local, regional e interregional. Se han identificado dos tipos de caminos prehispánicos en la región: sendas y vías regionales e interregionales.

Sendas

Se caracterizan por ser básicamente senderos de tierra, sin ningún tipo de construcción formal, que vinculan sitios dentro una región o discurren por quebradas comunicando los valles con las serranías adyacentes, por tanto constituirían caminos vecinales (Figura 3). Forman parte de una escala local en la cual se vinculan sitios habitacionales, áreas de cultivo, de captación de recursos (leña, recolección, caza, materias primas) y partes altas de las serranías adyacentes. Un rango promedio de distancia de estas sendas dentro los valles o desde los asentamientos o sectores de base de valle hasta las partes altas de las serranías sería de 1 a 3 km.



Figura 3. Sendas en la región de Cinti: a) serranía de Chimpa Llajta, b) quebrada en el valle de Cinti.

Vías regionales e interregionales

Ambas se hallan dentro una misma categoría dado que pueden considerarse regionales cuando vinculan espacios y asentamientos dentro de una región, en este caso los valles de Cinti y San Lucas, e interregionales cuando forman parte de redes de comunicación mayores que conectan espacios regionales amplios fuera de estos valles (Figura 4). Presentan un trabajo más formal en su trazo y características constructivas. Es muy probable que estos caminos se hayan construido sobre antiguas rutas regionales que unían zonas próximas de punas y valles como también otras más distantes. Por tanto, forman parte de una escala regional de interacción en la que se articulan asentamientos y distintas áreas productivas dentro de una región así como sitios más lejanos fuera de ella con distancias entre 5 y 10 km.

En general, estos caminos fueron construidos con rocas locales (pizarra o arenisca) canteadas o naturales. Siguen la topografía del terreno mostrando trazos regulares en áreas planas y haciendo zigzags en lugares pronunciados y escarpados. Debido a la pendiente que estos valles presentan en sus laderas, grandes tramos tienen graderías que permiten el ascenso o descenso según sea el caso. Estos caminos tienen un ancho promedio de dos metros, muros de contención en ciertos sectores para crear superficies o plataformas transitables, graderías y empedrados. Debido al transcurso del tiempo y a factores tanto naturales como antrópicos ellos han sufrido distintos grados de erosión y destrucción. En muchos casos los empedrados se han erosionado por falta de mantenimiento, en otros los caminos al llegar a la base de los valles y cerca de poblados se han destruido manteniéndose como simples senderos.

Estas vías en algunos casos forman parte de redes viales interregionales, distinguiéndose por un mayor trabajo en sus aspectos formales y su clara reutilización durante la ocupación inca en la región. Forman parte de una escala interregional de interacción en la que se vinculan macro regiones como Cotagaita, Tupiza y Atocha con Cinti y la región del Pilcomayo (ver Figura 2). Los caminos, como en el caso anterior, siguen la topografía del terreno, sin embargo, en lugares pendientes y escarpados se realizaron verdaderas obras de ingeniería para habilitarlos. Están empedrados, cuentan con muros de protección al viajero, muros de contención, graderías bien trabajadas y plataformas (Gutiérrez 2007). A ellos se conectan una serie de ramales secundarios indicando su importancia y jerarquía dentro de la región. Su ancho promedio es de dos a tres metros y cubren distancias de más de 30 km.

Redes viales prehispánicas tardías en Cinti

El desarrollo de rutas en la región de Cinti probablemente tuvo su origen durante el Período Precerámico cuando grupos de cazadores recolectores establecieron circuitos de movilidad entre las áreas de puna y los valles explotando

una variedad de recursos (Rivera Casanovas 2004, 2009a; Rivera Casanovas y Calla Maldonado en prensa). Posteriormente, durante los Períodos Formativo y de Desarrollos Regionales Tempranos las rutas debieron consolidarse y diversificarse vinculando agrupamientos de asentamientos localizados en distintos sectores de los valles de Cinti, San Lucas y la región de Palacio Tambo.



Figura 4. Vías regionales en Cinti: a) San Lucas, b) valle alto de Cinti, c) talasa de Cochaca, d) serranía de Cinti (gentileza FactumX).

Una característica del patrón de asentamiento en la región de Cinti es el desarrollo de agrupamientos de asentamientos en distintos sectores de estos valles. Los asentamientos se caracterizan por asociarse a áreas de tierras agrícolas, cursos de agua y, en algunos casos, se emplazan en lugares estratégicos de entrada a los valles. Estas agrupaciones, en ciertos casos, se desarrollaron a partir de sitios precerámicos y en otros desde el Período Formativo y continuaron creciendo y poblándose hasta la ocupación inca en la región.

La existencia de caminos que cruzan estos lugares y que pasan próximos a asentamientos formativos y centros regionales del período subsiguiente, además de algunos sitios de arte rupestre con motivos iconográficos típicos del estilo Cinti (Rivera Casanovas 2009b), sugiere que muchos caminos prehispánicos considerados tardíos en la región habrían estado ya en uso en estos períodos

más tempranos. Para el Período de Desarrollos Regionales Tempranos (400-800 d.C.) se han identificado pequeños tramos asociados a Palcamayu y Chaco, dos centros regionales en el valle de Cinti, que sugieren la existencia de vías formales. Sin embargo, se necesitan trabajos más detallados y específicos sobre las rutas y redes viales de estos períodos para poder abordar el tema en mayor profundidad y detalle.

Es recién durante el Período de Desarrollos Regionales Tardíos (800-1430 d.C.) que se puede identificar con mayor confianza el uso de redes viales en la región. En este período se presentan variaciones regionales importantes en términos del surgimiento de jerarquías políticas a nivel regional que indican, de manera general, fuertes procesos de integración en los valles. En algunas regiones como el valle de Cinti se da una integración política marcada, mientras que en la región de San Lucas existen centros regionales importantes pero sin una clara jerarquía regional. Desde esta época una buena parte de la región de Cinti formaría parte de la Federación Qaraqara (Rivera Casanovas en prensa).

En el valle de San Lucas en este período existen centros regionales grandes, de entre cinco y diez ha, con sectores funcionalmente diferenciados. Estos centros están localizados en los distintos agrupamientos de sitios presentes en el valle constituyéndose en los asentamientos de mayor jerarquía dentro de los mismos. En términos de las redes viales regionales se evidencia un patrón que sigue un eje de oeste a este. Existen sendas que salen de áreas de agrupamientos de sitios, localizadas en la parte baja del valle, comunicando a éstos con sectores de terrazas agrícolas o con las serranías próximas (Figura 5).

Es el caso del agrupamiento de sitios de San Lucas, con una senda que sale desde Chimpa Llajta (SL1) hacia la serranía adyacente en el este y que conduce a quebradas vecinas, o del agrupamiento de Yapusiri donde un par de sendas salen del mismo en dirección a la serranía este. Estas sendas son caminos de tierra sin arquitectura formal, sin embargo en algunos sectores presentan plataformas rústicas o líneas de rocas que las delimitan; su ancho es de aproximadamente 60 cm y alcanzan extensiones de hasta 2 km antes de alcanzar las cimas de la serranía para continuar hacia el este. Estas sendas conducen a áreas de captación de recursos y de minas de cobre y zinc, además de sectores agrícolas en las quebradas vecinas.

Hacia el oeste se evidencia la presencia de vías regionales formales que entran al valle desde la región de Pucapampa llegando hasta los agrupamientos de Molle Pampa, Yapusiri, San Lucas y Quirpini. Ellas se dirigen hacia centros regionales como Molle Pampa (AU12), Challchaque (SL32), Chimpa Llajta I (SL1) y Quirpini (SL41). En el caso de Quirpini, la vía cruza este agrupamiento para dirigirse hacia la planicie de Avichuca y de allí hacia Palacio Tambo desde donde continuaría hacia los valles más bajos y probablemente al río Pilcomayo. Es interesante notar que, en muchos casos, estas rutas continúan hacia el este en forma de sendas como en Yapusiri y San Lucas.

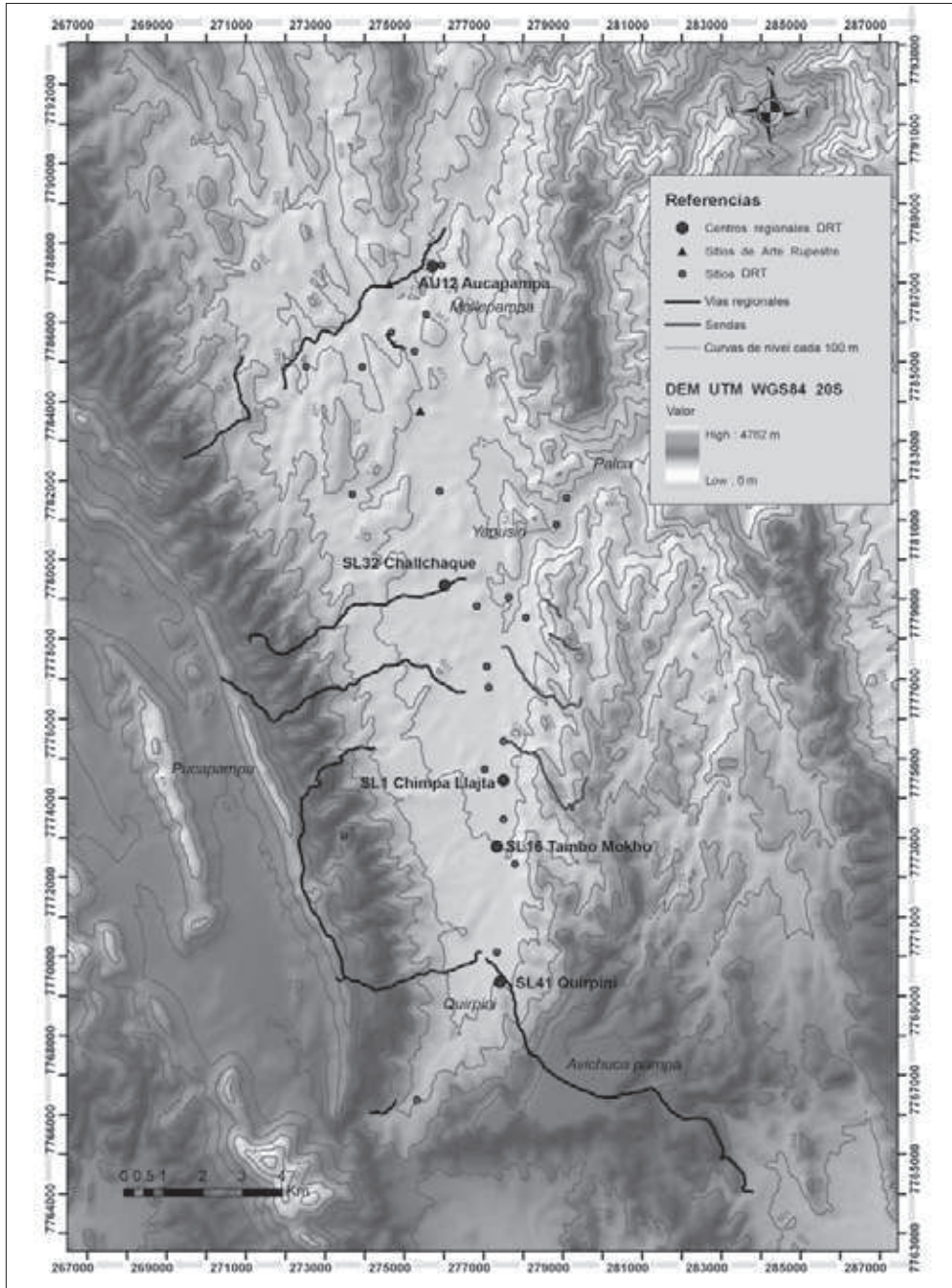


Figura 5. Redes viales del período de Desarrollos Regionales Tardíos en la región de San Lucas.

El valle estrecho de La Palca, a menos de 2 km al norte de Yapusiri, constituyó una ruta y posiblemente una vía de mucha importancia en el pasado por ser un paso natural y directo que conecta directamente con el río Pilcomayo en la localidad de Oroncota, 45 km al noreste del valle de San Lucas. Por tanto, permitió una interacción fluida con grupos de filiación Yampara situados en la

región de Oroncota, lo cual se manifiesta en un estilo cerámico híbrido con atributos tanto del estilo Huruquilla como del Yampara presente en la región mencionada (Alconini 2002).

Las vías regionales tienen anchos promedio de dos metros, plataformas base y en algunos sectores empinados graderías y muros de protección al viajero (Gutiérrez Osinaga 2007). Todas ellas cruzan áreas agrícolas importantes donde existen restos de terrazas agrícolas, bancales o cuadros de cultivo, así como áreas de afloramientos de vetas minerales. En este período no parece existir una relación entre redes viales y sitios de arte rupestre en el valle de San Lucas.

Es probable que hubiera existido una vía que articulase los distintos agrupamientos de sitios en el valle dentro de un eje norte-sur. Sin embargo, no se pudo constatar esto a nivel arqueológico, aunque llama la atención la información que sostiene que la ruta regional que vinculaba el valle de Cinti con la ciudad de Potosí durante la colonia pasaba por San Lucas siguiendo esta dirección (Esther Aillón, comunicación personal 2010).

De acuerdo con los datos presentados se puede decir que los distintos agrupamientos de sitios constituyeron nodos de articulación de las redes viales regionales y locales, siendo los centros regionales, los asentamientos de mayor importancia. Las redes viales articularon los espacios locales productivos con los agrupamientos de asentamientos donde se concentraba la población y permitieron una interacción a larga distancia con las regiones vecinas.

Siguiendo hacia el sur, a 45 km de San Lucas, se encuentra el valle de Cinti. Durante el Período de Desarrollos Regionales Tardíos en esta región se desarrolló una jerarquía de tres niveles en el patrón de asentamiento. El centro regional primario fue Jatun Huankarani (C48), caracterizado por tener una extensión de 17 ha, claras diferencias funcionales y una segmentación marcada del espacio interno. Las diferencias indican la presencia de algunos sectores residenciales con mayor jerarquía y donde se realizaban actividades comensales y de festejo. Para las elites locales el control de la producción agrícola en extensas áreas de terrazas parece haber sido una estrategia importante (Rivera Casanovas 2004).

Las vías regionales identificadas en el valle de Cinti presentan dos patrones claros de vinculación regional. Por una parte, existe una red que sigue un eje norte-sur, ingresando al valle por la región de Chajra Khasa y continúa hacia el sur siguiendo la topografía del valle, probablemente hasta Villa Abecia, aunque hoy en día sólo quedan segmentos pequeños de esta vía especialmente en el cañón de Cinti. Por otra parte, una serie de vías regionales cruzan el valle alto y el cañón de este a oeste, vinculándolos con las serranías alledañas y valles altos, así como con regiones más distantes (Figura 6).

La red vial con dirección norte-sur que ingresa por Chajra Khasa, cruza todo el valle alto para dirigirse hacia el cañón de Cinti vinculando asentamientos de primer, segundo y tercer orden en la jerarquía (Figura 6). Es así que asentamientos de segundo orden como la Talasa de Chajra Khasa (C39) y Chajra Khasa (C38 con áreas de corrales), la Talasa de Cochaca (C16), Jayasamana (C17, con un sector importante de corrales) se asocian a ella. Más hacia el sur está Jatun Huankarani (C48) la cabecera

política de esta región. Dada su importancia varias vías locales y regionales convergen en ella o la circundan como en el caso de las vías de Cochaca y Chajra Khasa que se dirigen hacia su parte sureste y luego se asocian a Santa Rosa (C53), otro sitio de segundo orden. El trazo de la vía sigue con rumbo sur hasta el sector de Chaco donde se pierde. Esta vía reaparece por tramos en Sarcarca (estos tramos se han destruido en los últimos años por los trabajos de asfaltado de la carretera hacia Tarija).

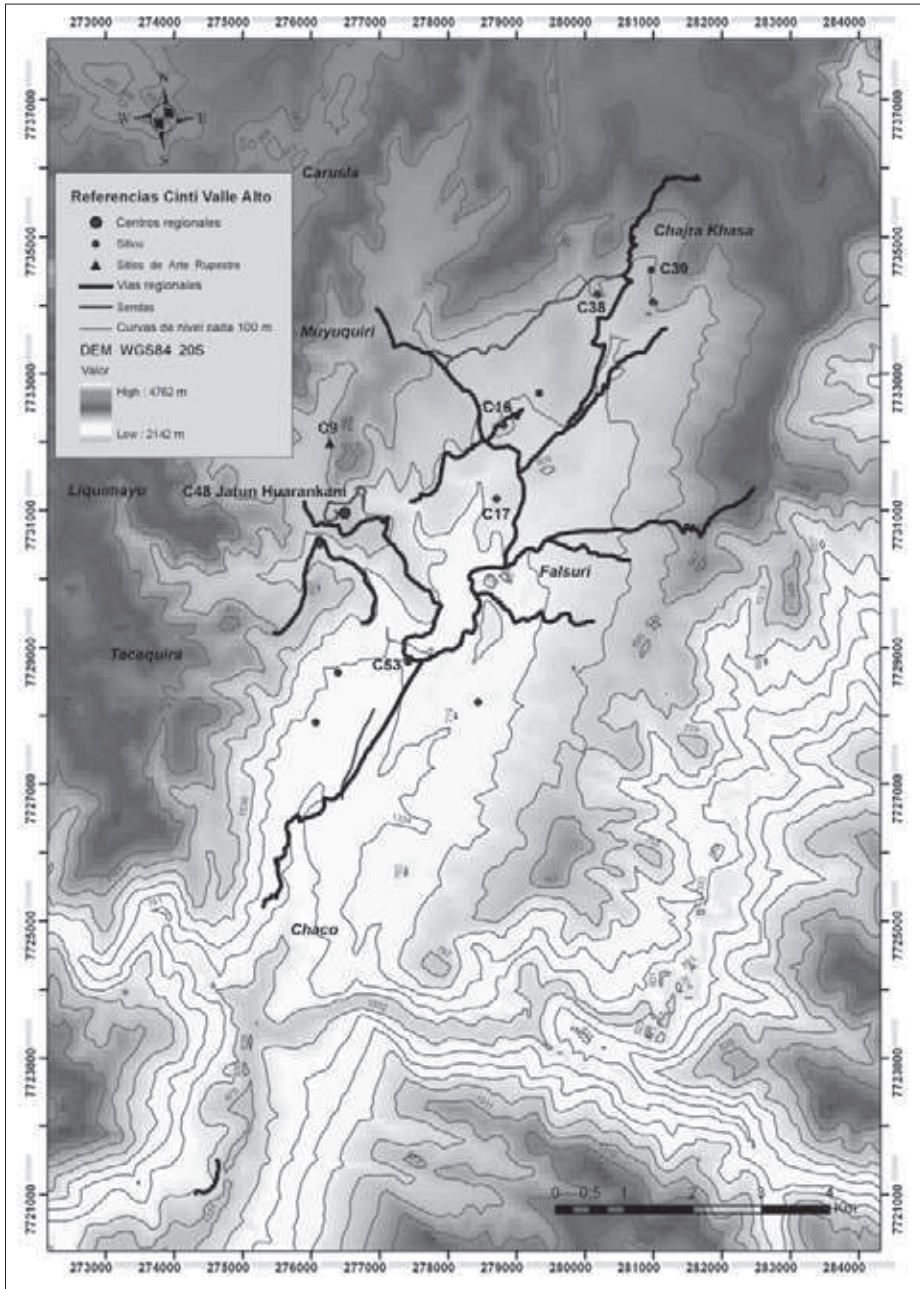


Figura 6. Redes viales del período de Desarrollos Regionales Tardíos en el valle alto de Cinti.

Ya en el cañón de Cinti esta vía desaparece y se hace más complicada de seguir, existiendo pequeños tramos conservados en algunos sectores como Higuerahuayco (Figura 7). Es probable que parte de esta vía hubiese estado en sectores por donde pasa la actual carretera, por lo que habría sido destruida. Los datos sugieren que dicha vía tuvo características regionales dentro del valle, sin embargo, considerando una región geográfica más extensa, fue parte de una vía interregional de mayores dimensiones que cruzaba la región vinculándola con la región de San Lucas al norte y el río San Juan del Oro hacia el sur, en la frontera con Tarija.

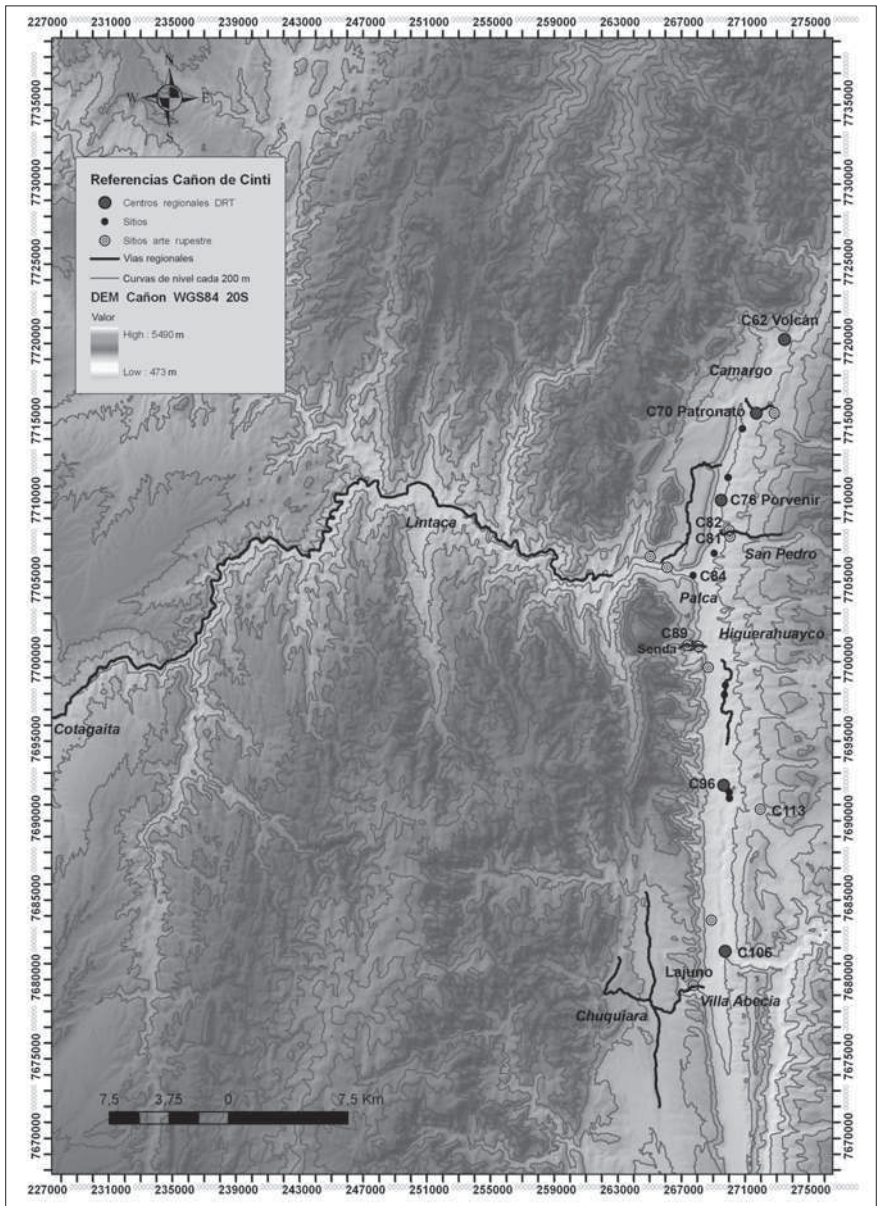


Figura 7. Redes viales del período de Desarrollos Regionales Tardíos en el cañón de Cinti.

En el eje este-oeste se tienen varias vías regionales que cruzan el valle, tanto en su parte alta como en la del cañón (ver Figuras 6 y 7). Una vía muy bien conservada hasta hace unos años atrás era la que ingresaba desde la estancia de Carusla hacia la cuenca de Cochaca y se unía a otras vías de menor extensión y a la que ingresaba por Chajra Khasa. Otra vía regional llegaba a Jatun Huankarani (C48) desde el valle de Liquimayu y de allí cruzaba hacia Falsuri, en dirección este. El valle de Liquimayu es hoy en día una ruta usada por los llameros que llegan a la región desde las partes altas de Potosí.

En el valle alto de Cinti la red vial incluye una variedad de sendas, en algunos casos con graderías de piedra trabajada, que conectan asentamientos próximos y áreas de cultivo en la cuenca alta de Cochaca, así como en Muyuquiri y Tacaquira (ver Figura 6). Dentro de esta categoría están también las sendas internas del centro regional de Jatun Huankarani que conectan los distintos sectores de este sitio; ellas también delimitan los sectores habitacionales construidos en la parte superior de la colina de aquellos sectores de terrazas agrícolas construidos en las laderas bajas próximas a los ríos que rodean a este sitio. En algunas ocasiones las sendas presentan en algunos tramos, plataformas. En general existen sendas que siguen en uso hoy en día y que pasan por áreas agrícolas de terrazas y asentamientos de tercer orden o pequeñas estancias en varias partes del valle alto.

Lo descrito indica que en esta época el valle alto de Cinti y sus asentamientos constituyeron un nodo de articulación en la región. Su posición estratégica en cuanto a áreas agrícolas de producción, recursos de agua y accesos geográficos regionales, así como la presencia de Jatun Huankarani como centro político regional, lo convierten en un nodo mayor de interacción.

Otras vías regionales cruzan el valle más hacia el sur y en la misma dirección este-oeste (Figura 7). Una de ellas probablemente llegaba desde la serranía oeste hasta el actual pueblo de Camargo y de allí se dirigía hacia el Patronato (C70), un centro regional secundario para luego seguir en dirección este, probablemente hacia las alturas de Culpina. Más al sur se encuentra la vía entre San Pedro y Culpina que se asocia a sitios de arte rupestre como Peña Colorada (C81) y C82. Es probable que este camino haya estado vinculado con la vía interregional que une Cotagaita con el valle de Cinti y que cruza por Lintaca, La Quemada hasta llegar a la Palca Grande donde existe un asentamiento importante de segundo orden, Palca Grande I (C84), al ingreso al valle adosado a la pared del cañón.

Finalmente se tiene una vía interregional que probablemente llega al valle de Cinti desde la región de Tupiza, pasa por la actual comunidad de Churquiara en la serranía oeste que delimita el valle en su porción sur, cruza el pueblo de Villa Abecia asociándose a un centro regional secundario importante: Camblaya (C-106) y de allí parece dirigirse hacia Culpina bordeando un tramo del río Camblaya y siguiendo por uno de sus afluentes en dirección noreste.

Hacia el sur, ya fuera del valle de Cinti, existen numerosas vías que cruzan la región en el mismo sentido. Como ejemplo tenemos varios caminos no bien

estudiados que descienden desde las alturas de Higueraoj, una región con sitios de arte rupestre excepcionales, hacia el río San Juan del Oro y de allí se dirigen al este hacia Tarija.

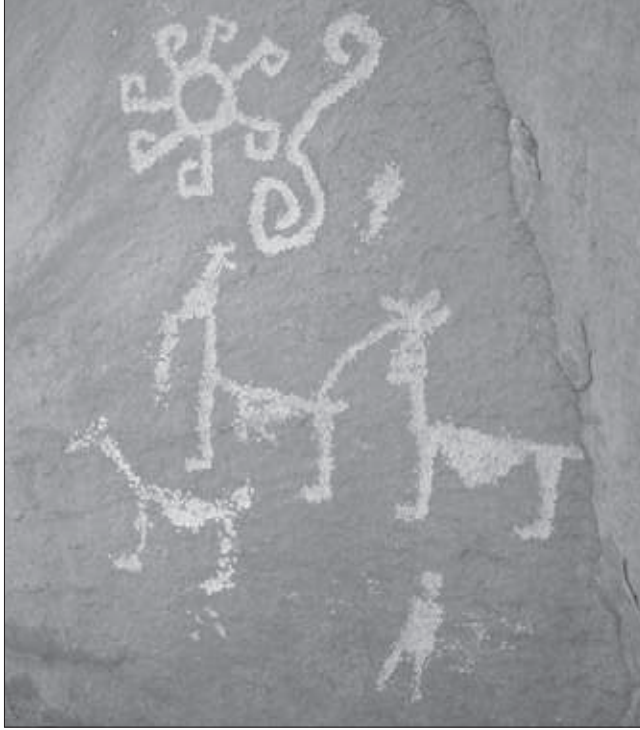
En el área del cañón de Cinti existen muchas quebradas (El Patronato, La Estrella, San Pedro, Cruz Huasa, El Obispo, entre otras) que conectan el valle con las serranías adyacentes. La exploración de varias de ellas mostró la existencia de senderos que aún son utilizados para subir a las partes altas, vinculando asentamientos y dando acceso a áreas de captación de recursos. Lo interesante de ello es que, en una buena parte de los casos, existen aleros e inclusive cuevas con arte rupestre que se hallan próximos o sobre el trazo de las sendas sugiriendo una relación con ellas. Algunas de las cuevas hoy en día son usadas o hasta hace poco eran usadas por los arrieros como lugares de descanso. Como sugiere Nielsen (1997/1998) estos lugares se encuentran antes de ingresar al valle, en sectores donde no existirían problemas con las poblaciones locales.

La asociación de sendas y vías regionales con sitios de arte rupestre: aleros, abrigos y paredes rocosas sugiere que los grabados y/o pinturas estuvieron relacionados con ciertos marcadores territoriales, posibles identidades regionales y/o foráneas y aspectos simbólicos. Este es un campo en el que en la región de Cinti se han efectuado muy pocos estudios (v.g. Methfessel y Methfessel 1997; Rivera Casanovas y Michel López 1995) y que aún aguarda investigaciones sistemáticas.

Es difícil datar estas manifestaciones debido a que en la mayor parte de los casos estos sitios fueron usados por largos períodos de tiempo y las pinturas o grabados se fueron sobreponiendo en distintas épocas. Sin embargo, para los períodos tardíos se han identificado algunos motivos y escenas vinculados con los caminos y el tráfico caravanero. En particular, se encuentran representaciones de camélidos, camélidos en fila y recuas con su guía (Figura 8) como en el caso de la quebrada de Cruz Huasa, la vía Churquiara-Villa Abecia (Rivera Casanovas 2000, 2004) y la región del río San Juan del Oro (Methfessel 1997).

Son también significativas las representaciones pintadas o grabadas de una serie de composiciones y motivos de tipo geométrico que parecen estar relacionados con representaciones de textiles y que aparecen en quebradas, aleros y afloramientos rocosos, asociadas de alguna manera a sendas y vías regionales, como en Manzanani (C9), la quebrada de Patronato (C105), la quebrada del Obispo (C113), Palca Grande, Villa Abecia y la región del río San Juan del Oro. Este tipo de representaciones también ha sido reconocido en otras regiones del sur de Bolivia y en el noroeste de la Argentina, asociado con rutas, espacios productivos, y contextos funerarios y rituales (v.g. Aschero *et al.* 2006; Boletín SIARB 2006; Cruz 2002; FactumX 2009; Hernández Llosas y Podestá 1985).

a)



b)

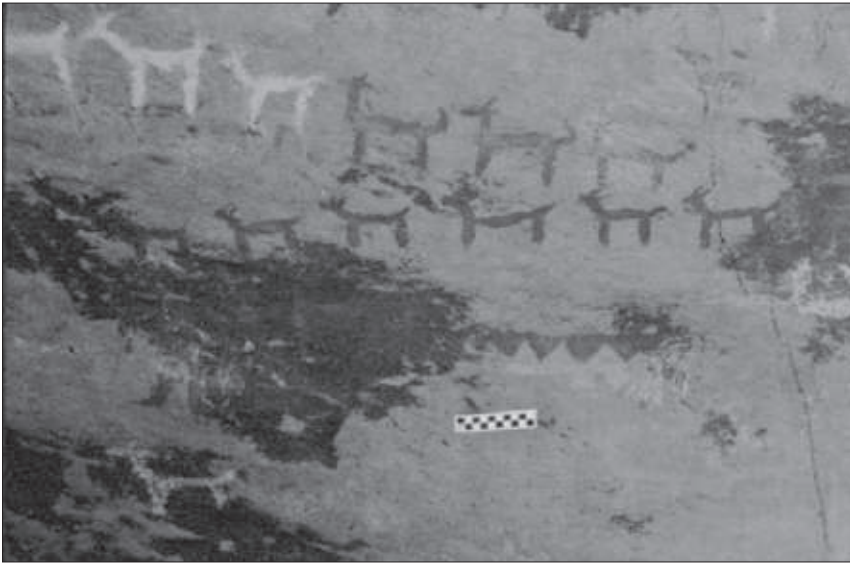


Figura 8. Arte rupestre asociado a caminos: a) representaciones de tráfico caravanero en la región del río San Juan del Oro, Sud Cinti, b) camélidos en fila, camino Villa Abecia - Churquiara.

De este conjunto de sitios destaca la quebrada del Obispo por la riqueza, cantidad y calidad de sus pinturas (Figura 9). Ellas se encuentran en las paredes de un afloramiento rocoso y se caracterizan por presentar campos cuadrangulares o rectangulares en cuyo interior existe una serie de elementos geométricos, entre

ellos triángulos invertidos, volutas, ganchos, Z, círculos y otros. Los colores usados son el rojo, rojo vino, amarillo ocre y blanco.



Figura 9. Probables representaciones de textiles, valle de Cinti .

La asociación recurrente de este tipo de representaciones con caminos nos lleva a pensar en significados particulares, siendo el planteo de Aschero *et al.* (2006) relevante para aproximarse a esta relación. Según los autores las representaciones textiles o sus diseños se relacionarían con situaciones que requieren de una protección especial, en este caso en el tránsito de un lugar a otro los viajeros serían protegidos por cierto tipo de prendas y por el poder que poseen una variedad de motivos expresados en lugares con arte rupestre.

Durante el Período Tardío (1430-1535 d.C.), caracterizado por la expansión y dominio inca en la región, los patrones ya descritos parecen mantenerse. En el valle de Cinti los datos arqueológicos sugieren un control indirecto aunque no sin un impacto importante en la economía y en el poder de las elites locales (Rivera Casanovas 2004, 2010). En la región de San Lucas parece haber existido un control mucho más directo con la construcción de centros administrativos como Sacapampa (SL17), un movimiento de poblaciones altiplánicas de la confederación Quillacas-Asanaques del sureste de Oruro a la región, una importante pérdida de la autoridad política de los grupos locales y una intensificación de las actividades mineras (Rivera Casanovas 2008b). En síntesis, en toda la región se presentan cambios significativos que van acompañados por la formalización de un sistema de caminos y sus diferentes conexiones fuera de ambas regiones, indicador de la

incorporación de estos territorios a la administración provincial del imperio.

En particular existen vías regionales que pasan a formar parte de la estructura del *Qhapaqñan* en el sur de Bolivia. Conforman una escala interregional de interacción en la que se vinculan macroregiones como Uyuni, Atocha, Tupiza y Cotagaita con Cinti y la región del Pilcomayo, donde se encontraba la frontera oriental con una serie de fortalezas y poblaciones trasplantadas allí para su control. Son caminos construidos con rocas locales como pizarra y arenisca. Estas vías siguen la topografía del terreno; sin embargo, en lugares pendientes y escarpados se realizaron verdaderas obras de ingeniería para habilitarlas. Están empedradas, cuentan con muros de protección al viajero, muros de contención, graderías bien trabajadas y plataformas (Gutiérrez 2007). A ellas se conectan una serie de ramales secundarios indicando su importancia y jerarquía dentro de la región. Su ancho promedio es de dos a tres metros.

Comenzando por la región de San Lucas, se evidencia que las redes viales anteriormente descritas son incorporadas a la red vial incaica pasando a formar parte de grandes vías interregionales (Figura 10). En particular destaca la red vial que se vincula con el agrupamiento de Mollepampa, ésta desciende al valle pasando por zonas de producción agrícola con sistemas de terrazas, se asocia a varios asentamientos con arquitectura incaica como Churquipampa (SL60), SL61 y Jusku Rumi (AU17) y de allí continúa hacia el este cruzando áreas de terrazas agrícolas. Características importantes de esta vía son las áreas de graderías, los muros de protección que la delimitan, un ancho promedio de dos metros y su asociación a rocas con grabados rupestres que pertenecen a varios períodos prehispánicos, existiendo también grabados coloniales y modernos. En esta área existen varios sitios con corrales siendo Mojón Chuquisaca-Potosí (AU7) el más representativo por la cantidad de corrales circulares. Aparentemente fue un lugar de descanso en la entrada norte al valle de San Lucas; no existen evidencias de habitación permanente.

Probablemente la vía que desciende de las partes altas del valle hacia el agrupamiento de Querquewisi es formalizada en esta época conectándose con los asentamientos SL47 y SL48 y eventualmente dirigiéndose de allí hacia el valle de La Palca. Es importante señalar que en uno de los caminos que cruza de la región de Pucapampa hacia San Lucas existe una apacheta grande en la cima de la serranía, en el punto en que éste ingresa hacia el valle (Figura 11). En este lugar dicho camino sigue en dirección al agrupamiento de San Lucas y otro ramal se desprende de él, unos pocos metros hacia el sur, para formar la vía que se dirige al agrupamiento de Quirpini, donde, en este período, está el centro administrativo de Sacapampa (SL17), posiblemente el asentamiento más importante de la región.

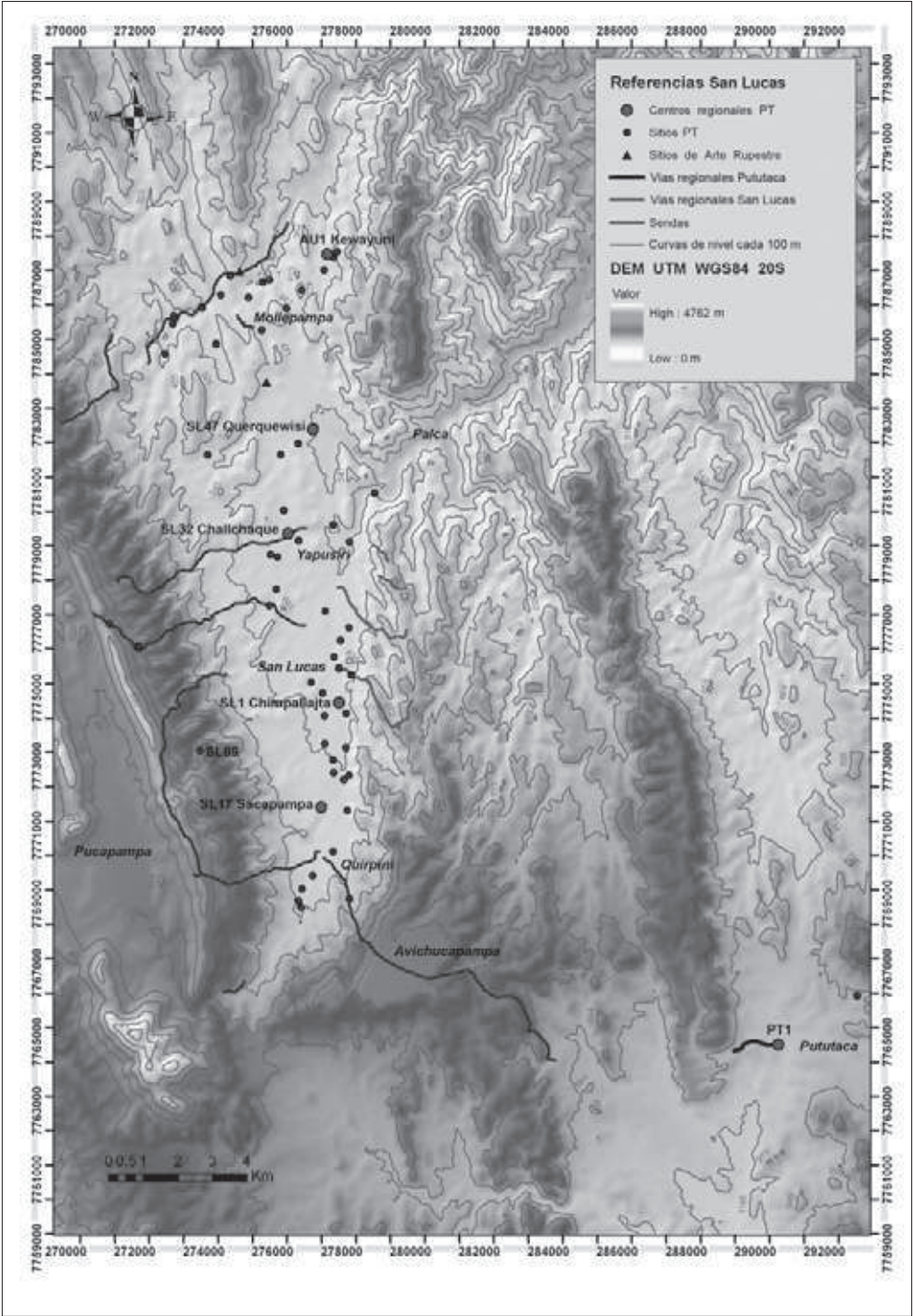


Figura 10. Redes viales del período Tardío en la región de San Lucas.



Figura 11. Apacheta en la vía de ingreso al Valle de San Lucas.

Esta vía presenta dos pequeñas apachetas o marcadores que la delimitan en cada uno de sus lados. Si uno se sitúa en este punto es posible apreciar cómo el cerro Chorolque, lugar de importancia ritual en la región de Tupiza, se alinea perfectamente entre las dos apachetas y el camino. Esta situación sugiere que estos caminos, como en otras regiones (Vitry 2007), también se hallaban vinculados con aspectos rituales y simbólicos dentro de amplios paisajes culturales que fueron incorporados dentro de la ideología religiosa del imperio.

Una vez que esta vía cruza el valle de San Lucas, se dirige a Avichuca Pampa, una planicie localizada al este del valle, de allí discurre, cruzando una cadena montañosa hacia la región de Palacio Tambo donde se asocia con el sitio de Pututaca (PT1), un asentamiento incaico donde se realizaban actividades metalúrgicas (Rivera Casanovas 2008b). De allí el camino parece bifurcarse para seguir al este hacia la región del río Pilcomayo y al sur hacia el valle de Cinti. Es probable que una vía haya seguido en dirección sur uniéndose con el camino que sale del valle de Cinti por Chajra Khasa. Existen varios caminos vecinales contemporáneos que siguen esta dirección, algunos de ellos parecen haber sido contruidos sobre vías antiguas.

En el valle de Cinti, la vía regional que lo cruza de norte a sur constituyó en esta época una vía interregional mayor vinculando distintos agrupamientos de sitios, especialmente en el valle alto donde se halla Jatun Huankarani que alcanzó 22 ha. En esta área no se registraron cambios mayores en el patrón de asentamiento. Al parecer los incas ejercieron cierto control sobre el movimiento de bienes e intercambio en la región. Esto se hace patente en la aparición de una serie de sitios arqueológicos con corrales en lugares estratégicos. Por ejemplo, el asentamiento de Chajra Khasa (C38), localizado sobre una meseta elevada y

asociado a dos ramales de caminos tiene áreas importantes de corrales circulares y rectangulares de distintas dimensiones asociados a plataformas de piedra, a manera de pilastras, que sirvieron para cargar a los animales (ver figura 6). Otro ejemplo de este tipo, ya en el cañón de Cinti, es C68, un sitio con corrales muy próximo al Patronato (C70) asociado a la red vial que cruza este sector (Figura 12). En ambos casos se recolectó cerámica foránea en los corrales lo cual podría indicar el movimiento de este tipo de bienes mediante caravanas de llamas y su distribución a los asentamientos de la región.

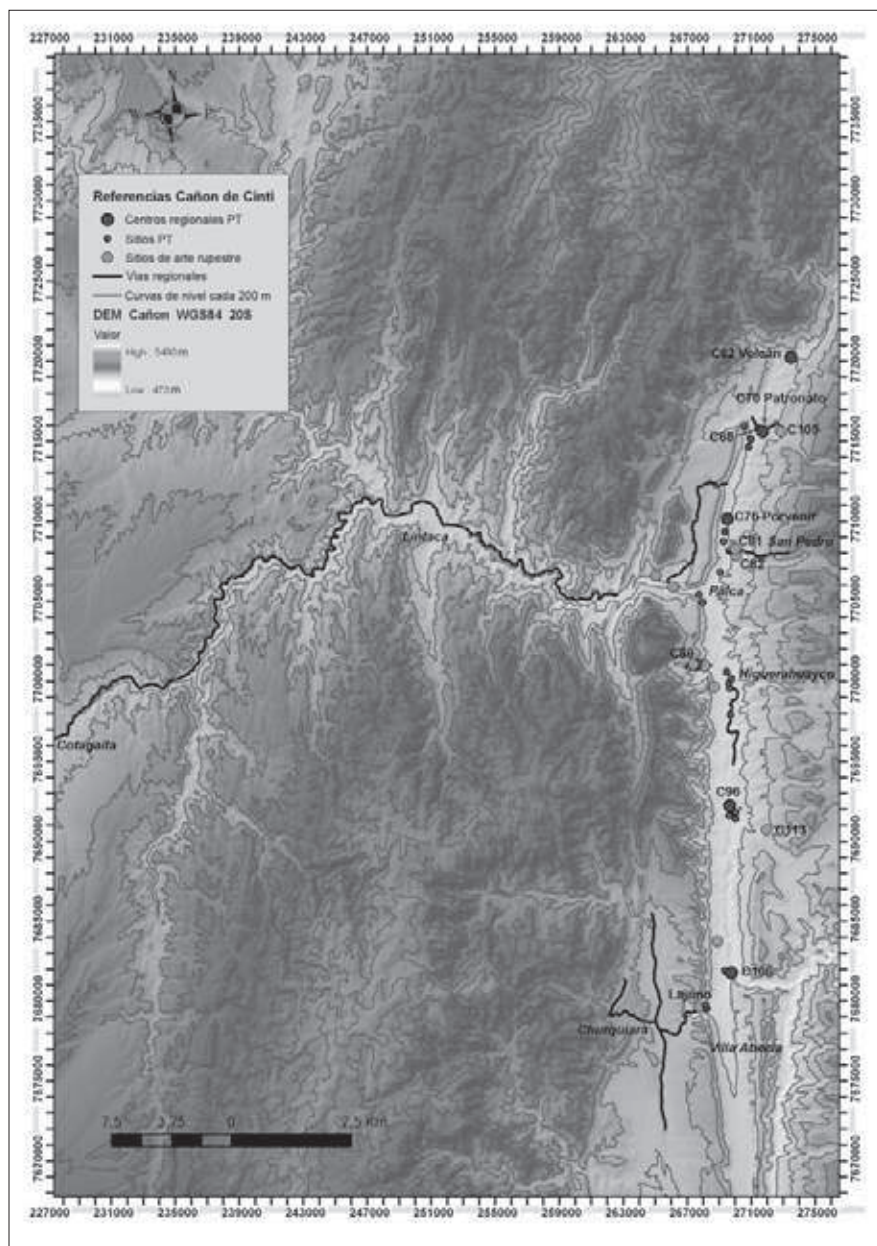


Figura 12. Redes viales del período Tardío en el cañón de Cinti.

Otra vía interregional mayor ingresa al valle de Cinti desde la región de Cotagaita a través de Lintaca y Guaranguay (Figura 12). Este camino es impresionante por los muros de contención que alcanzan hasta tres metros de altura en algunos casos, construidos para formar plataformas que sigan el contorno de las serranías dando lugar a un camino de cornisa en varios sectores (Figura 13). A él se unen una serie de ramales secundarios indicando su importancia. Este camino se corta y desaparece en la localidad de La Quemada. De acuerdo a la comunicación personal de Weimar Buitrago (2009), el camino se reanuda en la meseta del cerro Tonka Bajo y la recorre en dirección norte-noreste hasta la quebrada de Tota por donde desciende al valle muy cerca de la localidad de Camargo. Es muy probable que en La Quemada el camino se haya bifurcado siguiendo hasta la Palca Grande y de allí posiblemente habría cruzado el valle para continuar en el sector de San Pedro hacia las serranías de Culpina.



Figura 13. Camino interregional entre el valle de Cinti y Cotagaita: a) vista de un tramo en Lintaca, b) muros de contención y plataforma.

Es también importante mencionar que en algunos sectores de la quebrada entre Cotagaita y Lintaca existen tramos cortados de muros de contención de un posible camino que corría por la parte sur de la quebrada o paso, paralelo al camino que se acaba de describir. Según Buitrago (comunicación personal 2009), existía un camino paralelo por el que la gente circulaba hasta que se construyó el actual camino carretero que lo destruyó. De ser correcta la información, estos caminos paralelos mostrarían la importancia de este paso regional que comunicaba la región de Cinti no sólo con Cotagaita sino que la red seguiría hasta Atocha y de allí a la región del salar de Uyuni. En este Período Tardío se uniría al *Qhapaqñan* del sur de Bolivia cerca de la localidad de Atocha.

Otra vía interregional es la que une la parte alta de Churquiara con Villa Abecia, en la parte sur del cañón de Cinti. Actualmente parte de su trayecto ha sido destruido por un camino moderno, sin embargo, se conserva bien en los tramos de la parte superior de la serranía. Es probable que este camino se

vinculara con la región de Tupiza, cruzara el valle de Cinti y se dirigiese hacia Culpina bordeando la quebrada del río Camblaya, área estratégica para el ingreso desde la parte sur del valle de Cinti hacia el río Pilcomayo.

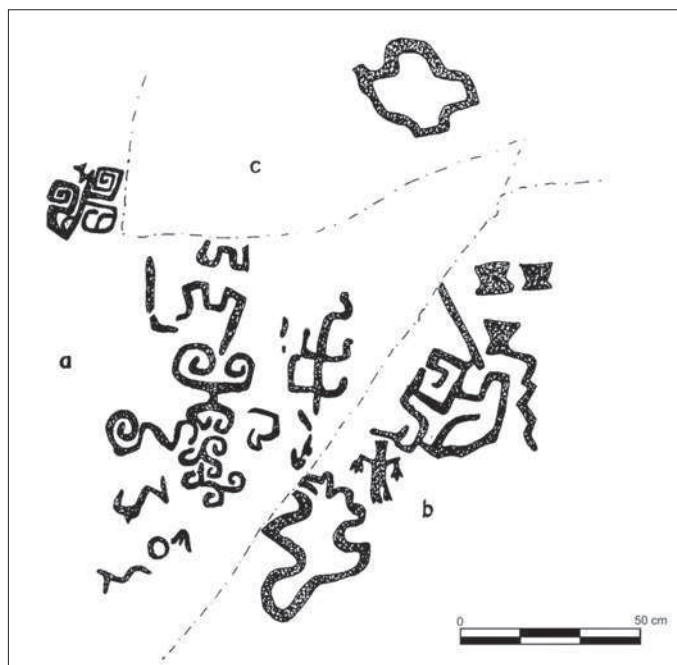


Figura 14. Arte rupestre relacionado con caminos y la ocupación Inka en Cinti: a) panel en Peña Colorada, b) representación de vestimenta en la quebrada de Caserón.

Más hacia el sur se tienen noticias de varios caminos de similar magnitud que cruzan o convergen en la región del río San Juan del Oro, en un área fronteriza entre los departamentos de Potosí, Chuquisaca y Tarija. Estos caminos están asociados a grandes asentamientos, regiones agrícolas y mineras e importantes sectores de concentración de arte rupestre como Impora y La Fragua, entre otros, ya en el territorio de los Chicha.

Durante el Período Tardío los sitios con arte rupestre asociados a las sendas y vías regionales presentan escenas y motivos como caravanas de llamas, hachas, representaciones de *unkus* y diseños incaicos superpuestos o junto a representaciones del período previo (Figura 14). Esto se hace evidente en sitios como Peña Colorada (C81), en la vía entre San Pedro y Culpina, en la vía interregional entre Palca Grande y Cotagaita, además de varios sitios en el camino entre Villa Abecia y Churquiara. Hacia el sur, ya fuera del valle de Cinti, existen representaciones similares en sitios más o menos cercanos al río San Juan del Oro (FactumX 2009; Methfessel y Methfessel 1997).

Conclusiones

En este artículo se ha descrito de manera general las características de los caminos o vías prehispánicas tardías en la región de Cinti, Chuquisaca, su vinculación con los asentamientos y recursos de la región y cómo articulan a ésta con espacios regionales mayores. Las asociaciones de vías y rutas prehispánicas con agrupaciones de asentamientos que constituyeron nodos de interacción, sitios de arte rupestre, además de áreas agrícolas y de otros recursos sugieren que en la región de Cinti éstas se establecieron tempranamente y que estuvieron ya bien desarrolladas durante el Período de Desarrollos Regionales Tardíos (800-1430 d.C.).

Durante el Período Tardío, de dominio inca en la región, la mayor parte de estas redes estuvieron articuladas y en funcionamiento. Muchas de ellas fueron vías estratégicas no solamente por vincular a la región con otras áreas del sur boliviano y aún más allá, sino porque constituyeron rutas de entrada hacia la frontera oriental del imperio, localizada a aproximadamente 60-80 km al este de la región de estudio, sobre el río Pilcomayo.

Las redes viales prehispánicas en Cinti constituyen un importante ejemplo de cómo las sociedades pasadas en el sur de Bolivia organizaron su territorio y se articularon en el espacio a distintas escalas locales, regionales e interregionales. En particular, las escalas interregionales son un ejemplo de cómo se conformaron grandes ejes de vinculación que conectaron regiones y ecologías distantes, permitiendo a las sociedades que habitaron la región de Cinti participar de una serie de esferas y circuitos de interacción en los Andes Centro-Sur y ser parte, en distinta medida, de los grandes procesos históricos que se dieron en ellos.

Los datos aquí presentados constituyen una primera aproximación al tema de

las rutas y redes viales prehispánicas en Cinti, Chuquisaca. A futuro se necesita seguir profundizando su estudio desde varios ángulos comenzando por un enfoque funcional que comprenda aspectos sobre su registro detallado, el estudio de las características constructivas, su funcionalidad y su articulación a una escala macro regional con redes mayores. De la misma manera, es crucial poner énfasis en entender aspectos relacionados con el paisaje y el territorio, el manejo de economías y recursos diversos, además de elementos relacionados con ideologías, ritualidad y expresión de identidades, reflejados sobre todo en el arte rupestre asociado a estas vías.

Agradecimientos

Los trabajos arqueológicos en la región de Cinti fueron realizados gracias al apoyo de la National Science Foundation, la Wenner Gren Foundation, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh, la Sociedad Agroindustrial y Ganadera de Cinti (SAGIC S.A.), la Heinz Foundation, el Instituto Francés de Estudios Andinos y la cooperación sueca ASDI SAREC. También agradecemos el apoyo del Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas de la Universidad Mayor de San Andrés, la UNAR, el equipo de investigación y los pobladores locales. Un agradecimiento particular a Daniel Gutiérrez por el trabajo de reconocimiento y análisis de los atributos constructivos en los caminos registrados así como Weimar Buitrago por compartir su información. A FactumX S.R.L. por permitir el uso de material fotográfico de archivo.

Referencias citadas

- Alconini, S. (2002). *Prehistoric Inka Frontier Structure and Dynamics in the Bolivian Chaco*. Tesis doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Aschero, C., A. Martel y S. López Campeny (2006). Tramas en la piedra: rectángulos con diseños geométricos en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). En D. Fiore y M. Podestá (Eds.). *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre*. Pp. 141-156. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, AINA, WAC.
- Avilés, S. 2008. *Qhapaqñan. Caminos Sagrados de los Inkas*. La Paz: CIMA.
- Cruz, P. (2002). La memoria de los cerros. Algunos comentarios sobre los sitios con arte rupestre de la región de Potosí (Bolivia). En <http://rupestreweb.tripod.com/potosi.html>
- Cruz, P. (2007). Qaraqara e Inkas: el rostro indígena de Potosí. Estrategias de poder y supervivencia durante los siglos XV-XVI. *Chachapuma* 2, 29-40.
- FactumX SRL. (2009). *Análisis Arqueológico en Los Cintis*. Informe de consultoría presentado a la Prefectura del Departamento de Chuquisaca, La Paz.
- Gutiérrez Osinaga, D. (2005). Avances en la arqueología de caminos precolombinos en Bolivia tramo: Paria-Tapacará (sitios asociados y características formales de construcción del camino). *Nuevos Aportes* 3: 93-114. En www.arqueobolivia.com/revistas.php
- Gutiérrez Osinaga, D. (2007). Sistema vial de la región de San Lucas. Informe interno, Proyecto Arqueológico San Lucas, Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas, UMSA, La Paz.
- Hernández Llosas, M. I. y M. M. Podestá (1985). Las composiciones geométricas del arte rupestre de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina): análisis comparativo. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.). *Estudios en Arte Rupestre. Primeras*

- Jornadas de Arte y Arqueología*. Pp. 109-129. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Hyslop, J. (1984). *The Inka Road System*. Orlando & London: Academic Press.
- Lecoq, P. (1987). Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosí en Bolivie. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 16(3-4), 1-38.
- Lecoq, P. y Fidel, S. (2003). Prendas simbólicas de camélidos y ritos agropastorales en el sur de Bolivia. *Textos Antropológicos* 14(1), 7-54.
- Lima Tórrez, M. del P. (2000). *¿Ocupación Yampara en Quila Quila? Cambios sociopolíticos de una sociedad prehispánica durante el Horizonte Tardío*. Tesis de Licenciatura, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.
- Methfessel, C. y L. Methfessel (1997). Arte rupestre de la “ruta de la sal” a lo largo del río San Juan del Oro. *Boletín SIARB* 11, 76-84.
- Michel López, M. (2009). La gran ruta Inka en Bolivia: el Capaqñan. Estrategias y políticas del Tawantinsuyu en el altiplano, valles y yungas del Collasuyu. Ponencia presentada en el Taller Internacional Ocupación Inka y Dinámicas Regionales en los Andes (Siglos XV-XVII). La Paz.
- Michel López, M., P. Ayala, D. Gutiérrez, M. Beierlein, S. Calla Maldonado y G. Palacios (2005). Los Chichas preinkaicos del sur de Bolivia y noroeste de la Argentina. *Pacarina* 4, 81-96.
- Nielsen, A. E. (1997-1998). Tráfico de caravanas en el sur de Bolivia: Observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXIII, 139-178.
- Nielsen, A. E. (2000). *Andean Caravans: An Ethnoarchaeology*. Tesis doctoral, University of Arizona, Tucson.
- Nielsen, A. E. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas en los Andes Sur Centrales*. Pp. 29-62. Lima: IEP – IAR.
- Nielsen, A. E., J. Berenguer y C. Sanhueza (2006). El Qhapaqñan entre Atacama y Lípez. *Intersecciones en Antropología* 7(1-2), 217-234.
- Pereira, D. (1982). La red vial Incaica en Cochabamba. *Cuadernos de Investigación* 1.
- Pimentel, G. (2004). *Vías de circulación del período Intermedio Tardío (900-1450 d.C.), en las tierras altas de la localidad de Caspana. Un acercamiento a la estructuración local, regional e interregional*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Rivera Casanovas, C. (2000). Proyecto patrones de asentamiento prehispánicos e interacción regional en el valle de Cinti, Chuquisaca, Bolivia. Informe de la temporada de campo 1998. Presentado a la Dirección Nacional de Arqueología de Bolivia y a la Sociedad Agroindustrial y Ganadera de Cinti (SAGIC S.A.), La Paz.
- Rivera Casanovas, C. (2003). Identidades compartidas en el sur de Bolivia: Interacciones entre las Poblaciones Prehispánicas del Valle de Cinti y las Tierras Bajas del Sudeste. En G. Ortiz y B. Ventura (Eds.). *La Mitad Verde del Mundo Andino: Estado Actual de las Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*. Pp. 179-203. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Rivera Casanovas, C. (2004). *Regional Settlement Patterns and Political Complexity in the Cinti Valley, Bolivia*. Tesis Doctoral, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh.
- Rivera Casanovas, C. (2006). Complejidad social y esferas de interacción durante el Horizonte Medio y el Período Intermedio Tardío en los valles interandinos del suroeste de Chuquisaca (Cinti). En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: Los Andes Sur Centrales*. Pp. 167-198. Lima: IEP – IAR.
- Rivera Casanovas, C. (2007). Redes viales prehispánicas, poder y expansión imperial en Cinti, Chuquisaca. Ponencia presentada en el Primer Seminario sobre Caminos

- Precolombinos de Bolivia, La Paz.
- Rivera Casanovas, C. (2008a). Surgimiento y consolidación de entidades políticas prehispánicas en el sur de Bolivia: el caso del valle de Cinti, Chuquisaca. En C. Rivera (Ed.). *Arqueología de las Tierras Altas, Valles Interandinos y Tierras Bajas de Bolivia. Memorias del I Congreso de Arqueología de Bolivia*. Pp. 293-306. La Paz: IIAA, UMSA-PIEB.
- Rivera Casanovas, C. (2008b). Aproximación inicial a la explotación minera y metalurgia prehispánica en la región de San Lucas, Chuquisaca. En P. Cruz y J.-J. Vacher (Eds.). *Mina y metalurgia en los Andes del Sur. Desde la época prehispánica hasta el siglo XVII*. Pp. 139-162. Sucre: IRD-IFEA.
- Rivera Casanovas, C. (2009a). Proyecto arqueológico San Lucas. Trayectorias evolutivas locales y sistemas de territorialidad discontinuos prehispánicos y coloniales en San Lucas, Chuquisaca. Informe de investigación presentado al Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas, UMSA y a la Unidad de Arqueología de Bolivia, La Paz.
- Rivera Casanovas, C. (2009b). Nuevos datos sobre la secuencia cronológica y los estilos cerámicos en la región de Cinti, Chuquisaca. *Avances de Investigación Arqueológica (Contribuciones a la arqueología de los valles bolivianos)* 5, 161-178.
- Rivera Casanovas, C. (2010). The Inka Expansion in the Southern Chuquisaca Valleys: Forms of Imperial Control and the Negotiation of Local Autonomy in the Cinti Valley, Bolivia. En S. Alconini y M. Malpass (Eds.). *Distant Provinces in the Inka Empire: Toward a Deeper Understanding of Inka Imperialism*. Pp. 151-172. Iowa: University of Iowa Press.
- Rivera Casanovas, C. (en prensa). Dinámicas regionales prehispánicas entre los siglos XIV-XVI: Las Provincias de Pilaya y Paspaya (Cinti) ¿territorio Qaraqara?. En A. M. Presta. *Qaraqara-Charka: Reflexiones tres Años Después*.
- Rivera Casanovas, C. y S. Calla Maldonado (en prensa). Cazadores y recolectores del Período Arcaico en los valles y serranías de la región de San Lucas, Chuquisaca, Bolivia. *Chungara*.
- Rivera Casanovas, C. y M. Michel López (1995). Arte rupestre en el valle de Cinti, Chuquisaca, Bolivia. *Boletín SLARB* 9, 56-77.
- Sánchez Canedo, W. (2008). Inkas, “flecheros” y mitmaqkuna. Cambio social y paisajes culturales en los Valles y en los Yungas de Inkachaca/Paracti y Tablas Monte (Cochabamba-Bolivia, siglos XV-XVI). Uppsala: Uppsala University.
- Sanjinés Rojas, G. (1957). El camino incaico de Takesi. En Ponce Sanginés (Ed.). *Arqueología Boliviana (Primera Mesa Redonda)*. Pp.474-479. La Paz: Biblioteca Paceña- Alcandía Municipal.
- Siarb, (2006). Nuestra portada. *Boletín SLARB* 20, 5.
- Stohtert, K. (1967). *Precolonial Highways of Bolivia. Part I: The La Paz Yungas Road Vía Palca*. La Paz: Academia de Ciencias de Bolivia, publicación N. 17.
- Vitry, C. (2007). Caminos rituales y montañas sagradas. Estudio de la vialidad Inka en el nevado de Chañi, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(2), 69-84.
- Zaro, G., H. Built, C. Rivera, J. Roldán y G. Suvires (2008). Landscape evolution and human agency: Archaeological case studies from drylands in Western South America and Australia. *Chungara* 40 Número Especial, 261-271.

REDES VIALES Y ENTRAMADOS RELACIONALES ENTRE LOS VALLES, LA PUNA Y LOS YUNGAS DE COCHABAMBA¹

Walter Sánchez C.²

Introducción

A la llegada de los incas a los valles y los yungas de Cochabamba, gran parte de los caminos y senderos se hallaban habilitados. Ello se explica si tomamos en cuenta que grandes caravanas de llamas ya se desplazaban durante todo el Horizonte Medio hacia/desde los valles de Cochabamba (Browman 2001; Céspedes 2001) y es posible que hayan seguido conectando zonas durante el Intermedio Tardío, aunque muchos investigadores sugieren que tales contactos se interrumpieron en este período (Platt *et. al.* 2006). No sabemos si tales caminos eran formalmente construidos. No obstante, los flujos de intercambios entre el altiplano, los valles, los yungas y la Amazonía, desde el Período Formativo, insinúan una transitabilidad fluida (cf. Brockington *et. al.* 2000; Céspedes 2008; Sánchez 2008).

Los estudios en los Andes han destacado las distintas funciones que tuvieron los caminos además de conectar espacios donde se despliegan actividades humanas. Durante el Incario —y, sin duda, mucho antes— los caminos tuvieron una fuerte vinculación ritual y política. Si entendemos que cualquier jefatura, grupo o estado que quiere controlar a la gente, los recursos y los territorios debe tener el control de los caminos, es plausible comprender por qué los incas se apoderan rápidamente de los caminos, modifican sus significados y los imponen como emblema de su poder sobre el espacio. Tal hecho fue tan importante, que las sociedades locales aprendieron a diferenciar los tipos de caminos y sus significados. Bertonio sostiene que los Lupaqa reconocían tres tipos de camino o *thaqui* [llamado también *sarana*: “camino, fenda, atajo” ([1612] 1984: 345, II; 113, I)]: (1) el “camino angofto”, llamado en aymara *Hucchufa*, *kullko*, (2) el camino ancho o *Haccancca thaqui* (*Op.*

¹ Este trabajo ha sido realizado dentro del Convenio Asdi/SAREC-UMSS. Los datos se enmarcan en el trabajo de investigación que actualmente realizo en el Instituto de Investigaciones Antropológicas-Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón y que intenta comprender las interacciones entre los valles, la puna, los yungas y los llanos amazónicos de Cochabamba.

² Instituto de Investigaciones Antropológicas-Museo Arqueológico, Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba. Bolivia. walteryambae@hotmail.com

cit.:113: I) y (3) el “camino real” o *tupu*³ (*op.cit.*: 113, I; 365, II) que no era otro que el *Qhapac Ñan* Inca. No conocemos si esta división funcionó en Cochabamba. Es posible que sí, si tomamos en cuenta que señoríos del altiplano acceden a tierras en estos valles por el “repartimiento” de Wayna Qapac (Wachtel 1981). Si aceptamos que los incas desplegaron su narrativa de poder a partir del uso diferenciado de los caminos (Hyslop 1984, 1992), es factible que tal narrativa haya funcionado en todo el Tawantinsuyu.

Si bien el objetivo de este trabajo es realizar un acercamiento descriptivo a la red vial que conecta los valles, la puna y los yungas de Cochabamba, también se aborda la comprensión inicial de los entramados relacionales que se establecieron entre estas zonas y que debieron incluir sistemas de intercambio de productos, ideas y tecnología (Sánchez 2002, 2007f, 2008). Para tal efecto, se utilizará la clasificación de caminos realizada por los Lupaqa complementada con la propuesta de los arqueólogos que dividen el estudio de los caminos entre: formalmente contruidos y no-formalmente contruidos (Trombold 1991)⁴. Esta distinción puede, eventualmente ayudar a identificar los caminos que tenían un aparato responsable de su construcción y mantenimiento —y que son más fácilmente reconocibles desde el registro arqueológico— y aquellos que no, pero que no por ello son menos importantes.

“Camino angosto”, “atajo de indios” o *k'ullqa*

No contruidos formalmente —por lo tanto, sin evidencia arqueológica—, los senderos fueron las más importantes vías de comunicación en los Andes y eran usados por los “indios del común”. Carvajal, uno de los primeros conquistadores que penetraron a Cochabamba, en su marcha desde Cotapampa (Cochabamba) hacia los valles de Pocona describe —sin ninguna intención específica de detallar estas calzadas— la diferencia entre dos tipos de caminos: el “camino angosto” y el “camino real”. Relata que comienza la caminata de su ejército usando el “camino real”, para lo cual pone a sus hombres “en orden y concierto de la forma y manera como habían de andar”, y que por razones de seguridad cambia hacia un sendero de “muchos malos pasos y angostos caminos” y que eran “atajo de indios” (Gutiérrez de Santa Clara 1963-1964: 144-145). Es posible, aunque no

³ *Tupu* o *cama*, era un término usado también para señalar la “legua de camino a la medida del Inga” (Bertonio [1612] 1984: 345, II). Por Bertonio también sabemos que los Lupaqa llamaban a la legua *chuta* o *sayhua*: “Termino en cada cien braças de tierra en quadro”. Otra palabra usada por los aymara para designar la legua era *yapu*: “Legua del Inga; q tiene por vna y media de las de epaña” (*op.cit.*: 393, II). Cieza de León confirma el uso de estas voces y sus medidas: “en el Collao y en otras partes había señales de sus leguas que llaman tupus y una dellas es una legua y media de castilla”. Señala además que las “leguas del Ingá (son) de seis mil pasos, medidas con cordel” ([1553]1967). Strube Erdmann, indica que la legua colonial tenía 6,3 kilómetros (1963: 15), por lo que es posible inferir que el *tupu* tuvo aproximadamente unos 10 kilómetros.

⁴ Trombold señala: “Formal routes are those that show evidence of planning and purposeful construction (...) Formal road systems, then are characterized not only by evidence of labor in construction, engineering, and maintenance, but by an organizational apparatus responsible for their implementation” (1991: 3).

se tenga ninguna referencia escrita o evidencia material, que existieran muchos senderos o *k'ullqo* hacia los yungas y que penetraran por distintas partes.

Camino de llameros

No conocemos a qué tipo de camino se refiere Bertonio con el concepto de *haccancca taqui* o “camino ancho”. Por las relaciones documentales sabemos que durante el Incario circulaban por el altiplano y por los valles de Cochabamba tropas de llamas integradas por cientos e incluso miles de llamas a cargo de los llamacamayoc, por lo que podemos suponer que utilizaban en muchas partes “caminos anchos” y no precisamente senderos o “atajos”.

¿Cómo abordar la ubicación de estos caminos? Para el caso de los valles de Cochabamba, el repartimiento de “pastizales” hecho por Wayna Qhapac muestra la relación de pueblos de llamacamayoc Sipi Sipi ubicados en una territorialidad discontinua a modo de “cuentas de collar” (Figura 1). Los pueblos de llamacamayoc señalados son: Sipe Sipe, Saubze, Quillacollo, Collqapirhua, Coña Coña, Sumumpaya, Canata, Jayhuaico, Chacollo, Guayllani, Chimboco, Chiñata, Laquiña y Colomi⁵. Se trata de una cadena de establecimientos que se ubican en el Valle Bajo, el Valle Central, el valle de Sacaba hasta llegar a la puna de Colomi (A.H.M.C.-E.C.C., Vol. 13, N° 9, 186 y 186v). Aunque no explicitado, queda claro que todos estos pueblos de llamacamayoc se hallaban unidos por un camino que debió ser “ancho” ya que por ahí debían circular anualmente miles de llamas, llevando productos. De manera importante, este camino —y los pueblos— corría cerca de las áreas de inundación del río Esquilan (actual río Rocha) y de las lagunas de Esquilan y Alalay, donde se hallaban extensos bofedales en los que las llamas podían pastar. Además, cruzaba muy cerca de los complejos de almacenamiento agrícola inca: Cotapachi, Jahuantiri, Villa Urqupiña, entre los más importantes (Byrne de Caballero 1975a, 1975b; Gyarmati & Varga 1999; Pereira H. & Sanzetenea 1996; Sanzetenea 1975).

Este camino de llameros se conectaba con el Valle Alto y con los valles de Pocona y Totorá. De hecho se sabe que un ramal salía de Sacaba y se dirigía al Valle Alto, donde se ubicaban áreas inundadas por el río Sulti y pastaba el “ganado del Inca” que era cuidado por los llamacamayoc Turpa (Schramm 1990).

⁵ Arze Quiroga señala que habría existido un antiguo camino cerca del Abra en la zona sur de la actual ciudad de Cochabamba. Este “camino pegado a la dicha laguna (de Alalay, servía) para pasar de la dicha Villa al Valle de Sacaba” (1972: 9). Es posible que haya sido un camino llamero vinculado a los bofedales de la laguna y que permitía el pase directo entre esta zona y el valle de Sacaba.

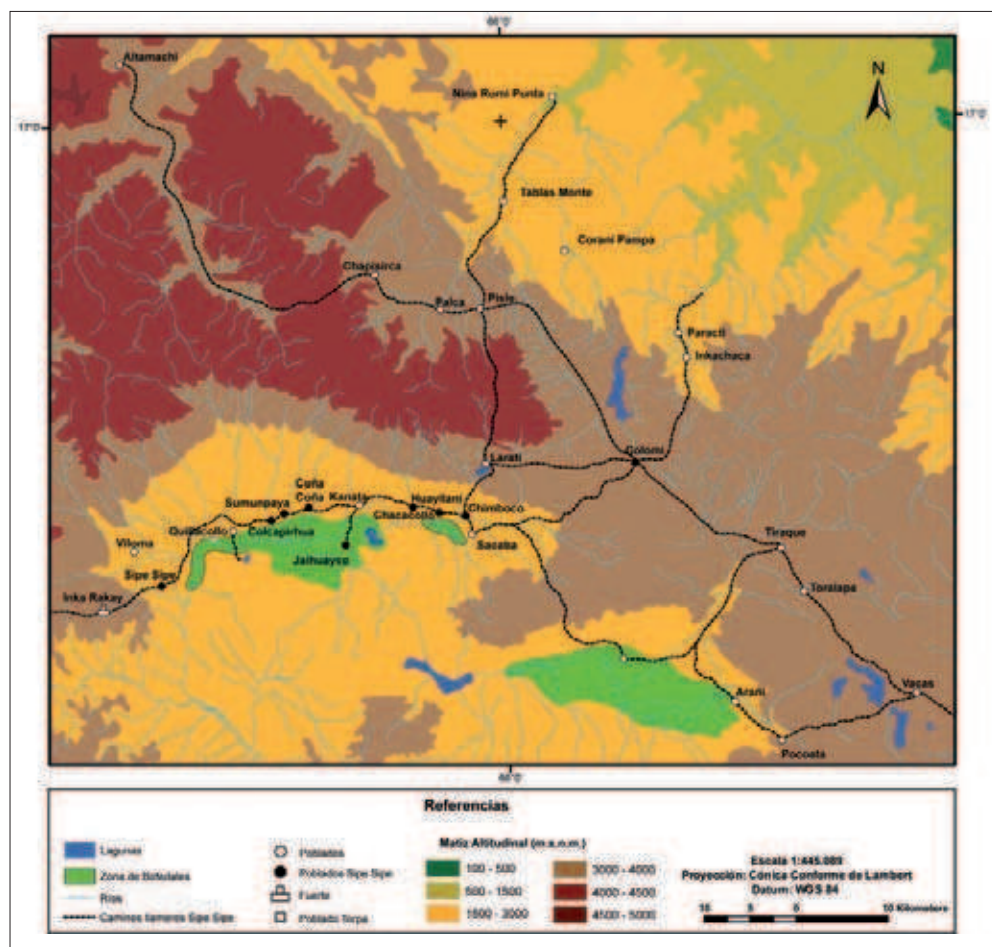


Figura 1. Mapa de pueblos de llamacamayoc Sipi Sipi y posibles caminos usados por llameros en los valles y en los yungas de Cochabamba. Fuente: Sánchez (2008).

La documentación colonial temprana señala que el maíz de los valles de Cochabamba era llevado en grandes tropas de llamas a Paria -donde se ubicaba el tambo “Real”- y de ahí al Cuzco (Wachtel 1981). Este dato nos lleva a considerar que existió un importante camino “ancho” de llameros que unía los valles de Cochabamba con el altiplano en cuya ruta debió existir una red de tambos para llamacamayoc ¿Estos tambos eran los mismos que aquellos construidos sobre el “camino real”? Es posible que no, ya que las grandes tropas de llamas necesitan de condiciones especiales para su descanso. Es factible que los tambos para llamacamayoc hayan estado asociados a zonas húmedas, con “pastizales”, agua y grandes corrales. Se trata, no obstante, de una hipótesis que deberá ser contrastada con evidencia empírica.

Aunque no tenemos por el momento referencias escritas —sí evidencia arqueológica—, es posible que la puna de la cordillera de Tiraque y de Cochabamba (por encima de los 4000 m), hábitat natural de llamas, alpacas y vicuñas hasta la

actualidad, haya estado cruzada por una densa red de caminos que conectaran Colomi, Pisle, Pallq'a, Ch'apicirca, Altamachi, Ayopaya y, de ahí, el altiplano de Oruro. A "lomo de caballo" entre los valles y los yungas, es decir situados en la altiplanicie de la cordillera, los llamereros de la puna —posiblemente Sipi Sipi⁶— descendían anualmente hacia los valles interandinos y hacia los "valles calientes" de los yungas (Sánchez 2007c, 2007e).

Por la "visita" a los indios Churumatas y Charcas hecha por Gonzáles ([1560] 1990), sabemos que tropas de "carneros de la tierra" penetraban a los Yungas de Chuquiuma y retornaban trayendo coca⁷. El español Horozco en la "Visita de Pocona" realizada en 1557, también recomienda el ingreso de "carneros de la tierra" para sacar coca de los yungas de Aripuchu⁸, lo que supondría que era una práctica común ([1557] 1970). No se tienen datos tempranos para los yungas de Incachaca y Tablas Monte, en cuya puna cercana pastaba una gran cantidad de llamas y de donde posiblemente provenían los Sipi Sipi⁹. ¿Coincidieron en algunas zonas los caminos de llamereros con el "camino real"? Es posible que sí. Por lo menos en zonas donde las condiciones topográficas, fisiográficas e hidrográficas no permitían la existencia de otras rutas, tal como parece haber sucedido en los yungas.

El "camino real"

El *Qhapac Ñan* o "camino real" fue el símbolo omnipresente del poder y la autoridad del Estado inca sobre el territorio (Hyslop 1992: 31-32. Véase también Sillar & Dean 2002; Vitry 2000) y corría desde la actual Colombia hasta Argentina articulando las cuatro partes del Tawantinsuyu (Hyslop 1984; Strude Erdmann 1963).

Lo que dicen las fuentes escritas

Según las fuentes escritas, el camino real salía del Cuzco de forma radial hacia los cuatro *suyu* (Hyslop 1984, 1992). El camino hacia el Collasuyu se bifurcaba en el lago Titicaca en dos caminos principales que corrían por ambas orillas y continuaban de manera paralela cruzando todo el altiplano (Figura 2). El camino que iba por el lado norte llegaba al tambo "real" de Paria (Bouysse-Cassagne

⁶ *Sipi* es cordillera, en aymara y *Sipi Sipi* su plural. Es posible que el etnónimo Sipi Sipi de los llamacayoc locales de Cochabamba haya sido una hetero-denominación que haga referencia al hábitat de estos llamereros.

⁷ Durante el período colonial temprano, los indios de Totorá seguían sacando coca "en carneros...hasta el asiento de Tiraque" (Gonzáles [1560] 1990: 27-30). Véase Platt et al. (2006), sobre la presencia de llamas llevando coca desde Chuquiuma hasta la Villa de Potosí.

⁸ En 1557, Horozco recomienda que el "encomendero en los yungas donde se coge e que al tal encomendero la subieze en carneros a tiraque atento que en subir los yndios la dicha coca a cuestras al dicho asiento de tiraque mueren e adolecen muchos a causa de ser el camyno aspero y la carga que suben es mucha que son dos cestos de coca" ([1557] 1970).

⁹ Hasta hace unas tres décadas atrás, tropas de llamas bajaban anualmente en sus viajes inter-ecológicos desde la puna de Pisle y Pallq'a a los yungas de Tablas Monte, llevando charke (carne deshidratada), papa, sal y otros productos y, recogiendo coca, fruta, miel, incienso.

1987), lugar donde confluían varios caminos. De este tambo, un ramal corría hacia Tapacarí para, desde ahí, descender al Valle Bajo en Cochabamba (Gutiérrez 2006; Hyslop 1984, 1992; Pereira 1979a, 1979b, 1982; Sanzetenea 1979).

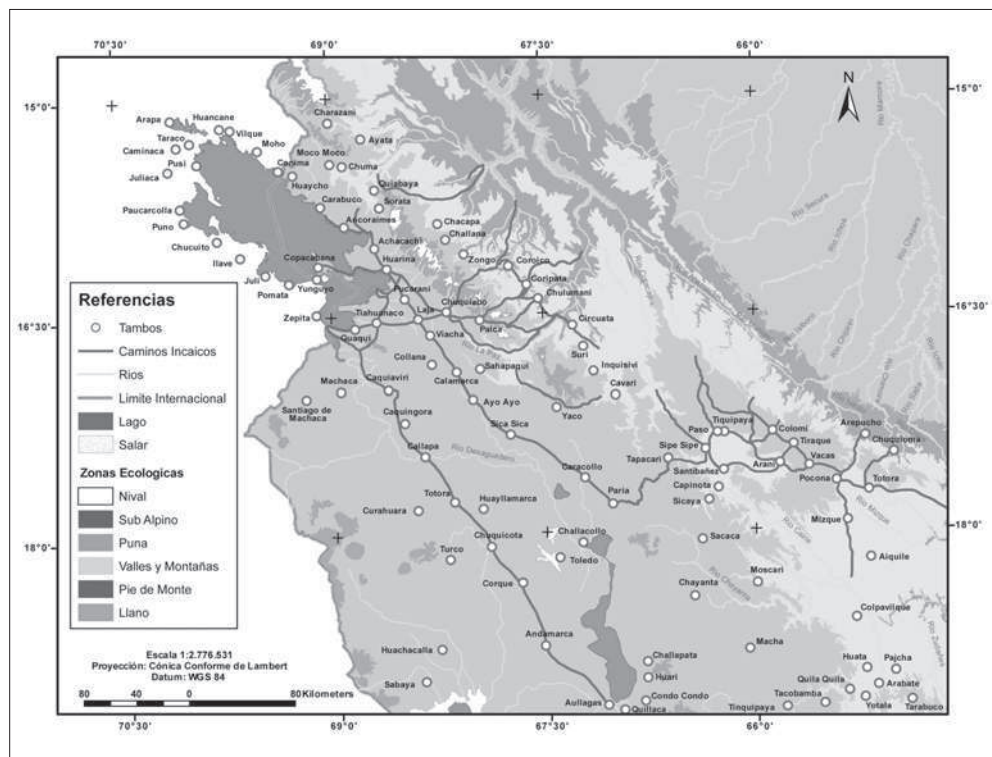


Figura 2. Mapa de “caminos Inca” en el Collasuyu y hacia el Antisuyu (yunga). Sánchez (2008).

En el Valle Bajo, el camino real se dividía en dos ramales (Pereira 1982; Sanzetenea 1979; 1984):

- Un ramal seguía hacia el norte, donde se ubicaban las chácaras repartidas por Wayna Qhapac para dirigirse hacia el Paso y Tiquipaya. De estos poblados continuaba por “la falda de la sierra al valle de Sacaba” cruzando por la zona de la actual Taquiña. En el valle de Sacaba, el camino se dividía en tres ramales principales: uno se dirigía al norte, a Larati; otro seguía a Tiraque¹⁰ para conectarse con el camino de Vacas y, el tercero, se dirigía al Valle Alto¹¹ para caer en la zona de San Benito donde Schramm (1990) ha reportado documentalmente un segmento del camino real y

¹⁰ Del camino que iba a Tiraque, un ramal se conectaba con Colomi (Pereira 1982; Sanzetenea 1979).

¹¹ Desde Laba Laba (Sacaba), donde vivían los Qhawi, podía mirarse tanto al “camino de Cliza y al camino de Laquiña” (A.H.M.C. Vol. 9, 28.X.1611, fs. 91). El valle de Laquiña se hallaba “detrás del pueblo de China (Chíñata) o que es el cabo del Valle de Sacaba, lo cual esta camyno de las Vacas” (Urquidí 1949: 237).

donde se halla un importante sitio arqueológico Inca¹².

- El otro ramal corría muy cerca de la chacara Viloma (Wila Uma) y cruzaba el actual río Rocha por ese sector (AHMC.ECC. VOL.13 N° 9. 1558). Se dirigía, posiblemente, hacia el tambo de Kharalaus (Pereira 1982). De ahí continuaba hacia el Valle Alto por Santivañez, a la zona de San Benito -donde hemos visto existía un asentamiento inca- para luego dirigirse a Arani, otro importante centro inca. De Arani un camino subía a la puna de Vacas (*wak'a*) y otro ramal, posiblemente un camino secundario, se dirigía a la zona de Pocoata donde vivían los indios Quta y Chuy (Schramm 1990). El ramal de Vacas era principal y se dirigía hacia los valles de Pocona (Céspedes 1982; Ellefsen 1972; Muñoz 2002, 2006; Pereira 1982; Sanzetenea 1979).

En el valle de Pocona el camino real se dividía en tres ramales: uno penetraba hacia los yungas de Aripuchu, el otro corría a los valles de Mizque -para continuar hacia el territorio del “señorío” Yampara- y el tercero descendía hacia los valles de Totorá, Pojo, Comarapa, Pulquina hasta llegar a Samaipata. Vázquez Machicado (1955) señala que el camino a Samaipata fue construido por los incas para dar paso a los constructores de los “fuertes” de Comarapa, Samaypata, Pulquina, puestos allí para detener a los Chiriguanaes y para extender el dominio inca hacia los “rasos de Grigota”. El maese de campo Fernando Caçorla señala en 1584 que de Copachuncho a Sabaypata (Samaypata) el “camino (era) bueno y andadero y sano y de mucha casa” y que por este “camino hasta Sabaypata¹³...en todo el año se puede andar” (Carta [1584] 1912: 422-425). De Samaipata el “camino real” descendía al llano¹⁴ (Opinión del Capitán [1584] 1912: 446; cf. Balza Alarcón 2001: 135; Vázquez Machicado 1955: 508-509).¹⁵

Las fuentes históricas han documentado, de manera fragmentaria, rutas de ingreso hacia los yungas, los mismos que se desprenden de los ramales que corren, en los valles, por las “faldas de la sierra”.

¹² Este sitio inca se halla muy cerca de otro sitio Tiwanaku. Lo ubicamos en 2004 con Ricardo Céspedes. Una pequeña recolección de superficie mostró la presencia de cerámica inca local y también cerámica Cuzco-policromo. Es posible que haya existido un tambo inca en esta zona.

¹³ El historiador cruceño Melgar i Montañó describe este camino de la siguiente manera: “Vía incaica. Sale del Fuerte de Samaipata por una calzada de piedra, pasa por el fuerte de Mairana, donde tenía población, sigue por el O. de la Necrópolis de Mairana al río, en el Ojo de Tazajos, cantón Mataral tenía otra población, seguía por la quebrada de Chacgarhuico a la Aguada del Pie de la Cuesta donde hai un manantial pasa por la Piedra, Sincho de la Piedra sale al Jague, va por Pulquina Arriba, donde se nota su fortaleza, por Comarapa donde había otra fortaleza seguía a la fortaleza de Pojo a Copachuncho” (Melgar i Montañó 1955: 13).

¹⁴ El 20 de abril de 1561, el Cabildo secular cruceño pide que los indios de La Plata abran “el camino antiguo del Inca que viene por Poxo hasta sus términos”. En 1584, el Mc. Fernando de Cazorla i Narváez, dice que Alonso Paniagua, y otros más anduvieron el Camino del Inca de Copachuncho a Samaypata. (Melgar i Montañó 1955: 19).

¹⁵ No sabemos si a fines del siglo XVI se seguían manteniendo las antiguas rutas prehispánicas que comienzan por los “rasos de Grigota”. Conocemos que a finales de este siglo existían tres caminos “sabidos por los chiriguanaes” y que eran “caminos de para de verano unos y para de invierno otros” y que eran utilizados por estos guerreros para juntarse con sus aliados Yuracare y Sore y, posiblemente con los rebeldes Chuy (Opinión del Capitán [1584] 1912: 446).

Sanzetenea (1979, 1984), Pereira & Céspedes (1982) y Pereira (1979a, 1979b, 1982), en base a fuentes históricas han echado luz sobre los caminos de penetración desde Totora y Pocona hacia los yungas de Tiraque, Aripuchu y Chuquiuma donde el inca tenía sus cocalos. El camino que penetra desde Totora a los yungas de coca de Chuquiuma, era abrupto y descendía casi verticalmente (Horozco [1557] 1970; cf. Sanzetenea 1979, 1984; Pereira 1982; y Pereira & Céspedes 1982). El camino de Pocona hacia Aripuchu y que conectaba con los yungas de coca de Iuno (Umu) y Antahuagana, penetraba por Montepunku (“puerta al monte”) en un camino que descendía a los Yungas por laderas empinadas (Figura 3).

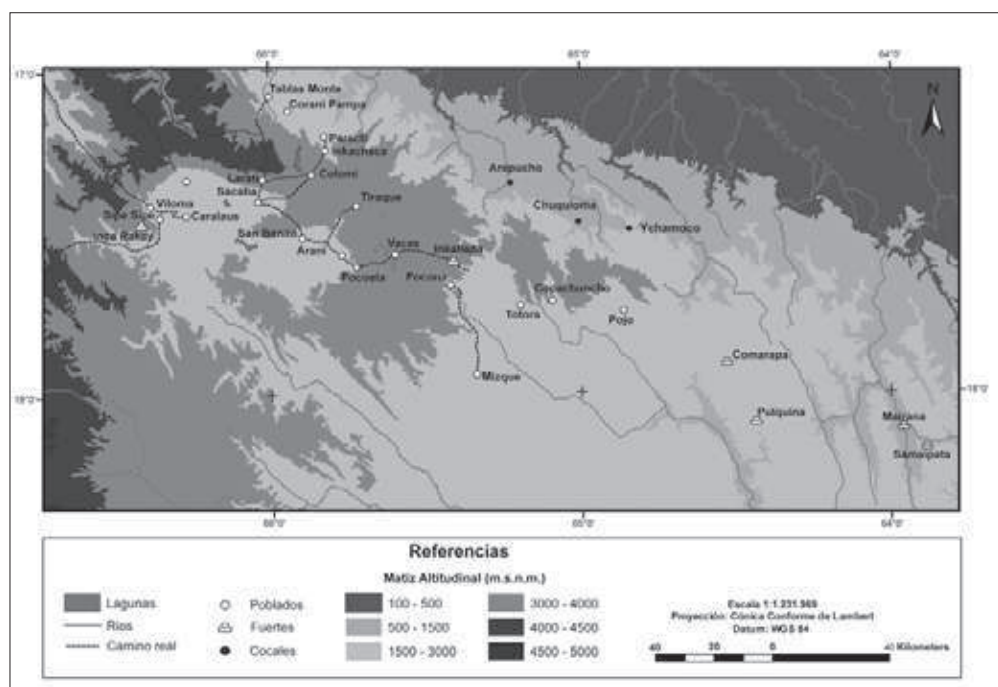


Figura 3. Mapa con las posibles rutas del “camino real” según las fuentes históricas. Se trata de caminos formalmente construidos. Sánchez (2008).

Renard-Casevitz & Saignes, han señalado una ruta de penetración hacia el Chapare por el río Paracti por donde el inca cada día “enviaba indios para la dicha conquista” (1988: 106). Es posible que este camino sea uno de los reportados por Polo de Ondegardo cuando señala que de Cochabamba salían “caminos hechos hasta la tierra de guerra” ([1571] 1916; cf. Byrne de Caballero 1981). Por la “entrada” de Angulo ([1588] 1906) sabemos que, descendiendo por el “camino del Ynga” hacia los llanos –sin duda, por la actual zona de Paracti– existían varios pueblos, entre ellos uno llamado Characa (donde había “grandes

flecheros”) y una “fortaleza” denominada “Corocoro” situada en plena llanura¹⁶, además de varios pueblos que se hallaban conectados por un camino. Por una fuente tardía sabemos de la existencia de un camino “jesuita” empedrado en los Yungas del Espíritu Santo (Urquidi 1941: 7) y que posiblemente fuera un camino prehispánico.

Un importante camino subía de Tiquipaya hacia la cordillera de Cochabamba para dirigirse hacia las “montañas arcabuco”. Es probable que ésta sea la ruta que sigue, hacia 1564, Diego Alemán en su “entrada” a Moxos. El Informe señala que Alemán, luego de andar “veinte leguas de puna donde hay mucha caça de guanacos, vicuñas y ciervos” (¿pampas de Altamachi?), de entrar en “tierra caliente de montaña y a partes de çabana”, de pasar por los pueblos de Uroma¹⁷ y Siquilanke y atravesar el río Viane y los pueblos de Semerique y Machioco para caer en Ico, llegó a los llanos de Moxos (Entrada [1564] 1897). Es posible que, en este ingreso, haya estado acompañado por caciques de los yungas (la “montaña”): “trató con ellos que le llevasen a los llanos por donde había entrado la gente del Inga; y fueron los indios de un acuerdo y le llevaron derecho por donde había entrado la gente del Inga, y fue por este camino...hasta dar en la çabana de los llanos, quedando atrás toda la montaña” (*Ibid.*). Si seguimos las limitaciones que impone la orografía en esta zona, es factible pensar que este camino seguía un rumbo hacia el río Cotacajes para de ahí caer en la confluencia del río Beni, hacia el Quiquibey. Desde esta zona, es probable haya seguido hacia Rurrenabaque en plena llanura amazónica¹⁸ (Pärssinen & Siiriäinen 2003, para ver la presencia Inca en esta zona). Es posible también que este camino haya penetrado por los yungas de Altamachi¹⁹.

¹⁶ Pärssinen & Siiriäinen consideran que Angulo ingresa por la zona de Ayopaya (2003b).

¹⁷ Entre los pocos datos que se tienen sobre el pueblo de Uroma o Yuroma se halla el informe realizado el 21 de noviembre de 1620, por el general don Antonio de Barrasa y Cárdenas al Cabildo en la Villa de Oropeza (hoy ciudad de Cochabamba):

“que como es público y notorio, los días pasados salieron á esta Villa y Valles, Cristóbal de Peralta y otros sus compañeros é dijeron venir del pueblo de Yuroma que confina con los llanos é tierras de los indios Mojos é Chunchos que están conjuntos y límites de la Cordillera de esta Villa, y que en el dicho pueblo de Yuroma habían hallado noticia muy grande de que en aquellas partes habían hecho experiencia de que había grandes minerales de oro y plata, que los indios del dicho pueblo de Yuroma decían que querían ser cristianos y reducirse á nuestra Santa Fe Católica, y que ellos darían noticia de los dichos minerales y les enseñarían entrada segura por donde se pudiese entrar á la tierra llana de los Mojos y chunchos, y que habiendo tomado de ello relación verdadera con informaciones é otras diligencias que había fecho, había dado noticia y aviso de ello al Excelentísimo Príncipe de Esquilache Visorrei de estos reinos, ofreciéndose hacer este descubrimiento y conquista, é que pues es servicio de las dos majestades divina é humana é bien de esta Provincia, pidió que éste Cabildo é Villa pidan lo mismo con el calor que conviene” (Soruco 1900: 82).

El Cabildo realizado el 15 de marzo de 1621, destaca que el procurador general de esta Villa, Capitán Luís Pérez de Rojas “ya le notificó á este Cabildo y Villa y Provincia, de que los indios Mojos y Chunchos residen de ella á cuarenta y á cincuenta leguas poco más ó menos y que de los pueblos más comarcanos de los dichos indios Mojos, han salido algunos á esta dicha Villa y Valles de ella y dicho y afirmado la muchedumbre de indios que hay en aquellas provincias y que algunos han mostrado voluntad de ser cristianos”, pidiendo que el Gobierno haga merced para la conquista y la pacificación de los Mojos, pidiendo la Entrada (op.cit. 87-90).

¹⁸ En la aledaña zona de San Borja y San Ignacio (Beni), comienza la presencia de terraplenes y caminos que conectan toda la llanura de Moxos (Erickson 2000).

¹⁹ Las rutas jesuitas son importantes para encontrar antiguas rutas de conexión entre los valles de Cochabamba

Lo que muestran los registros arqueológicos

El registro arqueológico, aunque menor, es importante para diseñar el paisaje de tramas viales que articulan diversos ecotipos. Un camino recorrido por Hyslop (1984, 1992) y Pereira (1982), es el que baja de Paria (Oruro) hacia Tapacarí. Este camino ha sido re-visitado por Gutiérrez (2006), quien destaca la presencia de sectores empedrados con obras constructivas como rampas, canales y empedrados. En Cotapachi (Quillacollo), Ellefsen ha reportado un sendero que conduce hacia el sector de los *qollqas* y que hacia la década de 1970 aún poseía graderías (cf. Los Tiempos 1975). Un segmento del camino formalmente construido entre Vacas y Pocona ha sido recorrido por Pereira (1981). En Inkallajta, Muñoz ha investigado un “camino doble” interpretado como una ruta de peregrinación hacia este centro (2002). Marulanda ha reportado un camino empedrado de filiación inca de unos 3 m de ancho, en la franja limítrofe hacia los “rasos de Grigota” en la “ciudadela” o “fortaleza” de Parabanocito en el departamento de Santa Cruz de la Sierra (s/f.: 15).

En los Yungas, Céspedes ha reportado segmentos de un camino con soladura de piedra cerca al río San Jacinto (1986). La ruta, en partes empedrada entre Totora-Chuquiuma, ha sido prospectada a mediados de la década de 1970 por el equipo de arqueólogos de la Universidad Mayor de San Simón (Departamento de Arqueología 1976)²⁰. Otro camino —con segmentos que conservan soladura de piedra— que se dirige a los yungas de Aripuchu ha sido reportado por Paolillo (1990) y se conecta con los yungas de San Pedro, Icuna y Antahuaqana (Sánchez 2007a)²¹. Es posible que este camino forme parte de un sistema de conexión dentro de los yungas lo que implicaría que espacios como los yungas de Ichamoqo, Aripuchu, Chuquiuma, Paracti, Tablas Montes y otros más, se hallaban unidos por caminos generando una red vial dentro de los yungas que, por ahora, desconocemos (Figura 4).

y los llanos amazónicos. Se sabe que en 1688 el Hermano José del Castillo, intentó pasar a Cochabamba por el “camino de los Raches” sin llegar a su destino. Estando “dentro de la Cordillera se ahogó, según el testimonio de unos indios, o según depusieron otros le mataron infiles” (Ballivián 1891: 59). Por orden del Padre Superior Pedro Marbán y con el fin de encontrar un camino por la Cordillera de Cochabamba, algunos años después salen a explorar los Padres Antonio de Orellana y José de Vega. Ambos descubren en las serranías la existencia de un gran número de indígenas. Luego de algunos contratiempos, solo prosigue el P. Orellana quien abre un camino que posibilitaría el comercio de las misiones con el Perú. Es posible que haya seguido la ruta de los Rache (Torres Saldamando 1884).

²⁰ Empedrado en varios sectores, con un ancho de hasta 3 m en varias zonas. Es de clara factura inca. Posee canales de drenaje, empedrados y escalinatas hechas con piedra rodada.

²¹ Recorrido en 2003, conserva segmentos bastante deteriorados de un empedrado sólido de 1 a 1½ m de ancho y con un sistema constructivo en el que destacan los desagües laterales en zonas de colinas y canales a ambos lados. Posee sectores con escalinatas hechas de piedra con canales laterales para botar el agua de lluvia (Sánchez 2007a).



Figura 4. Segmento empedrado del “camino del Inka” entre Aripucho y San Pedro.

En la cordillera de Tiraque, Céspedes ha reportado segmentos de caminos empedrados en la zona de Candelaria. Un camino formalmente construido, conecta los yungas y el valle de Sacaba por una vía que sube hacia Larati²². Este camino posee sectores de tierra afirmada, así como segmentos empedrados y amurallados. En algunos trechos posee bordes alzados de piedra a los lados del camino (Figura 5).

En Larati este camino se divide en dos ramales: el primero continúa subiendo hacia la puna de Pisle-Pallq’a y el segundo, se dirige hacia la puna de Colomi. El primer camino, que sube a Pisle/Pallq’a, esta formalmente construido. Conserva en ciertas partes restos de segmentos empedrados que, en algunos sectores, pasa junto a estructuras aparentemente habitacionales y corrales. Desde esta puna, el camino desciende a los yungas de Tablas Monte por un sendero formalmente construido, empedrado en partes y con escalinatas en los lugares más abruptos -en la actualidad gran parte de este camino ha desaparecido dentro del bosque por su abandono-²³.

En Tablas monte, el camino cruza el río Jatun Mayu (río Grande) por un puente llamado Incachaca (“puente Inca de piedra”) y desde ahí sube al pueblo. Del pueblo de Tablas monte salen varios ramales: uno, empedrado en ciertos sectores, se dirige a Maica monte²⁴; otro, llamado “inkayan”, desciende hacia el

²² Existen varios otros ramales que salen de la zona de Ucuchi y Laquña en el valle de Sacaba y que se dirigen hacia Colomi y Aguirre.

²³ Este parece ser el camino que usa el padre La Cueva, en su ingreso hacia los yungas, a principios del siglo XIX (ANB. MyCh. 627. f. 7, 1820).

²⁴ Según las referencias de los campesinos, de Maica monte sale un camino empedrado hacia la zona de Ch’apircra. Si seguimos algunas referencias históricas, este camino es el mismo que llega a la zona de Tiquipaya, en el Valle Central de Cochabamba, y que es posible sea el mismo reportado por el viajero Alcides D’Orbigny en el siglo XIX (1845).

río Qonchu mayu y se dirige a otro complejo prehispánico denominado Peñón. Conserva rastros de segmentos hechos con soladura de piedra en algunos sectores y posee un ancho de 1 a 2 m en varios tramos. De este camino salen delgados senderos que se dirigen a varios asentamientos ubicados en el cerro Machu Peñón²⁵. Entre estos asentamientos destaca El Churo —donde existen rastros de una pequeña ciudadela ahora cubierta por el bosque—, Guanaquitos, Nina Rumi Punta²⁶ y Chullpa Moqo (Figura 6).



Figura 5. Vista general del camino en partes empedrado y amurallado con el muro lateral hecho de piedra. Larati.



Figura 6. A la izquierda, sendero con escalinatas que sube al cerro Machu Peñón. A la derecha, el arqueólogo Ramón Sanzeteña junto a un muro hecho con lajas de piedra; sitio El Churo.

²⁵ El Peñón parece ser un complejo de asentamientos integrados dominados por un cerro imponente y plano, llamado sugestivamente Machu peñón. En este yunga confluyen los ríos Jatun mayu (que baja de Tablas monte) y el Corani (que baja de los yungas de Corani pampa).

²⁶ Una recolección de cerámica de superficie en este sitio, mostró la presencia de cerámica “local” similar a la de Tablas Montes (Estilo Negro), cerámica estilo Tiwanaku (Fase Piñami) y de tierras bajas (Sánchez 2008).

El segundo ramal que sale de Larati se dirige hacia Colomi. De la puna de Colomi salen dos caminos formalmente contruidos hacia los yungas de Inkachaca/Paracti. El primero corre desde la actual zona de Aguirre hacia la serranía de Murmuntani. Cruza por un puente de piedra (*rumichaca*: “puente de piedra”)²⁷ -actualmente desaparecido-, sobre el río Supay huark’una, para de ahí descender, en zig-zag, por un camino formalmente contruido hacia los yungas de Inkachaca. Este camino posee diversos sistemas constructivos típicamente inca: rampas laterales hechas de piedra, muros de contención adyacentes, desagües simples y dobles y, escalinatas.

El segundo, llamado el “Camino del Inca”, parte del actual pueblo de Colomi (Figuras 7 y 8). Este camino, muy bien conservado y empedrado casi en su integridad, posee escalinatas y canales simples y dobles de desagüe. Se dirige hacia el cerro de Abra k’asa y cruza la cordillera por un profundo corte (de ahí su nombre) que se abre a modo de puerta. De Abra k’asa el camino descende por la cuchilla de los cerros para caer en el yunga de Inkachaca donde coincide con el camino que baja desde el río Supay huark’una (Sánchez 2007e).



Figura 7. Segmento de subida del “camino del Inca” Colomi-Inkachaca.

En Inkachaca, en el sector Inkacorral, aún se conservan fragmentos de un camino empedrado, con un ancho de 1½ m (Figura 9). Este camino corre bordeando el río Málaga. Probablemente haya cruzado por el delgado sector donde actualmente se halla el “puente colgante” y donde pudo haber estado el

²⁷ Este camino fue reutilizado en el siglo XIX por los comerciantes que penetraban al Chapare con sus mulas. Una descripción de este camino aparece en Aguirre Achá ([1902] 1927). Este camino no aparece en los mapas de ingreso de los franciscanos hacia el Chapare, durante la primera mitad del siglo XIX.

“puente de crizneja”²⁸ inca que reportan las fuentes documentales (cf. Saignes 1985). Un fragmento de camino empedrado aparece nuevamente sobre la ladera sur del cerro El Peñón, lo que es una evidencia de que el camino cruzaba el río Qollqe mayu. Es posible que este cruce se lo haya hecho por un puente de piedra (*rumi chaca*) que se halla sobre este río. El camino desciende hacia el Paracti. Sobre el río San Jacinto, como se dijo, Céspedes ha ubicado trazas de la continuación de este camino -con soladura de piedra-, asociado a un puente de clara factura inca (1986) y que posiblemente continúa descendiendo hasta llegar a los llanos del Chapare.



Figura 8. Segmento de bajada del “camino del Inca” Colomi-Inkachaca.

Toda esta red de caminos formalmente construidos (Figura 10), posee características tecnológicas incaicas similares a las reportadas por otras investigaciones (Hyslop 1984, 1992; Rostworowsky 2004; Vitry 2004). Estas características pueden ser agrupadas en los siguientes tipos: camino afirmado de tierra, camino con borde alzado con uno o dos bordes de piedra, camino empedrado, camino amurallado, camino amurallado y empedrado, camino con rampa en ladera y empedrado, camino con rampa en ladera y muro lateral, camino empedrado con escalinatas. Puede añadirse a esta tipología, aquellos caminos empedrados con: (1) desagües (uno o dos) hechos de piedra y que cruzan transversalmente los caminos y, (2) con desagües que corren de forma lateral.

²⁸ El puente de “crifneja” era llamado en aymara: Phala, Mulla, Simpa, fufu chaca. El puente de madera: sau chaca. El puente de piedra: Cala Chaca (Bertonio [1612] 1984: 384, I).



Figura 9. Segmento de camino empedrado en Yerba buena pampa (yunga de Inkachaca).

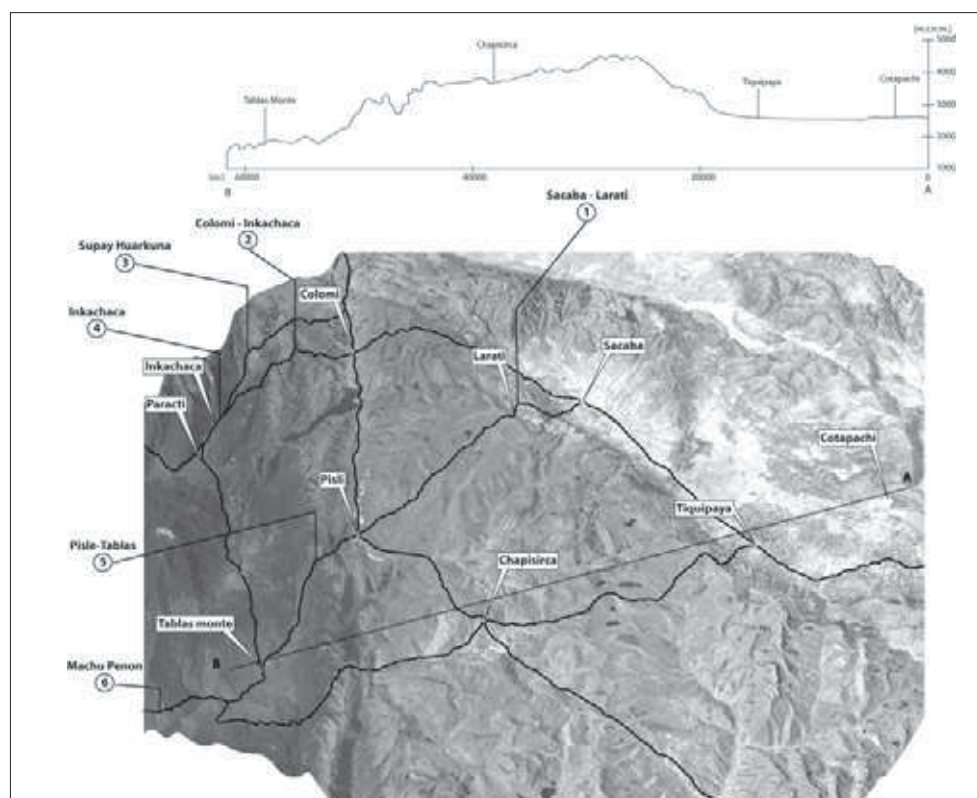


Figura 10. Red de los principales “caminos Inca” que conectan los valles, la puna y los yungas.

Elementos asociados a los caminos en los yungas y que poseen una gran relevancia por su carácter estratégico, son los puentes (Hyslop 1984, 1992; Thompson & Murra 1966). Hyslop (1992) clasifica los puentes incas en: (1) puentes con estructura de piedras, (2) puentes con estructura de maderas, (3) puentes colgantes con estructura de fibras vegetal, (4) oroyas, (5) puentes flotantes y (6) botes de paso. Un puente con estructura de piedra y durmientes, de aproximadamente 5 m de alto, con cuatro hornacinas inca se halla en el río San Jacinto (Céspedes 1986). Tres rumichaca (puentes con cubierta de grandes rocas planas) se ubican en Inkachaca (sobre el río Qollqe mayu), Tablas Monte (sobre el río Jatun mayu), y sobre el río Supay Huayk'una (desaparecido). Aunque no reportado arqueológicamente, sabemos que en la zona de Paracti existía un “puente de crizneja” o de estructura de fibra vegetal. Es posible también que haya existido un tipo de puente rústico hecho de un tronco caído de un árbol, similar a los que los actuales campesinos usan (Figura 11).



Figura 11. A la izquierda: puente Inca sobre el río San Jacinto (Céspedes 1986). A la derecha: sistema tecnológico y de amarre actual usado para la cubierta en puentes con base de piedra. Río Naranjitos-San José.

Toda esta infraestructura vial regional muestra que, durante el Incario, los valles, la puna y los yungas se hallaban fuertemente articulados intra e inter-regionalmente por caminos formalmente contruidos -y sin duda por una gran cantidad de senderos-, y donde los puentes, principalmente en los yungas, tenían una gran importancia para el control de la gente y del espacio.

Conclusiones

Este complejo sistema de redes y circuitos viales que articula valles, puna, yungas e incluso los llanos amazónicos en Cochabamba, pone en evidencia la existencia de múltiples y diversos entramados relacionales entre las sociedades que vivieron en estos espacios, así como mecanismos de complementariedad, intercambio y circulación de gente, productos, ideas, conocimientos y tecnologías.

Todo ello nos lleva a plantear la necesidad de ampliar los modelos andino-centristas que postulan las articulaciones del tipo altiplano-valles como las únicas y las más importantes.

Estos circuitos nos conducen también a poner en duda la imagen “fronteriza” de los valles de Cochabamba y de los yungas, tal como ha venido siendo planteada hasta la actualidad. Una mirada no sesgada por la visión altiplánica –con fuerte sustento en teorías basadas en el modelo centro-periferia– muestra una profunda integración entre tierras bajas, yungas y valles. Este postulado tiene sólida evidencia arqueológica si atendemos a los trabajos del Período Formativo de Brockington *et. al.* (2000) quienes sostienen –para ese período y desde una perspectiva difusionista– contactos fluidos e importantes y que se habrían intensificado durante el Horizonte Medio (Sánchez 2007b; 2007d, 2007f, 2008), continuando durante el Período Intermedio Tardío (Sánchez 2008) y acentuándose, con profundos cambios, durante el Horizonte Inca, momento en el cual, muchos caminos habrían sido formalmente re-construidos.

Todas estas redes apoyan la hipótesis de circuitos relacionales de fuerte densidad en dos sentidos: (1) “verticales” del tipo valle-puna, valle-yungas, puna-yungas, valle-llanos amazónicos y, (2) “horizontales” del tipo valle-valle o yunga-yunga. Tales entramados, sustentados en sólida evidencia arqueológica, sugieren, en primer lugar, que un modelo de verticalidad del tipo altiplano-valles no sería más importante que los anteriormente descriptos y, en segundo lugar, que este modelo de verticalidad sería tardío; es decir, se habría desplegado a partir de la llegada de los incas a los valles y a los yungas, si seguimos la sugerencia de Platt *et. al.* (2006) y de Sánchez (2008) de que los vínculos entre tierras altas-valles se habrían roto en el Intermedio Tardío.

En esta línea de comprender el poder y la agencia local, hay que destacar la presencia de sociedades llameras ubicadas en la puna de la cordillera de Cochabamba y de Tiraque lo que implicaría, igualmente, comenzar a matizar la imagen de caravaneros de llamas llegando siempre desde el altiplano. La presencia importante de sociedades llameras locales que cubrían circuitos regionales, muestra la necesidad de comenzar a re-diseñar los circuitos sociales-económico-político en los Andes mirando de manera más aguda hacia las interrelaciones entre las sociedades andinas con sus similares de los valles, los yungas y la Amazonía.

Abreviaturas

AHMC	= Archivo Histórico Municipal de Cochabamba
ECC	= Expedientes Coloniales.
ANB	= Archivo Nacional de Bolivia
MyCh	= Mojos y Chiquitos

Fuentes no publicadas

- AHMC. ECC. (1570). Proceso de pleito entre los indios de sipe sipe y Juan duran sobre tierras. Averiguación sobre el repartimiento de guayna capac de asientos y pueblos. 13 (9), 179-194.
- A.H.M.C. (1611, octubre 28). Petición y posesión de títulos de tierra en Sacaba llamados Urincate y Cabalaba de María Becerra. 9 (1), 47-184.
- ANB.MyCh. (1820). Informe del P. La Cueva de 23 de febrero. 627., f. 7. Sección de Gobierno.

Fuentes publicadas

- Angulo, Francisco de. [1588] 1906. Informaciones hechas por el Capitán Francisco de Angulo, sobre el descubrimiento de la provincia de Corocoro y demás inmediatas. En V. M. Maurtua (Ed.). *Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia. Prueba Peruana presentada por Víctor M. Maurtua*. Tomo IX. Madrid: Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández.
- Ballivián, M. V. (1891). *Historia de la Misión de los Moxos de la Compañía de Jesús*. La Paz: Imprenta del Comercio.
- Bertonio, L. [1612] 1984. *Vocabulario de la lengua aymara*. La Paz: CERES-MUSEF.
- Carta [1584] 1912. Carta del Maese de campo Fernando Caçorla. En R. Mujia (Comp.). *Paraguay-Bolivia. Exposición de los títulos que consagran el Derecho territorial de Bolivia sobre la zona comprendida entre los ríos Pilcomayo y Paraguay*. Anexos. Tomo II. La Paz: Empresa Editora de “El Tiempo”.
- Cieza de León, P. de. [1553] 2000. *La Crónica del Perú*. España: DASTIN S.L.
- De Ondegardo, P. [1571] 1916. Los errores y supersticiones de los indios, sacados del tratado y averiguación que hizo el Licenciado Polo. En *Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas por el Licenciado Polo de Ondegardo (1571)*. Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, T.III. Lima: Imprenta y Librería Sanmarti y Cia.
- Entrada. [1564] 1897. Entrada de Diego Alemán a los Mojos o Mussus. Memoria de la Jornada de los Mojos y descubrimiento de la tierra de los llanos. En *Relaciones Geográficas de Indias publicadas por el Ministerio de Fomento*. Tomo IV. Madrid: Tipografía de Los Hijos de M.G. Hernández.
- González, J. [1560] 1990. *Visita de los yndios Churumatas e yndios charcas de Totorá que todos estan en cabeza de su Majestad. 1560*. Serie: Fuentes Primarias. La Paz: MUSEF.
- Gutiérrez de Santa Clara, P. 1963-1964. *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de las Indias*. Vols. 165-167. Libro III. Madrid: BAE,
- Horozco, M. de y del Ringon, F. [1557] 1979. Visita a Pocona, 1557. *Historia y Cultura* 4, 269-308.
- Opinión del Capitán. [1584]1912. Opinión del Capitán Gonzalo Solís Holguín. En R. Mujia (Comp.). *Paraguay-Bolivia. Exposición de los títulos que consagran el Derecho territorial de Bolivia sobre la zona comprendida entre los ríos Pilcomayo y Paraguay*. Anexos. Tomo II. La Paz: Empresa Editora de “El Tiempo”.
- Relación de guerra. [1584] 1912. Relación de la guerra de los Chiriguano y estados en que se hallaba. En R. Mujia (Comp.). *Paraguay-Bolivia. Exposición de los títulos que consagran el Derecho territorial de Bolivia sobre la zona comprendida entre los ríos Pilcomayo y Paraguay*. Anexos. Tomo II. La Paz: Empresa Editora de “El Tiempo”.
- Soruco, E. (Comp.). (1900). *Digesto de Ordenanzas, reglamentos, acuerdos, decretos*. Cochabamba: Imprenta de El Heraldito.
- Torres Saldamando, E. (1884). *Historia de la Misión de Moxos en la República de Bolivia escrita en*

1669, por el P. Diego de Eguiluz; Lima: Imprenta del Universo.

Referencias citadas

- Arze Quiroga, E. (1972). Notas sobre la fundación de la Villa de Oropeza. *Canata, Revista Municipal de Cultura* 9, 5-13.
- Aguirre Achá, J. [1902] (1927). *De los Andes al Amazonas. Recuerdos de la Campaña del Acre*. (2da Ed.). La Paz: Editorial “Renacimiento”.
- Bouysse-Cassagne, T. (1987). *La Identidad Aymara: aproximación histórica (Siglos XV-XVI)*. La Paz: HISBOL/IFEA,
- Brockington, D., H. D. Pereira y R. Sanzeteña (2000). *Investigaciones Arqueológicas en las Tierras Tropicales del Departamento de Cochabamba, Bolivia*. Cochabamba: INIAN-Museo Arqueológico-UMSS.
- Browman, D. (2001). L’expansion de Tiahuanacu. Les caravanes de lamas. *Dossier d’archéologie (Tiahuanacu. Une civilisation des Andes)* 261, 50-57.
- Byrne de Caballero, G. (1975a) (1975, noviembre 30). La arquitectura del almacenamiento en la logística Incaica. *El Diario*. La Paz.
- Byrne de Caballero, G. (1975b). La lógica de almacenamiento. en: *El Diario*, La Paz, 30.XI.1975.
- Céspedes P., Ricardo. 2001. Les vallées de Cochabamba sous la domination de Tiahuanacu. *Dossier d’archéologie (Tiahuanacu une civilisation des Andes)* 261, 42-49.
- Byrne de Caballero, G. (1981). Los Asentamientos incaicos en el área de Khochapampa. En *III Reunión Internacional de arqueología Boliviana-Peruana (Copacabana)*. Pp. 393-417. La Paz: INAR.
- Byrne de Caballero, G. (1982). La Cerámica Incaica en Cochabamba. *Cuadernos de Investigación. Serie Arqueología* 1, 1-51.
- Byrne de Caballero, G. (1986, noviembre 13). Camino Inca de San Jacinto. Uno más dentro del sistema de penetración a la selva. *Los Tiempos (Correo)*, Cochabamba.
- Byrne de Caballero, G. (2007). *Culturas Prehispánicas de Cochabamba durante la Expansión de Timanaku*. (Tesis de Licenciatura). UCB, Cochabamba.
- Departamento de Arqueología. (1976, noviembre 7). Viaje a LLactapampa. *Los Tiempos*, Cochabamba.
- Ellefsen, B. (1972). *Importancia Histórica de Incallacta*. Corporación de Desarrollo de Cochabamba. Cochabamba: Publicaciones de CORDECO.
- Erickson, C. (2000). Los caminos prehispánicos de la Amazonia Boliviana. En L. Herrera y M. Cardale de Schrimpf (Eds.). *Caminos Precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros*. Pp. 15-42. Bogotá-Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Gordillo, J. M. y M. Del Río (1993). *La Visita de Tiquipaya (1573). Análisis etnodemográfico de un padrón toledano*. Cochabamba: UMSS-CERES-ODEC/FRE.
- Gutiérrez O., D. (2006). Avances en la arqueología de caminos precolombinos en Bolivia. Tramo: Paria-Tapacari (sitios asociados y características formales de construcción del camino). *Nuevos Aportes* 2. Recuperado de www.arqueolobolivia.com.
- Gyarmati, J. y Varga, A. (1999). *The Chacaras of the War. An Inka State Estate in the Cochabamba Valley. Bolivia*. Budapest: Museum of Ethnography.
- Hyslop, J. (1984). *The Inka road system*. Orlando & Londres: Academia Pres. INC.
- Hyslop, J. (1992). *Capac Ñan. El sistema vial incaico*. Perú: Instituto de Estudios Arqueológicos.
- Los Tiempos. (1975, enero 4). La escalinata del Inka en el Lago de Cotapachi. *Los Tiempos*, p. 3.
- Marulanda, R. (s/f). *Algunos trabajos arqueológicos en la región de Samaipata-Departamento de Santa Cruz-Bolivia*. Mimeo: IFEA-CIASS-UNAR-Universidad Paris I.

- Melgar I Montaña, A. (1955). *Historia de Valle Grande*. Marrana: Impr. Mercado A.
- Muñoz, M. de los Á. (2002). Inkalljata: arqueología, desarrollo e identidad. *Cultural, Revista de la Fundación Cultural del Banco Central* Año VI 20.
- Muñoz, M. de los Á. (2006). *Patrimonio Cultural y Desarrollo Local Comunitario. El caso Incallajta*. Cochabamba-Bolivia: UMSS-Asdi/SAREC-INIAM.
- Paolillo, A. (1990). New discoveries in Bolivia. *Ligabue Magazine* IX (17), 138-139.
- Pärssinen, M. y A. Siiriäinen (2003a). *Andes Orientales y Amazonia Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. La Paz: Producciones CIMA.
- Pärssinen, M. y A. Siiriäinen (2003b). Los intereses amazónicos del Estado Inca (Tawantinsuyu). En *Andes Orientales y Amazonia Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. Pp. 71-129. La Paz: Producciones CIMA.
- Pärssinen, M. y A. Siiriäinen (2003d). Cuzcotoro y el sistema incaico de fortificaciones en Chuquisaca, Bolivia. En *Andes Orientales y Amazonia Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. Pp. 133-165. La Paz: Producciones CIMA.
- Pärssinen, M. y A. Siiriäinen (2003e). La fortaleza de Oroncota y sus entornos. En *Andes Orientales y Amazonia Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. Pp. 169-211. La Paz: Producciones CIMA.
- Pereira H., D. (1979a, diciembre 2). La red vial incaica entre Paria y Tapacari. *Los Tiempos*. Cochabamba.
- Pereira H., D. (1981, julio 5). Otro importante lugar pre-colombino en Cochabamba, Kharalus Pampa: tambo incaico en Quillacollo. *Los Tiempos (Facetas)*. Cochabamba.
- Pereira H., D. (1982). La Red Vial Incaica en Cochabamba (Estudio Arqueológico y etnohistórico). *Cuadernos de Investigación. Serie Arqueología (1)*. Cochabamba.
- Pereira H., D. y R. Céspedes (1982). *Culturas Pre-incas y Redes Viales en Cochabamba*. Cochabamba: Museo Arqueológico-UMSS.
- Pereira H. D. y R. Sanzeteña (1996, mayo 7). Jahuntiri. Nuevo complejo de depósitos para el maíz en Quillacollo. *Los Tiempos (Facetas)*. Cochabamba.
- Pereira H. D., C. Morris y R. Sanzeteña (1994). *Informe de Excavaciones gollqas incaicas de Cotapachi y del tambo de Karalaus Pampa (Quillacollo-Cochabamba, Bolivia)*. Cochabamba: Instituto de Investigaciones Arqueológicas.
- Platt, T., T. Bouysse-Cassagne y O. Harris (2006). *Qaraqara-Charka. Mallku, Inka y Rey en la provincia de Charcas (siglos XV-XVII)*. Historia antropológica de una confederación aymara. La Paz: IFEA-Plural Editores-University of St. Andrews-University of London-InterAmerican Foundation-Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.
- Renard- Casevitz, F.M., T. Saignes y A. C. Taylor-Descola (1986). *Al Este de los Andes. Relaciones entre las Sociedades Amazónicas y Andinas entre los Siglos XV y XVII*. (Tomos I-II). La Paz: Ediciones Abya-Yala – Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Rostworowski, M. (2004). *Inkas*. Lima: Impresa Editora El Comercio.
- Saignes, T. (1985). *Los Andes Orientales. Historia de un Olvido*. Cochabamba: IEF-CERES.
- Sánchez C., W. (2002). Chonta y tembe: sistemas de paisajes y ocupación del territorio entre los Yuracare. *Boletín del INLÁN-Museo* 4(29).
- Sánchez C., W. (2007a). The inca trail in Arepucho and ‘the stone with writings. *Cocha-banner* 18, 4-5.
- Sánchez C., W. (2007b). Prehispanic agricultural landscape in Tablas Monte. *Cocha-banner* 19, 4-5.
- Sánchez C., W. (2007c). Colomi-Inkachaca. The Inca road. *Cocha-banner* 17, 8-9.
- Sánchez C., W. (2007d). Tiwanaku in the Yungas of Cochabamba. *Cocha-banner* 24, 10-11.
- Sánchez C., W. (2007e). The trails of power. *Cocha-banner* 26, 11-13.
- Sánchez C., W. (2007f). The chonta palm and the agricultural tools used in Cochabamba. *Cocha-banner* 27, 3-5.
- Sánchez C., W. (2008). *Inkas, “Fleberos” y Mitmaqkuna. Cambio Social y Paisajes Culturales en los*

- Valles y en los Yungas de Inkachaca/Paracti y Tablas Monte (Cochabamba-Bolivia, siglos XV-XVI)*. Tesis doctoral, Uppsala University, Uppsala.
- Sánchez C., W., R. Sanzeteña y M. Bustamante (2006). Evaluación Arqueológica en Inkachaca. Informe realizado para el Municipio de Colomi. INIAN-UMSS.
- Sanzeteña, R. (1975, agosto 17). Los Establecimientos Estatales Incaicos en el Valle de Cochabamba. *Los Tiempos*. Cochabamba.
- Sanzeteña, R. (1979, enero 7). Los Caminos Incaicos en el Valle de Cochabamba. *Los Tiempos*. Cochabamba.
- Sanzeteña, R. (1984). Los caminos incaicos en el valle de Cochabamba. *Opinión-CIDRE* (Separata). Cochabamba.
- Schramm, R. (1990). Mosaicos etnohistóricos del valle de Cliza (valle Alto cochabambino). Siglo XVI. *Historia y Cultura* XVIII, 3-41.
- Sillar, B. y E. Dean (2002). Identidad étnica bajo el dominio Inka: una evaluación arqueológica y etnohistórica de las repercusiones del Estado Inka en el grupo étnico Canas. En P. Kaulicke, G. e I. Farrington (Eds). *Identidad y Transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes Coloniales. Perspectivas Arqueológicas y Etnohistóricas*. Boletín de Arqueología PUCP 6, 205-264.
- Strube, E. (1963). *Vialidad Imperial de los Incas. Desde Colombia hasta Chile Central y Sur de Mendoza (Argentina), con Inclusión de sus Proyecciones Orientales*. Córdoba-Argentina: Dirección General de Publicaciones.
- Thompson, D. y J. V. Murra (1966). The Inca bridges in the Huanuco region. *American Antiquity* 31(5), 632-639.
- Torres Saldamando, E. (1884). *Historia de la Misión de Moxos en la República de Bolivia escrita en 1669, por el P. Diego de Eguiluz*. Lima: Imprenta del Universo.
- Trombold, C. (1991). An introduction to the study of ancient New World road networks. En C. Trombold (Ed.). *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Pp. 1-9. Cambridge: Cambridge University Press.
- Urquidí, J. (1941). Monografía de la Provincia de Arani. *Boletín de la Sociedad de Geografía e Historia "Cochabamba"* V, 9-12.
- Urquidí, J. (1949). *El Origen de la Noble Villa de Oropeza, (Cochabamba), Fundada por el Capitán Jerónimo Osorio (1571). Comprobación documental*. Cochabamba: Imprenta Universitaria.
- Vázquez Machicado, H. (1955). Los caminos de Santa Cruz de la Sierra en el siglo XVI. *Revista de Historia de América* 40, 487-551.
- Vitry, C. (2004). *Aportes para el Estudio de Caminos Incaicos. Tramo Morobuasi-Incabuasi. Salta-Argentina*. Argentina: Universidad Nacional de Salta.
- Wachtel, N. (1981). Los mitimas del valle de Cochabamba: La política de colonización de Wayna Capac. *Historia Boliviana* I(1), 21-57.

**ARTE RUPESTRE, TRÁFICO E INTERACCIÓN SOCIAL:
CUATRO MODALIDADES EN EL ÁMBITO EXORREICO
DE LOS VALLES OCCIDENTALES, NORTE DE CHILE
(PERÍODOS INTERMEDIO TARDÍO Y TARDÍO, CA. 1000-1535 D.C.)**

Daniela Valenzuela R.¹

Calogero M. Santoro²

Luis Briones M.³

Este trabajo busca contribuir al entendimiento de las relaciones entre arte rupestre y tráfico caravanero, profundamente arraigadas en la arqueología regional. Postulamos que algunos sitios rupestres y los senderos de movilidad asociados constituyen la evidencia primordial de tráfico caravanero en la zona exorreica de los Valles Occidentales. Concretamente, la especificidad material de ciertos sitios rupestres es indicativa de diferentes variantes de tráfico y determinadas situaciones de interacción social. Discutimos cuatro casos en el valle de Lluta, norte de Chile, que participaron activamente en actividades de tráfico en el marco de una intensa interacción social ocurrida durante el Intermedio Tardío (ca. 1000-1450 d.C.) y el Tardío o Inca (1450-1535 d.C.).

El valle de Lluta se ubica en el extremo septentrional de Chile (19°S 70°W), dentro de la zona de valles exorreicos de la subárea Valles Occidentales de los Andes centro-sur (Lumbreras 1981; Núñez 1979; Schiappacasse *et al.* 1989). Esta zona, en adelante Valles Occidentales exorreicos, abarca desde Majes a Tana-Tiliviche, pero nuestro estudio se centra entre Lluta y Camarones⁴, que se diferencia ecológica y arqueológicamente del segmento meridional de los Valles Occidentales definidos por Schiappacasse *et al.* (1989) como oasis interiores y

¹ Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo (IIAM), Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile. dani.valenzu@gmail.com

² Instituto de Alta Investigación, Universidad de Tarapacá, Antofagasta N°1520, Casilla 6-D, Arica, Chile; calogero_santoro@yahoo.com Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (CIHDE), Av. General Velásquez N°1775, Arica, Chile.

³ Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá, Casilla 6-D, Arica, Chile. geoglifo1@yahoo.es

⁴ Si bien la cuenca Tana-Tiliviche (Camiña) es el último valle al sur propiamente exorreico, parece constituir un espacio fronterizo en los desarrollos culturales del Intermedio Tardío y Tardío, que comparte elementos de los valles exorreicos (Arica) como de los oasis interiores y quebradas endorreicas (Pica-Tarapacá) (cf. Adán *et al.* 2007).

quebradas endorreicas y costa desértica de interfluvio (Figura 1).



Figura 1. Valles Occidentales exorreicos del área Centro Sur Andina (Mapa de Rolando Ajata).

Si hay una tesis acerca de la historia prehispánica del norte de Chile que ha perdurado sin grandes variaciones por más de treinta años en el *establishment* de la arqueología regional, instaurándose en el “núcleo duro” (Lakatos 1998) de la disciplina, es aquella que propone una conexión funcional entre arte rupestre, rutas de movilidad y tráfico de caravanas de llamas (Núñez 1976, 1985a). Basado en múltiples líneas de evidencia, como la localización de sitios rupestres en zonas estériles sin recursos y en ámbitos intermedios entre los hábitat agrarios y la costa, su asociación espacial a rutas caravaneras y la abundante presencia en el registro arqueológico de bienes y recursos foráneos, Núñez sugirió un nexo funcional entre arte rupestre y las rutas caravaneras costa-altiplano durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío (ca. 1000-1530 d.C.). Esto como resultado de la creciente intensificación y especialización del tráfico de larga distancia ocurrida en los Andes centro-sur (Núñez y Dillehay 1979). El funcionamiento de tal sistema precisó de señalizaciones complejas junto a las rutas que se materializaron en sitios rupestres. Éstos constituyeron una solución logística al mismo tiempo

que ritual: un marcador de hitos obligados de pasaje que servían como paraderos para pernoctar y lugares sagrados donde pudieron realizarse ritos caravaneros (Núñez 1976, 1985a).⁵

La tesis propuesta por Núñez tuvo un sinnúmero de aplicaciones en diferentes espacios y contextos culturales del norte de Chile (Berenguer 1995; Briones 2006; Briones y Chacama 1987; Clarkson y Briones 2001; Muñoz 1981, 1987; Muñoz *et al.* 1987a, Muñoz *et al.* 1987b; Muñoz y Briones 1996; Niemeyer y Schiappacasse 1981; Pimentel 2003; Ross *et al.* 2008; Schiappacasse *et al.* 1989; Sepúlveda *et al.* 2005; Valenzuela *et al.* 2006). Adicionalmente, también inspiró una variedad de interpretaciones arqueológicas en otras regiones como el sur del Perú y Noroeste argentino (v.g. Aschero 2000; Gordillo 1992; Martel 2010; Podestá y Manzi 1995; Podestá *et al.* 1991; Yacobaccio 1979).

Esta propuesta ha sido particularmente influyente en los Valles Occidentales (Figura 1). Hasta la década de 1990 inclusive la propuesta de Núñez dominó gran parte de los estudios rupestres de los Valles Occidentales, siendo pocos los casos que abordaron el fenómeno desde perspectivas diversas (v.g. Bittmann 1985; Chacama y Espinosa 2000; Espinosa 1996; Romero 1996; Van Kessel 1976). Reconocemos que en la última década, sin embargo, ha habido una mayor apertura a considerar un rango más amplio de actividades y espacios sociales involucrados en la producción y utilización del arte rupestre, que no siempre se relacionan con el tráfico y la interacción (cf. Sepúlveda *et al.* 2005; Valenzuela 2004; Valenzuela *et al.* 2006; Vilches 2006; Vilches y Cabello 2007).

Más allá de constituir una explicación en sí enormemente atractiva, posicionó al arte rupestre dentro de una teoría general, pero substantiva, acerca de la dinámica social, económica y política de los grupos prehispánicos tardíos del norte de Chile. Al mismo tiempo, los arqueólogos comenzaron a advertir que en muchos sitios (particularmente geoglifos) la vinculación con el tráfico caravanero era evidente a partir de la asociación espacial con huellas caravaneras. Pero la ausencia de modelos alternativos que explicaran el arte rupestre bajo una óptica distinta y no necesariamente excluyente, también debió jugar un rol en la preponderancia de esta propuesta en la arqueología de los Valles Occidentales. En cambio, en la región del Loa Superior, subárea Circumpuneña, su influencia (v.g. Berenguer 1995) no fue tan hegemónica y el arte rupestre fue encarado bajo un conjunto más amplio de perspectivas (v.g. Berenguer y Martínez 1986; Castro y Gallardo 1995-96; Gallardo *et al.* 1990; Vilches 2005). Esto puede parecer paradójico si pensamos que justamente la subárea Circumpuneña exhibe mayor evidencia arqueológica del “complejo caravanero” (sogas, cencerros, ganchos), mientras que en los Valles Occidentales exorreicos éste se encuentra virtualmente ausente, ¿por qué?

⁵ Anteriormente, algunos estudios habían esbozado tímidamente los vínculos existentes entre arte rupestre y rutas de movilidad (Mostny y Niemeyer 1963; Núñez 1962; Phillippi 1860).

En este artículo profundizamos los modos en que ocurrió la interacción social por medio del tráfico caravanero en dicha zona, analizando la evidencia arqueológica disponible. Examinamos y discutimos cuatro casos del valle de Lluta vinculados con actividades de tráfico caravanero durante la prehistoria tardía, distinguiendo diferentes modalidades de interacción y el rol jugado por las poblaciones locales en estas dinámicas.

Entendemos por “interacción social” los mecanismos a través de los cuales dos o más sociedades entran en contacto (Schortman y Urban 1987) lo que implica el movimiento e intercambio de materiales, ideas e información entre diferentes grupos corporativos (Odess 1998). Los mecanismos de la interacción social pueden ser la verticalidad, intercambio, comercio, conquista, tráfico, entre otros (Berenguer 1986; Salomon 1985; Santoro 1995; Santoro *et al.* 2010), los que se integran a los sistemas culturales locales y pueden impactar de manera diferenciada en las dinámicas culturales de las sociedades interactuantes (Schortman y Urban 1987:49). En particular, el “tráfico caravanero” alude al movimiento de personas y productos mediante el uso especializado de animales de carga (Nielsen 1997) en caravana (esto es, en grupo, lo que supone un cierto número mínimo de animales). Concebimos el “tráfico local” como movimientos que cubren distancias menores a 15 km, el “tráfico regional” como movimientos entre 15 a 100 km, mientras que el “tráfico interregional” es aquel de larga distancia, mayor a 100 km (Santoro 1995; cf. Schreiber 1991). Mientras el tráfico local y regional fue realizado fundamentalmente por caminantes, que pueden haber utilizado una o unas pocas llamas, o bien pueden haber prescindido de ellas, en el tráfico interregional, en cambio, el uso de llamas en caravanas fue crucial. Esto no descarta la posibilidad de viajes personales o familiares de una región a otra por grupos reducidos de caminantes que cargaban escasas cantidades de bienes en sus cuerpos, en el marco de trayectos cuyos objetivos principales podrían ser más diversos, como reavivar lazos de parentesco, conseguir productos exóticos rituales o medicinales, o intercambiar productos a pequeña escala. Sin embargo, consideramos que este tipo de movimiento no constituye tráfico caravanero propiamente tal.

El valle de Lluta

Se localiza en el desierto de Atacama que, en la zona de estudio, está cortado por estrechos valles y quebradas con agua dulce o salada proveniente de ríos y manantiales originados en la vertiente occidental de los Andes (Figura 2). En la costa, las precipitaciones son cercanas a 0 mm anuales y las temperaturas cálidas y moderadas a lo largo de todo el año.

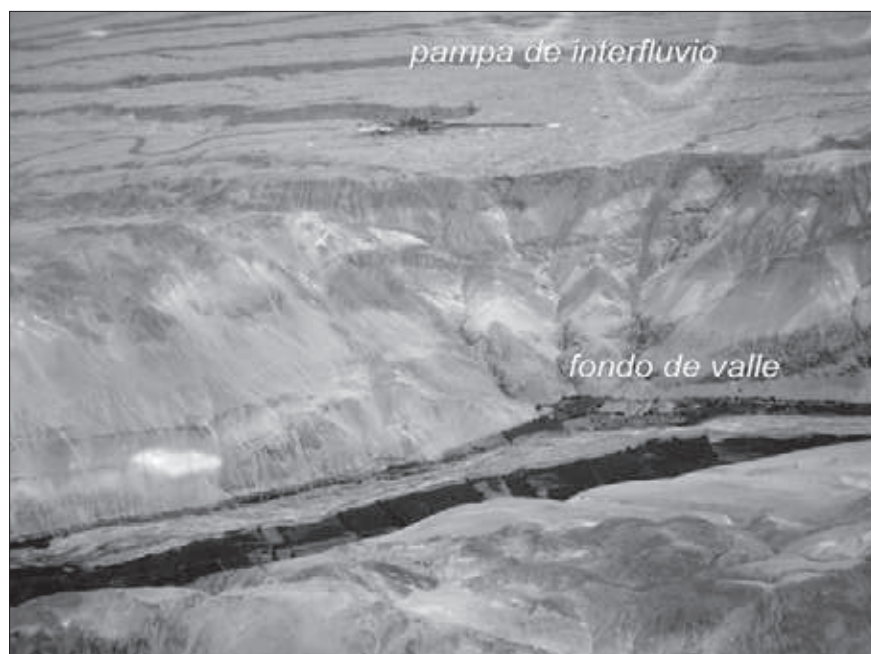


Figura 2. Valle de Lluta en la zona de estudio. Nótese el paisaje desértico de la pampa de interfluvio cortada por estrechos valles.

El río Lluta nace en el altiplano y es uno de los pocos ríos exorreicos que tienen cauce permanente y constante durante todo el año, recorriendo más de 150 km hasta desembocar en el Océano Pacífico (Niemeyer y Cereceda 1984). Pero el alto contenido de sales y alcalinidad de sus aguas, ha limitado la disponibilidad de recursos bióticos y el desarrollo de una agricultura intensiva desde épocas prehispánicas hasta la actualidad (Keller 1946; Niemeyer y Cereceda 1984; Santoro 1995). Nuestra investigación se centra en la zona baja del valle, que abarca desde la desembocadura hasta los 1500 msnm en el interior, a 80 km del Océano Pacífico. Esta zona se subdivide en tres sectores (Santoro *et al.* 2009): costero, fértil y chaupiyunga. El “sector costero” (0-250 msnm, 0-10 km de la costa) presenta muy bajo potencial agrícola y disponibilidad de recursos, y fue escasamente poblado durante épocas prehispánicas. El “sector fértil” (250-950 msnm, 10-38 km de la costa) tiene el más alto potencial agrícola y en tiempos prehispánicos concentró la mayor actividad económica y ocupación humana. El “sector chaupiyunga”⁶ (950-1800 msnm, 38-61 km de la costa) es un ámbito pre-serrano donde los espacios agrícolas se restringen a estrechas terrazas altas que requieren de riego tecnificado (Figura 3).

⁶ *Chaupiyunga* es una etnocategoría espacial mencionada en las fuentes coloniales de los Andes centrales y centro-sur que designa la franja ecológica de los valles 300-1200 msnm que queda fuera de la influencia marina (Craig 1985; Dillehay 1987; Rostworowski 1989), y que en el caso del valle de Lluta se ubica entre los 700 y 2000 msnm (Santoro *et al.* 2010).

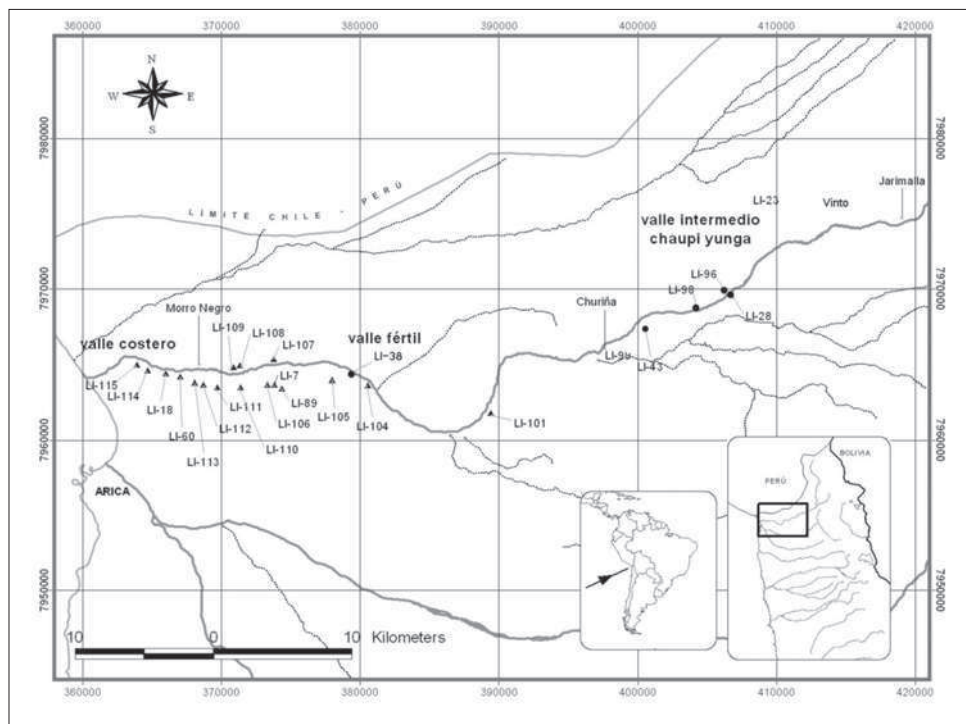


Figura 3. Valle de Lluta, zona baja: sector costero, fértil y chaupiyunga. Localización de los sitios de arte rupestre incluidos en el trabajo (Mapa de Rolando Ajata).

El tráfico caravanero en los Valles Occidentales exorreicos

La historia cultural de los Períodos Intermedio Tardío y Tardío en la zona de estudio se caracteriza por un fuerte desarrollo cultural local que surge después de la desintegración de la esfera de interacción de Tiwanaku, y continúa durante la época inca y colonial temprana. Este desarrollo se expresa en la producción de cultura material distintiva y relativamente uniforme, conocida como “Cultura Arica” (Bird 1946; Dauelsberg 1985; Espouey *et al.* 1995; Munizaga 1957; Uribe 1999, 2000), cuya área de dispersión se encuentra en la costa y valles bajos del sur de Perú y norte de Chile, y que se mantiene relativamente intacta durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío pese a las influencias externas (Agüero 2000; Espouey *et al.* 1995; Horta y Agüero 2000; Romero *et al.* 2000; Santoro 1995; Santoro *et al.* 2004; Ulloa 1982; Uribe 1999), conformando una especie de micro-horizonte cultural que se desarrolló por este amplio espacio sin la intervención de una estructura política suprarregional sino por efecto de la interacción de grupos segmentarios articulados por políticas reticulares (Santoro *et al.* 2010:328).

Curiosamente, lo que más ha inquietado a los investigadores no ha sido tanto la comprensión del funcionamiento interno de las sociedades locales (c.f. Dillehay *et al.* 2006; Romero *et al.* 2000; Santoro 1995), sino más bien

los modos en que las poblaciones locales se relacionaron con grupos foráneos de la sierra y altiplano, a través de diversos mecanismos de interacción social, política y económica (Chacama *et al.* 2000; Durston e Hidalgo 1997; Hidalgo y Focacci 1986; Llagostera 1976; Lumbreras 1974; Muñoz 1987, 1996; Muñoz y Chacama 1988; Muñoz *et al.* 1987a; Muñoz *et al.* 1987b; Niemeyer *et al.* 1972-73; Santoro *et al.* 1987; Santoro *et al.* 2009; Schiappacasse *et al.* 1989). Esto obedece, por cierto, a que si bien el tráfico de caravanas comienza a ser importante desde el Período Formativo (Briones *et al.* 2005; Cases *et al.* 2008; Korstanje 1998; Núñez *et al.* 2007; Pimentel 2008), no es sino a partir del Intermedio Tardío cuando la intensificación de la interacción social se materializa en un incremento y ampliación de la movilidad caravánica en los Andes centro-sur, como se evidencia en el aumento de los geoglifos en esta época (Briones *et al.* 2005), llegando a hablarse incluso de una especialización del tráfico (Berenguer 1994, 2004; Núñez 1976, 2007; Núñez y Dillehay 1979; Nielsen 1998; Santoro 1995; Uribe *et al.* 2007; Schiappacasse *et al.* 1989; no obstante, ver Aschero 2000).

Las evidencias arqueológicas del tráfico caravanero y el arte rupestre

La interacción social en la zona de estudio se encuentra ampliamente respaldada en los contextos arqueológicos habitacionales y funerarios de la época, no obstante no hay claridad o consenso respecto de los mecanismos mediante los cuales esta interacción ocurrió. En cualquier caso, el indicador comúnmente usado para reconocer tal interacción ha sido la presencia de bienes y recursos alóctonos, de manera sistemática, en los contextos arqueológicos de los valles y costa (Hidalgo y Santoro 2001; Santoro 2001; Schiapaccasse *et al.* 1989). En el valle de Lluta, los sitios habitacionales contienen una diversidad de elementos foráneos provenientes de regiones tan distantes como la vertiente oriental andina, la costa de Perú, Ecuador, pero particularmente del altiplano, incluyendo plumas de aves, pigmentos, obsidiana, cobre y chuño (Santoro 1995). La cerámica también parece documentar interacciones entre diversos segmentos del valle, la sierra y altiplano (Santoro *et al.* 2009). Finalmente, la producción de motivos de camélidos y de caravanas de llamas, algunos conducidos por caravaneros, aves altoandinas y balseros en el arte rupestre de Lluta, proporcionan evidencia adicional de interacción entre tierras altas, valle y costa.

Aunque todos estos indicadores señalan que hubo interacción, la mayoría de ellos no ratifica el tráfico caravanero en particular, pues la interacción pudo ocurrir a través de otros mecanismos. Evidencia específica de tráfico de caravanas, en cambio, se ha documentado en sitios arqueológicos del Altiplano Meridional, Circumpuna y Andes meridionales, basados en la presencia de elementos del complejo caravanero. En efecto, desde muy temprano, varios estudiosos repararon en que los habitantes prehispanicos de la puna chileno-argentina y altiplano sur

de Bolivia eran grandes traficantes (Benett 1946-1959:607; Boman 1991[1908]: 589-592; Bowman 1924; Latcham 1938; Uhle 1913:106-107), lo que ha sido reafirmado sistemáticamente en estudios posteriores (v.g. Albeck 1994; Berenguer 1994, 2005; Núñez y Dillehay 1979; Pérez de Micou 1997; Pimentel 2006; Raviña *et al.* 2007).

Berenguer (2004) discute y lista los indicadores arqueológicos del tráfico de caravanas: equipo caravanero (cuerdas, ganchos de atalaje, cencerros, entre otros); restos esqueléticos de llamas cargueras; paraderos, paskanas o jaranas, separadas por 20 a 25 km entre sí; y representaciones de caravanas de llamas en arte rupestre. A éstos se podrían agregar los “entierros de circunstancia” (Berenguer 2010) en zonas internodales, como los estudiados por Briones *et al.* (2005), Cases *et al.* (2008) y Casanova *et al.* (2009). Sin embargo, en los valles exorreicos y en el valle de Lluta en particular, tales evidencias están prácticamente ausentes (ver también Berenguer 2004:109, 539).

En primer lugar, con respecto al equipo caravanero, los registros son más bien excepcionales e incluyen cencerros de madera y metal, ganchos de atalaje de madera y sogas o cuerdas de atalaje de lana de camélido, cabestros de fibra vegetal y animal y bozales. Corresponden a los sitios Camarones 8, 9 y 10 (Cam-8, Cam-9, Cam-10), Chaca 5 (Ch-5), Playa Miller 3 y 6 (PLM-3, PLM-6) y Azapa 6 y 15 (AZ-6, AZ-15) (Catalán 2008; DA-UTA 2008; Mariela Santos 2009, comunicación personal a primer autor; Schiappacasse y Niemeyer 1989:67, 81: Figura 3-k).

En segundo lugar, la identificación de llamas cargueras a partir de restos esqueléticos es un dilema mayor en la zona de estudio, puesto que la sola presencia de llamas es problemática. Las evidencias arqueológicas de utilización de subproductos de llama, como fibra para confeccionar la compleja tradición textil local o instrumentos de hueso de camélido presentes ampliamente en el registro arqueológico son ambiguas, pues existen pocos análisis orientados a la identificación de la fibra o del hueso (v.g. Niemeyer y Schiappacasse 1981: 44-45), siendo hasta ahora hipotética la asignación a la especie llama (Bárbara Cases 2009, comunicación personal a primer autor). Por su parte, la iconografía de camélidos en textiles, cerámica, cestería y arte rupestre parece mostrar un uso utilitario o consumo visual del animal; no obstante es conocida la dificultad de identificación de especies de camélidos en iconografía (Gallardo y Yacobaccio 2005). Existen evidencias concretas de mantenimiento de llamas vivas en sitios habitacionales de los valles de Azapa, Lluta y Camarones, a juzgar por las concentraciones de guano (Muñoz 1981; Niemeyer y Schiappacasse 1981; Santoro 1995; Santoro y Muñoz 1981). Sin embargo, el consumo alimenticio está poco respaldado por la evidencia arqueofaunística de los valles de Lluta y Camarones, dada la relativa ausencia de restos óseos de llamas en depósitos domésticos (en comparación con las concentraciones de guano en los mismos sitios), lo que es interpretado como una orientación a la obtención de fibra o como medio de

carga (Niemeyer y Schiappacasse 1981; Santoro 1995). Con todo, es posible el consumo alimenticio de llama como charqui llegado a través del intercambio pero no se refleja claramente en el registro arqueológico. Etnohistóricamente, son escasas las descripciones de mantenimiento de llamas en los valles de Arica (Vázquez de Espinosa [1620] 1942; ver Santoro 1995).

Un problema fundamental con el mantenimiento de rebaños de llamas en la costa y valles de Arica es que, si bien esta especie posee mecanismos eficientes de adaptación tanto en ambientes bajos como de altura (Herrera *et al.* 2008; Llanos *et al.* 2003, Llanos *et al.* 2007), el clima cálido y extremadamente seco, con ausencia de precipitaciones locales, y consecuentemente de agua y pastos, habría limitado el desarrollo de ganadería propiamente tal. Por ende, de acuerdo a la evidencia etnográfica y etnoarqueológica que señala que los caravaneros son al mismo tiempo pastores (Berenguer 2004; Custred 1974; Flores Ochoa 1983; Medinacelli 2005; Nielsen 1997: 341), es poco probable que los habitantes de Lluta fueran caravaneros. Por otro lado, la mala calidad del agua del río Lluta (con alto contenido mineral como boro y arsénico), condición que existió con probabilidad en los períodos bajo estudio, debió limitar el mantenimiento de rebaños.⁷ En síntesis, si bien pudo existir un amplio uso/consumo de llamas o subproductos del animal, las evidencias no permiten sostener el desarrollo de una ganadería de llamas propiamente tal en el valle bajo de Lluta en tiempos prehispánicos. La presencia de guano indicaría que es posible que se mantuvieran llamas en pequeñas cantidades a modo de crianza, como mascotas, para obtener lana para consumo familiar, o incluso como medio de carga a nivel familiar (como ocurre hoy en día el uso de burros o mulas en unidades familiares en los pueblos del interior de Arica), o bien podrían indicar paradas a lo largo de la ruta caravanera.

En tercer lugar, existen evidencias adicionales del tráfico: costales y capachos. Los costales sirvieron para almacenar y transportar bienes a largas distancias a lomo de animal. Según Cases (2003: 29), constituyen la pieza textil que alude más directamente a las caravanas no sólo por su potencial de carga sino también por su uso como unidad de medida y trueque. Los capachos, por su parte, son objetos confeccionados de fibra vegetal, lana y madera, utilizados para el traslado de carga sobre la espalda por medio de tirantes que cuelgan desde la frente. Aparecen en el registro arqueológico de la zona desde el Período Arcaico y se popularizan a partir del Intermedio Tardío; se consideran elementos distintivos de la costa y valles bajos y habrían cumplido un rol particularmente importante en el tráfico de bienes de corta distancia costa-valle (Horta 2000). En cerro Mono 1, ubicado a 920 msnm en la pampa del Tamarugal, Briones *et al.* (2005) describen el hallazgo

⁷ No existen estudios paleogeográficos en el valle de Lluta. La mala calidad actual de sus aguas se debe a la confluencia del río Azufre (Niemeyer y Cereceda 1984). La extrapolación de esta condición a épocas prehispánicas tardías se deduce del relato de Vázquez de Espinosa a inicios del siglo XVII ([1620]1942) quien indica que los animales que bebían sus aguas se morían (ver también Paz Soldán 1877:94; Squier [1877]1974).

de una tumba asociada directamente a geoglifos y una paskana caravanera. El individuo femenino y de origen costero, posiblemente del Formativo, presenta alteraciones óseas que “pueden tener directa relación con el estrés corporal que generaba el traslado de cargas en capacho de productos costeros para el intercambio” (Briones *et al.* 2005: 212). Estudios paleopatológicos documentan alteraciones óseas atribuidas al uso del capacho desde el Arcaico Tardío (Standen *et al.* 1984), las que se hacen más frecuentes en épocas tardías (Arriaza 2003). El capacho, en consecuencia, si bien es un indicador de transporte, no se relaciona necesariamente con el tráfico de caravanas de llamas (ver Berenguer y Dauelsberg 1989). Más bien, como lo indicara Horta (2000), debió ser particularmente importante en un tráfico local y regional de corta distancia costa-valles, con o sin llamas, lo que se refuerza por el hecho de ser un ítem que aparece más en contextos arqueológicos costeros.

En cuarto lugar, la baja presencia de paraderos o paskanas en la zona de valles exorreicos parece ser resultado de un sesgo debido a la escasez de estudios dirigidos a este fin, más que a una ausencia de tales sitios. Muñoz y Briones (1996) mencionan este tipo de sitios en el transecto altiplano-costa, en las pampas de interfluvio adyacentes al valle de Lluta y el tercer autor de este trabajo los ha observado en estas pampas, donde a veces coinciden con ojos de agua. Recientemente, hemos identificado varios paraderos en la pampa de interfluvio sur de Lluta que requieren aún de precisión cronológica y funcional (Valenzuela 2010; Valenzuela y Santoro 2010).

En quinto lugar, las representaciones de caravanas de llamas en arte rupestre se describen con frecuencia en diversos sitios de los Valles Occidentales exorreicos tales como los geoglifos de Atoka en Azapa, los grabados de Ofraquí en Codpa, grabados de San Francisco de Miculla en el valle de Caplina, sur de Perú, y los grabados de Taltape, Huancarane y Pampanune en Camarones (Niemeyer y Schiappacasse 1981; Niemeyer 1968-69; Gordillo y López 1987; Romero *et al.* 2004) (Figuras 1 y 4).

Finalmente, a partir de relatos etnohistóricos coloniales tempranos que describen el paso de caravanas de llamas y mulas en Arica y Tacna, relacionado con el tráfico de plata desde Potosí (Cieza de León y Gracilazo de la Vega en Núñez 2007; Vázquez de Espinosa [1620]1942; Squier [1877]1974), se puede suponer que tales rutas eran reutilizaciones de otras prehispánicas.

A continuación discutiremos los posibles modos en que el tráfico caravanero operó en la zona de estudio, a la luz de cuatro casos de arte rupestre y en el marco de las evidencias de interacción reseñadas previamente. Postulamos que algunos sitios de arte rupestre y los senderos asociados a ellos constituyen la evidencia arqueológica principal, en los Valles Occidentales exorreicos, del tráfico caravanero de tiempos prehispánicos, lo que en conjunto explicaría en parte los bienes y recursos en circulación verificados en el registro arqueológico. Los senderos o vías de movilidad constituyen la materialización más directa del acto de moverse de una zona a otra (Berenguer 2004). La particularidad material de los sitios, así

como sus asociaciones arqueológicas y espaciales específicas, reflejarían diferentes modalidades, niveles o segmentos de una macro red de tráfico más amplia.

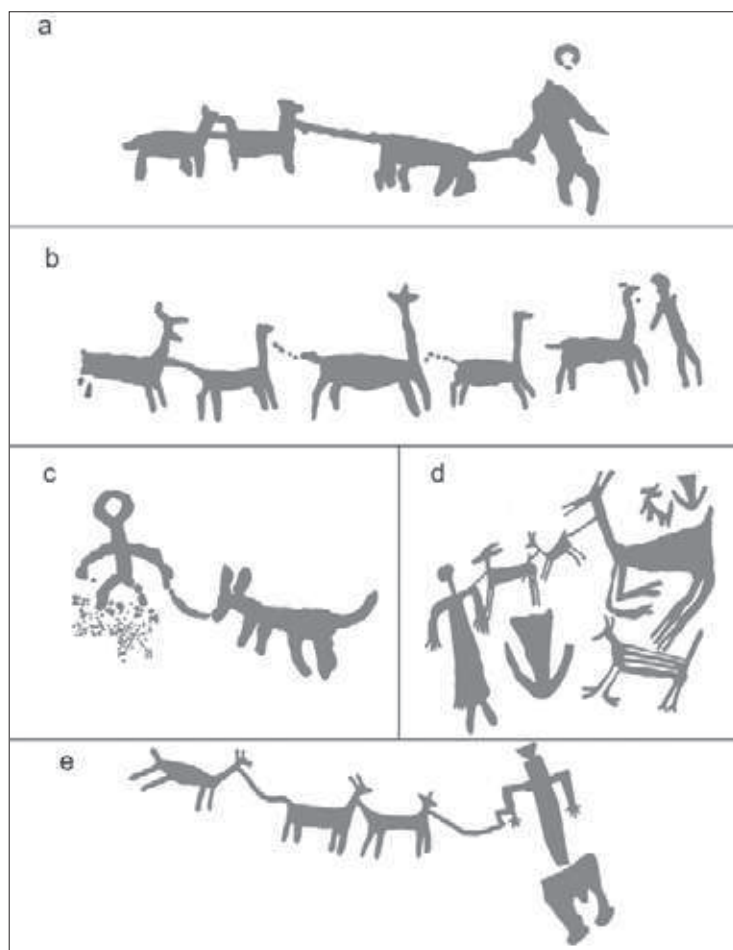


Figura 4. Representaciones de caravanas de llamas en arte rupestre de los Valles Occidentales exorreicos. (a) Huancarane, valle de Camarones (tomado de Niemeyer y Schiapacasse 1981:Figura 12: 65); (b) Pampanune, valle de Camarones (tomado de Niemeyer y Schiapacasse 1981: Figura 22: 91); (c) Huancarane valle de Camarones (tomado de Niemeyer y Schiapacasse 1981: Figura 11: 63); (d) Ofragia 1 (Panel 4, dibujo Álvaro Romero) y (e) Ofragia 1 (Panel 5, dibujo Álvaro Romero).

Caso 1. Tráfico interregional caravanero en espacios internodales: geoglifos, sectores costero y fértil

La interacción interregional unió, en el extremo norte de Chile, dos áreas fundamentales: el Altiplano Meridional y los Valles Occidentales exorreicos, abarcando una longitud de alrededor de 170 km lineales. Es lógico suponer que

esta red de larga distancia requirió de un sistema complejo de rutas. En el valle de Lluta se ha reconocido una ruta principal que une el altiplano con la costa en diferentes sectores y con diversas manifestaciones viales (Muñoz y Briones 1996). Se ha planteado que los geoglifos de este valle se vinculan estrechamente con esta ruta interregional (Briones 2006; Muñoz y Briones 1996) y se han evaluado y discutido las propiedades específicas de estos sitios que permiten pensar que participaron activamente como artefactos dentro de este sistema de tráfico de larga distancia, efectuado por personas y sus caravanas de llamas (Valenzuela 2004; Valenzuela *et al.* 2006).

Los sitios

Los 17 sitios de geoglifos de Lluta, que representan el 59% del total de sitios rupestres de Lluta (n=29), se ubican exclusivamente en el curso inferior del valle (sectores costero y fértil), a una distancia entre 4 y 21 km del Océano Pacífico (Figura 3).⁸ Formalmente se definen por el Estilo Lluta (Dauelsberg *et al.* 1975; Briones 2006), caracterizado por su homogeneidad interna, el énfasis en la representación de la figura humana (61%, n=66), asociada a figuras de camélidos (35%, n=38), con un alto grado de esquematización y abstracción de las formas, ejecutados mediante técnica aditiva (Briones 1984) (Figura 5). La figura humana dibujada geométricamente, con un tocado cefálico característico que puede ser interpretado como casco o como capacho, es el componente principal de este estilo. No obstante, no muestran escenas de camélidos en hileras ni con bultos de carga, como se observa en otros sitios ligados al tráfico de caravanas.

Cronológicamente, los geoglifos del Lluta se adscriben al Período Intermedio Tardío en virtud de los siguientes criterios: (1) la ocupación intensiva y estable del valle comienza en el Período Intermedio Tardío que da cuenta de la mayoría de los sitios habitacionales y funerarios del mismo (Santoro *et al.* 2000); (2) aun cuando la iconografía predominante de los geoglifos no guarda similitudes formales evidentes con otros materiales arqueológicos conocidos, el tocado cefálico característico de la figura antropomorfa presenta semejanzas con cascos que aparecen típicamente en cementerios del Intermedio Tardío (Figura 5); asimismo, la figura de un simio en dos paneles de geoglifos presenta estrecha semejanza con iconografía de la cerámica Gentilar del Intermedio Tardío (Muñoz 1983; aquí Figura 5); (3) la uniformidad estilística y tecnológica entre los geoglifos en el valle hace razonable extender provisoriamente esta cronología a la mayoría de ellos.

⁸ Los sitios de geoglifos son los siguientes: Lluta 115 (Panel 1); Lluta 114 (Panel 2); Lluta 18 (Panel 3, La Rana); Lluta 60 (Paneles 4, 5 y 6, El Águila); Lluta 113 (Panel 7); Lluta 112 Paneles 8 y 9); Lluta 111 (Paneles 10, 11, 12, 13); Lluta 110 (Panel 14); Lluta 106 (Panel 15); Lluta 89 (Panel 16, El Morro); Lluta 105 (Panel 17, Rosario Oeste); Lluta 104 (Panel 18, Estación Rosario); Lluta 101 (Panel 19, Km 41); Lluta 107 (Panel 20); Lluta 108 (Panel 21); Lluta 109 (Panel 22); Lluta 7 (Panel J).

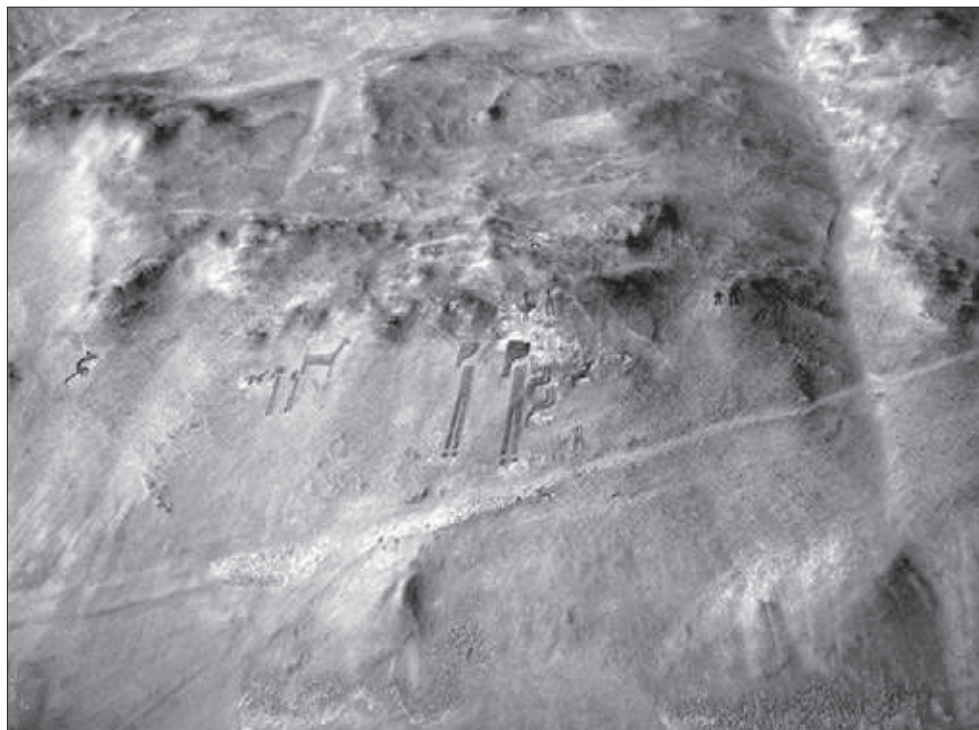


Figura 5. Vista aérea de geoglifo (sitio LL-111) junto a sendero bajo las figuras. Estilo Lluta de geoglifos. Antropomorfos característicos con tocado cefálico.

Variables de vinculación con el tráfico

La alta visibilidad, asociación arqueológica a senderos, emplazamiento en espacios internodales (Berenguer 2004), localización geográfica en la vertiente sur del valle y la orientación cardinal de los paneles hacia el NE, constituyen las variables que, en conjunto y no aisladas, permiten afirmar la asociación de los geoglifos de Lluta con la ruta interregional altiplano-costa.

Sus propiedades de emplazamiento, forma y tamaño (entre 15 y 70 m²) denotan un propósito de darles alta visibilidad. Tanto su monumentalidad derivada de sus grandes dimensiones como su ubicación sobre la gradiente de ladera del valle (94%, n=16), revelan una clara intención de exhibición, con una posición extraordinaria para ser vistos a distancia desde varios puntos sobre el terreno (Clarkson y Briones 2001: 36). Además, la localización preponderante de los paneles en las partes superiores de la ladera (64%, n =10), que se levantan cientos de metros sobre el lecho del río, y no en sectores medios o bajos, sumado a la técnica aditiva usada para su confección que les confiere mayor constaste figura/fondo, posibilitan que fueran fácilmente observados desde varios kilómetros de distancia (Briones 1984). Ciertamente estas condiciones de extrema visibilidad, se condicen con funciones de movilidad caravanera en términos de marcar ritual

y logísticamente las rutas que debían cruzar las recuas en este desértico paisaje (Núñez 1976, 2007). No obstante, la alta visibilidad, por sí sola, no prueba que esta cultura material, de gran complejidad tecnológica, fuera utilizada en contextos de tráfico caravanero. Son sus asociaciones arqueológicas y con otras variables espaciales, lo que refuerza la idea planteada.

En efecto, el 82% de los sitios ($n=14$) están asociados a senderos, existiendo además una relación de visibilidad entre éstos y los geoglifos (Figura 6). Adicionalmente, se emplazan en espacios internodales o vacíos, en zonas marginales separadas de las áreas de habitación humana y de recursos. Esta característica ha sido descrita como propia de los ámbitos de acción de caravaneros en los Andes centro-sur (Berenguer 2004; Nielsen 2006; Núñez y Dillehay 1979; Pimentel 2008).



Figura 6. Sitio Sora Norte, representaciones de figuras caravaneras.

Por otro lado, la mayoría de los geoglifos se ubican en la ladera sur del valle, con paneles orientados al norte y principalmente noreste (82%, $n=14$), lo que refuerza la idea de una disposición no aleatoria dirigida a ser visibles especialmente desde la ladera opuesta. Resulta interesante constatar que la ruta prehispánica que une tierras altas con la costa sur de Arica (Ruta Transversal Lluta N° 2, Muñoz y Briones 1996), tenga un derrotero en sentido este-oeste que corre precisamente por la pampa de interfluvio norte del valle, enfrentando a los geoglifos localizados en la pared sur. Adicionalmente, es sugerente el hecho de que la marcada orientación de los paneles hacia el noreste indica no sólo una relación de visibilidad óptima entre la ruta descrita y los geoglifos, sino también una relación de visibilidad más óptima entre los geoglifos y un tráfico descendente, es decir desde tierras altas “hacia” la costa, y no a la inversa.

Tipo de tráfico implicado

Considerando su gran visibilidad, su localización no azarosa en áreas marginales alejadas de los sitios habitacionales, funerarios y áreas productivas locales, y su conexión geográfica con senderos que forman parte de una ruta altiplano-costa, es factible pensar que los geoglifos de Lluta fueron importantes elementos artefactuales en las prácticas de tráfico caravanero de larga distancia, dentro de una esfera de movilidad interregional cuyo objetivo final era la costa y sus recursos. Por otro lado, su escasa variabilidad en términos estilísticos y en sus características de emplazamiento y asociaciones arqueológicas, permite pensar en un contexto unitario de producción y uso para la mayoría de los geoglifos del valle. Éstos se enmarcarían dentro de un tráfico operado por poblaciones de tierras altas cuyo objetivo fundamental sería el de alcanzar la costa, tal como lo sugiere la dirección de la ruta asociada a los geoglifos. Más bien los geoglifos marcaron un espacio internodal clave, necesario para alcanzar la costa, un ambiente rico en recursos de gran interés para las poblaciones de tierras altas (Hidalgo y Focacci 1986; Julien 1985; Masuda 1985; Rostworowski 1986). Los geoglifos habrían actuado como un mecanismo visual que buscaba legitimar simbólicamente el acceso económico a la costa por parte de las poblaciones de tierras altas (Ross *et al.* 2004).

Caso 2. Tráfico local caravanero y no caravanero: grabados rupestres de entrada y salida del valle, sector chaupiyunga

Generalmente el arte rupestre que se ha atribuido al tráfico caravanero admite una movilidad de larga distancia de carácter tanto regional como interregional. En cambio, son limitadas las ocasiones en que las manifestaciones rupestres asociadas con este tipo de actividades se han visto bajo la óptica de un tráfico espacialmente más restringido, de corta distancia (Núñez 1985a; Sepúlveda *et al.* 2005; Valenzuela 2004). En el valle de Lluta, encontramos que al menos tres sitios de grabados se vinculan con un tráfico local, de corta distancia, de redes secundarias y subsidiarias a las principales de larga distancia: Marka Vilavila (Ll-98), Chaquire (Ll-28) y Sora Norte (Ll-96), ubicados en el sector chaupiyunga del valle de Lluta (Figura 3).

Los sitios

Marka Vilavila (Ll-98) se ubica en la vertiente norte del valle, a 1100 msnm y a 45 km de la costa; asociado a una vertiente de agua dulce, aprovecha un afloramiento rocoso actualmente a unos 4 metros sobre la terraza baja del río. En el pasado el afloramiento estaba adyacente a otra terraza más alta, hoy inexistente debido a la erosión fluvial. Este sitio consta de 10 paneles, grabados y pintados, que se extienden por 30 a 40 m de largo por el farellón rocoso. Del total de figuras identificadas (n=31), el mayor porcentaje lo comprenden figuras zoomorfas,

principalmente camélidos (61%, n=19), destacando algunos en caravana. Le siguen los antropomorfos con el 26% (n=8) y abstractos (13%, n=4). Destaca la identificación de antropomorfos de estilo Lluta –un motivo típico de los geoglifos– en grabados, el único caso conocido en el valle, lo que lo relaciona con las rutas asociadas a los geoglifos. Se encuentra relativamente alejado de otros sitios de ocupación locales, y se asocia con senderos que ascienden-descienden por la ladera hacia la pampa de interfluvio norte.

Chaquire (LI-28) se ubica en la vertiente sur del valle, en la confluencia de la quebrada de Chaquire con el río Lluta, a 1200 msnm y a 49 km de la costa. Corresponde a un bloque aislado con un panel, actualmente en un estado de preservación deplorable, debido a erosión fluvial y graniti. Del total de motivos identificados (n=12), la mayoría corresponde a camélidos (67%, n=8), seguidos por antropomorfos (25%, n=3). No obstante, no es seguro que los camélidos representados sean llamas. Se encuentra cercano a un área habitacional y cementerio de los Períodos Medio e Intermedio Tardío, profundamente disturbado por acción de maquinaria pesada (Santoro *et al.* 2000). Este sitio está ligado indirectamente a un conjunto de senderos caravaneros que descienden por la quebrada de Chaquire provenientes de la sierra y altiplano (Muñoz y Briones 1996).

Sora Norte (LI-96) se ubica en la vertiente norte, casi frente a la confluencia de la quebrada de Chaquire, a 1228 msnm y a 48 km de la costa, comprende 8 paneles grabados en un bloque aislado y sobre la pared del cañón, junto al talud de arena y escombros sobre la terraza alta. Del total de figuras identificadas (n=45), la mayoría corresponde a camélidos (78%, n=35), de los cuales casi el 89% (n=31) están en hileras formando caravanas, con o sin caravanero-guía (Figura 6). Estos grabados se encuentran alejados de otros sitios habitacionales y áreas económicas locales, y se asocian directamente a una red de senderos que conectan el fondo del valle con la planicie de interfluvio norte.

Aunque no contamos con fechas directas para establecer una cronología absoluta de estos tres sitios, sugerimos que corresponden al Intermedio Tardío y Tardío, debido a que: (1) es la época de mayor actividad humana verificada en el valle, (2) algunos de estos sitios se encuentran en contigüidad espacial con asentamientos habitacionales de estos períodos, y (3) exhiben iconografía que mantiene similitudes formales con diseños presentes en artefactos muebles conocidos fechados en estos períodos (Valenzuela 2004). El caso de Chaquire es un poco más complejo puesto que se asocia a un área habitacional y funeraria del Intermedio Tardío que fue antecedida por una ocupación más temprana del Período Medio (Santoro *et al.* 2000).

Variables de vinculación con el tráfico

A diferencia de los geoglifos, estos sitios son de baja monumentalidad y visibilización. Se trata de pequeños paredones o bloques discretos de tamaño

mediano a pequeño (ca. 30 a 250 cm), que no son visibles sino desde escasos metros de distancia. Se encuentran emplazados en la parte baja de la ladera del valle, por encima de las terrazas de ocupación humana doméstica y productiva, en zonas de topografía inclinada pero medianamente accesibles, alejados de otros sitios arqueológicos de ocupación local. Dado que no se encuentra dentro de un espacio nodal sino en su periferia inmediata, lo definimos como peri-nodal.

El único rasgo arqueológico asociado directamente a los sitios de grabados rupestres son los senderos. Éstos se localizan a unos pocos metros de los paneles y tienen un eje relativo norte-sur, transversal al valle. Los grabados se localizan en el sector inferior de la maciza y abrupta ladera del valle a menos de 15 m del lecho del río, por lo tanto constituyen puntos críticos de entrada y salida del valle. El rol de estos senderos es básicamente unir el interior del valle con las rutas primarias que se ubican en la pampa de interfluvio inmediata, como la descrita para los geoglifos. Además, este tipo de senderos es una forma que tienen los locales hasta el día de hoy de conectarse con otros espacios, especialmente en períodos del año en que el valle es intransitable por causa de las fuertes crecidas del río.

Las características formales de las imágenes rupestres en estos sitios presentan mayor variabilidad que en el caso de los geoglifos. No obstante, surgen algunos indicadores claves que apoyan su asociación con actividades de tráfico caravanero. La presencia de figuras de caravanas de llamas con caravaneros-guías aparece como un rasgo diagnóstico de estas actividades (Figura 6). Presenta similitudes con otros sitios de los Valles Occidentales exorreicos como Miculla en el valle de Caplina (Gordillo y López 1987).

Tipo de tráfico implicado

Dadas las condiciones de emplazamiento, los rasgos arqueológicos asociados y las imágenes representadas, sugerimos que estos lugares son fundamentalmente de tránsito y que el arte rupestre se utilizó aquí en un contexto de tráfico y movilidad de gente en sentido norte-sur, para entrar y salir del valle, conectando los asentamientos del fondo del mismo con rutas regionales e interregionales que unen costa y altiplano. Una de esas rutas regionales con las que se conectan estos senderos es la Ruta Transversal N° 2 que corre por la pampa de interfluvio norte de Lluta y otra es una variante que, proveniente de sectores precordilleranos como Belén, Socoroma y Chapiquiña, desemboca en la ladera sur a la altura de Chaquire (Muñoz y Briones 1996).

Los sitios de arte rupestre formarían parte de un tráfico local relacionado con tramos de interconexión de los asentamientos del valle con la ruta interregional reseñada en el Caso 1. Estos senderos y los sitios de arte rupestre asociados pudieron ser parte de jornadas de descanso, para abastecer a las recuas de pastos y agua localizados en el fondo del valle, así como también realizar intercambios con los grupos residentes (este sector chaupiyunga se encuentra a unas 2 a 3 jornadas

de la sierra; y los asentamientos locales muestran cerámica serrana y altiplánica en alta proporción, Santoro *et al.* 2009). Cabe destacar que, desde las estribaciones de la sierra (ca. 3000 msnm) hasta la costa, las rutas siempre van por las planicies de interfluvio (que permiten un trayecto hacia la costa más expedito que por el fondo del valle, particularmente en época de crecidas estivales) pese a que se atraviesa la franja de desierto absoluto, es decir, donde literalmente no hay agua ni vegetación (Figura 2). En los valles exorreicos, los únicos lugares permanentes para abastecerse de agua y algo de pastura se localizan en el fondo y laderas de los valles, a diferencia de la pampa del Tamarugal donde estos recursos se encuentran en diferentes lugares. En consecuencia, en los valles exorreicos, el tránsito desde tierras altas a la costa implicó atravesar el desierto absoluto lo que exigió el ingreso de las poblaciones en tránsito al fondo del valle. La entrada y salida del valle (laderas de más de 1000 m de altura) constituye una barrera geográfica que tal vez los caravaneros trataron de sortear en la medida de lo posible. Por lo tanto, estos lugares de acceso, en este caso, ritualizados con arte rupestre, debieron ser puntuales y especialmente escogidos. El sector chaupiyunga, donde se localizan estos sitios, es el sector donde el registro arqueológico muestra la mayor diversidad cultural en los Períodos Intermedio Tardío y Tardío en el valle, conjugando elementos altiplánicos, serranos, de valles y costa (Santoro *et al.* 2009).

Lo anterior no descarta que estos sitios podrían haber sido parte de un tráfico local o regional ligado con el movimiento de los propios habitantes del Lluta hacia la costa, sierra, u otros valles, para abastecerse o intercambiar sus productos.

Caso 3. Interacción vista desde un lugar de agregación, sector fértil: tráfico interregional, regional y local, caravanero y no caravanero

Los lugares de agregación son sitios donde grupos que habitualmente viven de forma separada, se reúnen o confluyen de manera ocasional por razones ecológicas, económicas, sociales o rituales (Conkey 1980; Moure Romanillo 1994). Los eventos de agregación se han atribuido a cazadores recolectores (Conkey 1980), sin embargo creemos que también es posible de aplicar en sociedades segmentarias. Las sociedades segmentarias carecen de estratificación y centralización del poder, no hay diferenciación social por rango o estatus, los grupos de parentesco proporcionan la base de los roles políticos y se caracterizan por continuos procesos de fusión y fisión (Barnard y Spencer 1996; Evans-Pritchard 1940). En estos procesos, y particularmente con el desarrollo de prácticas de movilidad intensa, los ámbitos de agregación debieron cumplir un rol clave en la dinámica de estas sociedades. Por otro lado, aspectos específicos de la agregación, como su duración, el tamaño de grupo y las relaciones sociales desarrolladas en esos eventos, pueden variar ampliamente de una sociedad a otra (Conkey 1980). Se ha sugerido que los grupos de los Valles Occidentales exorreicos constituyeron sociedades segmentarias (Santoro *et al.* 2004, 2009, cf. Schiappacasse *et al.* 1989; ver también Uribe 2006).

En este contexto, postulamos que el sitio Rosario-Petroglifos (Ll-38) pudo funcionar como un sitio de agregación, un espacio ritual donde grupos sociales locales y no locales, responsables de la producción rupestre en el sitio y tal vez unidos por lazos sociales, confluyeron de manera ocasional, sincrónica y diacrónicamente.

El sitio

Rosario-petroglifos es uno de los sitios del valle más conocidos en la literatura arqueológica (Uhle 1922; Santoro y Dauelsberg 1985; Muñoz y Briones 1996; Valenzuela 2004; Valenzuela *et al.* 2006; Van Hoek 2001-2002). Se ubica en el sector valle fértil, en la vertiente sur, a 20 km al este de la costa del Pacífico y a 350 msnm. Comprende un gran conjunto de aproximadamente 69 paneles grabados en un afloramiento de orientación este-oeste ubicado en un talud que une dos terrazas fluviales en la vertiente sur del valle de Lluta. Los paneles rupestres se extienden por aproximadamente 400 m a lo largo del afloramiento volcánico (Figura 7).



Figura 7. Emplazamiento del sitio Rosario-petroglifos (flecha).

Los motivos identificados (n=247) comprenden una amplia diversidad de motivos incluyendo zoomorfos (40%, n=100), antropomorfos (32%, n=79) y abstractos (28%, n=68), de variada morfología y características técnicas. Las categorías más comunes son antropomorfos esquemáticos (27%, n=65), camélidos sin movimiento (24%, n=59), abstractos simples (15%, n=36), abstractos compuestos (13%, n=32) y camélidos con movimiento (12%, n=30). Minoritarias son las categorías de antropomorfo con objeto y/o tocado (3%, n=8), antropomorfo balsero (2%, n=6) cuadrúpedo no camélido (2%, n=6) y

aves (2%, n=5). Dentro de cada una de estas categorías generales se observa una gran heterogeneidad técnica y compositiva (Figura 8).

Desde el punto de vista cronológico, la mayoría de los paneles corresponden a los Períodos Intermedio Tardío y Tardío, no obstante éste es uno de los pocos sitios de grabados en el valle que presentan figuras más tempranas dada la presencia de patrones tecnológicos de producción de grabados reconocidos en contextos del Período Medio (ca. 500 d.C. a 900/1000 d.C.), como se verifica en el sitio Sobraya (Az-3) en el valle de Azapa (Santoro y Dauelsberg 1985), caracterizados por un surco ancho y profundo ejecutado mediante técnicas de presión, que se diferencian del arte rupestre de períodos posteriores.

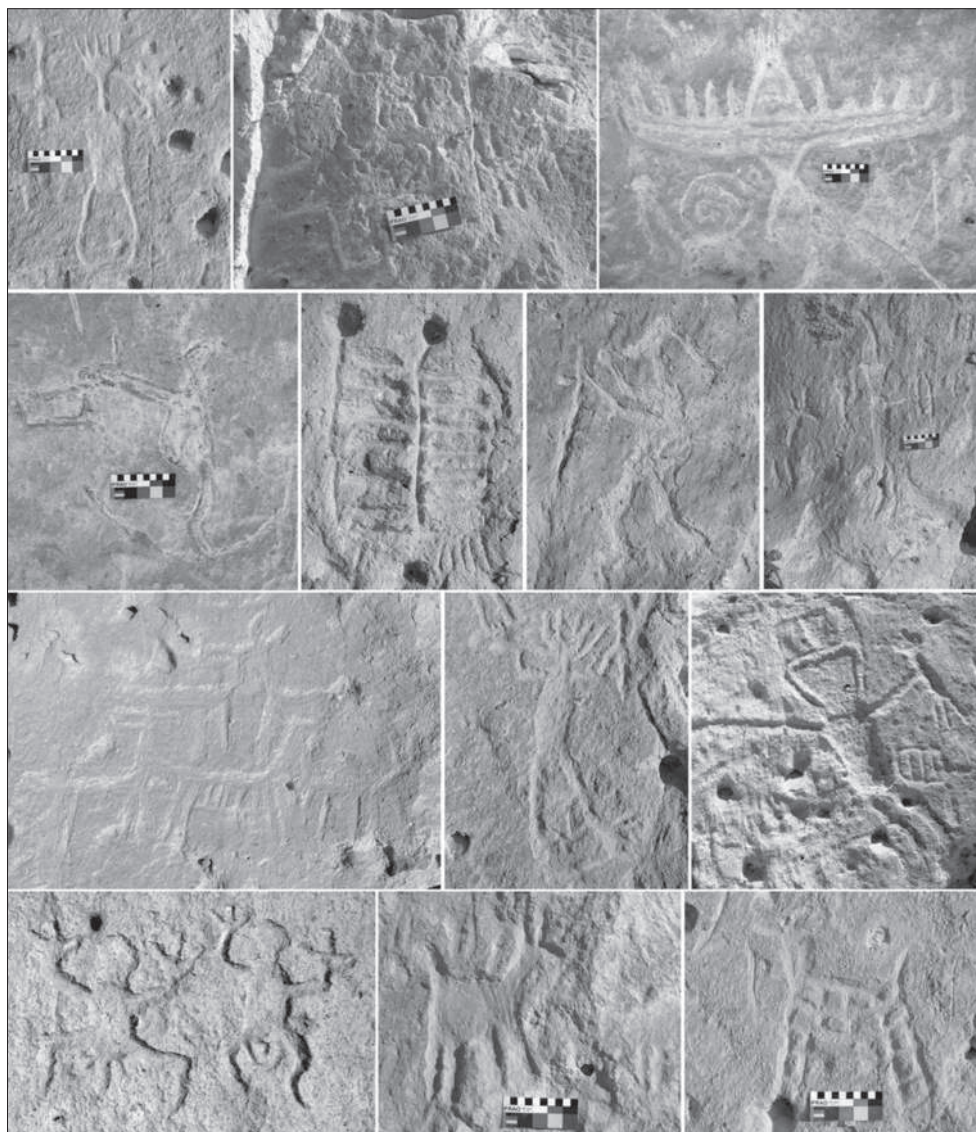


Figura 8. Imágenes rupestres del sitio Rosario-petroglifos.

Variables de vinculación con el tráfico

Rosario constituye un sitio extremadamente particular dentro del contexto arqueológico del valle por sus características materiales, dimensiones y visibilidad, asociaciones arqueológicas, localización y emplazamiento, acceso a recursos, a zonas de interés económico y a nodos de movilidad.

Este sitio presenta un cierto grado de monumentalidad (aunque no comparable al de los geoglifos) y un alto nivel de ostentación. La concentración de una considerable cantidad de paneles rupestres, emplazados sobre paredones verticales, que utilizan un llamativo afloramiento que resalta en el paisaje por su color y dimensiones, hace de él una situación única en el valle.

Su localización es privilegiada, por cuanto es el único sitio de grabados no sólo ubicado en la parte baja del curso inferior del valle (la mayoría de los sitios de grabados (92%, n=12), a diferencia de los geoglifos, se localizan en el sector chaupiyunga), sino que también es el único sitio de grabados ubicado en el área que posee la mayor potencialidad de explotación económica agrícola del valle y la que fue más intensamente poblada durante los períodos bajo estudio: el sector valle fértil.

El contexto arqueológico de este sitio se caracteriza por estar en un espacio de cercanía con áreas domésticas y, al mismo tiempo, por constituir un ámbito de articulación y conexión de diferentes espacios: tierras altas, el valle interior, valles aledaños y la costa. Con respecto al primer punto, Rosario-petroglifos se ubica muy cerca del asentamiento habitacional prehispánico Rosario 2 (LI-36), descrito como un poblado de organización compleja que, a pesar de haberse originado en el Período Intermedio Tardío, tuvo su mayor intensidad ocupacional durante el Período Tardío o Inca, cuando incorpora significativamente componentes cerámicos altiplánicos e incas (Romero 2002; Romero *et al.* 2000; Santoro *et al.* 2000). El asentamiento está construido sobre plataformas cortadas en el talud y reforzadas con muros de contención de piedras, contiene recintos de planta rectangular, de totora, caña y postes de madera, con una clara organización de sus elementos funcionales internos (recintos, vías de circulación, áreas funcionales y espacios públicos) (Santoro *et al.* 2009).

En relación al segundo punto, Rosario conforma un nodo de articulación de diversos espacios en dos sentidos. Por su ubicación nodal en un punto intermedio entre el valle interior y la costa, Rosario articula diferentes nichos ecológicos: sin constituir un sitio costero, es un sitio a partir del cual el valle interior y la costa se alcanzan fácilmente, lo que se refleja en las representaciones rupestres de balseros. En segundo término, Rosario se sitúa estratégicamente en una zona de convergencia y divergencia de diferentes rutas, donde los senderos que conectan el altiplano con la costa de Arica y que corren por la vertiente norte del valle, experimentan bifurcaciones para conectar con el valle de Azapa, o seguir hacia la costa por la ladera sur (Muñoz y Briones 1996). Además, otras rutas menores

que vienen igualmente de tierras altas u otros puntos intermedios dentro del valle convergen en este sector. A su vez, referencias etnohistóricas señalan que el camino inca que conectaba el valle de Lluta con la zona Caranga en el Altiplano Meridional, pasaba precisamente por este sector, nombrado como Peña Blanca y que posiblemente alude al blanquecino afloramiento rocoso que conforma los grabados rupestres de Rosario (Vázquez de Espinosa [1620] 1942).

Iconográficamente, Rosario se caracteriza por su diversidad y síntesis. No se advierte un predominio claro de una categoría por sobre otras y además dentro de cada una existe diversidad técnica y de composición. Es, en efecto, el sitio de grabados rupestres con la mayor diversidad formal interna del valle que presenta similitudes con varios sitios de arte rupestre de la zona de valles exorreicos, tales como Miculla (Gordillo y López 1987), Ofragía-1 (Romero *et al.* 2004), Taltape (Niemeyer 1968-69), así como también algunos sitios en la zona de quebradas interiores y oasis endorreicos, como Tarapacá-47 (Núñez y Briones 1967-68). Podríamos decir que es un sitio “sintético”, pues condensa gran parte del repertorio rupestre de los Valles Occidentales.

Tipo de tráfico implicado

Estimamos que Rosario pudo funcionar como un lugar de agregación, dentro del sistema de tráfico prehispánico local, regional e interregional. Un sitio como Rosario, pudo congrega gente de diversos grupos, con fines rituales, sociales y económicos, tales como intercambiar productos, rectificar acuerdos de interacción y colaboración, morigerar conflictos, fundar o fortalecer lazos de afinidad, entre otros, realizados en el marco no exclusivo del tráfico caravanero. Su cercanía a espacios domésticos, agrícolas y de tráfico, habla a favor de una multiplicidad de propósitos. Este sitio pudo conformar lo que Nielsen (1997) denomina “punto de articulación”: un asentamiento para intercambiar y abastecerse de bienes y recursos dentro del sistema de rutas de tráfico caravanero.

Aún no se han realizado excavaciones arqueológicas en el sitio de grabados. Las áreas potenciales de ser excavadas son restringidas debido a la existencia de un pequeño talud de arena de pendiente inclinada contiguo a los paredones, no obstante se encuentran algunos materiales arqueológicos en superficie (fragmentos de cerámica, zuros de maíz, material lítico, restos óseos) y recientemente una capa arqueológica quedó parcialmente expuesta como resultado del trajín constante de turistas. Además, el área aledaña a los grabados y al talud ha sido sistemáticamente alterada por acción agrícola moderna.

La concentración y visibilidad de los paneles en un afloramiento destacado, supone que el arte rupestre estaba destinado a ser visto constantemente. Su ubicación privilegiada y estratégica en un ámbito de alto potencial agrícola, el de mayor densidad poblacional del valle en épocas prehispánicas, el estar vinculado a espacios domésticos y en un punto nodal articulador de rutas y ámbitos ecológicos, lo convierten en un territorio demandado y expuesto. No se encuentra en un espacio netamente internodal o caravanero, sino más bien en un espacio

nodal, que involucra al mismo tiempo lo agrícola, lo doméstico y el tráfico. Los sistemas de senderos que convergen y divergen en este sector son indicativos de su asociación al tráfico caravanero, dentro de rutas interregionales (aquellas que conectan el altiplano con la costa), regionales (conexión con el valle de Azapa y la costa de Arica) y también locales (conexión con el interior del valle).

Para identificar un lugar de agregación, un indicador comúnmente usado es la diversidad relativa de los diseños rupestres, considerando la variabilidad intra e inter-sitio (Conkey 1980; Galt-Smith 1997; Veth 2005). Una de las causas de la emergencia de sitios de agregación en regiones áridas puede ser la intensificación de las redes de intercambio de larga distancia, por lo tanto, junto con una mayor diversidad artefactual, también deberíamos esperar un número creciente de bienes exóticos (Veth 2005). En el caso de Rosario, la diversidad iconográfica en términos de morfología y técnicas de los diseños permite suponer la intervención de diferentes manos con tradiciones plásticas y concepciones culturales distintas. Una de las razones de la gran diversidad iconográfica presente en los sitios de agregación es la consecuencia de acción individual de diversos actores con diferentes tradiciones culturales (cf. Conkey 1980). Rosario es un sitio sintético, que recopila gran parte del arte rupestre de los Valles Occidentales, por lo que suponemos que fue un sitio continuamente visitado por diversos grupos que se congregaron en este lugar con fines económicos, sociales o rituales. Si bien la cronología también puede ser un factor de diversidad iconográfica, y efectivamente en el caso de Rosario la producción del arte comienza en el Período Medio, la diversidad asignable al Intermedio Tardío y Tardío es significativa. Por otro lado, en el asentamiento habitacional contiguo, Rosario 2, se advierte la incorporación de bienes exóticos, tales como cerámica serrana, altiplánica e inca, objetos de cobre y bronce, azufre, plumas y semillas tropicales, plumas de aves altoandinas (flamenco), pigmento rojo y amarillo, obsidiana, cuentas de mineral de cobre, plantas del altiplano (coa), conchas y huesos de pescados del Pacífico, y manojos de plumas de aves marinas (Santoro 1995).

Caso 4. Arte rupestre en un lugar ceremonial caravanero, tráfico interregional, sector chaupiyunga

Cruces de Molinos (Ll-43) es un sitio de grabados que parece haber funcionado como un lugar sagrado de uso más bien exclusivo, en el marco de actividades de tráfico caravanero. Posiblemente constituyó un sitio ritual especializado (Nielsen 1997), es decir, un lugar reservado para prácticas ceremoniales propias del tráfico caravanero en un espacio peri-nodal.

El sitio

Se ubica en la ladera sur del valle de Lluta, a aproximadamente 1050 msnm en el sector chaupiyunga (Figura 3). Integra más de 60 bloques grabados cuyos

tamaños varían entre ca. 50 x 50 cm hasta ca. 250 x 250 cm, con un total de 62 paneles, distribuidos en un área de 2.116 m² sobre un empinado talud cubierto por grandes bloques de piedra desprendidos de la cornisa del valle. En términos iconográficos, este sitio presenta variabilidad pero con temas y técnicas comunes. Se caracteriza por una alta proporción de camélidos, muchos de ellos corresponden a caravanas de llamas, seguido por una menor cantidad de antropomorfos y motivos abstractos. Estimamos que la cronología del sitio corresponde al Intermedio Tardío y Tardío, debido a que, además de ser la época de mayor ocupación del valle, hay representaciones de objetos y diseños que se correlacionan con estos períodos. Así, diseños de tumis, objetos que aparecen en el registro arqueológico de costa y valles principalmente a partir de estas épocas, aunque tienen una baja representatividad (4,3% de los motivos identificados, n=8), son más comunes aquí que en cualquier otro sitio rupestre en el valle. Por otro lado, representaciones de volutas y espirales, propios de la cerámica Gentilar (Cultura Arica) también aparecen en algunos paneles (3%, n=5).

Variables de vinculación con el tráfico

La principal característica de este sitio es su singular localización y emplazamiento. Se ubica en el talud de escombros, entre 50 m y 130 m de altura con respecto a la terraza fluvial de ocupación actual, sobre una ladera muy escarpada que en algunos sectores alcanza una pendiente cercana a 45°. Todas estas características determinan una accesibilidad muy restringida desde el fondo del valle. Actualmente existen senderos dirigidos a la parte más baja del área de grabados donde se ubican una serie de “cruces de mayo” actuales⁹, por lo que suponemos una cronología reciente de dichos senderos no vinculados con los grabados. Consecuentemente, no existe un acceso fluido al sitio de grabados desde el interior del mismo valle.

Por otra parte, no hay recursos naturales como agua o vegetación directamente asociados a los grabados. El contexto arqueológico inmediato del sitio es muy exiguo en términos de cantidad y densidad de materiales culturales. Éste se restringe a escasos artefactos líticos de andesita y basalto consistentes en 2 núcleos, 2 percutores y 1 raspador encontrados en superficie junto a los bloques grabados (Carrasco 2010). Además, junto a un pequeño espacio formado por un bloque grabado y el talud, se encontraron restos óseos parcialmente expuestos que fueron excavados. Los resultados del análisis arqueofaunístico preliminar (Salas 2010) indican que un individuo macho juvenil, de la familia *Camelidae*, fue colocado intencionalmente en una especie de escondrijo formado por

⁹ En el norte de Chile, las Cruces –sucesoras de los mallkus– que durante el año se encuentran en los cerros o en sectores altos de las laderas de los valles, son bajadas en procesión y profusamente adornadas y/o pintadas (Van Kessel 1996: 61). La fiesta de la Cruz de Mayo, si bien es de origen cristiano, reúne también elementos de origen prehispánico: se vincula con la festividad hispana de las Cruces, el Corpus Christi, y los ritos agrícolas andinos de la cosecha del calendario solar (Molinié 1999; Zuidema 1999).

el bloque y la superficie de la ladera. La ausencia de fosa y las características de meteorización de los huesos señalan que el camélido no fue enterrado sino depositado sobre la superficie y posteriormente cubierto parcialmente por acción eólica. Algunos elementos óseos como el húmero, ambos fémures y el ala ilíaca de la pelvis presentan huellas de corte claramente antrópicas, indicando acciones de desmembramiento. El esqueleto, incompleto (están ausentes cráneo, mandíbula, dientes, carpales, tarsales y falanges), se encuentra articulado por segmentos. El sedimento que cubría el cuerpo contenía hojas de maíz (*Zea mays*) y semillas de algarrobo (*Prosopis sp.*) (García 2010). El hecho de que el esqueleto se encuentre articulado por segmentos, la presencia de huellas de corte antrópicas en diferentes huesos y la ausencia de trazas de combustión, sugieren que el desmembramiento del animal no fue con fines de consumo alimenticio humano (Salas 2010). Esto, sumado a las condiciones de inaccesibilidad del espacio donde se encontraron los restos, descarta que su localización sea por causas naturales. Lamentablemente, no se ha podido identificar osteométricamente si corresponde a la especie *Lama glama* o *Lama guanicoe*, debido a la ausencia de elementos anatómicos diagnósticos como dientes y extremidades (Salas 2010). Con todo, este hallazgo podría sugerir actividades rituales relacionadas con el tráfico caravanero, lo que deberá ser precisado con análisis ulteriores.

El contexto arqueológico circundante de los grabados comprende un área habitacional doméstica y funeraria prehispánica tardía y colonial, alterada por la ocupación humana actual y situada en el fondo del valle, a unos 200 m de distancia. Asimismo, ladera arriba en la pampa de interfluvio sur, se ubica un sistema de huellas caravaneras tipo rastrillo que se conectan con el sitio de grabados, provenientes de la sierra, según hemos constatado en terreno y en imágenes satelitales. Aunque el asentamiento y las huellas se encuentran a similares distancias de los grabados, la vinculación con los senderos es más evidente debido a la relación de continuidad geográfica entre ellos, lo que contrasta con el difícil acceso a los grabados desde el fondo del valle.

Otro elemento sobresaliente es el repertorio iconográfico que evidencia interacción interregional y prácticas caravaneras en específico. Del total de figuras identificadas (n=185), el 41,6% (n=77) corresponde a camélidos, la mayoría posiblemente llamas, y el 23,8% (n=44) a llamas en caravanas (en hileras y unidas con sogas) a veces también con antropomorfo-caravanero como guía (3,8%, n=7). La presencia de figuras de aves altoandinas, como suris (ñandú, *Pterocnemia pennata*) y parinas (flamencos, *Phoenicoparrus sp.* o *Phoenicopterus sp.*) alcanza el 3,2% (n=6). En síntesis, las figuras de temas exóticos en conjunto (camélidos, llamas en caravanas, antropomorfos-caravaneros y aves altoandinas) alcanzan un 72,4% (Figura 9).

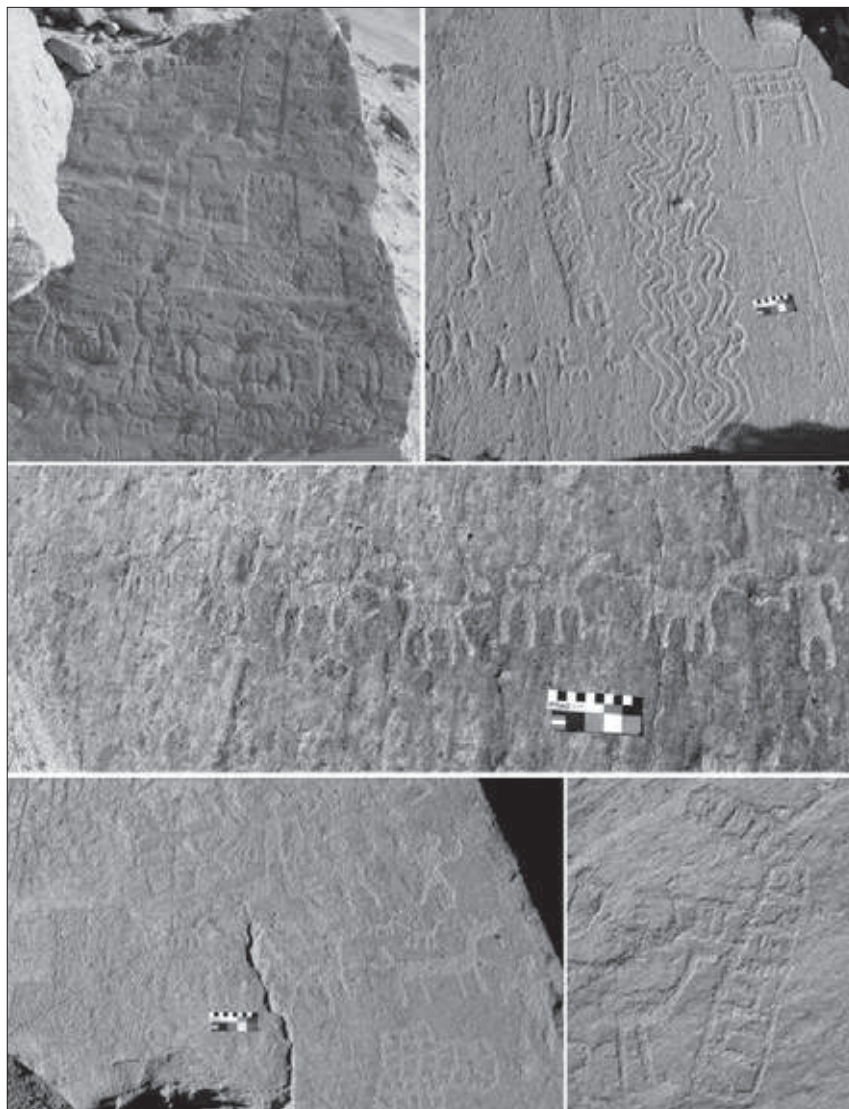


Figura 9. Imágenes rupestres del sitio Cruces de Molinos.

Tipo de tráfico implicado

El emplazamiento del sitio en un sector alto y abrupto de la ladera del valle que le otorga baja accesibilidad y visibilidad, sumado a su localización apartada de los ámbitos de ocupación locales y ligada más bien con espacios internodales (pampa de interfluvio), nos sugiere que los grabados formaron parte de un espacio ritual caravanero especializado, de uso más íntimo que público. Estimamos que participaba de un tráfico de larga distancia altiplano/sierra-costa, operado por

grupos de tierras altas. Aparentemente, la intervención de los grupos locales en el uso de este sitio y en el tráfico asociado fue mínima, dada su aparente desvinculación espacial respecto de los asentamientos locales. Este sitio difiere de aquellos más visibles destinados a la señalización de espacios de tránsito o rutas que implicarían una ritualidad caravanera más abierta y accesible. En cambio, destaca su carácter más exclusivo y restringido para el desarrollo de las prácticas rituales caravaneras, reforzado por el alto porcentaje de iconografía netamente caravanera. A esto se agrega la depositación intencional de un camélido que permitiría reforzar la idea planteada si se logra identificar como *Lama glama* y datarlo mediante radiocarbono.

Es sugerente la frecuente representación de personajes caravaneros con adornos y, aunque menos frecuente pero ocupando un lugar destacado en el espacio plástico, las representaciones de tumis, que podrían reflejar la emergencia de un grupo social diferenciado de caravaneros dentro de la sociedad pastoril de tierras altas, tal como lo sugiere Nielsen (1997) respecto del rol del ceremonialismo caravanero en el Noroeste argentino:

La identificación arqueológica de un ceremonialismo propio del caravanero y de lugares especialmente reservados para este fin es de la mayor importancia, en la medida en que las prácticas rituales y la parafernalia e iconografías asociados pueden asumir un papel destacado como diacríticos sociales, marcando el surgimiento de los caravaneros como un sector social diferenciado dentro de comunidades o unidades étnicas mayores o como grupos étnicos independientes (Nielsen 1997: 341).

Es interesante constatar que tanto los caravaneros ataviados como los tumis son poco frecuentes en arte rupestre de la zona.

Discusión

La interacción social durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío en los Valles Occidentales exorreicos se encuentra bien refrendada en el registro arqueológico recuperado de contextos funerarios y habitacionales. Ésta posiblemente ocurrió por medio de diversos mecanismos, tales como la verticalidad y el intercambio (Santoro *et al.* 2009; Santoro *et al.* 2010). El tráfico caravanero fue un medio de circulación de información, bienes y recursos a larga distancia que, aunque se articuló más con el intercambio, también pudo formar parte de otros mecanismos de complementariedad (ver Salomon 1985). Las evidencias arqueológicas del tráfico caravanero en los Valles Occidentales exorreicos son principalmente el arte rupestre y los senderos asociados, a diferencia de las subáreas Circumpuneña y Altiplano Meridional, donde se agregan de manera significativa los elementos que conforman el equipo caravanero. Volveremos sobre este punto.

Algunos autores han listado y explicado los tipos de asentamientos

arqueológicos relacionados con las prácticas caravaneras (Berenguer 1994, 2004; Nielsen 1997). A continuación discutiremos aquellos que están presentes en la zona de Valles Occidentales exorreicos.¹⁰

Aldeas. En el valle bajo de Lluta, existen al menos 23 aldeas del Intermedio Tardío y Tardío. Están conformados por áreas de vivienda, funerarias y de almacenaje separadas. Se componen de recintos contruidos de totora, caña y madera sobre plataformas artificiales (con o sin muros de contención de piedras), o bien recintos con muros de pircado simple, de una o dos hiladas de piedras con relleno interior (Romero *et al.* 2000). No existen evidencias directas de tráfico caravanero en estos poblados, sino más bien de interacción social, representadas por una serie de bienes exóticos entre los que destacan la cerámica Negro sobre Rojo, Charcollo, Saxamar e Inka (Santoro *et al.* 2001; Santoro *et al.* 2004), corpúsculos de azufre, objetos de cobre, microlascas de obsidiana, plumas de aves altiplánicas (parinas) y plumas de colores atribuidas a aves tropicales (no identificadas) dada la presencia de semillas de huayruro (*Ormosia coccinea*), entre otros elementos. Los poblados que muestran una mayor incorporación de bienes foráneos se ubican en el sector chaupiyunga, lo que ha sido interpretado como producto de intensas redes de intercambio, más que como resultado de colonias altiplánicas o serranas (Santoro *et al.* 2010). Al mismo tiempo, en este sector destaca la presencia de elementos provenientes de la costa, como conchas y pescado.

Paskanas o jaranas. Son lugares para pernoctar, ubicados en zonas de extrema aridez (Berenguer 1994) y según Nielsen (1997) concentran una parte importante de los descartes producidos por las actividades caravaneras. Dado que la jornada diaria de la llama es entre 15 y 25 km, desde el altiplano a la costa deberían existir a lo menos seis paradas de descanso nocturno. Entre el sector más alto del valle chaupiyunga a la costa, deberían existir al menos cuatro paradas. Estas paskanas deberían encontrarse en lugares altos y abiertos ya que, de acuerdo a la evidencia etnográfica y etnoarqueológica, los caravaneros evitan las quebradas y los poblados locales para pernocalar (Harris 1985; Nielsen 1997; Platt 2010). En el valle de Lluta, las escasas paskanas observadas coinciden con las expectativas proporcionadas por la etnografía y etnoarqueología, en el sentido de encontrarse en sectores abiertos, desérticos y despoblados, como son las pampas de interfluvio adyacentes al valle. Allí se han identificado paskanas consistentes en pequeñas estructuras semicirculares tipo paravientos, contruidas con muros simples de piedra y con escasos materiales arqueológicos pre y posthispánicos, y asociadas directamente con rutas caravaneras (Figura 10). Aún no se han excavado este tipo de estructuras y tampoco existe un catastro detallado de las mismas. Pero de

¹⁰ Estos autores enumeran los siguientes sitios caravaneros: aldeas, estancias, paskanas o jaranas, puntos de articulación, puntos de carga, sitios de producción/extracción, sitios rituales especializados y rutas o vías. Aquí omitimos estancias y puntos de producción/extracción debido a que carecemos de información acerca de su existencia en la zona de estudio lo que puede deberse a un sesgo de muestreo por falta de estudios.

acuerdo a estimaciones preliminares su distribución coincide más o menos con la jornada diaria de la llama.



Figura 10. Paskana y huellas caravaneras, sierra de Huaylillas, pampa de interfluvio este del río Lluta.

Puntos de articulación. Son lugares donde se realizan intercambios, como ferias o comunidades (Nielsen 1997). En nuestro tercer caso de estudio, sugerimos que el sitio Rosario-petroglifos probablemente funcionó a la vez como un sitio ritual de agregación y como un punto de articulación. No se han descrito o encontrado otros posibles puntos de articulación en el valle.

Puntos de carga. Lugares de carga y descarga, función que estimamos podría estar representada en Collcas de Huaylacán (Ll-2), a 8 km de la costa, uno de los sitios de almacenamiento más grandes del valle, no asociado a asentamiento residencial, con más de 50 depósitos subterráneos de forma cilíndrica con muros revestidos de bolones de río sin argamasa, y en algunos casos enlucidos con barro, atribuidos a los Períodos Intermedio Tardío y Tardío (Santoro *et al.* 2000). En la ladera sur del valle hay varios paneles de geoglifos, que coinciden con rutas secundarias que conectan el interior de éste con la ruta interregional altiplano-costa (ver abajo “Rutas y Vías”). En virtud de lo anterior, sugerimos que Collcas de Huylacán pudo ser una estación de tráfico donde las caravanas se abastecieron de maíz y pescado (presentes dentro y fuera de los silos); lo que se refuerza por el hecho de ubicarse en una planicie amplia que facilitaría el trámite de carga y descarga de las tropas. Además, el sector cuenta con agua permanente aunque salobre y una cobertura de grama salada y arbustos que pudieron servir como forraje.

Sitios rituales especializados. Son lugares donde se realiza un ceremonialismo propio de los caravaneros. Consideramos que los cuatro casos de estudio expuestos se inscriben dentro de esta categoría. No obstante, con diversos matices en cada uno de ellos y un caso compartiría la función de punto de articulación (Caso 3). Pese a que en los Valles Occidentales exorreicos es muy baja la proporción de artefactos muebles propiamente caravaneros, el arte rupestre exhibe un registro iconográfico que representa claramente esta actividad. Como en otras áreas (v.g. Aschero 1996, 2000; Berenguer 1994, 2004; Clarkson y Briones 2001; Martel 2010; Pimentel y Montt 2008), en los cuatro casos presentados el camélido (presumiblemente llama) aparece como un tema central, acompañado por seres humanos. En algunos casos es más explícito y aparecen llamas unidas por una sogá, en caravanas, precedidas por un antropomorfo-guía (Tabla 1).

Tabla 1. Comparación de frecuencias absolutas y relativas de categorías descriptivas, en cada caso estudiado.

	Caso 1 Tráfico interregional		Caso 2 Tráfico local		Caso 3 Lugar de agregación		Caso 4 Ceremonial caravanero		Total
Camélidos	17	16%	21	24%	89	36%	77	42%	204
Llamas en caravana	0	0%	38	43%	0	0%	44	24%	82
Antropomorfos- caravaneros	0	0%	4	5%	0	0%	7	4%	11
Antropomorfos- balseros	0	0%	0	0%	6	2%	0	0%	6
Otros antropomorfos	66	61%	12	14%	73	30%	9	5%	160
Abstractos	4	4%	8	9%	65	26%	32	17%	109
Tumiformes	0	0%	2	2%	3	1%	8	4%	13
Aves altoandinas	0	0%	0	0%	2	1%	6	3%	8
Otros zoomorfos	21	19%	3	3%	9	4%	2	1%	35
Total	108		88		247		185		

En el Caso 1, no hay caravanas de llamas y los antropomorfos con tocados cefálicos característicos pasan a ser la figura principal, acompañados muchas veces de camélidos. En el Caso 2, los grabados de entrada y salida del valle, la figura de la llama y particularmente de la caravana explícitamente dibujada, junto con antropomorfos-guías, adquieren un rol central. En el Caso 3, los grabados como lugar de agregación, pese a la enorme diversidad existente en categorías descriptivas, los predominantes son antropomorfos simples y camélidos sin movimiento (posiblemente llamas). No hay caravanas de llamas en este sitio, y antropomorfos con tocados aparecen pero en baja proporción, destacando las representaciones de balseros, únicas en la muestra de sitios estudiada. En el Caso 4, hay un predominio notable de camélidos (65,4%, n=121) la mayoría

de los cuales parecen ser llamas, y en varios casos son explícitamente llamas en caravanas (Tabla 1).

En conclusión, aunque la figura del camélido en soportes rupestres en los Andes centro-sur, tanto en el altiplano y puna, como en los valles, oasis y costa de la vertiente occidental andina, tiene una historia iconográfica originada en épocas arcaicas, es con el tráfico caravanero a partir del Intermedio Tardío cuando adquiere una preponderancia central (al menos en el soporte rupestre) con atributos propios que destacan y alegorizan esta actividad, que encierra esferas complementarias económicas e ideológicas, como se constató en los casos reseñados (ver p.e. Aschero 2000).

En cuanto a la figura humana, en los casos presentados no están ricamente ataviadas como sucede en los estilos caravaneros de la subárea Circumpuneña y Andes Meridionales (ver no obstante Martel 2010). Esto se ha interpretado como un indicador de especialización del tráfico (Berenguer 1994) o al menos de jerarquías sociales al interior de la sociedad pastoril (Aschero 2000). En Lluta esto no ocurre. Los caravaneros son en general dibujados de manera muy esquemática, simple y minimalista. Los dos únicos ejemplos que muestran una diferencia son los geoglifos (Caso 1) y Cruces de Molinos (Caso 4). En el Caso 1, la figura humana es protagonista debido a su alta representatividad, monumentalidad y su alta estandarización formal, donde destacan los tocados cefálicos que las caracterizan (Figura 5). En el Caso 4, hay representaciones de algunos antropomorfos ataviados (con penachos y posibles túnicas) y de tumis. Estos últimos adquieren mayor significación en la medida que, en los Valles Occidentales, los objetos de metal fueron siempre bienes exóticos, particularmente en la zona exorreica (Núñez 1987). Tanto en el Caso 1 como en el Caso 4, las situaciones de tráfico inferidas se relacionan directamente con rutas interregionales desde y hacia el altiplano, posiblemente manejadas por sociedades pastoriles altoandinas.

Rutas y vías. Siguiendo a Berenguer (2004), distinguimos entre rutas (derrotero) y vías (senderos o materialización de las rutas).

a. Rutas: La ruta más importante descrita para el valle de Lluta se denomina Ruta Transversal Lluta N° 2 (Muñoz y Briones 1996), que comunica el altiplano con la costa de Arica. Según estos autores, la vía principal de esta ruta corre por la planicie de interfluvio norte del valle, hasta desembocar en la costa en el sector de Gallinazos (desembocadura del Lluta). Correspondería a una ruta interregional (cf. Schreiber 1991) en la medida que une espacios distantes atravesando una amplia región con diferentes nichos ecológicos y recorre un amplio espacio internodal lejos de asentamientos poblacionales. Esta ruta principal presenta variantes, que denominamos rutas secundarias intra-valle (cf. Schreiber 1991). En el valle de Lluta, estas rutas secundarias presentan dos situaciones: (a) conectan los asentamientos locales con la ruta interregional Lluta N° 2, como se constata en

los sectores de Sora, Chapisca, Poconchile, Molle Pampa, Rosario y Huaylacán; y (b) son alternativas de la ruta N° 2, como por ejemplo en Poconchile y Rosario, se desprenden ramales que conectan con el valle de Azapa, a través de abras, y de ahí siguen a la costa sur de Arica (Muñoz y Briones 1996).

b. Vías: Las vías involucradas en los casos de estudio constituyen senderos y no caminos (Earle 1991; Schreiber 1991), es decir, son vías informales formadas por el movimiento repetido de personas y animales. Se caracterizan por senderos troperos de una trocha en pendientes, o varias trochas de tipo rastrillo en planicies. Están formadas por el despeje de terreno producido por el trajín, y carecen de rasgos constructivos. Son vías redundantes puesto que presentan varias alternativas, aunque es posible jerarquizar entre vías principales y secundarias.

En este trabajo hemos descrito cuatro casos de ritualidad caravanera, específicos a niveles de tráfico (interregional, regional, local) y modalidades del mismo (a partir del grado de participación de las comunidades locales en las redes). En este contexto, hay que distinguir este tráfico de larga distancia a cargo de caravaneros pastores altoandinos, de otro tipo de tráfico de corta distancia entre la costa y valles bajos operado por grupos locales. Este tráfico de corta distancia se habría manejado sin caravanas de llamas, sino más bien a través de portadores humanos con capachos que pudieron usar también una o pocas llamas que no constituyeron una caravana propiamente tal, con reducida capacidad de carga y restringido al ámbito local y regional (Tabla 2).

Los casos de estudio presentados permiten plantear algunas cuestiones generales concernientes a la interacción social y el tráfico caravanero de los Períodos Intermedio Tardío y Tardío en los Valles Occidentales exorreicos. Ya Núñez planteó, posteriormente a su publicación seminal de 1976, la existencia de distintos tipos de ceremonialismo en torno al tráfico que resultarían de “territorios simbólicamente diferenciados, pero integrados” (Núñez 2007: 39): geoglifos en Valles Occidentales, apachetas en tierras altas y medias, muro-y-cajas en el Loa Medio, sepulcros en el altiplano de Lízpez y grabados rupestres en la periferia de los oasis y en pampas estériles. Más allá de las diferencias de soporte características de distintos territorios, en este trabajo buscamos amplificar la variabilidad existente al interior de un mismo soporte, el rupestre, dentro de un mismo territorio, los Valles Occidentales exorreicos, en orden a entender qué función está cumpliendo cada uno de estos diferentes sitios rupestres en el tráfico caravanero.

Tabla 2. Resumen interpretativo de casos estudiados con principales características.

	Alcance espacial del tráfico	Tipo de tráfico	Espacio donde se ubica el arte rupestre	Operado por	Nivel de especializ.	Requisito básico	Tipo de sitio
Caso 1	Tráfico interregional	Caravanero	Espacio internodal	Grupos ganaderos alto-andinos	Especializado	Llamas cargueras	Señalizador logístico y simbólico de ruta
Caso 2	Tráfico local y de conexión con tráfico regional e interregional	Caravanero y no caravanero	Espacio peri-nodal	Grupos agricult. locales	No especializado	Portadores humanos con capachos, con o sin llamas	Señalizador logístico y simbólico de ruta
Caso 3	Tráfico interregional, regional y local	Caravanero y no caravanero	Espacio nodal	Grupos ganaderos alto-andinos, agricult. de valle y pescadores costeros	Especializado y no especializado	Llamas cargueras y portadores humanos con capachos, con o sin llamas	Punto de articulación y de agregación con múltiples propósitos
Caso 4	Tráfico interregional	Caravanero	Espacio peri-nodal	Grupos ganaderos alto-andinos	Especializado	Llamas cargueras	Ceremonial caravanero especializado exclusivo

Con respecto al Caso 1, los geoglifos formarían parte del tráfico interregional de caravanas que conectó altiplano/sierra con la costa. Éste fue manejado por grupos altoandinos especializados en el tráfico a larga distancia, cuyo objetivo final era alcanzar la costa, como lo demuestran el emplazamiento y orientación de los paneles a un tráfico descendente (Ross *et al.* 2008). La mayoría de los geoglifos se emplazaron en el sector costero, una zona con recursos de bajo valor económico ocupada transitoriamente por pescadores de la Cultura Arica cuyos núcleos estaban en el litoral, con pocas evidencias de interacción, baja densidad poblacional e inversión en infraestructura doméstica (Santoro *et al.* 2009). Por lo tanto, es poco probable que el sector haya sido un lugar de agregación o de intercambio, por lo que los geoglifos más bien marcaron un espacio marginal pero significativo para alcanzar la costa. La costa constituyó un nodo crucial en el tráfico de larga distancia en épocas prehispánicas tardías y coloniales tempranas, pues ofreció preciados recursos económicos y de valor simbólico que no se encuentran en las tierras altas, como pescado, algas, guano, conchas, estrellas de mar y agua marina (Farfán 2002; Hidalgo y Focacci 1986; Julien 1985; Martínez 1976; Masuda 1985; Murra 1975; Rostworowski 1986; Sherbondy 1982; Vázquez de Espinosa [1620] 1942).

Inversamente, en el sector fértil del valle de Lluta, la abundancia relativa de recursos económicos, la mayor densidad de población e inversión de infraestructura doméstica y la evidencia arqueológica multicultural sostienen la idea de que este sector funcionó como un área de intercambio (Santoro *et al.* 2009). Aquí los caravaneros de tierras altas pudieron trocar sus productos del altiplano y sierra con productos agrícolas locales, como maíz. El sitio Rosario-petroglifos (Caso 3) documenta este tipo de escenario de interacción e intercambio, a través de su diversidad iconográfica y su situación nodal en una encrucijada de rutas. De esta manera, sirvió como un lugar de agregación y un punto de articulación dentro del tráfico caravanero, tanto interregional (tierras altas-costa) como regional (valle-costa, inter-valles).

El sector chaupiyunga, en cambio, muestra la mayor variabilidad arqueológica. Los asentamientos habitacionales reflejan un espacio fundamentalmente multicultural, donde concurren tradiciones de costa, valles y tierras altas y, durante el Tardío, también incas. Los habitantes locales formaban parte de la Cultura Arica, que interactuaban constantemente con poblaciones de tierras altas incorporando bienes importados a través del intercambio (Santoro *et al.* 2009). Los grabados de este sector ubicados en puntos de entrada y salida al interior del valle (Caso 2), están directamente vinculados a las rutas secundarias que conectaban el valle con rutas interregionales que alcanzaban las tierras altas y la costa. Esta evidencia nos sugiere que las poblaciones locales participaron en las redes de intercambio como agentes activos, aun cuando probablemente el tráfico caravanero era operado por grupos de tierras altas. Pese a que la evidencia etnoarqueológica señala que los caravaneros suelen establecer sus paraderos y estaciones en espacios internodales, alejados de las poblaciones locales, evitando el interior de las quebradas (Nielsen 1997; ver también Berenguer 2004, 2010; Harris 1985; cf. Platt 2010), el arte rupestre estudiado en este caso, con iconografía propiamente caravanera, sugiere el ingreso al valle de recuas de llamas. En un plano más especulativo, se podría pensar que las poblaciones del sector chaupiyunga mantenían lazos de afinidad, más allá de lo netamente económico, como por ejemplo relaciones de parentesco consanguíneo o político.

No obstante lo anterior, el sitio Cruces de Molinos (Caso 4), dentro del mismo sector chaupiyunga, muestra una situación distinta. Este sitio, interpretado como un sitio ritual caravanero más bien exclusivo, ubicado en un espacio marginal, muy cercano a zonas internodales, está ligado directamente con las redes interregionales altiplano-costa. De esta manera, su desvinculación respecto de los asentamientos locales señalaría por un lado que se trata de un lugar más utilizado por caravaneros altiplánicos especializados que por grupos agricultores locales, lo que se refuerza por el predominio de una iconografía eminentemente caravanera y la colocación intencional (;ritual?) de un camélido. Su emplazamiento, por otro lado, coincide con datos etnoarqueológicos sobre la ubicación de los asentamientos caravaneros (Nielsen 1997). Esto muestra que

si bien el sector chaupiyunga fue el sector más permeable a la interacción social con grupos foráneos, principalmente de tierras altas, las redes de interacción, no obstante, fueron diferenciales.

Un aspecto tratado parcialmente en este trabajo tiene relación con el problema de los diferentes tipos de tráfico de bienes (de larga distancia o interregional, regional y local), las comunidades implicadas en estos sistemas y las poblaciones que los controlaron. En su trabajo original, Núñez (1976) señala que las rutas estuvieron “controladas por determinadas cabeceras políticas que ejercieron *autoridad sobre áreas de producción marginales*” (Núñez 1976: 184, énfasis nuestro). Insinuó, además, que las comunidades responsables de la instauración del tráfico y las que mantienen el control del mismo son las sociedades altiplánicas, esto argumentado por: (a) el alto nivel de desarrollo sociopolítico que implica el tráfico para generar excedentes y capacidad de traslado de larga distancia; (b) las sociedades estratificadas y complejas del altiplano son capaces de controlar gentes y recursos; (c) altas tasas de densidad poblacional en el altiplano estimularon el “descenso temprano” de grupos; (d) en el altiplano y la puna, la crianza de camélidos fue intensamente desarrollada durante la época prehispánica (para este último punto, ver también Aschero 1996, 2000; Berenguer 1994, 2004; Nielsen 1997).

Sin embargo, recientemente se ha discutido la supuesta estratificación y jerarquización socio-política de las sociedades circumpuneñas y altiplánicas y se ha cuestionado su capacidad de controlar redes de tráfico (Nielsen 2007). Nuestra argumentación acerca de que las sociedades que ejercieron el tráfico caravanero fueron grupos altoandinos no descansa en el supuesto de su mayor nivel de jerarquización sociopolítica, sino más en las actividades de subsistencia propias de una comunidad que limitan, favorecen y posibilitan el ejercicio de determinadas prácticas culturales. Así, si los caravaneros especializados son necesariamente pastores, y si el ambiente de tierras bajas no propició el desarrollo de lo ganadero debido a las dificultades para criar grandes cantidades de llamas, parece lógico pensar que los caravaneros por excelencia fueran poblaciones altoandinas. Estas poblaciones que ejercieron el tráfico caravanero especializado pudieron haber provenido del altiplano contiguo a la zona de estudio, área que documentos etnohistóricos coloniales tempranos identifican como territorios Pacaje y Caranga, habitados por grupos ganaderos y caravaneros especializados (Kesseli y Parssinen 2005; Medinacelli 2007; Michel 2000, 2008). Específicamente para el valle de Lluta, documentos del siglo XVI señalan la presencia de poblaciones Lupaqa, Caranga y Pacaje, lo que inicialmente fue interpretado como evidencia de verticalidad (Hidalgo y Focacci 1986; Murra 1972; Santoro *et al.* 1987), pero que a la luz de nuevos enfoques puede verse como producto de un conjunto más amplio de mecanismos de interacción entre los que se incluyen el tráfico caravanero e intercambio (Santoro *et al.* 2010). A partir de las evidencias que tenemos, nos parece prematuro precisar el grupo étnico altiplánico involucrado

en el tráfico prehispánico del Intermedio Tardío usando los términos empleados en documentos coloniales (cf. Chacama 2010; Durston e Hidalgo 1997). Sin embargo, no parece ilógico pensar que ellos provenían del altiplano contiguo, área conocida en tiempos coloniales como Pacaje y Caranga, y habitada en épocas prehispánicas tardías por grupos pastoriles (Michel 2000, 2008).

El hecho de que el tráfico caravanero desde tierras altas haya sido operado por grupos altiplánicos no implicó que los agricultores locales no participaran activamente y de modos diversos en estas redes de tráfico. Al contrario, tal como lo señala Núñez (1976), los centros de producción de tierras bajas tuvieron un rol sustancial en esta dinámica pues constituían en sí mismos un foco de atracción de contraparte para las sociedades altiplánicas, tanto en la producción y conservación como en la redistribución del tráfico entre el Pacífico y las tierras altas. Esta dinámica se condice con lo planteado para los Casos 2 y 3, donde las poblaciones locales se insertaron activamente en el tráfico articulando redes de corta distancia (costa-valle, valle-tierras altas) o de larga distancia (costa-tierras altas). En este escenario, la valoración económica e ideológica de productos agrícolas y recursos marinos se equilibraba con las valoraciones asignadas localmente a los productos exóticos traídos desde tierras altas, de tal manera de permitir un intercambio fluido.

Otro punto importante que vale destacar es la importancia de un tráfico de corta distancia. Un tráfico local o regional, espacialmente más restringido que articuló e integró costa y valles, pero de gran relevancia en la historia cultural de las poblaciones de la Cultura Arica. El mismo habría permitido que en estos espacios ecológicos y geográficos contrastantes se desarrollara un proceso cultural muy integrado, expresado en una tradición de costa y valles bajos (Castro y Tarragó 1992: 97-99) lo que se encuentra bien refrendado en múltiples líneas de evidencia (Aufderheide y Santoro 1999; Hidalgo 1997; Schiappacasse y Niemeyer 1989; Schiappacasse *et al.* 1989; Uribe 1999, 2000). Este movimiento pudo desenvolverse a través de las redes de tráfico interregional de larga distancia con caravanas de llamas, o bien a través de unos pocos caminantes, con o sin apoyo de llamas, que se movían entre la costa y distintos enclaves de los valles bajos. En el plano de las hipótesis, suponemos que éste se realizó, entre otras maneras, como una especie de “tráfico-hormiga” de pequeños grupos con una o dos llamas de tenencia familiar.

Conclusiones

En primer término hemos aclarado que el tráfico de bienes y recursos en los Valles Occidentales exorreicos fue distinto no sólo al tráfico en los Andes Circumpuneños y Altiplano Meridional, sino también con respecto a la zona de oasis y quebradas endorreicas de la misma subárea de Valles Occidentales (Figura 1).

En la subárea Circumpuneña y Altiplano Meridional, la evidencia de tráfico está dada por el complejo caravanero, que muestra una alta especialización. En contraste, en los Valles Occidentales exorreicos este equipo es escaso, mientras que las vías, el arte rupestre y paskanas evidencian el paso de caravanas. Esto sería el resultado del hecho de que los grupos locales no fueron propiamente caravaneros, en consideración a que el ambiente local no fue propicio para el desarrollo de una ganadería de llamas que sustentara el tráfico a larga distancia, y dada la escasa evidencia arqueológica de mantenimiento de recuas de llamas en los sitios habitacionales reseñados. No obstante, estos grupos participaron del tráfico e interactuaron con las poblaciones caravaneras.

En la zona de oasis interiores y quebradas endorreicas, el transecto altiplano-oasis-costa es más corto en distancia y directo, dado su geografía menos accidentada, además de recursos acuíferos más dispersos a lo largo de varios ejes, lo que en conjunto hizo más expedito el tráfico. Esto queda demostrado por una serie de rutas, paskanas y sitios rituales (apachetas y geoglifos) distribuidos a lo largo y ancho del territorio. En los valles exorreicos, en contraste, los geoglifos se localizaron en los cursos más bajos de los ríos y los ejes de movilidad se restringen a las pampas de interfluvio adyacentes a los valles que, a pesar de carecer de recursos hídricos y pasturas, favorecieron un movimiento más fluido. En cambio, el tránsito por el interior del valle habría sido más difícil debido a su accidentada geografía y la presencia de poblaciones locales. Hay diferencias estilísticas en los geoglifos de ambas zonas que pueden relacionarse con los sistemas culturales presentes en cada una de ellas (Pica-Tarapacá y Arica respectivamente, Núñez 1985b), pero los emplazamientos distintos hacen pensar también en el tipo de tráfico establecido en estas zonas.

Los casos analizados permiten concluir que el arte rupestre y senderos asociados constituyen la evidencia diagnóstica principal de tráfico caravanero en los Valles Occidentales exorreicos. El registro arqueológico muestra, además, que aunque el tráfico caravanero existió en la zona, sus habitantes no fueron caravaneros de larga distancia, sino más bien participaron e intervinieron activamente en él a través de la interacción con los grupos caravaneros y el ejercicio de un tráfico local y regional que se articuló con las redes de larga distancia, como lo muestran los Casos 2 y 3.

En particular, los casos analizados revelaron una participación diferencial, reflejo de distintos niveles y modalidades de tráfico: (1) marcadores del tráfico interregional, (2) puntos de entrada y salida en el tráfico local y articulación con tráfico regional e interregional, (3) agregación o puntos de articulación en el tráfico interregional y regional y (4) sitios sagrados caravaneros en redes interregionales (Tabla 2). En el sector costero del valle de Lluta, los geoglifos (único tipo de arte rupestre presente) se vincularon a rutas interregionales dirigidas a la costa, más que con actividades ocurridas en el fondo del valle, de escasa ocupación prehispánica (Caso 1). En el sector fértil, aunque hay geoglifos, la presencia conspicua del sitio

de grabados Rosario, un lugar de agregación y punto de articulación (Caso 3), marca la relevancia económica y dinámica social que tuvo este sector durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío. El valle chaupiyunga también exhibe un arte rupestre fuertemente ligado a los procesos y dinámicas sociales ocurridos en la época prehispánica tardía (Santoro *et al.* 2009; Valenzuela 2004). Los Casos 2 y 4, exhiben dos formas de interacción social en el marco del tráfico caravanero, uno conectado a las rutas interregionales y regionales con asentamientos locales dentro del valle, y otro ajeno a los espacios locales, fuertemente ligado a rutas de espacios internodales, desde tierras altas.

Agradecimientos

Resultado de Beca CONICYT AT-24071027 y proyectos FONDECYT 1000457 y 1030312. Agradecemos a Rolando Ajata por la confección de los mapas, a Mariela Santos y Bárbara Cases por la información proporcionada, a Álvaro Romero por facilitarnos sus dibujos y fotografías del sitio Ofragía-1. A Claudia Rivera y Aníbal Llanos por la bibliografía proporcionada. A Anita Flores, Paula Ugalde, Daniela Osorio y Leslie Berrios por su ayuda en las labores de campo. A los editores, Axel Nielsen y Lautaro Núñez, por invitarnos a participar de este volumen. A Norma Ratto, Axel Nielsen y al evaluador anónimo por sus acertados comentarios y sugerencias.

Referencias citadas

- Adán, L., S. Urbina y M. Uribe (2007). Arquitectura pública y doméstica en las quebradas de Pica-Tarapacá: asentamiento y dinámica social en el Norte Grande de Chile (900-1450 d.C.). En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (Eds.). *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*. Pp. 183-206. Córdoba: Editorial Brujas.
- Agüero, C. (2000). Las tradiciones de tierras altas y de valles occidentales en la textilería arqueológica del valle de Azapa. *Chungara* 32(2), 217-225.
- Albeck, M. E. (1994). La quebrada de Humahuaca en el intercambio prehispánico. En M. E.
- Albeck (Ed.). *Taller De Costa a Selva. Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 117-132. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Arriaza B.T. (2003). *Cultura Chinchorro: las Momias Artificiales más Antiguas del Mundo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Aschero, C. (1996). Arte y arqueología: una visión desde la puna argentina. *Chungara* 28(1-2), 175-197.
- Aschero, C. (2000). Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En M. Podestá y M. de Hoyos (Eds.). *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*. Pp. 15-44. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL.
- Aufderheide, A. y C. Santoro (1999). Chemical paleodietary reconstruction: Human populations at late prehistoric sites in the Lluta Valley of northern Chile. *Revista Chilena de Historia Natural* 72, 237-250.
- Barnard A. y J. Spencer (1996). *Encyclopedia of Social and Cultural Anthropology*. , London & New York: Routledge.
- Bennett, W. (1946-1959). The Atacameño. En J.H. Steward (Ed.). *Handbook of South American*

- Indians*. Vol. II. Pp. 599-619. Washington D.C.: Smithsonian Institution.
- Berenguer, J. (1986). Relaciones iconográficas de larga distancia en los Andes: nuevos ejemplos para un viejo problema. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 1, 55-78.
- Berenguer, J. (1994). Asentamientos, caravaneros y tráfico de larga distancia en el Norte de Chile: el caso de Santa Bárbara. En M.E. Albeck (Ed.). *Taller de Costa a Selva. Producción e Intercambio en los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Pp. 17-50. Tilcara: Instituto Interdisciplinario de Tilcara.
- Berenguer, J. (1995). Impacto del caravaneo prehispánico tardío en Santa Bárbara. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Pp. 185-202. Antofagasta: Sociedad Chilena de Arqueología.
- Berenguer, J. (2004). *Caravanas, Interacción y Cambio en el Desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Ediciones Sirawi.
- Berenguer, J. (2010). Estrategias ocupacionales incaicas en dos espacios internodales del norte de Chile. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Valdivia 2006. Tomo 2. Pp. 1389-1401. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Berenguer, J. y P. Dauelsberg (1989). El norte grande en la órbita de Tiwanaku (400 a 1200 d.C.). En C. Aldunate (Ed.). *Prehistoria. Culturas de Chile*. Pp. 129-180. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Berenguer, J. y J. L. Martínez (1986). El río Loa, el Arte Rupestre de Taira y el mito de Yakana. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 1, 79-99.
- Bird, J. (1946). The cultural sequence of north Chilean coast. In J. H. Steward (Ed.). *Handbook of South American Indians*. Vol. 2. Pp. 587-594. Washington D.C.: Smithsonian Institution.
- Bittmann, B. (1985). *Reflections on Geoglyphs from Northern Chile*. Rickmansworth, England: Latin American Studies 1. H.B.C. Publications.
- Boman, É. [1908] 1991. *Antigüedades de la Región Andina de la República Argentina y del Desierto de Atacama*. Tomo II. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Bowman I. (1924). *Desert Trails of Atacama*. En G. M. Wrigley (Ed.). Special Publication N° 5. New York: American Geographical Society.
- Briones, L. (1984). Fundamentos para una metodología aplicada al relevamiento de los geoglifos del norte de Chile. *Chungara* 12, 41-56.
- Briones, L. (2006). The geoglyphs of the north Chilean desert: An archaeological and artistic perspective. *Antiquity* 80 (307), 9-24.
- Briones, L. y J. Chacama (1987). Arte rupestre de Ariqueña: análisis descriptivo de un sitio con geoglifos y su vinculación con la prehistoria regional. *Chungara* 18, 15-66.
- Briones, L., L. Núñez y V. Standen (2005). Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el Desierto de Atacama (norte de Chile). *Chungara* 37(2), 195-223.
- Carrasco G., C. (2010). Informe de análisis de material lítico proveniente de sitios del valle de Lluta, XV región de Chile. Ms.
- Casanova, P., B. Cases, C. Santoro, V. Silva y D. Valenzuela (2009). Análisis y conservación de un contexto funerario, Sitio NN, labores *in situ* y laboratorio. Proyecto “DIA Actualización operaciones Nueva Victoria”, comuna de Pozo Almonte, Provincia del Tamarugal I región de Tarapacá.
- Cases, B. (2003). Continuidad y cambio en las bolsas domésticas. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 35/36, 28-46.
- Cases, B., C. Rees, G. Pimentel, R. Labarca y D. Leiva (2008). Sugerencias desde un contexto funerario en un “espacio vacío” del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(1), 51-70.
- Castro, V. y F. Gallardo (1995-96). El poder de los gentiles. Arte rupestre en el río Salado. *Revista Chilena de Antropología* 13, 79-98.

- Castro, V. y M. Tarragó (1992). Los inicios de la producción de alimentos en el cono sur de América. *Revista de Arqueología Americana* 6, 99-124.
- Catalán, D. (2008). *Reacciones locales frente al Tawantinsuyu: una aproximación desde los contextos funerarios (El período Tardío en los Valles Occidentales)*. Tesis de Magíster en Antropología, Universidad de Tarapacá - Universidad Católica del Norte.
- Chacama, J. (2010). Un tiempo, un espacio, dos identidades. Coles y carangas en la precordillera de Arica, norte de Chile, siglos X al XV. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo 2. Pp. 1331-1340. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Chacama, J. y G. Espinosa (2000). La ruta de Tarapacá. Análisis de un mito y una imagen en el norte de Chile. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo I. Pp. 769-792. Copiapó: Contribución Arqueológica 5, Museo Regional de Atacama.
- Chacama, J., L. Briones, I. Muñoz, A. Tapia y M. Santos (2000). Interacción social en la sierra de Copaquilla y Belén (Arica) durante el período Intermedio Tardío: búsqueda y análisis de indicadores arqueológicos. Informe Final Proyecto N° 3740-99.
- Clarkson, P. y L. Briones (2001). Geoglifos, senderos y etnoarqueología de caravanas en el desierto chileno. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8, 35-45.
- Conkey, M. (1980). The Identification of prehistoric hunter-gatherer aggregation sites: The case of Altamira. *Current Anthropology* 21(5), 609-630.
- Craig, A.K. (1985). Cis-Andean environmental transects. Late Quaternary ecology of northern and southern Peru. En Sh. Masuda, I. Shimada y C. Morris (Eds.). *Andean Ecology and Civilization an Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Pp. 23-43. Tokyo: University of Tokyo Press.
- Custred, G. (1974). Llameros y comercio regional. En G. Alberti y E. Mayer (Eds.). *Reciprocidad e Intercambio en los Andes Peruanos*. Pp. 252-289. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Dauelsberg, P. (1985). Desarrollo Regional en los valles costeros del norte de Chile. *Diálogo Andino* 4, 277-285.
- Dauelsberg, P., L. Briones, S. Chacón, E. Vásquez y L. Álvarez (1975). Los grandes geoglifos del valle del Lluta. *Revista Universidad de Chile* 3, 13-16.
- Departamento de Antropología-Universidad de Tarapacá [DA-UTA]. (2008). Listado Material Museo Universidad de Tarapacá a Exposición Centro Cultural Palacio La Moneda. Arica: Unidad Exhibitoria, Vitrina Caravana. Universidad de Tarapacá.
- Dillehay, T. D. (1987). Estrategias políticas y económicas de las etnias locales del valle de Chillón durante el período prehispánico. *Revista Andina* 5, 407-456.
- Dillehay, T. D., V. Williams y C. Santoro (2006). Áreas periféricas y nucleares. Contextos de interacciones sociales complejas y multidireccionales. *Chungara* 38, 249-256.
- Durston, A. y J. Hidalgo (1997). La presencia andina en los valles de Arica, siglos XVI-XVIII: Casos de regeneración colonial de estructuras archipielágicas. *Chungara* 29(2), 249-273.
- Earle, T. (1991) Paths and roads in evolutionary perspective. En C.D. Trombold (Ed.). *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Pp. 10-16. Cambridge: Cambridge University Press.
- Espinosa, G. (1996). Lari y Jamp'atu. Ritual de lluvia y simbolismo andino en una escena de arte rupestre de Ariqueña 1. Norte de Chile. *Chungara* 28(1-2), 133-157.
- Espouey, O., V. Schiappacasse, J. Berenguer y M. Uribe (1995). En torno al surgimiento de la Cultura Arica. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo I. Pp. 171-185. Antofagasta.
- Evans-Pritchard, E. (1940). *The Nuer. A Description of the Modes of Livelihood and Political Institutions of a Nilotic People*. Oxford: Clarendon Press.
- Farfán, C. (2002). Simbolismo en torno al agua en la comunidad de Huaros-Canta. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 31(1), 115-142.
- Flores Ochoa, J. (1983). Pastoreo de llamas y alpacas en los Andes. Balance bibliográfico.

- Revista Andina* 1, 175-218.
- Gallardo, F. y H. Jacobaccio (2005). Wild or domesticated? Camelids in early formative rock art of the Atacama Desert (Northern Chile). *Latin American Antiquity* 16 (2), 115-130.
- Gallardo, F., V. Castro, y P. Miranda (1990). Jinetes sagrados en el Desierto de Atacama: Un estudio del arte rupestre andino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 4, 27-56.
- Galt-Smith, B. (1997). *Motives for motifs: identifying aggregation and dispersion settlement patterns in the rock art assemblages of central Australia*. Tesis de B.A., University of New England, Armidale.
- García, M. (2010). Contextos vegetales asociados a sitios arqueológicos del curso intermedio del valle de Lluta. Ms.
- Gordillo, J. (1992). Petroglifos y tráfico: un caso de interacción micro-regional en el ámbito de los valles de Tacna, Perú. *Boletín de la SIARB* 6, 54-63.
- Gordillo, J. y M. López (Eds.). (1987). *Arte rupestre: el valle de las Piedras Grabadas*. Tacna: Instituto Nacional de Cultura.
- Harris, O. (1985). Ecological Duality and the Role of the Center: Northern Potosí. En Sh. Masuda, I. Shimada y C. Morris (Eds.). *Andean Ecology and Civilization, An Interpretative Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Pp. 311-335. Tokyo: University of Tokyo Press.
- Herrera, E., R. Reyes, D. Giussani, R. Riquelme, E. Sanhueza, G. Ebensperger, P. Casanello, N. Méndez, R. Ebensperger, E. Sepúlveda-Kattan, V. Pulgar, G. Cabello, C. Blanco, M. Hanson, J. Parer, y A. Llanos (2008). Carbon monoxide: a novel pulmonary artery vasodilator in neonatal llamas of the Andean altiplano. *Cardiovascular Research* 77, 197-201.
- Hidalgo, J. (1997). Los yungas de Tarata en el siglo XVIII. En R. Varón y J. Flores (Eds.). *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski*. Pp. 425-442. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Hidalgo, J. y G. Focacci (1986). Multietnicidad en Arica, S. XVI. Evidencias etnohistóricas y arqueológicas. *Chungara* 16-17, 137-147.
- Hidalgo, J. y C. Santoro (2001). El estado Inca. En *Pueblos del Desierto. Entre el Pacífico y los Andes*. Pp. 73-84. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Horta, H. (2000). Diademas de Plumas en Entierros de la Costa del Norte de Chile: ¿Evidencias de la vestimenta de una posible parcialidad pescadora? *Chungara* 32(2), 235-243.
- Horta, H. y C. Agüero (2000). Definición de chuspa: textil de uso ritual durante el período Intermedio Tardío, en la zona arqueológica de Arica. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo II. Pp. 45-82. Copiapó: Contribución Arqueológica 5, Museo Regional de Atacama.
- Julien, C. (1985). Guano and resources control in sixteenth-century Arequipa. En Sh. Masuda, I. Shimada y C. Morris (Eds.). *Andean Ecology and Civilization, An Interpretative Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Pp. 185-231. Tokyo: University of Tokyo Press.
- Kesseli, R. y M. Pärssinen (2005). Identidad étnica y muerte: torres funerarias (chullpas) como símbolo de poder étnico en el altiplano boliviano de Pakasa (1250-1600 d. C.). *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 34 (3), 379-410.
- Keller, C. (1946). *El Departamento de Arica. Censo Económico Nacional*. Vol. I. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, Ministerio de Economía y Comercio.
- Korstanje, A. (1998). El Médano, ¿es un sitio caravanero? Apuntes sobre contextos de tráfico y territorialidad para el Formativo. En M.B. Cremona (Ed.). *Los Desarrollos Locales y sus Territorios. Arqueología del NOA y Sur de Bolivia*. Pp. 33-63. San Salvador de

- Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Lakatos, I. (1998). *La Metodología de los Programas de Investigación Científica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Latcham, R. (1938). *Arqueología de la Región Atacameña*. Santiago de Chile: Prensas de la Universidad de Chile.
- Llagostera, A. (1976). Hipótesis sobre la expansión incaica en la vertiente occidental de los Andes meridionales. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige S.J.* Pp. 203-218. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Llanos, A.J., R. Riquelme, E. Herrera, G. Ebensperger, B. Krause, R. Reyes, E. Sanhueza, V. Pulgar, C. Behn, G. Cabello, J. Parer, D. Giussani, C. Blanco y M. Hanson (2007). Evolving in thin air-Lessons from the llama fetus in the altiplano. *Respiratory Physiology & Neurobiology* 158, 298-306.
- Llanos, A.J., R. Riquelme, E. Sanhueza, M. Hanson, C. Blanco, J. Parer, E. Herrera, V. Pulgar, R. Reyes, G. Cabello y D. Giussani (2003). The Fetal Llama versus the Fetal Sheep: Different Strategies to Withstand Hypoxia. *High Altitude Medicine & Biology* 4(2), 193-202.
- Lumbreras, L.G. (1974). Los reinos altiplánicos post-Tiwanaku en el área altiplánica. *Revista del Museo Nacional de Lima* XL, 55-85.
- Lumbreras, L.G. (1981). *Arqueología de la América Andina*. Lima: Editorial Milla-Batres.
- Martel, A.R. (2010). *Arte rupestre de pastores y caravaneros estudio contextual de las representaciones rupestres durante el Período Agroalfarero Tardío (900 d.c. - 1480 d.c.) en el Noroeste Argentino*. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Martínez, G. (1976). El sistema de los Uywiris en Isluga. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige S.J.* Pp. 255-327. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Masuda, S. (1985). Algae Collector. In Sh. Masuda, I. Shimada y C. Morris (Eds.). *Andean Ecology and Civilization, An Interpretative Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Pp. 233-250. Tokyo: University of Tokyo Press.
- Medinacelli, X. (2005). Los pastores andinos una propuesta de lectura de su historia. Ensayo bibliográfico de etnografía e historia. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 34, 463-474.
- Medinacelli, X. (2007). *Los Pastores de Oruro, Mediadores Culturales durante la Colonia Temprana*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Michel L., M. (2000). *El Señorío prehispánico de Carangas*. Tesis de maestría, Universidad de la Cordillera, La Paz.
- Michel López, M. (2008). *Patrones de Asentamiento Precolombino del Altiplano Boliviano: Lugares Centrales de la Región de Quillacas, Departamento de Oruro, Bolivia*. Tesis doctoral, Uppsala University, Uppsala.
- Molinié, A. (1999). Dos celebraciones “salvajes” del Cuerpo de Dios (los Andes y La Mancha). En A. Molinié (Ed.). *Celebrando el Cuerpo de Dios*. Pp. 245-282. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Mostny, G. y H. Niemeyer (1963). Informes sobre investigaciones en la quebrada Guatacondo. *Noticiero Mensual Museo Nacional de Historia Natural* VIII(94).
- Moure Romanillo, A. (1994). Arte paleolítico y geografías sociales. Asentamiento, movilidad y agregación en el final del Paleolítico Cantábrico. *Complutum* 5, 313-330.
- Munizaga, C. (1957). Descripción y análisis de la cerámica y otros artefactos de los valles de Lluta, Azapa y Vitor. En R. Schaedel (Ed.). *Arqueología Chilena: Contribuciones al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*. Pp. 45-58. Santiago de Chile: Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile.
- Muñoz, I. (1981). La aldea de Cerro Sombrero en el Período del Desarrollo Regional de Arica. *Chungara* 7, 105-143.
- Muñoz, I. (1983). Hallazgo de un *Alouatta seniculus* en el Valle de Azapa. Estudio preliminar

- de la iconografía de simios en Arica. *Chungara* 10, 39-46.
- Muñoz, I. (1987). La Cultura Arica: Un intento de visualización de relaciones de complementariedad económica social. *Diálogo Andino* 6, 31-43.
- Muñoz, I. (1996). Integración y complementariedad en las sociedades prehispánicas en el extremo norte de Chile. En X. Albó (Comp.). *La Integración Surandina, Cinco Siglos Después*. Pp. 117-134. Estudios y Debates Regionales Andinos.
- Muñoz, I. y L. Briones (1996). Poblados, rutas y arte rupestre precolombinos de Arica: descripción y análisis de sistema de organización. *Chungara* 28(1-2), 47-84.
- Muñoz, I. y J. Chacama (1988). Cronología por termoluminiscencia para los períodos Intermedio Tardío y Tardío en la Sierra de Arica. *Chungara* 20, 19-46.
- Muñoz, I., J. Chacama, G. Espinosa y L. Briones (1987a). La ocupación prehispánica tardía en Zapahuira y su vinculación a la organización social y económica inca. *Chungara* 18, 67-89.
- Muñoz, I., J. Chacama y G. Espinosa (1987b). El poblamiento prehispánico tardío en el valle de Codpa. Una aproximación a la historia regional. *Chungara* 19, 7-61.
- Murra, J.V. (1972). El "control vertical" de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En J.V. Murra (Ed.). *Visita de la Provincia de León de Huanuco en 1562. Inigo Ortiz de Zúñiga, Visitador*. Vol. 2. Pp. 429-476. Huánuco: Universidad Hermilio Valdizan.
- Murra, J.V. (1975). *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Nielsen, A. E. (1997). El tráfico caravanero visto desde la Jara. *Estudios Atacameños* 14, 339-371.
- Nielsen, A. E. (1998). Tendencias de larga duración en la ocupación humana del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia) En M.B. Cremonte (Ed.). *Los Desarrollos Locales y sus Territorios. Arqueología del N.O.A. y sur de Bolivia*. Pp. 65-102. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Nielsen, A. E. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: Los Andes Sur Centrales*. Pp. 29-62. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Institute of Andean Research.
- Nielsen, A. E. (2007). Bajo el hechizo de los emblemas: políticas corporativas y tráfico interregional en los Andes Circumpuneños. En A.E. Nielsen, M.C. Rivolta, V. Seldes, M.M. Vázquez, P.H. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino* Pp. 393-411. Córdoba: Editorial Brujas.
- Niemeyer, H. (1968-69). Los petroglifos de Taltape (Valle de Camarones, Prov. de Tarapacá). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* XXX, 95-117.
- Niemeyer, H. y P. Cereceda (1984). *Hidrografía*. Santiago de Chile: Colección Geografía de Chile. Instituto Geográfico Militar.
- Niemeyer, H. y V. Schiappacasse (1981). Aportes al conocimiento del período tardío del extremo norte de Chile: Análisis del sector de Huancarane del valle de Camarones. *Chungara* 7, 3-103.
- Niemeyer, H., V. Schiappacasse y I. Solimano (1972-73). Padrones de poblamiento en la quebrada de Camarones. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*. Pp. 115-137. Santiago de Chile: Boletín de Prehistoria Número Especial, Universidad de Chile.
- Núñez, L. (1962). Contactos culturales prehispánicos entre la costa y la subcordillera andina. *Boletín de la Universidad de Chile* 31, 42-47.
- Núñez, L. (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, S.J.* Pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez, L. (1979). Comentario sobre el área Centro-Sur Andina. Ponencia presentada al Primer Coloquio Internacional de Arqueología Andina, Abril 1979, Paracas - Perú.

- Mimeografiado. Antofagasta, Chile.
- Núñez, L. (1985a). Petroglifos y tráfico en el desierto chileno. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.). *Estudios en Arte Rupestre*. Pp. 243-278. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Núñez, L. (1985b). *Tráfico de Complementariedad de Recursos entre las Tierras Altas y el Pacífico en el área Centro-Sur Andina*. Tesis doctoral, Universidad de Tokio, Tokio.
- Núñez, L. (1987). Tráfico de metales en el Área Centro-Sur Andina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12;73-105.
- Núñez, L. (2007). Reflexiones sobre el tráfico de caravanas y complementariedad circumpuneña. En V. Willimas, B. Ventura, Adriana Callegari y H. Yacobaccio (Eds.). *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural en el NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*. Buenos Aires: Taller Internacional de Arqueología del NOA y Andes Centro Sur.
- Núñez, L. y L. Briones (1967-68). Petroglifos del sitio Tarapacá-47. *Estudios Arqueológicos* 3-4, 43-84.
- Núñez, L. y T. Dillehay (1979). *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez, L., P. de Souza, I. Cartajena y C. Carrasco (2007). Quebrada Tulan: Evidencias de interacción circumpuneña durante el Formativo Temprano en el sureste de la cuenca de Atacama. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez y P. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 287-304. Córdoba: Editorial Brujas.
- Odess, D. (1998). The Archaeology of interaction: views from artifact style and material exchange in Dorset society. *American Antiquity* 63(3), 417-435.
- Paz Soldán, M. F. (1865). *Atlas Geográfico del Perú*. Paris.
- Pérez de Micou, C. (1997). Indicios caravaneros en contextos funerarios de la Puna Argentina. *Estudios Atacameños* 14, 143-158.
- Phillippi, R.A. (1860). *Viage al Desierto de Atacama, hecho de orden del gobierno de Chile en el verano 1853-54*. Halle Sajonia: Librería Eduardo Antón.
- Pimentel, G. (2003). Identidades, caravaneros y geoglifos en el norte grande de Chile. Una Aproximación teórico-metodológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 35/36, 67-80.
- Pimentel, G. (2006). *Arqueología Vial. El Caso de una Ruta de Interacción entre el Altiplano Meridional y San Pedro de Atacama*. Tesis de magíster en antropología, Universidad Católica del Norte – Universidad de Tarapacá.
- Pimentel, G. (2008). Evidencias formativas en una vía interregional entre san pedro de Atacama y el Altiplano de Lípez. *Estudios Atacameños* 35, 7-33
- Pimentel, G. e I. Montt (2008). Tarapacá en Atacama. Arte rupestre y relaciones intersociales entre el 900 y 1450 d.C. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (1), 35-50.
- Platt, T. (2010). Desde la Perspectiva de la Isla. Guerra y transformación en un archipiélago vertical andino: Macha (Norte de Potosí, Bolivia). *Chungara* 42, 297-324.
- Podestá, M.M. y L. M. Manzi (1995). Arte rupestre e interacción interregional en la puna argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 16, 367-399.
- Podestá, M. M., L. Manzi, A. Horsey y M. P. Falchi (1991). Función e interacción a través del análisis temático en el arte rupestre. En M. M. Podestá, M.I. Hernández Llosas y S.E. Renard de Coquet (Eds.). *El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea*. Pp. 31-39. Buenos Aires.
- Raviña, M.G., A. M. Fernández y A. Capparelli (2007). La relación de las tarabitas, horquetas o ganchos de atalaje con el tráfico de bienes en momentos tardíos prehispánicos.

- Estudios Atacameños* 33, 87-104.
- Romero, Á. (1996). Enfrentamientos rituales en la Cultura Arica: interpretación de un ícono rupestre. *Chungara* 28(1-2), 115-132.
- Raviña, M.G., A. M. Fernández y A. Capparelli (2002). Cerámica doméstica del valle de Lluta: cultura local y redes de interacción Inka. *Chungara* 34(2), 191-213.
- Romero, Á., R. Ajata, G. Espinosa y L. Briones (2004). Arqueología pública y comunidades rurales: un proceso de puesta en valor en el valle de Codpa, Región de Tarapacá. *Boletín del Museo Gabriela Mistral* 6, 42-63.
- Romero, Á., C. Santoro, A. Romero y M. Santos (2000). Asentamientos y organización sociopolítica en los tramos bajo y medio del valle de Lluta. *Actas del 3er Congreso Chileno de Antropología*. Tomo II. Pp. 696-706. Santiago de Chile.
- Ross, J., D. Valenzuela, M. I. Hernández Llosas, L. Briones y C. Santoro (2008). More than the motifs: The archaeological analysis of rock art in arid regions of the Southern Hemisphere. *Chungara* 40 Número Especial, 273-294.
- Rostworowski, M. (1986). La Región del Colesuyo. *Chungara* 16/17, 127-165.
- Rostworowski, M. (1989). *Costa Peruana Prehispánica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salas, C. (2010). Informe de análisis zooarqueológico, sitio Cruces de Molinos (LI-43), valle de Lluta. Ms.
- Salomon, F. (1985). The dynamic potential of the complementarity concept. En Sh. Masuda, I. Shimada y C. Morris (Eds.). *Andean Ecology and Civilization an Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Pp. 511-531. Tokyo: University of Tokyo Press.
- Santoro, C. (1995). *Late Prehistoric Regional Interaction and Social Change in a Coastal of Northern Chile*. Ph.D. Dissertation. University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Santoro, C. (2001). Caciques y control territorial. En *Pueblos del Desierto. Desde el Pacífico a los Andes*. Pp- 65-72. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Santoro, C. y P. Dauelsberg (1985). Identificación de indicadores tempo-culturales en el arte rupestre del extremo norte de Chile. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.). *Estudios en Arte Rupestre*. Pp. 69-86. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Santoro, C., J. Hidalgo y A. Osorio (1987). El estado Inka y los grupos étnicos en el sistema de riego de Socoroma. *Chungara* 19, 71-92.
- Santoro, C. e I. Muñoz (1981). Patrón habitacional incaico en el área de Pampa Alto Ramírez (Arica Chile). *Chungara* 7, 144-171.
- Santoro, C, A. Romero, E. Rosello, V. Standen, M. Santos y A. Torres (2000). *Catastro de sitios arqueológicos del Valle de Lluta*. Proyecto Fondecyt 1970597.
- Santoro, C., A. Romero y M. Santos (2001). Formas cerámicas e interacción regional durante los períodos Intermedio Tardío y Tardío en el valle de Lluta. En J. Berenguer, L. Cornejo, F. Gallardo y C. Sinclair (Eds.). *Segundas Jornadas de Arte y Arqueología*. Pp. 15-40. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Santoro, C., A. Romero, V. Standen y A. Torres (2004). Continuidad y cambio en las comunidades locales, períodos Intermedio Tardío y Tardío, Valles Occidentales del área Centro Sur Andina. *Chungara* Volumen Especial, 235-247.
- Santoro, C., A. Romero, V. Standen y D. Valenzuela (2009). Interacción social en los Períodos Intermedio Tardío y Tardío, Valle de Lluta, Norte de Chile. En J. Topic (Ed.). *Arqueología y Etnohistoria Andina*. Pp. 81-136. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Santoro, C., T. Dillehay, J. Hidalgo, D. Valenzuela, A. Romero, F. Rothhammer y V. Standen (2010). Revisita al tercer caso de verticalidad de John Murra en las costas de los Andes centrales y centro sur. *Chungara* 42(1), 325-340.
- Schiappacasse, V. y H. Niemeyer (1989). Avances y sugerencias para el avance del conocimiento de la Prehistoria Tardía de la desembocadura del valle de Camarones (Región de Tarapacá). *Chungara* 22, 85-111.

- Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer (1989). Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1.000 - 1.400 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.). *Culturas de Chile. Prehistoria*. Pp. 181-220. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Schortman, E.M. y P. A. Urban (1987). Modeling interregional interaction in Prehistory. En M. Schiffer (Ed.). *Advances in Archaeological Method and Theory*. Vol. 11. Pp. 37-95. New York: Academic Press.
- Schreiber, K. (1991). The association between roads and polities: evidence for Wari roads in Perú. En C.D. Trombold (Ed.). *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Pp. 42-53. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sepúlveda, M., A. Romero y L. Briones (2005). Tráfico de caravanas, arte rupestre y ritualidad en la quebrada de Suca (extremo norte de Chile). *Chungara* 37(2), 225-243.
- Sherbondy, J. (1982). El regadío, los lagos y los mitos de origen. *Allpanchis* XVII (20), 3-32.
- Squier, E.G. [1877] 1974. *Un Viaje por Tierras Incaicas. Crónica de una Expedición Arqueológica (1863-1865)*. Buenos Aires: Leonardo Impresora.
- Standen, V., M. Allison y B. Arriaza (1984). Patologías óseas de la población Morro-1, asociada al complejo Chinchorro: Norte de Chile. *Chungara* 13, 175-185.
- Uhle, M. (1913). Los indios atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía* IV (9), 105-111.
- Uhle, M. (1922). *Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna*. Quito: Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos.
- Ulloa, L. (1982). Evolución de la industria textil prehispánica en la zona de Arica. *Chungara* 8, 97-108.
- Uribe, M. (1999). La cerámica de Arica 40 años después de Dauelsberg. *Chungara* 31(2), 189-228.
- Uribe, M. (2000). Cerámicas arqueológicas de Arica: II etapa de una reevaluación tipológica (períodos Intermedio Tardío y Tardío). *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo II. Pp. 13-44. Copiapó: Contribución Arqueológica 5, Museo Regional de Atacama.
- Uribe, M. (2006). Acerca de complejidad, desigualdad social y el complejo cultural Pica-Tarapacá en los Andes Centro-Sur (1000-1450 DC). *Estudios Atacameños* 31, 91-114.
- Uribe, M., M. L. Sanhueza y F. Bahamondes (2007). La cerámica prehispánica tardía de Tarapacá, sus valles interiores y costa desértica, norte de Chile (ca. 900 – 1450 d.C.): una propuesta tipológica y cronológica. *Chungara* 29 (2), 143-170.
- Valenzuela, D. (2004) *Imágenes Sobre Piedra y Tierra: Las Sociedades del Valle de Lluta, Períodos Intermedio Tardío y Tardío*. Tesis de profesional de Arqueología, Universidad de Chile, Santiago.
- Valenzuela, D. (2010). Certificado Arqueológico N° 7-2010. Prospección Arqueológica Sector Alto Copaquilla, Km 89 Ruta Ch-11 Arica-La Paz. Proyecto Construcción y Operación de un Observatorio Astronómico para Fines Educativos y Turísticos de la Universidad de Tarapacá, en Copaquilla, Provincia de Parinacota UTA. Ms.
- Valenzuela, D., L. Briones y C. Santoro (2006). Arte rupestre en el paisaje: contextos de uso del arte rupestre en el valle de Lluta, norte de Chile, períodos Intermedio Tardío y Tardío. En D. Fiore y M. M. Podestá (Eds.). *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre*. Pp. 205-220. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, Asociación Amigos del INAPL, WAC.
- Valenzuela, D. y C. Santoro (2010). Informe línea de base arqueológica y del patrimonio cultural. Estudio de ingeniería reposición Ruta 11-Ch Sector: Arica - Tambo Quemado Km 36-60 Región de Arica y Parinacota. Ms.
- Van Hoek, M. (2001-2002). The Rosario birds -possible indications of El Niño disasters in the Chilean Atacama Desert. *Almogaren* XXXII-XXXIII, 301-326.

- Van Kessel, J. (1976). La pictografía rupestre como imagen votiva (un intento de interpretación antropológica). En H. Niemeyer (Ed.). *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, S.J.* Pp. 227-244. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Van Kessel, J. (1996). Los aymara contemporáneos de Chile. En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Mege (Eds.). *Etnografía. Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*. Pp.47-68. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Vázquez de Espinosa, A. [1620] 1942. *Description of the Indies (c. 1620)*. Smithsonian Miscellaneous Collections Volume 102. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Veth, P. (2005). Cycles of aridity and human mobility risk minimization among late Pleistocene foragers of the Western Desert, Australia. En P. Veth, M. Smith y P. Hiscock (Eds.). *Desert Peoples: Archaeological Perspectives*. Pp. 100-115. Blackwell: London.
- Vilches, F. (2005). Espacio celeste y terrestre en el arte rupestre de Taira. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10(1), 9-34.
- Vilches, F. (2006). Arte rupestre y vida cotidiana en Chusmiza, Región de Tarapacá. En J. M. Martínez (Ed.). *Arte Americano: Contextos y Formas de Ver*. Pp. 63-70. Actas de las III Jornadas de Historia del Arte.
- Vilches F. y G. Cabello (2006). De lo público a lo privado: el arte rupestre asociado al complejo Pica-Tarapacá. *Actas del 5º Congreso Chileno de Antropología*. Pp. 358-369. San Felipe, Chile.
- Yacobaccio, H.D. (1979). Arte rupestre y tráfico de caravanas en la Puna de Jujuy: modelo e hipótesis. *Actas Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino*. Pp. 392-407. Buenos Aires.
- Zuidema T. (1999). La fiesta del Inca, el Corpus Christi y la imaginación colonial: castigo y sacrificio humano como ritos de comunión. En A. Molinié (Ed.). *Celebrando el Cuerpo de Dios*. Pp. 191-243. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

DIAGONALES INCAICAS, INTERACCIÓN INTERREGIONAL Y DOMINACIÓN EN EL ALTIPLANO DE TARAPACÁ, NORTE DE CHILE

José Berenguer R.¹

Cecilia Sanhueza T.²

Iván Cáceres R.³

La vialidad ofrece una singular oportunidad a los arqueólogos para investigar el tipo de interacciones prevalecientes entre regiones. Como manifestaciones físicas o concretas de las rutas, los senderos y caminos interregionales constituyen ventanas propicias para examinar estos vínculos –digámoslo así– en “espacio real”, imprimiendo densidad, sentido y espesor a conceptos como relaciones de intercambio, vectores de tráfico, franjas de interacción, complementariedad económica, relaciones interétnicas, y tantas otras nociones usadas o ideadas en los Andes para entender, describir o simplemente denominar las articulaciones que establecen entre sí los habitantes “a través” de los paisajes macro regionales. Densidad, porque visibilizan a los actores, acciones y ambientes naturales que protagonizan muchas de estas articulaciones; sentido, porque a lo largo de las vías “sedimenta” una variedad de significantes que tienen que ver con tales conexiones; y espesor, porque los lugares que sirven propósitos relacionados con ellas tienden a cambiar a través del tiempo, según las prestaciones que los grupos de interés solicitan al sistema vial como consecuencia de los eventos y procesos de interacción que les toca vivir.

Por supuesto, no en todas partes es posible relevar el derrotero de las vías. Su índole arqueológicamente fragmentaria o, más propiamente, la invisibilidad de su traza, constituye una limitación bien conocida (Hyslop 1991; Trombold 1991). Es la fascinante miseria de la arqueología aplicada a la vialidad: la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. Con suerte, muchas veces lo único que se preserva son aquellos puntos que operan como escalas en las travesías: aldeas, caseríos, estancias, albergues, aposentos, descansos e improvisados “refugios de circunstancia”. También mojones, portales

¹ Museo Chileno de Arte Precolombino, Casilla 3687, Santiago. jberenguer@museoprecolombino.cl, Chile.

² Universidad Católica del Norte, Casilla de Correo de San Pedro de Atacama, Chile.

³ Tagua consultores, Camino Jorge Alessandri S/N, Parcela 6, Paine, Chile.

y ciertos restos producidos por la ritualidad de viaje. A falta de trazas tangibles de senderos o de caminos, la unión de estos puntos con portezuelos, aguadas y otros sectores de tránsito obligado, así como con grandes centros poblados o nodos, permite asumir la existencia de rutas de circulación. He allí una útil herramienta para vislumbrar la articulación física entre regiones. Sin embargo, cuando las improntas de rutas están disponibles, aunque sea mediante el registro de unos pocos segmentos viales en el terreno, su análisis manifiesta con inmejorable claridad que la interacción interregional tiene un aspecto espacial concreto y que en los entresijos de la circulación por senderos y caminos existen actores, discursos, prácticas sociales y maniobras políticas que operan como una activa fuerza constitutiva de la composición y construcción de la propia interacción.

El ejercicio que nos proponemos realizar en este artículo es procurar visualizar algunos vínculos entre el altiplano boliviano y el desierto chileno durante tiempos incaicos, a través del estudio de tramos intermedios de ramales del *Qhapaq Ñan* en el altiplano de Tarapacá, norte de Chile. No es que pretendamos ver el mundo en una molécula; los nueve o diez segmentos de camino documentados por nosotros *no son* las relaciones interregionales. Lo que intentamos hacer, más bien, es utilizar la configuración global de la circulación estatal, el tipo de interface entre el camino y los asentamientos intermedios, el mecanismo de instalación de la arquitectura inca en esos lugares y el material simbólico presente a lo largo de las arterias, para explorar los cambios espaciales producidos en el área entre ca. 1300 y 1600 d.C. Dado que el espacio es tanto un producto social como un generador de relaciones sociales (Blake 2004; Gregory 1986; Soja 1989), asumimos que los cambios espaciales arrojarán luces sobre la naturaleza de las interacciones y las estrategias de dominación usadas por el estado cuzqueño.⁴

El área de estudio y la dominación incaica

Las investigaciones desarrolladas en los últimos años en el norte de Chile han contribuido a un creciente consenso en torno a que no hay otra forma de entender la ocupación incaica en estos territorios que no sea bajo una dominación directa, incluso aunque la administración estatal haya estado vicariamente en manos de autoridades étnicas locales o de alguna región vecina (v.g. Berenguer 2007; Berenguer *et al.* 2005; Horta 2010; Núñez *et al.* 2005; Santoro *et al.* 2010; Uribe 1999-2000). Puede discutirse si en una región en particular los incas gobernaron controlando a las sociedades de tierras altas y encargando a estas últimas ejercer funciones de estado en las tierras bajas (Horta 2010; Hyslop 1993). También puede debatirse si hubo una expansión exclusivamente hegemónica o territorial, o si estas categorías definen, más bien, etapas sucesivas de un mismo proceso expansivo (Williams *et al.* 2009). Pero a estas alturas pocos discuten que los

⁴ Para una discusión sobre las relaciones dialécticas entre lo espacial y lo social, y su aplicación a la validez incaica, véase Berenguer (2007).

incas controlaron directamente el norte de Chile. Si éste es el consenso actual, las evidencias de interacción interregional entre el altiplano boliviano y el desierto chileno pueden usarse ahora para profundizar en las estrategias de dominio usadas por los incas en estas regiones.

En este punto, conviene dejar en claro los supuestos que enmarcan nuestra aproximación al Período Inca (ca. 1400/1450–1535 d.C.). Partimos de la base de que las sociedades de los Andes del sur asumieron un rol más activo en la expansión inca de lo que se presumía hasta hace poco tiempo (González y Tarragó 2005); que “lo incaico” no tiene por qué expresarse arqueológicamente siempre en forma monumental (González 2000) ni en la totalidad de un territorio anexado (Sánchez *et al.* 2004); que la variación de los materiales incas en las zonas ocupadas es más la regla que la excepción (Hyslop 1993; Malpass 1993); y que, en general, el Tawantinsuyu no fue el imperio uniforme y monolítico que han difundido las caracterizaciones populares, sino una amalgama de grupos étnicos controlada y administrada por los incas de manera más bien flexible y diversa (Morris [1987] 1998; Morris y Thompson 1985), generalmente a través de alianzas con dirigentes o jefes étnicos locales o regionales (v.g. Núñez *et al.* 2005; Williams *et al.* 2009).

Abordamos el tema de la interacción interregional en este período con datos del altiplano de Tarapacá, una meseta de unos 160 km de largo, 30 km de ancho y alturas promedio de 4000 msnm, salpicada de cuencas salinas cerradas, flanqueada al oriente por la cordillera de los Andes y al occidente por los relieves de la precordillera chilena (Figura 1). Numerosas abras y portezuelos cortan a través de las dos cadenas montañosas. Estos pasos son un hecho físico de suma importancia para la circulación entre regiones, ya que constituyen rutas de comunicación natural entre los nodos situados al este y oeste del área de estudio. En el norte, esta área presenta condiciones de puna seca, que permiten el cultivo de papas y quinua, así como el pastoreo de grandes masas de camélidos. Es por ello un sector con mayor población, la que actualmente se encuentra nucleada en aldeas o poblados de cierta envergadura, aunque el patrón de asentamiento etnográfico original parece haber sido de numerosas estancias organizadas en torno a un centro ceremonial vacante (Martínez 1976). A partir del cordón de Sillajhuay al sur, en cambio, el área de estudio exhibe rigurosas condiciones de puna salada, que limitan todo tipo de agricultura, incluso de especies resistentes al frío. Estas condiciones más extremas restringen la disponibilidad de pastos, resultando en una masa ganadera mucho más pequeña. La población es aquí considerablemente más escasa, por no decir mínima, y el patrón de asentamiento es de estancias pastoriles situadas a mucha distancia entre ellas.

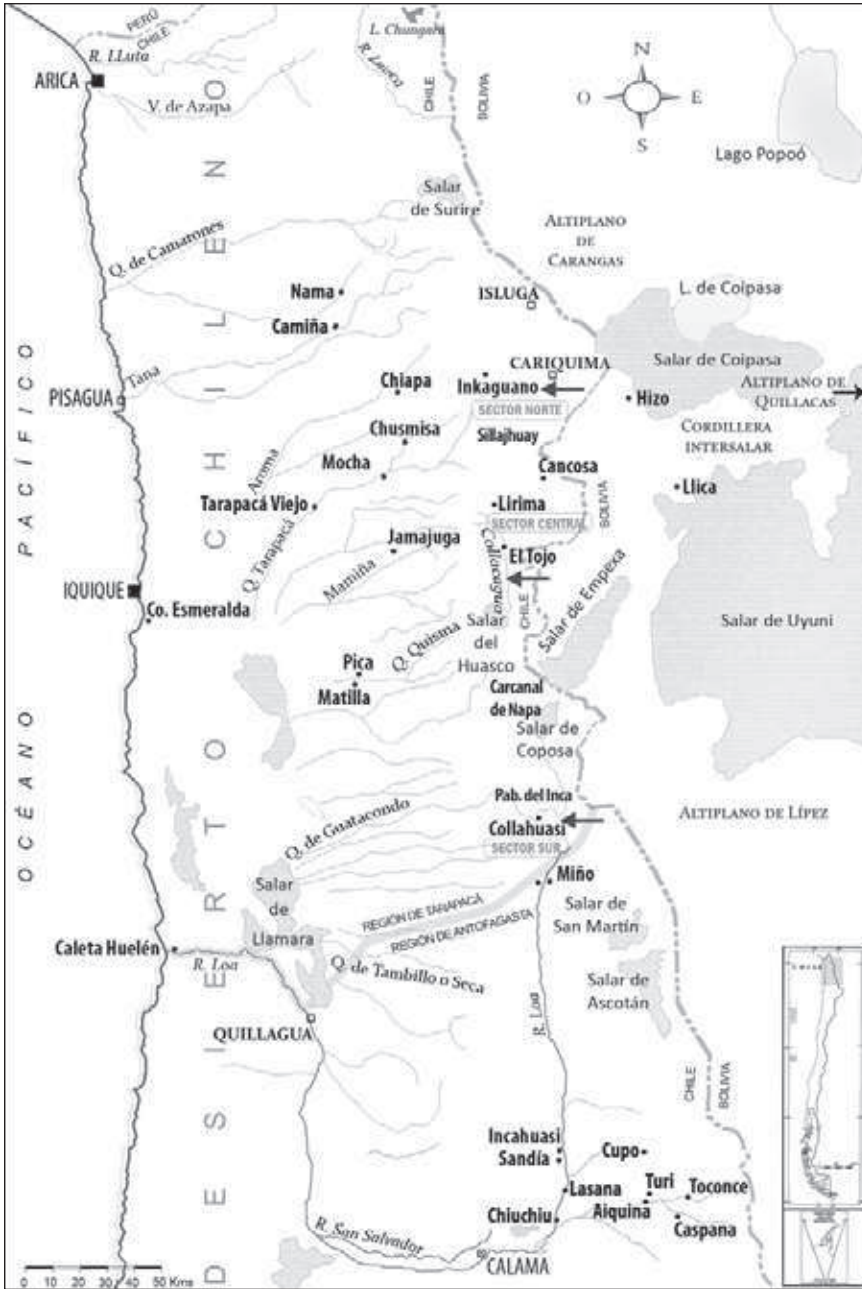


Figura 1. Mapa del norte de Chile y el altiplano de Bolivia con los principales topónimos mencionados en el texto.

Esta franja de territorio tarapaqueño se interpone entre varios “nodos” agropecuarios del altiplano central y meridional de Bolivia y “nodos” agrícolas del desierto chileno.⁵ Por nodos altiplánicos nos referimos a centros prehispánicos

⁵ La nodalidad de la vida social, esto es, la agrupación o aglomeración de actividades en torno a centros o “nodos” geográficos, ha sido notada por muchos autores (v.g. Soja 1989), pero muy pocos han prestado

del altiplano de Carangas, Quillacas y Lipez en Bolivia (véase Lecoq 1991; Michel 2000, 2008; Nielsen 1997a y b), y por nodos del desierto, a centros de las quebradas tarapaqueñas, el oasis de Pica y el valle del Loa Medio en Chile (véase Berenguer 2004; Núñez 1984; Urbina y Adán 2006; Uribe *et al.* 2007).⁶ Numerosas evidencias de bienes y otras expresiones culturales altiplánicas han sido reportadas por diversos autores en sitios de las quebradas y oasis del desierto, evidenciando situaciones de interacción entre ambas regiones tanto antes como durante el Período Inca. Las rutas caravaneras preincaicas que articulaban estos nodos han sido ampliamente discutidas (Núñez 1976; Núñez y Dillehay 1979) y, en algunos casos fundamentadas con trabajo de campo (Berenguer 2004; Núñez 1984, 1985). La existencia del *Qhapaq Ñan*, en cambio, si bien fue debatida a lo largo de toda la segunda mitad del siglo pasado, no ha sido comprobada en terreno. Recientes prospecciones, sondeos, análisis de documentos y otras observaciones nuestras en la cuenca de Cariquima, la depresión del Huasco y la cuenca de Ujina, constituyen la base para este intento de examinar la interacción interregional en el altiplano de Tarapacá a través de la vialidad estatal.⁷

Visiones sobre el *Qhapaq Ñan* en el altiplano de Tarapacá

Caminante no hay camino

Un análisis de la literatura sobre el sistema vial de los incas en el altiplano de Tarapacá evidencia, básicamente, tres visiones contrapuestas. Por una parte, están los mapas de investigadores del exterior, donde este territorio figura sin vialidad incaica (v.g. D'Altroy 2002; Hyslop 1984; Levillier 1942; Regal 1936; Strube 1963; Von Hagen 1955). La permanencia de esta visión hasta nuestros días resulta difícil de entender, toda vez que la literatura reporta allí tres importantes sitios incas conocidos desde hace más de 15 años: Inkaguano-2 cerca de Cariquima (Reinhard y Sanhueza 1982), El Tojo en Collacagua (Niemeyer 1962) y Collahuasi-37 en la cuenca de Ujina (Lynch y Núñez 1994; Núñez 1993). Incluso pueden agregarse otros dos sitios situados al sur de Collahuasi: Miño-1 y Miño-2 en las nacientes del río Loa (Berenguer 2007, referidos también como Kona Kona-1 y Kona Kona-2 por Castro 1992). Sería extraño (aunque no imposible) que los incas hubieran construido estas instalaciones sin conectarlas formalmente con su infraestructura vial.

atención a aquellos extensos intersticios situados “entre” esos nodos (notablemente Upham 1992), donde la nodalidad disminuye hasta acercarse o igualarse a cero. Estas zonas internodales (sensu Berenguer 2004; Berenguer y Pimentel 2010 [2006]; Nielsen 2005) constituyen lejos la mayor parte del espacio por donde corren las vías que conectan los nodos regionales, tales como senderos troperos y caminos incaicos, a lo largo de los cuales se ubican paskanas o jaranas, chaskiwasis, tambos y marcadores de ruta asociados a las vías.

⁶ Para una apretada síntesis de varios de estos desarrollos culturales durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío o Inca, véase Berenguer y Cáceres (2008; para el caso de Atacama, véase también Berenguer 2004).

⁷ Como éste es un trabajo de síntesis, los datos y análisis presentados son aquellos que los autores consideraron estrictamente pertinentes al objetivo del artículo.

Dado este antecedente y el hecho de que, como apreciaremos a continuación, la existencia de ramales del *Qhapaq Ñan* en el altiplano de Tarapacá ha sido postulada por diversos autores, la idea de un vacío vial en el área de estudio es altamente improbable.

Un solo camino longitudinal

Una segunda visión es aquella que sostiene o implica que hubo un único camino inca longitudinal o norte-sur que corría a través de gran parte de esta porción del altiplano chileno (Latcham 1938; Le Paige 1958; Mostny 1949; Niemeyer y Schiappacasse 1998 [1987]; Núñez 1965a; Rañ no 1981; Risopatrón 1924). Mostny (1949: 180), por ejemplo, dice que el camino que viene de Sibaya (localizado en Bolivia según las coordenadas geográficas que ofrece), sigue por Lupe Chico, Lupe Grande, pampa de Sacaya, parte alta del salar del Huasco, cerro de Quisma, cerros de Quelcocha, cerro Pabellón del Inca, pampa de Ujina, Aguada de Ujina, salar de Ascotán y Turi. Rañ no (1981), por su parte, adhiere al itinerario de la autora, pero entre la pampa de Sacaya y el salar del Huasco incorpora el sitio El Tojo (Niemeyer 1962), lo que supone desviarse fuertemente al suroeste (véase también Núñez 1965b). Niemeyer y Schiappacasse (1998 [1987]: 115), en tanto, proponen una ruta Cancosa – El Tojo – valle de Collacagua – salar del Huasco, omitiendo topónimos como Sibaya, Lupe Chico, Lupe Grande y Sacaya. Conforme a estos últimos autores, el camino inca vendría de la sierra de Arica por la media falda de la precordillera, pasando por lugares como Belén, Taruguire, Mulluni e Isluga, pero en lugar de conectar con Sibaya en Bolivia, rodearía por el este el cordón de Sillajhuay para ingresar a la depresión del Huasco.⁸

Si bien la mayoría de los autores favorece la idea de un camino longitudinal, esta hipótesis presenta debilidades empíricas. Se trata en general de reconstrucciones hechas en gabinete, sin una debida verificación en terreno. Algunas se basan en informantes (Mostny 1949), otras en la unión de instalaciones incaicas (Niemeyer y Schiappacasse 1998 [1987]) y otras en una combinación entre este último procedimiento y fuentes documentales (Rañ no 1981: 222). En los pocos casos en que los investigadores dicen haber visto caminos incaicos concretos en el terreno, los datos sobre su localización son imprecisos (Le Paige 1958: 79; Lynch y Núñez 1994: 159; Núñez 1965b: 33; Risopatrón 1924: 23). Algunos desvíos incomprensibles de la ruta general norte-sur en los itinerarios propuestos y varias discrepancias entre las diferentes reconstrucciones, sugieren que ciertas menciones pueden estar refiriéndose a caminos diferentes.⁹

⁸ Concepto que reúne al valle de Collacagua y el salar del Huasco (Berenguer y Cáceres 2008).

⁹ Por ejemplo, no hemos localizado un lugar denominado Sibaya en Bolivia, como refieren Mostny y Rañ no, pese a que solicitamos a un colega una búsqueda toponímica específica en ese sentido (Juan Faldín, comunicación personal 2006). Una explicación es que las coordenadas de Mostny sean erróneas y que el citado “Sibaya” sea el caserío chileno de ese nombre (19°47' Lat. S, 69°10' Long. W, 2710 msnm), situado

Una o más transversales

Una tercera visión es la que supone que hubo uno o más caminos transversales o de rumbo aproximadamente este-oeste. También se trata de reconstrucciones hechas en gabinete, esto es, sin una comprobación en terreno. Rañón (1981), por ejemplo, señala la existencia de un camino incaico que sube al altiplano desde Pica y se une con el camino longitudinal, pero no aclara si se basa en el segmento reportado por Núñez (1965a y b) en el salar del Huasco o en otras evidencias. Otra propuesta transversal es la que se deriva del mapa del propio Rañón. Al norte de la depresión del Huasco hace ingresar transversalmente el camino a Chile desde el altiplano boliviano, sin contemplar la posibilidad de una arteria longitudinal que provenga de la sierra de Arica o de la zona de Isluga-Cariquima. Niemeyer y Schiappacasse (1998 [1987]), por su parte, dicen que en Ollagüe se desprende un ramal del camino inca que en Miño se junta con otro proveniente de la Pampa del Tamarugal vía quebrada de Guatacondo y Copaquire. Este camino de la pampa es probablemente el “Camino Real de los Llanos o de la Costa”, que atravesaría de norte a sur el valle de Tarapacá, Pica y la quebrada de Guatacondo. A propósito de la ruta seguida por la hueste de Diego de Almagro en su retorno al Cusco en 1536, recientemente Advis (2008: 148, 153) menciona un camino que cruza el curso inferior de la quebrada de Quisma unos 3 km al oeste del oasis de Matilla (vecino a Pica) y la quebrada de Guatacondo a la altura de Tamentica. Por la fecha de la expedición y la localización del camino en los “medanales falderos” de la precordillera, y, de ser correcta la apreciación de Advis, éste no puede ser sino el referido “Camino de los Llanos”. Existe, así, una alta probabilidad de que por la quebrada de Guatacondo haya bajado una ruta incaica transversal que se unía a este camino, tal como sugieren Niemeyer y Schiappacasse.¹⁰

Independiente de su validez específica en cada caso particular, esta visión de ramales transversales parece más atendible que las otras. Después de todo, compatibiliza con la hipótesis archipielágica de Llagostera (1976) y con la variante “Movilidad Controlada Inca” del modelo de Movilidad Giratoria de Núñez

10 km al norte de Poroma, en las cabeceras de la quebrada de Tarapacá. Este lugar se halla virtualmente a la misma latitud que el “Sibaya” de Mostny, pero desplazado un grado de longitud al oeste. Muy probablemente, por lo tanto, se trata de un error de localización. Otro ejemplo es el caso de los cerros de Quisma, topónimo que no figura en la cartografía. Puede ser que el informante de Mostny esté aludiendo a la quebrada de Quisma que desciende del altiplano hacia el oasis de Pica. Sin embargo, dado que en el itinerario los puntos inmediatamente anterior (“Cerros de Quelcocha”) y posterior (“parte alta de Laguna del Guasco”), están alrededor de 40' al este de esa quebrada, a una altitud considerable mayor y más o menos alineados con el eje norte-sur, pensamos que hay una equivocación en la interpretación que hace Mostny de los datos de su informante. Todo esto indica fuertemente que los itinerarios propuestos corresponden no a uno, sino, más bien, a distintos caminos con diferentes trayectorias.

¹⁰ En apoyo de esta ruta, están, quizás, unas “ruinas Inca” que Conklin (2005: 178-179, Fig. 5) menciona en las cercanías del actual poblado de Guatacondo, así como la fotografía que este autor publica de una construcción medio enterrada en la arena con un techo a dos aguas muy parecida a una kallanka. También los ya mencionados sitios incaicos Collahuasi-37 en Ujina (Lynch y Núñez 1994; Romero y Briones 1999) y Miño 1 y 2 en las nacientes del valle del Alto Loa (Berenguer 2007; Berenguer et al. 2005; Castro 1992).

y Dillehay (1979). En efecto, la lógica interna de estas clásicas formulaciones de complementariedad, implica la existencia de vínculos viales transversales entre tierras altas y tierras bajas, no considerados en la hipótesis de un camino longitudinal único y menos en la de un vacío vial.

Por nuestra parte, las investigaciones de campo realizadas entre 2005 y 2008 identificaron evidencias de actividad vial incaica en tres sectores del altiplano de Tarapacá.¹¹ Un sector Norte ubicado en las inmediaciones del poblado actual de Cariquima, un sector Central situado principalmente en la depresión del Huasco y un sector Sur localizado en la cuenca de Ujina, entre Collahuasi y las cabeceras del río Loa (Figura 1). Las siguientes tres secciones del artículo entregan y discuten los resultados de esas investigaciones.

Eje de circulación del norte

Caminos

Un trecho virtualmente continuo de camino incaico, de unos 5 km de largo, fue detectado entre los cerros Queitani (5.161 msm) y Sojalla (4.676 msm). Se extiende entre los portezuelos de Sojalla y de Guanca, corriendo paralelo a la carretera internacional (Ruta A-55) que une el poblado fronterizo de Colchane con la ciudad de Huara en la pampa del Tamarugal (véase Berenguer 2009: 29). En un comienzo, discurre con rumbo noreste-suroeste, pero, al cruzar la quebrada de Quitani, vira en dirección al sur corriendo a los pies del cerro Taypicoyo hasta Guanca, donde se encuentra una estructura de dos recintos cuadrangulares pareados que parece haber estado asociada al tráfico incaico. Es una huella de trazado rectilíneo, sin aparejo en los bordes, con un ancho de 3 a 4 m y construida por despeje de piedras de la superficie. Unos pocos fragmentos cerámicos Inka Local encontrados en el lecho de la vía confirman su uso estatal. En sus márgenes hay varios mojones de piedra, pero es difícil establecer si representan un fenómeno ajeno al camino inca o son parte de él, ya que las huellas de tráfico tradicional comparten prácticamente la misma derrota. Un ramal se desprende del camino principal para dirigirse aguas arriba por la quebrada de Quitani. Paralelo a él, pero a cierta distancia, hay una hilera de ocho mojones cónicos, algunos de ellos colapsados, que no parecen ser dispositivos propiamente camineros. Luego de un trayecto de unos 2 km, la traza del ramal desaparece, pero hay pocas dudas acerca de que este camino conducía al Tambo de Inkaguano (4283 msnm).

¹¹ La metodología ocupada en la prospección fue la misma empleada para relevar el camino inca del valle del Alto Loa (Berenguer *et al.* 2005: 13-16), aunque, por la mayor superficie a cubrir y la complejidad del relieve en el área de estudio, esta última prospección fue mucho menos intensiva.

Asentamientos

Reportado inicialmente por Reinhard y Sanhueza (1982) como Inkaguano-2, este tambo fue evaluado por ellos como “uno de los asentamientos de importancia, impuestos por la administración imperial [incaica] en el sector altiplánico chileno”, adelantando la hipótesis de que estuvo relacionado con el control ganadero y la explotación de minerales (Reinhard y Sanhueza 1982: 40; véase también Berenguer 2009).

El sitio se encuentra entre los cerros Incaguano y Tolapunta (4495 msnm), en la margen derecha de la quebrada de Quitani, aguas arriba de la confluencia de ésta con una quebrada secundaria. Está en una zona de tolar y pajonal, asociado a un afloramiento rocoso, a múltiples manantiales que brotan en las laderas y al punto de la quebrada en que el agua emerge de las profundidades y comienza a escurrir por su lecho. Rodean el área varios cerros sagrados, como el Sojalla, el Queitani y un poco más lejos, el Tata Jachura, este último con construcciones incaicas en su cima (Reinhard y Sanhueza 1982). Conjuntos de queñoas coronan los cerros circundantes.

El asentamiento consta de 51 estructuras (Figura 2). Sobre una plataforma de nivelación con muro de contención del lado de la quebrada, hay una plaza rodeada por una *kallanka* (Figura 3), cuatro estructuras cuadrangulares no aglutinadas dispuestas en cruz y una *kancha* (*sensu* Hyslop 1990) de tres cuartos (Figura 4). La *kallanka* y los cuartos de la *kancha* o  conservan los hastiales sobre los que antaño descansaban techos a dos aguas. Vecino a este conjunto se encuentran dos grandes recintos cuadrangulares pareados, en donde presumiblemente residían los funcionarios a cargo del asentamiento (véase Berenguer 2009: 51). Un canal en la parte alta del asentamiento recogía las aguas lluvia que descendían por la ladera y las desviaba hacia una pequeña quebrada, evitando que inundaran la plaza y los edificios. Los muros son de doble hilera de piedras parcialmente trabajadas, pegadas con argamasa de barro. Se hallan revocados por dentro y por fuera con un enlucido de limo fino. Varias construcciones presentan vanos de acceso con la característica forma trapezoidal de los edificios incaicos.

Las recolecciones de superficie en el sitio rindieron, sobre un total de 164 fragmentos, un 14,2% de cerámica Pica-Tarapacá, 20,73% de cerámica Altiplano-Tarapacá y 39,02% de cerámica Cusco Policromo, Inka Local y otros tipos provinciales y regionales. Un sondeo de 1 x 1 m, en uno de los recintos pareados (Estructura 7), no brindó material cultural. Otro sondeo de igual tamaño en uno de los recintos en cruz (Estructura 17), arrojó un grano de quínoa y un trozo de lana trenzada. Aunque la evidencia es mínima, puede reflejar un uso de la estructura para almacenamiento de productos agrícolas, quizás en sacos o talegas. Un tercer sondeo de uno de los cuartos de la *kancha* (Estructura 14) reveló una delgada capa ocupacional, cuyos materiales cerámicos sugieren que funcionó como cocina-bodega, ya que contenía fragmentos de ollas y cántaros para la preparación y almacenamiento de alimentos, así como de piezas para consumo y servicio (Uribe 2008). En la periferia del sitio, una treintena de

recintos circulares y rectangulares sugiere que este tambo fue levantado sobre una *paskana* o un asentamiento local.

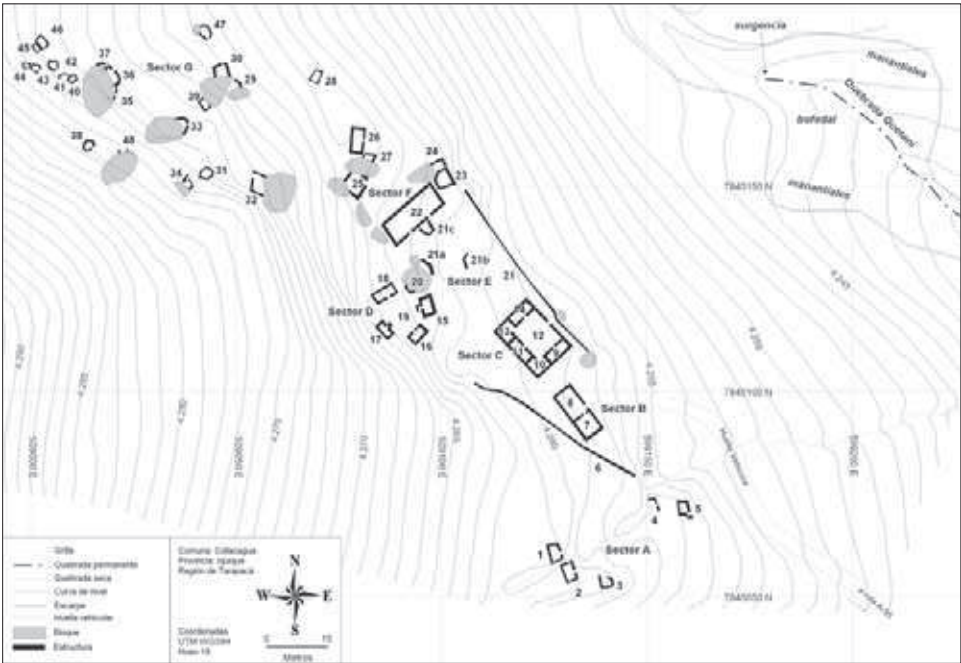


Figura 2. Plano de planta del Tambo de Inkaguano, quebrada de Quetani.



Figura 3. Kallanka del Tambo de Inkaguano.



Figura 4. *Kancha* del Tambo de Inkaguano.

Una trinchera de 1 x 2 m excavada en el sector noreste de la *kallanka* (Estructura 22), confirmó que el tambo fue construido sobre los restos de una ocupación local previa (Berenguer *et al.* 2008). La excavación reveló tres episodios ocupacionales: uno anterior a la construcción del tambo, asimilable a la Fase Camiña (ca. 1250-1450 d.C., Uribe *et al.* 2007), donde, como es característico en esta fase, se combinan componentes cerámicos Pica-Tarapacá y Altiplano-Tarapacá; un episodio inca correspondiente a la ocupación plena del tambo, en que aparecen mezclados componentes cerámicos Pica-Tarapacá, Inka Local e Inka Cuzqueño, con predominio del segundo (ca. 1450-1550 d.C.); y un episodio final, posterior al lavado del barro de los muros por la lluvia y, por lo tanto, a la pérdida de la techumbre, donde aparecen mezclados los mismos componentes cerámicos del episodio anterior (ca. 1550-1640 d.C.).¹² No hay, sin embargo, evidencias de artefactos europeos y tampoco de fauna y cultivos introducidos. Las basuras de la ocupación incaica muestran un amplio uso de recursos líticos, animales (*Lama* sp., *Vicugna* sp., *Caviomorfo*, *Ch. brevicaudata*, *Cavia porcellus*) y vegetales (*Chenopodium quinua* Will., *Urtica echinata* Bent) locales, pero, a la vez, el acceso a fuentes líticas foráneas, productos marinos (Molusca) y plantas de las quebradas occidentales (*Descurainia* sp., *Exodeconus integrifolius* Phil. y *Tarasa operculata* (Cav.) Krapov) y de la pampa del Tamarugal (*Prosopis tamarugo* Phil.).

¹² Las dataciones radiocarbónicas son: 380 ± 60 AP (carbón, Beta-240405, Estructura 1, Rasgo 8, 1430-1650 cal. d.C.) y 470 ± 70 DC (carbón, Beta-240406, Estructura 1, Rasgo 5, 1320-1630 cal. d.C.). Dataciones calibradas por el laboratorio con el programa INTCAL 04.

Comentarios

Este eje vial incaico es el más septentrional detectado en el área de estudio y parece vincular el Departamento de Oruro, en Bolivia, con el valle de Tarapacá. En efecto, la proyección hacia el este del segmento de camino localizado entre Sojalla y Guanca, sugiere que la arteria proviene de una zona situada al norte del salar de Coipasa, pasando por las cercanías de Pisiga Baquedano y Challavilque. Entre medio, la red vial puede haber tenido una configuración rizomática, recibiendo ramales locales procedentes de Mauque, Isluga y Cariquima, pero esta posibilidad no fue investigada. La proyección de la vía hacia el oeste, en tanto, sugiere que el camino conduce al valle de Tarapacá. Lo hace por la cabecera de la quebrada de Aroma, si bien antes del cerro Camiri (4830 msnm) puede habersele desprendido un ramal de rumbo sureste-noroeste hacia el actual poblado de Chiapa, posibilidad tampoco investigada. Vale la pena notar que el curso específico de este eje caminero estuvo tan determinado por las condiciones del relieve, que esta misma ruta fue usada como vía de comunicación tanto antes como después de los incas, señalando muy claramente que no hay una alternativa de tránsito mejor a esta latitud. De hecho, el trazado de la moderna Ruta A-55 sigue este derrotero.

Este eje vial establece una conexión tangible entre el altiplano de Carangas y las quebradas que descienden de la precordillera hacia la pampa del Tamarugal, permitiendo analizarla en términos de interacción interregional. Recientes investigaciones en algunas de estas quebradas proporcionan información sobre cuatro aldeas atribuidas a Pica-Tarapacá (Urbina y Adán 2006), un complejo del Período Intermedio Tardío que se extendía entre la quebrada de Camiña por el norte y el curso inferior del río Loa por el sur: las aldeas de Nama y Camiña en la quebrada de Camiña, de Chusmisa en el valle de Tarapacá y de Jamajuga en la quebrada de Mamiña. Es interesante para nuestro tema que en todas ellas se encuentren mezclados materiales de tierras altas y bajas. Por ejemplo, si bien el componente cerámico Pica-Tarapacá, es dominante en las cuatro aldeas, el componente Altiplano-Tarapacá es el que le sigue en frecuencia, a sobrada distancia de los componentes Arica y Atacama (Uribe *et al.* 2007: 157). Sin embargo, mientras el componente local presenta sus más altas frecuencias en las grandes aldeas del norte (Nama y Camiña), el componente Altiplano-Tarapacá hace lo propio en las más pequeñas aldeas del sur (Chusmisa y Jamajuga) (Tabla 1).¹³ Por otra parte, en todas las aldeas hay enterratorios en cistas de piedras, un rasgo que ha sido evaluado como propio del altiplano, aunque sólo Nama y Camiña presentan chullpas, un patrón arquitectónico de torres funerarias de adobe que emparentaría a los individuos enterrados en ellas directamente con poblaciones del altiplano (véase Gisbert 1994). Los autores reconocen que los contactos más fuertes de estas aldeas tarapaqueñas son con el altiplano de Carangas y el altiplano

¹³ El uso del término "Tarapacá" en la denominación de este componente o complejo alfarero es algo engañoso, pues tiende a fijar la idea de que estas cerámicas tienen su origen en el altiplano tarapaqueño, en circunstancias que no se puede descartar que se hayan originado en el altiplano de Bolivia.

de Quillacas, en Bolivia, pero toman distancia de los modelos de colonización multiétnica (Llagostera 1976) y de intercambios caravaneros (Núñez y Dillehay 1979) que se han utilizado para interpretar estas conexiones (Uribe *et al.* 2007: 167). Esperamos con mucho interés sus propuestas alternativas.

Tabla 1. Porcentajes de componentes cerámicos en aldeas tarapaqueñas.

	Cantidad	Pica-Tarapacá	Altiplano-Tarapacá	Arica	Atacama	Inka
Nama	3.087	74,39	19,97	2,52	1,43	---
Camiña	3.665	77,43	15,70	2,90	1,90	0,66
Chusmisa	1.851	70,79	27,15	1,01	0,36	4,39
Jamajuga	595	65,70	23,50	3,50	3,2	0,50
Tarapacá Viejo	1.726	38,22	24,33	1,93	---	32,58

Fuente: Uribe *et al.* (2007: Tabla 3).

Por nuestra parte, somos partidarios de visualizar estas evidencias de interacción interregional como expresión de jurisdicciones étnicamente entreveradas, al modo de las descritas para el área por C. Sanhueza (2008) sobre la base de documentos coloniales tempranos (véase también Martínez 1998). Los papeles del siglo XVIII señalan la presencia de grupos carangas en las quebradas occidentales (v.g. en Chiapa y Camiña) y muestran al gobernador de Tarapacá fijando sus límites jurisdiccionales orientales en el cerro Hizo, en el borde suroeste del salar de Coipasa (Sanhueza 2008: Figura 2). Si estas prácticas de uso de espacios productivos son extrapolables a la época prehispánica, significa que entre los nodos carangas y tarapaqueños hubo una amplia zona de intersección o superposición de jurisdicciones, que abarcaba desde la orilla occidental del salar de Coipasa por el este hasta las partes altas de las quebradas tarapaqueñas por el oeste, precisamente la zona cruzada por el eje vial incaico que comentamos y que unía a ambas regiones.

Del estudio cerámico de Uribe *et al.* (2007) quisiéramos resaltar el altísimo porcentaje del componente inca en la superficie de la aldea de Tarapacá Viejo (Tabla 1), sitio que fue parcialmente remodelado durante el Tawantinsuyu y que los españoles ocuparon hasta los comienzos del siglo XVIII (Núñez 1983).¹⁴ Tarapacá Viejo posee un 32,8% inka, que se desglosa de la siguiente

¹⁴ No es suficientemente claro si este sitio fue el principal centro del complejo preincaico Pica-Tarapacá. Por una parte, las excavaciones de P. Núñez (1983) documentan estratigráficamente una ocupación del Período Intermedio Tardío debajo de la ocupación incaica y este autor sostiene que en este sector de la quebrada de Tarapacá no existe otro lugar mejor para establecer un centro de esa naturaleza (P. Núñez, comunicación personal 2010). Por otra, Simón Urbina (comunicación personal 2010) señala que mientras no se determine la magnitud horizontal de esa ocupación del Intermedio Tardío en Tarapacá Viejo, aldeas contemporáneas como Nama, Camiña, Chusmisa y Jamajuga siguen siendo mejores candidatas. Agrega que, aunque dicha ocupación hubiese alcanzado la extensión lograda por la ocupación incaica en el sitio, de

manera: 30,42% de cerámica Inka Local, 1,24% de cerámica Cusco Policromo y 0,23% de cerámica Saxámar. Este componente es superior en ocho puntos al componente Altiplano-Tarapacá e inferior en sólo seis al componente Pica-Tarapacá. Destacamos también el porcentaje de cerámicas incaicas en Chusmisa (4,39%), que cuadruplica los guarismos de las tres aldeas restantes. Claramente, entonces, Tarapacá Viejo y Chusmisa parecen haber concentrado la actividad incaica en la vertiente occidental. Dado que estos dos sitios están alineados con un eje noreste-suroeste, resulta significativo constatar que la proyección oriental de este eje empalma con el segmento incaico detectado entre Sojalla y Guanca, donde se encuentra el Tambo de Inkaguano. Las evidencias de productos de tierras bajas recuperados en las excavaciones de este tambo deben haber sido traídas por este camino desde localidades como Chusmisa y Tarapacá Viejo.

El pequeño Tambo de Inkaguano es uno de los mejores ejemplos de la arquitectura provincial incaica en el norte de Chile (Berenguer 2009). Expresa con singular claridad el rol de la arquitectura como reforzadora de la imagen de poder del imperio. La gran cantidad de cerámicas culinarias, aríbalos para la chicha y restos de alimentos, por otra parte, refleja prácticas de hospitalidad estatal para consolidar lazos entre gobernantes y gobernados, y retribuir prestaciones colectivas de trabajo en turnos laborales o *mitas*. Su relevancia simbólica se manifiesta en el hecho de haber elegido como emplazamiento el único lugar con afloramientos rocosos y manantiales en varios kilómetros a la redonda, comunicando conceptos cosmológicos y de control sobre la naturaleza que eran característicos en el planeamiento de los asentamientos incaicos (Hyslop 1990). De alguna manera, quizás, esta relevancia se expresa también en ciertos hechos que han quedado grabados en la memoria de los habitantes aymaras del vecino poblado de Quebe (Berenguer 2009: 110), planteando la posibilidad de que correspondan a relictos de la fundación incaica de un paisaje sagrado en torno a este tramo del *Qhapaq Ñan*.¹⁵ Por supuesto, comprobar esta última posibilidad está más allá de nuestras posibilidades.

Menos evidente, sin embargo, es la población que habría estado bajo la esfera de este pequeño centro estatal, aunque concordamos con D'Altroy (2002, citando a Craig Morris) en que este tipo de sitios incaicos provinciales reflejaba más una preocupación por los contactos (inter)regionales que por los asuntos locales, ya que solían estar en puntos estratégicos para el movimiento a larga distancia, a veces hasta dos o tres jornadas de la población que administraban. En todo caso, la presencia en el tambo de componentes Pica-Tarapacá y Altiplano-Tarapacá en

todos modos cubriría un menor número de hectáreas que esas aldeas.

¹⁵ Parece significativo, por ejemplo, que en el portezuelo de Sojalla, a unos 50 m de la vía incaica, se encuentre una estructura en forma de “U” conocida localmente como “Descanso del Inca”; que circule entre los lugareños la leyenda de que el Inca se ocultó por largo tiempo de los españoles en el cerro Sojalla y que cuando éstos venían a aprehenderlo, el cerro desaparecía, hasta que finalmente fue sorprendido, capturado y decapitado; que algunos topónimos locales lleven el sufijo *uma* (cabeza), tales como Inkauma y Castilluma; y que el Tambo de Inkaguano sea conocido por los habitantes de Quebe como “Inkamarka” (Pueblo del Inca), porque allí “vive el Inca Mallku”. Hasta las coplas que cantan y bailan los lugareños en sus fiestas y ceremonias mencionan a este personaje de características divinas.

proporciones más o menos similares, ofrece algunos indicios sobre el origen de las poblaciones que residían en el asentamiento o que acudían periódicamente a él. Un breve examen de la situación colonial temprana puede darnos luces sobre el papel que habría desempeñado este sitio en las relaciones entre estos grupos regionales.

Fuentes de esa época señalan que las poblaciones del valle de Tarapacá y de los oasis de Pica integraban “una misma nación” y hablaban una misma lengua; sugieren, además, que las autoridades de Tarapacá tenían una mayor jerarquía política que las de Pica (Martínez 1998: 82; véase también Núñez 1984). *Mitimaes* del señorío Caranga del altiplano boliviano fueron instalados por los incas en Tacna, Arica y Camarones en función de ricas zonas agrícolas y de acceso a recursos marinos (Durnston e Hidalgo 1997; Horta 2010). Al igual que en esa región, en Tarapacá había una significativa presencia caranga. Sin embargo, a diferencia del valle de Lluta, donde gobernaba un cacique caranga sujeto a autoridades de ese señorío, en Tarapacá gobernaban dirigentes locales con cierta independencia o autonomía respecto a las autoridades altiplánicas. Documentos de 1578 y 1612 señalan que Tuscasanga, cacique de Tarapacá, era la principal autoridad de este corregimiento y que era secundado por Chuquichambe, cacique de Chiapa, quien, a su vez, era la máxima autoridad caranga. Esto sugiere que, mientras más al norte el dominio incaico puede haber estado efectivamente a cargo de señores altiplánicos “incaizados”, en Tarapacá los incas se habrían entendido directamente con las autoridades locales (Sanhueza 2008).

A comienzos del siglo XVII los caciques de Tarapacá y de Chiapa aparecen refrendando por escrito los que serían los límites jurisdiccionales entre Chiapa y Sotoca (altos de la quebrada de Aroma) y entre Isluga y Cariquima. Lo hacen mediante un amojonamiento de 21 lugares (Sanhueza 2008: Figura 2), uno de los cuales lleva el nombre de “pampa Quitana” o “cerro Quetani” (hoy Queitani). Como éste es el mismo nombre de la quebrada donde está el Tambo de Inkaguano, surge la posibilidad de que esta división colonial se haya basado en otra de origen prehispánico y que este tambo haya funcionado como un dispositivo de organización territorial entre las principales zonas habitadas de esta macro región. A la luz de estos antecedentes, pareciera razonable sugerir, si bien muy difícil de comprobar, que los referidos ocho mojones registrados por nosotros en la quebrada de Quitani marcan el punto donde estuvo el hito mencionado en los documentos, o bien, que sean ellos mismos el lindero aludido en dicha mención.

En síntesis: en esta parte del área de estudio los incas no se encontraron con colonias de un señorío altiplánico bajo un modelo clásico de archipiélagos verticales, esto es, con su núcleo en el altiplano y colonias en pisos más bajos, sino con grupos de la altiplanicie boliviana ocupando nichos en las cabeceras de las quebradas occidentales y grupos de las tierras bajas ocupando espacios en el altiplano aledaño. Es decir, un sistema de jurisdicciones entreveradas, sin supremacía política de unos sobre otros (cf. D’Altroy 2002; Hyslop 1993). Se trata, por cierto, de espacios secularmente disputados, lo que nos recuerda que en

los Andes la interacción entre grupos étnicos, incluso entre mitades y entre ayllus, es, muchas veces, en función de espacios fieramente contendidos (Izko 1992). La existencia de fortalezas preincaicas como los pukaras de Mocha en el valle de Tarapacá, de Chiapa en la quebrada de Aroma y de otros en zonas de fricción, no puede sino entenderse en el marco de perennes conflictos interétnicos por el acceso a nichos productivos.¹⁶

Eje de circulación del centro

Caminos

Un primer tramo de camino inca en este sector del altiplano de Tarapacá, situado al sur del cordón de Sillajhuay, fue detectado en el valle de Ocacuyo. Éste es uno de los ríos que, junto con el Sacaya, forman el Cancosa, río que tiene su nivel de base en el vecino salar de Coipasa, en Bolivia. El vial corre por la terraza sur del valle en dirección al noroeste hasta la Apacheta La Rinconada (4650 msnm), donde su traza desaparece. Aparentemente se dirige al poblado actual de Lirima, que a veces aparece en los mapas como Charvinto. No encontramos cerámicas incaicas en el tramo relevado, pero Cancosa es mencionado como tambo por Risopatrón (1924: 131, 508, 783) y presenta en los alrededores topónimos sugerentes, como Ingavilque e Ingña (¿Inga Ñan?).¹⁷ En Lirima, por otra parte, un informante nos indicó que antes había un tambo en el lugar, el que fue destruido al establecerse el poblado en la década de 1980. Es probable que la ruta que viene de Cancosa continúe hacia el valle de Tarapacá, quizás con escala en el poblado de Poroma o en el de Sibaya, pero no hemos constatado esto en terreno.

Lo que sí hemos verificado es que en Lirima nace un ramal que corre con franco rumbo al sur, hacia la depresión del Huasco. Lo hace por el oeste del pequeño salar de Lagunillas, donde es cruzado por el sendero que comunica el poblado actual de Noasa, en las quebradas occidentales, con Cancosa a través de la Apacheta de Lupe Grande (Risopatrón 1924). Después de un largo trecho en que, lamentablemente, se torna invisible, la traza del camino reaparece por breve espacio en el valle de Collacagua, unos 13 km al sur del sitio El Tojo (Niemeyer 1962), corriendo por la banda derecha del valle. Está en un tramo del río donde las aguas se infiltran en la arena y que es referido localmente como “zona de *paskan*as”. Otro segmento de este camino es visible más al sur, en la orilla noroeste del salar del Huasco, a los pies de los Altos de Pailca (del aymara *pallca* = “apartarse o dividirse”, Bertonio 1984 [1615]). Viene del valle de Collacagua, pasa por la estancia de Huasco Grande y en la quebrada de Pailca se junta con otro segmento proveniente de Huasco Lípez, una estancia localizada en el suroeste del salar.

¹⁶ Hondas, arcos, flechas, carcaj, cascotes, corazas de cuero y otras piezas de armadura, cuantiosamente representados en el cementerio Pica-8 (Zlatar 1984), pueden ser el reflejo de ese clima de confrontaciones preincaicas.

¹⁷ En el valle del Alto Loa la toponimia puede ser un buen predictor de actividad incaica (Berenguer et al. 2005) y también puede serlo en el altiplano de Tarapacá.

Éste último puede ser el referido segmento reportado por L. Núñez (1965b). No encontramos pruebas de que este camino continúe al sur por el carcanal de Napa y el salar de Coposa hacia Collahuasi y el Alto Loa (Berenguer *et al.* 2005), pese a que exploramos intensamente todo ese sector, incluyendo los cerros de Quelcocha, punto referido por el informante de Mostny (1949).¹⁸

La totalidad de los segmentos relevados son huellas rectilíneas, con un ancho entre 2 y 4 m, construidas por despeje de piedras hacia los costados y sin aparejo en los bordes. Una gran variedad de hitos jalonan este camino, incluyendo *apachetas* y mojones de piedras tipo pila, cúmulo, alargado, cilíndrico, tronco-cónico y tronco-piramidal. Sólo estos dos últimos tipos pueden ser confiablemente atribuidos a los incas, ya que en Atacama han sido reportados como estructuras laterales del *Qhapaq Ñan* (Berenguer *et al.* 2005; Hyslop 1984; Lynch 1995-1996; Sanhueza 2004a).¹⁹

Asentamientos

Cuarenta y cuatro pequeños asentamientos arqueológicos se alinean con este eje vial, todos localizados en la depresión del Huasco (véase Berenguer y Cáceres 2008: Figura 3). Veinticinco están en el valle de Collacagua (22 del tipo estancia y tres del tipo *paskana*) y 19 en la orilla occidental del salar del Huasco (cinco del tipo estancia y 14 del tipo *paskana*). Para las frecuencias de los componentes cerámicos hallados en la superficie de los sitios de estos dos focos de asentamiento (véase Tabla 2).

Tabla 2. Porcentajes de componentes cerámicos de superficie en sitios de la Depresión del Huasco.

	Tarapacá	Altiplano	Inka	Histórico
Collacagua n = 1.243	27,6	20,5	25,2	10,0
Huasco n = 1.554	25,0	17,1	20,3	11,4

Fuente: Uribe y Urbina (2007).

Un total de 11 sondeos de 1 x 1 m en dos sitios del valle de Collacagua (El Tojo [CO-18], 195 estructuras y CO-19, 36 estructuras, aquí Figura 5) y tres del salar del Huasco (HU-1, 51 estructuras; HU-2, 31 estructuras, aquí Figura 6; y

¹⁸ Encontramos la traza de un camino de 230 m de largo y un ancho promedio de 3 m, que asciende con rumbo noreste-suroeste la ladera oriental del cordón Filo Negro, pero nuestros esfuerzos por localizar otros segmentos alineados con éste fueron infructuosos. Tampoco encontramos estructuras atribuibles al Período Inca a su vera ni fragmentos cerámicos del componente incaico sobre su lecho o en sus inmediaciones. La verdad es que, hasta donde indican nuestras prospecciones, la ausencia de materiales incaicos en todo el carcanal de Napa y la cuenca del salar de Coposa es absoluta.

¹⁹ Para un análisis y una discusión más específica de las características que diferencian a demarcadores espaciales tales como *apachetas* o “mojones del Inca”, en el contexto de caminos incaicos, tanto desde una perspectiva arqueológica como etnohistórica (véase Berenguer *et al.* 2005; Dean 2006; Nielsen *et al.* 2006; Sanhueza 2004a y b, 2005; Vitry 2002).

HU-4, 83 estructuras) muestran que el episodio inicial de ocupación se produjo entre los siglos XIII y XV, en que aparecen mezclados componentes cerámicos Pica-Tarapacá y Altiplano-Tarapacá. Son parte de un patrón de asentamiento en terrenos bajos de caseríos correspondiente a pastores-caravaneros de alta movilidad. Diez dataciones radiocarbónicas y nueve por termoluminiscencia permiten analizar la secuencia ocupacional de la depresión del Huasco (véase Berenguer y Cáceres 2008: Tabla 3). Desde mediados del Período Intermedio Tardío (ca. 1250 d.C.) la ruta altiplano-oasis por la depresión del Huasco no fue una ruta exclusiva de uno o más sistemas regionales en particular, ni siquiera una ruta biétnica o multiétnica, sino, al parecer, una fluida zona de interdigitación de pastores-caravaneros con una floja o nula afiliación a los nodos regionales. El patrón de pequeños caseríos dispersos alineados con la ruta, su arquitectura relativamente sencilla, muchas veces expeditiva, huellas troperas que pasan por los sitios, y frecuencias relativamente parejas de cerámicas tarapaqueñas y altiplánicas en superficie (véase Tabla 3), evidencian, más que un escenario biétnico, como en Inkaguano, o multiétnico, como veremos en Collahuasi, uno étnicamente indefinido, poroso y sin tensiones evidentes. De hecho, no hay pukaras o sitios fortificados en ninguna parte de la ruta; tampoco, hasta donde se sabe, en la vertiente occidental inmediata (aunque véase Nota 13).

Tabla 3. Porcentajes de componentes cerámicos en la superficie de los sitios sondeados.

Sitio	Estr.*	Tempr.	Pica Tarapacá	Altiplano Carangas	Altiplano Quillacas	Arica	Inka	Histórico	Erosion.
CO-18	16/195	---	25,5	19,0	0,7	---	7,4	19,0	28,3
CO-19	6/36	0,1	36,0	13,6	0,3	0,2	21,6	4,7	22,9
HU-1	4/51	4,9	10,6	19,1	0,1	0,1	4,1	11,2	49,7
HU-2	4 / 31	2,4	20,7	13,6	0,3	0,6	1,4	11,2	49,9
HU-4	8 / 83	5,5	15,9	18,9	---	0,2	0,2	38,3	20,8
Total	38/396								

Fuente: Uribe y Urbina (2007) * N° de estructuras recolectadas / Total de estructuras en el sitio.

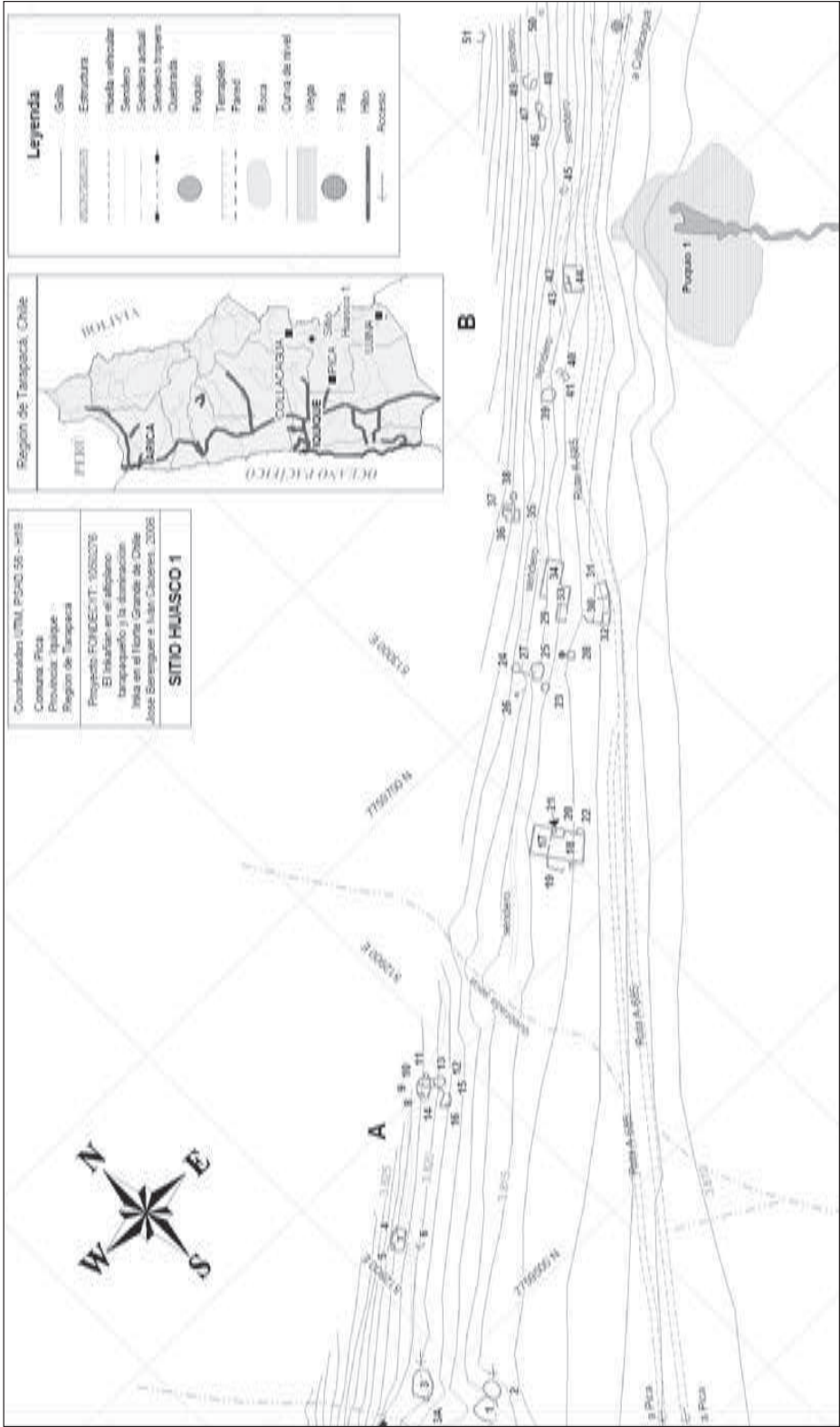
Sigue luego un episodio incaico (siglos XV y XVI) en que esos caseríos coexisten con otros nuevos emplazados en lugares más elevados y con mayor diversidad funcional. La presencia del Estado Inca en el área es manifiesta en el sitio El Tojo (CO-18; Niemeyer 1962) y en dos estratégicos sitios de enlace del *Qhapaq Ñan* carentes de arquitectura emblemática incaica: CO-19 en el valle de Collacagua y HU-1 en la orilla noroeste del salar del Huasco. Todos los sitios, salvo CO-19, exhiben, además, evidencias de ocupación colonial y republicana, algunos incluso hasta 1960. Para frecuencias de componentes cerámicos en la

superficie de estos sitios, véase Tabla 3.

Hemos sugerido en otra parte que el grupo “intrusivo” enterrado en las cistas de El Tojo o Collacagua-18 (Niemeyer 1962) fue un grupo de *mitimaes* que operó en los sitios Collacagua-19 y Huasco-1 (véase Berenguer y Cáceres 2008: Figura 2). Si esto es así, revela que el Estado Inca estaba realmente interesado en controlar el movimiento de gente, manejar los encuentros entre personas y regular la circulación de bienes por la ruta. Es significativo, por otra parte, que los incas no hayan recurrido a contingentes de Pica, de la cordillera Intersalar o de la zona Norte de Lípez para ejercer su hegemonía, sino a individuos del altiplano de Carangas. Ya dijimos que algo similar, si bien con mayor protagonismo de los caciques tarapaqueños, sugieren fuentes coloniales tempranas para la quebrada de Camiña y el valle de Tarapacá (Núñez 1984; Sanhueza 2008). Pero la situación es diferente en la depresión del Huasco, donde los pastores-caravaneros locales dominaban con gran libertad de movimiento los circuitos que articulaban a los nodos de tierras altas y bajas. Controlar, más que “capturar” (Núñez y Dillehay 1979) esos movimientos a través de *mitimaes* de un señorío aliado en una zona no agrícola y de baja extracción de recursos, puede haber sido una estrategia estatal para intervenir un área en forma limitada y con bajos costos de operación, pero importante desde el punto de vista de la conectividad interregional.



Figura 5. Plano de planta del sitio CO-19, valle de Collacagua.



Comentarios

La proyección hacia el este del segmento localizado en el valle de Ocacuyo indica que este segundo eje vial incaico proviene de una zona situada entre los salares de Coipasa y Uyuni. En tanto, la proyección hacia el oeste del eje que cruza la depresión del Huasco y que en Pailca se junta con el que viene de Huasco López, sugiere que el camino prosigue al oeste por las *apachetas* de Chilinchilín, de La Cumbre y de Caña Cruz, remontando los Altos de Pica y descendiendo a Pica vía Tambillo (2700 msnm), un lugar situado a 50 km al occidente del salar del Huasco y 20 km al oriente de este oasis, en el curso superior de la quebrada de Quisma. En este punto observamos restos pobremente conservados de un camino que correspondería a un segmento del referido eje vial, fragmentos de cerámica Inka Local, vestigios muy destruidos de un posible tambillo y pictografías incaicas. Volveremos sobre estas pictografías más adelante.

En Tambillo observamos, además, huellas troperas y basuras que señalan con claridad que este lugar desempeñó un activo papel como posta en las actividades de tráfico tanto antes como después de los incas, incluso hasta muy recientemente, como lo corrobora la conexión caravanera que subsistía hacia mediados del siglo XX entre Llica, en Bolivia y Pica, al borde del desierto chileno (Núñez 1984: 389, 471). En efecto, sobre la base de *apachetas* y datos etnográficos, Núñez (1984: 394-395, véase Apéndice 6) se refiere a los senderos que salen del oasis de Pica por Santa Rosita y el geoglifo de quebrada Seca, sugiriendo que los caravaneros hacían noche en Tambillo, para dirigirse de allí a diferentes zonas del altiplano boliviano.²⁰

Como lo demuestra la cantidad de *apachetas* y *paskanas*, la cuenca del salar del Huasco fue, a ojos vista, un punto neurálgico del tráfico caravanero: confluyen allí diversas huellas troperas provenientes del altiplano de López a través del salar de Coposa y el carcanal de Napa, de la orilla occidental del salar de Uyuni a través de la cordillera andina y del istmo entre los salares de Coipasa y Uyuni a través del portezuelo situado entre los cerros Paza y Tangani. Estas huellas arriban a Pica y Matilla orillando las quebradas de Saguachinca, Seca y Quisma.

Hay algunos elementos discursivos en el paisaje que pueden ser importantes para entender la estrategia incaica de ocupación de esta área. En su diccionario geográfico, Risopatrón (1924: 234) distingue distintos puntos bajo la denominación de Collacagua, todos ellos cercanos entre sí. Es el nombre del río que corre hacia el sur en ese sector, el de un ingenio de beneficio de metales ubicado en la parte superior del valle, el de un “morro” de mediana altura que se levanta al norte del ingenio y el del caserío de población indígena que se encuentra “a la salida” del valle. El caserío, sin embargo, responde más específicamente al nombre de Manca Collacagua, tanto en el diccionario citado (Risopatrón 1924: 521) como en la toponimia registrada en el mapa efectuado por el mismo autor en otra publicación (Risopatrón 1911). Tomás Ayaviri, ocupante del caserío, en

²⁰ En su mapa de geoglifos, senderos y *apachetas* del norte de Chile, Núñez (1976: 190) muestra 17 lugares con esta clase de montículos en nuestra área de estudio. Corresponden a un 45% del total encontrado a esa fecha al norte del río Loa.

cambio, dice que Manca Collacagua es el límite y está “donde hay unas ruinas” y donde el río se infiltra; “después –señala– viene una zona de *paskan*”.

Sea como fuese, este topónimo parece encerrar significados interesantes. El prefijo “manca”, otorgado al asentamiento propiamente tal, corresponde a la clásica división dual del espacio de las sociedades aymaras: *alaa* (arriba) y *mancca* (abajo) (Bertonio 1984 [1612]; Platt 1987). ¿Correspondía este asentamiento a una mitad de “abajo”? ¿Con respecto a qué mitad de “arriba”? ¿Se trata de un asentamiento o “colonia” poblada por la parcialidad de “abajo” de otro asentamiento nuclear altiplánico? Por ahora, no es posible profundizar mayormente en estas preguntas.

El sufijo “cagua”, en tanto, responde en lengua aymara a un concepto de borde espacial y de límite social o político (tal como indica el pastor Ayaviri):

Cahuaa: Lo postrero del pueblo *marca cahua*, de la casa *uta cahuaa*

Cahuaa cachi: Estrangero que no reconoce señor (Bertonio 1984 [1612]: 32).

En quechua:

Cahua. Centinela, guarda, espía. (Anónimo 1951 [1586]: 20).

Kahuak. Centinela, guarda, espía. González Holguín (1952 [1608]: 130).

Es difícil, por el momento, avanzar más en esta discusión, salvo retener el hecho de que el topónimo Collacagua está dando cuenta de una determinada organización social y/o espacial y, a la vez, de un determinado concepto de “límite” territorial.

Pero existe incluso otra acepción del sufijo “cagua” en aymara:

Ccahua. Camiseta de indio; casaca. Bertonio (1984 [1612]: 41).

Harputha ccahua. Camiseta azul hasta las rodillas y de allí abaxo colorada: traje es de los ingas. Bertonio (1984 [1612]: 122).

No habríamos reparado en esta otra acepción, si no fuera por la existencia de un panel de pictografías en el referido sitio de Tambillo (Quisma Alto) que muestra a un personaje con casco emplumado vistiendo una “camiseta” o túnica andina (*unku*) decorada con un diseño ajedrezado (Figura 7). Las pictografías de túnicas o de figuras humanas con túnicas son comunes en el Departamento del Cuzco, donde son atribuidas a los incas (Hostnig 2006). Por eso, hemos sugerido en otra parte que en las provincias del imperio tales imágenes formarían parte de la acción y el discurso hegemónicos de los incas y que, en el caso de aquellas decoradas con ajedrezados o “túnicas militares”, como la de Tambillo, las imágenes operaban como un recordatorio duradero de las obligaciones contraídas por los jefes étnicos locales con el Inca y como un disuasivo ante eventuales intentos de rebelión (Berenguer 2009: 104-107). En otras palabras: por una parte, el topónimo Collacagua refiere al límite espacial, social o político, a “centinelas, guardias o espías” y a “camiseta de colla”; por otra, el personaje con túnica militar

inca de la pictografía de Tambillo parece ser en sí mismo un guardián del camino y marca quizás el “límite postrero” del Pica incaico hacia el oriente.²¹

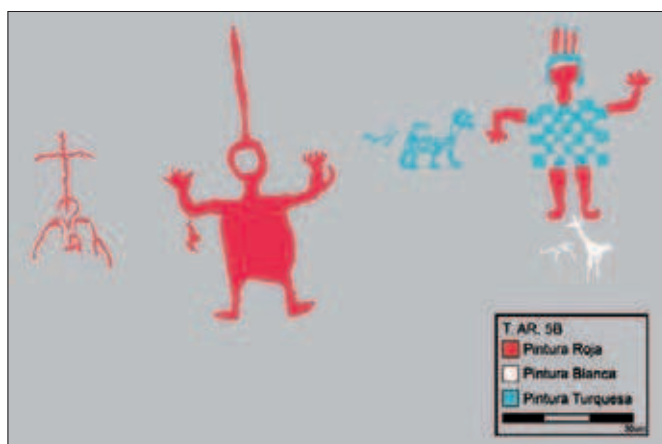


Figura 7. Detalle de, panel de pictografías de Tambillo, quebrada de Quisma. A la derecha antropomorfo con casco emplumado y túnica andina.

Si a lo anterior sumamos que las estructuras incaicas en Collacagua y Huasco fueron construidas dentro de estancias de pastores-caravaneros locales, que éstas se hallan emplazadas en puntos estratégicos o de paso obligado para el tráfico interregional y que el camino incaico se superpone a los espacios estriados del caravaneo tradicional, el panorama que surge es el de un sector del altiplano de Tarapacá marginal en términos productivos, pero puntualmente controlado por los incas y sus aliados.

Eje de circulación del sur

Caminos

Tal como lo señalara el informante de Mostny (1949), un camino incaico de rumbo norte-sur pasa por el lado occidental del cerro Pabellón del Inca (5112 msnm). Se trata de un segmento de unos 527 m de largo, cortado en ambos extremos por una curva de la carretera de la Compañía Minera Doña Inés de Collahuasi. Aparte de varios mojones colapsados, el segmento presenta dos plataformas de 8 m de lado

²¹ Éste no es el único caso de asociación entre pictografías incaicas y un camino inca que atraviesa un relieve importante, situado en localizaciones vecinas a topónimos con el sufijo “cagua”. En Chile central, cerca de las Casas o Hacienda de Chacabuco, reencontramos hace poco las pictografías de Morro del Diablo (Medina 1882), que, entre otros motivos, incluye un ajedrezado (Berenguer 2009: 106). Por las cercanías del sitio pasaba el camino inca (Rubén Stehberg, comunicación personal 2009), que unía la cuenca de Santiago con la de Aconcagua (¿Acon ccahua?) a través de la cuesta de Chacabuco. Sería interesante confirmar si esta asociación entre arte rupestre, camino y cuevas se sigue repitiendo en lugares vecinos a topónimos con ese sufijo (v.g. Rancagua en Chile central).

por 1 m de alto, dispuestas una a cada lado del camino. Fueron construidas como recintos de muros de piedra de mampostería rústica y rellenas con escombros hasta obtener una superficie plana (Figura 8).

La arteria detectada en el Pabellón del Inca proviene claramente del norte, pero ninguna evidencia confirma que lo haga desde la depresión del Huasco. Lo más factible es que provenga del salar de Empexa y que ingrese a Chile por el istmo fronterizo que separa a este salar del de Coposa. La continuación de este camino al sur del Pabellón tampoco es visible en terreno, ya que la cuenca de Ujina se halla en el presente completamente alterada por las faenas mineras actuales.²² La traza de este camino sólo reaparece por breve trecho en el carcanal de Ujina, perfectamente alineada con el segmento del Pabellón y dirigiéndose al sur por el faldeo oriental de la precordillera. Una *apacheta* sobre el lecho de la vía indica que, con posterioridad al Período Inca, el camino siguió siendo usado por el tráfico tradicional. Otro corto segmento de este mismo camino fue localizado varios kilómetros al sur, en el lecho de la quebrada Mal Paso (4223 msnm), punto que sirvió como *paskana* o *jarana* del tráfico caravanero (10 recintos pircados) y como *chaskiwasi* en tiempos incaicos (una estructura rectangular con muros de doble hilada de piedras y fragmentos cerámicos Inka Local). Al sur, fuera de la caja de la quebrada, la traza del camino reaparece por corto trecho a media ladera del cerro y no vuelve a aparecer hasta las nacientes del río Loa, en donde pasa por el medio del sitio Miño-2 (Berenguer *et al.* 2005), un pequeño centro administrativo que, junto con el sitio Miño-1, que está en el otro lado del río, parece haber controlado la circulación por el *Qhapaq Ñan* y dirigido las explotaciones mineras en esa localidad (Berenguer 2007).

Asentamientos

A unos 3 km al oeste de la proyección del camino que une el abra de Pabellón del Inca con Miño, se encuentra el Tambo de Collahuasi (Núñez 1993), un sitio de 182 recintos de piedras, conocido también como Collahuasi-37 (Lynch y Núñez 1994). Se encuentra a 4300 msnm, en una ecozona de puna salada, rica en vicuñas, avifauna y otras especies de caza, así como propicia para el pastoreo de camélidos, pero, al igual que la depresión del Huasco, de nula aptitud agrícola.

La mayor parte del espacio edificado se encuentra sobre una terraza de la banda derecha de la quebrada de Yabricoyita (Figura 9), en donde destacan dos grandes complejos arquitectónicos (B3, 29 estructuras y B5, 37 estructuras) y varios complejos menores (sector A, 10 estructuras; sector C, 11 estructuras y sector D, 18 estructuras). Aguas arriba, por la misma banda de la quebrada, están otros dos complejos menores (sector E, 19 estructuras y sector G, 3 estructuras), emplazados a los pies de un afloramiento rocoso que proveyó el material de construcción para gran parte del asentamiento. En la banda opuesta de la quebrada se encuentran los complejos F (34 estructuras), H (3 estructuras) e I (2 estructuras).

²² L. Núñez (1995: 5) dice haber confirmado la existencia del camino inca en la zona al identificar “su vía recta típica del camino de acceso Collahuasi”, pero no es claro en este informe si el autor se refiere al segmento identificado por nosotros en Pabellón del Inca o a otro ubicado en la propia cuenca de Ujina.

Dado que la zona parece haber carecido siempre de población local y, por otra parte, es rica en recursos de cobre y oro, Lynch y Núñez (1994; también Romero y Briones 1999) intuyen que fue un enclave minero-metalúrgico. Los autores consideran al sitio como el resultado esencialmente de un solo evento constructivo incaico y según L. Núñez (1995: 33-34) levemente “reocupado por mineros y pastores durante tiempos históricos como refugio temporal” y “modificado por pastores aymaras en tiempos relativamente recientes”. Nuestro análisis, en cambio, revela una arquitectura de carácter mixto, atribuible a grupos tarapaqueños, altiplánicos e incaicos, cuya edificación debió comprender varios episodios constructivos (Urbina 2009). Revela también un repertorio cerámico de superficie que sugiere ocupaciones desde el Período Intermedio Tardío hasta comienzos del Período Colonial (Uribe *et al.* 2009). En efecto, las recolecciones de superficie rindieron un total de 2.053 fragmentos, clasificables en 18 de clases cerámicas, incluyendo los componentes Pica-Tarapacá (14,57%), Altiplano (10,93%), Valles Occidentales (0,03 %, San Miguel principalmente), Loa-San Pedro, Incaico (38,06%, Inka Cuzco e Inka Local) e Histórico (1,38%).²³

Ocho sondeos de 1 x 1 m en los complejos B3, B5, B6 y D y seis dataciones radiocarbónicas, nos ayudaron a precisar dos episodio ocupacionales.²⁴ El primer episodio, detectado exclusivamente en B6 y fechado entre 1040 y 1240 d.C., establece que un sector del sitio empezó a ocuparse con baja intensidad a principios del Período Intermedio Tardío. Muy probablemente, esta es la fecha más temprana para una ocupación en todo el sitio, ya que en ningún complejo se encontraron cerámicas pre Intermedio Tardío. Un segundo episodio, detectado en varios recintos de B5 y datado entre 1290 y 1440 d.C. como fechas extremas, establece que este sector estuvo ocupado entre la segunda mitad de este período y los comienzos del Período Tardío o Inca, aunque no es evidente en la estratigrafía una “línea de corte” entre ambos períodos. Este episodio corresponde al clímax ocupacional del sitio, abarcando, además, a los complejos B3 y D. Hacia la primera mitad del siglo XV, aparentemente el sitio es abandonado o las ocupaciones se trasladan a estructuras aún no sondeadas por nuestro equipo.

Ninguno de los sondeos rindió más de tres capas, en su mayoría de escaso espesor. Se trata, por lo tanto, de ocupaciones “livianas”, con mayor desarrollo horizontal que vertical, situación que puede deberse a usos pasajeros y/o estacionales de las estructuras, o más probablemente, a prácticas de limpieza sistemática (Uribe *et al.* 2009).

²³ Las clases cerámicas que integran estos componentes pueden verse en Uribe *et al.* (2007: 157).

²⁴ Las dataciones radiocarbónicas son: 880 ± 40 AP (carbón, Beta-255166, Complejo B6 Estructura 3, 1040-1240 cal. d.C.), 490 ± 40 AP (carbón, Beta-255167, Complejo B5, Estructura 1, 1400-1450 cal. d.C.), 530 ± 40 AP (carbón, Beta-255168, complejo 5, Estructura 10, 1320-1440 d.C.), 570 ± 40 AP (carbón, Beta-255169, Complejo 5, Estructura 2, 1300-1430 cal. d.C.), 610 ± 40 AP (carbón, Beta-255170, Complejo B5, Estructura 2, 1290-1420 cal. d.C.) y 530 ± 40 AP (carbón, Beta-255171, Complejo B5, Estructura 10, 1320-1440 d.C.). Dataciones calibradas por el laboratorio con el programa INTCAL 04.

Comentarios

El eje vial que hemos presentado en esta sección vincula la cordillera Intersalar en Bolivia, con Atacama en Chile (II Región de Antofagasta). En efecto, los sitios Miño-1 y Miño-2, a los cuales arriba el segmento de camino que viene del Pabellón del Inca, son parte de una decena de instalaciones incaicas alineadas de norte a sur con el *Qhapaq Ñan* a lo largo de más de 125 km del valle del Alto Loa, entre las cabeceras de este río y la localidad atacameña de Lasana (véase Berenguer *et al.* 2005; también Berenguer 2009: 55-56). Este camino habría servido de vía de comunicación a larga distancia, pero también como ruta de transporte de los minerales extraídos en las minas de la precordillera del Loa (Berenguer 2007).

Es difícil, sin embargo, que Collahuasi-37 haya sido un tambo más de este camino, ya que a diferencia de los sitios del Alto Loa, se encuentra a relativa distancia de la arteria. Más seguro es que haya sido un sitio especializado en actividades relacionadas con la explotación de minerales en las vecindades. De hecho, las estructuras 7 y 8 del sector D presentan en superficie restos de mineral de cobre y escorias de fundición, prestando algún respaldo a la idea de Lynch y Núñez (1994) de que en Collahuasi-37 funcionó un campamento minero-metalúrgico. Lo que más llama la atención, sin embargo, son las grandes cantidades de fragmentos de aríbalos, ollas y platos, así como los restos de guanacos, vicuñas, chinchillas y vizcachas, especialmente en las estructuras 1, 2 y 10 del sector B5. Estos materiales indican intensas actividades de almacenamiento, procesamiento y consumo de alimentos efectuadas en contextos más públicos que domésticos. Considerando lo anterior, da la impresión de que, pese a lo irregular de su planta, este sector operó como una *kancha*, donde los cuartos perimetrales desempeñaron funciones de cocinas-bodegas y los patios centrales como lugares de celebración de festines estatales para retribuir con comida y bebida a los trabajadores que servían *mitas* mineras en la zona.

Aparte de la cerámica incaica (Cuzco Policromo, Inca Provincial, Inca Regional), cuya frecuencia es la segunda más alta en el área de estudio después del Tambo de Inkaguano, Collahuasi-37 contiene cerámicas de los componentes Pica-Tarapacá, Altiplano y Atacama. Este antecedente sugiere que los supuestos festines por prestaciones de trabajo al Estado eran dirigidos a una población multiétnica, conformada por grupos provenientes de las principales regiones adyacentes al área de estudio.

Finalmente, digamos que las dos plataformas de Pabellón del Inca marcan el ingreso del camino que viene de la cordillera Intersalar (y eventualmente de Carangas y Aullagas) a los ricos distritos mineros de Collahuasi y del Alto Loa, así como a la antigua Atacama. Estas plataformas son completamente comparables con las dos plataformas colaterales que presenta el camino de salida al norte de Huánuco Pampa (véase Pino 2005:158, Figura 3). Este autor las denomina Inkajaman (comunicación personal 2009) y las relaciona con uno de

los alineamientos astronómicos de la organización espacial de ese asentamiento. Además, están dentro de la familia de dispositivos camineros presentes en Sandía (Alto Loa, véase Berenguer 2009: 27) y Vaquillas (Despoblado de Atacama), que han sido interpretados como sistemas de demarcación de territorialidades (rituales, políticas, sociales) con importantes connotaciones calendáricas, astronómicas y simbólicas (Sanhueza 2005). De ahí que pensemos que los incas construyeron las citadas plataformas para identificar el nuevo ordenamiento territorial incaico con el orden permanente del cosmos, “naturalizando” así la apropiación del espacio que se abre al sur del Pabellón del Inca como una “ínsula minera incaica” (Berenguer 2007).

Discusión y conclusiones

Las interacciones entre las sociedades del altiplano boliviano y del desierto chileno han sido objeto de interés en casi todos los períodos del desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. El problema es que las investigaciones se han concentrado en demasía en las evidencias de contactos interregionales recuperadas en los centros de población del altiplano boliviano y el oeste de la precordillera chilena, en desmedro, por lo general, de los espacios intermedios. En tales aproximaciones estos territorios internodales no son más que “espacios vacíos”, irrelevantes desde el punto de vista de la interacción. En el presente artículo, en cambio, focalizamos la investigación de esta interacción justo en esos territorios (la meseta que se interpone entre ambas macro regiones), para analizar así estas articulaciones en “espacio real”. Lo hicimos a través del estudio de los ejes viales que surcan esa larga, estrecha y elevada franja internodal que es el altiplano de Tarapacá.

Específicamente, nos propusimos utilizar la cartografía vial del *Qhapaq Ñan*, el tipo de unión del camino con los asentamientos internodales, las modalidades de instalación de la arquitectura inca en el área de estudio y el material simbólico presente a lo largo de las arterias, para examinar los cambios espaciales producidos en el altiplano de Tarapacá en tiempos incaicos. El supuesto teórico detrás de este ejercicio fue que esos cambios posibilitan entrever no sólo la naturaleza de las interacciones entre el altiplano boliviano y el desierto chileno, sino también las diferentes estrategias de control usadas por el estado cuzqueño. Es verdad que los segmentos de camino encontrados son demasiado pocos y cortos en comparación con la enorme superficie que habría abarcado la vialidad estatal en el área de estudio. También es cierto que los sondeos, como técnica de muestreo de sitios, ofrecen en nuestro caso datos más bien preliminares. Es igualmente evidente que futuros análisis de procedencia de materias primas (líticas y de arcillas) pueden aportar información complementaria a nuestros análisis. Por todo esto es que las siguientes conclusiones deben tomarse más como hipótesis de trabajo que como hechos establecidos.

En los sectores Norte, Central y Sur del altiplano de Tarapacá nuestra investigación encontró evidencias de tres ejes de circulación estatal independientes.²⁵ Estas evidencias refutan la idea de un vacío vial, ponen en tela de juicio la existencia de un único camino longitudinal y tienden a confirmar la idea de caminos transversales entre nodos del altiplano boliviano y del desierto chileno.²⁶ En los primeros dos sectores la transversalidad de estos ejes es evidente y no requiere mayor fundamentación. En el caso del sector Sur, en cambio, pareciera un contrasentido definir este eje vial como una arteria transversal, en circunstancias que posee un claro rumbo norte-sur. Su “transversalidad”, sin embargo, se basa en nuestra presunción de que ese eje proviene del salar de Empexa y en último término del altiplano central de Bolivia. Hay que decir, no obstante, que más que transversales, la configuración global de la vialidad incaica en el altiplano de Tarapacá afecta la forma de diagonales que unen el altiplano de Bolivia con el desierto chileno.²⁷ Estos hallazgos modifican el mapa del *Qhapaq Ñan* usado por décadas en obras de síntesis generales y señalan que en la Región de Tarapacá, si bien la circulación estatal siguió las antiguas rutas de la complementariedad vertical (Llagostera 1976) o de la movilidad caravanera (Núñez y Dillehay 1979) entre tierras altas y bajas, parece haber privilegiado tan sólo a algunas de estas rutas. La implicación es que estos patrones de movilidad posibilitan discutir las evidencias viales en términos de cambios espaciales, interacciones interregionales y estrategias de dominación incaica.

La Diagonal del Norte conecta el altiplano de Carangas con la quebrada de Tarapacá a través de la cuenca de Cariquima, Sojalla-Guanca y Chusmisa. Su conexión con el Tambo de Inkaguano es del tipo “unión vinculada”, porque si bien el camino principal no pasa estrictamente por el sitio, un ramal sí parece conducir a él. Tomando en cuenta su localización, la función de este asentamiento parece haber sido más ceremonial que productiva y a juzgar por la falta de material cultural en muchas de sus estructuras, su ocupación fue mucho menos intensiva de lo que insinúan sus imponentes edificios. Edificado en el centro de una zona de jurisdicciones territoriales solapadas, pensamos que este pequeño asentamiento habría venido a neutralizar viejos conflictos entre gente de la altiplanicie y de la pampa del Tamarugal. La contraparte de tierras altas del Tambo de Inkaguano debe haber estado en algún importante centro administrativo del altiplano de Oruro en Bolivia, en cambio su contraparte de las tierras bajas estuvo con toda seguridad en el poblado de Tarapacá Viejo. El mecanismo de instalación ocupado por las autoridades en el lugar fue el de “sustitución”, ya que el tambo borró o

²⁵ Puede haber al menos otros dos ejes viales transversales, el de Cancosa al valle de Tarapacá vía Lirima y el de Ollagüe (o Collahuasi) a Tamentica por la quebrada de Guatacondo, pero estas posibilidades no fueron investigadas en nuestro proyecto.

²⁶ Se sobre entiende que esta última interpretación se encuentra limitada por ciertas interrogantes, ya que, hasta ahora, no es posible precisar los asentamientos altiplánicos específicos que participaron como polos de estas articulaciones.

²⁷ Así, por lo demás, ocurre también con el recientemente relevado camino inca entre Lípez y Atacama (Castro et al. 2004; Nielsen *et al.* 2006), que ingresa con rumbo noreste-suroeste a la Región de Antofagasta.

se superpuso a un asentamiento Pica-Tarapacá. De ahí que, si bien la reacción que se desprende de las partes en conflicto es de acatamiento frente a un orden político superior, queda la impresión final de que los grupos tarapaqueños se ven más afectados con la distensión que los del altiplano.

Lo que surge del análisis de esta diagonal, entonces, es un cambio en la zona desde un “espacio contendido” a otro “de mediación” estatal, en donde los conflictos interétnicos parecen ser neutralizados “desde” el Tambo de Inkaguano. Esta observación debería considerarse como un argumento adicional para apoyar la idea de que el tambo operó como un *taypi* o centro de organización territorial entre los principales nodos de la macro región (Berenguer 2009), donde la negociación parece haber sido la principal arma de dominación empleada por los incas y la creación de un paisaje sagrado, el instrumento ideológico para mantener el estado de cosas dentro de un clima de relaciones manejables.²⁸

La Diagonal del Centro, por su parte, vincula el istmo situado entre los salares de Coipasa y Uyuni o cordillera Intersalar con el oasis de Pica a través de puntos como Cancosa, Lirima, El Tojo, Huasco Grande y Tambillo. La conexión vial en esta depresión es del tipo “unión vinculada”, ya que el camino inca pasa por los sitios Collacagua-18, Collacagua-19 y Huasco-1, aunque sólo en puntos intermedios entre estos asentamientos la arteria puede verse en su forma original. El mecanismo de instalación empleado por los incas es el de “incrustación”, porque las unidades constructivas incaicas se insertan como implantes dentro de los asentamientos locales. Las relaciones entre los volátiles pastores-caravaneros locales y los agentes incaicos sugieren ser de aquiescencia, en la medida que el tráfico tradicional y la circulación incaica parecen coexistir en un clima de mutuo consentimiento. Se observa, no obstante, una indisimulada situación de control estatal, dada por la ubicación de los puestos incaicos en localizaciones de custodia de los puntos más estratégicos de la ruta (El Tojo y Huasco Grande), por la presencia de íconos incaicos en Tambillo en posiciones de resguardo del camino antes de arribar a Pica, por la instalación de *mitimaes* en Collacagua, y por la existencia de topónimos que eventualmente pueden provenir de esa época y que aluden a límites, guardianes y/o túnicas aymaras en esta última localidad.

Por lo tanto, emerge del análisis de esta diagonal un cambio en la zona desde un “espacio de libre circulación” a otro “de circulación vigilada”, en donde interactúan grupos carangas y picas “incaizados”, con grupos móviles de pastores-caravaneros internodales con poca o ninguna filiación a los nodos regionales. La estrategia de dominación es un “dejar hacer” controlado, con ausencia de

²⁸ Una vez producido el colapso del imperio, los conflictos en la zona habrían vuelto por sus fueros, como lo demuestra la repetida necesidad de fijar demarcaciones territoriales durante la colonia. En un sector cercano al Tambo de Inkaguano, a los pies del cerro Taypicoyo, el citado lindero formado por ocho mojones de piedras o sayhuas puede haber sido parte de la línea demarcatoria que en el siglo XVII los caciques carangas y tarapaqueños refrendaron ante las autoridades españolas, y que posiblemente habrían correspondido a amojonamientos efectuados o ratificados por los incas (Sanhueza 2008). Este tipo de conflictos, que en otro contexto Izko (1992) ha analizado en términos de lo que denomina una “doble frontera”, subsiste en la zona de Cariquima hasta la actualidad (Molina *et al.* 1997).

arquitectura emblemática incaica, pero con apoyo ideológico en las interfaces entre zonas productivas (bofedales del curso alto del río Collacagua y oasis de Pica) y los magros espacios del caravaneo tradicional.

Finalmente, la Diagonal del Sur conecta el istmo entre los salares de Coipasa y Uyuni (y eventualmente Carangas y Aullagas), en el atiplano boliviano, con Lasana en el desierto chileno. Lo hace a través del abra occidental del cerro Pabellón del Inca, la cuenca de Ujina, el carcanal de Ujina, el carcanal de Mal Paso, Miño y el valle del Alto Loa. La interface de esta diagonal con el sitio Collahuasi-37 es del tipo “unión asociativa”, puesto que el camino inca no pasa por este asentamiento, sino a unos 3 km de distancia. El mecanismo de instalación utilizado por los incas es el de “reciclaje”, porque hacen suyo un asentamiento que estaba funcionando con bastante anterioridad. Las dos plataformas que flanquean el camino en el Pabellón, en tanto, parecen ser parte de un discurso que identifica el orden perenne del cosmos con el ordenamiento territorial incaico. Esto para “naturalizar” la refundación de este paisaje minero como una “ínsula incaica” que se extendía hacia el sur por casi 140 km, desde el portal del Pabellón hasta el portal de Sandía, localizado casi al llegar a Lasana.

Así, el análisis de esta diagonal sugiere un cambio en la zona de Collahuasi desde un “enclave descentralizado” a otro “centralizado”. Sugerimos que en ambos momentos la situación de interacción es de carácter multiétnico, conformada por grupos altiplánicos, tarapaqueños y atacameños que trabajan en las minas locales, pero que durante el Tawantinsuyu los incas superponen un nivel jerárquico más alto, que dirige las faenas mineras bajo el sistema de la *mita*. Se aprecia en consecuencia una estrategia de dominación basada en la apropiación completa del territorio y el control de las comunidades que trabajan en él, como también en la elaboración de un discurso legitimador, que emplea una prominente vía natural de ingreso a la zona –como es el abra de Pabellón del Inca– para redefinir el paisaje local como un paisaje del imperio (Berenguer 2007).

En conclusión, es evidente que los incas ejercieron una dominación directa en el área y que a lo largo de las diagonales tarapaqueñas del *Qhapaq Ñan* controlaron los principales vínculos entre tierras altas y bajas, pero también es muy claro que lo hicieron mediante estrategias diferentes, específicas para cada situación. Donde había conflictos entre comunidades, actuaron como mediadores para distenderlos; donde existían pastores-caravaneros *free-lance*, coexistieron con ellos en un clima de consentimiento mutuo, pero controlando los puntos más estratégicos de la ruta; y donde había colectivos multiétnicos preincaicos explotando en forma descentralizada o intercomunal recursos valiosos, se apropiaron del enclave integrándolo al sistema estatal. Versatilidad y flexibilidad parece haber sido la regla en el imperio cuando se trataba de anexar, controlar y administrar valles, oasis, nichos o rutas de una macro región, por importantes o marginales que éstos fuesen.

Agradecimientos

Las investigaciones de campo reportadas en este artículo se realizaron entre 2005 y 2008 como parte del Proyecto FONDECYT N° 1050276, “El Inkañan en el altiplano tarapaqueño y la dominación inca en el Norte Grande de Chile”. Mauricio Uribe estuvo a cargo del análisis de la cerámica, César Méndez del material lítico, Rafael Labarca del material arqueofaunístico, Daniela Estévez del material arqueobotánico y Simón Urbina del estudio de la arquitectura. José Berenguer quisiera agradecer la paciencia de su querido amigo de rutas, Axel Nielsen, al aceptar la entrega de este manuscrito con tanto atraso. Confía en conversar los detalles con un mate amargo y una copita de ginebra en alguna travesía por la puna.

Referencias citadas

- Advis, P. (2008). *El desierto conmovido. Paso de la bueste de Almagro por el norte de Chile*. Iquique: Universidad Arturo Prat.
- Anónimo. [1586] 1951. *Vocabulario y Phrasis en la Lengua General de los Indios del Perú, llamada Quichua...*, Compuesto por Antonio Ricardo. Lima: Instituto de Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Berenguer, J. (2004). *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Sirawi Ediciones.
- Berenguer, J. (2007). El camino inka del Alto Loa y la creación del espacio provincial en Atacama. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez y P. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 413-443. Córdoba: Editorial Brujas.
- Berenguer, J. (2009). *Chile bajo el Imperio de los Inkas*. Catálogo de Exposición. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Berenguer, J. e I. Cáceres (2008). Los inkas en el altiplano sur de Tarapacá: El Tojo revisitado. *Chungara* 40 (2), 121-143.
- Berenguer, J., I. Cáceres, C. Sanhueza y P. Hernández (2005). El *Qhapaqñan* en el Alto Loa, norte de Chile: un estudio micro y macromorfológico. *Estudios Atacameños* 29, 7-39.
- Berenguer, J. y G. Pimentel (2010). Presentación. Simposio Arqueología de los espacios vacíos: Una aproximación internodal a las relaciones intersociales. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Valdivia 2006. Pp. 1305-1308. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Berenguer, J., M. Uribe, I. Cáceres y C. Sanhueza (2008). Tercer Informe de Avance Proyecto FONDECYT 1050276.
- Bertonio, P. L. [1612] 1984. *Vocabulario de la lengua Aymara*. Cochabamba: CERES, IFEA & MUSEF.
- Blake, E. (2002). Spatiality past and present. An interview with Edward Soja, Los Angeles.
- Castro, V. (1992). Nuevos registros de la presencia Inka en la Provincia de El Loa, Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* VI (21), 139-154.
- Castro, V., V. Varela, C. Aldunate y E. Araneda (2004). Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama: desde el Portezuelo del Inka hasta Río Grande. *Chungara* 36 (2), 463-481.
- Conklin, W. J. (2005). Tecnología Formativa de manufacturas entramadas en Ramaditas. El descubrimiento de un cesto. En M. Rivera (Ed.). *Arqueología del desierto de Atacama: La etapa Formativa en el Área de Ramaditas/Guatacondo*. Pp.173-194. Santiago de Chile: Editorial Universidad Bolivariana.
- D’Altroy, T. N. (2002). *The Incas*. Massachusetts y Oxford: Blackwell Publishers.

- Dean, C. (2006). Rethinking Apacheta. *Ñawpa Pacha* 28, 93-108.
- Durston, A. y J. Hidalgo (1997). La presencia andina en los valles de Arica, siglos XVI-XVIII: casos de regeneración colonial de estructuras archipielágicas. *Chungara* 29, 249-273.
- Gisbert, M. T. (1994). El señorío de los Carangas y los chullpares del río Lauca. *Revista Andina* 24 (2), 427-485.
- González, C. (2000). Comentarios arqueológicos sobre la problemática Inca en Chile central. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 29, 39-50.
- González Holguín, D. [1608] 1952. *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Quechua o del Inca*. Lima: Ediciones del Instituto de Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- González, L. y M. Tarragó (2005). Vientos del sur. El valle de Yocavil (Noroeste Argentino) bajo la dominación incaica. *Estudios Atacameños* 29, 67-95.
- Gregory, D. (1986). Realism. In R. J. Johnston, D. Gregory y D. M. Smith (Eds.). *Dictionary of Human Geography*. Pp. 387-390. Londres: Basil Blackwell.
- Horta, H. (2010). *El señorío Arica y los reinos altiplánicos: Complementariedad ecológica y multiethnicidad durante los siglos pre-Conquista en el norte de Chile (1000-1540 d.C.)*. (Tesis de Doctorado en Historia). Departamento de Historia Universidad de Chile, Santiago.
- Hostnig, R. (2006). Distribución, iconografía y funcionalidad de las pinturas rupestres de la Época Inka en el Departamento del Cuzco, Perú. *Boletín SLARB* 20, 46-76.
- Hyslop, J. (1984). *The Inka road system*. Orlando: Academic Press.
- Hyslop, J. (1990). *Inka settlement planning*. Austin: University of Texas Press.
- Hyslop, J. (1991). Observations about research on prehistoric roads in South America. In C. D. Trombold (Ed.). *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*. Pp. 28-33. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hyslop, J. (1993). Factors influencing the transmission and distribution of Inka cultural materials throughout Tawantinsuyu. In D. S. Rice (Ed.). *Latin American Horizons*. Pp. 337-356. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Izko, X. (1992). *La doble frontera. Ecología, política y ritual en el altiplano central*. La Paz: HISBOL/CERES.
- Latcham, R. E. (1938). *Arqueología de la Región Atacameña*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- Lecoq, P. (1991). Sel et archéologie en Bolivie: de quelques problèmes relatifs à l'occupation de la cordillère Intersalar /Sud-Ouest bolivien). (Thèse de Doctorat). L'Université de Paris.
- Le Paige, G. (1958). Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena. *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* 4-5, Valparaíso.
- Levillier, R. (1942). *Don Francisco de Toledo – Supremo Organizador del Perú*. Vols. I-III. Buenos Aires: Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino.
- Llagostera, A. (1976). Hipótesis sobre la expansión incaica en la vertiente occidental de los Andes meridionales. En L. Núñez (Ed.). *Homenaje al Dr. R. P. Gustavo Le Paige*. Pp. 203-218. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Lynch, T. F. (1995-1996). Inka Roads in the Atacama: Effects of Later use of Mountain Travellers. *Diálogo Andino* 14/15, 187-203.
- Lynch, T. y L. Núñez (1994). Nuevas evidencias inkas entre Kollahuasi y Río Frío (I y II Regiones de Chile). *Estudios Atacameños* 11, 145-164.
- Malpass, M. A. (1993). Variability in the Inca State: embracing a wider perspective. En M. A. Malpass (Ed.). *Provincial Inca. Archaeological and ethnohistorical assessment of the impact of the Inca State*. Pp. 234-244. Iowa City: University of Iowa Press.
- Martínez, G. (1976). El sistema de los uywiris en Isluga. En L. Núñez (Comp.). *Homenaje al*

- Dr. Gustavo Le Paige, S.J. Pp. 255-327. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Martínez, J. L. (1998). *Pueblos del chañar y el algarrobo: Los atacamas en el siglo XVI*. Santiago de Chile: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Medina, J. T. (1882). *Los aborígenes de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg.
- Michel, M. (2000). El Señorío Prehispánico de Carangas. (Tesis inédita). Diplomado Superior en Derecho de los Pueblos Indígenas, Universidad de la Cordillera, La Paz.
- Michel, M. (2008). *Patrones de Asentamiento Precolombino del Altiplano Boliviano. Lugares Centrales de la Región de Quillacas, Departamento de Oruro, Bolivia*. (Tesis Doctoral). Uppsala University, Universitetstryckeriet, Uppsala.
- Molina, R., M. Correa, R. Concha y M. Mans (1997). Estudio de los Conflictos Territoriales para la Conciliación entre Comunidades Aymaras Chulluncane y Villablanca: Marka Cariquima, Altiplano de la Provincia de Iquique. Informe preparado para la Subdirección Nacional Norte de Conadi por el Grupo de Investigación TEPU, Santiago-Iquique.
- Morris, C. [1987] 1998. Más allá de las fronteras de Chíncha. En T. D. Dillehay y P. J. Netherly (Eds.). *La frontera del Estado Inca*. Pp. 106-113. Quito: Fundación Alexander Von Humboldt / Editorial Abya-Yala.
- Morris, C. y D. E. Thompson (1985). *Huanuco Pampa. An Inca City and its Hinterland*. New York: Thames and Hudson.
- Mostny, G. (1949). Ciudades atacameñas. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* XXIV, 125-211.
- Nielsen, A. E. (1997). Inkas en Lípez: Primera aproximación. Trabajo presentado en el XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Plata.
- Nielsen, A. E. (2005). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes circumpuneños: Teoría, métodos y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en los Andes sur centrales*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Nielsen, A., J. Berenguer y C. Sanhueza (2006). El *Qhapaqñan* entre Atacama y Lípez. *Intersecciones en Antropología* 7, 217-234.
- Niemeyer, H. (1962). Tambo incaico en el valle de Collacagua (Prov. De Tarapacá). *Revista Universitaria* XLVII, 127-150.
- Niemeyer, H. y V. Schiappacasse [1987] 1998. Patrones de asentamiento incaicos en el Norte Grande de Chile. En T. D. Dillehay y P. J. Netherly (Eds.). *La frontera del Estado Inca*. Pp. 114-152. Quito: Fundación Alexander Von Humboldt / Editorial Abya-Yala.
- Núñez, L. (1965a). Prospección arqueológica en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1, 9-35.
- Núñez, L. (1965b). Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1, 37-106.
- Núñez, L. (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En L. Núñez (Ed.). *Homenaje al Dr. R. P. Gustavo Le Paige*. Pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez, L. (1984). Tráfico de complementariedad de recursos entre las tierras altas y el Pacífico en el Área Centro Sur Andina. (Tesis doctoral). Universidad de Tokio.
- Núñez, L. (1985). Petroglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.). *Estudios en Arte Rupestre*. Pp. 243-264. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Núñez, L. (1993). Informe arqueológico N° 1. EIA patrimonio cultural para Cía. Minera Doña Inés de Collahuasi.
- Núñez, L. (1995). Compañía Minera Doña Inés de Collahuasi, Estudio de Impacto Ambiental – Reconocimiento Área Mina. Geotecnia Consultores Ltda.
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1979). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes*

- Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Núñez, L., M. Grosjean e I. Cartajena (2005). The expansion of the Inka empire into the Atacama Desert. En M. Smith y P. Hesse (Eds.). *23°S: Archaeology and Environmental History of the Southern Deserts*. Pp. 324-332. Canberra: National Museum of Australia Press.
- Núñez, P. (1983). Aldeas tarapaqueñas, notas y comentarios. *Chungara* 10, 29-37.
- Pino, J. L. (2005). El *ushnu* y la organización espacial astronómica en la sierra central del *Chinchaysuyu*. *Estudios Atacameños* 29, 143-161.
- Platt, T. (1987). Entre *ch'axwa* y *muxsa*: para una historia del pensamiento político aymara. En T. Bouysse-Cassagne, O. Harris, T. Platt y V. Cereceda (Eds.). *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. Pp. 61-132. La Paz: Editorial Hisbol.
- Raffino, R. (1981). *Los Inkas del Kollasuyu*. La Plata: Ramos Americana Editora.
- Regal, A. (1936). *Los caminos del Inca en el antiguo Perú*. Lima: Sanmartí.
- Reinhard, J. y J. Sanhueza (1982). Expedición arqueológica al altiplano de Tarapacá y sus cumbres. *Revista Codeci* 2 (2), 19-42.
- Risopatrón, L. (1910). *La línea de frontera con la República de Bolivia*. Santiago de Chile: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- Risopatrón, L. (1924). *Diccionario Geográfico de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- Romero, A. y L. Briones (1999). Estado y planificación inca en Collahuasi (Provincia de Iquique, I Región, Chile). *Estudios Atacameños* 18, 141-14.
- Sánchez, R., D. Pavlovic, P. González y A. Troncoso (2004). Curso superior del río Aconcagua. Un área de interdigitación cultural Períodos Intermedio Tardío y Tardío. *Chungara Volumen Especial*, 753-766.
- Sanhueza, C. (2004a). Medir, amojonar, repartir: Territorialidades y prácticas demarcatorias en el camino incaico de Atacama (II Región, Chile). *Chungara* 36 (2), 481-492.
- Sanhueza, C. (2004b). La organización del espacio como estrategia de poder. El *Tawantinsuyu* en la región del Despoblado de Atacama. (Tesis de Magíster en Historia). Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Sanhueza, C. (2005). Espacio y tiempo en los límites del mundo. Los incas en el Despoblado de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10(2), 51-77.
- Sanhueza, C. (2008). Territorios, prácticas rituales y demarcación del espacio en Tarapacá en el siglo XVI. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2), 57-75.
- Santoro, C. M.; V. Williams, D. Valenzuela, A. Romero y V. Standen (2010) An archaeological perspective on the Inka Provincial administration from the Southern Central Andes. En M. A. Malpass y S. Alconini (Eds.). *Distant Provinces in the Inka Empire: Toward a Deeper Understanding of Inka Imperialism*. Pp. 44-74. Iowa City: University of Iowa Press.
- Soja, E. W. (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso.
- Strube E. (1963). Vialidad imperial de los Incas. *Serie Histórica* 33. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Trombold, C. D. (1991). An introduction to the study of ancient New World road networks. En D. Trombold (Ed.). *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Pp. 1-9. Cambridge: Cambridge University Press.
- Upham, S. (1992). Interaction and isolation: The empty spaces in panregional political and economic systems. En E. M. Schortman y P. A. Urban (Eds.). *Resources, Power, and Interregional Interaction*. Pp. 139-152. New York: Plenum Press.
- Urbina, S. (2009). *El altiplano de Tarapacá en tiempos del Tawantinsuyu. Arquitectura de las instalaciones incaicas (s. XV-XVI d.C.)*. (Tesis de Arqueología). Departamento de Antropología,

- Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Urbina, S. y L. Adán (2006). Construcciones de uso público y su distribución en las quebradas tarapaqueñas durante el Período Intermedio Tardío (900-1.450 años DC). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39, 19-34.
- Uribe, M. (1999-2000). La arqueología del Inka en Chile. *Revista Chilena de Arqueología* 15, 63-97.
- Uribe, M. (2008). Aproximaciones a la cerámica y el Inkañan del Altiplano de Tarapacá: Análisis del sitio Inkaguano-2 (CR-1). Informe Técnico Proyecto FONDECYT 1050276.
- Uribe, M., L. Sanhueza y F. Bahamondes (2007). La cerámica prehispánica tardía de Tarapacá, sus valles interiores y costa desértica, norte de Chile (ca. 900-1450 d.C.): una propuesta tipológica y cronológica. *Chungara* 39(2), 143-170.
- Uribe, M. y S. Urbina (2007). Aproximaciones a la cerámica y el Inkañan del Altiplano de Tarapacá: Excavaciones en el valle de Collacagua (CO-18 y CO-19) y el salar del Huasco (HU-01, HU-02 y HU-04). Informe Técnico Proyecto FONDECYT 1050276.
- Uribe, M.; S. Urbina y E. Vidal (2009). Aproximaciones a la cerámica y el Inkañan del Altiplano de Tarapacá: Análisis del sitio Collahuasi-37. Informe Técnico Proyecto FONDECYT 1050276.
- Vitry, C. (2002). Apachetas y Mojones. Marcadores espaciales del Paisaje Prehispánico. *Revista Escuela de Historia* 1(1), 179-191.
- Von Hagen, V. W. (1955). *Highway of the Sun*. New York: Duell, Sloan & Pearce.
- Williams, V., C. Santoro, A. Romero, J. Gordillo, D. Valenzuela y V. Standen (2009). Dominación Inca en los Valles Occidentales (Sur del Perú y Norte de Chile) y el Noroeste Argentino. *Andes* 7, 615-654.
- Zlatar, V. (1984). *Cementerio prehispánico Pica-8*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta.

LOS PASTORES FRENTE A LA MINERÍA COLONIAL TEMPRANA: LÍPEZ EN EL SIGLO XVII

Raquel Gil Montero¹

En tierras muy ásperas y secas y estériles, en sierras muy altas, en peñas muy agras, en temples muy desabridos, allí es donde se ballan minas de plata y azogue, y lavaderos de oro y toda cuanta riqueza ha venido a España; después que se descubrieron las Indias Occidentales ha sido sacada de semejantes lugares ásperos, trabajosos, desabridos, estériles; mas el gusto del dinero los hace suaves y abundantes y muy poblados (Acosta, 2006:161).

Los Andes Meridionales se caracterizan por su aridez, falta de urbanización, población dispersa y bajas densidades demográficas (Nielsen 2009). Inscrito dentro de estas características generales, el sureste de Lípez es una región particularmente hostil, que desde épocas prehispánicas se distinguió por tener una población de pastores especializados que tenía una alta movilidad y vivía dispersa, sin conformar poblados. A comienzos del siglo XVII los españoles descubrieron, en el corazón de este territorio, una serie de ricas vetas de plata que dieron lugar a un importante centro minero conocido como San Antonio del Nuevo Mundo, que alterará completamente la distribución y la movilidad de la población durante casi un siglo.

Solamente una actividad como la minería podía permitir que allí se concentrara una gran cantidad de población, tal como lo señala Acosta en el epígrafe. Esta población, conformada principal aunque no únicamente por migrantes, requería del abastecimiento de todo lo que se consumía a excepción del agua, y de todos los insumos necesarios para la actividad minera. San Antonio del Nuevo Mundo es, entonces, un mirador privilegiado para analizar el impacto que tuvo la actividad minera en un territorio que históricamente había sido transitado y habitado por pequeñas poblaciones móviles de pastores y caravaneros, pero que a partir de su desarrollo atrajo una importante cantidad de trabajadores de muy diversos orígenes. Esta población se instaló conformando un gran asiento, llevando consigo sus familias y animales.

¹ Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET-UNT), Argentina. raquelgilmontero@gmail.com

Entre todos los aspectos en los que influyó el surgimiento de San Antonio del Nuevo Mundo, este trabajo se centra en los trabajadores indígenas. En particular nos interesa responder a dos preguntas: ¿quiénes llegaron a este centro? y ¿porqué fueron a trabajar allí? Para ello hemos analizado dos visitas de fines del siglo XVII que solamente incluyen a una parte de la población indígena –probablemente la mayoría–, que es la que debía estar sujeta al tributo. Como hipótesis de trabajo planteamos que, aunque la minería creó una nueva territorialidad, ésta no se desarrolló en un espacio vacío, sino que se articuló en cierto grado con la que habían desarrollado las poblaciones regionales en siglos anteriores.

La primera pregunta planteada se inscribe en una larga discusión de la historia colonial de los Andes, que sintetizaremos brevemente. Una de las visitas que analizamos en este artículo es la del Virrey Duque de La Palata, que se realizó en 1683, entre otras cosas, para averiguar a dónde habían huido –según la opinión del virrey– gran parte de los tributarios de las 16 provincias que debían mitar a Potosí. La comparación de esta visita con otra anterior, la de Toledo de los años 1570, permitió a Sánchez de Albornoz (1978) dar cuenta de la existencia de un grupo de tributarios que fueron llamados “forasteros”, que estaban viviendo fuera de sus comunidades de origen. A partir de este trabajo, se plantearon dos hipótesis importantes para la historiografía colonial andina: la primera sostenía que los migrantes habían huido por decisión individual para evitar las cargas coloniales, mientras la segunda postulaba que lo habían hecho siguiendo patrones prehispánicos y sin perder los lazos con sus comunidades de origen (Assadourian 1983; Saignes 1987).

Estas propuestas guiaron la mayoría de las investigaciones posteriores. La premisa de la huída de las obligaciones coloniales, es decir la premisa sugerida por La Palata, se mantuvo presente en las investigaciones como la causa principal de las migraciones de los siglos XVI y XVII. Lízpez era una de las provincias exentas de mita a las que el virrey señalaba como posible lugar de residencia de muchos de los migrantes. En el marco de esta discusión nos interesa analizar, entonces, qué papel jugó el sureste de Lízpez en este significativo movimiento de población, en particular si los que llegaron allí provenían, efectivamente, de las provincias mitayas, o si había otra población que estaba llegando a trabajar a San Antonio. Como este territorio no estaba vacío, queremos saber, además, cómo influyeron estas minas en la distribución de la población que estaba viviendo por entonces en el lugar.

Las causas de las huidas esgrimidas por el virrey nos llevaron a la segunda pregunta: Los migrantes, ¿venían realmente huyendo de las obligaciones coloniales o llegaron atraídos por las posibilidades que les brindaba la minería, siguiendo otras lógicas? La encomienda y la mita minera han sido consideradas las formas de trabajo forzado por excelencia en esta actividad. Sin embargo, para Bakewell “no se trataba simplemente de encomenderos avaros que enviaban a desgraciados nativos a las minas distantes [...] Se trataba, más bien, de las circunstancias generales de

los indígenas las que eran coercitivas” (Bakewell 1984: 45, nuestra traducción). Compartimos esta propuesta, que forma parte de nuestra hipótesis de partida, reformulada para el caso de Lípez de la siguiente manera: los indígenas que fueron incluidos en las visitas de 1683 y 1689 llegaron a trabajar a Lípez movidos por diferentes circunstancias, en algunos casos forzados, en otros movidos por su propio interés, sin descartar posibilidades intermedias. Pero todos ellos lo hicieron en un contexto general coercitivo que era el colonial. Proponemos que gran parte de la mano de obra tributaria acudía a las minas para poder dar cuenta de las obligaciones coloniales; es decir, probablemente no se hubieran comprometido en la minería con la misma intensidad de no existir dichas obligaciones ni la obsesión hispana por los metales. En estos centros encontraban los recursos necesarios para pagar los tributos –que muy tempranamente habían sido tasados en plata– al tiempo que encontraban recursos para enterar la mita potosina en plata, en lugar de asistir en persona. Aunque las fuentes no permiten una distinción sutil de los grados de coerción, pensamos que también había algunos pastores y arrieros que se acercaban a los centros mineros sin estar realmente obligados (simplemente porque era muy difícil concretar dicha obligación), sino como una alternativa aprovechable en forma circunstancial y articulada con otras formas de subsistencia.

El trabajo se divide en seis apartados: en el primero analizamos el desarrollo de la minería colonial temprana en Lípez, con una breve introducción referida a lo que hemos denominado la territorialidad previa a la instalación de los centros mineros. Posteriormente describimos el contenido de cada una de las visitas. Analizamos ambas en una discusión dividida en dos partes, una dedicada a la primera pregunta (¿quiénes llegaron?) y otra a la segunda (¿por qué lo hicieron?). Terminamos el artículo con una breve conclusión.

Lípez: su población y actividad minera

Hacia fines del siglo XVI Lozano Machuca menciona que en Lípez había dos grandes grupos de población distinguibles entre sí, *aymaras* y *urus*, que fueron identificados por distintos investigadores con dos formas diferentes de economía y asentamiento (Lozano Machuca [1581] 1992: 31). Los primeros residían en pueblos de diferentes tamaños y tenían una economía relativamente diversificada, basada en agricultura (mayoritariamente quinua), minería (principalmente de cobre), metalurgia, lapidaria y pastoreo (Martínez 1995; Nielsen 1998; Nielsen *et al.* 2005). Esta era la población más numerosa y fue objeto de la visita de reducción de 1602/1603.² Su territorio fue llamado por los españoles San Cristóbal y se encuentra al sur del Salar de Uyuni.³ Los del segundo grupo vivían más dispersos, eran pastores especializados, casi invisibles para las fuentes

² Archivo General de la Nación, Argentina, en adelante AGN, 13-18-6-5.

³ En el análisis de la visita haremos referencia también a dos poblados que están al norte del salar de Uyuni, Llica y Tagua, que pertenecían a la provincia de Lípez, pero dentro de ella al anejo de las Salinas de Garci Mendoza.

tempranas, y se presentaron voluntariamente a la reducción en 1602 porque no se los había tenido en cuenta. Estos pastores eran los habitantes de una parte importante del sureste de Lipez, donde se encuentra San Antonio del Nuevo Mundo. De ellos se sugiere hacia 1584 que eran grupos que tenían gran poder de negociación, que aparecían y desaparecían en su inmenso territorio y a los que no era fácil acceder.⁴ Hacia el sur, esto es, hacia la actual frontera internacional entre Bolivia y Argentina, hay una región que los españoles incluyeron en la jurisdicción de Lipez: la cuenca del río San Juan de Oro o Grande de San Juan, río que se menciona en las visitas como la “raya” con el Tucumán. Esta región fue llamada por los españoles Santa Isabel o San Antonio de Esmoruco. A diferencia del sureste de Lipez, la cuenca había sido aprovechada históricamente por chichas y ocasionalmente por atacamas (Nielsen 1997; Martínez 1992).⁵

La fama de Lipez como un territorio rico en minas se puede rastrear en testimonios de fines del siglo XVI, en particular en la “Carta del Factor de Potosí Juan Lozano de Machuca” (1581) y en la “Relación General de la Villa Imperial de Potosí” de Luis Capoche (1585). Aunque ninguno de ellos menciona las minas que son objeto de este artículo, nos interesa destacar que Capoche hace referencia a actividades mineras anteriores a la llegada de los españoles, en particular minas explotadas por los Inkas, y al conocimiento de los indígenas locales de algunas técnicas como el uso de las huayras (Capoche 1959:129). Este autor señala, además, que en la colonia temprana los indígenas estaban explotando minas a escondidas con el fin de poder pagar sus tributos, y que estaban yendo a Potosí también, algunos de ellos para trabajar en las minas y otros para comerciar sus productos:

“Comúnmente asisten en esta villa de asiento, setenta u ochenta indios con un capitán y de su voluntad se alquilan y mingan para pagar sus tasas, que cobran los oficiales reales. Tienen su asiento en la parroquia de Santiago, sin ser sujetos a las capitánías y sin estos hay otros muchos indios que vienen a vender un género de ropa que allá hacen y harina de quinua y colores y plumería de muchos avestruces que se crían en su tierra” (Capoche 1959:129).

La visita de reducción realizada en el Corregimiento de los Lipez en 1602 menciona también que la población de la jurisdicción está yendo a Potosí o está ausente en otros parajes de la región.⁶

⁴ Esto lo sostiene Damián de la Bandera, corregidor de Paria (Martínez 1995: 289).

⁵ Las fuentes tempranas sugieren que la cuenca del Río San Juan era efectivamente chicha. Con relación a dónde se encuentra el límite entre las provincias de Lipez y de Chichas, en una disputa muy interesante entre las autoridades de ambos corregimientos por la jurisdicción a la que pertenecía una mina descubierta en el cerro de Esmoraca, los testigos presentados por el corregidor de Chichas sostienen “que los mojones de esta provincia llegan mucho más allá de dicho cerro y que el asiento de Santa Isabel era de esta dicha provincia y que por haber registrado aquel mineral el que lo descubrió ante el corregidor de los Lipez y haber tomado posesión de el dicho corregidor antes que la justicia de esta provincia fue de hacerlo se ha quedado en la dicha provincia de los Lipez”. ABNB, Minas 52, 335 del año de 1663.

⁶ AGN, 13-18-6-5.

Aunque las referencias a la riqueza minera son constantes y muy numerosas sus minas, el centro más importante de López fue sin dudas San Antonio del Nuevo Mundo. Todavía no se sabe concretamente cuándo lo descubrieron y comenzaron a explotar los españoles, aunque se piensa que fue en torno a la década de 1640 (Bakewell 1984, 1988; Bolton 2000). Con anterioridad se habían descubierto otras minas que nos interesan en este texto, situadas en la frontera con Chichas: Santa Isabel y San Antonio de Esmoruco.⁷ La importancia de este último centro y su existencia anterior está indicada, entre otras cosas, por el hecho de haber sido el lugar de residencia del corregidor hasta que, posteriormente, se traslada a San Antonio del Nuevo Mundo.⁸ Sabemos que en Santa Isabel había –además de las minas– hornos, y en la región se mencionan algunos ingenios que ya estaban trabajando en los años 1630. Desde 1647 Bakewell encuentra menciones relativas a San Antonio del Nuevo Mundo en el archivo y en 1648 el volumen de harina que se solicita a Potosí le hace suponer que ya vivía allí una importante población (Bakewell 1988: 89). Este autor considera –a partir de evidencias indirectas– que el pico de producción debió estar en torno a 1655, y que desde 1660 las inundaciones comenzaron a afectar la producción. A comienzos de la década de 1670, Antonio López de Quiroga, un importante azoguero potosino conocido por sus numerosas innovaciones técnicas en la actividad, construye un socavón para desagotar al menos las vetas principales del asiento, lo que dio lugar a otro pico de producción que le permitió ser, siempre según Bakewell, el principal centro productor fuera de Potosí en las décadas de 1680 y 1690.⁹ Es en este contexto que se realizaron las visitas que vamos a analizar.

San Antonio del Nuevo Mundo se encuentra entre los 4500 y los 4700 metros sobre el nivel del mar. Su producción dio lugar a la formación de un importante centro residencial en torno a las vetas principales, dividido en tres sectores bien diferenciados: el pueblo propiamente dicho, donde residían las autoridades y estaban ubicados algunos de los ingenios de moler y beneficiar el mineral; el llamado “Guaico Seco”, separado del primero por una elevación que albergaba las vetas principales de la época, donde vivía una gran variedad de habitantes, muchos de los cuales estaban dedicados a actividades “ilegales” al entender de las autoridades hispanas; y la ribera, donde había también ingenios y viviendas de los trabajadores. Los documentos permiten entender que, junto a las bocas de las minas, vivían también algunos indígenas en viviendas más precarias que las del pueblo –llamadas *guasís*–, así como había otros dispersos en la región. Aunque no se describen con detalle, los *guasís* parecen construcciones de rápida confección que podían ser desarmadas o destruidas rápidamente.

En los apartados siguientes describimos en forma detallada el contenido de las visitas de 1683 (que llamamos de La Palata) y la de 1689. Posteriormente las

⁷ Las primeras referencias del archivo relacionadas a estos asientos es de la década de 1620 (Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, en adelante ABNB, Minas 55).

⁸ ABNB, Minas 55/1 años de 1624/1627.

⁹ El socavón se construyó entre octubre de 1672 y enero de 1678.

analizamos en la discusión en forma conjunta con otras evidencias que hemos ido recogiendo sobre la región.

La visita del Duque de La Palata

Las visitas generales han sido fuentes privilegiadas para el estudio de las poblaciones indígenas en los Andes. En este caso particular, nos interesa la realizada en 1683 por Melchor de Navarra y Rocaful, Duque de La Palata. Vale la pena detenerse brevemente en las circunstancias en que fue realizada. En el siglo que transcurrió entre la visita organizada por el Virrey Francisco de Toledo (década de 1570), punto de partida de la organización de la mita potosina entre otras muchas cosas, y el gobierno de La Palata, uno de los principales temas de preocupación de las autoridades coloniales había sido el despoblamiento que se observaba principalmente en las tierras altas de los Andes. En sus memorias, La Palata sostiene que dicho despoblamiento no se debía tanto a las condiciones de trabajo en las minas –uno de los argumentos que se esgrimían en contra de la mita minera– sino a la huida de los indios de sus obligaciones, huida que se veía favorecida por la facilidad que tenían de marcharse a las provincias vecinas que no estaban incorporadas a la mita (La Palata 1859). Con el fin de dar cuenta de este proceso, La Palata decidió realizar una visita general que abarcara no solamente las provincias mitayas (que originalmente habían sido 16), sino también las vecinas, a donde se suponía que habían huido los mitayos y donde “se han situado con nombre de forasteros” (La Palata 1895: 241). La Palata presupuso que los tributarios huidos se refugiaban entre los “infeles”, o se habían incorporado a las haciendas de españoles amparados por éstos, que siempre estaban ávidos de mano de obra. Lépiz era una de las provincias exentas, objeto de interés de esta visita. En el documento se observa con claridad que los visitantes buscan a los forasteros en los centros productivos españoles, que en este caso particular era el complejo minero de San Antonio del Nuevo Mundo.

Un primer análisis de la visita de La Palata en Lépiz, sobre todo si se la compara con otras fuentes cercanas que permiten una mejor crítica del documento, muestra que da mejor cuenta de los tributarios que residían o trabajaban en San Antonio, que de los tributarios del corregimiento en general. El encargado de realizar la visita fue el maestro de campo Don Cristóbal de Quiroga y Osorio, quien había sido anteriormente corregidor de Lépiz y conocía bien el territorio.¹⁰ Quiroga organizó la visita en diferentes padrones, fechados en el asiento minero y en los pueblos de San Cristóbal, es decir, Colcha, Chuquilla, Cheucha, Chuica y Quemés, a los que se agregó Llica (Figura 1). La visita comienza con “los indios originarios de dichos trapiches, ingenios y minas de este asiento” el primero de octubre de 1683 y finaliza en el mismo asiento el 20 de diciembre.¹¹ Si seguimos las fechas de empadronamiento de los diferentes grupos de indígenas, así como

¹⁰ ABNB, EC 1678/17

¹¹ AGN, 13-18-6-5.

los lugares donde se dice que se realizó cada padrón, encontramos la primera incoherencia de este documento, ya que en teoría el mismo visitador fue recorriendo lugares dentro de un territorio que es imposible de transitar en el tiempo indicado en los encabezados (Tabla 1). Esta incoherencia podría deberse a diferentes razones: o bien Quiroga no realizó personalmente el empadronamiento (excepto probablemente en San Antonio) sino que transcribió padrones realizados en cada lugar por una o varias personas, o bien empadronó a los residentes en San Antonio y se informó a través de las autoridades allí presentes sobre la población que vivía en los demás poblados. Teniendo en cuenta las fechas de los padrones y su contenido, parece que hubiera habido dos autores (o dos momentos) en la visita: uno que confeccionó el “cuaderno de los indios originarios” de los cinco pueblos de San Cristóbal y el de Llica, y otro que empadronó a los forasteros y a los originarios del asiento, en San Antonio.

Tabla 1. Visita de La Palata en San Antonio del Nuevo Mundo (SANM), según fecha y lugar de empadronamiento.

Fecha	Lugar	Población censada
1 octubre	SANM	Originarios SANM
2 octubre	Colcha	Originarios Colcha
4 octubre	Chuquilla	Originarios Chuquilla
13 octubre	Cheucha	Originarios Cheucha
14 octubre	SANM	Forasteros Paria
14 octubre	SANM	Yanaconas Oruro y Potosí
16 octubre	Chuica	Originarios Chuica
22 octubre	Quemes	Originarios Quemes
22 octubre	SANM	Forasteros Tarija
12 noviembre	SANM	Forasteros Potosí
15 noviembre	SANM	Forasteros Atacama
15 noviembre	SANM	Forasteros Canas y Canchis
16 noviembre	SANM	Forasteros de Copacabana
26 noviembre	Llica	Originarios de Llica
29 noviembre	SANM	Forasteros de Arica
6 diciembre	SANM	Forasteros de Azangaro
8 diciembre	SANM	Forasteros de Lampa
12 diciembre	SANM	Forasteros de Chucuito
12 diciembre	SANM	Forasteros de Pacajes
17 diciembre	SANM	Forasteros de Carangas
18 diciembre	SANM	Forasteros de Cochabamba
18 diciembre	SANM	Forasteros de Chayanta
20 diciembre	SANM	Forasteros de Puno

Fuente: Visita de 1683, AGN 13-18-6-5



Figura 1: Pueblos y asentamientos mineros de Lipez a fines del siglo XVII.

De los datos proporcionados acerca de los originarios, llama la atención la poca población empadronada si se la compara con las cifras estimadas para la región hacia fines del siglo XVI, que daban cuenta de unos tres mil *aymaras*. Por otra parte, no es fácil discernir a partir de los padrones, qué parte de la población de San Cristóbal residía en sus pueblos y qué parte en San Antonio, ya que no se distingue el lugar de origen del lugar de residencia, excepto en muy pocos casos. Aunque no resulta claro en rigor qué parte de la población están censando (¿la de los pueblos o la del asiento?), nos inclinamos a pensar que Quiroga solamente estuvo en San Antonio del Nuevo Mundo —como explicaremos más adelante— y fue allí donde recogió toda o gran parte de la información por testimonio de sus autoridades.

La visita organiza a los empadronados en tres categorías que son, textualmente, originarios, forasteros y yanaconas. Quiroga identifica al menos dos conjuntos dentro de los originarios: los del asiento, que no tienen ni autoridad reconocida ni *ayllu* de pertenencia y son 72, y los originarios de los diferentes pueblos ubicados en torno al salar de Uyuni. Esta población se encuentra empadronada en un “Cuaderno de indios originarios de los cinco pueblos de Lipez”, Colcha, Chuquilla, Cheucha, Chuica y Quemes con el anejo de Cabanilla, a los que se agregan Llica y Tagua. Estos últimos poblados no corresponden a San Cristóbal, sino al anejo San Pedro de las Salinas de Garci Mendoza (provincia de Lipez) y siempre se los presenta en forma separada de los demás. En todos los pueblos se menciona un sólo *ayllu* llamado siempre igual, el de “Collana” (el mismo *ayllu* en cada pueblo excepto en Colcha donde no mencionan ninguno), y se dice que responden a autoridades étnicas: gobernador, curacas principales y segundas

personas. Toda esta población paga tributo; Chuquilla y Quemes tienen además como obligación anexa dar dos *indios pongos* para el servicio del corregidor y del cura. Pagan también sínodo al cura. De los habitantes de Colcha se dice que la mayoría está en el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, mientras que de los de Chuquilla se informa que diecinueve están en Tagua. Sólo se mencionan dos tributarios que se encuentran en Esmoruco.

Los padrones de forasteros agrupan a la población por provincia de origen y fueron elaborados en San Antonio. Todos ellos fueron fechados en el asiento y no hay mención de otros lugares de residencia de los tributarios. La gran mayoría de los indígenas dice pagar sus tributos e identifica a sus autoridades, pueblos y *ayllus* de origen; sólo los que no pagan tributo, no reconocen tampoco autoridad ni origen. Se identifica también a los indios de mita de Potosí, que reconocen enterar “en plata o persona”. Casi todos dicen haber salido de sus pueblos de origen por las penurias que estaban pasando, y haber llegado a San Antonio por las oportunidades que allí encontraron. A modo de ejemplo transcribimos los testimonios más detallados que son los de Carangas y de Paria:

“[Carangas] y habiéndoles preguntado por qué causa se habían ausentado de sus pueblos y venido a esta provincia respondieron que se habían venido por no tener en sus pueblos tierras donde sembrar comidas para su mantenimientos ni pastos para los ganados que tienen de las tierras y que por esta razón se ausentaron pero que pagan las tasas y tributos a su gobernadores sin faltar nada y toda esta provincia es de la mita de la villa de Potosí y dijeron no tener conveniencia ninguna en sus pueblos y que en este asiento se ocupan en bajar metales a los ingenios, traen sal para el beneficio de ellos y leña para quemarlos dichos metales y esto respondieron [...]”

“[Paria] y pregunté que por qué causa se habían retirado de sus provincias a este pueblo y que tiempo ha que asisten en el respondieron que por ser tierra muy estéril la suya y no tener tierra para sembrar comidas con que sustentarse ni pastos para sus ganado que esa es la causa de haberse retirado a este asiento a trabajar en las minas e ingenios de esta rivera y otros en bajar metales, llevar sal y para beneficio de dichos metales y que ha tiempo de veinte años asisten algunos en dicha provincia y otros de ocho años a esta parte que pagan las tasas a sus curacas y que son todos de la mita de Potosí donde enteran en plata o en persona y para que conste [...]”¹²

Finalmente hay dos grupos de yanaconas del rey procedentes de Potosí y de Oruro que, como los forasteros, en su mayoría no pagan tasa.¹³ De estos

¹² AGN, 13-18-6-5. Hemos modernizado la ortografía y los principales signos de puntuación de las citas documentales para facilitar la lectura.

¹³ Recordemos que desde tiempos de Toledo todos los yanaconas se inscribían en padrones o registros y su estatus era hereditario. Los que estaban exentos de tributo eran los yanaconas de españoles (en rigor eran sus “amos” quienes debían pagarlo), que con el tiempo fueron disminuyendo en importancia numérica (Wightman 1990: 18).

empadronados no hay mucha información como para saber por qué se los considera yanaconas, aunque su origen urbano y minero hace pensar en grupos que estuvieron durante varias generaciones viviendo en dichas ciudades, perdiendo sus lazos con las comunidades de origen, o en individuos que tuvieron un origen yanacona temprano.¹⁴

Como primera síntesis podemos decir que, contrariamente a lo que sostenía La Palata, la gran mayoría de los hombres en edad de tributar estaban pagando sus tributos y aquellos procedentes de provincias mitayas enteraban la mita en persona o en plata. Las razones de su traslado a San Antonio se relacionan con la posibilidad que este asiento les ofrecía para poder cumplir con las obligaciones: en una forma que llama la atención por su homogeneidad, casi todos los forasteros sostienen que habían llegado a San Antonio motivados por la esterilidad de sus provincias, para poder “pasar la vida” cómodamente en mantenimientos y en vestidos. Se distinguen dos testimonios diferentes: los de los yanaconas, quienes no mencionan la presunta esterilidad de sus lugares de origen, sino que dicen haber llegado por las posibilidades de trabajo que encontraban, y los de Arica, que llegaron con sus trajines de vino y hallaron allí conveniencia y utilidades. Retomando nuestra pregunta inicial, al menos los forasteros y yanaconas que encontramos están allí por las posibilidades que les ofrece el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, pero también para poder cumplir con sus obligaciones que, como hemos visto —siempre según sus declaraciones—, muy pocos eludían.

Lípez según el padrón de 1689

Pocos años después de la visita general de La Palata se realizó en Lípez un padrón de retasas que tenía como referencia al anterior, incluso se les preguntaba a los tributarios si habían sido empadronados o no por Quiroga y Osorio. Los motivos de esta visita, sin embargo, son diferentes:

“[se hará] averiguación de las tierras que poseen los indios por sus ayllus y parcialidades y si son fructíferas o no con la calidad de las semillas que siembran y frutos que recogen y si les faltan en común y particular algunas en que poder sembrar o sitios de estancias para sus ganados y los que son. Averiguará si algunos españoles y mestizos o mulatos les han usurpado algunas de las referidas sobre lo cual hará autos judiciales y dará cuenta de lo que obrase [...]”¹⁵

¹⁴ La naturaleza compleja de los yanaconas ha inspirado diversas definiciones que ponen el acento en diferentes aspectos de su posición socioeconómica (Wightman 1990). Aunque su origen remite a los *yanas* incaicos, los españoles rápidamente reconocieron la utilidad de estos indígenas que habían sido separados de sus comunidades de origen. Para un caso regional véase el análisis que hace Zulawski (1987) de Oruro, lugar de origen de muchos de los yanaconas residentes en Lípez.

¹⁵ AGN 13-23-10-2. Por los objetivos de la visita Mercedes del Río sugiere que pudo ser de composición de tierras (comunicación personal). Para una clasificación de las visitas cf. Block (2003)

Esta visita contiene más información que la anterior con relación a la distribución de los tributarios en los diferentes asentamientos mineros, ya que fue realizada en los parajes y pueblos donde se empadronó a la población, poniendo especial atención en los lugares donde estaban viviendo y cómo era su economía. Las preguntas sobre el origen de la población son también más completas y muestran, por ejemplo, parejas formadas entre locales y migrantes, y no esa aparente homogeneidad que se veía en la visita anterior. Los datos referentes a las obligaciones coloniales, en cambio, no están presentes en forma individual para cada tributario sino general en el encabezado de los padrones.

El proceso de confección de los padrones es el siguiente: en julio de 1689 se designa en el asiento de San Antonio a Eugenio López de Arce y Aspilla para ir a la doctrina de San Cristóbal a realizar el empadronamiento de los naturales de Lípez. El empadronamiento comienza en agosto y termina a fines de octubre en los poblados localizados en torno al salar de Uyuni. En forma paralela, el teniente del “partido de los Asientos de Santa Isabel y San Antonio de Esmoruco” Juan Coria Bohorquez, propietario además de un ingenio en la región, realiza la visita correspondiente a dicho distrito en el mes de agosto, entre los días 10 y 26. El recorrido que realizaron los empadronadores (según fechas y lugares en los que estuvieron) resulta coherente. En la doctrina de San Cristóbal, López de Arce comienza en San Agustín de Chuica; sigue por los pueblos del sur del salar; después de Quemés se dirige a la estancia de Cavanillas donde viven muchos naturales de Quemés en la cercanía de Garci Mendoza y luego a Llica y Tagua; vuelve a San Cristóbal donde empadrona a los forasteros y desde allí se dirige al sur hasta llegar a San Antonio del Nuevo Mundo donde concluye sus actividades en el mes de diciembre. La visita realizada en el partido de Santa Isabel toca principalmente los centros mineros regionales y las estancias donde vive la población indígena.

Aunque nuestro centro de interés es San Antonio del Nuevo Mundo, decidimos incluir en este análisis Santa Isabel y Esmoruco —comprendidos en esta visita y no en la anterior— porque es allí donde estaban trabajando los pastores del sureste de Lípez y porque el conjunto de estos centros mineros estaba incluido en la jurisdicción del corregidor de Lípez. El análisis de todo el corregimiento permite poner en contexto, también, a San Antonio del Nuevo Mundo.

El documento muestra una organización de la población tributaria mucho menos esquemática que la de La Palata y por ello pensamos que más real. La información de los tributarios, sin embargo, no se hizo persona por persona sino a través de las autoridades étnicas, al menos en los pueblos de San Cristóbal. Uno de los problemas que plantea el visitador, en este sentido, es que no logró convocar a todos los tributarios en el pueblo, porque

“[San Agustín de Chuica] aunque han hecho varias diligencias en orden de que vengan hallarse en tiempo de este padrón que está mandado hacer, ni aún con el color de que vengan a sus fiestas que por este dicho mes se celebran en que siempre han recibido muchos agravios los curacas al querer sacarlos de dicho

asiento por los amos a quienes están sirviendo y en particular don Juan Guaca en tiempo que lo fue y por esta causa declaraban no poder hacer comparecer ante mí los indios como les está mandado por mi dicho juez en esta razón y que están prestos a cumplir todo lo demás y dar cuenta fiel de todos los indios de dicho pueblo como lo hizo don Juan Guaca en tiempo que hizo el padrón el maestro de campo don Cristóbal de Quiroga y Osorio en que hubo la misma dificultad por la razón referida y no poderlos reducir.”¹⁶

Que la información la dan las autoridades se confirma también por el hecho de no poder dar cuenta de algunos nombres de las esposas de los tributarios residentes en San Antonio del Nuevo Mundo o de los hijos. Lo que sí parece claro es que el visitador realiza sus preguntas en el pueblo, porque hay una visita de tierras posterior en la que describe los lugares donde se siembra quinua, así como el agua y los pastos de que dispone el ganado.

No hay en esta visita padroncillos homogéneos de forasteros provenientes de determinadas provincias, ni una separación espacial tan clara entre originarios y forasteros (unos en sus pueblos y los otros en el asiento), sino una distribución espacial mezclada, con forasteros que viven principalmente en torno a las minas pero no sólo allí, padrones encabezados con el nombre de un repartimiento pero integrados por una población muy heterogénea y, sobre todo, una enorme dispersión geográfica. Aunque en los pueblos de la doctrina de San Cristóbal hay predominantemente “naturales” de dichos pueblos (aquí los visitadores no hablan de originarios), encontramos algunos forasteros, principalmente vinculados con San Agustín de Chuica (entre los que se incluye una familia de yanaconas de Oruro), además de un grupo empadronado en San Cristóbal pero que dijo estar en las vecindades del asiento minero. De todos estos naturales se destaca un grupo de Quemes, cuyo cacique “dijo no haberse puesto en este padrón algunos indios pertenecientes a él que son arrieros de diferentes personas y cargadores de vino del valle de Guatacondo al asiento de San Antonio de López.”¹⁷

En esta visita no hay padrones separados de yanaconas ni mención de la categoría “originarios” que encontramos en la visita de La Palata. En cambio se empadronan aparte los tributarios y sus familias, de los reservados, viudas, próximos y otros. Entre las preguntas que hacen los visitadores están las del lugar de residencia de los tributarios, el momento de la migración y el lugar de nacimiento, diferenciando a este último de las provincias de origen. Por ejemplo, un forastero podía estar empadronado junto con los tributarios de “la provincia de Tarija y Chichas”, pero haber nacido en la villa de Oruro, en Atacama o en el Cusco, como era el caso del principal cobrador de tasas, o pertenecer al padrón de la ciudad de Cusco pero ser natural de Carangas, Oruro o San Antonio.

En San Antonio del Nuevo Mundo el corregidor Pedro Piñero mandó separar los indios residentes en el asiento y en el guaico seco por provincia, al tiempo que ordenó nombrarles un principal cobrador. Las provincias y repartimientos

¹⁶ AGN 13-23-10-2.

¹⁷ AGN 13-23-10-2.

empadronados fueron: provincia de Tarija y Chichas, repartimiento de Porco, villa de Potosí, repartimiento de Carangas, ciudad de la Plata, provincia de Paria, villa de Oruro, provincias de Sica Sica y Coroma, de Pacaxes, repartimiento de Achacachi, provincias de Chucuito, de Paucarcolla y Lampa, repartimiento de Asangaro y Asillo, provincia de Canas y Canchis, ciudad del Cusco. Al igual que en el caso de la visita de La Palata, la mayoría de los tributarios clasificados como forasteros provenía de provincias mitayas, un porcentaje algo menor de ciudades de origen minero y un porcentaje pequeño de provincias exentas (cuadro 2). Entre estos tributarios había también algunos nacidos en Lúpez, lo que puede significar que algunos de ellos llevaban mucho tiempo fuera de su provincia de origen, tiempo en el que habían nacido sus hijos, quienes fueron clasificados como sus padres.

En la visita de tierras que hace Coria Bohorquez a Santa Isabel y Esmoruco indica que gran parte de ellas son realengas, y que allí viven los indios en “diferentes parajes a modo de estancias” criando diferente tipo de ganado (vacas, ovejas, mulas, caballos, burros y llamas) para servir en el asiento y en dicho Esmoruco. A diferencia de los padrones confeccionados por López de Arce, en este caso no se divide a la población natural del lugar de la forastera en diferentes padrones. En otras palabras, el padrón no distingue las categorías de tributarios aunque sí indica el lugar de origen y la residencia. Como aclaración el visitador indica:

“doy principio en la manera y forma siguiente con asistencia del maestro Luis de Escalona cura y vicario de Santa Isabel de Esmoruco y sus anejos, y del gobernador Don Alonso de la Cruz y de Don Pedro Licantica su segunda persona yendo a todos los parajes de esta jurisdicción que no pongo cabeza en cada uno de ellos por excusar volúmenes y confusiones y por tener por suficiente el que haya mencionado el lugar donde asiste cada indio.”¹⁸

Tabla 2. Lugar de nacimiento de los indígenas empadronados como “forasteros” en Lúpez a fines del siglo XVII.

Lugar Nacimiento	Visita Gral. de La Palata	Visita de 1689		
	Porcentaje sobre total de casos	Porcentaje sobre total de casos (sin Esmoruco)	% sobre individuos con datos	Esmoruco (sin clasificar)
Provincias mitayas	77%	41%	65%	51%
Ciudades	14%	16%	25%	8%
provincias exentas	10%	1%	2%	8%
Lúpez		5%	8%	33%
Sin determinar		5%		
Sin datos		32%		
Total casos con datos	427	562		534

Fuentes: Visita General de La Palata 1683 y Visita de 1689

¹⁸ AGN 13-23-10-2.

La visita de 1689 incluye una pregunta sobre la existencia de ganado (Tabla 3). A partir de esta información podemos ver que tanto los naturales de los pueblos de Lípez como los forasteros tenían ganado, principalmente llamas. Había también ganado “mayor y menor” de Castilla, que incluía vacas, burros, ovejas, mulas y caballos, sobre todo en la cuenca del río Grande de San Juan y en Tagua. Las llamas eran cuidadas por los mismos tributarios, quienes las tenían cerca de los asientos para utilizarlas en la bajada del mineral (de la mina a los trapiches o ingenios), la provisión de sal, yareta y leña, y para el abasto de larga distancia (destacado únicamente en los casos de Arica en la visita de La Palata y de Quemes en la de 1689).

En los apartados siguientes analizaremos en forma conjunta la información brindada por las dos visitas. Este análisis está dividido en dos partes: la primera dedicada a interpretar quiénes eran los trabajadores que llegaron a los asientos mineros, la segunda a exponer las causas de su migración y la naturaleza más o menos coercitiva de ella.

Tabla 3. Cultivo y ganado de los tributarios declarados en Lípez a fines del siglo XVII.

Lugar	Ganado	Siembra
Ingenio San Antonio de Esmoruco, Santa Isabel y Chinchón	Señala la existencia de ganado mayor y menor de la tierra y de Castilla pero sin cifras	No se siembra por ser puna rigurosísima
San Agustín de Chuica	600 cabezas ganado de la tierra	1 carga de papa y 2 almudes de quinua
Chuquilla	670 cabezas ganado de la tierra	1 carga de papa y 1 almud de quinua
San Juan de Tagua	1000 cabezas ganado de la tierra y 100 de castilla	100 fanegas de quinua y papas
San Pedro de Quemes	150 cabezas de ganado de la tierra	1 almud de quinua
San Juan de Chuscha	600 cabezas de ganado	1 carga de papa y un almud de quinua
Santa María Magdalena de Llica	630 cabezas de ganado de la tierra	11 fanegas de semillas de quinua y dicha siembra acude a 367 fanegas de fruto
Forasteros del pueblo de San Cristóbal	2200 cabezas de ganado de la tierra	
Asunción de Colcha	760 cabezas de ganado de la tierra	

Fuente: Visita de 1689. Forasteros y originarios en Lípez a fines del siglo XVII

Hemos visto en apartados anteriores cómo Lípez está dividido en un sector más densamente poblado en torno al salar de Uyuni, que los españoles llamaron San Cristóbal, y uno habitado por pastores especializados (que llamamos “sureste de Lípez”) donde estaba el principal asiento minero del siglo XVII, San Antonio del Nuevo Mundo. Vimos también que, hacia el sur, la cuenca del Río Grande de San Juan había sido aprovechada históricamente por chichas y en menor grado

por atacamas. Partiendo de esta territorialidad, propusimos analizar cómo afectó la instalación de San Antonio del Nuevo Mundo y de otras minas e ingenios la distribución de la población, no solamente alterando los patrones de residencia de los habitantes locales, sino atrayendo a otros desde diferentes partes del Virreinato. La territorialidad anterior, sin embargo, está también presente y ha sido en parte la guía de este apartado.

Un primer impacto que tuvo la minería en la región, fue la delimitación de las fronteras de las jurisdicciones. En el borde con Chichas, la inclusión de Santa Isabel en Lípez parece haber dependido de la mayor rapidez y contundencia con la que se movió el corregidor de Lípez cuando se descubrieron las primeras vetas de plata, poniendo “horca y cuchillo en señal de jurisdicción”.¹⁹ Fue allí y en San Antonio de Esmoruco donde se encontraban las autoridades (el corregidor o su teniente) hasta que se descubrió San Antonio del Nuevo Mundo. A la cuenca del Río Grande de San Juan se la dividió en dos y se la consideró el límite con la Gobernación del Tucumán.

Algunos indicios que nos brindan estas fuentes nos permiten proponer que muchos de los indígenas que trabajaban en las minas participaban de un circuito migratorio relacionado con los vaivenes de la producción, dirigiéndose principalmente a los asientos nuevos o en auge. Estos indígenas se habían formado principalmente en Potosí, que desde fines del siglo XVI había sido (y continuaba siendo) la gran escuela para mineros y trabajadores.²⁰ La introducción de la técnica de la amalgama con mercurio había llevado a un alto grado de especialización en algunas tareas, sobre todo las de los trabajadores libres (no mitayos). En las primeras décadas del siglo XVII el descenso de producción de Potosí coincidió con una expansión de los cateos y búsqueda de nuevos minerales y con el descubrimiento de algunos muy importantes como el de Chocaya en Chichas y el que hemos analizado, San Antonio del Nuevo Mundo, en Lípez (Bakewell 1984:32). Es muy probable, entonces, que muchos de los forasteros que encontramos en Lípez hayan llegado allí desde otros destinos, llevando consigo su experiencia minera, su conocimiento del beneficio de la plata basado en la amalgama y, como veremos, sus animales.

El mapa que muestra la distribución de los lugares de nacimiento de los forasteros que habían llegado a San Antonio del Nuevo Mundo es coherente con estas apreciaciones: la gran mayoría de ellos había nacido en provincias mitayas, cuya población había tenido una larga experiencia de migración a los centros mineros, principalmente a Potosí (Figura 2). Las diferencias registradas entre los lugares de nacimiento y los de origen puede estar indicando, además, que las migraciones involucraban a varias generaciones, y que no se perdían los lazos con la comunidad de origen. Que hubieran nacido en diferentes lugares, así como la

¹⁹ ABNB, Minas 52, 335:1, año de 1663.

²⁰ Respecto a la palabra minero, seguimos a Bakewell quien señala que se usa “en su acepción colonial, es decir, empresario, dueño de minas y de haciendas de beneficio, y generalmente de ambas. Nunca se usa en el sentido del trabajador” (Bakewell 1976: 9).

composición de los padrones, muestra también que la migración era algo que se realizaba en familia. Y aunque la información se concentra en los hombres adultos (tributarios), con frecuencia se mencionan los trabajos que realizaban las mujeres en la actividad minera. Lamentablemente esta información no es sistemática, por lo que nuestro análisis se centrará en quienes tienen información explícita, los tributarios, ya que no consideramos correcto asumir que sus mujeres e hijos compartieran el lugar de nacimiento.

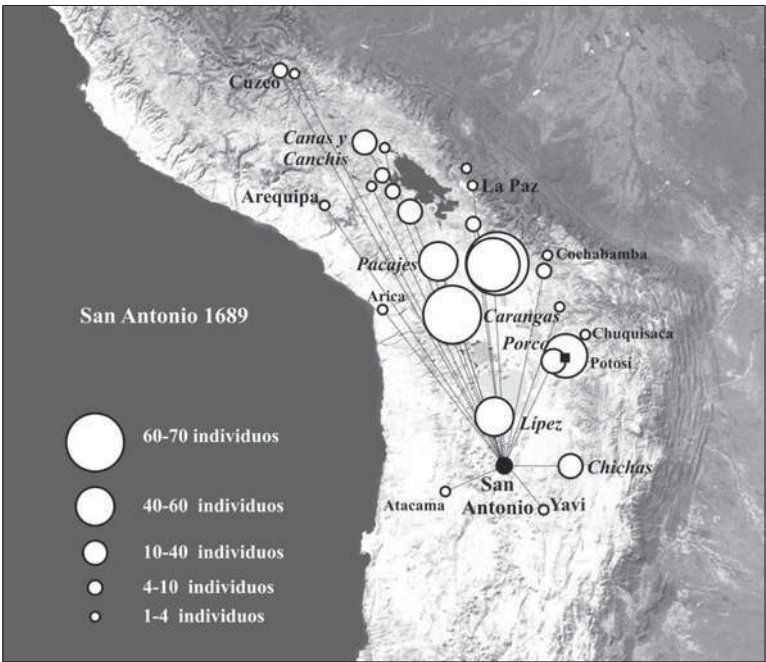


Figura 2: Lugar de nacimiento de los forasteros empadronados en San Antonio del Nuevo Mundo. Fuente: Visita de 1689 citada.

En los mapas de las Figuras 2 y 3 se observa una gran dispersión de los lugares donde habían nacido los forasteros, dispersión que, sin embargo, muestra una concentración relativa dentro de las provincias mitayas, con excepción de los nacidos en el mismo Lipez y unos pocos casos de Arica, de Atacama y de la gobernación del Tucumán. La migración a Lipez, entonces, no estaba condicionada por la distancia a este asiento, sino quizás por la experiencia que tenían los que migraban en el trabajo minero. Pero hay otro dato que nos hace pensar en que muchos de ellos eran también pastores de llamas, animal muy apreciado en el trabajo minero de la región.

Gracias a que los visitantes de 1689 preguntan no solamente por el lugar de nacimiento sino también por el de residencia, podemos ver que muchos de los forasteros vivían en estancias cercanas a los asientos e incluso en algunas no tan cercanas. Allí podían tener su ganado que, por lo reportado en la visita, era

muy numeroso (Tabla 3). Por otra parte sabemos que la mayoría de los forasteros había nacido en tierras en las que el pastoreo era una actividad central, en particular Lipez, Paria, Carangas y Pacajes. Si complementamos la información de las visitas con otros documentos relacionados a la minería podemos ver que en toda la región el animal de carga predominante era la llama, por las dificultades que había de conseguir pasturas para las mulas. En la visita de 1689 el visitador comenta cuando va a Chuquilla

“Y así mismo vi y reconocí que en dicho pueblo no había agua más que la que toman en un pozo hecho a mano la cual es muy salada y un manantial muy corto que no llega a correr y que no la hay en muchas leguas en sus contornos ni pastos para poder tener una mula pues las en que vine yo dicho juez fue necesario enviarlas al pueblo de Colcha todo lo cual vi ocularmente y experimenté”.²¹

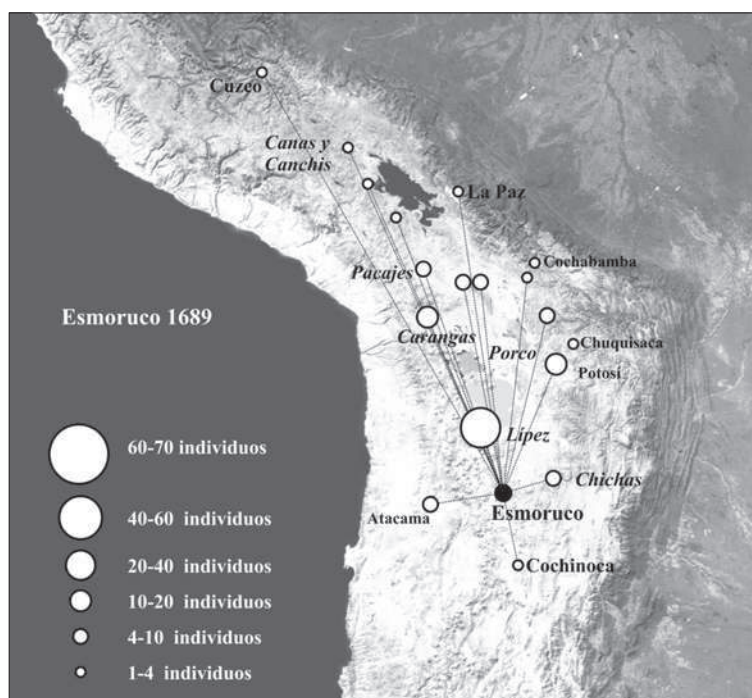


Figura 3: Lugar de nacimiento de los forasteros empadronados en San Antonio de Esmoruko. Fuente: Visita de 1689 citada.

Aunque muy caras de mantener por la falta de pastos, en diferentes expedientes se hace mención a la existencia de mulas, sobre todo en manos de los mineros y de los atacamas. Por ejemplo, Julián Ranges de Macedo, minero portugués tiene tres

²¹ AGN 13-23-10-2. Hay que tener en cuenta que, además de ser Lipez muy árido, los visitadores en ambos casos fueron a Lipez en plena época seca, o a lo sumo pudieron haber estado en el comienzo de las lluvias en diciembre, cuando todavía no hay casi pastos ni cultivos.

mulas en el partido de Esmoruco; hay declaraciones también de mulas aviadas y ensilladas en los primeros años de la explotación de San Antonio del Nuevo Mundo, así como también en tiempos de López de Quiroga cuando se construía el socavón; y de atacamas con mulas encargados del avío del Ingenio San Antonio de Padua y del beneficio de metales en Esmoruco, entre muchos otros casos.²² Ya vimos también en la visita de 1689 que en el partido de Esmoruco había bastante ganado de Castilla, incluyendo mulas. Esto debió ser posible, seguramente, por las posibilidades que brinda la cuenca del río Grande de San Juan que no solamente tiene abundante agua, sino que por la altitud de su cauce permite el crecimiento de buenos pastos e incluso de maíz y forraje. Las llamas, por su parte, no eran sólo de los tributarios sino que podían ser provistas también por los mineros para el trabajo en las minas, o las tenían ellos mismos para el abasto.²³

La enorme dispersión de la residencia de los tributarios y la descripción de los lugares de la visita de 1689 es coherente con la presencia de poblaciones de pastores que acudían con sus familias y ganado al trabajo en las minas. En el padrón de Esmoruco se señala que gran parte de los tributarios vivía en tierras realengas —en las llamadas estancias—, muchas veces a una distancia relativamente grande de las minas, donde se podía tener el ganado. Estas estancias estaban en el cerro Escala, en Cerrillos, en la “raya” con Chichas, en el río de San Juan, en San León (que queda también en la “raya” con el Tucumán), y por cierto en todos los ingenios y asentos de la región. Dado que las llamas no pueden trabajar muchos días corridos sin descanso, es probable que se mantuvieran algunas cerca de las labores, mientras las otras descansaban y pastaban dispersas en el territorio, al cuidado de los tributarios.

Estos migrantes no se repartieron en forma homogénea en los centros mineros, sino que podemos observar algunas diferencias a un lado y otro de la cordillera de Lipez. Aunque hay una gran cantidad de lugares de nacimientos declarados, el 57 % de quienes llegaron a San Antonio del Nuevo Mundo habían nacido en Paria, Carangas, Pacajes, Porco y las villas de Potosí y Oruro (Figura 2). Un porcentaje menor de los nacidos en estos mismos lugares llegó a San Antonio de Esmoruco, donde, en cambio, cobran importancia relativa Chichas y Atacamas (Figura 3). De Chichas se destacan los que venían de sitios mineros como Chocaya, Estarca o Kuchu. El caso de Atacama es singular, ya que de los once tributarios que llegaron a Lipez, la mayoría se fue a Esmoruco; solamente dos se quedaron en San Antonio del Nuevo Mundo, lo que resulta también coherente con lo que señalamos acerca de las pasturas, ya que muchos de ellos dicen haber llegado con sus mulas. De la Gobernación del Tucumán llegaron muy pocos a pesar de su cercanía: uno de Yavi fue a San Antonio del Nuevo Mundo y uno de Cochino a Esmoruco.

La información que tienen los padrones de los forasteros según su provincia de origen, en cambio, muestra algunas diferencias entre las dos visitas que son

²² ABNB, Minas 56/1, año de 1642; Minas 56/372, años de 1647-1649; Minas 57/394, años de 1652-1654; Minas 58/405, años de 1679-1681.

²³ ABNB, Escrituras Públicas 137, f. 145, año de 1643.

importantes de destacar (Figuras 4 y 5). La primera diferencia significativa es la presencia muy numerosa de yanaconas en la visita de La Palata, que provenían de Potosí y Oruro. En la visita de 1689, en cambio, encontramos solamente una familia en San Agustín de Chuica y ninguno en los asentos. La segunda diferencia refiere a las provincias o ciudades de origen: Carangas, Paria y las ciudades de Potosí y Oruro son los principales lugares de origen de los forasteros empadronados en 1683, con un número muy significativo de personas en cada padroncillo, entre otras cosas, porque se han incluido en este caso las mujeres y los niños. Lo sorprendente aquí es el padroncillo de origen que ocupa el quinto lugar según cantidad de empadronados: Atacama la Alta. Estos indígenas declararon haber llegado a San Antonio a trabajar por la esterilidad de sus provincias. Atacama no figura como lugar de origen en los padroncillos de 1689, como así tampoco Arica, cuyos inscriptos en 1683 se destacan de todos los demás migrantes por las causas expuestas que los habían llevado a Lipez: el trajín de vino y otros géneros. Finalmente se destaca la provincia de Canas y Canchis como uno de los lugares de origen importantes de los migrantes, provincia que disminuye significativamente su relevancia cuando analizamos a los forasteros según su nacimiento.

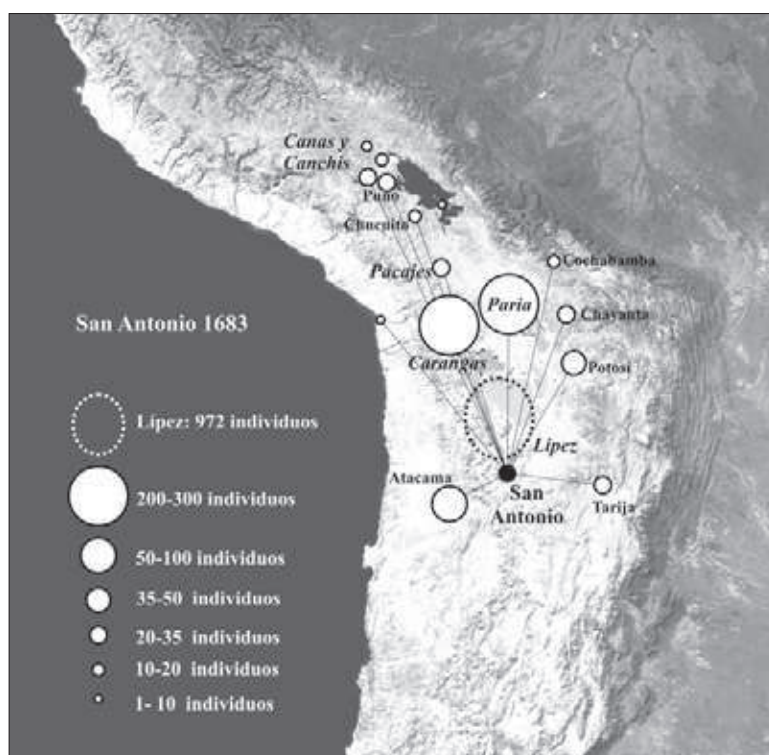


Figura 4: Provincia de origen de los forasteros empadronados en San Antonio del Nuevo Mundo. En línea de puntos están los originarios de San Cristóbal y Llica y Tagua. Fuente: Visita de 1683 citada.

Las visitas también nos dan información acerca de la población natural de Lipez. Aunque organizada en una forma esquemática, los padrones confeccionados en tiempos de La Palata sugieren que una parte importante de los habitantes de San Cristóbal (incluyendo Llica y Tagua) estaba trabajando en San Antonio del Nuevo Mundo, junto con otros nacidos en el asiento; sólo se mencionan dos casos de tributarios que habrían ido a Esmoruco. La visita de 1689 muestra una gran semejanza con esta información: los tributarios de San Cristóbal también están principalmente en San Antonio del Nuevo Mundo y sólo muy pocos dicen ir a las minas e ingenios de Santa Isabel y Esmoruco. Allí, en cambio, estaban trabajando otros *lipeños*, de los que no se reporta pueblo de origen, sino que se los menciona como habitantes de las estancias que sirven en los molinos y trapiches de San Antonio de Esmoruco. Pensamos que se trata de los pastores del sureste de Lipez, que tenían un patrón de residencia disperso, que no vivían en pueblos sino en las llamadas estancias.

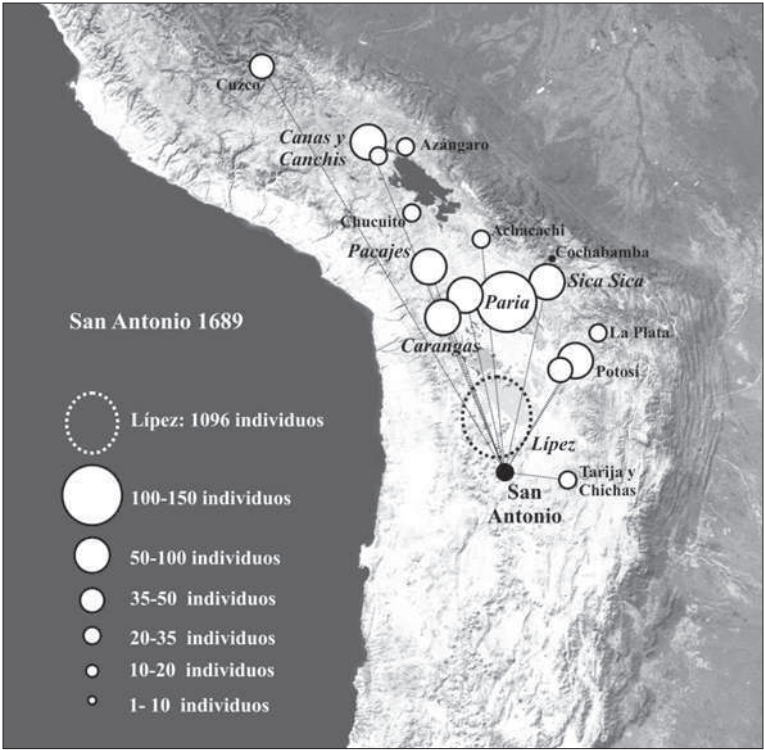


Figura 5: Provincia de origen de los forasteros empadronados en San Antonio del Nuevo Mundo. En línea de puntos están los originarios de San Cristóbal y Llica y Tagua. Fuente: Visita de 1689 citada.

Las razones por las cuales han llegado a Lipez los forasteros son muy parecidas y refieren a las posibilidades que encontraban en el asiento para poder vivir mejor. Hay sutiles matices en ellas que analizamos en el próximo apartado con el objeto

de diferenciar tanto las causas de la migración desde provincias lejanas, como las de los traslados más cercanos de los propios habitantes de Lízep.

¿Por qué llegan los migrantes?

Como señalamos al comienzo, acordamos con Bakewell en que eran las condiciones coloniales las que forzaba a los indígenas a buscar recursos para pagar sus tributos, que con mucha frecuencia se tasaban en plata. Dentro de esta afirmación general, lo que hemos encontrado en Lízep es una variedad de casos que van desde una mayor coacción ejercida por los españoles sobre los indígenas, a la asistencia voluntaria. En este apartado sintetizaremos los principales casos.

La visita de La Palata nos brinda una información importante relacionada con las razones que movieron a los indígenas a migrar: a fines del siglo XVII quienes llegaban a Lízep –incluidos los yanaconas– sí pagaban tributo, y los provenientes de provincias mitayas enteraban, además, la mita potosina, o al menos es lo que declararon. Esto significa que la huida de sus provincias no implicaba poder escapar de las obligaciones, o mejor dicho, que muchas de las migraciones tenían como propósito encontrar la manera de poder cumplir con ellas, trabajando donde había alternativas, para poder mantener sus derechos en los *ayllus* de origen. Hay una minoría, sin embargo, que declaró no pagar tributo y no tener cacique; estos pueden ser aquellos a los que hacía referencia el virrey, es decir, los que estaban huyendo de las obligaciones coloniales.²⁴ En este sentido la visita de La Palata permite plantear que, como parte de una estrategia quizás colectiva, algunos integrantes de los *ayllus* de las provincias mitayas buscaban alternativas para poder cumplir con las obligaciones coloniales, migrando a veces durante varias generaciones hacia diferentes lugares, pero sin perder sus vínculos con el resto de su comunidad.²⁵ Lízep a fines del siglo XVII podría haber sido una alternativa para los tributarios cuando los centros tradicionales como Potosí u Oruro estaban produciendo menos. También era necesaria la plata para pagar los reemplazos de la mita en caso de no acudir en persona. Como se puede observar en la visita de La Palata, la gran mayoría de los forasteros cumplía con la mita, cuando les correspondía. Las autoridades étnicas, siempre presentes en las visitas, parecen ser la clave de este vínculo: son quienes informan sobre los ausentes y son la referencia de los migrantes.²⁶

²⁴ Una de las preguntas clásicas de la historiografía andina es por qué migraban los forasteros. Las respuestas son múltiples y con frecuencia dependen del lugar y período, aunque las principales correspondientes a la colonia temprana se pueden sintetizar en tres: huida de las pestes y epidemias, de la intolerancia religiosa y de los abusos de las autoridades. Recordemos que las mayores migraciones se dieron en el contexto de declive demográfico y de profunda desestructuración provocada por la conquista (Zulawski 1995; Wightman 1990). Las autoridades coloniales, sin embargo, enfatizaban una cuarta razón que era la huida de las obligaciones.

²⁵ Assadourian (1983) y Saignes (1987, 1988) propusieron ya en los años 1980 que las migraciones indígenas coloniales tenían una fuerte impronta cultural, que buscaba asegurar el acceso colectivo a los recursos tradicionales y que no implicaron desvincularse de las comunidades de origen.

²⁶ La bibliografía sobre el papel que jugaron los curacas en la organización colonial es muy amplia. Cf. entre otros, Powers (1995) y Ramírez (2002).

La minería no era la única alternativa que tenían para juntar el dinero necesario y de hecho muchos de los tributarios lo ganaban comerciando en las ciudades o trabajando en los trajines. Pero la minería era una de las principales formas de ganar jornales buenos en plata (sobre todo en algunos oficios especializados) y así poder cumplir con las obligaciones. El abasto, el acarreo dentro de los asientos y la provisión de algunos insumos que se conseguían en lugares cercanos eran otra forma de ganar dinero o de complementar los ingresos. Gran parte del abastecimiento de alimentos provenientes de grandes distancias (harina, vino, frutas, maíz), así como de insumos para la minería (mercurio, herramientas de hierro, maderas para la construcción, etc.), se realizaba con llamas. Del mismo modo se efectuaba el acarreo de minerales desde la boca mina para ser procesados en los ingenios y molinos o el abasto local de sal y combustible. La articulación de pastoreo y minería, que como hemos visto existía ya desde tiempos prehispánicos, debió favorecer la presencia de algunos grupos que llegaban con experiencia en el trabajo minero y en el beneficio de los minerales, pero también con sus animales. Los asientos mineros ofrecían además otras alternativas mencionadas en los documentos: la de explotar vetas, robar, vender o beneficiar minerales en forma clandestina y conseguir así también plata.

A diferencia de los forasteros que declaran haber salido de sus lugares de origen por la esterilidad y las incomodidades, en busca de mejores horizontes para “pasar la vida” o abastecerse de “mantenimiento” y vestidos, los naturales de la doctrina de San Cristóbal dicen que no se les permite volver a sus pueblos, que deben quedarse en el campo cerca del asiento cuidando los animales mientras sus mujeres trabajaban en los trapiches. Así lo indican, por ejemplo, los naturales de Santiago de Chuquilla:

“En cuanto a los ganados debajo del mismo juramento declaran tener hasta seiscientos setenta cabezas de ganado de la tierra entre todos el cual número yo dicho juez comisario sume habiéndome nombrado los dichos caciques las personas que lo tenían por no hallarse ellas presentes y que dicho ganado apacienta en Suniquira, Todos Santos, Río de Santa Catalina, Sillina, Vicachala, Tomoslaca, Uricaia y Tiquina, y otros parajes en que se hallan algunas ciénegas cortas y manantiales en que apenas se pueden sustentar que dichos parajes son vecindades del asiento de San Antonio de Lipes donde los tienen para sus continuos trabajos así de bajas de metales acarreo de leña, yareta y sal y otros materiales para el beneficio de los metales trabajando personalmente para poderse sustentar dejando las mujeres en dicho asiento trabajando en los trapiches hechas conires moliendo el metal a mano por cuya causa quedaba dicho pueblo despoblado y no asistía en el mas que la gente de mucha edad que va referida en dicho padrón”.²⁷

²⁷ AGN 13-23-10-2.

Como ya señalamos, todos estos pueblos de la doctrina de San Cristóbal tenían autoridades a quienes los tributarios respondían y estaban pagando la tasa, al menos en su mayoría. En todas las declaraciones relacionan su trabajo con el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo. Su cercanía al asiento puede ser la razón por la cual se ejerció más coacción sobre ellos que sobre otros indígenas, además de sus conocimientos mineros y la tenencia de animales que los convertía en una mano de obra particularmente deseable.

No hay mención de ningún grupo de originarios fuera de los alrededores del Salar de Uyuni y el asiento mismo en la visita de La Palata. En cambio, al incorporar Santa Isabel y San Antonio de Esmoruco se hacen presentes otros habitantes de Lípez de quienes no se dice pueblo de origen, ni tampoco se los clasifica como forasteros.²⁸ Los lugares de residencia coinciden en parte con algunos mencionados por testimonios tempranos propios de los pastores del sureste de Lípez. Resulta difícil pensar cómo se podía obligar a estos pastores a ir a los asientos. Podían desaparecer fácilmente en su inmenso territorio, tenían un gran poder de negociación y, probablemente, una organización social y política diferente a los de San Cristóbal, cuyas autoridades étnicas eran obligadas a colaborar en la coacción. Es probable que estos pastores, como así también otros indígenas, aprovecharan las oportunidades que les brindaba la economía minera, insertándose en ella a conveniencia y trasladándose en función de las demandas.²⁹ La posesión de llamas los convertía en una pieza clave de la economía minera en regiones altas y escasas de pasturas adecuadas para las mulas como Lípez.

Conclusiones

En este trabajo analizamos cómo fue que la minería alteró un territorio originariamente habitado y transitado por pastores especializados. El descubrimiento de estas minas significó la llegada de un gran número de mineros y trabajadores que alteraron la distribución histórica de la población que se había concentrado principal (aunque no únicamente) en torno al salar de Uyuni. La explotación de estas minas dio lugar a un importante asiento minero, San Antonio del Nuevo Mundo, y a numerosos establecimientos productivos de gran envergadura, que contaban con ingenios de moler, patios para hacer la amalgama, hornos y un complejo sistema de abastecimiento de insumos y alimentos. Este complejo minero se convirtió en un nodo atractivo incluso para la población local. Nos hemos centrado en la población indígena incluida en

²⁸ Es muy probable que la calificación de “originarios” se haya asociado con las reducciones o los pueblos propios de poblaciones agrarias. Los pastores especializados plateaban un problema al no vivir en conglomerados sino dispersos. Nos parece que el hecho de no calificarlos no responde a un mero olvido sino que puede ser muy significativo. De hecho en las visitas y revisitas posteriores todos los lipeños fueron clasificados como “forasteros sin tierras”, incluso los de San Cristóbal, calificación que hemos asociado más con el pastoreo que con su lugar de origen (Gil Montero y Nielsen 2010).

²⁹ Sobre la inserción de los pastores de Lípez en el trabajo minero supeditada a su calendario en el siglo XIX ver Platt (1987).

las visitas, mencionando apenas la existencia de otros habitantes de los que no tenemos cifras ciertas, pero sabemos que eran muchos y de muy variado origen.

En el análisis hemos visto cómo las dos visitas que fueron el eje de nuestro estudio tienen información distinta, a pesar de que fueron realizadas con seis años diferencia. En general hay que decir que las preguntas que hicieron los visitantes en una y otra no fueron las mismas, aunque sí hay algunos datos que se repiten, y es a ellos a los que nos referimos particularmente.

Una de las diferencias encontradas entre las dos visitas es fácil de explicar: la de 1689 tiene más población porque incluyó a Santa Isabel y San Antonio de Esmoruco, mientras que la de 1683 se concentró en San Antonio del Nuevo Mundo y San Cristóbal. La segunda diferencia señalada es más difícil de entender: la variación que existe en las provincias de origen de los forasteros que llegaron a San Antonio del Nuevo Mundo. Para explicar provisoriamente esta diferencia, notamos que en la visita de 1689 hay un porcentaje significativo de tributarios que declaró no haber sido incluido en 1683; esto puede significar que existía una alta movilidad de la población en estos asentamientos o que algunos grupos o personas no fueron incluidos en alguna de las visitas. Entre las exclusiones más importantes señalamos, en la de 1689, la de los yanaconas y la de los forasteros provenientes de los corregimientos de Atacama y de Arica.

Fue por ello que hemos propuesto que la información de ambas en cierta medida se complementa, no sin algunas contradicciones. Para el análisis de los lugares de procedencia de los forasteros, sin embargo, preferimos la de 1689, porque no solamente fue realizada en cada lugar que encabeza los padroncillos, sino que además pregunta a todos acerca de su lugar de origen, de nacimiento y de residencia. Esta visita muestra una gran heterogeneidad al interior de los padrones de origen, permitiendo postular la hipótesis de la existencia de migraciones de larga duración, que involucraban a más de una generación, que no necesariamente implicaban la desvinculación de las comunidades de origen, ni tampoco que los migrantes no hubieran vuelto a ellas en algún momento.

Por la información que nos brindan las visitas relativas al lugar de nacimiento de los migrantes, sabemos que hubo grupos llegados de grandes distancias, desde Cuzco a la Gobernación del Tucumán y desde la costa del Pacífico hasta Tarija y Cochabamba, en proporciones que no dependen de la distancia a los asentamientos mineros analizados. La mayoría de ellos provenía de las provincias mitayas y, en menor medida, de sus vecinas, con una fuerte “frontera” separando Charcas del Tucumán, ya que hemos encontrado solamente dos casos de tributarios provenientes de esta última Gobernación, ambos de parajes muy cercanos a Lipez. Esto no significa necesariamente que no hayan estado presentes en la minería local, sino que no fueron empadronados.

Los forasteros y los lipeños no se distribuyeron en forma homogénea en los distritos mineros: la cordillera de Lipez, que separa San Antonio del Nuevo Mundo de Santa Isabel y Esmoruco, forma una barrera no absoluta pero sí sugerente.

Hacia la cuenca del río Grande de San Juan, es decir en aquel territorio donde primero se asentaron los mineros españoles, encontramos proporcionalmente más gente de Chichas, Atacama y del sureste de Lípez. Casi no hay tributarios de San Cristóbal. Su asiento no es urbano, sino más bien rural, en las estancias, donde hay tanto “ganado de Castilla” como llamas. San Antonio del Nuevo Mundo, en cambio, es un asiento grande, claramente urbano, donde vive mucha población forastera proveniente sobre todo de Paria y Carangas, aunque también de las ciudades de Oruro, Potosí y Cuzco. Los tributarios que provienen de los entornos del Salar de Uyuni conforman una población importante en este asiento que, aunque urbano, incluye también *ciénegos* y estancias en los alrededores donde pueden descansar y alimentarse las llamas.

Los pueblos del Salar de Uyuni no quedaron completamente abandonados como consecuencia del trabajo en las minas, sino que algunos de sus habitantes siguieron cultivando la quinua y la papa, y migrando también hacia el norte del Salar. Sus tierras albergaron, también, algunos forasteros, aunque en comparación con San Antonio del Nuevo Mundo fueran muy pocos.

Con relación a la naturaleza del trabajo en estas minas, nuestros datos sugieren diferentes grados de coacción. En un extremo se ubicarían las poblaciones de San Cristóbal, que reclaman que los mineros no permiten a los tributarios volver a sus pueblos, que como consecuencia de ello se están perdiendo parte de las cosechas ya que no hay quién las realice. Sostienen que los obligan a tener los ganados cerca de las minas y que las mujeres deben quedarse en el asiento moliendo minerales a mano. Los habitantes de Llica y Tagua no parecen estar sufriendo la misma presión, su territorio es en parte receptor de población y en la visita los tributarios no presentan los mismos reclamos que los de San Cristóbal.

Hemos mencionado también a los forasteros que llegan desde diferentes provincias buscando formas de cumplir con las obligaciones coloniales. Seguramente nadie los obligó a ir a esas minas en particular, pero también es probable que hayan estado migrando por diferentes sitios mineros en función de las posibilidades que encontraban en cada uno. La imposición de obligaciones que debían pagar en plata es la forma de coacción presente entre esta población. Por último encontramos a quienes han huido de sus lugares de origen para realmente escapar de las obligaciones (es decir los que ni tributan ni mitan) y a los pastores especializados del sureste de Lípez, de quienes hemos sostenido que habían ido a trabajar a estas minas con un grado menor de coacción, sino en forma “libre” dentro de las condiciones que impone la situación colonial. Su presencia podría indicar el aprovechamiento de oportunidades que se les ofrecían tanto de trabajar en las minas por un salario (directamente en las minas o acarreando mineral entre ellas y los ingenios), como de abastecerlas mediante el tráfico de mercancías o de insumos.

Hemos visto que quienes migraban lo hacían con sus familias y animales, no eran hombres solos. Propusimos, también, que estos trabajadores indígenas

llevaban consigo la experiencia minera ya fuera histórica dentro de sus comunidades, o adquirida a partir de su trabajo en otros asentos mineros. Sabían moverse en ambientes como el de Lípez y tenían los animales indispensables para una gran parte de las tareas de la minería y del beneficio de los minerales. Muchos de ellos aprovecharon la existencia de estos asentos mineros como otro de los nodos donde acudir con sus trajines y otros muchos se quedaron allí a trabajar.

La territorialidad creada por la instalación de estos asentos mineros tuvo un impacto muy importante y una impronta colonial significativa, que se puede sintetizar en que la gran mayoría de los que llegaron a Lípez pertenecían a las provincias toledanas afectadas por la mita minera. Pero esta población cumplía con algunos requisitos previos a la llegada de los españoles: muchos de ellos habían sido mineros y sabían beneficiar los minerales, la gran mayoría tenía animales que les permitían realizar abasto y acarreo, y muchos provenían de ambientes parecidos, es decir, sabían cómo vivir en el altiplano. Resulta interesante, finalmente, el límite (poroso, imperfecto) que representa la cordillera de Lípez para los habitantes de San Cristóbal, mostrando –sutilmente– la trama de la territorialidad local entrelazada con la minera.

Referencias citadas

- Acosta, J. [1589] (2006). *Historia Natural y moral de las indias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Assadourian, C. S. (1983). La organización económica espacial del sistema colonial. En S. Assadourian. *El Sistema de la Economía Colonial. El Mercado Interior, Regiones y Espacio Económico*. Pp. 255-306. México: Editorial Nueva Imagen.
- Bakewell, P. (1976). *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bakewell, P. (1984). *Miners of the red Mountain. Indian labour in Potosí, 1545-1650*. Albuquerque: The University of New Mexico Press.
- Bakewell, Peter. 1988. Plata y empresa en el Potosí del siglo XVII. La vida y época de Antonio López de Quiroga. Pontevedra, Exma. Diputación de la provincia de Pontevedra.
- Block, D. (2003). Four decades of 'Visitas de Indios', an annotated bibliography. En A. M. Lorandi, C. Salazar-Soler y N. Wachtel (Comps.). *Los Andes: Cincuenta Años Después (1953-2003). Homenaje a John Murra*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Bolton, M. (2000). *Between the Ayllu and the Nation-State: Intertextuality and Ambiguities of Identity in San Pablo de Lípez*. Tesis Doctoral, Universidad de St. Andrews.
- Capoche, L. [1585] (1959). *Relación General de la Villa Imperial de Potosí. Un Capítulo Inédito en la Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, Tomo CXXII.
- Gil Montero, R. y A. E. Nielsen (2010). The forasteros of Lípez: Ethnohistorical and archaeological perspectives on the peoples of Bolivia's Southern Altiplano (Thirteenth to Eighteenth Centuries). *Colonial Latin American Review* 19(3), 437-459.
- La Palata. 1859. *Memoria de los Virreyes que han Gobernado el Perú durante el Tiempo del Coloniaje Español*. Tomo II, Don Melchor de Navarra y Rocaful, Duque de La Palata. Lima: Librería Central de Felipe Bailly.
- Lozano Machuca, J. [1581] (1992). Carta del factor de Potosí Juan Lozano Machuca (al virrey del Perú don Martín Enriquez) en que da cuenta de cosas de aquella villa y de

- las minas de los Lípez (año de 1581). *Estudios Atacameños* 10, 30-34.
- Martínez, J. L. (1992). Acerca de las etnicidades en la Puna árida en el siglo XVI. S. Arze, R. Barragán, L. Escobari y X. Medinacelli (Comps.). *Etnicidad, Economía y Simbolismo en los Andes*. Pp. 35-65. La Paz: HISBOL-IFEASB-SBH-ASUR.
- Martínez, J. L. (1995). Papeles distantes, palabras quebradas. Las informaciones sobre los lípes en el siglo XVI. En: A. M. Presta (Ed.). *Espacios, Etnias y Fronteras. Atenuaciones políticas en el Sur del Tawantinsuyu, Siglos XV-XVIII*. Pp. 285-317. Sucre: Ediciones ASUR 4.
- Nielsen, A. E. (1997). Aproximaciones Arqueológicas y Etnohistóricas a la Diversidad Cultural Tardía en el Altiplano de Lípez." *Contribución Arqueológica Nro. 5: Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. I. Pp. 95-129. Copiapó.
- Nielsen, A. E. (1998). Tendencias de larga duración en la ocupación humana del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia). En B. Cremonte (Comp.). *Los Desarrollos Locales y Sus Territorios: Arqueología del NOA y Sur de Bolivia*. Pp. 65-102. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Nielsen, A. E. (2009). Pastoralism and the non-pastoral world in the Late Precolumbian history of the Southern Andes (AD 1000-1535). *Nomadic Peoples* 13(2), 17-35.
- Nielsen, A. E., J. Berenguer y C. Sanhueza (2005). Los caminos del Inka entre el desierto de Atacama y el altiplano de Lípez. *Anuario del ABNB* 11, 419-457. Sucre.
- Platt, T. (1987). Calendarios tributarios e intervención mercantil. La articulación estacional de los ayllus de Lípez con el mercado minero potosino. En O. Harris, B. Larson y E. Tandeter (Comps.). *La Participación Andina en los Mercados Surandinos. Estrategias y Reproducción Social. Siglos XVI al XX*. Pp. 471-557. La Paz: CERES.
- Powers K. (1995). *Andean Journeys. Migration, Ethnogenesis and the State in Colonial Quito*. Albuquerque: The University of New Mexico Press.
- Ramírez, S. (2002). *El Mundo al Revés. Contactos y Conflictos Transculturales en el Perú del Siglo XVI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sánchez Albornoz, N. (1978). *Indios y Tributos en el Alto Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Saignes, T. (1987). Ayllus, mercado y coacción colonial: el reto de las migraciones internas en Charcas (siglo XVII). En O. Harris, B. Larson y E. Tandeter (Eds.). *La Participación Indígena en los Mercados Surandinos: Estrategias y Reproducción Social, Siglos XVI a XX*. Pp. 111-158. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social.
- Saignes, T. (1988). Políticas étnicas en la Bolivia colonial. Siglos XVI-XIX. En *Indianidad, Etnocidio e Indigenismo en América Latina*. Pp. 41-77. México: CEMCA.
- Wightman, A. (1990). *Indigenous Migration and Social Change. The Forasteros of Cuzco, 1520-1720*. Durham: Duke University Press.
- Zulawsky, A. (1987). Forasteros y yanaconas: la mano de obra de un centro minero en el siglo XVII. En O. Harris, B. Larson y E. Tandeter (Eds.). *La Participación Indígena en los Mercados Surandinos: Estrategias y Reproducción Social, Siglos XVI a XX*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social.
- Zulawski, A. (1995). *They Eat from their Labor. Work and Social Change in Colonial Bolivia*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

ATACAMA Y LÍPEZ. BREVE HISTORIA DE UNA RUTA: ESCENARIOS HISTÓRICOS, ESTRATEGIAS INDÍGENAS Y RITUALIDAD ANDINA

Cecilia Sanhueza Tobá.¹

Históricamente las regiones de Atacama (actual II Región de Antofagasta, norte de Chile) y LÍpez (Departamento de Potosí, sudoeste de Bolivia) han estado estrechamente vinculadas. Ambas pueden considerarse dentro del área andina Circumpuneña que se extiende, aproximadamente, desde el sur del salar de Uyuni abarcando el altiplano de LÍpez, las punas de Jujuy y de Atacama e incluye también las respectivas vertientes oriental y occidental. Las tierras bajas occidentales de este largo macizo puneño, que abarcan los oasis y quebradas piemontanas y la costa del Pacífico, se caracterizan por sus condiciones extremadamente áridas. Por el contrario, los bordes orientales o quebradas y valles del Noroeste argentino y del sudeste de Bolivia, presentan condiciones notablemente más fértiles. No obstante estas diferencias ecológicas, es posible considerar esta diversidad de espacios como pertenecientes a un área social e históricamente articulada. En el caso de Atacama y LÍpez, los estudios arqueológicos y etnohistóricos señalan que las poblaciones de ambas regiones desarrollaron, desde tiempos prehispánicos tempranos, diferentes patrones de movilidad y de complementariedad. Distintas estrategias sociales y económicas permitieron combinar la explotación directa de recursos diversos con un activo tráfico caravanero de intercambio a través de grandes distancias (Aldunate y Castro 1981; Berenguer 2004; Martínez 1998; Núñez y Dillehay 1979; Pimentel 2008; Sanhueza 1992 a y b; Tarragó 1984). A lo largo de la historia prehispánica, la circulación de productos o bienes de consumo y de materias primas fue dibujando y redibujando en la cartografía regional un conjunto de circuitos y de rutas de desplazamiento según las necesidades, transformaciones, conflictos sociales e influencias políticas que sufrían las poblaciones del área (Nielsen *et al.* 2006; Núñez y Dillehay 1979).

El período que se inicia a partir de mediados del siglo XVI, inauguró un proceso de profundos cambios. La imposición de nuevas formas de dominio en un contexto colonial generó un conjunto de readecuaciones de carácter territorial, productivo, tecnológico y sobre todo cultural. La investigación etnohistórica

¹ Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R. P. Gustavo Le Paige, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile. msanhueza@ucn.cl

ha dado cuenta, desde una perspectiva amplia, de los procesos de rupturas, rearticulaciones y continuidades que estos factores provocaron en la movilidad e interacción de las poblaciones circumpuneñas en general y de Atacama y Lípez en particular (Hidalgo 2004; Martínez 1998; Platt 1987; Sanhueza 1991, 1992a y b; Sanhueza y Gundermann 2007).

Sin embargo, y desde una mirada más específica del tráfico y movilidad caravanera, creemos que aún hay bastante que decir. En general, al momento de abordar las historias regionales posteriores a la invasión española, tendemos a ver un corte o una ruptura abrupta en los procesos y dinámicas que vivieron sus habitantes y particularmente quienes continuaron ejerciendo estas prácticas en el nuevo contexto mercantil colonial.

Desde esa perspectiva, el estudio de los circuitos y rutas utilizados para el tráfico en determinados períodos o por determinados grupos sociales podría contribuir a una aproximación a esas historias. Nuestro propósito aquí es abordar algunos aspectos de esos procesos concentrándonos en el principal eje o ruta de desplazamiento utilizado a partir del siglo XVI y que, fuera o no una readaptación de anteriores circuitos, se convirtió en una importante vía de articulación de la espacialidad colonial y también posterior. El estudio de la ruta “oficial” que comunicaba Atacama y Lípez y su devenir durante los siglos siguientes, puede orientarnos y entregarnos valiosos elementos de análisis respecto a las dinámicas experimentadas por sus agentes o protagonistas, aportando desde el punto de vista de sus continuidades y sobre todo de sus readaptaciones espaciales, tecnológicas, rituales y socioculturales.

Para eso, nuestra aproximación requiere distinguir primero diferentes etapas o escenarios históricos que, entre los siglos XVI y XIX, generaron diversas estrategias en la organización de estos espacios, en la circulación y en las formas de operacionalizar tecnológica y logísticamente sus vías de articulación. Una segunda aproximación, esta vez desde el terreno y sus materialidades, desde la ruta y sus manifestaciones (o lenguajes) viales, pretende incursionar en las percepciones, ritualidad y adaptaciones culturales asociadas al desplazamiento y a la interacción en estos territorios.

Tráfico caravanero y arriería: Transformaciones, continuidades y estrategias sociales

La reorganización espacial y la rearticulación del tráfico caravanero (Siglos XVI-XVII)

Desde mediados del siglo XVI se inicia una paulatina reorganización del espacio económico y político y una consecuente rearticulación del tráfico tradicional. El dominio español comienza a imponer una nueva racionalidad económica sustentada en el modelo mercantil europeo, e instituye un régimen político colonial. La minería, en ese contexto, adquiere un rol preponderante y sus principales centros de explotación, ubicados en la región altiplánica o Alto

Perú, se convirtieron en los polos articuladores del espacio productivo colonial. El mineral de Potosí y los nuevos centros urbanos altiplánicos aglutinaron una creciente población, tanto europea como indígena, cuya demanda de productos e insumos fue absorbiendo progresivamente parte importante de la circulación de bienes y recursos de las regiones circundantes, configurando nuevos circuitos de movilidad y tráfico de larga distancia (Assadourian, 1982).

La nueva organización del espacio productivo determinó también una organización política territorial coherente con sus necesidades. La cabeza administrativa, la Audiencia de Charcas, se radicó en el altiplano (La Plata) y bajo su jurisdicción se crearon los corregimientos de Atacama, Lípez, Chichas y Tucumán. Se les adjudicó un determinado territorio y se establecieron, aunque no siempre claramente precisados, sus deslindes jurisdiccionales. Los corregimientos de Lípez y Atacama abarcaron una extensa área. El primero incluyó desde el borde norte del salar de Uyuni, extendiéndose hacia el sur hasta la región del San Juan Mayo, entre las cordilleras de los Andes, al occidente, y la de Chichas, al oriente (Martínez 1998: 76-77). La administración española tendió a concentrar –o lo intentó– su dispersa población en reducciones ubicadas principalmente en la zona del borde sud-occidental del salar de Uyuni, donde se encontraba la mayor densidad demográfica. Los asentamientos o pueblos españoles se ubicaron en las zonas de San Cristóbal, al sur del salar, y Santa Isabel, San Pablo y San Antonio de Lípez hacia el extremo sudeste del corregimiento. La tributación indígena se concentró principalmente en el trabajo minero y en el transporte de metales (Martínez 1998; Maurtua 1906: 211).

Por su parte, el corregimiento de Atacama se dividió en dos doctrinas. Atacama la Alta, cuya cabecera era San Pedro de Atacama, comprendía la cuenca del salar de Atacama y sus oasis circundantes. Al oriente del salar incluía los anexos de Toconao, Socaire y Peine, y en el siglo XVIII, se incorporaron los asentamientos puneños de Susques e Incahuasi. Atacama la Baja, con capital doctrinaria en San Francisco de Chiuchiu, comprendía las localidades de Chiuchiu y Calama en el curso medio del río Loa, y otros asentamientos de la región del Loa Superior agregando, a partir del siglo XVIII, el enclave y pueblo minero de Conchi. En la costa, el anexo parroquial y puerto de Cobija fue incorporado a la jurisdicción de Atacama la Baja desde los inicios del período colonial y jugaría un rol importante como el principal enclave productivo y portuario del litoral del corregimiento (Hidalgo 2004; Martínez 1998) (Figura 1).

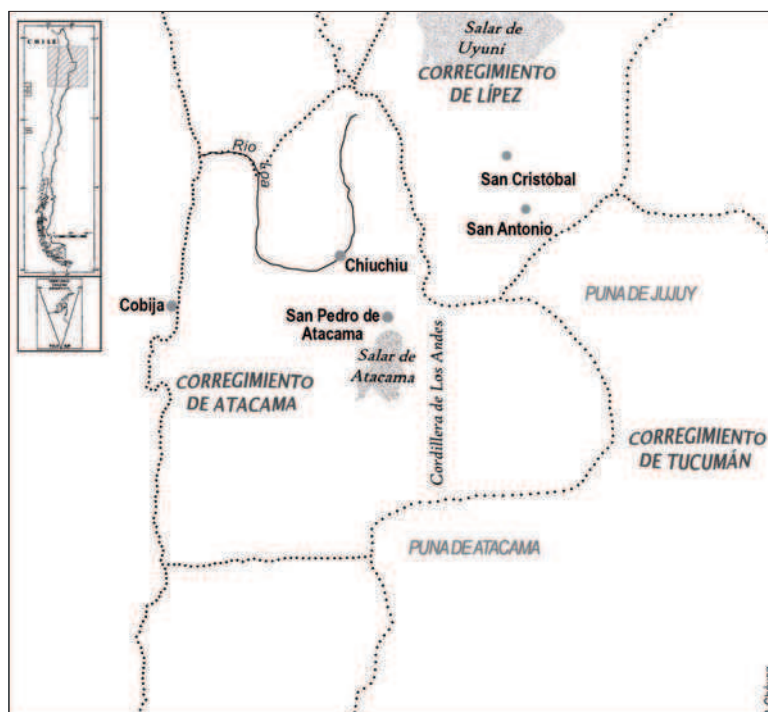


Figura 1. Organización y delimitación (aproximada) de los corregimientos coloniales de Atacama, Lípez y Tucumán, correspondientes al área Circumpuneña (basado en Hidalgo, 1982).

Durante la segunda mitad del siglo XVI se inicia también el proceso de reducciones y comienzan a implementarse el tributo y la encomienda. En el caso de Atacama, la producción minera (fundamentalmente de cobre) no estuvo entre las principales prioridades españolas cuyos intereses se concentraron en la explotación marina y en la incipiente actividad portuaria de Cobija. La institución de la encomienda proporcionaba la mano de obra para la producción y el transporte de pescado seco o charqueado, que se comercializaba principalmente en los centros urbanos y mineros de Lípez, Porco, Potosí y Chuquisaca. Con estas actividades se inauguró el eje colonial de circulación entre la costa y el altiplano, siguiendo la ruta que bordeaba el curso medio y superior del río Loa y se introducía a Lípez por el sur del salar de Uyuni (Figura 2). Este tráfico era realizado por los indígenas con grandes recuas de “carneros” o llamas y se convirtió en la principal actividad mercantil de la población tributaria atacameña² de los inicios de la colonia y en un lucrativo negocio para los encomenderos y autoridades españolas locales (Martínez 1985; Sanhueza, 1992a ; Vásquez de Espinoza 1948: 617-618).

² Utilizamos el término atacameño como gentilicio y no necesariamente como adjudicación étnica o sociopolítica.



Figura 2. Mapa de la ruta colonial y posterior que unía Atacama y LÍpez (contextualizada en las fronteras internacionales actuales). Salvo la localidad de Huanchaca (mineral que se incorpora al circuito en el siglo XIX), los restantes hitos fueron utilizados entre el siglo XVI y los inicios del XX (mapa: Paulina Chávez).

Pero también una proporción de la producción local indígena se integró a los nuevos circuitos combinando y complementando sus tradicionales itinerarios de tráfico caravanero con la creciente demanda de los mercados mineros. En éstos y especialmente en Potosí, los caravaneros y arrieros de LÍpez y de Atacama intercambiaban o comercializaban (a cambio de metales o “pesos ensayados”) diversos productos con la población tributaria que, proveniente de otras regiones, había sido trasladada o residía allí temporalmente para el turno de la mita. Entre los principales productos de consumo e intercambio estaban el ganado “de la tierra”, el maíz, la coca, el pimienta, la chicha, la quínoa, el pescado seco, además de materias primas, textiles y manufacturas en general (Capoche 1959: 129, 150; Vásquez de Espinoza 1948: 587). Estos productos eran intercambiados por diferentes especies que se destinaban no sólo al autoconsumo, sino también al posterior intercambio en tierras altas y bajas de la región Circumpuneña (Sanhueza 1992a). Según las crónicas contemporáneas los pobladores de LÍpez participaban activamente en las transacciones del mercado potosino, adquiriendo productos tan cotizados como la coca, que a su vez era destinada al intercambio. También llevaban otros productos y manufacturas tales como tejidos, harina de quínoa,

“colores” (material para teñir) y plumas de avestruces. El ganado camélido, una de sus principales riquezas, era también intercambiado en los mercados mineros y en las tierras bajas occidentales, como Tarapacá y Atacama (Capoche 1959: 129; Lozano Machuca 1885).

Los atacameños, por su parte, acudían regularmente a Potosí, Porco e incluso a la ciudad de La Plata donde tenían sus “tratos”, complementando sus obligaciones al encomendero de Atacama con el transporte, comercialización e intercambio de sus propios productos (Sanhueza 1992a). Entre ellos, los recursos del litoral tenían especial importancia puesto que ofrecían una amplia variedad de especies, las que eran sometidas a un proceso de “secado” al sol (o “charqueado”) y “salado”, facilitando su conservación y transporte. Los habitantes de los oasis del desierto accedían a estos recursos a través de la explotación directa o del intercambio con las poblaciones pescadoras especializadas. El “charquesillo” había sido objeto de un importante tráfico local y hacia las distantes tierras altiplánicas desde períodos prehispánicos tempranos y, durante todo el período colonial, el aumento en la demanda de este producto estimuló una explotación y tráfico a mayor escala (Núñez y Dillehay 1979; Sanhueza 1991).

En este contexto y condiciones, la arriería indígena colonial se desarrolló tempranamente. De hecho, parte de los nuevos circuitos involucraban regiones y grupos tradicionalmente vinculados a los habitantes de Atacama. La ruta a Potosí, como se describirá en detalle más adelante, atravesaba la puna de Lípez permitiendo a los caravaneros abastecerse e intercambiar productos tanto en asentamientos locales tradicionales como en los minerales de ese corregimiento. Es decir, es muy posible que las redes de relaciones sociales y económicas preexistentes hayan facilitado la articulación de los antiguos circuitos con el desplazamiento a los nuevos mercados. En Atacama, a pesar de las transformaciones que comenzaban a producirse y de las presiones y abusos de corregidores y encomenderos, el tráfico caravanero continuaba desenvolviéndose y complementaba las transacciones mercantiles con otras prácticas andinas de intercambio. Estas continuidades pueden percibirse no sólo en períodos coloniales tempranos, sino también durante los siglos siguientes, permitiendo o reforzando la reproducción de la movilidad y de las relaciones de complementariedad interregional (Sanhueza 1991, 1992a y b).³

³ Metodológicamente es necesario hacer algunas precisiones respecto a lo que entendemos por “tráfico caravanero” y por “arriería”, aunque no siempre se trate de dos prácticas muy diferentes, especialmente durante el siglo XVI. Estrictamente hablando, en ambos casos podemos hablar de arriería, si la definimos como la actividad de comercio y/o transporte de productos que se origina a partir del período colonial y que se caracteriza por su integración en mayor o menor medida a las lógicas del sistema de mercado. Es decir, a pesar de los cambios iniciales, la estructura social y sobre todo tecnológica que sustentaba el tráfico caravanero (prácticas de pastoreo y crianza del ganado de carga, técnicas de desplazamiento y selección de rutas, estacionalidad del tráfico, etc.) continuó relativamente estable en estas regiones durante un primer período de transición. Pero a partir del siglo XVII, la introducción del ganado mular generó transformaciones importantes. El uso de la mula provocó readaptaciones tecnológicas y de una serie de prácticas asociadas a la movilidad tradicional. Repercutió también en las economías domésticas ya que, a diferencia del camélido (criado de acuerdo a los patrones tradicionales de pastoreo) las mulas (por ser híbridos y por tanto no

La ruta colonial

La ensenada de Cobija reunía las condiciones adecuadas para la concentración de actividades de pesca y para el futuro impulso de un puerto. Fue el punto de partida de la ruta principal de comunicación hacia el interior del corregimiento y hacia el altiplano. Como la mayoría de los enclaves costeros ubicados al sur de la desembocadura del río Loa, contaba con escasas vertientes de agua dulce, lo que dificultaba la presencia de una población demográficamente significativa. Así también las condiciones de la ruta que unía a Cobija con las riveras del río Loa eran particularmente precarias. El trayecto inicial y más duro abarcaba más de 20 leguas (es decir entre 80 y 90 km) prácticamente sin recursos, cuyos principales hitos eran las localidades de Colupo y Miscanti, provistos de agua de mala calidad y prácticamente sin forraje. Se alcanzaba luego el oasis de Chacance y la localidad de Guacate en el curso del Loa, hasta Calama, bien provista de pastos aunque de agua salobre. El siguiente hito era Chiuchiu, importante punto de abastecimiento por sus recursos agrícolas y la calidad de sus aguas. Por esta razón se articulaban allí diferentes rutas. Desde este punto, los principales hitos mencionados por las fuentes coloniales y posteriores eran Santa Bárbara, Polapi (Ascotán), Tapaquilcha (donde comenzaba la jurisdicción de Lípez), Viscachillas, Alota, Río Grande (en las cercanías de San Cristóbal de Lípez), Amachuma, Agua de Castilla, “punta de la Cordillera de los Frailes”, Porco y Potosí. En la descripción de Cañete y Domínguez ([1791] 1974), se destacan también las condiciones extremadamente hostiles y los “grandes despoblados” que presentaba este recorrido, puesto que atravesaba una cordillera de clima muy riguroso y frecuentemente desprovista de agua y leña. Según distintas fuentes, el trayecto en su totalidad podía abarcar más de 150 leguas (500 km) (Sanhueza 1991a).

Las condiciones de esta travesía determinaban también las técnicas o prácticas del desplazamiento, las que debieron adaptarse al contexto colonial y sus exigencias. Por ejemplo, hacia fines del siglo XVI el encomendero de Atacama, Velázquez Altamirano, mantenía una red de explotación y comercialización de pescado seco, para lo cual tenía distribuida a su familia en Cobija –organizando la extracción del pescado– y en Chiuchiu, donde se almacenaba para luego ser enviado a Potosí. El transporte entre el litoral y los oasis del río Loa era efectuado por los atacameños, como también el viaje hacia el altiplano. Este último se hacía con caravanas de llamas por la mencionada ruta a través de Lípez. Sin embargo, el trayecto entre Cobija y el Loa se podía hacer (o se hacía con frecuencia) a pie, como lo señala un testimonio de 1591, que declara que el encomendero había “sacado el pescado en cargas de los mismos indios a cuestras” para almacenarlo en

reproducibles) debían adquirirse por dinero en el mercado hispano colonial. Por todos estos factores y aunque a veces denominemos genéricamente “arriería” al tráfico colonial y posterior –independientemente del animal utilizado–, en ciertos contextos preferimos diferenciar la “arriería” con mulas y el “caravaneo” con llamas puesto que ambas actividades siguieron coexistiendo hasta tiempos recientes en estas regiones y presentan algunas características distintivas (ver también Sanhueza 1992b).

los pueblos del interior, agregando que desde Cobija hasta donde lo traían había unas 28 ó 30 leguas por las que circulaba una cantidad significativa “de indios cargados con el dicho pescado” (Martínez 1985: 169-170).

Aparentemente, y no obstante que esta actividad haya sido particularmente dura, la práctica de desplazarse a pie hacia el litoral no era nueva para los caravaneros. Si bien es posible acceder a tierras bajas y calientes con ganado camélido —y así lo ha demostrado la arqueología (Núñez 1976; Núñez y Dillehay 1979)—, las costas al sur de la desembocadura del Loa, salvo algunas excepciones, no parecen haber permitido el acceso regular de las poblaciones del interior. Probablemente, en estos casos el viaje con animales se realizaba en momentos muy específicos como los llamados “tiempos de lomas”, que eran aquellos períodos en que producto de la garúa, brotaban pastos tiernos en los cerros del litoral desértico (Cajías 1975: 66-67; Murra 1975: 119). Aunque las características de la ruta a Cobija no hacían imposible el tráfico con camélidos, éste debió haber presentado fuertes dificultades y altos costos para el ganado. Desde Chacance (el último punto del Loa antes de la travesía hacia el litoral), se debía recorrer una distancia superior a los 80 km generalmente desprovista de agua. Incluso en los siglos posteriores, cuando este trayecto se hacía exclusivamente con mulas, frecuentemente se viajaba de noche para sortear las altísimas temperaturas (Arze [1786], en Hidalgo 1983: 141).

La práctica del desplazamiento a pie ha sido corroborada por recientes investigaciones realizadas en la pampa interior de la región de Tocopilla, donde el estudio de un enterratorio humano asociado a una ruta de tráfico permite demostrar su vigencia en poblaciones costeras durante el Período Formativo. Estas prácticas podrían estar dando cuenta de algún tipo de segmentación del tráfico a larga distancia en circuitos más discretos, correspondientes a un tráfico más bien interzonal y que no necesariamente se regía por el manejo de animales de carga característico de las tierras altas (Cases *et al.* 2008; Pimentel *et al.* en este volumen). Es probable, entonces, que se hicieran estos recorridos sin animales al menos por aquellas rutas que presentaban mayor dificultad y que ponían en peligro la conservación del ganado camélido. Posiblemente los atacameños accedían sólo estacional o esporádicamente a la ensenada de Cobija con caravanas de llamas, cuando se daban las condiciones para permanecer con las recuas algunos días. Sin embargo, a partir del siglo XVI, la presión mercantil colonial que imponía la lógica de la rentabilidad del negocio del pescado sometió, probablemente, a las poblaciones del interior a efectuar en forma mucho más regular este recorrido.

Hasta las primeras décadas del siglo XVII, en general, el tráfico desde el interior de Atacama hacia Potosí se realizó utilizando el camélido como medio de carga. Esto implicaba una relativa continuidad en los patrones y en las tecnologías tradicionales de la movilidad caravanera en cuanto a la organización de los desplazamientos, la selección de determinados derroteros y sus recursos, y a la interacción social que permitía la reproducción de estos circuitos (relaciones

de parentesco, de compadrazgo u otras). Como se desarrollará más adelante, esto permitía también la reproducción de las prácticas culturales y rituales vinculadas al desplazamiento, independientemente de que el “macro diseño” de los recorridos y sus destinos finales estuvieran en continuo proceso de cambio.

El crecimiento de la circulación mercantil y las transformaciones tecnológicas del desplazamiento (Siglos XVII–XVIII)

La actividad minera colonial no respondió, necesariamente, a un proceso continuo y ascendente. Sucesivas etapas o ciclos de auge, decadencia e incluso de crisis, repercutieron en momentos de mayor o menor intensidad del tráfico interregional, a los que las economías locales hispanas e indígenas debieron ajustarse activando diferentes circuitos de desplazamiento y comercio (Assadourian 1980). La explotación minera en Lípez vivió su mayor auge durante el siglo XVII, decayendo en el XVIII, período en que adquirió mayor impulso en Atacama dando origen, entre otros, al asiento de Conchi en el Loa superior (Salazar *et al.* 2004). El transporte del mineral a los ingenios de Potosí, el negocio español de comercialización de charquesillo y el incremento de la internación de mercancías por el puerto de Cobija diversificaron la actividad arriera que alternaba y combinaba los fletes hacia el altiplano con su propio comercio en las tierras altas y en los valles transcordilleranos. La articulación de prácticas de intercambio con prácticas mercantiles se ilustra con la figura de los “rescatiris”⁴ quienes intercambiaban textiles y coca por charquesillo con los “indios naturales del puerto de Cobija”. Ese pescado era a su vez comercializado por los mismos agentes en las ciudades del altiplano por un precio en dinero mucho mayor (Pino Manrique, en Bertrand 1885: 144-145; Sanhueza 1991: 122, 138).

Aunque el tráfico caravanero (con camélidos) no desapareció hasta avanzado el siglo XX, la incorporación del mular fue un factor relevante en el desarrollo arriero y comenzó a producir cambios significativos en las modalidades del tráfico interregional. A partir de la primera mitad del siglo XVII los indígenas de Atacama comenzaron a adquirir mulas a través de la compra y el endeudamiento con los curas doctrineros y los corregidores. Frecuentemente el costo de este ganado de carga se cubría a través de la realización de fletes de pescado pertenecientes a la Iglesia, a las autoridades y encomenderos, como también con el transporte de mercaderías que entraban por Cobija. Sobre todo para los corregidores, el tráfico y venta de mulas se convirtió en un negocio lucrativo y, no obstante sus altos precios, los atacameños incorporaron este ganado a sus prácticas arrieras sobre todo porque facilitaba el desplazamiento hacia el litoral desértico. La arriería indígena se transformó en uno de los principales rubros económicos, especialmente de las poblaciones del río Loa (Atacama la Baja), por donde pasaba la ruta a Potosí. Los

⁴ Rescatiris: nombre derivado de la lengua aymara y del castellano que se daba a los traficantes indígenas que “rescataban” (intercambiaban) y movilizaban guano y charquesillo.

tributarios atacameños dependían mayoritariamente de esta actividad para pagar sus tasas y, progresivamente, comenzaron a prescindir de la llama, al menos en parte importante de los circuitos de largas distancias (Sanhueza, 1992b).⁵

Esta situación debió incidir en una readaptación de las lógicas y técnicas del desplazamiento. Las mulas presentaban notables ventajas comparativas con el camélido en cuanto a capacidad de carga, resistencia a las largas distancias y velocidad, lo que permitió reorganizar el tráfico privilegiando aquellas rutas o derroteros que resultaran más funcionales y expeditas. Las primeras descripciones conocidas sobre dos grandes rutas coloniales que comunicaban Atacama con el corregimiento de Lípez, manifiestan estas lógicas de conexión directa con los enclaves mineros de esa región y de allí hacia los grandes centros del altiplano. Como ya se ha descrito, aquella proveniente de Cobija, bordeaba el Loa y se dirigía a San Cristóbal de Lípez, desde donde enfilaba hacia el altiplano potosino. La localidad de Chiuchiu era el punto convergente entre esa y otra ruta que desde San Pedro de Atacama se dirigía hacia esos destinos. La segunda ruta vinculaba directamente San Pedro de Atacama con San Antonio de Lípez, uno de los principales asentamientos mineros del sudeste de ese corregimiento. Esta travesía, cuya descripción pormenorizada desconocemos, parece haber sido de uso frecuente de los habitantes de San Pedro, puesto que evitando el desvío a Chiuchiu enderezaba el rumbo atravesando una de las zonas más inhóspitas y frías de esos territorios (Cañete y Domínguez [1791] 1974: 243-244). No obstante que al menos parte de estas rutas pudieran haber sido utilizadas con alguna frecuencia en tiempos prehispánicos, creemos que indiscutiblemente los nuevos lugares de destino y las ventajas del ganado mular debieron incidir fuertemente en una utilización más periódica o regular.

El siglo XIX, los Estados Nacionales y las políticas de fomento de la circulación. El sistema de “postas”

Luego de la Independencia, los territorios de Lípez y de Atacama fueron incorporados a la República de Bolivia. Mientras Lípez no sufrió mayores modificaciones administrativas o territoriales hasta 1885⁶, en Atacama se estableció al puerto de Cobija o Lamar como cabeza departamental. Las inversiones públicas y privadas estuvieron dirigidas fundamentalmente a la habilitación del puerto y de la infraestructura logística necesaria para activar el tráfico y las comunicaciones desde y hacia el interior de Bolivia (Cajías 1975).

Durante este período la actividad arriera adquirió mayor impulso estimulada por políticas estatales que fomentaron la adquisición de ganado mular y el cultivo

⁵ Sin embargo el camélido siguió cumpliendo un rol importante como animal de carga en aquellas zonas mineras, como en el caso de Lípez, cuya altura y condiciones extremas de aridez lo requerían, tanto para faenas de baja de metales como para cubrir circuitos locales de abastecimiento (Sanhueza 1991).

⁶ Ese año la provincia fue dividida en Nor y Sur Lípez, con capitales en San Cristóbal y en San Pablo, respectivamente (Platt 1987: 225)

de alfalfa, favoreciendo además la instalación de casas comerciales dedicadas a las importaciones, comercio y tráfico (Cajías 1975). La mano de obra arriera, proveniente tanto de Atacama como de LÍpez, realizaba el transporte de las mercaderías a Potosí, los valles tarijeños y las provincias argentinas. Aunque hacia la segunda mitad del siglo las fuertes fluctuaciones y períodos de crisis económica y política de Bolivia provocaron una disminución del tráfico, las poblaciones de LÍpez y Atacama mantuvieron, en menor escala, sus “trajines” y movilidad adaptándolos a sus propios ciclos o calendarios productivos (Philippi 1860; Platt 1987: 230).

En 1825 se exploró oficialmente la ruta colonial que a través del Loa se internaba hacia LÍpez y Potosí, con el objeto de implementar un sistema de postas estatales y de evaluar la posible construcción de caminos formalizados. El alto costo que esto último implicaba determinó que la inversión se destinara sólo a la instalación de postas o “tambos”, los que se ubicaron prácticamente en el mismo derrotero señalado en el período colonial (Burdett O’Connor [1826] 1928; Cajías 1975). Hacia 1830 se inició la construcción o habilitación oficial de las postas con el objeto de suministrar alojamiento, alimentación, forraje y eventualmente animales de carga a los viajeros que, en forma particular o como funcionarios estatales, realizaban estos recorridos. Los administradores de los recintos eran los “maestros de postas”, frecuentemente concesionarios privados que contaban con créditos o incentivos estatales. Existía también un número variable de “postillones” indígenas para el servicio de los pasajeros, que recibían un salario, aunque frecuentemente éste consistió en su exención del pago del tributo indigenal. Según la reglamentación oficial, los arrieros indígenas no debían pagar el usufructo de estos alojamientos, sin embargo, para esos efectos se debía habilitar algún refugio alternativo a la posta. El diseño y la materialidad de los recintos se ajustaban a las condiciones particulares de cada lugar, pero debía contener, al menos, una habitación para los pasajeros, otra para el maestro de posta, una cocina y un corral para las bestias (Figura 3) (Cajías 1975; Moreno 1877). La ubicación de las postas debió ajustarse a las condiciones necesarias para el abastecimiento de agua, forraje y leña, y a la organización de trayectos que no sobrepasaran una jornada de camino, de manera que la distancia máxima entre éstas no superaba los 40 km (Risopatrón 1910: 130).

La modernización: expansión capitalista e inversión privada en el sistema vial. Carreteras y ferrocarril

A partir de la década de 1870, la expansión de grandes capitales privados en estas regiones dio origen a un intenso desarrollo minero que provocaría profundos cambios en las economías locales y nacionales. La explotación de salitre en la pampa y de plata en Caracoles, impulsó el crecimiento de Antofagasta, que terminó desplazando en importancia al puerto de Cobija. En

Lípez, el mineral de Huanchaca, ubicado en el borde sudeste del salar de Uyuni, alcanzó un desarrollo sin precedentes y se convirtió en el principal yacimiento argentífero de Bolivia (Bresson [1886] 1997: 108-111). Este enclave, ubicado en pleno desierto altiplánico, fue gravitante en las economías regionales y generó nuevos subcircuitos de tráfico implementando, por primera vez, un sistema vial formalizado. Se construyó la llamada “gran carretera” (habilitada para carretas a tracción animal), que unió al mineral con la región del Loa en la provincia de Atacama siguiendo el trazado de las postas bolivianas hasta Calama, desde donde se ramificaba hacia los puertos de Tocopilla y Antofagasta. El camino carretero permitió un intenso tráfico destinado a la baja del metal y al abastecimiento de Huanchaca, pero también articuló otras redes viales provenientes de enclaves emergentes como las borateras del salar de Ascotán y las minas de cobre del Loa Superior y de los alrededores de Calama (Bertrand 1885; Risopatrón 1910). (Figura 4).

En 1879, el conflicto del Pacífico representó un hito de considerables proporciones para la historia regional. La antigua provincia de Atacama fue anexada a Chile con la consecuente reorganización político-territorial de esta región que quedaría ahora oficialmente desmembrada de Lípez por el establecimiento de fronteras nacionales. Poco después, entre las décadas de 1880 y 1890 se construyeron las líneas ferroviarias entre el puerto de Antofagasta, el Loa y el altiplano de Lípez hasta el mineral de Huanchaca, pero dibujando a través de Ollagüe -ubicado varios km más al norte- un recorrido diferente a la antigua ruta. Esto inauguraba una etapa de modernización del sistema de transportes regional que impactaría fuertemente la continuidad del tráfico arriero. Como señalaba, por esa época, el cura párroco de Atacama:

“Desde que se suprimió el puerto de Cobija i se estableció el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, la arriería que antes era la principal industria de los atacameños, está moribunda, sino ya muerta. Pocas son las tropas que actualmente trabajan, i sus dueños tienen que enviarlas hasta Potosí para de allí llevar carga a Sucre; con todo, el negocio no es remunerador i se ve ya que dentro de pocos años la arriería no existirá más en Atacama” (Vaisse 1894).

La expansión capitalista y el ferrocarril generaron nuevas condiciones permitiendo el flujo expedito al puerto de Antofagasta y el crecimiento industrial de la región del Loa. Pero a su vez esto acarrió importantes consecuencias sociales. Junto con la abrupta disminución del movimiento por la ruta carretera y tropera, el trazado de las líneas férreas no incorporó localidades como Chiuchiu, oasis que siempre se había visto favorecido por la actividad arriera, lo que perjudicó notablemente su integración en los circuitos regionales. Pero, ante todo, el sector económico tradicional más fuertemente afectado fue el de los arrieros que no pudieron competir, al menos en estas rutas, con el ferrocarril (Risopatrón 1910: 157).



Figura 3. La antigua posta boliviana de Vizcachillas, que formaba parte de la ruta histórica (gentileza de Axel Nielsen).



Figura 4. Vista del camino carretero construido en la década de 1870, actualmente abandonado. Este segmento corresponde a las cercanías de la posta de Tapaquilcha, en el altiplano de LÍpez (gentileza de Axel Nielsen).

Sin embargo y a pesar de todas estas transformaciones, el caravaneo (con camélidos o burros) y la arriería fueron prácticas que permanecieron en el tiempo

—por lo menos hasta la primera mitad del siglo XX—, pero circunscritas ahora a espacios de desplazamiento más reducidos. El grueso de la movilidad regional parece haberse concentrado principalmente en circuitos locales dirigidos al abastecimiento de enclaves y campamentos mineros. Pero también aunque muy disminuida, esta actividad se readaptaba una vez más a las nuevas condiciones. Como lo graficaba Risopatrón (1910: 150), en los inicios del siglo XX existían en San Pedro de Atacama almacenes de provisiones que comerciaban principalmente con los “indios bolivianos”. Quienes, desde San Cristóbal de Lépiz, traían productos tradicionales como cueros de chinchilla, hojas de coca, ollas de barro y ají, llevando de vuelta principalmente alcohol y los frutos del chañar (1910: 150). El chañar, altamente estimado en el altiplano, era adquirido en Atacama en pesos chilenos y vendido en Lépiz o en la tradicional feria de Huari en pesos bolivianos. Así también las llamas, además de ser objeto de trueque o intercambio, tenían un precio establecido en el mercado local atacameño, pero no en moneda chilena, sino boliviana (Risopatrón 1910: 159-160). De este modo, existía un mercado indígena que satisfacía necesidades de consumo, combinando la utilización de circulante de distinto origen según las convenciones establecidas y la conveniencia de las tasas de cambio. Se articulaban estrategias mercantiles con prácticas “tradicionales”. Nos preguntamos si a esta altura del relato histórico corresponde distinguir lo “tradicional” como algo opuesto o contradictorio con los mecanismos de integración a los mercados que hemos observado en los cuatro siglos que tan brevemente hemos explorado.

Cabe la salvedad, en todo caso, de que en este nuevo contexto los caravaneros y arrieros de ambos lados de la frontera debían establecer circuitos alternativos o reutilizar las olvidadas rutas históricas para efectos de un comercio e intercambio que, ahora, sería calificado de contrabando.

El lenguaje de las materialidades. Otra mirada a los protagonistas desde las rutas y caminos andinos.

El estudio de las rutas de desplazamiento, particularmente en aquellas regiones en las que el tráfico caravanero fue una de las principales estrategias económicas, puede ser una valiosa contribución al conocimiento de formas de interacción, de patrones de movilidad y de organización simbólica de espacios sociales, étnicos y rituales (Berenguer 2007; Nuñez 1976; Sanhueza 2005). Esto tanto a nivel de los grupos sociales que circulaban y reproducían circuitos de interacción con otros espacios y con otros grupos, como a nivel de los sistemas viales más institucionalizados como la caminería estatal incaica e incluso la posterior. En el primer caso, como sostiene Martínez (1998: 151), la idea de circuito o tránsito utilizando determinadas rutas o caminos troperos pudo constituir un tipo de demarcación identitaria y de diferenciación social o étnica ya fuera a través de la utilización de ciertos senderos en particular, o a través de ciertos “marcadores” camineros (v.g. lugares de descanso y de ritual) que señalaran un uso no arbitrario

o azaroso del espacio social (ver también Nielsen 1997). A partir del período colonial, y no obstante los cambios provocados por la imposición o rearticulación de ciertos circuitos, la actividad arriera indígena pudo reproducir o reformular estas prácticas sociales, rituales y espaciales.

El Camino del Inca, por otra parte, puede ser también un importante referente respecto a las formas y estrategias andinas de construcción de paisajes y de reorganización de espacios culturales y simbólicos (Hyslop 1992). La materialidad de la vialidad estatal, su trazado en el espacio y su infraestructura asociada (tambos, hitos demarcatorios, u otras manifestaciones viales de carácter logístico o ritual), da cuenta de determinadas formas de apropiación, rediseño y re-semantización de paisajes y territorios (Berenguer 2007; Sanhueza 2004a y b; Vitry 2002). En ese sentido, el estudio de la vialidad incaica, de los espacios que articulaba o dividía, de las prácticas rituales que incorporaba o que imponía, entre otros aspectos, permite una aproximación no sólo a la cartografía del Tawantinsuyu, sino más generalmente a las formas andinas de organizar el espacio en el contexto del desplazamiento. El *Qhapaq Ñan* puede entenderse como un eje que organizaba determinadas jurisdicciones territoriales, no obstante que éstas se establecieran en espacios socialmente heterogéneos y/o discontinuos o incluso en el contexto de grandes espacios “vacíos” o “internodales” (*sensu* Berenguer 2007). Como veremos más adelante, un buen elemento de análisis respecto a la construcción de estas territorialidades a través de la caminería pueden ser las prestaciones que los grupos sometidos debían realizar al Estado (mita de mantención del camino, habilitación y abastecimiento del sistema de tambos, etc.) y que requerían de una clara organización espacial y jurisdiccional, modalidad que podemos identificar en algunos casos, incluso hasta épocas relativamente recientes.

Hay también otros elementos y categorías aportadas por los estudios de caminos incaicos que creemos pertinentes mencionar, entre los que se encuentran los dispositivos o demarcadores característicos de la vialidad estatal. En un estudio anterior (Sanhueza 2004a), hemos analizado las posibles significaciones de las llamadas “*sayhuas*”, “*chutas*” o “*tupus*”, características de los caminos incaicos de Atacama. Se trata de estructuras o columnas construidas por superposición de piedras, de diámetros y alturas variables y que generalmente se encuentran en parejas, dispuestas a ambos costados del camino (Hyslop 1992; Niemeyer y Rivera 1983). Los nombres que se les asignan en quechua y en aymara, nos remiten a significados asociados a medición de distancias (específicamente a las “leguas del Inca”), a demarcación de deslindes o fronteras y a la organización del turno para el trabajo colectivo (Sanhueza 2004a; Urton 1984). Siguiendo en esta línea, hemos sostenido que estas estructuras pueden responder a distintos significados o funcionalidades de acuerdo a las características o contextos en que aparezcan y que pueden representar una compleja nomenclatura o lenguaje vial (Sanhueza 2004 a y b) (Figura 5).



Figura 5. Pareja de *sayhuas* dispuestas a ambos costados del camino incaico y posterior ruta colonial que bordeaba la quebrada del río Loa (gentileza de Christian Vitry).

Las ideas generales señaladas aquí nos pueden ser de bastante utilidad para una comprensión de las prácticas asociadas a la vialidad estatal no sólo prehispánica sino también colonial y posterior, como lo desarrollamos a continuación.

Tambos, postas y caminos: superposición, entrecruzamiento y “paralelismos”

Como hemos señalado, desde sus inicios en el siglo XIX, el estado boliviano incentivó e invirtió en infraestructura que facilitara el tráfico y comunicaciones entre el altiplano y la costa. En 1830, el gobernador de la provincia de Atacama, describía los “tambos o postas” que se habían construido o habilitado en la ruta hacia el interior de Bolivia, entre los que incluía varias de las localidades mencionadas en tiempos coloniales, a la vez que agregaba otras. En la región que nos interesa señalaba, de este a oeste, las postas de Chacance, Guacate, Calama, Chiuchiu, Incahuasi, Santa Bárbara, Polapi, Ascotán, Tapaquilcha, Viscachillas, Alota (ANB, MI, T. 31, No 22. Año 1830). La posta de Incahuasi, no mencionada en fuentes anteriores conocidas, presenta un particular interés, puesto que, como su nombre lo indica, se corresponde también con un tambo incaico. Como hemos podido constatar en terreno, este sitio arqueológico está asociado a un segmento del Camino del Inca que coincide con la ruta colonial que bordeaba de norte a sur la quebrada del río Loa (Berenguer *et al* 2005) (ver Figura 2). La posta es descrita como el “tambo de Ingaguasi”, situado a siete leguas de Chiuchiu, donde se había habilitado o fabricado “una sala cómoda para

los pasajeros, otra para el Maestro de Posta, con su cocina, su corral y su guarda patio” aprovechando la buena calidad del agua a esas alturas del río Loa (ANB, MI, T. 31, No 22. Año 1830) (Figura 6).



Figura 6. Tambo incaico de Incahuasi en el Loa, reutilizado en tiempos coloniales y en el siglo XIX como posta boliviana (gentileza de María Paz Miranda).

Se superponía una posta decimonónica a un sitio incaico que, a su vez, manifiesta una clara superposición de esa vialidad estatal andina sobre ocupaciones y rutas anteriores (Uribe y Cabello 2005). Retomando las ideas centrales de estos autores, es interesante la presencia en el sitio de alfarería del Período Intermedio Tardío local (900-1450 d.C.) e incluso de alfarerías foráneas contemporáneas (v.g. Hedionda, proveniente del altiplano de LÍpez). Así también se registra material local de tiempos hispanos, continuando su ocupación hasta momentos subactuales. A su vez, cerámicas foráneas y/o “exóticas” correspondientes a los estilos trasandinos Yavi y La Paya, así como a “Saxámar-Inka Pacajes” e “Inka Cusqueño”, dan cuenta del dominio incaico y sus conexiones con el Noroeste argentino, el altiplano Circumtiticaca y el Cuzco. En definitiva, concluyen que la ruta habría sido recorrida por las poblaciones locales por lo menos desde el Período Formativo Tardío (100-900 d.C.) iniciándose como un verdadero “sistema vial” durante el Intermedio Tardío, coherente con el énfasis caravanero que se registra en Atacama en esas épocas (Núñez y Dillehay 1979). Esta ruta, a su vez, habría estado en pleno funcionamiento cuando el Inca la “interceptó” y anexó a su red de caminos (Uribe y Cabello 2005: 79-82). Estas reflexiones nos parecen sumamente significativas al momento de incorporar a estos procesos aquéllos

que se originaron a partir del período colonial. Los caravaneros del siglo XVI que se adaptaban a nuevos destinos en las zonas mineras locales y altiplánicas, los arrieros que recorrieron a lomo de mula estos derroteros realizando sus fletes y transacciones, el camino carretero que hacia fines del siglo XIX también inscribió su paso por estos paisajes, dan cuenta no tanto de un proceso de “ruptura” posterior a la colonización, sino más bien de las capacidades de adecuación y de las nuevas dinámicas sociales que se generaron y se reprodujeron históricamente en estas regiones.

Es interesante notar también que, además de las postas o alojamientos “oficiales” del siglo XIX, las huellas materiales que hemos podido observar actualmente en estas rutas, dan cuenta de la habilitación, a veces “paralela”, de otro tipo de refugios menos formalizados y diferentes a la arquitectura boliviana. En ciertos casos, éstos corresponderían a la estructura más expeditiva de los paravientos o *jaras* (*sensu* Nielsen 1997) y, a juzgar por sus materialidades asociadas, parecieran ser contemporáneos a las construcciones republicanas señalando la continuidad de prácticas de movilidad “tradicionales” que sin duda debieron operar simultánea aunque diferenciadamente de las postas oficiales.

Por su parte, el camino formalizado (carretero) se construyó, donde fue posible, sobre la huella tropera anterior. Pero en los terrenos más difíciles debió seguir su propio curso, lo que significaba redibujar el mapa rutero de acuerdo a las nuevas necesidades. Como señalaba Latrille (en Valdés 1886: 6), “el camino para tropas es frágil y accidentado; la huella carretera es mejor, con zig-zag que describe ganando altura i que lo alargan, sin embargo, demasiado”. No obstante estas readecuaciones logísticas y la “modernización” de la ruta, la infraestructura vial oficial fue readaptada o acondicionada según los patrones tradicionales de los arrieros andinos. Esto no sólo en sus aspectos logísticos sino también en lo que se refiere a la organización simbólica del espacio y la movilidad, como puede apreciarse en las manifestaciones materiales de la ritualidad asociada al camino.

Rutas, rituales de frontera y dinámicas sociales. El caso de “Cuatro Mojones”

Desde el siglo XVI tenemos información del tráfico arriero-caravanero entre Atacama, Lípez y Potosí. Aunque las primeras descripciones específicas de la que era la principal ruta colonial utilizada, son recién de fines del siglo XVIII. Como dijimos, esta ruta proveniente de Cobija, seguía el curso medio y alto del río Loa y se dirigía por un extenso “despoblado” a Tapaquilcha y San Cristóbal de Lípez desde donde se orientaba hacia el altiplano potosino.

En plena Cordillera Occidental⁷, la localidad de Tapaquilcha es descrita en 1792 como un paraje de “cordillera alta y frigidísima” donde comenzaba la “jurisdicción de Lípez” (Cañete y Domínguez 1974). Esta es la primera

⁷ Esta cordillera se inicia al suroeste del lago Titicaca e incluye, en su sector meridional, los volcanes Ollagüe, Tapaquilchas, Quetena y Licancabur, entre otros.

descripción que conocemos, no sólo del derrotero utilizado, sino de la existencia de un deslinde jurisdiccional colonial entre ambos corregimientos (ver Figura 2). En 1826, en los inicios de la república, F. Burdett O'Connor realiza un reconocimiento oficial de esta ruta e identifica, en el abra de Tapaquilcha "la raya divisoria de las provincias de Atacama y LÍpez", aunque no describe las características o la materialidad de esta demarcación territorial (1928: 276). En la década de 1870, la construcción del camino carretero interregional que unía la costa con el mineral de Huanchaca, y que siguió el mismo derrotero de la anterior ruta tropera, incorporó este punto de deslinde en el diseño de su trazado vial. Sin embargo, sólo conocemos descripciones de sus características, con posterioridad a la guerra del Pacífico, a partir de los informes realizados por expedicionarios chilenos. Bertrand (1885), Valdés (1886: 17-18, 194), Risopatrón (1910; 1918), entre otros, coinciden en denominar este sitio de frontera como "Cuatro Mojones", ubicándolo en el abra o portezuelo formado entre los cerros Chulluncane y Tapaquilcha, el punto más alto de la ruta. En el abra describen cuatro "pirámides de piedra" o "linderos grandes", dispuestos a ambos lados del camino carretero y que señalaban los límites de las jurisdicciones bolivianas entre las provincias de Atacama y LÍpez.

Según Risopatrón, esta columnas limitaban "los partidos del oriente [LÍpez], de los de Calama, Chiuchiu i Atacama, para los arreglos de los caminos i otras gabelas" (1910: 130). En otra publicación, describe este deslinde como el "punto que señala la separación de deberes entre los indios del Poniente, que debían cuidar hasta allí del camino, y los del Oriente" (1918: 163). De manera que según las primeras descripciones que hasta el momento conocemos (y tardías, puesto que este deslinde ya no operaba oficialmente, producto de las consecuencias de la guerra del Pacífico), este lugar había señalado una división jurisdiccional desde tiempos coloniales, pero además, era el punto de separación de las obligaciones tributarias de las poblaciones indígenas para la atención de las postas y el arreglo y mantención del camino. Esta práctica nos recuerda la organización territorial de la mita incaica como parte de las obligaciones que las comunidades o unidades políticas locales debían prestar al Estado y nos remite también a un tipo de jurisdiccionalidad.⁸

Es preciso recordar que Bolivia continuó aplicando las instituciones coloniales del tributo y de la prestación de ciertos servicios (Platt 1982), por lo que es posible pensar que esta modalidad, heredada de tiempos coloniales e inspirada en la antigua institucionalidad incaica, respondía a un patrón de raíces prehispánicas socialmente aceptado y que reproducía ciertas prácticas políticas de organización territorial y de relación con el Estado. Aunque no sabemos, por el momento, si

⁸ Como relata Cieza, el Inca señalaba a cada provincia desde y hasta dónde debían construir los caminos estatales, de manera que cada provincia lo hacía hasta el límite con la otra "a su costa y con sus indios... Y si allegavan a los despoblados, los yndios de la tierra dentro que estavan más çircanos venían con vituallas y herramientas a lo hazer" (1985: 41-42).

el deslinde colonial mencionado en el siglo XVIII y en los inicios de la República tenía las mismas características morfológicas (construcciones piramidales de piedra) descritas tardíamente, o si su edificación fue contemporánea a la construcción del camino carretero en la década de 1870, resulta sugerente la imposición de estos “mojones” en un punto particularmente significativo de esta travesía. Ubicado en el abra o portezuelo más alto de la cordillera de Tapaquilcha (4250 msnm) y de la ruta tropera y carretera, este punto reúne las características de un espacio de transición ecológica entre la zona altiplánica desértica y un punto de divorcio de aguas (Latrille, en Valdés 1886: 6). Por otra parte, y no obstante su eventual origen colonial o incluso posterior, la estructura de este sitio manifiesta una lógica y una estética arquitectónica andina característica no sólo de la señalización de rutas sino también de la demarcación de límites espaciales (ver Sanhueza 2004 a y b, 2005).

El ritual del caminar en la apropiación y en la configuración del espacio

Cuando tuvimos la oportunidad de recorrer el camino carretero y visitar este sitio (año 2003) pudimos apreciar la imponente presencia de las columnas (de aproximadamente 1,70 m de altura) y su distribución a ambos costados del camino carretero.⁹ Los hitos estaban organizados en dos pares dispuestos en forma perpendicular al camino y, aunque parecen haber sido construidos inicialmente siguiendo un patrón formal de tipo troncopiramidal, fueron adquiriendo con posterioridad el aspecto de *apachetas* producto de la depositación ceremonial de piedras en algunos de sus costados. Esta situación nos recuerda los procesos de “apachetización” registrados en el camino incaico del Alto Loa, de lo que originalmente habían sido también estructuras formales (*sayhuas* o *chutas*) de características troncopiramidales (ver Berenguer *et al.* 2005: 26) (Figura 7).

Esta transición es muy interesante. Las *sayhuas* o *chutas* incaicas son el resultado de un solo evento de construcción previa planificación y diseño, mientras que las *apachetas* son estructuras dinámicas puesto que el montículo se va formando por la acumulación de piedras que, en un acto ritual, los viajeros van depositando a través del tiempo (Berenguer *et al.* 2005; Vitry 2002). Es decir, mientras los hitos demarcadores del Inca se construían a partir de una iniciativa “institucional” vinculada directamente al diseño y construcción de la vialidad estatal, las *apachetas* parecen generarse en otro tipo de contexto: se trata de construcciones colectivas que podrían considerarse de carácter más espontáneo o como una expresión religiosa más “popular”.

⁹ Agradezco a los Drs. J. Berenguer y A. Nielsen, investigadores del PICI (Fondecyt n° 7010327) por incorporarme como investigadora invitada en la prospección arqueológica desarrollada en el marco de ese proyecto.



Figura 7. El sitio “Cuatro Mojones”, donde puede apreciarse el camino carretero y la disposición de las columnas originales. En el costado interior de éstas se observa la acumulación de piedras o “apachetización” posterior. En el extremo derecho, sin embargo, figura una quinta columna, no descrita en las fuentes históricas del siglo XIX (gentileza de Axel Nielsen).

Es necesario detenerse un poco en el culto de la *apacheta* y sus posibles significaciones en este lugar. Como es sabido, en la actualidad y en las descripciones coloniales, las *apachetas* están asociadas a las abras o portezuelos, como también a las “llanadas” o planicies, y a las bifurcaciones de caminos. En especial las abras representaban una categoría significativa en la organización espacial andina. Dentro de la complejidad de significados otorgados a la topografía sacralizada, tenían una especial connotación aquellos lugares que configuraban o representaban puntos de transición entre un espacio y otro (Cobo 1964; Albornoz, en Duviols 1968; Molinié-Fioravanti 1986-87). La distribución territorial de las huacas del Cuzco, por ejemplo, incluía varios sitios sagrados que presentaban esta particularidad y que son descritos como espacios donde se producía un cambio en el campo visual del caminante (Cobo 1964). La mayoría de los lugares que tienen esta cualidad son concebidos como “puertas”, *punku* en la lengua quechua, y como *tinku*, en cuanto espacios de encuentro que señalan límites transicionales y se asocian a las prácticas ceremoniales del tráfico caravanero (Vitry 2002). Por ejemplo: “La novena huaca se nombraba *Yuncaycalla*: es como una puerta donde se ve el llano de Chita y se pierde la vista del Cuzco... Sacrificábase por los mercaderes cada vez que pasaban, y rogaban que les sucediese bien en el viaje” (Cobo 1964: 174).

El sufijo *calla* (*kaylla*), utilizado en muchos topónimos de lugares de estas características está asociado, según los vocabularios coloniales, con los conceptos

de extremidad, orilla, borde, fin o cabo de algo, linderos y mojones (González Holguín 1953: 140, 565; Molinié 1986-1987: 271). La ubicación de las *apachetas*, parece responder justamente a este criterio y a una función demarcadora de esos espacios de cambio dentro de la organización vial andina. Incluso, es posible que de alguna manera el ritual de la *apacheta* se haya vinculado también a una cierta noción simbólica de jurisdiccionalidad. Entre las denominaciones que según Albornoz (Duviols 1968: 19) se daban en algunas regiones a la *apacheta* está la de *camachico* (*kamachikuk*), que refiere a una autoridad local, autoridad menor, o “mandoncillo”, en la traducción de Guaman Poma (1992).

De acuerdo a estudios actuales y arqueológicos, las *apachetas* tienden a estar localizadas sobre la cota de los 4000 msnm de altura y muy frecuentemente se ubican en los “bordes” orientales y occidentales de la cordillera de los Andes, señalando ciertos puntos o espacios donde el macizo andino comienza a descender hacia los valles o tierras bajas (Hyslop 1992: 203-204). Sin embargo, este ceremonial no parece haber estado presente en todas las regiones altoandinas. En ese sentido, un aspecto muy interesante sobre las dinámicas sociales de incorporación de nuevas prácticas simbólicas es que –de acuerdo a los conocimientos arqueológicos actuales– en esta región del altiplano de Lípez la acumulación ceremonial de piedras no habría ingresado en tiempos prehispánicos, como podría pensarse, sino en algún momento histórico posterior (Berenguer y Nielsen 2003; Berenguer *et al.* 2005: 26).

Otra transformación que pudimos identificar en el sitio de Cuatro Mojones, es la presencia de un quinto mojón o columna, de proporciones similares a los anteriores, construido también al costado del camino, aunque en forma aislada (sin pareja) y a escasos metros hacia el oeste de los demás. A diferencia de los otros, éste no había sido “apachetizado”, lo que sugiere una construcción posterior (ver Figura 7, última estructura del lado izquierdo). Por último, y desde una perspectiva espacial más amplia, podemos señalar que el entorno en el que se encontraban las columnas, presentaba evidentes características de actividad ritual andina.¹⁰

Aunque nuestras apreciaciones son aún preliminares, este deslinde nos sugiere una notable importancia simbólica para los arrieros y caravaneros que por allí circulaban. Pero además aporta y problematiza, desde una mirada diacrónica y dinámica, la continuidad y reproducción de ciertos significados otorgados a los espacios de frontera o de transición, fuertemente vinculados con la ritualidad del caminante. De hecho, la última descripción que conocemos respecto a este sitio (y donde no se menciona un quinto hito) corresponde al viaje efectuado por Risopatrón en 1904, por lo que podemos asumir que la quinta columna que encontramos allí fue levantada después de esa fecha, incluso cuando la localidad había perdido su condición de límite territorial oficialmente reconocido. Por otra

¹⁰ Nuestra estadía en el sitio fue muy breve. Por lo tanto, por el momento, sólo podemos decir que se distinguían pequeños apilamientos artificiales de piedras y posibles ofrendas en los alrededores del sitio.

parte, es interesante considerar que la construcción de las líneas férreas entre 1880 y 1890, que unían el Loa con el altiplano boliviano, había desviado gran parte del tráfico por una ruta trazada varias decenas de kilómetros al norte. Sin embargo, y aunque el desplazamiento arriero debió disminuir en forma muy significativa, esta vía no sólo habría seguido utilizándose (probablemente para el “contrabando”), sino que habrían continuado allí las prácticas rituales de demarcación y re-demarcación simbólica de ciertos espacios de la travesía. Estas continuidades manifiestan, además, una connotación dinámica y socialmente participativa de la ritualidad y demarcación asociada al tráfico, lo que se expresa en la construcción de un nuevo hito y en la acumulación de piedras (*apachetas*) ofrendadas junto a las columnas originales. En el caso de esta última, la “apachetización” estaría dando cuenta también de la introducción, en algún momento de esta historia, de una forma particular de ritualidad antes ausente en la región y que habría sido incorporada por los protagonistas de estos circuitos.

Aunque no es posible establecer, por el momento, si el deslinde colonial tenía las mismas características morfológicas del republicano, o si la construcción de estas estructuras es contemporánea a la del camino carretero, resulta muy sugerente la imposición de estos “mojones” en un punto importante de la circulación regional. Ubicado en el abra más alta de la cordillera de Tapaquilcha, el sitio de Cuatro Mojones no sólo señalaba un hito en la ruta que desde el Loa se dirigía al interior de LÍpez sino que también era un lugar en el que confluían o se intersectaban varios caminos troperos provenientes de distintas direcciones (Bertrand 1885; Risopatrón, 1918: 163-164).¹¹

Pero nos surgen también otras preguntas. La creación o institución de este deslinde ¿fue una iniciativa colonial, refrendada después por la administración republicana? ¿Se trató de un espacio ritualizado prehispánico que, como en otros casos registrados, fue incorporado a la organización territorial colonial? (ver Sanhueza 2002, 2008). Desconocemos los criterios que operaron en las autoridades españolas para imponer –o reconocer– éste como un espacio de deslinde. Sin embargo, y no obstante la posibilidad de haberse establecido en forma arbitraria como un límite territorial colonial, ese espacio fue reconocido como tal por quienes lo frecuentaban y se le confirió el significado, el simbolismo y el ritual correspondiente a un espacio andino de frontera.

Consideraciones finales

El caso de la localidad de Cuatro Mojones (Tapaquilcha), ofrece especial interés para la identificación de territorialidades asociadas a rutas de desplazamiento, a patrones de demarcación y organización de espacios políticos, sociales y simbólicos.

¹¹ Aparentemente, este territorio no fue intervenido por el Inca, que habría trazado su ruta entre Atacama y LÍpez por un eje transcordillerano emplazado más al norte, dirigido hacia las localidades que eran de su interés, ubicadas en el borde sudoeste del salar de Uyuni (Nielsen *et al* 2006.).

A la vez, constituye un referente importante para aproximarse a las características que adquieren estas prácticas en contextos de cambio y transformaciones históricas y en contextos de re-diseño estatal (colonial y nacional) de las cartografías y rutas andinas.

Nos hemos aproximado a las prácticas y estrategias de movilidad interregional a través de un seguimiento (todavía preliminar) de los procesos y contextos históricos por los que atravesó esta actividad. De ello, los textos escritos nos dan pistas importantes. Pero, a su vez, la materialidad de una ruta nos ofrece otras lecturas y otras perspectivas. Se trata de una ruta “viva”, impregnada de señales y lenguajes no verbales, que nos habla y nos acerca a los protagonistas de la historia arriera y caravanera de estas regiones. Ese lenguaje, sin embargo, no puede ser decodificado sin considerar –además de las continuidades– el paso del tiempo y las dinámicas sociales, los cambios y las resignificaciones espaciales que estos procesos fueron provocando en los mismos sujetos.

Agradecimientos

Al Proyecto FONDECYT N° 1010327: “Arqueología del sistema vial de los Inkas en el Alto Loa, II Región”, del cual fui coinvestigadora. A José Berenguer y Axel Nielsen por invitarme a participar en sus campañas del Proyecto de Cooperación Internacional (Fondecyt n° 7010327). A ambos por su comprensión y paciencia con esta historiadora que no dejó de acosarlos hasta lograr llegar al sitio de Cuatro Mojoneros.

Fuentes inéditas

Archivo Nacional de Bolivia (ANB), MI, T. 31, No 22. Año 1830.

“Descripción de los nueve tambos o paradas de posta que se han construido en el territorio... del puerto de Lamar por el gobernador de la provincia de Atacama Gaspar Aramayo...”

Referencias Citadas

- Aldunate, C. y V. Castro (1981). *Las chullpa de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior. Período Tardío*. Santiago de Chile: Editorial Kultrún.
- Assadourian, C. S. (1982). *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Berenguer, J. (2004). *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Sirawí Ediciones.
- Berenguer, J. (2007). El camino inka del Alto Loa y la creación del espacio provincial en Atacama. En A. Nielsen, M.C. Rivolta, V. Seldes, M.M. Vásquez y P.H. Mercolli (Eds.). *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 413-443. Córdoba: Editorial Brujas.
- Berenguer, J. y A. Nielsen (2003). Proyecto FONDECYT 7010327 de Incentivo a la Cooperación Internacional. Informe de Avance, Anexo 10. Ms.
- Berenguer, J., Cáceres, I., Sanhueza, C. y Hernández, P. (2005). El Qhapaq Ñan en el Alto Loa. Región de Antofagasta. Un estudio micro y macro arqueológico. *Estudios*

- Atacameños* 29, 7-39.
- Bertrand, A. (1885). *Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama y regiones limítrofes. Con varios mapas y vistas*. Santiago de Chile.
- Bresson, A. [1886]. 1997. *Una visión francesa del litoral boliviano*. La Paz: Colección Sendas Abiertas, franceses en Bolivia, Stampa Gráfica Digital.
- Burdett O'Connor, F. (1928). Reconocimiento del litoral de Atacama en 1826. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 58, 267-285.
- Cañete y Domínguez, P. V., [1791] 1974. Del Partido de Atacama. En H. Larraín (Ed.). *Norte Grande*. Vol. I (2). Pp. 243-251. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Cajías F. (1975). *La provincia de Atacama (1825-1942)*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura.
- Capoche, L. [1583] 1959. *Relación general de la Villa Imperial de Potosí*. En L. Hanke, (Ed.). Madrid: Ediciones Atlas.
- Cases, B., C. Rees, G. Pimentel, R. Labarca y D. Leiva (2008). Sugerencias desde un contexto funerario en un “espacio vacío” del desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(1), 51-70.
- Duviols, P. (Ed.). (1968). Un inédito de Cristóbal de Albornoz : La Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haziendas. *Journal de la Société des Americanistes*, Tomo LVI-I, 7-39.
- Cieza de León, P. [1553] 1986. *Crónica del Perú (Segunda parte) o Señorío de los Incas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Cobo, B. [1653] 1964. Historia del Nuevo Mundo. *Biblioteca de Autores Españoles*. Tomo XCII. Vols. I y II. Madrid: Ediciones Atlas.
- Guaman Poma de Ayala, F. [1614] 1992. *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. Edición a cargo de J. Murra y R. Adorno. México: Siglo XXI Editores.
- Hidalgo, J. (1982). Fases de la rebelión indígena de 1781 en el Corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la precede 1749-1781. *Chungara* 9, 192-246.
- Hidalgo, J. (1983). Dos documentos inéditos y un mapa de Cobija: informes del comisionado Dr. José Agustín de Arze, 1786-1787. *Chungara* 10, 139-146.
- Hidalgo, J. (2004). *Historia Andina en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Hyslop, J. (1992). *Qhapaqñam, el Sistema Vial Incaico*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Petróleos del Perú.
- Lozano Machuca, J. [1581] (1885). Carta del Factor de Potosí, Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú, en donde describe la Provincia de los Lipes. En *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid: Ministerio de Fomento.
- Martínez, J. L. (Ed.). (1985). Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el corregidor de Atacama Don Juan de Segura (19 de julio de 1591). *Cuadernos de Historia*, 161-171.
- Martínez, J. L. (1998). *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Santiago de Chile: DIBAM, Universidad de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Maurtua, V. (Ed.). (1906). *Juicio de Límites entre Perú y Bolivia. Prueba Peruana. Presentada al Gobierno de la República Argentina por V.M. Maurtua*. Tomo III. Madrid.
- Molinié Fioravanti, A. (1986-1987). El simbolismo de frontera en los Andes. *Revista del Museo Nacional*. Tomo XLVIII, 251-286.
- Moreno, G.R. (Ed.). (1877). Reglamento de postas formulado por el Supremo Gobierno (1872). En *Documentos Bolivianos. Reglamentos 1870 – 1877*. Tomo II. La Paz: Imprenta de La Libertad.
- Murra, J. (1975). *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Nielsen, A. (1997). El tráfico caravanero visto desde la Jara. *Estudios Atacameños* 14, 339-371.

- Nielsen, A., Berenguer, J. y Sanhueza, C. (2006). El Qhapaqñan entre Atacama y Lípez. *Intersecciones en Antropología* 7, 217-234.
- Niemeyer, H. y Rivera, M. (1983). El camino del Inca en el Despoblado de Atacama. *Boletín de Prehistoria de Chile* 9, 91-193.
- Núñez, L. (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En *Homenaje al Dr. R. P. Gustavo Le Paige*. Pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1979). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Philippi, R.A. (1860). *Viaje al desierto de Atacama hecho en Orden del Gobierno de Chile en el Verano de 1853-54*. Sajonia: Librería de Eduardo Anton, Halle.
- Pimentel, G. (2008). Evidencias formativas en una vía interregional entre San Pedro de Atacama y el Altiplano de Lípez. *Estudios Atacameños* 35, 7-33
- Platt, T. (1982). *Estado Boliviano y Ayllu Andino. Tierra y Tributo en el Norte de Potosí*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Platt, T. (1987). Calendarios tributarios e intervención mercantil. Racionalidades estacionales entre los indios de Lípez (Bolivia) en el Siglo XIX. *Chungará* 19, 215 – 241.
- Risopatrón, L. (1910). *La línea de frontera con la República de Bolivia*. Santiago de Chile: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- Risopatrón, L. (1918). Diario de viaje a las cordilleras de Antofagasta y Bolivia (1903-1904). *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Vol. XXVII (31), 152-184.
- Salazar, D., D. Melero y C. Jiménez (2004). Los últimos 200 años en Conchi Viejo y San José del Abra (II región): Reflexiones sobre arqueología histórica y etnografía. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Pp. 227-238. Concepción.
- Sanhueza, C. (1991). *Orígenes y desarrollo de la arriería indígena colonial en Atacama. Siglos XVI – XVIII*. Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Sanhueza, C. (1992a). Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios Atacameños* 10, 169-182.
- Sanhueza, C. (1992b). Estrategias readaptativas en Atacama: la arriería mulera colonial. En S. Arze, R. Barragán, L. Escobari y X. Medinacelli (Comps.). *Etnicidad, Economía y Simbolismo en los Andes*. Pp. 363-385. La Paz: HISBOL-IFEA-SBH.
- Sanhueza, C. (2002). En busca del Gran Mentiroso: Relatos orales, demarcaciones territoriales. El Camino del Inca en el Despoblado de Atacama. *Revista de Historia Indígena* 6, 97-129.
- Sanhueza, C. (2004a). Medir, amojonar, repartir: Territorialidades y prácticas demarcatorias en el camino incaico de Atacama (II Región, Chile). *Chungara* 36 (2), 481-492.
- Sanhueza, C. (2004b). *La organización del espacio como estrategia de poder. El Tawantinsuyu en la región del Despoblado de Atacama*. Tesis de Magíster en Historia, Universidad de Chile, Santiago.
- Sanhueza, C. (2005). Espacio y tiempo en los límites del mundo. Los Incas en el Despoblado de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10 (2), 51-77.
- Sanhueza, C. (2008). Territorios, prácticas rituales y demarcación del espacio en Tarapacá en el siglo XVI. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2), 57-75.
- Sanhueza C. y Gundermann, H. (2007). Estado, expansión capitalista y sujetos sociales en Atacama (1879-1928). *Estudios Atacameños* 34, 113-136
- Tarragó, M. (1984). La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el altiplano y los Andes Meridionales. *Estudios Atacameños* 7, 93-104.
- Uribe, M., y G. Cabello (2005). Cerámica en el camino: implicancias tipológicas y conductuales para la comprensión de la vialidad y la expansión del Tawantinsuyo en el río Loa (Norte de Chile). *Revista Española de Antropología Americana* 35, 75-98.

- Urton, G. (1984). Chuta: El espacio de la práctica social en Pacariqtambo, Perú. *Revista Andina* 2 (1), 7-43.
- Vaïsse, E. (1894, junio 21). Diario *El Industrial*.
- Valdés, S. (1886). *Informe sobre el estudio minero i agrícola de la región comprendida entre el paralelo 33 i la laguna de Ascotán*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Vásquez de Espinoza, A. [1628] 1948. *Compendio y descripción de las indias occidentales*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.
- Vitry, C. (2002). Apachetas y Mojones. Marcadores espaciales del Paisaje Prehispánico. *Revista Escuela de Historia* 1 (1), 179-191.

VISIBILIZANDO LO INVISIBLE. GRABADOS HISTÓRICOS COMO MARCADORES IDIOSINCRÁTICOS EN ISCHIGUALASTO (SAN JUAN-ARGENTINA)

*M. Mercedes Podestá*¹

*Anahí Re*²

*Guadalupe Romero Villanueva*³

Introducción

Este trabajo analiza la actividad de la arriería de vacunos en la hoyada de Ischigualasto, localizada en el Parque Provincial del mismo nombre, San Juan, Argentina. Este espacio fue paso obligado de los arreos de vacunos que, procedentes de las provincias del centro del país, debían sortear este ambiente desértico a fin de alcanzar otras localidades sanjuaninas intermedias con el fin de atravesar la cordillera de los Andes con destino final en Chile. De esta manera la provincia se perfiló como una región abastecedora de ganado para cubrir las necesidades surgidas del auge salitrero en el país trasandino. Este tipo de tráfico perduró durante fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

Numerosas evidencias arqueológicas dan cuenta de esta actividad en Ischigualasto, así como las informaciones provenientes de los pobladores de la región que fueron protagonistas del tráfico ganadero o testigos de esa actividad. Sin embargo, la expresión arqueológica más firme del tráfico la componen abundantes bloques con grabados rupestres que jalonan uno de los tramos principales del camino seguido por los arrieros en la hoyada. Dentro del total de estas manifestaciones se destacan las representaciones de marcas de ganado. A lo largo de estas páginas se realiza un análisis pormenorizado de estos motivos que se comportan como marcadores espaciales de primer nivel para estudiar, a través de la evidencia arqueológica, la red del tráfico de vacunos por la región.

Como señalamos en trabajos anteriores, la presencia de marcas de ganado grabadas es recurrente en varios puntos del noroeste, centro-oeste y Patagonia argentina, así como también en el Norte Grande chileno y en la zona de Tarija del sur de Bolivia (Podestá y Rolandi 2001; Podestá *et al.* 2006). Los autores que las dieron a conocer,

¹ Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Argentina. mercedespodesta@yahoo.com

² Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano-CONICET, Argentina. anahire1@gmail.com

³ Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Argentina. guada.romero.arq@gmail.com

con la excepción de Fernández Distel (1985), no fueron demasiado explícitos en su tratamiento, restándole importancia y describiéndolas como inscripciones modernas o dudosas. En los últimos años se ha sumado información al respecto desde diferentes puntos del área andina. Entre estos datos destacamos las menciones de Cartajena y Núñez (2006), Damiani (comunicación personal) y Martel y Ventura (2007), además del trabajo específico sobre marcas de ganado en La Rioja de Revuelta (2008, 2009). La bibliografía citada describe, casi sin excepción, la presencia de marcas de ganado en lugares de tráfico de hacienda vacuna.

La arriería de vacunos y los circuitos trasandinos (siglos XIX y XX)

Tráfico ganadero entre San Juan y Chile

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX se produjo en Argentina un auge de la ganadería. Una fuerte demanda, proveniente de los países limítrofes, impulsó no sólo el aumento sino también el mejoramiento genético de los rodeos. Las exportaciones argentinas de ganado en pie a Chile y Bolivia fueron económicamente vitales para el desarrollo de la región que tratamos, principalmente entre 1880 y 1930.

En el caso de Chile, la demanda de vacunos proveniente del territorio argentino coincidió con el gran desarrollo salitrero del Pacífico, luego de la guerra del Pacífico (1879-1884). Con la explotación de nuevos y extensos territorios anexados por Chile, que hasta entonces habían estado entre los límites peruanos o bolivianos, el país trasandino adquirió el monopolio mundial de la exportación de salitre y generó un mercado que requería alimentos y animales de carga que Chile, por sí solo, no podía satisfacer (Campi 2000; Sanhueza y Gundermann 2007).

Como consecuencia de esta necesidad comercial, se revitalizaron los antiguos circuitos cordilleranos y se activó el comercio transfronterizo de las provincias del noroeste y centro-oeste argentinas que contaba, en ese entonces, con una larga trayectoria iniciada ya en tiempos coloniales (Bengoa 2004; Conti 2001; Michieli 1992) pero que, en realidad, fue la continuación del intenso intercambio que existió entre ambas vertientes andinas desde momentos prehispánicos. Con respecto a las provincias cuyanas, la provincia de San Juan, si bien no tuvo un papel crucial en la producción ganadera en comparación con otras provincias de la región central (Córdoba y San Luis), sí desempeñó un rol fundamental como región dedicada al engorde de hacienda de consumo local y de la exportada a Chile y, como consecuencia, consagrada al tráfico de ganado entre ambas vertientes cordilleranas (Moussy 1873). Además de los vacunos —engordados en la provincia y conducidos a pie a través de la cordillera—, que se vendían en Chile a tres veces el precio obtenido en la Argentina (Bosque 2006-2007), se exportaban con destino a aquel país otros animales, criados y engordados también en Argentina, como caballos, mulas y asnos, además de diversos productos como charqui, grasa, jabón, pasas de uva y minerales (Levene 1942). Hay también registros de animales provenientes de Chile que cruzaban la cordillera para realizar el engorde en tierras cuyanas y

luego retornaban a su lugar de origen para el consumo. En términos generales, San Juan y otras provincias del centro-oeste conformaban una región con un intenso movimiento comercial en el cual los arrieros de vacunos cumplieron una función vital. La importancia del arreo en esta provincia se refleja en un censo realizado poco después de 1860, en el cual el 13 % de la población masculina sanjuanina se declara arriero de ganado (Levene 1942).

Este comercio ganadero transfronterizo tuvo su auge hasta aproximadamente 1930. En una frontera extensa y mal vigilada como la de San Juan el comercio directo entre productores y compradores era posible casi sin ninguna intervención del fisco. Los intentos de imponer controles aduaneros no tuvieron verdadera relevancia hasta la supresión de la “cordillera libre” entre 1915 y 1920 y la instauración de una definitiva intervención estatal del comercio ganadero fronterizo entre ambos países hacia la década del '30, que se fortaleció durante los años siguientes (Bandieri 2003).

Valle Fértil en el contexto de la actividad ganadera

En la zona sanjuanina de valle Fértil y Jáchal, donde se asienta la hoyada de Ischigualasto, la actividad económica predominante es, desde épocas coloniales, la ganadería extensiva. Hay abundantes evidencias de un intenso tráfico de ganado hacia Chile desde el siglo XVII destinado principalmente, durante estos primeros momentos, al ejército del Arauco y también al desarrollo industrial de derivados del ganado (Michieli 1992). Michieli indica que valle Fértil fue una de las zonas de la jurisdicción de San Juan donde más tempranamente se formaron propiedades rurales. Menciona (según cita del Archivo General de Indias, Bs. As. 50, f. 10 v.) la existencia de 8.500 cabezas de vacunos y 6.000 entre caballar y mular en 1788 en tiempos de la fundación de San Agustín del valle Fértil, capital del departamento (Michieli 2004: 168 y 191).

Balde del Rosario, Los Baldecitos y otros parajes aledaños como Los Rincones son pequeñas poblaciones localizadas al pie de la sierra de valle Fértil y emplazadas en el camino de acceso al desierto de Ischigualasto (Figura 1a y 1b). Desde su conformación se dedican, como actividad principal, a la cría de ganado. Hacia fines del siglo XVIII, cuando comenzó el asentamiento criollo en la zona, fueron puestos dispersos que funcionaban en vinculación con la actividad ganadera (Nussbaumer 2004). Posteriormente comenzaron a participar en el tráfico de vacunos como estaciones de parada de los arreos de ganado provenientes de otras regiones.

Entre fines del siglo XIX y primera mitad del XX, los arrieros llegados a esta región pagaban por pastaje y agua antes de emprender la dura travesía que implicaba el valle de Ischigualasto, donde se carece casi por completo de pasturas, hasta alcanzar el río Bermejo. Cuenta uno de nuestros informantes:

“(...) venían de Baldecitos, ahí de la casa de mi bisabuelo él tenía una represa entonces tenía bañados (...) adonde se regaba por la lluvia y (...) se sembraba maíz, y toda esa chala el pasto natural que había, en ese sector (...) ellos lo vendían, y bueno y ellos vendían el agua también, porque les daba el agua ahí

en la represa (...) pero ellos pagaban”⁴.

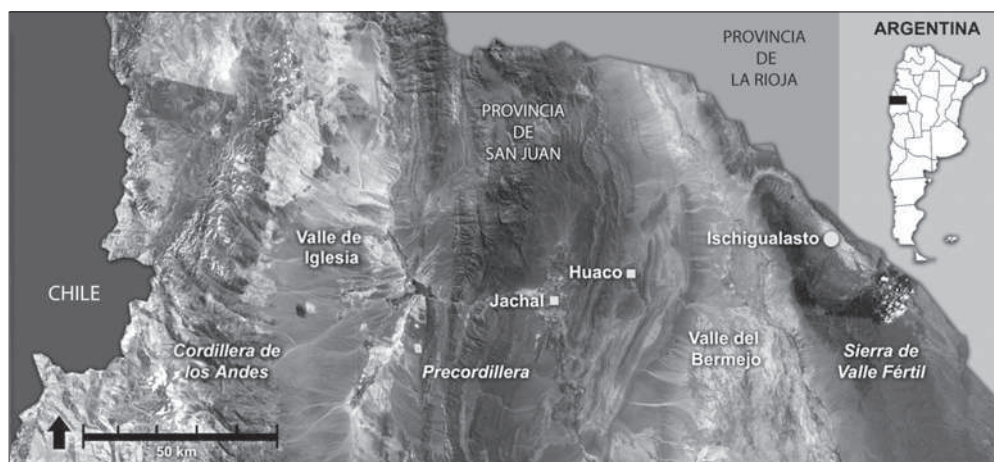


Figura 1a: Ubicación de las localidades mencionadas en el texto en el Norte de la provincia de San Juan.

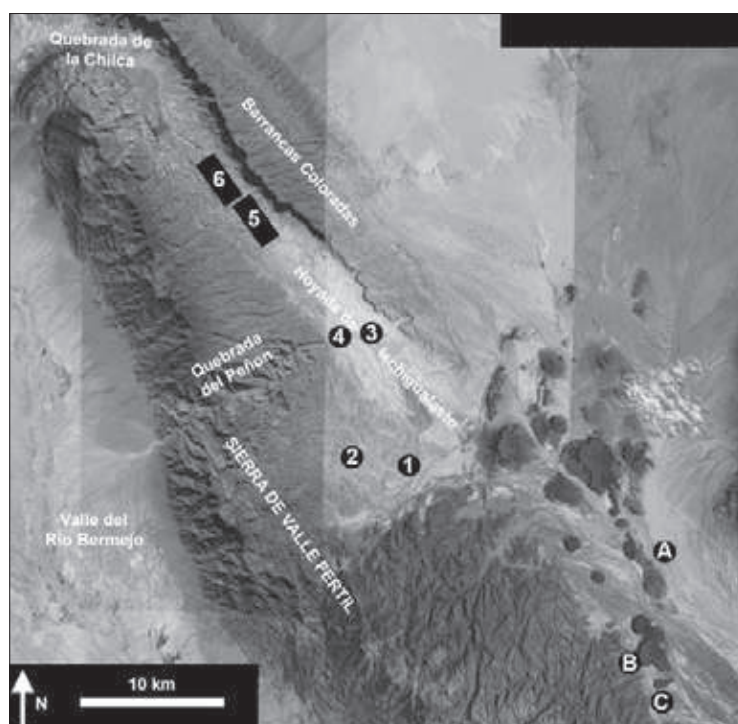


Figura 1b: Distribución de los sitios históricos (1: Agua de Ischigualasto, 2: Agua de las Marcas, 3: Agua de la Cortadera, 4: Agua de la Peña, 5: Piedra Pintada- El Salto, 6: Quebrada de La Chilca) y pueblos actuales en la región de Ischigualasto (A: Los Baldecitos, B: Los Rincones, C: Balde del Rosario).

⁴ Las entrevistas a distintos pobladores fueron realizadas por Diana Rolandi y Paula Valeri.

Según el mismo relator los propietarios de los arreos compraban también hacienda en la zona cuando los pobladores tenían disponibilidad de ella, de esta manera los arreos iban aumentando a lo largo del viaje.

Luego de las paradas de descanso en la zona pedemontana de la sierra de valle Fértil, la única vía para continuar su viaje hacia el oeste en dirección a la cordillera de los Andes era a través de la hoyada de Ischigualasto. Se describirá más adelante en detalle este circuito.

La meta inmediata, una vez atravesado Ischigualasto y el río Bermejo, además de otras localidades intermedias como Huaco y Niquivil, era la población de San José de Jáchal, famosa por sus alfalfares y sus molinos harineros. Esta población concentraba habitantes de varios kilómetros a la redonda que concurrían para moler los productos de sus cosechas. Además, era un próspero centro donde se reunía y engordaba el ganado ya que la hacienda podía permanecer allí varios meses aprovechando sus forrajes.

Las zonas de Rodeo e Iglesia, más próximas a la cordillera de los Andes, fueron también importantes centros de junta del ganado. En estas pequeñas localidades se herraba a las vacas para que sus pezuñas pudieran resistir el cruce de la cordillera (Varese y Arias 1966). Llegado el tiempo propicio, pesados los animales -ya que el trato era cobrar el peso que el animal tenía antes de la partida (Bosque 2006-2007)- se emprendía el duro tránsito por la cordillera para alcanzar su ladera occidental y llegar así a territorio chileno en donde los animales se trasladaban a su destino final (Figura 1a). En trabajos anteriores (Podestá y Rolandi 2001; Podestá *et al.* 2006) relatamos con mayores detalles las etapas de un itinerario completo que duraba meses y que estaba empañado de situaciones dramáticas, como la pérdida de parte del rodeo (a veces hasta la mitad del mismo) durante el difícil cruce de los Andes a causa de las nevadas y de los embates del viento blanco, el apunamiento, las estampidas y caídas a precipicios (Rickard 1999), el asalto de bandidos durante los cuales los propios arrieros podían encontrar la muerte (Escolar 1998, 2007), entre otras muchas vicisitudes.

Los protagonistas del tráfico

Como analizamos con mayor detalle en un trabajo anterior (Podestá *et al.* 2006) los arrieros fueron los verdaderos protagonistas del tráfico ganadero dentro de este contexto histórico regional. A lo largo de la historia cuyana el arriero o baqueano (*sensu* Escolar 1996-1997) cumplió diversos roles, como guía en campañas bélicas (por ejemplo en el cruce de los Andes bajo el mando del Gral. San Martín) tanto como en el activo comercio que se desarrolló desde la época de la Colonia entre ambas vertientes cordilleranas. El arriero tenía una especial habilidad en el manejo del ganado, era un excelente jinete y rastreador, buen cazador y contaba con un acabado conocimiento del terreno, rutas y sitios de refugio cordillerano. Su resistencia física y capacidad de supervivencia lo hacían especialmente apto para soportar la dura marcha que exigía el cruce de los Andes

con el arreo de cientos de reses. Como señala Escolar, en la provincia de San Juan la figura del arriero aparece frecuentemente asimilada a la del indígena (Escolar 1996-1997). Michieli menciona varias referencias del siglo XVII que relacionan el trabajo indígena con la conducción del ganado y, específicamente alude a la dedicación de los capayanes a la cría y cuidado del ganado en las estancias de la zona. Menciona, además, el robo de ganado por parte de indígenas que, probablemente, era después conducido a Chile (Michieli 1992). En territorio chileno, también los atacameños eran identificados como arrieros de ganado (Bengoa 2004).

Como bien menciona Escolar (1996-1997), los arrieros o baqueanos actuales

“(...) no constituyen un colectivo social aislado, en la medida en que conviven, interactúan, y se intersectan con otros grupos o adscripciones colectivas (...). El entramado social del que forman parte está integrado por comerciantes, empleados de servicios estatales provinciales y municipales (...), mineros, trabajadores de fincas agrícolas especieras o frutihortícolas, peones, pequeños ganaderos, pequeños empresarios (...)” (p. 20).

Según el autor, ninguna de estas actividades hace referencia a la baqueanía sino que su condición se expresa en forma subrepticia en la vida diaria. Afirma que:

“(...) la relativa invisibilidad de las prácticas de los baqueanos se revierte cuando éstos (...) se encuentran en situación de viaje o trashumancia en el ámbito de la cordillera. Es allí, también, donde la baqueanía deviene blasón y no vergüenza (...) y el baqueano cambia radicalmente la actitud hacia el extranjero o hacia los representantes del poder estatal o económico, como los hacendados o los gendarmes.” (p. 21).

El baqueano o arriero, que puede mostrar una actitud sumisa o esquiva en su vida cotidiana, en la cordillera, por lo contrario, puede “invertir las relaciones de autoridad”, cambiando esa posición subalterna por otra de autoridad, para que la situación se vuelva a modificar cuando regresan a los pueblos (Escolar 1996-1997: 21).

Algunas ideas acerca del arriero resultan claras luego de analizar la escasa bibliografía existente sobre la arriería cuyana. Como ya describimos, no fue una actividad que se llevara a cabo en forma exclusiva ya que es factible que haya sido practicada ocasionalmente por hombres censados como jornaleros, propietarios o comerciantes. La arriería unificó individuos de diferentes sectores sociales. Existen menciones que caracterizan como arrieros a “mozos de acomodada posición económica de las mejores familias” pero carentes de fortuna, como el caso del gobernador sanjuanino Nazario Benavides, a quien se caracteriza como arriero y “patrón de arrias” como una de las tantas actividades que llevó a cabo en años de su

juventud (Videla 1962). El mismo padre de D. F. Sarmiento también es aludido por su hijo como arriero en la tropa. Probablemente, entonces, la cantidad de sujetos que practicó la arriería durante el siglo XIX -dada la importancia de la actividad en esta centuria- bien pudo haber superado el 13% de la población masculina sanjuanina que, como mencionamos anteriormente, es el número de arrieros que consta en el censo de población de mediados del siglo XIX (Levene 1942).

La arriería en Ischigualasto

Ischigualasto como espacio del tráfico

El valle de Ischigualasto, estrechamente conectado con las actividades de la región de valle Fértil fue, como señalamos, una importante vía vinculada a la actividad de transporte de ganado desde fines del siglo XIX hasta poco antes de la mitad del XX. Este valle está delimitado al noreste por las Barrancas Coloradas y al sur por la sierra de valle Fértil (Figura 1b). La sierra es una barrera compleja de franquear sobre todo debido a la abrupta ladera occidental que cae al valle del río Bermejo. Ischigualasto se convierte así en un paso obligado para quien accede por estas latitudes al Bermejo. Como cuenta un viejo poblador de la zona “(...) el paso que tenían antes la gente era por Ischigualasto”.

La amplia hoyada de Ischigualasto tiene una altura sobre el nivel del mar que varía alrededor de los 1250 m. Está conformada por valles pequeños, cortados por elevaciones de baja altitud. El clima es árido-desértico, con grandes amplitudes térmicas y escasa humedad. La hoyada es drenada por varios cursos de agua que permanecen secos la mayor parte del año debido a que las lluvias se producen principalmente durante la época estival y alcanzan un escaso promedio que varía entre los 100 y 200 mm anuales. El agua fluye por dos cuencas hidrográficas separadas por una divisoria de baja altura que aparta a los colectores principales: el río Agua de la Peña y el arroyo La Chilca (Figura 1b). El primero corre por la quebrada del Peñón y desagua la cuenca hidrográfica de la mayoría de los ríos de la hoyada. El segundo fluye paralelo a las Barrancas Coloradas y drena su cuenca homónima. Ambos colectores transportan sus aguas de crecidas y desembocan en la margen izquierda del río Bermejo, luego de atravesar la sierra de valle Fértil. Sus estrechos y encajonados valles se convierten, de esta manera, en los únicos pasos naturales para abandonar la hoyada de Ischigualasto y alcanzar el río Bermejo.

Si bien los dos corredores permiten la travesía de hombres y animales, ambos tienen características muy disímiles. El curso del río Agua de la Peña conserva agua a lo largo de todo el año, no obstante presenta grandes dificultades de paso debido a su topografía quebrada. Además desagua en el Bermejo en un paraje (Punta del Agua) alejado de las poblaciones que buscaban los arrieros para conducir el arreo con destino final en Chile. Por el contrario, el arroyo La Chilca, que fluye por la quebrada del mismo nombre, seco durante gran parte del año, tiene condiciones topográficas más aptas para el paso y, si bien distan de

ser ideales, facilitan especialmente la circulación de animales. Su lecho presenta, de tanto en tanto, alguna hondonada con un pozo de agua remanente del caudal que corre por él durante unos pocos días y a veces por sólo algunas horas durante las torrenciales lluvias de verano⁵. Arbustos de diferentes especies crecen en forma dispersa, lo mismo que algunos ejemplares de chica (*Ramorinoa girolae*), especie endémica de frutos comestibles muy apreciados y madera muy dura. Dadas estas características, el corredor de La Chilca fue siempre la mejor opción a seguir por parte de los arrieros en su derrotero para salir del valle de Ischigualasto y alcanzar las aguas del Bermejo para luego continuar rumbo al oeste.

Nodos e internodos del tráfico

Para analizar el itinerario de los arrieros a lo largo de la hoyada a través de su expresión arqueológica, son relevantes los conceptos de áreas nodales e internodales tenidos en cuenta por Nielsen (2006) en el análisis de casos de estudio en la frontera tripartita chilena-argentina-boliviana. Según este autor, los nodos son “las áreas de cruzamiento o vértices de una red de interacción” y los internodos son “los espacios entre ellos” (Nielsen 2006: 34). Los nodos pueden ser asentamientos relativamente permanentes o regiones caracterizadas por densidades altas de población estable mientras que los internodos son los espacios comprendidos entre esos asentamientos o regiones. Los internodos son áreas que, por las condiciones climáticas de extrema aridez, no admitieron asentamientos humanos permanentes pero bien pudieron haber servido para establecer la comunicación entre los nodos.

La expectativa, según Nielsen (2006), es la de hallar dos diferentes tipos de ocupación internodal: de tránsito o extractivas. La primera se refiere al tránsito de personas acompañadas o no por animales (por ejemplo las caravanas) que incluye una serie de actividades que se expresan arqueológicamente a través de caminos, senderos, señales asociadas, sitios de descanso, arte rupestre, testimonios de ceremonialismo, entre otros. La ocupación internodal de tipo extractiva está referida a la obtención de recursos específicos que se traducen en canteras-taller, puestos de pastoreo, campos de caza, etc. Puede o no estar relacionada con actividades de tráfico o tránsito pero, si lo está, es en forma indirecta.

En relación con el caso de estudio, como ya explicamos, las personas que se trasladaban por estas latitudes, proviniendo desde el este (llanos riojanos por ejemplo) en dirección oeste, debían necesariamente pasar por la región donde actualmente se asientan Los Baldecitos, Los Rincones y Balde del Rosario para atravesar la hoyada de Ischigualasto y alcanzar la cuenca del Bermejo y así evitar los abruptos desniveles que supone el cruce transversal de la sierra de valle Fértil. El área donde se ubican los pueblos actuales seguramente funcionó como nodo ya

⁵ A pesar de que el cauce permanece seco la mayor parte del año, el agua se conserva por largos períodos bajo la arena. Hombres y animales aprovechan este recurso haciendo pozos poco profundos en los momentos en que no se conserva agua en la superficie.

que, emplazada fuera de la hoyada, específicamente en el sector del piedemonte oriental de la sierra de valle Fértil, recibe directamente el agua que baja de este cordón montañoso, constituyendo un emplazamiento óptimo para la vida dentro de la aridez general del área. La mayor densidad de sitios arqueológicos prehispánicos en el piedemonte y en la misma sierra de valle Fértil, en comparación con la de la hoyada de Ischigualasto, es un reflejo de estas mejores condiciones. Un relevamiento de las estructuras de piedra prehispánicas, que son abundantes en la región de Ischigualasto y valle Fértil, ubicó una sola localidad con estructuras de este tipo en la hoyada, si bien de gran tamaño, mientras que en la sierra y el pedemonte se documentaron ocho sitios o localidades (Guráieb *et al.* 2007; INAPL 2008; Rolandi *et al.* 2003). Lo mismo sucede con las manifestaciones rupestres prehispánicas que se concentran con mayor abundancia en ambientes serranos, no sólo en relación con la cantidad de sitios sino sobre todo por el número de motivos grabados, ya que en la zona de valles y quebradas y en el pedemonte serrano la suma de motivos triplica a la de la hoyada (Re *et al.* 2009; INAPL 2008). Los trabajos arqueológicos de Cahiza, localizados inmediatamente al sur de nuestra área de estudio, demuestran también una mayor concentración de ocupaciones prehispánicas en la zona pedemontana de la sierra de valle Fértil y de la Huerta (Cahiza 2007).

Por otra parte, la hoyada de Ischigualasto y la quebrada de La Chilca conforman un típico caso de área internodal, un verdadero “corredor de tráfico” (Nielsen 2006: 35) usado desde momentos prehispánicos hasta históricos recientes (Podestá *et al.* 2006; Re *et al.* 2009). Sus condiciones de extrema aridez, con largos períodos con carencia absoluta de agua en la mayor parte de su superficie de aproximadamente 60.000 hectáreas, con aguadas muy dispersas (Agua de la Peña es uno de los pocos lugares con agua permanente) y con temperaturas extremas de hasta 40 a 45 °C en verano, además de los embates del viento zonda, llevan a considerar que durante los momentos históricos, a los cuales nos estamos refiriendo, el uso de esta área de internodo estaba ligada principalmente, si bien no en forma exclusiva, al tráfico. La idea de definir a Ischigualasto como un espacio fundamentalmente internodal no sólo se sustenta en las características geográficas y climáticas de este ambiente, sino que está avalada también por el tipo de asentamiento registrado en la hoyada que se describe en un acápite posterior. A manera de ilustración sólo adelantamos que, con excepción del asentamiento Agua/s de Ischigualasto, ubicado a la entrada de la hoyada (Figura 1b) no existe información acerca de sitios de ocupación permanente o semipermanente en Ischigualasto relacionada con el tráfico ganadero. Esta baja densidad de este tipo de sitios históricos se condice con la registrada para tiempos prehispánicos que mencionamos anteriormente.

La quebrada de La Chilca, como ya señalamos, si bien posee una topografía adecuada para circular, presenta características que distan de ser las ideales para esta actividad debido a la presencia de grandes desniveles, zonas angostas y gran cantidad de bloques caídos que entorpecen la circulación del ganado. Su elección se debe a

que es la única vía posible de tráfico en la región y de allí se explica su uso reiterado a lo largo tanto de momentos prehispánicos como históricos. En la consideración de las dificultades del terreno para la marcha del ganado, interesa tener en cuenta las características del vacuno arreado en esos tiempos. La llamada vaca criolla, “aspuda” (con astas), musculosa y magra, tan distinta a las de producción carnífera y lechera actuales, era un animal muy caminador y bien adaptado para sobrevivir en condiciones de estrés y carencia como las que debía soportar en su paso por Ischigualasto y, más aún, por la quebrada de La Chilca. Varios autores opinan que en un arreo normal de esos tiempos el vacuno podía caminar diariamente unos 25 km y permanecer varios días sin beber agua (Rojas Lagarde 2004)⁶.

No descartamos que durante el trayecto hoyada-quebrada los arrieros practicaran algunas actividades extractivas complementarias al tráfico, pero éstas serían de tipo ocasional. La principal sería la caza del guanaco⁷, animal que sigue siendo abundante en Ischigualasto⁸, si bien esta práctica probablemente estuviera circunscripta exclusivamente a la zona de la hoyada ya que se trata de un lugar abierto, tipo de hábitat preferido por esta especie. La carne de este camélido probablemente fue una fuente de alimentación fundamental para la travesía y posiblemente incluyó un ingrediente menos monótono a la dieta del arriero que estaba limitada al charqui, alguna galleta o pan duro, un poco de queso y algún trago fuerte (Oliva 2003 y comunicación personal de un informante).

La expresión arqueológica del tránsito en Ischigualasto

Alojos, corrales y cruces

En este acápite describiremos los vestigios arqueológicos de momentos históricos que dan cuenta de la actividad de los arrieros durante el tráfico hoyada-quebrada. Como señala Nielsen (2006), el registro arqueológico del tránsito suele ser de poca visibilidad. Los vestigios frecuentemente son pequeños y escasos, la estructura vial en general mínima y las instalaciones precarias. El resultado es que el registro es poco denso y difícil de detectar e interpretar. A estas características, en Ischigualasto se suma la enorme fuerza que adquieren los cursos de agua durante las precipitaciones que arrastran todo tipo de elementos a su paso⁹.

Nuestras prospecciones, sumadas a los relatos de los informantes, indican que la circulación de personas y animales por el arroyo La Chilca se restringía al curso seco del mismo facilitando la marcha. El corredor de La Chilca no se usaba durante la temporada de crecidas ya que la fuerza de arrastre de las aguas tornaba peligroso el itinerario. Hay tres inscripciones de meses (marzo, junio y julio) en

⁶ Una vaca de las razas de producción actual puede caminar unos 15 km aproximadamente.

⁷ Escolar (1996-1997), que participó en itinerarios llevados a cabo por arrieros o baqueanos actuales en la provincia de San Juan, describe las actividades de caza de guanaco que son frecuentes a lo largo de la travesía.

⁸ Al tratarse de un área protegida (Parque Provincial Ischigualasto) esta especie se encuentra a resguardo de la caza furtiva y su población ha ido en aumento.

⁹ Es frecuente ver ramas de arbustos, pequeñas piedras y barro depositados a la vera de los ríos.

el arte rupestre histórico, al cual nos referiremos, que confirman la idea de que el camino se usaba durante otoño-invierno. Los bloques con grabados, que forman el registro arqueológico más abundante y de mayor visibilidad en Ischigualasto, se disponen en su mayoría a lo largo y en la cercanía del curso del arroyo La Chilca, jalonando un antiguo camino hoy invisible.

El resto del conjunto de vestigios relacionado con el tránsito de los arrieros es muy escaso y está compuesto por estructuras habitacionales y corrales, cruces recordatorias, alojos y el resto de un palenque. El registro arqueológico también incluye herraduras, tanto de caballo como de vacuno, monedas de la época, algunos restos de latas y materiales en hierro. Es frecuente también el hallazgo de huesos y astas de vacunos en las inmediaciones de los bloques con grabados.

Uno de los emplazamientos más importantes en el inicio del itinerario de los arrieros por la hoyada es el sitio Agua de Ischigualasto (Figura 1b). Se localiza en el ángulo sudoeste de la misma, en un área baja con presencia de un manantial que aún hoy constituye un excelente abrevadero y lugar de pastaje, con abundantes bromeliáceas, para el ganado vacuno. Según los informantes, fue un punto de parada de arrieros y sus rodeos antes de continuar su derrotero atravesando Ischigualasto. Se conservan los restos de estructuras habitacionales construidas en piedra y lajas de arenisca con juntas de barro y piedras o simplemente apiladas. En algunos rincones de las habitaciones aún se preservan gruesos postes de algarrobo. Una de las estructuras es de paredes de ladrillos de adobe y junta de barro y, en algunos lugares, presenta piedra y barro grueso. Este rasgo permite suponer que estos recintos fueron utilizados como refugio o puesto durante muchos años y que sufrieron ampliaciones o modificaciones sucesivas¹⁰ (AINA y ANPCyT 2007; Podestá *et al.* 2006; Rotondaro *et al.* 2005-2006).

Existen también sectores enclavados en zonas rocosas del extremo sudeste de la hoyada de Ischigualasto que presentan una topografía cerrada y que, según relatan algunos pobladores, han sido utilizados como antiguos corrales. Para ser aprovechados como encierros naturales sencillamente se acomodaban piedras en algunos sectores para impedir la fuga del ganado que podía estar conformado por un rodeo entre 50 a 150 o más animales¹¹.

Además, según los informantes, hay cruces recordatorias de personas fallecidas en diferentes sectores de la hoyada que estarían vinculadas a víctimas de asesinatos cometidos por el gaucho Navarro que asaltaba a la gente que pasaba por la quebrada de la Chilca¹². Uno de ellos relató “(...) había un gaucho que se llamaba Navarro (...) él traficaba toda esta zona, y gente que venía porque era un paso obligado este (...) a la gente (...) que pasaba por acá y bueno los asaltaba

¹⁰ Los relevamientos fueron realizados por el arquitecto Rodolfo Rotondaro.

¹¹ Fue muy difícil precisar cuántas cabezas de ganado conformaba un arreo que pasaba por Ischigualasto durante esas décadas. El número mencionado corresponde a la información dada por uno de nuestros informantes. Durante la marcha los animales solían ser separados en grupos de 60 ó 70 para facilitar el arreo y evitar estampidas (Bosque 2006-2007).

¹² En trabajos anteriores (AINA y ANPCyT 2007b; Podestá *et al.* 2006) se adjudicaron las cruces a recordar arrieros fallecidos durante el tráfico pero no se hizo referencia a que fueran asesinados.

y robaba. Y hay unos lugares para allá donde, bajo de las peñas (...) que los sepultaba y hay unas cruces”. Existen varias referencias semejantes provenientes de la cordillera relatadas por viajeros extranjeros que la cruzaron en diferentes períodos de los dos siglos pasados. En todos los casos vincularon la presencia de cruces en el camino con homicidios que, por lo general, fueron adjudicados a los propios arrieros (ver Escolar 2007: 126-127). Uno de los sitios registrados en la hoyada, Agua de la Cortadera, ubicado a 50 metros del río homónimo, presenta una cruz con una lata con monedas (Figura 1b). Entre éstas la más antigua fue acuñada en 1886, momento de auge del tráfico de vacunos en la región.

Otra parada importante en el trayecto por Ischigualasto era Agua de la Peña, como mencionamos, uno de los escasos lugares con agua a lo largo de todo el año. Allí se localiza el único alojó documentado y excavado, si bien hay noticias de otros casos en la hoyada que aún no hemos registrado. Es una simple estructura cuadrangular construida con pequeños bloques en la base y un entramado de ramas y palos de algarrobo, alpataco, retamo y jarilla cubiertos de barro, de 2,12 m por 1,62 m, que cierra tres de los lados de la estructura. El lado abierto permite la entrada de una persona echada sobre el piso. La excavación del alojó no dio otro tipo de evidencia. A corta distancia se encuentra un palenque de palo. Por último, nuestros informantes también se refieren a los “echaderos” o lugares de descanso de los vacunos en distintos lugares del camino hacia la quebrada de La Chilca.

Localidades con grabados en la travesía por Ischigualasto

Identificamos tres localidades con grabados históricos en Ischigualasto. Dos de ellas se localizan a lo largo del curso del arroyo La Chilca mientras que la tercera, llamada Agua de las Marcas, se encuentra en el extremo sudoeste de la hoyada (Figura 1b). Esta última es un sector reducido, de aproximadamente 20 m de extensión con cuatro paredes con escasos grabados rupestres. Los soportes rocosos están próximos a un reservorio de agua que permanece por largo tiempo y que recibe el nombre local de “lagar”. La discusión que sigue se centrará en las dos primeras localidades.

Anteriormente señalamos que los bloques con grabados rupestres que jalonan varios sectores del cauce del arroyo La Chilca son la evidencia más firme del paso de los arrieros por Ischigualasto. El cauce ha sido prospectado, hasta el momento, a lo largo de 8,2 km, si bien tenemos referencias de la existencia de más bloques con grabados aguas abajo del arroyo¹³. El punto de arranque del camino relevado es el Bloque 15 en Piedra Pintada y el final es el Bloque 59 bien adentro de la quebrada de La Chilca.

El tramo documentado está dividido en dos localidades arqueológicas: 1) Piedra Pintada-El Salto y 2) Quebrada de La Chilca (Figura 1b y 2 y Tabla 1):

1) Piedra Pintada-El Salto: Es una localidad que presenta dos sectores a lo largo de 3,7 km: Piedra Pintada y El Salto. Constituye la vía de aproximación

¹³ Comunicación personal del guardaparque Pedro Díaz.

a la quebrada de La Chilca. El Bloque 15, el primero de los bloques ubicado al este, se encuentra a corta distancia del promontorio que dio nombre a la localidad (Figura 3 y 4). Este afloramiento de arenisca es visible a larga distancia y permite ubicar el inicio del encauzamiento del arroyo La Chilca. El terreno circundante presenta un suelo arenoso surcado de formaciones de arenisca bajas muy erosionadas que no imponen serios límites a la circulación. En este sector, el arroyo La Chilca se encajona levemente conformando una terraza fluvial de baja altura. Esta localidad finaliza en un punto llamado El Salto en alusión al profundo desnivel que hay que sortear para ingresar a la quebrada de La Chilca propiamente dicha (Figura 5). Según referencias de nuestro informante en El Salto, los arrieros “(...) dormían allá donde está el puesto de guardaparque, que hay una rinconada así que se llama (...) Morral del Morado le dicen, porque es una rinconada así grande, y bueno y ahí encajaban los animales a la noche. Y bueno y de ahí trataba de salir en la mañana temprano (...)”.

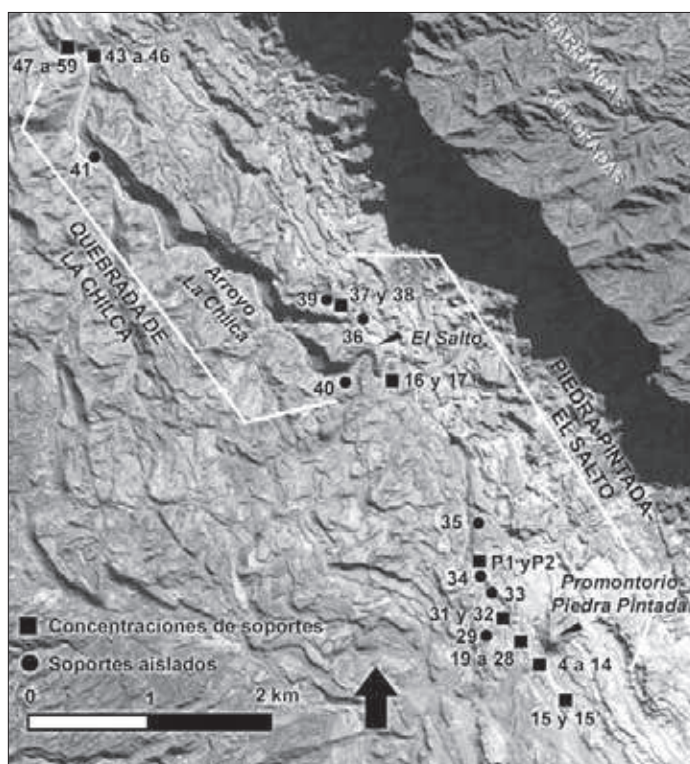


Figura 2: Distribución de soportes con grabados rupestres históricos en las localidades de Piedra Pintada-El Salto y Quebrada de La Chilca

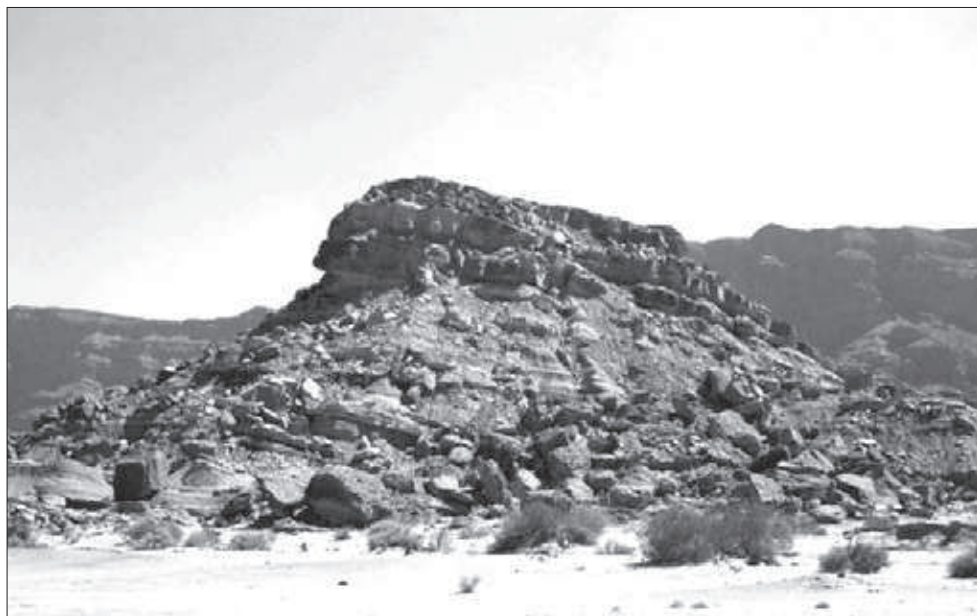


Figura 3: Promontorio de Piedra Pintada

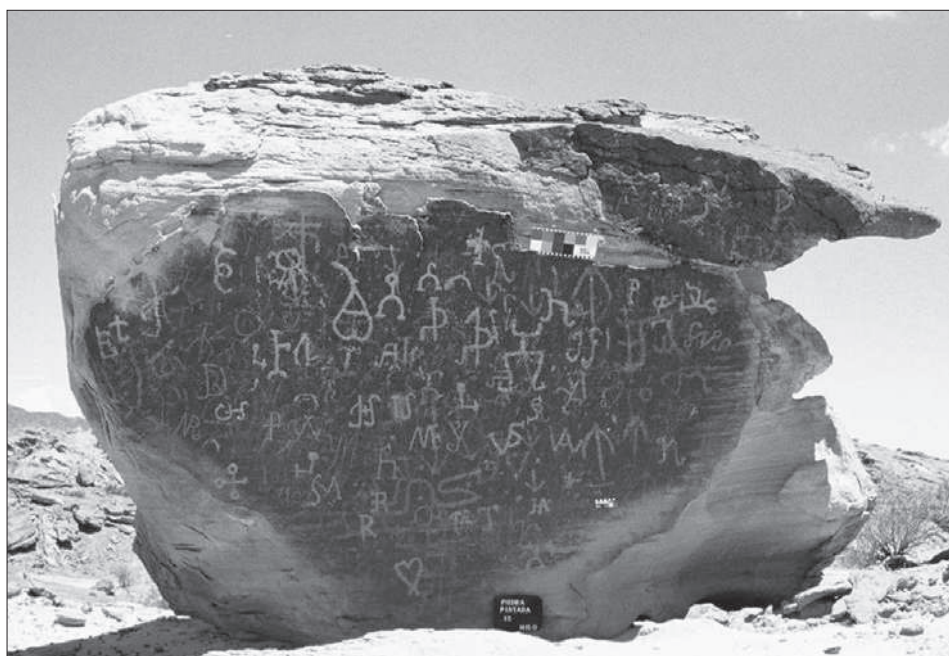


Figura 4: Bloque 15 de Piedra Pintada-El Salto



Figura 5: El Salto

Los 38 bloques y paredes de arenisca con grabados rupestres históricos documentados en esta localidad se disponen en su mayor parte sobre la margen derecha del arroyo (33), si bien unos pocos están en la margen izquierda y dentro del mismo lecho (3). En sólo dos casos se utilizaron paredes rocosas. Como puede verse en la Figura 2 los soportes rupestres se encuentran en inmediata proximidad al cauce. Se destacan dos concentraciones de bloques (4-14 y 19-28) en las inmediaciones del promontorio Piedra Pintada. El resto de los soportes se presentan aislados o de a pares (Figura 2). En el sector Piedra Pintada se incluyen los bloques 4 al 15 y del 18 al 35 mientras que en el sector El Salto se agrupan los bloques 16 y 17, por un lado, y 36 al 39, por el otro.

2) Quebrada de La Chilca: Aguas abajo se encuentra esta localidad que fue prospectada a lo largo de 4,5 km. A partir de allí, el camino, que continúa siempre el lecho del arroyo, se vuelve abrupto y encajonado y queda limitado por altos muros que impiden la salida del lugar a lo largo de gran parte de su recorrido. En este lugar comenzaba el verdadero problema para los arrieros, el ganado solía asustarse provocando estampidas y además podían toparse con el gaucho Navarro y ser asaltados. Según relato del mismo poblador: “(...) serían, una ánima, los espíritus, algún espíritu malo o alguna alma que ha matado el

gaucho Navarro, en ese lugar. Porque según ellos nunca se veía nada, nada más lo veían los animales. Pero sería tan, tan horrible para que se levante, porque el animal se echaba y se levantaba todo de golpe y, disparaba, huía huía, no quería saber nada de quedarse, nada. Ese era el drama. Por eso (los arrieros) nunca querían quedarse”. Por lo mencionado, el tránsito de aproximadamente 22 km por la quebrada de La Chilca, comprendido entre El Salto y el comienzo de la llanura aluvial del Bermejo, debía hacerse de prisa, con las detenciones mínimas y necesarias para el descanso y, ocasionalmente, el abreve del arreo. La capacidad de las vacas criollas de aquellos tiempos, que mencionamos anteriormente, lleva a suponer que esa distancia era practicable en una jornada, si bien muy ajustadamente, de no mediar ningún inconveniente en el camino.

En este tramo se documentaron 16 bloques y una pared que, al igual que en el segmento anterior, se disponen a metros del lecho del arroyo (Figura 2). Sólo dos de ellos se encuentran aislados (Bloque 40 y 41) mientras que los restantes (Bloque 43 al 59) se localizan en un sector donde el arroyo cambia fuertemente de dirección y recibe nuevos aportes de agua provenientes de un cauce que baja de las Barrancas Coloradas. Algunos bloques presentan buenas condiciones para refugios y seguramente fueron usados por los arrieros, si bien las únicas evidencias que se conservan son, como en el sector anterior, los grabados rupestres (Figura 6)¹⁴.

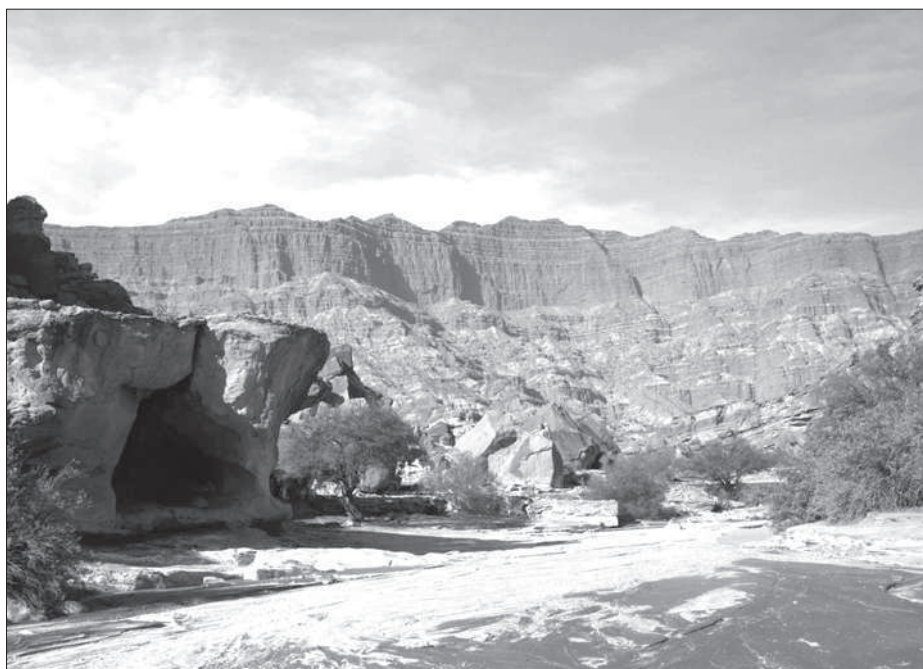


Figura 6: Concentración de bloques en Quebrada de La Chilca. Vista de un posible refugio de arrieros.

¹⁴ Interesa destacar que Martel y Ventura (2007) también mencionan la existencia de paraderos de arrieros con presencia de grabados de marcas de ganado en sitios de la Yunga salteña.

Grabados históricos en Ischigualasto

A continuación resumimos las características de los grabados históricos relevados en Ischigualasto hasta el momento. Si bien en un trabajo previo (Podestá *et al.* 2006) abordamos esta problemática y presentamos los primeros datos sobre 1505 motivos, en este caso sumamos información generada tras nuevos relevamientos y consideramos otros aspectos no contemplados anteriormente.

En primera instancia, destacamos la gran cantidad y densidad de motivos históricos relevados en la región de Ischigualasto. En la Tabla 1 se vuelca la información sobre las cantidades de bloques y motivos relevados en las diferentes localidades. A partir de su análisis se observa una distribución diferencial de los grabados. En las localidades Piedra Pintada-El Salto y quebrada de La Chilca se registra una cantidad mucho mayor en comparación con Agua de las Marcas. Como se mencionó previamente, las dos primeras localidades se disponen de manera continua a lo largo de 8,2 km del recorrido del arroyo La Chilca, si bien fueron separadas en dos partes dadas las notables diferencias topográficas del cauce. Es previsible que el número de soportes y de motivos aumente de mediar nuevos relevamientos en tramos del curso del arroyo hasta ahora inexplorados.

Tabla 1: Cantidad de bloques y motivos históricos en las tres localidades arqueológicas de Ischigualasto.

Localidad	Extensión	Bloques/ Paredes	Motivos
Piedra Pintada-El Salto	3,7 km	38	1563
Quebrada de La Chilca	4,5 km	17	423
Agua de las Marcas	20 m	4	23
TOTAL		59	2009

Como mencionamos, la gran mayoría de los soportes en el derrotero Piedra Pintada-El Salto y quebrada de La Chilca son bloques de arenisca; además se registran tres casos de paredes. Los motivos adscriptos a los momentos históricos¹⁵ se disponen de manera desigual en los bloques llegando a presentar algunos de ellos hasta cinco caras grabadas. Por ejemplo, sólo en el Bloque 11, una roca de gran tamaño (3,10 por 2,80 m), se han documentado 497 motivos en cuatro de sus caras. Solamente en la cara superior (B) tiene 329 (Figura 7). Otro caso es el Bloque 15 que también tiene gran cantidad de grabados históricos (N: 127) (Figura 4). En contraposición, existen bloques con sólo un motivo (por ejemplo el Bloque 40). La visibilidad de las representaciones en muchos casos es alta, sobre todo cuando la coloración del grabado contrasta fuertemente con la pátina de la superficie de la roca. En el caso de los bloques 11 y 15, el agotamiento del

¹⁵ Algunos bloques con grabados históricos presentan grabados asignados a momentos prehispánicos que fueron descriptos en otro artículo (Re *et al.* 2009).

espacio plástico es completo. Justamente en estos soportes se han identificado diversos momentos de ejecución a través de las superposiciones de motivos. En el Bloque 11 existen 37 superposiciones mientras que en el 15 suman 21. Cabe aclarar que en ningún caso los motivos superpuestos obliteran los inferiores.

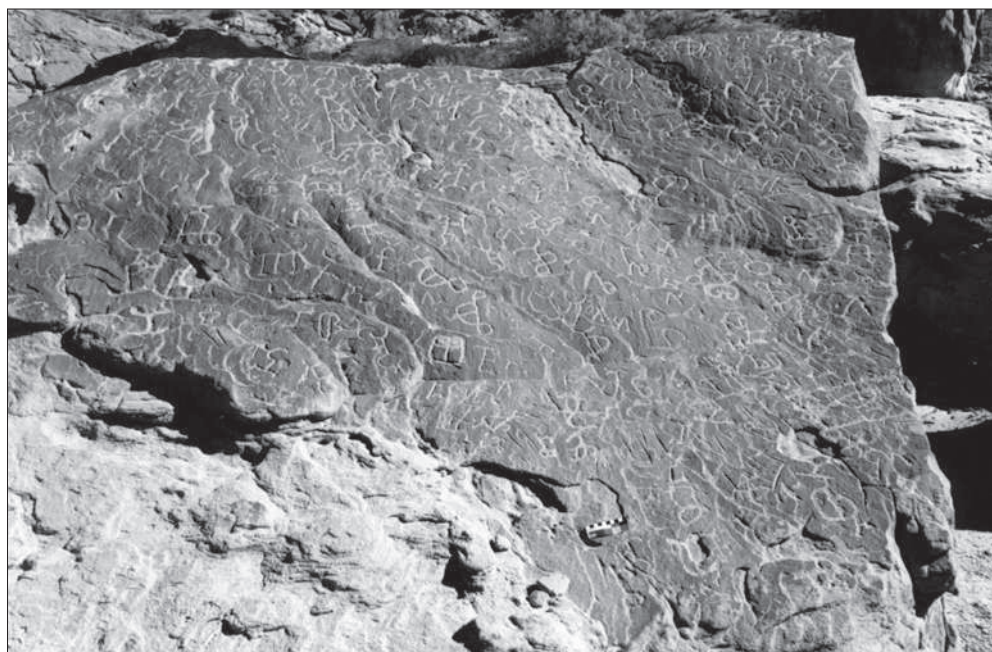


Figura 7: Bloque 11 de Piedra Pintada-El Salto

Atendiendo a la gran variabilidad de grabados históricos se elaboró una tipología que se expresa en la Tabla 2 y en la Figura 8 (ver Podestá *et al.* 2006 para una descripción detallada de la misma). La categoría más abundante en las tres localidades documentadas es la conformada por las representaciones de marcas de ganado, ya que sobrepasan el 50% de los motivos relevados. Luego, le siguen en frecuencia las iniciales y motivos abstractos (líneas, círculos, etc.). Por último, en menor proporción, se registran casos de números, nombres, fechas, leyendas, palabras y otros figurativos.

La marca de ganado, llamada también marca de hacienda, se define como la “(...) estampa a fuego de un signo, diseño, figura o dibujo en una parte visible del cuero del animal” (Taborda Caro 1977: 300), utilizada desde tiempos coloniales en nuestro país a fin de acreditar la propiedad del ganado mayor. El diseño de la marca que ostenta el ganado mayor es producto de la libre elección del propietario. Éste, al optar por su marca, sólo debe ajustarse a las restricciones de no repetir un diseño preexistente asentado en el Registro de Marcas y Señales -a fin de evitar confusiones respecto a la propiedad de ganado- además de ceñirse a un tamaño estándar que oscila entre los 7 y 10 cm (para más detalles sobre el tema ver Podestá *et al.* 2006). Un grave problema que corrientemente se suscitó

en el registro de marcas fue justamente el de la repetición o la extrema similitud entre marcas registradas por distintos propietarios, esta circunstancia provocaba frecuentemente pleitos entre los ganaderos. En la categoría de motivos “Marcas de ganado” se reúnen todas aquellas representaciones que han sido interpretadas como la reproducción grabada en la superficie rocosa de las marcas de ganado estampadas en el anca del animal.

Tabla 2: Categorías de motivos históricos en cada localidad de Ischigualasto.

Tipos de Motivos	ALM		PP-ES		QLC		Total general	
Marcas de ganado	12	52,17%	891	57,01%	208	49,17%	1111	55,30%
Iniciales	4	17,39%	159	10,17%	43	10,17%	206	10,25%
Números	1	4,35%	9	0,58%	10	2,36%	20	1,00%
Nombres	-	-	7	0,45%	11	2,60%	18	0,90%
Fechas	-	-	5	0,32%	24	5,67%	29	1,44%
Leyendas	-	-	4	0,26%	6	1,42%	10	0,50%
Palabras	-	-	-	-	4	0,95%	4	0,20%
Otros Figurativos	1	4,35%	44	2,82%	1	0,24%	46	2,29%
Abstracto	2	8,70%	250	15,99%	63	14,89%	315	15,68%
Indeterminados	3	13,04%	194	12,41%	53	12,53%	250	12,44%
Total general	23	100,00%	1563	100,00%	423	100,00%	2009	100,00%

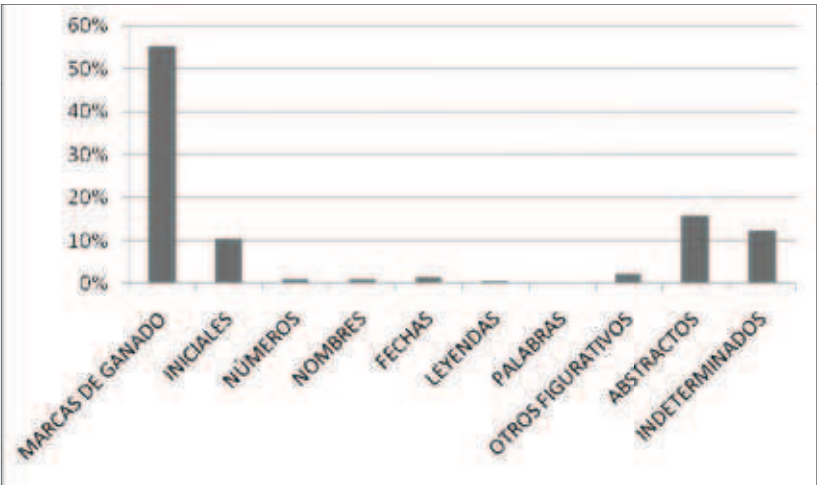


Figura 8: Categorías de motivos históricos en Ischigualasto.

Tabla 3: Clasificación en tipos y subtipos de las marcas de ganado.

Tipos	Subtipos	Descripción	Ejemplos de Variantes
1) Inicial	a- con ornamento:	Inicial con rasgos agregados como volutas, apéndices, círculos, segmentos, etc.	  
	b- invertida:	Inicial que se presenta en posición invertida	 
	c- enmarcada:	Inicial enmarcada por círculo	 
	d- combinada:	Distintas combinaciones entre los subtipos a, b y c	 
2) Iniciales dobles o triples	a- simples:	Iniciales unidas por un extremo o mediante un segmento	  
	b- con ornamento:	Iniciales unidas por un extremo o mediante un segmento y que además presentan rasgos agregados como volutas, apéndices, círculos, segmentos, etc.	 
	c- invertidas:	Iniciales unidas por un extremo o mediante un segmento, encontrándose al menos una de ellas en posición invertida	 
	d- enmarcadas:	Iniciales unidas por un extremo o mediante un segmento y enmarcadas por círculo	
	e- combinadas:	Distintas combinaciones entre los subtipos a, b, c y d.	
3) Iniciales dobles o triples adosadas	a- simples:	Iniciales unidas mediante la fusión de alguno de sus trazos	  
	b- con ornamento:	Iniciales unidas mediante la fusión de alguno de sus trazos y que además presentan rasgos agregados como volutas, apéndices, círculos, segmentos, etc.	 
	c- invertidas:	Iniciales unidas mediante la fusión de alguno de sus trazos, encontrándose al menos una de ellas en posición invertida	 
	d- combinadas:	Distintas combinaciones entre los subtipos a, b y c	
4) Iniciales no identificadas		Iniciales cuya identificación es ambigua	

5) Otros figurativos	a- Antropomorfos	A semejan figuras humanas esquemáticas	
	b- Objetos	Figuras con referente empírico: mate, llave, corazón, órgano sexual masculino, herradura, etc.	
	c- Números	Números con ornamentos, invertidos, enmarcados y/o unidos por un extremo o mediante un segmento.	
6) Formas geométricas ¹	a- En estribo:	En U invertida con trazo vertical central	
	b- En V invertida:	En V invertida en su forma base o en un extremo	
	c- En U:	En U o en U invertida en su forma base o en un extremo	
	d- Enmarcada	Con forma base enmarcada por una figura geométrica	
	e- En cuadrilátero	Con forma base cuadrangular o con cuadrilátero como parte constitutiva del motivo	
	f- En cruz	Con forma base en cruz	
	g- Con triángulo	Con forma base triangular o con triángulo como parte constitutiva del motivo	
	h- En tripartito	En tridente o tridígito con trazo vertical central	
	i- Con círculo	Con forma base circular o con círculo como parte constitutiva del motivo	
	j- En líneas curvas	Con predominio de línea curva	
	k- En líneas rectas	Con predominio de línea recta	

¹ Dentro del tipo “Formas geométricas” las marcas de ganado fueron asignadas a los distintos subtipos de acuerdo, por una parte, a lo que primero se percibe de manera predominante o, en el caso de igualdad de proporciones, al orden jerárquico arbitrario utilizado en la Tabla 3.

La gran cantidad y variedad de representaciones de marcas de ganado documentada en las tres localidades de Ischigualasto llevó a una consideración más detallada de las mismas. De esta manera, a fines analíticos, se procedió a su clasificación en tipos y subtipos, de acuerdo a los criterios detallados en la Tabla 3.¹⁶

A lo largo del trabajo de relevamiento de las marcas de ganado, y antes de llevar a cabo la clasificación, creímos observar una alta tasa de repetición de estas representaciones grabadas en los soportes que jalonan la senda seguida por los arrieros. A partir de ello, planteamos la posibilidad de trazar las rutas seguidas por ellos asumiendo que cada marca identificaba al arreo de un determinado propietario. Sin embargo, luego del análisis tipológico detallado, fue evidente la gran variabilidad de estos motivos. Lo mismo ocurrió con el análisis realizado posteriormente con los motivos denominados “Iniciales” y “Nombres” (Romero Villanueva 2010). Entre los 1111 motivos de marcas de ganado relevados, se registraron 912 variantes, de las cuales sólo 128 presentaban casos de repeticiones, es decir, el 13,9% del total (Figura 9). Este resultado puede depender, en gran medida, del criterio sumamente restrictivo que se adoptó para diferenciar las variantes. De esta manera, no sólo consideramos los rasgos generales que conforman la forma base de las marcas, sino que también evaluamos para la definición de cada subtipo, los rasgos agregados a la forma base, la curvatura y dirección de ciertos ornamentos, entre otros (Tabla 3).

Este criterio restringido fue seleccionado para ser coherentes con la enorme variedad de marcas de ganado que existe en la realidad. En los registros de marcas aparecen dibujos que se diferencian solamente por algunos rasgos muy sutiles, a tal punto que la identificación de muchas de ellas ha llevado repetidamente a la confusión y, por lo tanto, ha suscitado litigios entre ganaderos que disputaban un animal por ostentar una marca que aducían de su propiedad al no diferenciarla de otra sumamente semejante (Soria y Amoretti 1933). Recordemos, además, que a veces las marcas quemadas a fuego sobre el cuero del animal podían perder parte de su estructura o quedar parcialmente obliteradas por remarcaciones, todos signos de deterioro que llevaban a acentuar la confusión en la identificación de una marca.

La gran variabilidad de marcas registradas en los bloques podría explicarse por los múltiples puntos de procedencia del ganado vacuno que, como dijimos al comienzo, provenían de las provincias del centro de la Argentina, si bien algunas de las reses se iban sumando a lo largo del trayecto y en la misma región de valle Fértil. Probablemente estos vacunos, antes de su entrada a Ischigualasto, no eran remarcados -como establece la ley de marcas y señales ante el cambio de propiedad de un vacuno que debía ostentar la marca del nuevo dueño- y por lo tanto llevarían su marca original (Liga Agraria 1916). De esta situación

¹⁶ Cabe aclarar que las iniciales aisladas, dobles o triples que no cumplían con los criterios establecidos no fueron consideradas marcas de ganado y fueron incluidas en la categoría “Iniciales” (ver Romero Villanueva 2009), si bien muchas de ellas pudieron, en la realidad, representar marcas de ganado.

se desprende la idea del paso por Ischigualasto de gran cantidad de cabezas de ganado con marcaciones diversas, si bien muchas de ellas pertenecerían a los mismos patrones.¹⁷



Figura 9: Representación de las 128 variantes de marcas de ganado repetidas en un mismo bloque o bloques de una misma concentración (arriba) y entre bloques distantes (abajo).

En lo referido a las repeticiones de variantes de marcas de ganado, es llamativa la distribución espacial que presentan. Si bien en un primer momento se esperaba una disposición de las mismas a lo largo del cauce del arroyo La Chilca, se observó que de los 128 casos registrados el 49,2% (N: 63) de las repeticiones se producen en el mismo bloque o en bloques de una misma concentración. Entre las restantes (N: 65) interesa destacar: 29 repeticiones entre soportes alejados dentro de Piedra Pintada, cuatro entre Piedra Pintada y El Salto, 27 entre Piedra Pintada y

¹⁷ El animal debía ser remarcado tantas veces como veces cambiaba de propietario, si bien esta reglamentación pocas veces se cumplía. Esta irregularidad ocasionaba que algunos propietarios de la provincia de Buenos Aires a comienzos del siglo XX poseyeran guías de hacienda con 300 ó 400 marcas diferentes (Liga Agraria 1916).

quebrada de La Chilca y dos entre Agua de las Marcas y Piedra Pintada.

Por otra parte, al considerar la frecuencia de las repeticiones de variantes, verificamos marcas de ganado que se repiten de 1 a 4 veces, si bien predominan los casos de una única repetición (70,3% del total). Esta evidencia conduce a pensar que el arriero, ejecutor de la marca sobre la roca, no buscaba especialmente señalar el recorrido de su camino entre Ischigualasto y el río Bermejo, como pensamos *a priori*, sino que, por lo contrario, buscaba grabar la/s marca/s -ya que podía conducir animales con varias marcas distintas- al menos en una ocasión a lo largo del trayecto sin pretender delinear un circuito.

Por último, cabe mencionar la cronología de los grabados históricos. Sumándose a la información provista por las fuentes históricas y por los informantes, se relevaron 35 motivos donde se representaron años que dan cuenta del momento del paso de los arrieros por Ischigualasto. Éstos se incluyen dentro de la categoría “Fechas” o de “Leyendas” cuando aparecen en conjunción con nombres o iniciales. Mientras que en Piedra Pintada-El Salto se registraron 12 de estos casos, en la localidad quebrada de La Chilca se observaron 23, 15 de ellos en un mismo bloque (Bloque 58). De la totalidad de estos motivos, en 30 de ellos se pudo determinar con exactitud el año representado. Todos los años se encuentran comprendidos a lo largo de casi un siglo, entre 1870 y 1961. Sin embargo, se hace evidente una mayor concentración de los mismos entre 1870 y 1949. Esta información, junto con las superposiciones registradas, apunta al uso redundante y frecuente del curso del arroyo La Chilca como ruta de arrieros entre fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX.

Discusión

Arte rupestre como marcador idiosincrático

En numerosos trabajos se ha explorado el potencial que tiene el arte rupestre prehispánico como marcador del paisaje. Algunas de las propiedades mencionadas para sostener esta hipótesis son la ubicación de grabados, pinturas o geoglifos en lugares prominentes del espacio, de gran visibilidad, en sectores donde se producen cambios ambientales o puntos topográficos relevantes como la confluencia de cauces, abras o portezuelos y pasos cordilleranos. Esta temática ha sido analizada en el área andina (centro-sur y Andes patagónicos) desde el trabajo pionero de Núñez (1976, 1985) hasta una cantidad de estudios que lo continuaron y que, en gran medida, lo tomaron como modelo (Aschero 2000; Bellelli *et al.* 2008; Berenguer 2004; Nielsen 2003; Podestá y Manzi 1995, entre muchos otros).

En nuestra región de estudio esta perspectiva obtiene gran relevancia y permite constatar que el arte rupestre como marcador del paisaje es una aproximación válida aun para el análisis de estas manifestaciones en tiempos

históricos. Como venimos describiendo, los arrieros circularon por un espacio muy amplio conduciendo ganado desde diversas provincias de la Argentina hacia localidades de Chile, intensificando un tráfico que se mantuvo durante varias décadas, entre las últimas del siglo XIX y las primeras del XX. En este contexto, es preciso considerar la importancia del conocimiento que los arrieros poseían de los ambientes por los cuales debían transitar, así como de su habilidad para determinar rutas, aprenderlas y volver sobre ellas (*wayfinding* en términos de Golledge 2003 y Meltzer 2003).

Desde esta aproximación, se destaca la importancia de los puntos de referencia o marcadores espaciales (*landmarks* en términos de Golledge 2003) que permiten identificar ubicaciones en el terreno y sirven de conceptos organizadores de los mapas mentales haciendo más legibles los paisajes. Gran parte de éstos se localizan en lugares del camino de una alta visibilidad, donde se pueden producir cambios en las características físicas del paisaje y/o donde se debe tomar una decisión acerca de qué rumbo seguir. Estos puntos serían lugares estratégicos hacia o desde los que se viaja, pudiendo unirse de manera secuencial creando rutas. De acuerdo a Golledge (2003) y Meltzer (2003), los puntos de referencia pueden ser naturales (montañas, confluencias de cauces, etc) o contruidos por el hombre. Además, Golledge diferencia entre marcadores comunes e idiosincráticos. Los primeros generalmente son parte de los mapas cognitivos de grandes grupos de personas, mientras que los segundos son específicos de ciertos individuos o pequeños grupos. En términos generales los puntos de referencia hacen más legibles los ambientes y facilitan el trazado y transmisión de información sobre las rutas.

El viaje de los arrieros a través de Ischigualasto puede ser considerado a la luz de la perspectiva descripta. Algunos puntos de referencia o marcadores espaciales pudieron haber sido rasgos naturales del paisaje, como las aguadas (Agua de Ischigualasto), los cauces de algunos ríos (Agua de la Cortadera, Agua de la Peña, La Chilca), elevaciones (Barrancas Coloradas, promontorio de Piedra Pintada) o desniveles en el terreno (El Salto).

Sumados a los puntos de referencia naturales, sugerimos que las localidades con arte rupestre histórico habrían cumplido también la función de marcadores espaciales idiosincráticos en lugares de características particulares de las áreas de internodos. Es aquí donde los grabados se convierten en verdaderos marcadores de un camino que refuerzan las distintas referencias topográficas. Al respecto, es interesante observar que, por lo contrario, no se documentaron marcas de ganado en el área nodal que, en la región que nos ocupa, fue definida en el sector pedemontano de la sierra de valle Fértil donde se levantan los poblados actuales. Por otro lado, también es llamativo que la distribución de los grabados de marcas de ganado al interior del área de internodos no es aleatoria. De esta manera, es notable la ausencia de grabados históricos en Agua de Ischigualasto y, más hacia el oeste, en Agua de la Peña, puntos estratégicos en el itinerario por la presencia de agua permanente, a pesar de contar con la disponibilidad de soportes rocosos.

La presencia y densidad de los grabados rupestres a lo largo del arroyo de La Chilca apunta a que los mismos se comportarían como marcadores de la única alternativa de paso al valle del Bermejo. Además indicarían un espacio que presenta inconvenientes para la circulación de personas y animales debido a la falta de agua y pasturas, las posibilidades de estampidas y la aparición de bandidos, entre otros. Es así que se observa que se emplazan en lugares estratégicos, de alta visibilidad, señalizando cambios en la topografía y el rumbo a seguir.

Como indicamos, el promontorio de Piedra Pintada tiene alta visibilidad y señala el inicio del encauzamiento de La Chilca (Figura 2). Éste podría haber marcado un punto de encuentro de diversos senderos con arreos que procedían de atravesar la hoyada de Ischigualasto y que convergían en este lugar. Allí adquiere relevancia el Bloque 15, un bloque muy obstrusivo, orientado de cara a quien se aproxima a la zona (Figura 4). Este bloque, además de presentar el espacio plástico agotado, cuenta con gran cantidad de grabados históricos, entre los cuales hay una alta diversidad de marcas de ganado (59 variantes). Además, la cantidad de superposiciones registrada indica el uso del bloque durante buena parte del tiempo en que la arriería de vacunos tuvo su auge en Ischigualasto.

Otros lugares significativos en el sector Piedra Pintada son las concentraciones formadas por los bloques 4 a 14, por un lado, y 19 a 28, por otro, que podrían estar indicando lugares de parada para el descanso (Figura 2). Estas paradas podrían haber funcionado en forma alternativa a la de El Salto, antes del ingreso al tramo de la quebrada de La Chilca. Como se mencionó anteriormente en la primera concentración de bloques (4-14), se destaca el Bloque 11 por su gran tamaño, cantidad de motivos y diversidad de marcas de ganado (182 variantes en la cara B) (Figura 7).

Los bloques que se concentran en proximidad a El Salto (bloques 36-40 y 16 y 17) es decir a la entrada de la quebrada de la Chilca, donde comenzaba “el drama que tenían ellos (los arrieros) en este lugar” -según narró uno de nuestros informantes reiteradamente- podrían estar marcando, además de un posible lugar de parada, un punto de inflexión en donde se hacen bien notorios los cambios en la topografía, acompañado de un importante giro en la perspectiva visual, ya que se pasa de una zona más abierta a una encajonada por altos muros (Figura 2 y 5). Allí se iniciaba un tramo difícil para el arreo, en el cual se debía recorrer, casi sin detenciones, más de 20 km por una quebrada de topografía abrupta, encajonada y con ausencia de pastos y aguadas. La concentración de bloques posiblemente estaría señalando también el lugar a partir del cual se podían producir las tan temidas estampidas y donde comenzaba el radio de acción del gaucho Navarro. Todas estas calamidades iban a traducirse directamente en las posibilidades de sortear La Chilca con la mayor cantidad de animales vivos y en buen estado.

Traspuesto este primer tramo de la quebrada, la siguiente concentración de bloques (Bloques 43-59) estaría indicando un punto crucial donde el arroyo recibe aguas de un tributario que baja de las Barrancas Coloradas. Es allí donde

hemos relevado bloques que pudieron haber servido como refugios temporarios a los arrieros.

De esta manera, se constata que los grabados rupestres históricos en Ischigualasto actúan como marcadores del único paso practicable rumbo al Bermejo e indicadores no sólo de puntos relevantes de ese camino sino también de la dificultad que significaba esta travesía. Ahora bien, no entendemos que estos marcadores hayan cumplido una función similar a las señales viales actuales. Los arrieros, expertos conocedores del terreno, no necesitaban de ellas para alcanzar el corredor de La Chilca y luego internarse en el mismo para continuar su itinerario al río Bermejo y más allá de él. Más bien creemos que la representación de las marcas de ganado en este espacio internodal -reforzado por su ausencia en las áreas de nodos- está señalando la existencia de un espacio simbólico, donde se expresaban cuestiones claves para los viajeros que procuraremos explicar en el siguiente acápite.

Marcas de ganado y su valor simbólico

Como sugerimos en un trabajo anterior, la marca de ganado es fijada en el soporte rocoso a manera de expresión simbólica con el objeto de dejar allí plasmada la identidad de los propietarios (Podestá *et al.* 2006). A una interpretación semejante arribó Revuelta (2009) en el análisis realizado en sitios con marcas de ganado en la vecina provincia de La Rioja. Muchos de nuestros informantes reconocieron en los grabados marcas de ganado de pobladores de la región de valle Fértil. Señalaron que: “por aquí pasaba el arreo de fulano de tal”. Otro nos dijo: “Estas marcas las hacían porque, de acuerdo a cada uno (...), eran distintos los que venían, cada uno (...) hacía su marca, su marca personal”. Una pregunta subyace a este análisis: ¿eran los propietarios del ganado los que conducían sus propias arrias o eran sus empleados? Según la literatura consultada podrían darse ambos casos, pero si se trataba de capataces, empleados o jornaleros, arrieros propiamente dichos, ¿por qué éstos representarían en las rocas marcas de un ganado que no era de su propiedad?

Al decir de Oberti, la marca que “en un principio fue perentoria necesidad, con el andar de los años llegó a convertirse en un verdadero blasón ganadero, distinción de los ganados y orgullo de sus dueños” (1943: 68). Más adelante aclara que los hombres de campo que “lograban la honrosa concepción de marcar con el ‘fierro’ prestigiado de sus amigos o patrones solían alardear de ella en las pulperías, en las cuadreras, en los arreos o andanzas por distintos pagos” (1943: 69). Ya hemos expresado la importancia simbólica de la marca de hacienda en ejemplos provenientes de otros puntos de la Argentina, donde la misma es representada en diferentes soportes (pared de pulpería, capa tehuelche, vasijas cerámicas), algunos de ellos de alto valor simbólico (Podestá *et al.* 2006).

En la literatura extranjera, si bien escasa, encontramos datos relevantes para

este punto. Uno de los más destacados refiere a la representación de marcas de hacienda en la piedra *aalasü*, una expresión del arte rupestre Wayuu (norte de Colombia). Delgado Rodríguez y Mercado Epieyú (2010) señalan que los emblemas totémicos de los clanes Wayuu están representados en esa piedra a través de distintas marcas de ganado. Otro ejemplo proviene del sur del Estado de Arizona (Estados Unidos) donde las marcas de ganado no sólo identifican el ganado sino que también representan al rancho, a sus dueños y empleados, además de sus tradiciones (☒ e University of Arizona s.f.).

Con los ejemplos precedentes pretendimos dejar en claro que la grabación de la marca de ganado sobre las rocas de Ischigualasto supera ampliamente el deseo del ejecutor de expresar la propiedad del ganado que conducía. La acción responde más bien a una estrategia simbólica en la cual se resignifican las marcas, con el afán de transferir, a través de la imagen, el prestigio del objeto al individuo que la plasma sobre la roca¹⁸. De esta manera, se explica por qué el arriero grababa una marca que en la realidad pertenecía a otro individuo. El sentido de la propiedad que ostentaba la marca quedaba, en cierta forma, trasladado al arriero.

El acto de grabar la marca “devenida en blasón ganadero” (*sensu* Oberti 1943) aseguraría al arriero, entre otras cosas, una buena travesía a lo largo de un corredor (La Chilca) que se demostraba por demás hostil y podía conllevar la pérdida de parte de la hacienda.

Palabras finales

Es llamativa la invisibilidad del arte rupestre histórico en general y de los grabados de marcas de ganado en particular dentro del repertorio rupestre argentino. La bibliografía disponible sobre el tema es en general escasa y se limita a breves menciones. Con este trabajo pretendimos realizar un aporte al conocimiento del arte rupestre de momentos históricos relacionado con la actividad de los arrieros, en un área acotada como la de Ischigualasto, donde “la baqueanía deviene blasón y no vergüenza” (*sensu* Escolar 1996-1997).

A lo largo del desarrollo del trabajo analizamos distintos aspectos de los grabados históricos que nos permitieron abordarlos desde una perspectiva arqueológica, sin descuidar la información histórica que pudimos ir recolectando en la escasa bibliografía sobre el tema. De esta manera, a partir de este enfoque, se dio visibilidad a una problemática que ha sido descuidada por la investigación histórica.

La consideración de la distribución espacial, la visibilidad y la densidad de los grabados históricos nos permitió sugerir su rol como marcadores idiosincráticos del camino utilizado por los arrieros en su itinerario por la región. Como ya indicamos su presencia en Ischigualasto está exclusivamente vinculada al área

¹⁸ Un análisis similar realizó Aschero (2000) en las representaciones de escutiformes en el arte rupestre prehispánico del NO argentino.

internodal, es decir a las relacionadas con el tráfico. Específicamente dentro de ella, los grabados y, en especial, las marcas de ganado, cuyo alto valor simbólico destacamos, se vinculan con sectores del camino que presentan mayores dificultades, anuncian cambios relevantes en el paisaje y/o son lugares de uso recurrente.

Es interesante tener presente estas consideraciones en ocasión de nuevas prospecciones en otras regiones. Este pequeño tramo hoy documentado en Ischigualasto podría quedar en un futuro integrado en una red más amplia del tráfico trasandino. Así, los grabados rupestres de los arrieros visibilizaron un camino que hasta el momento permanecía invisible.

Agradecimientos

A nuestros compañeros de equipo, en especial a: Diana Rolandi, Pía Falchi, Marcelo Torres, Teresa Lagos Mármol, Paula Valeri, Tito Damiani. Muchos de ellos trabajaron intensamente en los relevamientos del arte rupestre (Rolandi, Damiani, Falchi, Lagos Mármol), en la búsqueda bibliográfica sobre la temática de la arriería (Falchi) y las entrevistas a los lugareños (Rolandi y Valeri). A baqueanos, guías, guardaparques del Parque Provincial Ischigualasto, entre ellos muy especialmente a Dante Herrera y Pedro Díaz, quienes nos acompañaron reiteradamente a Piedra Pintada y a la quebrada de La Chilca, además de aceptar nuestro desafío de adentrarnos en esta última. A los informantes que nos relataron sus historias de estos lugares y a los funcionarios del parque, muy especialmente a Justo Márquez. A los evaluadores que aportaron excelentes ideas que enriquecieron el trabajo. Por último, nuestro eterno agradecimiento al doctor William Sill quien nos contó las primeras historias sobre los arrieros de Ischigualasto.

Referencias citadas

- AINA y ANPCyT. (2007a). *Arquitectura tradicional en la región de Ischigualasto*. Provincia de San Juan. Buenos Aires.
- AINA y ANPCyT. (2007b). *El Arriero en San Juan*. Buenos Aires.
- Aschero, C. A. (2000). Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En M. M. Podestá y M. de Hoyos (Eds.). *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina* Pp.15-44. Buenos Aires: SAA y AINA.
- Bandieri, S. (2003). La persistencia de los antiguos circuitos mercantiles en los andes meridionales. En R. J. Mandrini y C. D. Paz (Comp.). *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo*. Pp.253-283. Universidad Nacional del Sur, Instituto de Estudios Históricos-Sociales de la UNCPBA.
- Bellelli, C., V. Scheinshon y M. M. Podestá (2008). Arqueología de pasos cordilleranos: un caso de estudio en Patagonia Norte durante el Holoceno Tardío. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2), 37-55.
- Bengoa, J. (Comp). (2004). *La memoria olvidada. Historia de los pueblos indígenas de Chile*. Cuadernos Bicentenario. Presidencia de la república. Santiago de Chile: Andro Impresores.
- Berenguer, J. (2004). *Caravanas, Interacción y Cambio en el Desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Sirawi ediciones.
- Bosque, H. G. (2006-2007). El último arreo a Chile. *Mining Press* 19 (año 4), 93-94.
- Cahiza, P. (2007). Las sociedades formativas tardías de Valle Fértil, San Juan. *Comechingonia*.

- Revista de Arqueología* 10, 79-94.
- Campi, D. (2000). Economía y sociedad en las provincias del Norte. *Nueva Historia Argentina*. Tomo V. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cartajena, I. y L. Núñez (2006). Purilacti: arte rupestre y tráfico de caravanas en la cuenca del Salar de Atacama (Norte de Chile). En D. Fiore y M. M. Podestá (Eds.). *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre*. Pp. 221-235. Buenos Aires: SAA, INAPL, WAC.
- Conti, V. E. (2001). Salta entre el Atlántico y el Pacífico. Vinculaciones mercantiles y producciones durante el siglo XIX. En S. Bandieri (Coord.). *Cruzando la Cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*. Pp. 233-261. CEHIR Facultad de Humanidades, Univ. Nacional del Comahue.
- Delgado Rodríguez, C. A. y R. Mercado Epieyú (2010). La blasonería y el arte rupestre Wayuu. Ponencia presentada al Primer Simposio Nacional de Arte Rupestre, Colombia. Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, octubre de 2009. <http://www.rupestreweb.info/wayuu.html>
- Escolar, D. (1996-1997). Prácticas espacio-temporales, poder e identidad entre los baqueanos de los Andes sanjuaninos. *Cuadernos del INAPL* 17, 17-39.
- Escolar, D. (1998). Bandidos en los Andes sanjuaninos, de hechos, crímenes y travesuras en las fronteras del derecho y el estado. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* VII (4).
- Escolar, D. (2003). Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogenesis huarpe. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 28, 23-43.
- Escolar, D. (2007) *Los Dones Étnicos de la Nación. Identidades Huarpe y Modos de Producción de Soberanía en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Fernández Distel, A. (1985). Petroglifos poshispánicos y actuales en la provincia de Jujuy. *Anuario* 13, 20-27, Buenos Aires: Academia Nacional de Bellas Artes.
- Gambier, M. (2000). *Prehistoria de San Juan*. San Juan: Ansilta Editora.
- Golledge, R. (2003). Human wayfinding and cognitive maps. In M. Rockman y J. Steele (Eds.). *Colonization of Unfamiliar Landscapes. The Archaeology of Adaptation*. Pp. 25-43. London: Routledge.
- Guráieb, G., M. M. Podestá, D. Rolandi y O. Damiani (2007). Estructuras prehispánicas de piedra del Parque Provincial Ischigualasto y su área de amortiguación, Prov. de San Juan. *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tras las huellas de la materialidad, San Salvador de Jujuy, 8 al 12 de octubre de 2007. Tomo III, pp. 529-535. Jujuy.
- INAPL. (2008). *Tiempos pasados en Ischigualasto*. Buenos Aires.
- Levene, R. (1942). *Historia de la Nación Argentina*, Tomo X. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Liga Agraria (1916). *Contribución para resolver el problema de la contramarca del ganado en la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Rodríguez Gilles.
- Martel, A. y B. N. Ventura (2007). De la selva a los cerros...sendas y arte rupestre en las Yungas salteñas. *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tras las huellas de la materialidad, San Salvador de Jujuy, 8 al 12 de octubre de 2007. Tomo III, pp. 157-161. Jujuy.
- Meltzer, D. (2003). Lessons in landscape learning. En M. Rockman y J. Steele (Eds.). *Colonization of Unfamiliar Landscapes. The Archaeology of Adaptation*. Pp. 222-241. London: Routledge.
- Michieli, C. T. (1992). Tráfico transcordillerano de ganado y la acción de los indígenas en el siglo XVII. *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo* 19, 21-47.
- Michieli, C. T. (2004). *La Fundación de Villas en San Juan (siglo XVIII)*. Colección Tesis Doctorales. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Moussy, V. M. de (1873). *Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine*. Paris: Librairie de Firmin Didot Frères, Fils et Cie.

- Nielsen, A. E. (2003). Por las rutas del Zenta: evidencias directas de tráfico prehispánico entre Humahuaca y las yungas. En G. Ortiz y B. Ventura (Eds.). *La mitad verde del mundo andino*. Pp.261-284. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Nielsen, A. E. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes circumpuneños: teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.). *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*. Pp. 29-62. Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Institute of Andean Research.
- Núñez A., L. (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En L. Núñez (Ed.). *Homenaje al Dr. R. P. Gustavo Le Paige*. Pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Núñez A., L. (1985). Petroglifos y tráfico en el desierto chileno. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.) *Estudios en Arte Rupestre*. Pp. 243-264. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Nussbaumer, B. (2004). *Impact of Migration Processes on Rural Places. Cases from the Chaco Region-Argentina*. Berlin: Verlag Dr Koster.
- Oberti, F. (1943). Antecedentes para la historia de las antiguas marcas de hacienda. *Revista La Chacra* 147, 20-21, 68-69.
- Oliva, E. (2003). *La Vida Cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Ciudad.
- Podestá, M. M. y L. Manzi (1995). Arte rupestre e interacción interregional en la puna argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 16, 367-399.
- Podestá, M. M. y D. Rolandi (2001). Marcas en el desierto. Arrieros en Ischigualasto (San Juan, Argentina). *Boletín de la Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia* 15, 63-73.
- Podestá, M. M., D. Rolandi, A. Re, M. P. Falchi y O. Damiani (2006). Arrieros y marcas de ganado. Expresiones del arte rupestre de momentos históricos en el desierto de Ischigualasto. En D. Fiore y M. M. Podestá (Eds.). *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre*. Pp.169-190. Buenos Aires: SAA, INAPL, WAC.
- Re, A., M. M. Podestá y D. Rolandi (2009). Arte rupestre prehispánico en valles y quebradas del Parque Provincial Ischigualasto y de su área de amortiguación (Provincia de San Juan, Argentina). En M. Sepúlveda, L. Briones y J. Chacama (Eds.). *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de las Américas*. Pp. 413-429. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Revuelta, C. M. (2008) Arte rupestre de arrieros históricos en La Rioja. Nuevos sitios y descripción preliminar para su estudio en la provincia. *Novedades de Antropología* 16 (58), 9-11.
- Revuelta, C. M. (2009). Arte rupestre y arrieros históricos en el oeste riojano. Ponencia al XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, 5 al 10 de octubre de 2009. Valparaíso. Ms.
- Rickard, F. I. [1863] 1999. *Viaje a través de los Andes*. Buenos Aires: Emecé.
- Rojas Lagarde, J. L. (2004). *Malones y comercio de ganado con Chile. Siglo XIX*. Buenos Aires: Elefante Blanco.
- Rolandi, D., G. Guráieb, M. M. Podestá, A. Re, R. Rotondaro y R. Ramos (2003). El patrimonio cultural en un área protegida de valor excepcional: Parque Provincial Ischigualasto (San Juan, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVIII, 231-240.
- Romero Villanueva, G. (2010). Saliendo del anonimato. Los arrieros por su nombre. Análisis de iniciales y nombres grabados en el desierto de Ischigualasto (Provincia de San Juan). *Actas de las VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Buenos Aires, INAPL. En prensa.
- Rotondaro, R., A. R. Ramos, G. Guráieb, D. Rolandi, M. Torres y M. M. Podestá (2005-

- 2006). Patrimonio arquitectónico en Ischigualasto, San Juan, Argentina. *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"* 39-40, 87-111.
- Sanhueza, M. C. y H. Gundermann (2007). Estado, expansión capitalista y sujetos sociales en Atacama (1879-1928). *Estudios Atacameños* 34, 113-136.
- Soria, J. A. y A. R. Amoretti (1933). *Sistema de Marcas para Ganado*. Buenos Aires: Barral y Huguet editores.
- Taborda Caro, M. S. (1977). *Derecho Agrario*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- The University of Arizona (s.f.). El arte folklórico del sur de Arizona. http://parentseyes.arizona.edu/folkarts/brands_es.html
- Varese, C. y H. D. Arias (1966). *Historia de San Juan*. Mendoza: Editorial Spadoni S.A.
- Videla, H. (1962). *Historia de San Juan*. Tomo II. Buenos Aires; Academia del Plata, Universidad Católica de Cuyo.

RUTAS, VIAJES Y CONVIDOS: TERRITORIALIDAD PEINEÑA EN LAS CUENCAS DE ATACAMA Y PUNTA NEGRA

Marinka Núñez Sotol

Introducción

A través de la corriente analítica de la Antropología de la Naturaleza y bajo la perspectiva antropológica y etnográfica andina, el presente estudio de caso muestra nuevos conocimientos sobre las pautas que operan en la construcción de la territorialidad de Peine, comunidad emplazada en el Norte Grande de Chile.

Peine es una “comunidad indígena atacameña” constituida como tal en el año 1995 de conformidad al artículo 9 de la ley indígena². Como pueblo atacameño o *Likan Antai* es uno de los nueve pueblos indígenas reconocido legalmente por el Estado chileno. El poblado congrega a 345 habitantes (89 familias) que se dedican predominantemente a las actividades agrícolas, ganaderas, comercio y servicios a la minería. En términos administrativos, el poblado pertenece a la comuna de San Pedro de Atacama, provincia El Loa, región de Antofagasta, Chile. Su posición geográfica se sitúa a 23° 38' 20" latitud sur, 68° 04' 45" longitud oeste (levantamiento aerofotogramétrico, IGM). Se ubica al sudeste del salar de Atacama a unos 100 km de San Pedro de Atacama. Es también un oasis piemontano situado a 2420 msnm, cuyo clima de desierto marginal de altura predomina hasta el nivel de los 4000 msnm (Alonso 1993: 105).

Algunos aspectos de la vida peineña como las rutas, viajes y ritos de convido, me han entregado precedentes para preguntarme sobre la relevancia que van adquiriendo las relaciones entre naturaleza y las entidades humanas/no humanas con la noción de territorialidad desde la perspectiva de la construcción indígena. En este sentido, es importante considerar a los no humanos como algo más que entidades que se desprenden de una topografía, por lo cual hay que prestar atención a los grados de posición y significación que ocupan y adquieren, por ejemplo, los cerros, ríos, nacimientos/manantiales, animales y las cosas en las prácticas cotidianas, ceremoniales y actividades económicas. En esta línea

¹ Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige S.J. San Pedro de Atacama. Chile. mariekarolina1@hotmail.com

² Registro CONADI. La Ley Indígena N° 19.253 fue promulgada en Chile el 5 de octubre del año 1993.

interpretativa, existen relaciones intersubjetivas entre una comunidad indígena y sus no humanos, donde se comparten los códigos culturales en un mismo campo social (Descola 2001; Latour 2001).

En los viajes por el territorio de Peine y en los ritos de convido que invocan con fuerza a los no humanos, se encuentran las pautas que regulan una determinada territorialidad que los peineños reconocen en la cuenca de Atacama y Punta Negra entre la cordillera de Domeyko y los Andes. En tal sentido, quisiera dar cuenta de la relación que existe entre las rutas, los viajes y los ritos en la construcción de esa territorialidad. Desde esta mirada, las rutas que conectan al territorio y el ritual de la “limpia” de canales que se practica en la localidad son expresiones, entre otras, que actualizan a través de ritos de “convido y talatur” la relación entre “no humanos” y una determinada y significativa organización del espacio geográfico.

Las investigaciones etnográficas que la autora de este trabajo ha realizado en Peine, comenzaron hace más de una década, sin embargo, el trabajo de campo vinculado directamente con la temática territorial se inició sistemáticamente a partir del año 2005. Un año después, en el verano del 2006, un grupo de abuelos reconocidos como “los viajeros peineños” me invitaron por primera vez a “salir de viaje” por el territorio. Es importante informar al lector que la mayoría de los pasajes de las entrevistas consignadas en el presente trabajo proceden de los pobladores de la Comunidad de Peine que actualmente residen de un modo permanente en esa localidad: los abuelos viajeros de la comunidad, peineños adscritos a los sistemas de cargo de prestigio de la colectividad, tales como los cantales, la directiva de la Comunidad Indígena Atacameña de Peine, la directiva de la Junta de Vecinos, los representantes del Comité de Tierras y Aguas y familias del pueblo. Toda aquella información que alude a los siglos XIX y XX, se desprende de la memoria oral que los abuelos recuerdan de su ascendencia. Otros datos que presento provienen de los pobladores de Socaire (comunidad indígena que colinda con Peine) y del Noroeste argentino (Antofalla, Las Quínoas y Fiambalá).

Los mapas etnográficos que se incluyen en este trabajo son una construcción sociocultural que se basa en la información oral de los peineños, registrada por la autora desde el año 2004³ a la fecha. Esos mapas fueron revisados y aprobados tanto por la directiva de la Comunidad como por el Comité de Tierras y Aguas de Peine. Puesto que son datos cualitativos, metodológicamente se trabajó con los relatos orales y su fijación en mapas IGM (Instituto Geográfico Militar de Chile). De este modo, los lugares geográficos donde se localizan las entidades no humanas, recursos naturales

³ Fecha de inicio del Proyecto Fondecyt 1040290 “El Despoblado de Atacama: Espacios, rutas, articulaciones y poblamiento en la región circumpuneña”, el cual generó una primera base de datos sobre la temática de territorialidad.

y estructuras habitacionales (cerros, ríos, aguadas, vegas, estancias y paradas de alojamiento) responden más a un criterio de representatividad que a la aplicación exclusiva de puntos referenciados.

Construcción cultural del territorio

El territorio que la academia arqueológica y antropológica chilena ha construido y denominado como “atacameño”, se ha situado en la cuenca de El Loa y en la hoya del salar de Atacama (Casassas 1974: 33, 34; Castro y Martínez 1996: 69, 74; por citar algunos), sin olvidar los espacios más amplios de conectividad que quedaron fragmentados por las políticas expansionistas de los nuevos estados y anexiones territoriales de fines del siglo XIX. Sin embargo, poco se sabe sobre los sistemas o mecanismos que están operando respecto de la territorialidad indígena, en cuanto a los modos de construirla, sus límites y fronteras culturales (Barros 2004: 144, 148; Castro y Martínez 1996: 74).

Las unidades geográficas que constituyen el sistema territorial de la Comunidad de Peine, rompen con la clásica visión que se ha tenido sobre los “límites” peineño-atacameño (Castro y Bahamondes 1993; Núñez 2000, 2007), puesto que su territorio no se cierra en los bordes de la localidad, ni en Pular, vega de altura que nuestra literatura chilena ha situado como el sector más meridional de aprovechamiento ecológico de la comunidad. Por citar un caso, personeros de CONADI (Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, Chile) aprobaron un mapa que establece los límites de la Comunidad de Peine, donde nuevamente se reitera el límite meridional hasta Pular. El texto describe a Peine como “una comunidad emplazada en un territorio que cubre varios pisos ecológicos, comenzando en el sur del salar de Atacama (laguna La Punta y vega La Punta), cuya área perimetral pasa hacia al sur-este por el territorio compartido con la comunidad de Socaire hasta llegar al salar y vegas de Pular, en la frontera con Argentina (su territorio colinda con el Argentino) y hacia el sur-oeste por el cerro Lila hasta el límite de la Provincia del Loa”⁴. Claramente, y como se aprecia en la Figura 1, el territorio es más extenso. De un modo naturalista y en clave estatal, lamentablemente persiste ese intento de ajustar el territorio –no sólo peineño– a las delimitaciones administrativas comunales y provinciales actuales, sin considerar que son espacios salpicados, asentamientos dispersos, lo que entra en juego con la construcción indígena del territorio. Es así que considero que estudios más profundos sobre las relaciones entre las colectividades y la naturaleza, allanarían nuestros callejones para comprender la territorialidad y sus modos de operar.

⁴ Mapa de límites territoriales de la Comunidad de Peine. Sector 1, 2 y 3. Aprobado por Conadi el 15 de marzo del año 1998.

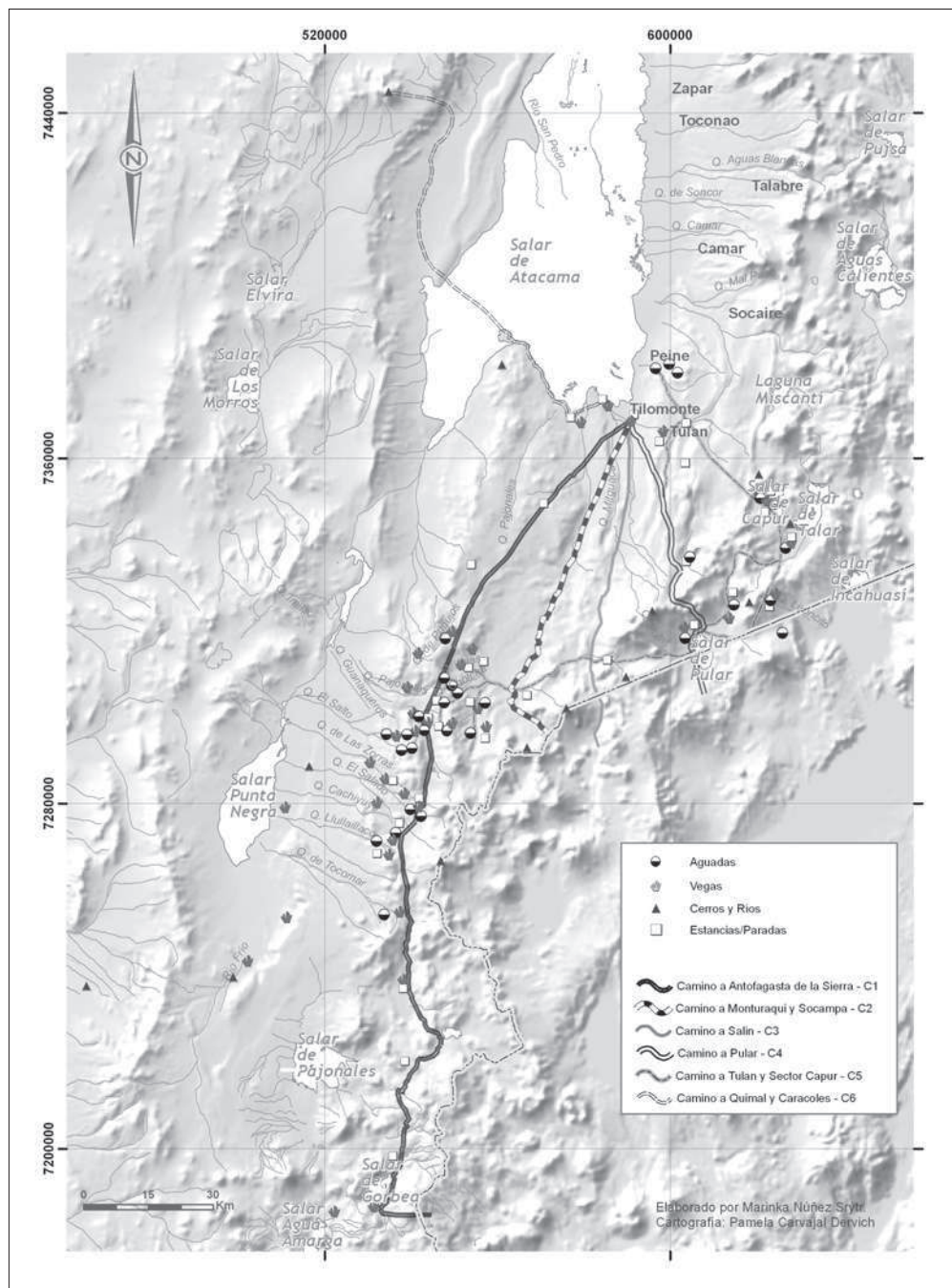


Figura 1. Mapa Etnográfico: Caminos, rutas y ocupación del territorio peineño.

En nuestra perspectiva, el territorio no corresponde a un medio ambiente de objetos neutros o a un inventario de cosas en el mundo (Hviding 2001: 198, 199; Ingold 1992: 53), por lo cual este concepto no se comprende en sí mismo, sino en relación con la territorialidad. El sentido de pertenencia a un territorio

o territorialidad, es un atributo que apropia, identifica y valora las relaciones recíprocas entre una comunidad indígena como la de Peine y las entidades de la naturaleza que le son altamente significativas. Los no humanos que adscribe una comunidad, “pertenecen a una comunidad socio-cósmica, sujeta a las mismas reglas de los humanos; cualquier descripción de su vida social debe, por fuerza, incluir los componentes del medio ambiente que son vistos como parte del dominio social” (Descola 2001: 25). En esta línea, la territorialidad es una organización espacial no arbitraria que regula prácticas sociales, políticas, rituales, ecológicas y económicas en cuanto a los derechos de ocupación y explotación de los recursos en distintos niveles de dinamismo e interacción, es decir, entre las unidades domésticas de una comunidad específica, la comunidad propiamente tal y su vinculación con otras comunidades (colindantes y lejanas). En toda esta movilidad, el territorio también es un contenedor de caminos y rutas troperas definidas aquí como los ejes viales de comunicación e interacción social a nivel local, regional e interregional.

En la extensa geografía que comprende los espacios de las cuencas del salar de Atacama y Punta Negra entre la cordillera de Domeyko y los Andes, se sitúan las territorialidades de cada una de las comunidades indígenas atacameñas de la tradición de tierras áridas. Estas territorialidades no son bloques estáticos que constriñen de una vez y para siempre sus porciones de tierras, recursos y gentes. Tampoco hermetizan sus deslindes. Por el contrario, la territorialidad de cada comunidad se entiende en la interacción con otra. Por ejemplo, en comunidades contiguas como la de Peine y Socaire, ellas mantienen sus deslindes determinados, pero a la vez permeables en cuanto a los derechos sobre los recursos y ocupación de nichos ecológicos específicos. Es el caso de los derechos sobre los pastos de la vega de Pular que pertenece a Peine, los cuales son compartidos con los pastores Socaireños, mientras que las aguas tributarias del cerro Míñiques de Socaire, también son compartidas con Peine. Esa permeabilidad o flexibilidad no está dada, sino que se construye a través de consensos políticos, de parentescos y en “negociaciones”. En este contexto, al igual que las fronteras ecológicas y territoriales, las fronteras entre grupos son elásticas (Molinié-Fioravanti 1986/87: 255), lo que no significa que no estén expuestas a conflictos de intereses en su elongación o constricción.

Todas y cada una de las comunidades indígenas atacameñas tiene una relación mítica, ritual, social, política, ancestral, tradicional, histórica y actual con su territorio y deslindes. Adscribir a una territorialidad –al menos en Peine, Socaire y Toconao– significa adscribir a una identidad local fundada en el pueblo de origen y en sus asentamientos dispersos que se localizan en la gradiente altitudinal. Es también una concepción política de la organización espacial del territorio que se expresa en la jurisdicción, la cual inscribe, legitima y actualiza ritualmente a las entidades no humanas en un espacio y en la memoria de una comunidad.

La organización espacial del territorio de Peine

En el marco geográfico de la vertiente occidental de la puna de Atacama, particularmente en la cuenca del salar de Atacama y Punta Negra, por el sur, la Comunidad Indígena Atacameña de Peine organiza espacialmente su pertenencia territorial en una vasta área que abarca cuatro unidades geográficas:

a) Sector Peine: Corresponde a la localidad de Peine propiamente tal y a las vegas, aguadas y estancias que se articulan a corta distancia, tales como Tilopozo, Tilocalar, Tilomonte y Tulan, vinculando también otros lugares aledaños.

b) Sector Capur-Pular: Corresponde a una serie de vegas, aguadas, estancias/paradas que se articulan a larga distancia y se localizan hacia el sureste de Peine: Capur, Purichare, Quebrada Leoncito, Aguas Delgadas Oriente, Laguna Argentina y Pular.

c) Sector sur Tilomonte: Corresponde a las vegas, aguadas, estancias/paradas que se articulan a larga distancia y se localizan de Tilomonte al salar de Gorbea; Tilomonte a Monturaqui; Tilomonte a Salín; Tilomonte a Pular; y porciones del territorio argentino.

d) Sector Monturaqui-Llullaillaco: Corresponde a vegas, aguadas, estancias/paradas que se articulan a larga distancia y se localizan en Negrillar, Aras, Olacana, Aguas Delgadas Sur, Peña Augera, Agua Fortuna, Guanaqueros, Zorras, Zorritas, Llullaillaco-Tocomar-Salar de Punta Negra, y otros lugares aledaños.

Esas unidades geográficas se emplazan en las gradientes altitudinales del territorio, permitiendo la complementariedad ecológica a partir del modelo Tilocalar, Tilomonte, Tulan y Meniques (Núñez 1995: 20-22). Este modelo plantea la verticalidad en cuanto al aprovechamiento de un máximo de pisos y nichos ecológicos. Los pobladores distinguen la gradiente altitudinal a través de la denominación “clima bajo” y “clima alto”. La primera categoría hace referencia a sectores habitables durante todo el ciclo anual. Esta definición agrupa las áreas de vegas y recursos ubicadas hacia el sur del salar de Atacama, oasis piemontanos como Tilomonte y Peine, y las localizadas en las quebradas intermedias como Tulan. Estos sectores corresponden a los distritos Tilocalar (2300-2380 msnm), Tilomonte (2300-2750 msnm) y Tulan (2750-3500 msnm). La segunda categoría define el sector de puna, habitable en época estival para el desarrollo de actividades pastoriles, permitiendo la articulación de vegas de altura como Pular y Capur que corresponden según el modelo al distrito Meniques (3500-5650 msnm).

Junto con la verticalidad, se manifiesta en los viajes peineños una noción de aprovechamiento longitudinal de los recursos, donde se hallan los nichos

ecológicos, las rutas, paradas y/o alojamientos del viaje. Esta noción está dada a través del concepto de “costa” —ampliamente difundido en las comunidades atacameñas— y que significa bordear u orillar un cordón de cerros, un salar o una sierra, por ejemplo. Este concepto señala, entonces, una ruta longitudinal que localiza a grandes rasgos la cordillera de Domeyko, la sierra de Almeida y la cordillera de los Andes, cuyos caminos poseen una orientación norte-sur.

El sistema territorial peineño que agrupa al Sector Peine, Capur-Pular, Sur Tilomonte y Monturaqui-Llullaillaco (Figura 1), permite vincular y aprovechar diversos lugares y recursos a través de la movilidad y ocupación. Asimismo, el relato oral permite advertir las condiciones que culturalmente son necesarias para que un ambiente determinado tenga la posibilidad de poblamiento o, de otro modo, sea considerado como desierto (imposibilidad de habitar). Se desprende de las entrevistas realizadas que al menos los recursos agua, pasto y leña son la condición indispensable para que un ambiente sea articulado y ocupable. A continuación presento dos relatos de peineños que nos explicitan su visión del significado de poblamiento y desierto:

“Poblamiento, es un lugar donde hay habitantes, es un lugar ocupado. Antes la gente vivía en grupos, un grupo en Tulan, otro grupo en Tilomonte, otro grupo por allá; mientras hubiera agua durante el año la gente se mantenía, así vivía. La gente estaba tiempo atrás, antes de los españoles, distribuida en grupos chicos, en familias. Estaban distribuidos dispersos [...] Lo importante para poblar u ocupar un lugar es que haya agua, pasto, leña”⁵.

“En el desierto no se puede estar ahí, porque no tiene recursos, no hay animales para cazar, ni agua, ni pasto para pastorear [...] Estas son las características del desierto que hay de Tilomonte a Puquios, no se puede vivir en ese tramo porque no hay pasto, ni agua, es un desierto total, no se puede poblar [...] El desierto no tiene agua, ni pasto, ni animales, ni leña que es fundamental para vivir. De Aguas Calientes hay un desierto llamado Punta las Pajas que comienza al sur del volcán Lastarria. Aquí en Punta Las Pajas se termina el pasto. Al sur está Agua Pelada a la altura de Taltal, se camina todo el día y toda la noche y al segundo día recién encuentra agua como a las dos de la tarde. Es Agua Pelada, tiene muy poca agua, pero es mala para uno y tiene un pasto espinudo; ahí toman agua los animales”⁶.

La concepción de poblamiento, entonces, se refiere sustantivamente a dos maneras de ocupar el espacio. Una, corresponde a los asentamientos nucleados que en este caso remiten al pueblo, donde la gente reside por largo tiempo, de un modo más sedentario. La otra, es una ocupación en asentamientos dispersos a través de centros operativos como las estancias que se definen como enclaves fijos de uso temporal dispuestas en cada piso ecológico, y cuya predominancia se manifiesta en las actividades agropastoriles. Los viajes ligados a las actividades

⁵ Vicente Conzué. Octubre 2004.

⁶ Agrinolfo Morales. Noviembre 2004.

de caza, recolección, minería, compra y venta de animales, por citar los más relevantes, corresponden a una ocupación más transitoria en cuanto a la estadía en el territorio. Es así que la doble residencia permite poblar espacios vinculados a recursos altamente valorados, tales como el agua para consumo humano y animal, vegas/pasto/forraje para engorde del ganado y leña. De otro modo, el concepto de desierto remite a lugares que no se ocupan y menos podrían poblarse ya que carecen de recursos vitales, al menos agua y pasto. Los viajeros peineños cruzan con cautela esos tramos del “desierto”, los cuales se identifican en tres sectores muy definidos: tramo Tilomonte a Puquios, pampa Punta Las Pajas y parte del salar de Gorbea. Sin embargo, los factores ambientales que condicionan la posibilidad de habitar o no habitar un determinado espacio, no son restrictivos para los no humanos. Ellos también moran en el desierto y es por esta razón que los viajeros toman el cuidado de generar ritos con mayor fuerza para que no “les pesque la tierra o los abuelos”. Por decirlo de algún modo, los no humanos articulan también una doble residencia: en el “pueblo” y en el “campo”, concepto que designa a todo aquel espacio que está fuera del pueblo de Peine.

Dispositivos ecológicos y simbólicos que deslindan el territorio

Otros conceptos que se expresan en los relatos peineños y en el transcurso de los viajes peineños, denotan referencias de orientación espacio/temporal y topográfica. Las primeras tienen relación tiempo-espacio a través del concepto “sol de mañana y sol de tarde”, ya que directamente remite a una ruta longitudinal y a la etapa circular de un día. A su vez, se perciben puntos topográficos distintivos en el paisaje que demarcan lugares, rutas y pautan la organización de las jornadas del viaje, a saber: campo, campo “pastoreal” o campo de pastoreo, pampa de pastoreo, pajonal de campo, pajonal de vega, vegas, tolar, nacimiento, aguadas, manantial, ríos, quebradas, pampa, campo de pampa, negrillar, portezuelo, abra, costa, playa, península, cerros, sierra, pampa de sierra, monte, etc. Estas categorías, por lo tanto, funcionan como una bitácora de viaje que otorgan significación sociocultural a los espacios geográficos, recursos, lugares y caminos, asignando los nombres que socialmente se reconocen y reproducen a través de la transmisión de conocimientos y creencias (Descola 2001: 112-115).

Pero además, esas categorías que marcan rasgos específicos de la naturaleza constituyen dispositivos simbólicos en arreglo con la organización del espacio y territorio (Molinié-Fioravanti 1986-87: 252; Sanhueza 2005: 55). Los dispositivos que generalmente deslindan un territorio –al menos en la percepción de la Comunidad de Peine– son las hoyas (cuencas), los salares, los cerros, las montañas, cordilleras (cordones y sierras también), las costas, los portezuelos, las abras, los nacimientos (vertientes), los ríos y la península, por citar las más importantes. Es aquí donde residen los no humanos cuyos grados de posición geográfica y simbólica son prestigiosos. Esos dispositivos a su vez, envuelven y

protegen las áreas ecológicas que concentran recursos relevantes en la economía local, tales como las vegas, las aguadas, los montes, las pampas y campos de pastoreo, los pajonales (de vegas y de campo), lagunetas de salares y quebradas. Otro tanto podemos decir sobre el aprovechamiento vertical y longitudinal de recursos a partir de la distinción de clima alto y bajo, la cual deslinda ambientes o ecologías distintas con recursos complementarios. Dicho aprovechamiento también define espacios específicos en el manejo productivo: agrícola en vegas (vegas bajas con productividad permanente y en vegas de altura con cultivos temporales o intermitentes), ganadero (vegas, aguadas, pampa de campo, campo pastoreal, pajonales de campo, quebradas, bordes de salar, etc.) y/o mixtos. Finalmente, el campo, a diferencia del pueblo, está repleto de asentamientos dispersos. En esta línea, ¿hasta dónde se considera el “campo” como propio para los peineños?

Rutas y caminos: articulaciones que han operado históricamente

La población peineña reconoce un territorio con caminos articulados que al menos durante los siglos XIX y XX sobrepasó la región de Antofagasta (Núñez 2010: 1429), abarcando las cuencas intermontanas entre la cordillera de Domeyko y los Andes del sector meridional de la región, el norte de la región de Atacama y parte de la puna argentina, a través de una intensa conectividad vial asociada a rutas troperas (Ver Figura 1). La ocupación del territorio, puesto que adquiere un carácter aislado con concentraciones insuladas entre extensiones despobladas, fue articulada como un todo en complejas operaciones a través de rutas de interacción (Núñez y Dillehay 1995: 54).

Sin embargo, aun cuando estos sectores fueron recorridos y ocupados por los atacameños de Peine, no significa que la totalidad de ese espacio se adscriba a una pertenencia territorial peineña. En tal modo, se discriminan espacios no considerados propios. Se reconoce, entonces, una jurisdicción cultural que apropia determinados sectores ubicados en las cuencas intermontanas (Atacama y Punta Negra), donde esta vasta zona ha tenido distintas vinculaciones económicas. En términos generales, se pueden distinguir: ocupaciones más permanentes y continuas del territorio asociadas a las actividades pastoriles (pastoreo anual a larga distancia), las realizadas en el pueblo donde parte de sus integrantes han mantenido una sedentarización más estable, y las de tipo temporal, asociadas a la caza, al pastoreo estacional con retorno al pueblo, a la recolección y minería. Se encuentran además las ocupaciones vinculadas al tránsito o desplazamiento que caracterizaron los viajes de compra-venta, arriería y albañilería muy relacionadas con el Noroeste argentino, donde el territorio también se comporta como contenedor de rutas. La mayoría de estas actividades económicas tenían como finalidad la colocación de sus productos y subproductos en los mercados regionales, vinculados con los ingenios y campamentos de la órbita minera, dependiendo de

la dinámica económica regional de los últimos dos siglos. En efecto, durante los siglos XIX y XX, el rol que tenían las unidades domésticas era muy relevante porque por una parte hacían una ocupación efectiva de su territorio, y por la otra, consolidaban relaciones sociales de compadrazgo y matrimonios con otras colectividades y en otros territorios, por ejemplo con los de la puna argentina⁷. De esta manera, la movilidad practicada a través de los caminos y rutas que por cierto conectaba la territorialidad de Peine, también aseguraba interacciones sociales regionales e interregionales.

1. Camino Tilomonte a Antofagasta de la Sierra

Este camino ha recibido otros nombres tales como: Camino Antiguo, Camino Tropero, Camino a Monturaqui, Camino del Inka. (Ver Figura 1. C1). Este camino tropero fue muy transitado por peineños y arrieros argentinos. Cada viaje tenía objetivos diferentes, compra de ganado (corderos) o compra-venta, en calidad de fleteros o por cuenta propia⁸. Sobre estas actividades económicas, los relatos peineños coinciden en determinar la década del sesenta como fecha en que se realizaron los últimos viajes –por esta vía- a Antofagasta de la Sierra. También, que en la década del cincuenta peineños viajaban por este camino a Antofagasta de la Sierra y a otras localidades habitadas⁹, con el objeto de construir casas en Botijuelas y “adoratorios” en Paicuti, entre otros trabajos. Gracias a estas relaciones, los viajes constituían un modo de pactar tratos futuros.

Desde una perspectiva norte-sur, la ruta de Tilomonte hacia Antofagasta de la Sierra considera los siguientes puntos: Tilomonte, cerro Tambillo, cerro San Juan, quebrada Honda, Neurara, aguada Puquios, vega Veladeros (oriente), vega de Guanaqueros, vega Chuculay (oriente), vega de Zorras, Zorritas (oriente), vega Llullaillaco, vega Tocomar, aguada El León, vega y salar de Aguas Calientes, salar de Pajonales, salar de Gorbea, Agua Pelada. Ingresando a Argentina por el Hito XXVIII (límite Chile-Argentina) el camino continúa hacia el oriente por Aguada y Cerro La Falda, vega Aguas Calientes, vega Cajeros, vega Potrero Grande, aguada Las Quínoas, vega Quebrada El Diablo, pueblo Antofagasta de la Sierra. En Chile, los trayectos más dificultosos por la escasez de recursos para los animales (sur a norte), se extienden desde el salar de Gorbea al salar de Aguas

⁷ Principalmente con Antofalla y Antofagasta de la Sierra, y en menor grado con Fiambalá. Estos datos provienen de las entrevistas realizadas a los abuelos de Peine desde el año 1995 en adelante. Además, esta información fue contrastada y complementada con las entrevistas realizadas a pobladores de Antofalla: Antolín Reales y Ester Reales (febrero 2006). Antolín Reales y Rubén Reales (septiembre 2009). Las Quínoas: Antonio Alancay (febrero 2006). Fiambalá: Domingo Reales (febrero 2006).

⁸ La arriería comenzó tempranamente en Atacama. Ella se define como actividad de flete o transporte de productos y/o animales que se desarrolló en el marco mercantil colonial. El arriero podía desenvolverse de acuerdo a dos modalidades: como mano de obra para el transporte de mercancías pertenecientes a terceros (fletes) o, en cuanto a iniciativa independiente, abasteciendo los mercados con excedentes propios o adquiridos por su cuenta (Sanhueza 1992: 173).

⁹ Cajeros, Botijuelas, Nacimiento, Paicuqui y Antofagasta de la Sierra. (Agrinolfo Morales. Noviembre 2004).

Calientes y Quebrada Honda, y desde el Tambo del Inca a Tilomonte.

Respecto de las jornadas de viaje¹⁰, consistían en 11 días continuos sin arreo de animales. Las jornadas de retorno desde Antofagasta de la Sierra a Tilomonte, eran de 23 a 30 días continuos con arreo de animales.

Por este mismo camino que hemos denominado C1 se desprenden otras rutas que a continuación se describen.

1.1. Tilomonte a Aguas Delgadas Sur. El objetivo de este recorrido eran las prácticas pastoriles con aprovechamiento de aguas y pastos localizados alrededor de Monturaqui. La ruta Tilomonte a Aguas Delgadas Sur une los siguientes puntos desde la perspectiva norte-sur: Tilomonte, Lomas de Tilocalar, San Juan, Neurara, Puquios, Estación Monturaqui, Olacana, Aguas Delgadas Sur. En este último lugar, las estancias están abrigadas ya que se ubican en la ladera de una pequeña sierra, donde cercanamente se accede a las aguadas. Las jornadas de viaje, eran aproximadamente de cuatro días continuos con arreo de animales.

1.2. Tilomonte a Llullaillaco. El objetivo del viaje era el pastoreo de animales en las vegas de Llullaillaco, complementando el forraje en las vegas de Tocomar (localizadas a ½ jornada de Llullaillaco). Desde la perspectiva norte-sur, la ruta Tilomonte a vegas de Llullaillaco es: Tilomonte, Quebrada Honda, Pajonales, Puquios, Zorritas, Llullaillaco-Tocomar. Las jornadas de viaje se extendían a cinco días con arreo de animales.

1.3. Tilomonte a Aguas Calientes-Salar Gorbea. El objetivo del viaje era la caza de la chinchilla. Desde la perspectiva norte-sur, la ruta es: Tilomonte, Pajonales, Puquios, Guanaqueros, Zorritas, Llullaillaco, Tocomar, Aguas Calientes y/o salar de Gorbea. Las jornadas del viaje de Tilomonte a Aguas Calientes-Salar de Gorbea consistían en cinco días continuos. Los sectores de criaderos de chinchilla (sectores naturales de reproducción), se localizaban en torno al cerro Tambillo y en el área del salar de Aguas Calientes (específicamente Agua Pelada).

1.4. Tilomonte a Puquios-Monturaqui-Llullaillaco. El objetivo del viaje era la caza de guanacos y vicuñas. Desde la perspectiva norte-sur, la ruta es la siguiente: Tilomonte, Pajonales, Puquios, Monturaqui, Guanaqueros, Zorritas, Llullaillaco. La caza se practicaba desde Puquios a Llullaillaco: Puquios, Monturaqui, Aguas Delgadas Sur, El Hueso, Guanaqueros, Zorras, Zorritas, Chuculay y Llullaillaco; todas con vegas y aguadas de calidad para el consumo.

¹⁰ Una jornada equivale a un día de desplazamiento. Una jornada a lomo de animal (cordero) equivale recorrer 40 kilómetros; excepcionalmente rinde 50 kilómetros. Una jornada con arreo de animales se estima entre 20 a 30 kilómetros, como máximo. Las paradas son los alojamientos en sectores predeterminados. Los descansos de una jornada son el almuerzo y arreglo de cargas. Las estadías en sectores de recursos asociados al arreo de animales (piños) son variables: días, semanas, meses.

2. Camino Tilomonte a Monturaqui y Socompa

El Camino a Monturaqui y Socompa, ha recibido el nombre de Camino Tropero, Camino al Negrillar, Camino del Medio (ver Figura 1. C2). Este camino era utilizado para desplazarse a las vegas y estancias de Negrillar y Socompa. Al comenzar las actividades ferroviarias que unieron las localidades de Salta (argentina) y Antofagasta (Chile) desde la década del cuarenta, este camino se usaba como desplazamiento hacia la Estación Monturaqui. Desde la perspectiva norte-sur, la ruta es la siguiente: Tilomonte, sector oriente Lomas de Tilocalar, Negrillar, Monturaqui o Estación Socompa.

3. Camino Tilomonte a Salín

Este camino ha recibido los nombres de Camino a Salín, Camino a Socompa, Camino Tropero (ver Figura 1. C3). Era utilizado hacia Socompa para luego internarse en Argentina con el objeto de contrabandear animales y la piel de vicuña. Este camino también desembocaba en quebrada El Agua (sector Socompa). La ruta es la siguiente: desde Tilomonte se avanza al sur-este hacia la quebrada Milhuacas, desembocando desde allí en el cerro Socompa y quebrada El Agua.

4. Camino Tilomonte-Pular a Antofagasta de la Sierra

Este camino también es conocido como Camino a Antofagasta de la Sierra por Pular (ver Figura 1. C4). Tiene como objeto desplazar a los animales desde Tilomonte a Pular con la finalidad de realizar el tradicional pastoreo estacional. La vega de Pular se ubica a 40 kilómetros de Peine y sus estancias se localizan en toda la lengua occidental del salar y vegas. Se sitúa en el piso ecológico de alta puna, cordillera o “clima alto” donde la actividad pastoril es practicada exclusivamente en tiempo estival (octubre-noviembre a marzo-abril). Establecerse en Pular significaba aprovechar el máximo de recursos de pastos disponibles en la época de verano (“primavera”, “pajonal” o “paja de vega”) y agua. Llegaban a Pular los pastores que directamente provenían del pueblo de Peine y aquellos peineños que descendían desde el salar de Capur con destino a Pular (o a Monturaqui), dependiendo de la calidad de los pastos de esa temporada estival.

La continuación de este camino desembocaba en Antofagasta de la Sierra con el objeto de comprar y/o trocar animales (corderos) por utensilios domésticos y otros artefactos. Para dirigirse a Antofagasta de la Sierra, entonces, había dos alternativas: el camino que pasa por Pular (ver Figura 1. C4) y el que pasa por Puquios (ver Figura 1. C1). Generalmente se escogía el camino por Puquios porque tenía menor control policial de frontera, pero la decisión también dependía de la localización de la gente trasandina con la que se negociara. La ruta

de viaje desde Tilomonte a Pular y a Antofagasta de la Sierra, cuya orientación es sur-este, es la siguiente: Tilomonte, quebrada Coranzoque, Cabo, vegas Pular (se ingresa a Argentina bordeando la parte occidental de la vega y salar de Pular), Hito XXII, vega y Estación de Arizaro, sierra de la Casualidad, vega Cori, de allí hacia el sureste a vega Caballo Muerto, quebrada Antofalla, Potrero Grande, vega Colorados, vega Calalaste y finalmente a Antofagasta de la Sierra. Específicamente, las jornadas desde Tilomonte a Pular y a Antofagasta de la Sierra, consistían en siete días continuos con arreo de animales.

4.1. Tilomonte-Pular-Monturaqui-Aguas Delgadas Sur. El objetivo de este camino era aprovechar los recursos pastoriles entre los meses de octubre-noviembre a marzo-abril, con la finalidad de comercializarlos en Estación Monturaqui y en otras localidades. Desde octubre a noviembre los pastores utilizaban los recursos de Pular y, a partir de marzo, bajaban hacia el sur de Monturaqui para articular los últimos recursos estivales en los sectores de Aguas Delgadas Sur y Olacana. Cuando comenzaba el invierno se asentaban en Aras y Negrillar para continuar con el engorde de los animales hasta octubre o noviembre, meses en que nuevamente volvían a Pular o a los sectores de Capur. De este modo completaban el ciclo anual, sin desplazar los animales a Peine.

La ruta de viaje es la siguiente: Tilomonte, Cabo, Pular, portezuelo Salín Norte, sector norte de Socompa, sector sur Estación Monturaqui, Olacana y Aguas Delgadas Sur. Las jornadas de viaje consistían en cinco días continuos con arreo de animales.

5. Camino Peine a sector Capur-Pular/Monturaqui-Llullaillaco.

Este camino se utiliza para aprovechar los recursos pastoriles de manera anual (ver Figura 1. C5). Las vegas del sector Capur se sitúan en el piso ecológico de alta puna. Los sitios Salar de Capur, Purichare, Leoncito y Aguas Delgadas Oriente, han sido ocupados como áreas de pastoreo al menos desde 1850 hasta 1978. Las estancias peineñas del sector se localizaban hacia el noroeste y suroeste del salar de Capur, sur Negrillar de Talau, Pampa Purichare, sureste del cerro Leoncito y Aguas Delgadas Oriente.

Cuando el tiempo estival de pastoreo en el sector Capur-Pular estaba finalizando, las familias bajaban en marzo-abril al sector de Monturaqui que utilizaban hasta octubre-noviembre. De este modo, el aprovechamiento de recursos pastoriles que comienza en el sector de Capur-Pular en tiempo de verano, termina en Monturaqui. Este sector continuaba en uso en la época de invierno, con el objeto de aprovechar el máximo de recursos disponibles. Los lugares de asentamiento del sector de Monturaqui en época de invierno eran Negrillar y Aras. Al retornar el verano y antes de partir al sector Capur-Pular, se aprovechaban las vegas y aguadas de Olacana, Aguas Delgadas Sur, Peña Augera,

Fortuna y Llullaillaco. Por lo tanto, este era un circuito de pastoreo anual, puesto que los pastores se desplazaban de una vega a otra de un modo vertical y longitudinal. Esta situación, además, da cuenta de la casi nula articulación con el pueblo de Peine. En efecto, durante el año los pastores visitaban muy pocas veces el poblado. En el pueblo mantenían sus casas y familias, viajando para la Semana Santa de abril, para la limpia de canales de octubre y en otras fechas para el aprovisionamiento de mercadería y para la venta de los productos transportados. En términos particulares, entonces, se advierte que ciertas familias pastoras peineñas más bien mantienen la transitoriedad para Peine (ocupación temporal) ya que el mayor sedentarismo se manifiesta en vegas/estancias salpicadas.

La ruta une los siguientes puntos: Peine, Capur, Purichare, Quebrada Leoncito, Cerro y aguada, Aguas Delgadas Oriente, Pular, Quebrada Salín, Negrillar, Monturaqui, Peña Augera y/o Agua Fortuna, Guanaqueros, Zorras y/o Zorritas, Llullaillaco. Respecto de las jornadas de viaje de Peine a Capur-Pular con destino a Monturaqui-Llullaillaco, éstas consistían en 12 días no continuados con arreo de animales. Ahora bien, si al comenzar el viaje los animales estaban en las vegas de Tulan (quebrada intermedia ubicada hacia el sureste de Peine), el desplazamiento de Tulan a Pular consistía en tres días: Tulan, Tinajas o Coranzoque, Cabo, Pular (ver Fig. 1: C5).

Además de los caminos y actividades económicas expuestos más arriba, también se realizaban intensas actividades pastoriles en el sector Peine, que a diferencia de las anteriores, conformaban un pastoreo de corta distancia. Este pastoreo de corte local —así llamado por los peineños— vincula tres pisos ecológicos de la gradiente altitudinal junto con sus respectivas vegas, aguadas y estancias: salar de Atacama (Tilopozo y Tilocalar), oasis piemontanos (Tilomonte) y quebradas intermedias (Tulan).

5.1 Tilopozo. A 31 kilómetros de Peine se localiza la vega de Tilopozo, correspondiente al piso del salar de Atacama. Las actividades pastoriles de esta área se realizan en tiempo estival en reemplazo de Pular o para complementar recursos en esa temporada. En este sector se aprovechan aguas y forraje (principalmente la chépica, planta herbácea).

5.2 Tilocalar. A 41 kilómetros de Peine se localiza la vega de Tilocalar, correspondiente al piso ecológico del salar de Atacama. Esta vega actúa como soporte de las actividades pastoriles, tanto en primavera como en otoño. Al momento de las cosechas en Tilomonte y Peine, los animales son trasladados a la vega de Tilocalar. Al finalizar las labores agrícolas los animales retornan a la vega central, Tilomonte.

5.3 Tilomonte. A 14 kilómetros de Peine se localiza la vega de Tilomonte, centro operativo de la actividad ganadera y centro activo de producción agraria

(predominantemente de maíz y alfalfa). Ubicada en el piso ecológico de oasis piemontano o “clima bajo”, en las épocas de otoño-invierno y en los comienzos de la primavera se establece en esta zona el pastoreo de tipo local, utilizando las vegas bajas y cerros aledaños (Purcelti y Kuman). Tilomonte actúa, entonces, como centro agroganadero y bisagra desde la cual se abren las rutas que articulan otros pisos ecológicos a corta y larga distancia.

5.4 Tulan. A 23 kilómetros de Peine se localiza Tulan, vega del piso de quebradas intermedias que se caracteriza por su calidad de aguas y variedad de forraje como las herbáceas *Iloca* o *atalte*, *papolpaso* o *papur* pasto y yerba sal. Las actividades se realizan en tiempo estival en reemplazo de Pular o para complementar recursos en esa temporada. Hacia el oriente de Tulan existe un sector de pampa de pasto (concentración de forraje), a donde también se traslada el ganado.

6. Camino a Quimal y Caracoles

Este camino ha sido utilizado por los peineños para desplazar el ganado a las estancias, vegas y aguadas de los bordes sureños del salar de Atacama, especialmente a los sectores de Tilocalar, Tilopozo y Chépica donde existe un buen forraje y plantas combustibles (Ver Figura 1. C6). Al noroeste de la península de Chépica continúa el camino con dirección a Quimal, que es uno de los cerros principales de la Comunidad de Peine. Desde allí, el camino se orienta hacia el oeste para finalizar su trazado en el mineral de plata Caracoles, ubicado en las serranías de la depresión intermedia (Chile). A fines del siglo XIX los pobladores se dirigían a este centro minero para colocar sus productos a la venta, tales como los cárneos (ovejas y llamos), maíz, alfalfa y el carbón de pingo pingo. Asimismo, a comienzos del siglo XX los peineños continuaron sus viajes a la depresión intermedia para vender sus productos en las distintas oficinas mineras y faenas salitreras¹¹.

El curso de estos seis caminos y rutas que se presentan en el territorio de Peine, tiene directa relación con el aprovechamiento de un máximo de recursos disponibles en los pisos ecológicos, ya sea en “clima bajo” o “clima alto” y están vinculados, por cierto, con prácticas económicas, sociales y territoriales. La importancia de la red de caminos queda demostrada en la conexión a un sistema eco-geográfico de recursos y ambientes indispensables para la actividad socioeconómica peineña. Entre tramo y tramo, existen paradas, alojamientos y estancias que revisten el conocimiento local sobre su territorio y movilidad. Asimismo, la materialidad de los caminos como los ritos ofrendados en sus rutas, constituyen parte de las evidencias para acceder y reconocer la territorialidad peineña.

¹¹ Ramos M., E. La historia viva del pueblo de Peine. (ms). Peine. s/f.

Convidos en los viajes por el territorio

El rito de convido en rutas de viaje consiste en ofrendar dones prestigiosos como comida, alcohol, coca, productos agrícolas locales, harina tostada, y en caso de haber, un sahumerio de *chacha*¹². La práctica de convidar es para “hacer comer a los cerros, pachamama, vertientes y manantiales”. Este rito se realiza en una pequeña excavación o cava de ofrenda hecha frente a un cerro, por ejemplo.

En los relatos de los abuelos peineños y en los viajes realizados junto con miembros de la comunidad, se aprecia que lugares como cerros y aguadas se advierten muy significativos en las prácticas rituales de convido *in situ* o por invocación. Es importante consignar el caso de Llullaillaco porque pastores, arrieros (fleteros) y cantales han “parado” en su cerro, vega y aguada para ofrendar pago y/o convido en el lugar. También para dejar constancia que desde Peine a Aguas Calientes, los cazadores de chinchillas “paran” sus jornadas en vegas, aguadas, e invocan con la fuerza del nombre a los cerros y ríos.

“Los abuelos y anteabuelos hacían pagos y convidos en Llullaillaco, porque desde Peine, Guanaqueros a Llullaillaco sería zona atacameña”¹³.

“Se hacía pagos a los cerros, en el Llullaillaco, él hacía esas cosas, hacía un hoyo ahí, llevaba unas botellas de pisco le echaba su coca, la harina tostada. Él rezaba y hablaba con los cerros. Y después él se iba conforme en todas sus diligencias que hacía, como a chinchillar”¹⁴.

“Hacían pagos a los cerros en los recorridos de la chinchilla. Esta práctica se llamaba corpachar. Ellos nunca dejaban de corpachar, se corpachaba la tierra y se sentaban, hablaban ellos su lengua, el kunza¹⁵, hablaban con los cerros, con los nacimientos, con el campo, con todas las almas que andaban por ahí. Abarcaban todos ellos que era la harina tostada, la hoja de coca que era lo más usado, la coca era lo principal para convidar a los dioses, a la tierra, a los cerros y nacimiento. Al salir (de cada parada y/o alojamiento) tomaban un ulpo, al llegar, otro, al convido. Ellos eran muy creyentes, muy tradicionalistas. Por ejemplo, partían de Tilomonte y en Tilomonte se hacía convido; llegaban a Pajonales y se hacía convido con ulpo y la coquita para la tierra y cerros, se llegaba a Llullaillaco y se hacía *convido* y *se repartía los nombres*. Pidiendo siempre a la pachamama que le dé los animalitos que iba a buscar. Ahí (en el sector de

¹² La chacha (hembra) es una planta ritual. El sahumerio de la chacha es relevante en el convido de la limpia de canales de Peine, en los ritos propiciatorios de lluvia, en los ritos a la semilla en tiempos de siembra, en ceremonias a los cerros y vertientes, por citar algunos casos.

¹³ Estanislao Ramos. Octubre 2004.

¹⁴ Agrinolfo Morales. Noviembre 2004.

¹⁵ El Kunza ha sido la lengua de los atacameños. En el siglo XVIII –bajo el contexto del despotismo ilustrado– se puso en práctica en Atacama un proceso de cambios dirigidos a extirpar la lengua kunza. Desde mediados del siglo XVIII en adelante, la lengua se desarticula en los pueblos principales del corregimiento de Atacama y en el año 1777 se fundan las escuelas más tempranas o antiguas de la región (Hidalgo 1984: 221, 222).

Aguas Calientes), con mayor fuerza se hacían los convidos”¹⁶.

Las citas muestran la relevancia que adquiere el hablar, nombrar, repartir e invocar los nombres de las entidades no humanas en la práctica del convido. También muestran la importancia del cerro Llullaillaco al cual se le ofrendó convido de dones a través de un cobero o foso cavado. Luego se despachó, es decir que se cubrió la excavación o “enterró el cobero”. Asimismo, convidar y corpachar tienen también el dinamismo de realizarse sin estar en presencia directa con los cerros (modalidad también practicada por los cantales en la localidad). En efecto, la forma invocatoria toma fuerza en el nombrar a viva voz porque de esa manera se hacen “presentes” todas las entidades.

Otro convido se efectuó frente al cerro Llullaillaco en octubre del año 2009, a propósito de un recorrido de reconocimiento territorial. El oficiante del rito fue el cantal de Peine que acompañado de los dirigentes del Comité de Tierras y Aguas, hizo un pequeño foso convidando alcohol y maíz tostado al “tata Llullaillaco”, pues es considerado “cerro maestro” (principal). Como se acercaba el tiempo de la limpia de canales, el cantal pidió muy solemnemente que dé las aguas para fecundar la semilla de las siembras y verdear los campos con el pasto necesario para los animales silvestres que pertenecen al cerro y los domesticados que dependen de los humanos. De un modo general, es la relación entre agua, manantial, animales, cerros y comidas la que se ritualiza en el convido. Los cerros están cargados de agua (“llenitos de agua”) y se filtran por las venas de la tierra hasta llegar a los nacimientos.

Hemos visto hasta aquí, que el territorio peineño se revisita a través de los viajes, se ritualiza a través de los convidos y se invocan o “reparten” los nombres para compartir con los no humanos. También hemos revisado que este territorio se establece en las cuencas intermontanas —cuenca del salar de Atacama y cuenca del salar de Punta Negra— ubicadas entre las costas o cordilleras de Domeyko por el poniente y los Andes por el oriente. Esta delimitación no es antojadiza ni arbitraria, sino que procede de la jurisdicción cultural donde cada ruta y cada viaje nos permiten visitar sus centros y fronteras. ¿Pero dónde se encuentran las pautas de la jurisdicción que distinguen esos deslindes y que a la vez sacralizan su contenido territorial?

La limpia de canales de Peine

La limpia de canales es una actividad que se enmarca en el ciclo agrícola, cuya significación es propiciar buenas siembras a través del paso expedito del agua por la red de canales del pueblo de Peine y Tilomonte¹⁷. Es también una práctica local que agrupa a los habitantes que residen en la localidad y a los que han migrado a los centros urbanos, que retornan a Peine entre los días 10

¹⁶ Laureano Chayle. Noviembre 2004.

¹⁷ La red de canales de Peine tiene una extensión de 2.850 m. y la de Tilomonte de 3.700 m. (Comité de Tierras y Aguas de Peine, abril 2010).

y 14 de octubre de cada año¹⁸. Participan todos los propietarios de las tierras agrícolas, el peón (trabajador), los(as) capitanes(as) que coordinan “la limpia”, los cantales (el mayor y el aprendiz), cocineras, *tajniris* (persona que sirve, atiende), los guardarropas, las “señoras del *cajcher*” (que preparan la comida ritual) y la propia comunidad.

Durante los días de trabajo se limpian todos los espacios productivos de Peine, especialmente los canales, estanques y los predios agrícolas. Se inicia el trabajo desde la parte más baja de Peine hasta llegar a los altos del pueblo. El trabajo de la primera jornada se desarrolla en los canales del sector abajeño (Tonon). La segunda jornada se realiza en el sector de Quene y posteriormente se limpian los canales y estanques Pailabote y Chico. En la mañana de la tercera jornada los capitanes despiertan a los propietarios a través del sonido del clarín y el *putuputu* (cuerno). Mientras los comuneros de Peine empiezan a limpiar el estanque San Francisco, los cantales se marchan a la vertiente Vilti para oficiar el primer convido a los no humanos. En cada una de las jornadas de trabajo se realizan pagos y entrega de *tinkas* para iniciar “a buena hora” cada tramo de limpieza y para compartir en los descansos. Esas *tinkas* son ofrendas de coca, aloja (bebida ritual, chicha de algarrobo) y cerveza principalmente. En el almuerzo comunitario se reúnen en la quebrada Carzoque, renovando las energías para encarar la jornada de la tarde. En el atardecer las “tropas de trabajadores” y la comunidad se juntan en la explanada del alto de Peine, específicamente en la vertiente Puri, lugar donde junto a los cantales participan del segundo convido, dando paso al *talatur*. La rueda interna de este baile ritual representa los cargos de prestigio que recaen en el cantal, su aprendiz, los capitanes que han velado por el cumplimiento de la limpia de canales, el maestro del *chorromor* (campanillas) y las señoras del *cajcher* que cantan el *talatur*, mientras que la comunidad se ubica en la rueda externa. Bailan y cantan reproduciendo en kunza el *talatur*, cuyo contenido se asocia a grueso tono con la reproducción, fertilidad, abundancia, protección, aguas, cerros, manantiales, productos locales. Finalmente, hombres y mujeres que en el transcurso de los días de trabajo mostraron mutua simpatía, en pareja “juegan al agua” (baño de agua) en el estanque que recibe las aguas de la vertiente Puri.

El convido del día 12 de octubre

El ritual del convido de la limpia de canales sólo se realiza durante el día 12 de octubre y tiene dos jornadas de trabajo. Por la mañana en la vertiente Vilti donde participa el cantal mayor y el cantal aprendiz (o aprendices), y de vez en vez con la compañía de algunas personas de la comunidad. Por la tarde en la vertiente Puri¹⁹,

¹⁸ Si el día 10 de octubre cae martes o viernes, el inicio de la limpia de canales se corre al día siguiente, pues hay una restricción de comenzar cualquier actividad significativa (ceremonias, rituales, viajes, actividades comunitarias, etc.), en esos días. Entre el 10 y 12 se limpian los canales y estanques de Peine, el día 13 se descansa y el día 14 se trabaja en Tilomonte.

¹⁹ Antigüamente los convidos se realizaban también en Tarajner (altos de Tilomonte) y en la quebrada de Tulan propiamente tal.

donde los cantales comparten el convido con la comunidad. Será en este ritual donde los cantales invocarán a sus no humanos nacimientos/vertientes, cerros y ríos, y los alimentarán simbólicamente a través de sus productos locales.

En la intimidad ritual que requiere el convido, los cantales se reúnen en la vertiente Vilti y disponen los utensilios para trabajar (cuchillo, leña, *chacha*, hojas de coca, piedras pequeñas de forma redondeada, vasos y un balde) y los brebajes alcohólicos. Se inicia la ceremonia solicitando permiso a la tierra, saludando, agradeciendo y pidiendo disculpas por todo aquello que no se haga bien durante el rito. Este permiso es necesario porque “se abre la tierra”. Siempre en posición de reverencia hacia el oriente, el cantal mayor destapa el cobero, es decir que desmonta una piedra que cubre ese foso antiguo. Esa piedra que se desplaza hacia la izquierda del cobero, se voltea para transformarse en la santa Coa o mesa ritual. Se clava el cuchillo a la derecha del cobero y se extraen las raíces, malezas, piedras y tierra para contornear el foso. Simultáneamente, el aprendiz enciende las brazas de leña vegetal sobre la santa Coa para disponer sobre ella la *chacha*. Emerge el sahumerio y nuevamente saludan a la tierra por un nuevo año de encuentro; saludan al cobero con hojas de coca y alcohol, con las respectivas señales en los cuatro puntos cardinales y también en forma de cruz, luego se repite el rito con la santa Coa. Posteriormente, saludan a la vertiente Vilti ofreciendo aspersiones de coca y libaciones de alcohol. Abierta la tierra y consolidada la licencia del inicio del rito, el cantal mayor nombra e invoca en lengua kunza a los “presentes” no humanos, es decir, a todas las entidades de la naturaleza relevantes en el convido (cerros, vertientes, ríos, semillas, nubes, viento, animales, pasto, etc.). Estas prácticas se reiteran a la espera de que lleguen las “señoras del *cajcher*”.

La mañana es un buen momento para conversar entre cantales. Ese día es la única posibilidad que tiene el cantal mayor para enseñar las lecciones del rito al cantal aprendiz y evaluar, de este modo, lo aprendido. Asimismo, es uno de los pocos momentos que tiene el aprendiz de preguntar todo aquello sobre el convido, pues no habrá otro día en el año para hacerlo. Todas estas lecciones son orales ya que está prohibido escribir o fijar la información en otro soporte; es el momento en que la memoria se despliega. Entre tanto, hay que agregar la *chacha* a las brasas, cuidando que la planta ritual no levante fuego porque sería un signo de enojo del cobero a través de la santa Coa. Siempre se está atento al sahumerio y al movimiento circular que adquiere la humareda, pues así se esparce y traspasa a todos los presentes, en el lato sentido del término, en señal de “buena hora” y “buen tiempo”.

Por la derecha del sector ritual, llegan de vez en vez las señoras peineñas con el *cajcher*, las plumas de parina²⁰ y la aloja para el consumo humano. Ha llegado la comida ritual compuesta de una mixtura de coca, aloja y maíz molido, productos crudos que alimentarán a los no humanos²¹. Es momento de guardar

²⁰ Las plumas identifican la composición de la familia que entrega el *cajcher*, por ejemplo, si se compone de padre, madre y dos hijos (niños), se entregará una pluma negra, una roja y dos rosadas. Sin embargo, si el padre ha fallecido, sólo se entregará una roja y dos rosadas porque ese humano se ha transformado en un no humano. (Eumelia Ramos. Octubre 2008).

²¹ Los antiguos *cajcher* contenían la papa (molida) de Tarajner, el maíz (molido) y la aloja de Tilomonte y Peine, la coca y quínoa. (Vicente Conzué. Octubre 2004).

una piedra redonda como señal de un *cajcher*, si llegan dos señoras más, entonces se agregarán dos piedras más, pues cada don representa a una familia.

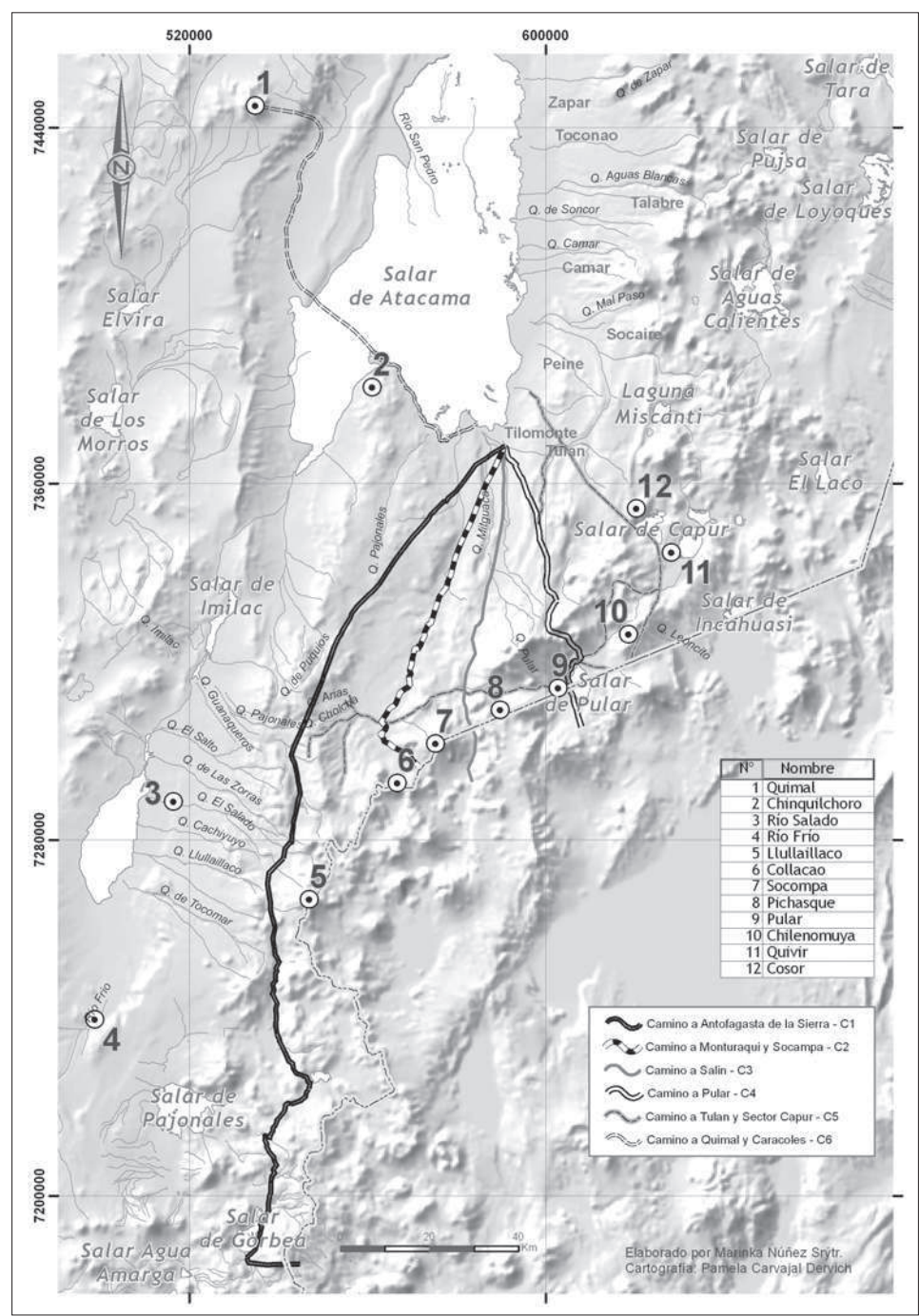


Figura 2. Mapa Etnográfico: Ocupación, espacios de significación y territorialidad peña.

La primera jornada finaliza con el convido del *cajcher* a las cinco vertientes y a los doce cerros/ríos. En cada nombramiento el cantal dispone su cuerpo en dirección a la ubicación de ese no humano. Hechas las menciones, recién rocía la comida ritual de un modo circular. Los cantales se despiden del cobero, de la santa Coa y de Vilti, se “cierra la tierra”, se tapa el foso con la piedra laja que constituyó la santa Coa, se cuentan las piedras para saber la totalidad de *cajcher* que llegó al ritual y se ordenan las plumas de parinas –por colores y tamaños– para incrustarlas en los sedimentos de las vertientes Vilti, Quepe y Puri. Se guarda parte de la comida ritual para la jornada de la tarde y, por la izquierda del espacio sagrado, se dirigen al almuerzo comunitario.

En la segunda jornada del convido, ahora con la comunidad presente en la explanada donde se localiza el nacimiento Puri, se practica fielmente el mismo procedimiento señalado en la primera jornada. Exactamente cuando el sol se posa en el horizonte, el cantal inicia el rito convidando toda la comida ritual. Parte por el cerro Quimal, mirándola hacia el poniente y termina en cerro Cosor, por el oriente (ver Figura 2). Clausurada la ceremonia, los cantales y los dirigentes de las diversas organizaciones de la comunidad pronuncian sus discursos y enfatizan la identidad local, transformándose la explanada ritual en un espacio político que se cierra con el *tatalur*.

En este ritual establecido en la limpia de canales y en el ciclo agrícola ¿habría una relación más estrecha, además de pedimentos específicos de buenas lluvias para las siembras, con la refrenda de derechos de un territorio a través de la actualización de ese rito y la memoria?

El rito de convido: hacia la territorialidad peineña

En la línea etnográfica, algunos autores se han referido a las relaciones entre cerros/vertientes y prácticas de limpia de canales en el salar de Atacama, al menos en los poblados de Peine/Tilomonte, Socaire, Río Grande, Toconao y Talabre (Barthel 1986; Lagos *et al* 1988; Mostny *et al* 1954; Núñez 2000). Sin embargo, en esas referencias no se advierte el significado de las formas de operar que detentan los no humanos en el ritual del convido.

Antecedentes sobre los ritos de posesión territorial de colectividades indígenas y unidades domésticas, sugieren la relación entre humanos/no humanos y territorialidad, señalando además la pertenencia a un espacio significativo y simbólico que abarca áreas más extensas que la propia localidad de origen. Jiménez y Villela analizaron ritos de posesión que tienen como finalidad consagrar territorios y actualizar el tiempo sagrado en que las comunidades fueron fundadas, junto con sus contornos delimitados (Jiménez y Villela 2003: 95). En efecto, los ritos agrícolas contemporáneos, que por cierto implican pedimentos de protección, también actualizan la memoria en torno a sus orígenes y derechos ancestrales sobre el territorio. El simbolismo del rito agrícola estaría representando a los cerros que marcan las colindancias entre el pueblo y sus vecinos (Iwanisew, S.

1992: 185; Jiménez y Villela 2003: 95, 109). De un modo similar, G. Martínez nos señala que los cerros de los Chuani, son entidades especializadas que se localizan “aproximadamente perimétricos al territorio, y constituyen un círculo protector que defiende a la comunidad contra una agresión” (Martínez 1983: 100, 112).

Otras investigaciones sobre los cerros *uywiris* en Isluga (altiplano de la región de Tarapacá, Chile), nos acerca a la comprensión de las pautas que operan en el sistema de cerros en cuanto a una determinada organización espacial. Gabriel Martínez analiza el sistema de cerros/*mallkus* desde un nivel local a otro regional, vinculándolos con lugares sagrados, con atributos protectores y con especialidades productivas de cada familia. Un aspecto importante de su descripción, es precisamente el emplazamiento de los cerros en Isluga: 1) *mallkus uywiris* de una estancia²². 2) *mallkus* de las estancias vecinas. 3) *mallkus* del territorio donde hay tierras y pampas de pastoreo o lugares de tránsito hacia otros sectores, y 4) *mallkus* generales que son los “más grandes, lejanos y cercanos” (Martínez 1976: 276). En los dos primeros casos, los ritos de ofrenda a los *uywiris*, recaen en las unidades domésticas; en los dos siguientes, recaen en la colectividad (agrupaciones de estancias o caseríos). Comparativamente, en el salar de Atacama observamos categorías muy similares a excepción de las dos primeras. En el convido de la limpia de canales de Socaire (comunidad inmediatamente vecina a la de Peine), por ejemplo, se nombran a los cerros tutelares y ríos de toda la comarca del salar. Los cantales socaireños cuando practican ritualmente el “secreto para despertar a las montañas, a los *mallkus* para darles de comer”, esparcen los nombres de todos los cerros regionales, cuyo ordenamiento se establece de sur a norte (Barthel 1986: 160). Además, en otro momento del ritual ellos nombran a los más significativos, es decir a los cerros y vertientes que pertenecen exclusivamente al territorio de Socaire, “cerros principales porque dan el agua, tales como Liquintique, Lausa y Chiliques; los cerros presentes Moyo, Meñiques y Tumisa y los manantiales Chiliques y Safflo²³. Por lo tanto, lo que encontramos aquí es el nombramiento de una “lista” de cerros que delimitan el territorio de Socaire y otra que demarca un territorio más ampliado, aquél que agrupa a todas las comunidades indígenas de la región del salar de Atacama. En el ritual de Peine no se mencionan a los cerros regionales, empero sí se nombran a los principales de la comunidad: “los cerros más importantes son cerro Quimal, cerro Cosor, cerro Pular, cerro Socompa, cerro Chinquilchoro, río frío, río Salado y cerro Llullaillaco; Llullaillaco era el último. Ahí en los ríos, también hacían pago a los nacimientos de río Frío y río Salado. Quimal, era cerro maestro, especial o principal, y por el sur el cerro principal es el Llullaillaco. Tiene que tener algún significado porque es comienzo

²² Mallku es la deidad del cerro. Uywiri representa el “don” que puede adquirir un cerro, un río, una vertiente o una planicie. La estancia aymara define a un caserío o pueblo que pertenece a una determinada marka o pueblo principal (Comunicación Personal: Eugenio Challapa, jilacata aymara del altiplano tarapaqueño).

²³ Laureano Tejerina y Apolinar Varas. Octubre 1997 (Núñez 1998: 30-47).

y final”²⁴. Tanto en el convido de Peine como en el de Socaire, de derecha a izquierda se “esparcen” los nombres de los cerros y ríos que son propios para cada comunidad y excluyentes entre sí.

Otra referencia que me permitió vincular a los no humanos en arreglo con la territorialidad peineña, fue la investigación de Grete Mostny quien registró las aguas y cerros de la región a los cuales se invita a comer y beber todo lo que ofrecen los propietarios de los campos de cultivo de Peine. El texto empieza así: “Tata wüte puri quepe soke Quimal, Chinkilchóro, río Frio, Salado, Llullaiyako, Kayakáo, Pichákes, Púlal, Chilenomúya, Kíver, Cosor, comiendo y tomando todo lo que presentan los propietarios...” (Mostny *et al* 1954: 165).

En términos específicos, la única fuente etnográfica donde emerge el relato completo de todos los nombres no humanos que perimétricamente cierran los bordes de la territorialidad de la Comunidad de Peine, es precisamente el ritual del convido establecido en la limpia de canales, tanto en la primera como segunda jornada del día 12 de octubre. Los cantales “hacen su trabajo en secreto”, “trabajan solos con los *cajcher*”; es tabú que los pobladores asistan al convido en Vilti, ya que “es el día en que se abre la tierra y conversar con la santa Coa te puede enfermar”. Es, en este secreto del convido donde la fuerza de la invocación de los nombres, su aspersión y libaciones, compone y actualiza la jurisdicción del territorio de esta comunidad. Así se *reparten* los nombres: “Tata pur Tarajner, Vilti, Puri, Quepe, Soque, Chaqui Soque; Quimal, Chinquilchoro, Río Frío, Río Salado, Llullaillaco, Kollacao, Socompa, Pichasque, Pular, Chilenomuya, Quivir y Cosor”²⁵ (Ver Figura 2).

Se da comienzo por la entidad Tata Pur Tarajner porque es el nacimiento “principal” que abarca a todos los del sector de Peine, es decir Vilti, Puri, Quepe, Soque y Chaqui Soque. Luego se continúa con los cerros y ríos que suman doce. Estas entidades no humanas que son distintivas de otras comunidades indígenas vecinas, conforman una organización de demarcadores de la naturaleza que son más que topográficos, puesto que están cargados de significación y de pautas que también regulan la explotación de recursos del territorio. Por lo tanto, la matriz social del convido imprime la territorialidad de la sociedad peineña, y tendría su “frontera cultural” o “demarcación territorial distintiva” en sus nacimientos, cerros/ríos, reproducida ritualmente a través de los cantales y legitimada en las paradas/alojamientos de los viajes vinculados principalmente con actividades económicas. Es así como el convido se transforma en un espacio sociopolítico

²⁴ Laureano Chayle. Noviembre 2004. La cita denota al cerro Quimal como “cerro principal” y muy probablemente sea el cerro maestro (femenino) de varias comunidades atacameñas, puesto que su relevancia sagrada se reitera en otras localidades aledañas del salar de Atacama (relatos orales que la suscrita registró en las localidades de San Pedro de Atacama, Toconao, Camar, Socaire y Peine). Además, el informante recuerda que antiguamente sus abuelos hacían pago a Río Frío, lugar que se localiza al sur oeste de Llullaillaco (Núñez 2007, 2010).

²⁵ Raúl Ramos (Cantal Mayor). Octubre 2007, 2008 y 2009. Agradezco a la Comunidad de Peine, al cantal mayor y cantales aprendices, la licencia de acompañarlos en el día ritual del convido (Vilti y Puri) durante los últimos tres años.

donde se refrenda un territorio colectivo y de una manera colectiva. En palabras del cantal antiguo de Peine, don Horacio Morales, “el convido es nuestra jurisdicción”²⁶. Es decir que, el rito legitima y demarca un territorio a través de sus códigos políticos no humanos en virtud de constituir la jurisdicción o territorialidad, la cual es distintiva de otras localidades.

Según lo expuesto, estas entidades están “bordeando” una organización espacial que agruparía a la propia localidad de Peine y los alrededores más inmediatos del salar de Atacama y oasis piemontanos (Tilocalar, Tilopozo, Tilomonte); al noroeste se extienden por Quimal y Algarrobilla; al sureste alcanzan la ceja que abarca Tulan, Cabo, Capur, Leoncito, Purichare, Aguas Delgadas Oriente, Pular, Monturaqui, y por el sur Llullaillaco, salar de Punta Negra y Río Frío hacia el occidente. Del mismo modo, todas las entidades nombradas en el convido unen al territorio, accediendo a él a través de caminos y rutas troperas (compárense las Figuras 1 y 2).

Otro sector identificado con el nombre “Punta del Viento” (cordillera de Domeyko: ver Figura 1 y Figura 2, punto ubicado al oeste de Río Frío), es reconocido por los peineños como un espacio de “frontera” septentrional para las poblaciones provenientes del área de Copiapó, región de Atacama, ubicada inmediatamente al sur de la región de Antofagasta. El topónimo Punta del Viento se extiende a la precordillera de Taltal y agrupa a Alto de Varas, Profetas, Punta del Viento, Pastos Largos, Sandón, conformando un sector de “deslinde” donde poblaciones como las copiapinas y otras llamadas “collas” articulan como su territorialidad septentrional. La noción de etno-territorialidad que tienen los peineños se traza en el sector de Punta del Viento, con la identificación de esas poblaciones que ocupan y manejan los espacios productivos hasta la precordillera de Taltal. Mientras que Río Frío denota el deslinde meridional de la Comunidad de Peine, lugar que en el rito del convido aparece como el sector más sureño de todas las entidades nombradas, y donde aun los peineños recuerdan que sus abuelos hacían convido *in situ*.

Consideraciones finales

En este trabajo podemos afirmar que el amplio territorio que los peineños reconocen y ritualizan como propio, rompe con la clásica visión que ha sostenido a la vega de Pular como el sector más meridional de aprovechamiento ecológico y territorial, al menos durante los siglos XIX y XX (Núñez 2007). De modo más amplio, también se rompe con el enunciado que señala que los atacameños de la hoya del salar de Atacama tienen como límite meridional el pueblo de Peine/Tilomonte. Hacia el sur colinda con el “Despoblado de Atacama”, que ha sido tipificado como la internodalidad trazada entre Peine y Copiapó. Ese aparente espacio vacío entre ambas localidades nos ha impedido ver que esos “mundos

²⁶ Horacio Morales. Octubre 2008.

no poblados” de Atacama están poblados de “no humanos”, y es allí donde se encuentran las lógicas propias, indígenas, para concebir un espacio que, como revisamos, agrupa a gran parte del territorio peineño junto a sus entidades.

Es así que el sentido de pertenencia a un territorio, cuya construcción constituye y responde a una pauta socioculturalmente regulada por la Comunidad de Peine, es también legitimado y actualizado a través de ritos y viajes que articulan por el norte la cuenca del salar de Atacama, por el sur la cuenca del salar de Punta Negra, por el poniente la cordillera de Domeyko y, por el naciente, los Andes.

Agradecimientos

Mis más sentidos agradecimientos a todos los pobladores de la Comunidad Indígena Atacameña de Peine, Comunidad Indígena Atacameña de Socaire, Comunidades de Antofalla, Las Quínoas, Fiambalá, y a la Universidad Católica del Norte.

Referencias Citadas

- Alonso, H. (1993). Geoquímica de aguas del altiplano. Una aproximación. En *El Altiplano Ciencia y conciencia en los Andes*. Actas del II Simposio Internacional de Estudios Altiplánicos. Arica.
- Barros, A. (2004). Crónica de una etnia anunciada. Nuevas perspectivas de investigación a 10 años de la vigencia de la Ley Indígena en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 27, 139-168.
- Barthel, T. (1986). El agua y el festival de primavera entre los atacameños. *Allpanchis* 28, 147-184.
- Casassas, J. M. (1974). *La región de Atacama en el siglo XVII*. Antofagasta: Editorial Universitaria. Universidad del Norte.
- Castro, M. y M. Bahamondes (1993). *Identificación y localización de áreas de vegas y bofedales de las regiones primera y segunda*. Convenio Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales y Dirección General de Aguas. MOP. Departamento de Estudios S.I.T. N° 19. Santiago.
- Castro, V. y J. L. Martínez (1996). Poblaciones indígenas de Atacama. En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Mege (Comps.). *Etnografía. Sociedades Indígenas Contemporáneas y su Ideología*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- CONADI (Corporación Nacional de Desarrollo Indígena). (1998). Mapa de límites territoriales de la Comunidad de Peine. Sector 1, 2 y 3. Calama.
- Descola, P. (2001). Construyendo naturalezas. Ecología simbólica y práctica social. En P. Descola y G. Pálsson (Coord.). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas Antropológicas*. México: Siglo XXI editores.
- Hidalgo, J. (1984). Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: lengua, escuela, fugas y complementariedad ecológica. *44° Congreso Internacional de Americanistas*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Hviding, E. (2001). Naturaleza, cultura, magia, ciencia. Sobre los metalenguajes de comparación en ecología cultural. En P. Descola y G. Pálsson (Coord.). *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas Antropológicas*. México: Siglo XXI Editores.
- Ingold, T. (1992). Culture and the Perception of the Environment. En E. Croll y D.

- Parkin (Eds.). *Bush Base-Forest Farm: Culture, Environment and Development*. Londres: Routledge.
- Iwanisew, S. (1992). Los cerros que envían las lluvias y la delimitación del territorio: la sobrevivencia de una cosmovisión prehispánica en Petlacala, Guerrero, México. En *América Latina Local y Regional* (Memorias del II Simposio Internacional de la Universidad de Varsovia sobre América Latina). Varsovia.
- Jiménez, B. y S. Villela (2003). Rituales y protocolos de posesión en documentos pictográficos y títulos del actual estado de Guerrero. *Relaciones* 24 (095). México: Colegio de Michoacán.
- Lagos, R., E. Mendoza, N. Ampuero y N. Hernández (1988). La limpia de canales y acequias de Santiago de Río Grande. *Chungara* 21, 43-78.
- Latour, B. 2001. *La Esperanza de Pandora. Ensayos sobre la Realidad de los Estudios de la Ciencia*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Martínez, G. 1976. El sistema de los Uywiris en Isluga. En *Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige S.J.* Pp. 255-327. Santiago de Chile: Universidad del Norte.
- Martínez, G. (1983). Los dioses de los cerros en los Andes. *Journal de la Société des Americanistes* LXIX, 85-115.
- Molinié-fioravanti, A. (1986/1987). El simbolismo de frontera en los Andes. *Revista del Museo Nacional* XLVIII, 251-286.
- Mostny, G., F. Jeldes y R. González (1954). *Peine, un Pueblo Atacameño*. Santiago de Chile: Instituto de Geografía. Universidad de Chile.
- Núñez, L. (1995). Evolución de la ocupación y organización del espacio atacameño. En P. Pourrut y L. Núñez (Eds.). *Agua, Ocupación del Espacio y Economía Campesina en la Región Atacameña*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte-ORSTOM.
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1995). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Segunda edición. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Núñez, M. K. (1998). *Eso yo vi, en esos años de la gente antigua. Memorias y Olvidos*. Práctica Profesional, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Núñez, M. K. (2000). *Movimientos y Voces en Peine*. Tesis de Licenciatura, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Núñez, M. K. (2007). Informe Final Etnográfico. Proyecto FONDECYT 1040290: El Despoblado de Atacama: Espacios, rutas, articulaciones y poblamiento en la región circumpuneña. (Coinvestigadora Fondecyt 1040290). (ms.).
- Núñez, M. K. (2010). Ocupación, espacios de significación y territorialidad en el área sur de la Cuenca del Salar de Atacama. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 2. Pp. 1429-1443. XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Valdivia.
- Ramos Morales, E. s/f. La Historia viva del pueblo de Peine. (ms).
- Sanhueza, C. (1992). Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios Atacameños* 10, 169-182.
- Sanhueza, C. 2005. Espacio y tiempo en los límites del mundo. Los inkas en el Despoblado de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10 (2), 51-77.

DIRECCIONES FUTURAS PARA LA ARQUEOLOGÍA DEL PASTOREO Y EL TRÁFICO CARAVANERO SUR ANDINO

Tom D. Dillehay¹

Todos los contribuyentes al presente volumen concuerdan en que la crianza de camélidos, el pastoreo y el desplazamiento en caravanas, son actualmente y desde hace mucho tiempo el corazón de la prehistoria y la historia de los Andes sur-centrales. Los editores y los autores del presente libro merecen nuestros encomios por haber penetrado más profundamente en los modos de vida primarios de las poblaciones indígenas de la puna y el altiplano sudamericanos. Los capítulos aquí contenidos se dirigen a varios temas importantes para la historia cultural de la región, enfocándose en particular en el tráfico y las rutas de las caravanas, la producción de lana y el uso del animal como medio de carga, los viajeros costeros y caravaneros, el espacio ritual pastoril, el arte rupestre y la interacción social durante los períodos prehispánico e hispánico.

Sin embargo, ¿es que hay algo más que decir sobre estos modos de vivir más allá de estos temas? ¿Existen otros tópicos que deberíamos investigar? ¿Hay un desfase paradigmático en el desarrollo de modelos para explicar al pastoreo como una forma de producción primaria de alimentos y reproducción social aparte de la agricultura? La ubicuidad de los huesos de camélidos en muchos sitios a lo largo de los Andes llama la atención sobre el papel de estos animales como proveedores de alimentos, además de su uso como productores de lana o animales de carga. En lugar de hacer comentarios sobre los temas específicos de los capítulos, entonces, aprovecharé esta oportunidad para retar a los autores y los lectores del presente volumen a prestar mayor atención en el futuro a los orígenes y el significado de la crianza de camélidos en los Andes.

¿Por qué son importantes estos temas? En general, existe un concepto implícito pero difundido en los estudios andinos de que las móviles sociedades pastoriles tenían una pobre cultura material y eran marginales a la corriente principal del desarrollo cultural en el mundo prehispánico (v.g., Heggarty y Beresford-Jones 2010). Mientras que las bases económicas de los tempranos estados andinos se buscan en el desarrollo agrario, la arqueología de las sociedades pastoriles se

¹ Department of Anthropology, Vanderbilt University, Nashville, EEUU. tom.d.dillehay@vanderbilt.edu

enfoca en las tierras “inhóspitas” de la puna y el altiplano. Hablando en general, se ve al pastor andino del pasado y el presente viviendo al margen y no al centro del cambio social y el desarrollo cultural. La crianza de camélidos se percibe como una forma secundaria de la producción alimenticia comparada con la agricultura.

Una parte de esta percepción se debe a las actuales ciencias sociales. Desde los años '70, los antropólogos sociales vienen sosteniendo que la presencia de la pobreza, la inestabilidad y la marginalidad entre los actuales pastores andinos está relacionada al impacto del colonialismo, la urbanización y la expansión de los estados/naciones agro-industriales desde hace doscientos años atrás (Albó 1999; Larson 1999; Saignes 1999). Sin embargo, el hecho de que estas características se encuentren entre las poblaciones pastoriles, tal vez dice más sobre su resistencia a los dominantes intereses políticos y económicos de la actualidad que sobre la capacidad de los pastores de contribuir a los acontecimientos históricos en los Andes.

Esto no quiere decir que los arqueólogos no tengan nada que aprender del estudio de los pastores actuales, sino que la lección probablemente tiene poco que ver con el potencial histórico de este modo de vida de la gran altura. Así como la manera de vivir de los pastores actuales se entiende más claramente en términos de sus relaciones con el mundo exterior moderno, también hay que entender a los pastores prehispánicos en términos de sus relaciones con el mundo exterior en el pasado. Esto es precisamente lo que hacen los trabajos del presente volumen, ponen en contexto a la crianza de camélidos dentro del mundo del pasado andino.

Puesto en este contexto, las nuevas investigaciones que se presentan aquí, despejan algunos elementos claves de la prehistoria andina centro-sur y aclaran más los antecedentes hispánicos de algunas de las instituciones económicas y sociales de los actuales pastores andinos. Sin embargo, todavía se pueden proponer algunas pistas de investigación nuevas. Por ejemplo, profundizar el estudio de los diferentes tipos de sociedades pastoriles y caravaneras proporcionaría un conjunto de datos para comparar con las sociedades andinas agrícolas y agro-pastoriles. Al examinar casos donde la producción alimenticia en base a camélidos (es decir, el pastoreo y el desplazamiento en caravanas) sea anterior o contemporánea con la adopción de plantas domesticadas, la arqueología de los Andes Centro-Sur puede contribuir, a nivel global, a los debates antropológicos más amplios sobre el proceso de difusión de la producción de alimentos a base de animales y sus consecuencias para la organización social y la producción agrícola.

También puede aclarar dos temas importantes pero poco estudiados en los Andes Centro-Sur. El primero se trata de cómo la práctica de crianza de camélidos –como el elemento económico dominante de la región– fue difundida, sea por las migraciones humanas o sea por la transferencia de tecnología entre grupos sociales más o menos fijos en términos geográficos. ¿Cómo fue la temprana

dispersión humana a través de los paisajes de gran altura y las interacciones entre los seres humanos y los animales en este proceso? El segundo tema se refiere a cómo los requisitos económicos del pastoreo/caravaneo pueden haber alentado innovaciones sociales y técnicas, como la construcción del tipo de arquitectura monumental reportado por Núñez *et al.* (2006) en el sitio Tulán-54 en las tierras altas de Atacama, la aparición del simbolismo involucrando camélidos y arte rupestre, y la organización socio-espacial del pastoreo y el agro-pastoreo.

Muchas investigaciones arqueológicas documentan el desarrollo de estados jerárquicos entre las economías agrícolas de los Andes (Silverman e Isbell 2008), pero pocos exploran plenamente los cambios económicos y sociales entre los pastores tempranos que carecían de cultivos, dependían de ellos de forma mínima, o tenían una equilibrada economía agro-pastoril. El altiplano y la puna ofrecen una oportunidad especial para estudiar pastores que dependían en forma mínima de los cultivos. Hasta hace poco (Nielsen 2009; Núñez 2008; Yacobaccio 2008), muy poca investigación exploraba los cambios económicos y sociales entre las sociedades prehispánicas centradas en la producción alimenticia en base a camélidos. En particular, los orígenes y la difusión del pastoreo en ausencia de una intensiva producción agrícola presenta los interrogantes siguientes: 1) ¿Cómo y por qué se domesticaron los camélidos antes o al mismo tiempo que las plantas? 2) ¿Cómo pudo difundirse el pastoreo sin un conjunto de cultivos que le acompañaran? 3) ¿Alentaba (o exigía) el pastoreo nuevas formas de organización social y política? La investigación en los medios ambientes del altiplano y la puna debería dirigirse a éstos y otros interrogantes al examinar la difusión del pastoreo a distintas regiones antes de la producción de alimentos a base de plantas. En los casos en que el pastoreo esté presente antes de los cultivos, podemos estudiar los medios de su difusión (démico o por transferencia de tecnología) y su impacto económico (el cambio en la subsistencia, total o por partes).

¿Cómo puedan haberse vuelto cultural y socialmente más complejas las sociedades pastoriles, cuyas poblaciones eran más móviles y más dispersas que las de los agricultores? El sitio ceremonial Tulán-54 (ca. 1500 a.C.) en el norte de Chile proporciona una ventana a las instituciones sociales que evidentemente incitaron a la gente a juntarse y construir un importante sitio monumental (Núñez *et al.* 2006). ¿Se habrá utilizado la arquitectura monumental durante un período corto hasta que el pastoreo ingresó en esta región o cobró un significado más duradero? Se necesitan más fechas radiocarbónicas para determinar si es que los propósitos sociales de estos sitios perduraron en el tiempo o tuvieron vida breve. Las investigaciones de Núñez en el sitio indican que su función fue en parte mortuoria. Sin embargo, el propósito de estos sitios rituales, o el significado social de las actividades realizadas en ellos actualmente permanece poco claro, al igual que el papel que pueden haber desempeñado al propiciar el pastoreo como forma de producción alimenticia.

Otra preocupación son los modos por los cuales la domesticación y el pastoreo

se difundieron a otros paisajes poblados por cazadores/recolectores. Podemos anticipar que estos modos se diferenciaban de los documentados en los casos bien conocidos de difusión inicial de los sistemas agrarios de producción alimenticia en otras áreas de los Andes (Dillehay y Piperno en prensa). Sin embargo, al iluminar otro camino hacia la producción alimenticia (v.g., el pastoreo) y las instituciones sociales adjuntas, podríamos transformar las discusiones andinas sobre la producción de alimentos y el cambio cultural, y promover una mayor consideración de las perspectivas andinas dentro de los debates teóricos a nivel global. También es importante preguntarnos por los tipos de instituciones que ayudaron a la gente con rebaños a manejar los retos sociales y económicos surgidos del encuentro de las economías pastoriles frente a las de los cazadores/recolectores, es decir, integrando el pastoreo en un régimen de caza/recolección y viceversa, o ingresando los rebaños en áreas nuevas con ambientes, gente y riesgos desconocidos. Los trabajos futuros deberían también tratar los diversos interrogantes principales sobre el inicio del pastoreo y las caravanas y su relación con la construcción y uso de distintos tipos de sitios, incluyendo los cementerios permanentes y la arquitectura monumental.

Pasando a otro tema, el inicio de la producción alimenticia y su relación con el desarrollo de sociedades socialmente complejas también es un tema prioritario de la investigación arqueológica a nivel global. Considero que la complejidad social es la integración de diversas unidades discretas para constituir una entidad emergente. Esta entidad puede incorporarse de manera jerárquica u horizontal. La investigación inicial de los orígenes sugirió que la domesticación de las plantas puso el escenario para la estratificación social en los Andes (Pearsall 2008). Sin embargo, estudios posteriores mostraron que la complejidad social puede desarrollarse entre los cazadores/recolectores (Dillehay en prensa) y pastores incipientes. Falta aún aclarar los distintos procesos de cambio económico y social relacionados al origen y la difusión de la producción alimenticia. Como el pastoreo puede incluir un grado alto de movilidad, y redes extensas para compartir los riesgos entre los ciclos de abundancia y escasez provocados por bajas y recuperación en los rebaños, las sociedades pastoriles prehispánicas ofrecen contextos distintos para el estudio de la complejidad social. Hoy en día, las sociedades pastoriles andinas tienen una rica variedad de instituciones sociales, incluyendo el reconocimiento de linajes duales para determinar filiaciones intra-étnicas, los roles formales en el intercambio de productos, los sistemas de clasificación por edad para asignar el trabajo, las divisiones territoriales intra-étnicas, el dominio en común de los pastizales y los grupos permanentes de defensa. Los orígenes de instituciones tan variadas tienen gran importancia antropológica –sobre todo dada la ecuación tradicional de la complejidad con las economías agrícolas– si es que precedieron o fueron paralelas al inicio de la producción de alimentos en base a plantas.

Se conocen los indicios de la complejidad social entre los pastores andinos de la época prehispánica, pero en su mayoría son poco estudiados. Los pastores

alinearon y grabaron grandes piedras tipo megalitos en Tulán-54 que sugieren un culto a los camélidos alrededor de 1500-1000 a. C. (Núñez *et al.* 2006). Una vez que se estudien y se comparen más sitios, surgirán probablemente tendencias todavía más complejas. Los pastores tempranos, al encontrarse en ambientes nuevos probablemente también construyeron redes sociales extendidas, pero las evidencias materiales y culturales de tales redes están aún por analizar. Las redes sociales provocan interrogantes esenciales para entender cómo la producción alimenticia pastoril y agro-pastoril puede haberse difundido, cómo los sistemas sociales y económicos se ajustaron como respuesta y cómo sitios como Tulán-54 se convirtieron en centros del intercambio social y ceremonial. También cabe preguntarse si el diseño de los sitios ceremoniales fue importado de áreas más al norte (sur de Perú) o creado por los habitantes preexistentes de los Andes Centro-Sur (Bolivia, el norte de Chile, el noroeste de Argentina) según antiguas creencias o costumbres locales. La adopción del pastoreo como un modo de vida tiene que haber estado asociada a largo plazo con la difusión de nuevas prácticas rituales y sistemas de clasificación social que nos son más visibles arqueológicamente en su relación con la muerte y con los cuerpos de la gente y los animales.

Una vez que los camélidos domesticados estaban presentes, siguiendo líneas parecidas de interés, ¿qué prioridad gozaban en la economía de subsistencia y en el esquema ideológico de la sociedad? Para analizar las posibles relaciones entre la complejidad social y el pastoreo, tenemos que saber si es que las nuevas instituciones sociales fueron creadas por grupos que dependían en gran parte de los camélidos o los utilizaban en forma minoritaria como parte de una economía de subsistencia generalizada. Además, ¿existieron las nuevas instituciones sociales por un período corto o coincidieron con la aparición de los camélidos domesticados pero permanecieron durante un tiempo largo? Entender el significado de nuevas instituciones sociales obliga a determinar si existieron durante un período de transición económica o movimiento físico (corto plazo) o representaron cambios fundamentales en la ideología y estructura social que duraron siglos o milenios (largo plazo). Además, en los Andes Centro-Sur hubo un énfasis en la circulación del prestigio y la riqueza a base de camélidos. Como una riqueza móvil, los rebaños transformaron la escala y el *tempo* de las interacciones humanas, que antes regulaban el movimiento de objetos entre las personas. Su incorporación dentro de los regímenes de valores puede reflejarse en el difundido arte rupestre mostrando camélidos, que aparece por un área amplia que se extiende desde el sur del Perú hasta el norte de Chile y el noroeste de la Argentina.

Existe ahora en los Andes Centro-Sur un grupo de estudiosos en condiciones de integrar diversos enfoques metodológicos y teóricos en una investigación coordinada del pastoreo temprano y la complejidad social. Como se conoce que hay diversos sitios en distintas localidades a través de la región que ya se sabe que son contemporáneos con el pastoreo y el desplazamiento en caravanas tempranas, parece que la aparición de instituciones sociales nuevas en un área extensa dentro

de un tiempo corto puede estar relacionada a diversos cambios económicos.

A pesar de estos avances, algunos puntos importantes quedan por aclarar. Por ejemplo, ¿por qué es que algunos estudios persisten –a pesar de las evidencias contrarias– en la opinión de que una vida agrícola permanente en aldea conlleva mayores posibilidades sociales? Una parte de la explicación, creo, puede encontrarse en el peso de una herencia problemática de estudios coloniales y actuales, que intenta encontrar hoy en día a una prehistoria viviente entre los pastores de la región. De mayor influencia, tal vez, son las ideas románticas sobre el pastoreo como una actividad propiamente marginal, frecuentemente apoyadas por estudios etnoarqueológicos de comunidades nómadas y muchas veces empobrecidas en los actuales estados agro-industriales. No menos relevante es el énfasis inevitable en la urbanización y la intensificación agrícola encontrado en las teorías de la evolución social de la última parte del siglo XX. Si confiamos en primer lugar en el registro arqueológico de los Andes Centro-Sur y no en ideas abstractas, podemos poner énfasis en la importancia social y estratégica de los ejes de intercambio (Núñez y Dillehay 1979) o nodos (Nielsen en prensa), además de los sitios ceremoniales, como focos para el crecimiento de los asentamientos por las importantes rutas caravaneras, como marcos para el aumento de la producción artesanal y como filtros para el reparto de valores y modos de comportamiento nuevos correspondientes a los Andes Centro-Sur.

Para concluir, los resultados de los estudios futuros de los Andes Centro-Sur deberían ayudar a los arqueólogos a tomar en cuenta los diversos modos por los cuales el pastoreo y el desplazamiento en caravanas pueden haberse repartido a otros paisajes poblados por cazadores/recolectores, pescadores y agricultores. Deberíamos esperar que los procesos que descubrimos puedan diferir significativamente de los registrados en los casos bien conocidos de la difusión de los sistemas agrarios de producción alimenticia en otras regiones andinas. Tengo la sospecha de que en la medida en que aprendamos más sobre estos procesos, veremos que el pasado humano de los Andes Centro-Sur se caracterizaba por “comunidades primarias de pastores”, un término que tal vez resume mejor los elementos nucleares de los modos de vida de gran altura.

Referencias Citadas

- Albó, X. (1999). Andean people in the twentieth century. En: F. Salomon y S. Schwartz (Eds.). *Native Peoples of the Americas, Volume III, South America, Part 1*. Pp. 756-801. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dillehay, T. (en prensa). The Sedentism(s) of South America. En M. Reindel (Ed.). *Sedentism on a Global Scale*. Bonn: DAI-KAAK.
- Dillehay, T. y D. Piperno (en prensa). Agricultural Origins and Social Implications in South America. In C. Renfrew y P. Bahn (Eds.). *Cambridge Handbook of World Archeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Heggarty, P y D. Beresford-Jones (2010). Agriculture and language Dispersals: Limitations, refinements, and an Andean exception? *Current Anthropology* 51, 163-191.

- Larson, B. (1999). Andean highland peasants and the trials of nation-making during the nineteenth century. En F. Salomon y S. Schwartz (Eds.). *Native Peoples of the Americas, Volume III, South America, Part 1*. Pp. 558-703. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nielsen, A. E. (2009). Pastoralism and the non-pastoral world in the late pre-Columbian history of the Southern Andes (AD 1000-1535). *Nomadic Peoples* 13(2),17-35
- Nielsen, A. E. (en prensa). Circulating objects and the constitution of South Andean society (500 BC-AD 1550). En K. Hirth y J. Pillsbury (Eds.). *Merchants, Trade, and Exchange in the Pre-Columbian World*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Núñez, L., I. Cartajena, C. Carrasco, P. de Souza y M. Grosjean (2006). Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32, 93-117.
- Núñez, L. (2008). Asentamientos formativos complejos en el Centro-Sur Andino: cuando la periferia se constituye en núcleo. En P. Kaulicke y T. Dillehay (Eds.). *Procesos y Expresiones de Poder, Identidad y Orden Tempranos en Sudamérica*. Parte I. Pp. 321-356. *Boletín de Arqueología* 10. Lima
- Núñez, L. y T. D. Dillehay (1979). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Pearsall, D. (2008). Plant domestication and the shift to agriculture in the Andes. En H. Silverman y W. Isbell (Eds.). *Handbook of South American Archaeology*. Pp. 105-130. New York: Springer.
- Saignes, T. (1999). The colonial condition in the Quechua-Aymara heartland (1570-1780). En F. Salomon y S. Schwartz (Eds.). *Native Peoples of the Americas, Volume III, South America*. Pp. 59-137. Cambridge: Cambridge University Press.
- Silverman, H. y W. Isbell (Eds.). (2008). *Handbook of South American Archaeology*. New York: Springer.
- Yacobaccio, H. (2008). Intensificación económica y complejidad social en cazadores-recolectores surandinos. En P. Kaulicke y T. Dillehay (Eds.). *Procesos y Expresiones de Poder, Identidad y Orden Tempranos en Sudamérica*. Pp. 305-320. *Boletín de Arqueología* 10. Lima.

Impreso por Editorial Brujas
junio de 2011
Córdoba – Argentina